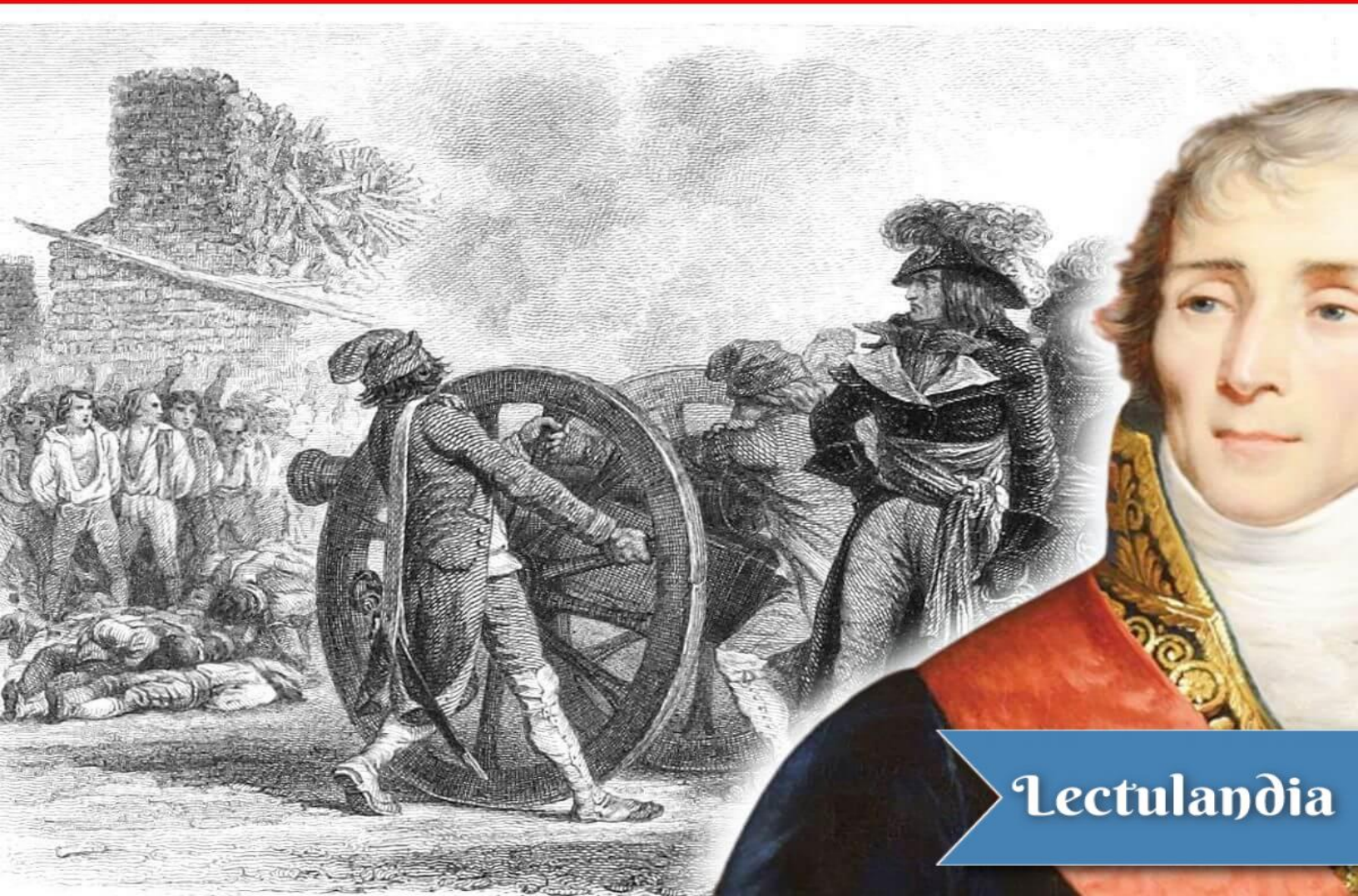
Louis Madelin

De la Academia Francesa

FOUCHÉ



Lectulandia

¡Fouché! Las dos sílabas resuenan y captan inmediatamente nuestra atención. En sus memorias, Chateaubriand hizo en cierto modo una estatua de Talleyrand y Fouché, al evocar el «vicio apoyado en el brazo del crimen», contribuyendo así al auge de la leyenda negra del Ministro de Policía de Napoleón. Ninguna figura de la época imperial ha perturbado y fascinado tanto. De Balzac a Stefan Zweig, de Louis Madelin a Jean Tulard, los grandes maestros de la literatura y de la historia se han cruzado con él y han intentado retratar a este hombre enigmático. Louis Madelin fue el primero en abordar científicamente la vida y la carrera de Fouché. El historiador ha tratado de comprender la coherencia de un itinerario calificado durante mucho tiempo de oportunista. Publicado en 1901 Madelin no oculta los rincones oscuros de su carácter, sus maniobras y sus giros, pero sobre todo pretende destacar la unidad de un hombre que, más allá de sus virajes políticos, mantuvo intacta su voluntad de consolidar los logros de la Revolución. El Fouché de Madelin debe pues descubrirse o releerse hoy. Todos los autores posteriores han recordado su deuda con esta obra magistral y ejemplar, no dudando en remitir explícitamente a ella a sus lectores. Se trata de una obra indispensable para comprender la historia doméstica de Francia desde los años de la Revolución hasta el comienzo de la Restauración.

En esta biografía, seguimos a Fouché cuando recupera la cartera de Policía al servicio del Emperador. Madelin muestra el papel del ministro en la construcción del poder personal de Napoleón y, en consecuencia, su contribución a la causa imperial. Garantizó la seguridad interior del país, gracias a una policía eficaz, e hizo posible tanto la aplicación de reformas en el país como la prosecución de guerras exteriores. Pero Fouché jugó un peligroso doble juego cuando conspiró con Talleyrand o mantuvo contactos secretos con

Inglaterra. Verdadero camaleón político, pasaría por varias revoluciones políticas más, hasta su caída.

«Fouché encontró en Louis Madelin a un abogado de talento, cuyo libro pasará a la historia como uno de los clásicos de la escuela histórica francesa» (Jean Tulard).

«Por primera vez, los rasgos de Fouché se nos presentan en su verdadero aspecto en la monumental biografía de Louis Madelin» (Stefan Zweig)

«Una biografía monumental que sigue siendo autorizada hoy en día» (Léon Kammacher)

Louis Madelin

Fouché

ePub r1.0
Titivillus 10.09.2023

Título original: *Fouché*
Louis Madelin, 1955
Traducción: Víctor Andresco
Diseño de cubierta: Titivillus (De un grabado mostrando a Fouché como *Le mitrailleur de Lyon* y una pintura de Fouché como Duque de Otranto)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Fouché
Primera Parte. Fouché de Nantes
- Capítulo I. El oratoriano
- Capítulo II. El cambio completo de opinión de 1793
- Capítulo III. Las misiones
- Capítulo IV. Las descargas de Lyón
- Capítulo V. Termidor
  - Imagen 1
  - Imagen 2
  - Imagen 3
  - Imagen 4
- Capítulo VI. Los días siguientes a termidor
- Capítulo VII. Los años de miseria

Segunda Parte. El ministro Fouché
- Capítulo VIII. Brumario
- Capítulo IX. Política de equilibrio
- Capítulo X. Contra la reacción
- Capítulo XI. Primera desgracia
  - Imagen 5
  - Imagen 6
  - Imagen 7
  - Imagen 8
- Capítulo XII. Fouché
- Capítulo XIII. La defensa de la revolución
- Capítulo XIV. Las primeras intrigas
  - Imagen 9
  - Imagen 10
  - Imagen 11
  - Imagen 12
- Capítulo XV. La crisis de 1809
- Capítulo XVI. Segunda desgracia

Tercera Parte. El duque de Otranto
Capítulo XVII. Falsos exiliados
Capítulo XVIII. Fouché en italia
Capítulo XIX. Los hermanos de luis xvi
Capítulo XX. El imperio liberal
Imagen 13
Imagen 14
Imagen 15
Imagen 16
Capítulo XXI. La víspera y el día siguiente de waterloo
Capítulo XXII. La comisión del gobierno
Capítulo XXIII. El ministro del rey cristianísimo
Capítulo XXIV. Supremo exilio
Sobre el autor
Notas

PRIMERA PARTE

FOUCHÉ DE NANTES

CAPÍTULO I

EL ORATORIANO

Los Fouché.—José Fouché en el colegio oratoriano de Nantes.—El Seminario del Oratorio.—Fouché, simple «hermano», nunca fue sacerdote.—La carrera de profesor,—Juilly: física recreativa.—Arrás: primeras relaciones con Robespierre y Carnot.—El Oratorio y el nuevo espíritu.—Fouché parece adherirse a él activamente.—Enviado a Nantes, se convierte en el director del colegio secularizado.—Presidente del Club, sufre la influencia «moderantista» de la ciudad.—Rompe decisivamente con el Oratorio y se casa.

La Revolución francesa fue, si no hecha, al menos dirigida en gran parte por una pequeña legión de jóvenes burgueses, a la mayoría de los cuales no se les podía considerar, antes de 1789, como desheredados de la suerte, y mucho menos de la fortuna. Este es el caso de José Fouché.

Los Fouché de Pellerin —pequeño municipio que domina el bajo Loira, a cinco leguas de Nantes— vivían, efectivamente, con desahogo. Desde hacía un siglo eran —de generación en generación — capitanes de la Marina mercante. Ejercían el comercio, y en caso de necesidad el corso, entre Nápoles y las Antillas. El oficio había resultado lo bastante lucrativo para que la familia pudiera hacerse un patrimonio a ambos lados del océano: propiedades alrededor de Pellerin y bienes en Santo Domingo. Así, pues, estos marinos habían adquirido tierras y pequeñas propiedades en Rouzerolle, en Martinière, en Pangasserie. De esta forma daban la impresión de ser «ricos» en su tierra cuando, el 21 de mayo de 1759, les nació un hijo que recibió en el bautismo el nombre de José, tradicional en la familia. Para distinguirlo de su padre, el capitán José Fouché, durante toda su juventud se le llamaría José de Rouzerolle, por el nombre de una de sus fincas.

El matrimonio Fouché había perdido un hijo de corta edad, y no tenían mas que una hija en e] momento de nacer el futuro duque de Otranto. Así, pues, se concentraron en el muchacho todas las esperanzas de la casa: a su tiempo, ejercería el oficio de sus mayores, sería marino. Pero entonces la Profesión de marino exigía una fuerza física que desde los primeros años parecía faltarle al pequeño Rouzerolle. Era delgado, estaba siempre pálido, tenía muy poco talle y unos hombros demasiado estrechos para un cuerpo excesivamente alto desde muy joven; carecía de todo lo que se precisa para enfrentarse con la mar, sus duras pruebas y sus fatigas, con frecuencia abrumadoras.

En compensación, mostró una inteligencia poco común, que muy pronto pareció inclinarse hacia el estudio. De su pequeña escuela pasó al colegio de los oratorios de Nantes, donde destacó inmediatamente. Los maestros observaron en él, en particular, una notable inclinación por las ciencias —matemáticas y físicas— y menos por las *humanidades*. Además, era en todo un alumno aplicado, sumiso, aunque despierto. El director del colegio, el padre Durif, le creyó pronto destinado al profesorado, incluso al laboratorio, y le orientó con sus consejos hacia esos fines, tan diferentes de los que había soñado el capitán Fouché para su hijo cuando nació. El capitán se resignó: el niño continuaba enclenque, con la garganta delicada y el rostro lívido, lo que evidenciaba la pobreza de su sangre. El padre dejó a los oratorianos que se encargasen del hombrecito, que llegaría a ser tal vez el orgullo de su congregación.

Desde 1764 sólo el Oratorio —o casi sólo— se encargaba de la enseñanza secundaria. Dicha congregación, fundada en el siglo XVII por el cardenal Bérulle, durante un siglo había sido para la Compañía de Jesús una competidora poco respetable: la gran valía de algunos de sus maestros y la austera moral de todos —que justificaban las esperanzas de Bérulle— habían ganado para el Oratorio de Jesús la confianza de las familias. La postura de sus miembros frente a los jesuitas les había inclinado hacia un cierto jansenismo —moderado,

por otra parte— y un espíritu de ligera oposición que les daba apariencia de liberalismo, antes de que éste fuera llamado así. Al ser expulsada la Compañía de Jesús en 1764, los oratorianos llegaron a muchos colegios abandonados por ella, para reemplazar a sus antiguos competidores. Mas a partir de entonces fue preciso ampliar los cuadros de la enseñanza oratoriana, para lo cual no eran suficientes los sacerdotes de la congregación. Junto a los padres del Oratorio, se había admitido en la organización a los hermanos del Oratorio, los cuales, a pesar de no haber recibido después del noviciado más que «órdenes menores», fueron llamados a ejercer con el mismo hábito e, incluso, en las mismas condiciones que los padres, que eran sacerdotes. Los hermanos no estaban sujetos a la Orden eclesiástica por ningún *voto* y podían, por tanto, de la noche a la mañana, colgar el hábito y casarse, sin producir el menor escándalo; ahora bien, como los jóvenes hermanos vivían en una atmósfera religiosa, generalmente se hacían ordenar sacerdotes. Además, los alumnos del Oratorio los confundían, y trataban con el mismo respeto a los sacerdotes que a los hermanos, y éste es el motivo de que por los seis colegios por los que habría de pasar se hablara del reverendo padre Fouché, lo mismo que se decía «el reverendo padre Daunou», otro futuro revolucionario, éste provisto de todas las «órdenes mayores».

En Nantes el padre Durif, con las mejores esperanzas, pretendió hacer del joven Fouché un hermano del Oratorio, y en estas condiciones, el 11 de noviembre de 1781, el Seminario del Oratorio —sito en la calle de San Honorato, en París— inscribió entre sus nuevos alumnos a «José Fouché, de veintidós años de edad, *clérigo tonsurado*, de la diócesis de Nantes».

*

Resultó ser un alumno aplicado y piadoso, y lo fue más todavía bajo la influencia de un oratoriano de gran santidad —el padre

Mérault de Bisy—, cuyo recuerdo, después de tantos extraños avatares, exaltará el duque de Otranto en su vejez: «¡Su alma angélica ha penetrado en la mía!», escribirá en abril de 1820 el antiguo seminarista de la calle de San Honorato. El caso era que José Fouché se mostraba más religioso e, incluso, devoto que ninguno de sus condiscípulos. Cuando los principios *jansenistas* del Oratorio otorgaban —en cierta medida— la facultad de la práctica asidua de los sacramentos, el alumno de Mérault de Bisy se confesaba y comulgaba frecuentemente, según testimonio de uno de los que mejor le conocieron entonces. ¿Por qué con esos sentimientos, no solicitó Fouché, como lo habían hecho otros, las órdenes mayores? Quizá una especie de prudencia, un cierto presentimiento, le apartaban de ello. De hecho, nunca fue sacerdote, a despecho de una leyenda que corrió desde los años en que desempeñó un cargo público, tan contrario a lo que podía esperar de él el padre Mérault de Bisy. En 1792, como veremos más adelante, siendo todavía director del colegio de Nantes, se casó ante el cura de su parroquia. Sin embargo, durante un cuarto de siglo, sus enemigos lo trataron de «cura renegado». Moralmente me atrevería a decir que lo fue, mas no habiendo sido nunca sacerdote no pudo dejar de serlo. Sin duda querían ensombrecer aun más su memoria. Pero el personaje tiene bastantes aspectos sombríos Para añadirle otros imaginarios.

*

Una carrera de profesor insignificante le iba a llevar —de 1782 a 1790— a los colegios de Niort, Saumur, Vendôme, Juilly, Arrás y antes. Encargado en un principio de las clases de letras, fue en Juilly onde realizó su verdadera vocación, al convertirse en «profesor de ciencias». Juilly era —y es todavía— la escuela predilecta del Oratorio. El joven Fouché, según propio testimonio, fue muy feliz allí. Las clases de ciencias eran facultativas en este Oratorio dedicado,

sobre todo, a la enseñanza de humanidades clásicas, y no reunía en su modesto laboratorio más que alumnos voluntarios y, por tanto, las relaciones del profesor con los discípulos no tenían ninguna severidad. Con este motivo, el profesor, afable por naturaleza, conoció una popularidad a la que era sensible, aumentada por las experiencias de física en clases que recreaban a todo el colegio. Un antiguo alumno de Juilly nos ofrece un pasaje que citaré aparte.

Los *mongolfier*, recién inventados, hacían furor, y el profesor de física quiso lanzar el suyo desde el mismo patio de Juilly. Fue un gran acontecimiento: el profesor de humanidades no quiso dejar que se volara el brillante *aerostato* del «padre Fouché» sin adornarle con versos de su creación. El joven rey Luis XVI cautivaba por entonces todos los corazones. El versificador creyó testimoniar en esta ocasión su inflamada lealtad:

> *Las pompas de jabón ya no son de nuestra época;*
> *al cambiar de pompas, cambiamos de placer.*
> *Si llevase a Luis nuestro primer homenaje,*
> *el viento le soplaría conforme a nuestros deseos.*

Este profesor, un versificador mediocre, pero tan ardiente monárquico y tan popular como Fouché, era al que llamaban entonces en Juilly «el buen padre Billaud», el futuro «ciudadano Billaud Varenne» quien, regicida y terrorista, superaría al «buen padre Fouché» en las horas más siniestras de la Revolución. Arnault, antiguo discípulo de ambos, al contar la anécdota de 1787, añadiría: «¡Diez años después —de hecho, seis años— el poeta y el físico se mostraron menos bondadosos hacia el monarca!»

De momento, repito, José Fouché era feliz, rodeado de la simpatía de sus hermanos y de sus discípulos. No abandonará la piadosa y santa casa sin pena, llevándose un recuerdo que —cosa curiosa— le perseguiría a lo largo de su agitada vida: en pleno Terror, en Lyón, donde es procónsul revolucionario, y «maneja la pólvora», le vemos emocionarse súbitamente ante el gesto desesperado de un proscrito, el exoratoriano Nollet, quien invocando su antiguo título de profesor de Juilly, se refugiará en su casa; y le

salvará entonces de la carnicería en recuerdo a los viejos tiempos. Más tarde, siendo un alto ministro del Imperio, hará reconstruir el monumento funerario del cardenal de Bérulle, destruido durante la tormenta revolucionaria. Y así es como el nombre del duque de Otranto se lee en la capilla de ese Juilly donde, según dicen, había conocido días de piedad sincera y el gozo de una conciencia tranquila. En efecto, nada autoriza a creer que *interpretaba*, en esa época, el papel de devoto. La carrera a la que se había entregado no era de las que exigían duplicidad, y nada parecía tener que acabar con ella cuando, a comienzos de 1788, fue nombrado profesor de física en el colegio de Arras.

*

A pesar de todo, corría hacia su destino: en efecto, en 1790 no debió de abandonar la ciudad de los Robespierre sino poseído —en apariencia— de la fiebre revolucionaria en la que esta ciudad de Arrás iba a convertirse en un crepitante foco, en 1789. Sin embargo, nada había cambiado en él todavía en 1788. Un hombre que seguirá siendo toda su vida para él un confidente y un consejero, el hermano Gaillard, había llegado poco después que Fouché al colegio de Arrás y le conoció —según su referencia— al salir del confesonario y, además, de forma bastante confusa. Por otro lado, sintió admiración enseguida por ese insignificante profesor que, en algún momento, no se excedía en gestiones cerca de los cuerpos constituidos ni ante los particulares más que para enriquecer el laboratorio del colegio, cuya penuria le desesperaba.

Muy posiblemente es lo que le puso en relación con un joven abogado de la ciudad, Maximiliano Robespierre, que formaba parte —en espera de mejores tiempos— de los Estados provinciales de Artois. De hecho, a éste es a quien el padre Fouché dirigía sus llamadas más apremiantes, y Maximiliano, ligado al colegio por frecuentes relaciones, debió de apoyar su gestión. Ambos jóvenes

trabaron amistad, José Fouché entró bastante pronto en la vida íntima de la familia Robespierre completa; Carlota, la hermana de Maximiliano, ¿no asegurará que el oratoriano, quien probablemente veía ya venir tiempos nuevos, le habló entonces de matrimonio? Parece, en este caso, que la pobre muchacha haya sido la primera víctima del hombre. Mas prácticamente, Maximiliano, elegido en abril de 1789 diputado del estado llano de Artois en los Estados generales, pero en esa época muy necesitado, tuvo que recurrir, para liquidar algunas deudas y subvencionar sus gastos de viaje, a la bolsa de su amigo Fouché, con mucho mayores, posibilidades que él. En la espera, Maximiliano alimentaba ambiciones literarias, frecuentaba mucho la célebre Academia artesiana de los *Rosati*; llevó allí al joven oratoriano, que hizo amistad con otro futuro jefe de la Revolución, Lázaro Carnot, quien siendo teniente del cuerpo oficial de guarnición en Arrás y porfiando a la Musa, se presentaba con asiduidad en las sesiones. Es curioso pensar que era en esta Academia de provincias consagrada a las letras, donde con más frecuencia se veían estos tres jóvenes: Robespierre, Fouché y Carnot. Resulta más singular todavía pensar que en pocos años la vida debería asociar primero a estos tres hombres en, la misma cruzada revolucionaria y luego al extremo de alzar dos de ellos contra el tercero, que José Fouché y Lázaro Carnot, la víspera de termidor, año II, se convirtieron en los adversarios más peligrosos —cada uno en su género— de Maximiliano Robespierre e hicieran caer su cabeza. La vida, sobre todo en los períodos apasionados, proporciona tales sorpresas.

Sea como sea, Fouché —quizá bajo la influencia de Robespierre y de Carnot, ambos partidarios desde finales de 1788 de las nuevas ideas— comenzaban en las jornadas de 1789 a evolucionar hacia las mismas ideas. ¿Ha sido alguna vez sinceramente conmovido y cautivado por ellas? Ésa es una importante pregunta que es preciso plantearse en el umbral de los acontecimientos que iban a hacer de este modesto y apacible hermano del Oratorio uno de los apóstoles con mayores miras a lo que el primero llamará la *Revolución integral*,

en nombre de la cual le veremos desencadenar en diez departamentos ministeriales el movimiento más violentamente *ateísta* y *comunista*. ¿Debemos creer que por un momento el «buen padre Fouché» haya encontrado realmente su camino de Damasco áspero y que, de aquí en adelante, esclavo de las nuevas pasiones, haya llegado por puro fanatismo a quemar tan pronto lo que había adorado?

¿No es imposible que, por frío que pareciera, hubiera sufrido en 1789 la influencia de las nuevas ideas, pero las compartiera tan ardorosamente que hayan bastado para cambiar bajo ese punto de vista esta vida de piadoso profesor? La respuesta estará en los acontecimientos que, dentro de poco, nos veremos precisados a contar. Es comprensible que al principio se hubiese enrolado en una revolución que no concebía aún más que moderada y que se enroló por los incidentes que yo llamaría en el camino revolucionario, y vio súbitamente enajenarse su carácter o, tal vez, rebelarse, sólo donde pudiera alcanzar ese *Poder* ambicionado toda su vida, que poseerá y ejercerá de procónsul de Lyón en el Ministerio —con la más fría, pero la más rigurosa pasión.

*

A decir verdad, no surgió sino al adoptar las ideas de 1789, y pensó entonces romper con el medio oratoriano. Se sabe con qué ardor una gran parte del clero se había lanzado al movimiento desde los últimos meses de 1788; lo que se sabe menos, es que, entre las *Compañías* religiosas, la del Oratorio se había distinguido muy pronto en el concierto revolucionario. El jansenismo que —tan atemperado como era, lo he dicho— reinaba desde hacía un siglo en la Compañía, la predisposición a acoger una revolución que, a todos los perseguidos del Antiguo Régimen —los partidarios de Port-Royal derrocados igual que los protestantes hijos de los pastores del desierto— parecía aportar un desquite. Los viejos de la Compañía

tuvieron que volver muy pronto —desde finales de 1789— a su primera actitud, pero los jóvenes, entre los que se alineaban tantos futuros revolucionarios —desde un padre Daunou a un padre Lebon y de un padre Billaud a un padre Fouché—, estos jóvenes, una vez introducidos en la acción, se negaron a seguir en su retirada a sus venerables jefes y llegaron hasta a rebelarse contra ellos, acentuando su actitud. Su órgano, el *Boletín de los Patriotas del Oratorio* había lanzado la idea de una comisión de la Compañía en la Asamblea Constituyente para llevar allí sus estímulos y sus requerimientos; inmediatamente, el *consejo* de la congregación, aterrado, prohibió a todos sus miembros que llevaran a cabo tal proyecto. Los jóvenes se pusieron en contra, lo que transformaba un acto de simple insubordinación en acto de rebeldía. La comisión, teniendo a la cabeza al padre Daunou, compareció ante la Asamblea; hemos encontrado la prueba de que Fouché estaba allí. Los jefes del Oratorio trataron de reaccionar. El colegio de Arrás, que parecía uno de los focos de fermentación, fue depurado. Le Bon, uno de los jefes instigadores, el futuro procónsul terrorista de Arrás, fue borrado de las listas, y «el hermano José de Rouzerolle, llamado al colegio de Nantes, a la clase de física».

*

La ciudad de Nantes era —permítaseme este neologismo— conservadora. Vivía demasiado dedicada a su negocio y a su trabajo para que le conviniera una revolución cuyo resultado sería, muy pronto, hacer peligrar el negocio y cesar el trabajo. Por añadidura, los negociantes y armadores tenían grandes intereses en las colonias de allende el Atlántico para que no se asustasen de ver a la Asamblea ir derecha a la abolición de la esclavitud, que amenazaba arruinar las plantaciones; éste era un extremo importante. Pero de un modo general, esta ciudad, razonable, práctica, realista, veía desorganizarse todo —como en todas partes— y desde entonces

estaba más dispuesta a reaccionar que a seguir adelante. Era necesario decirlo para que resultara comprensible la actitud singular que Fouché, al llegar de la ciudad revolucionaria de Arrás, iba a adoptar en Nantes uno de sus cambios completos de opinión que, bajo la apariencia de un constante cálculo, llenará su vida. Debía plegarse con tanta más facilidad a las opiniones de la ciudad conservadora cuanto que al mandarlo el Oratorio ® hacía volver a su medio familiar y social. El hijo de los Fouché, de Pellerin, estaba en su casa en Nantes completamente dispuesto, aunque sólo fuera para ser bien visto, a adoptar las ideas que dominaban allí, tan diferentes de las que había profesado en Arrás.

Quedó bien patente, cuando asociándose a la *Sociedad de los Amigos de la Constitución* pareció tan adherido a las ideas *moderadas* que estaban en curso, que fue elegido presidente el 7 de febrero de 1791. Así, pues, las ideas que corrían eran las que acabo de decir. Fouché se sometió a ellas con tanta exactitud, que no dudó en transmitir las representaciones muy vehementes del Club a la Asamblea Constituyente a propósito de la liberación —imprudente— de los negros, que decían iba a arruinar las plantaciones de Santo Domingo y que el hijo del capitán Fouché tenía razones personales para temer mucho. Es curioso que quien en breve iba a presentarse como revolucionario extremista se atraía las reprimendas de Brissot —uno de los jefes de la izquierda de la Asamblea—, reprimendas de un tono muy agresivo, puesto que Brissot le infamaba —«este cura es un cura que se dice patriota»— para hacerse cargo de una demanda *deshonrosa*. Sin embargo, la ciudad continuaba reaccionando, y con ella Fouché.

Lo hacía tanto más cuanto que por otro lado estaba en el colegio mismo, testigo de la desorganización que, por todas partes, arrastraba el espíritu revolucionario. Allí reinaba la anarquía. El Oratorio, abolido pronto como las otras congregaciones, al igual que las demás casas de enseñanza se hallaba en plena indisciplina. La ciudad se sobrecogía, trataba de restablecerla sobre unas bases, manteniendo en él, además, a los antiguos profesores del Oratorio.

Fouché había sido nombrado director, y toda su preocupación consistía en restablecer el orden alterado. Aún era una tarea que le desligaba de los principios demasiado rigurosos de la Revolución. Se esmeró en ello y así mereció la aprobación de sus compatriotas.

*

Poco después debió de felicitarse por ello. Tan absorbido como parecía por sus funciones de director del colegio, estaba ahora asediado por una preocupación muy distinta. La Revolución marchaba a pasos gigantescos. El 10 de agosto de 1792 el Trono se desplomaba, y se había convocado una *Convención Nacional* que daría al país su Constitución definitiva. Fouché pensaba hacerse mandar a ella por su departamento natal. Su carrera de profesor le parecía convertirse ahora en un callejón sin salida y albergaba otras ambiciones, surgidas de los acontecimientos. La nueva Asamblea le parecía un campo cerrado donde lucharían las grandes fortunas políticas. Además, no pensaba en absoluto formar parte allí entre los jacobinos, estaba lejos de eso. En el fondo, este hombre meditabundo era de temperamento moderado, muy lejano de extremismos, mas por otra parte no podía esperar a recoger los sufragios de su departamento sino mostrando un *moderantismo* extremo. Por otro lado se propuso reforzar con el matrimonio su situación familiar. La vida de comunidad había terminado para él, y con ella celibato que le imponía. Muerto su padre, su madre y su hermana vivían en Pellerin. Era hombre hogareño, necesitaba una vida regular y, puesto que la disciplina oratoriana no existía ya para él, de un hogar familiar. El presidente del distrito de Nantes, Francisco Coiquaud, poseía alguna influencia. La hija de este magistrado, Buena Juana, era una buena muchacha, sin ninguna belleza (en eso están de acuerdo todos los testimonios), pero «adornada por la virtud», siguiendo la expresión que empleara muchas veces su marido. El 16 de septiembre de 1792, José Fouché

la tomaba por esposa ante el abate Lefeuvre, cura de San Nicolás. La rodeó toda su vida de un verdadero culto, y siendo —en privado — el más moral de los hombres, será para ella —volveré sobre el tema— modelo de maridos.

Algunos días después de este acontecimiento, Fouché, considerándose desligado de todo vínculo con el colegio, presentaba su dimisión como director. La carrera de profesor había terminado. Además, acababa de realizar su primera ambición de ocupar un puesto de representante en la Convención Nacional.

CAPÍTULO II

EL CAMBIO COMPLETO DE OPINIÓN DE 1793

Fouché elegido diputado moderado por el Loira-Inferior.—Se va a colocar al lado derecho de la Convención.—El proceso del rey.—Fouché tiene intención de votar contra «la muerte».—Vota por la muerte.—Pasa inmediatamente de la derecha a la extrema izquierda.

Las elecciones de septiembre de 1792 se hicieron, en provincias, más sobre individualidades que sobre ideas. Nada de programas netos y precisos; en ninguna parte, fuera de París, los partidos que dentro de poco iban a combatirse en la nueva Asamblea volvieron a encontrarse en campo cerrado. Al día siguiente de la caída del Trono no se planteó ni siquiera la cuestión de República o Monarquía. Si se hubiera planteado en Nantes, existen todas las posibilidades de creer que los conciudadanos de Fouché —y él el primero— se pronunciaran por el *statu quo* monárquico. La ciudad y el departamento se habían enterado con consternación no disimulada de los acontecimientos del 10 de agosto; la carta, que desde su escaño legislativo dirigía el diputado Coustard ese 10 de agosto, incluso a sus poderdantes, no era sino una queja alocada cuya lectura no podía ser seguida, en Nantes, más que por un fuerte movimiento de reacción. No había necesidad de ello; en 1792, la ciudad se hallaba todavía resueltamente opuesta a los excesos demagógicos.

La actitud que había tomado, a su vuelta a Nantes, el director del colegio, parecía ponerle de acuerdo, siendo de esos hombres que hacían todos los esfuerzos posibles para alcanzar lo que deseaban. Se presentó en los sufragios del Loira-Inferior en los términos

conformes a la disposición de ánimo de los electores que eran, recordémoslo, grandes y pequeños burgueses. Lo indeciso de esta declaración no impedía percibir un gusto marcado por la anarquía y todo nuevo paso de la revolución. Después de tal declaración, el hombre se perfilaba con más precisión como el representante ideal que podía procurarse el departamento: «En el Loira-Inferior hacía falta un diputado que fuera bretón, que hubiese tenido una infancia con balbuceos del idioma de los marinos, que conociera y practicara sus costumbres y, tanto por cálculo personal como por efusión política, supiera introducir sus intereses en las leyes». Era preciso también «que el talento del futuro diputado hubiese sido cultivado por el estudio de las ciencias». «Con estas indicaciones, reconocerán al señor Fouché hijo. Salido de una familia que merece respeto, ya que no cuenta entre los que la componen ninguno de esos hombres parásitos que no vivirían si otros hubieran dejado de trabajar, el señor Fouché, hijo de un hombre de la mar, lo hubiera sido él mismo sin una complexión delicada que le condenó al trabajo de un despacho. Meditabundo por inclinación, entró desde la edad en que le empujó la razón, en esa institución del Oratorio que, sin ninguno de los inconvenientes y de los abusos del claustro, ofrecía todas las ventajas, y permitía conciliarse con los intereses del mundo y los afectos de familia, *esos sentimientos tan necesarios y tan loables cuando están depurados por la filosofía*. La del señor Fouché, alimentada por lecturas serias y estudios sólidos, ha podido encontrar en el espectáculo de los acontecimientos de hoy la historia de los crímenes de antaño: reconoció que las pasiones del hombre son de todos los tiempos, *pero que el arte del político es el de emplearlos para el bien común*, como la ciencia del moralista consiste en dirigirlos para el provecho individual. Puede añadirse, tanto en honor del profesor como en alabanza de su doctrina, que al transmitirla a sus discípulos ha multiplicado el número de pensadores, de patriotas, de amigos de la independencia, de defensores del pueblo y de la humanidad. Tales son algunos de los títulos que la modestia del señor Fouché está muy lejos de llamar

derechos, pero que sus amigos vuelven a publicar en recuerdo de sus conciudadanos y de su agradecimiento. Al testimoniárselo por una elección que les honrará, se harán a sí mismo el importante servicio de hacerse representar, no por un maniquí que los suplía, sino por otro de ellos mismos que los reemplazaba».

*

Habiéndose reunido la Asamblea electoral el 2 de septiembre, el candidato tuvo que esperar, sin embargo, algunos días en que, habiendo sido sucesivamente elegidos cinco candidatos, la opinión parecía favorecerle. El día 8, el nombre de Fouché circuló, lanzado por el primer elegido, Meaulle, que debió quedar para siempre su amigo. No habiendo reunido en la primera vuelta más que una mayoría relativa, fue elegido en la segunda, por 266 votos de los 405 emitidos. Como los otros elegidos, tuvo que prestar juramento —uno de los diez o doce de su vida— al que poco después tuvo que faltar de una manera especial. ¿Parecía Fouché dispuesto a mantenerse en ello? Sí —confesará más tarde— «hubo *necesidad de aullar más o menos con los lobos y someterse a las necesidades de las circunstancias*»; el 8 de septiembre estaba lejos de creer que los lobos aullaban más fuerte de lo que nadie pudiera imaginarse. Fouché era diputado moderado de un departamento conservador cuando abandonó Nantes el 18 de septiembre.

Fue a instalarse con su joven esposa a unos pasos de su antiguo Seminario, en el número 315 de la calle de San Honorato. Fiel a su cometido, fue a la sala del Manège —sede de la Convención— a sentarse en el lado derecho. Estaba tanto más a gusto cuanto que encontró allí dos nombres a los que inmediatamente debía convertir en sus padrinos: su exhermano del Oratorio, Daunou, y el sabio al que admiraba ante todo, el exprofesor de ciencias, Condorcet, ambos amigos de la *Gironda*. Se felicitaba, sin duda, de su decisión cuando, desde la apertura de la Asamblea, vio a uno de los

girondinos notables, Pétion, elegido presidente y la Comisión exclusivamente formada por amigos de Vergniaud. De esta forma la mayoría parecía afirmarse como moderada, Fouché no podía dudar y se enroló con ellos, muy lejos de esa *Montaña* donde veía formar parte a Marat, Robespierre, Danton, al que un día cercano debía alcanzar e, incluso, sobrepasar. En este sentido tranquilizaba a sus poderdantes del Loira-Inferior: «Un puñado de hombres (los agitadores jacobinos) —les escribía el 1 de octubre— no dominarían a la mayoría de la nación. Vuestros diputados están resueltos a no obedecer más que a ella».

Por otro lado, no tomaría parte personalmente en los debates que tan pronto iban a alzar sus amigos contra la Montaña. «Su voz débil» —decía él mismo— le impedía casi el acceso a la tribuna de la que su prudencia, sin duda, fue suficiente para apartarle. Debiendo ser toda su vida un hombre laborioso, se propuso que lo llevaran a la mayor parte de los *Comités* (las Comisiones de la Asamblea). Era elegir el papel de un trabajador. Ante todo, deseaba el *Comité de Instrucción Pública*; fue llevado allí y sería, de noviembre de 1782 a marzo de 1793, uno de los miembros más asiduos. Nombrado como ponente del proyecto de decreto relativo a la liquidación de las antiguas congregaciones de enseñanza, el exoratoriano pareció en un principio dispuesto a dar las mayores facilidades a los antiguos miembros de la enseñanza congregacionista. Habiendo sido aplazada la discusión de su informe, no pudo formular en la tribuna sus conclusiones. Más tarde, en febrero de 1793, se le verá prescindir de todo lo demás y, cuando los revolucionarios más audaces de las dos Asambleas precedentes no habían reclamado nunca para el Estado el monopolio de la enseñanza, convertirse, el primero, en el apóstol ardiente de este *privilegio*.

Pero es que en febrero de 1793 Fouché ya había evolucionado. Un hecho que pesará sobre toda su vida le había determinado súbitamente a la conversión que iba a llevarle de la derecha a la extrema Montaña: la condena y ejecución de Luis XVI.

*

Si desde el 21 de septiembre de 1792 el hombre se había abstenido de tomar parte en los debates, no había cesado de observar con una inquietud creciente el giro que tomaban. Veía comprometerse y perderse al partido girondino: obstinados en sus odios ciegos, pero débiles ante la acción, atacando sin distinción de matiz, con una violencia puramente verbal, los jefes de la Montaña que se vengaban denunciando a sus adversarios de derecha como falsos patriotas, traidores a la Revolución, y mientras no sabían hasta dónde querían llegar, los girondinos dudaban sobre su línea de conducta, acabaron por afianzarse: para afirmarse como *patriotas*, una parte de sus jefes iban a votar la muerte del rey, que en secreto todos habían pensado salvar.

Este proceso estruendoso se había abierto el 10 de diciembre y, durante largos días, el resultado parecía incierto. En Nantes no se dudaba que los ocho elegidos del departamento no debían pronunciarse contra la muerte, reclamada por Robespierre y sus amigos. De hecho es probable que Fouché dudase. Dirá mucho más tarde —para explicar su voto regicida— que «ha sido engañado» por los informes presentados sobre la conducta del rey y que no ha condenado «sino al repulsivo fantasma bajo el cual éste había sido presentado a la Convención». Pero a partir de las horas que siguieron inmediatamente a su voto regicida, se excusará ante Daunou del «miedo» que ha pesado sobre la Asamblea. ¡Despreciable excusa! Debía mostrar, en el transcurso de su vida, que era poco accesible al miedo. No tuvo miedo; es cierto que cambió de opinión el mismo día que tuvo que pronunciarse. Es, simplemente, que después del voto de los principales diputados de la Gironda, se percató de que la mayoría se desplazaba en favor de la muerte y siguió a esta mayoría, engrosándola. La aventura es común.

Este cambio fue constante, ha sido afirmado tres veces por uno de los hombres que entonces estaba más dentro de las confidencias de Fouché: Daunou. Durante el transcurso de las primeras sesiones del proceso, Fouché, inclinándose hacia su antiguo hermano del Oratorio, que sabía hostil a «la muerte», le dijo: «Verás mi opinión cuando esté impresa y te asombrará el valor que voy a desplegar contra los que quieren la muerte de Luis». Algunas horas más tarde, el 15 de diciembre, Fouché entregaba efectivamente el texto de su futuro discurso a Daunou, rogándole que hiciera las correcciones que juzgara necesarias: se pronunciaba por la indulgencia. Para los que conocen al hombre, no puede haber un testimonio de mayor probanza: el día 15 por la tarde creían que el rey no sería condenado a muerte.

La presión de los Clubs *ejerciendo* de modo abierto sobre los diputados, los de Nantes, inquietos, habían enviado a París a Sotin para poner en guardia a su representante contra toda medida extrema. Fouché dialogó con él y pudo sentirse fortificado. Pero cuando vio a uno de los primeros, Vergniaud —la esperanza del partido de la clemencia— pronunciarse a favor de la muerte, se sintió presa, esta vez, de un miedo auténtico: el miedo a no ser de la mayoría, que le parecía ahora perfilarse por el rigor.

*

La representación del Loira-Inferior fue llamada a votar el 16 de enero. Como le había prometido, Daunou vino a sentarse en el centro, enfrente de la tribuna. Meaulle, el gran elector de Fouché, avanzó el primero y votó por la muerte. Pero Lefebvre, Chaillon y Mellinet, más fieles, se pronunciaron por la reclusión durante la guerra y el destierro en la paz general. Villers votó por la muerte, pero Jarry había declarado que sus poderdantes —que eran los de Fouché— no le habían dado ningún poder para ejercer la función de juez, y Coustard votó el simple destierro. Fouché apareció en la

tribuna después de Villers. El *Monitor* no le concede más que una frase. Con su voz débil, dice: «La muerte».

La palabra fatal estaba dicha, decisiva para este destino. Jamás un rodeo en la vida fue más brusco. ¿Qué podía pensar el severo Condorcet quien, realmente diez veces más republicano que Fouché, había rechazado la muerte? Sobre todo, ¿qué podía decir de ello Daunou que, en tres alegatos sucesivos, debía colocarse tan claramente como uno de los adversarios más decididos de lo que llamaba «un acto de guerra y de venganza»? Fouché lo encontró en el anfiteatro, aterrado por la siniestra mixtificación de la que acababa de ser víctima j a las recriminaciones de su exhermano, Fouché respondió con excusas indecisas: simuló haber sido cobarde. «Había querido realmente salvar a Luis XVI: la víspera por la tarde lo deseaba todavía. Pero los representantes del Loira-Inferior reunidos habían recibido de Nantes amenazas terribles, el pueblo les había mandado un mensaje, estaba dispuesto a incendiar las propiedades y probablemente llegar a los últimos excesos contra las familias de los diputados que no votasen por la pena de muerte. He vuelto a mi casa con gran perplejidad —añadía el desgraciado—; mi mujer me ha hecho la observación de que mi voz no sería de un gran peso en la balanza, que no podía exponer a mi familia y la suya a ser degolladas antes que sacrificar mi opinión personal». La excusa era degradante; por añadidura, la explicación, sobre todo para nosotros, resultaba inverosímil. Desde hacía tres meses Nantes no había perdido en absoluto la ocasión de afirmar su opinión totalmente favorable al rey; Sotin, llegado de la ciudad, había sido encargado especialmente de recordar a los diputados de Nantes su deber de elegidos. ¿Quién podía amenazarlos? Existía un solo Club: *Los Amigos de la Constitución*. Fouché lo conocía muy bien. Además de esto, cinco de ocho diputados se había pronunciado contra la muerte. Algunos días después, confesó Daunou: «que había sido engañado»; pero le resultaba imposible engañarse sobre el estado de opinión de la ciudad que representaba.

Lo mismo que su actitud al día siguiente del proceso pareció totalmente distinta a la que había mantenido hasta entonces, es forzoso convenir que, si Fouché no deseaba la muerte del rey, que si no había deseado el regicidio, se propuso aprovechar la parte que había tomado en él para eliminar a los comprometedores vecinos. No era hombre para azorarse durante mucho tiempo. No era un Vergniaud, hombre de debilidades momentáneas; era de los de volver la espalda por completo y de las capitulaciones provechosas. Su plan debía de haber sido meditado desde hacía mucho tiempo, ya que una vez tomada la resolución, pareció deliberadamente ir hasta el extremo de su cambio de posición y pasar por encima de Marais, por encima incluso de Danton, Robespierre, Couthon, de la vecindad de Condorcet y Daunou a la de Chaumette.

Al día siguiente del voto, hacía imprimir el discurso que consideraba haber pronunciado… «¡Los crímenes del tirano han llamado la atención de todos y han llenado de indignación todos los corazones!…», se leía allí.

El rey fue condenado a muerte el 17 de enero. Desde entonces tenían la palabra los violentos; Fouché iba a sobrepasar dentro de poco —al menos en palabras— ¡a los más violentos! Llevando a la Convención proyectos que empeoraban la suerte de los emigrados, atacando a los curas que, la víspera aún, quería que fueran tratados con miramientos, caía así, no en lo que únicamente puede llamarse una evolución, sino en una vuelta completa. Escribiendo a sus consternados conciudadanos de Nantes, desafiaba la opinión de sus electores, exhortándoles a no soportar más la influencia «de los ricos egoístas». Y para demostrar su patriotismo, «a depurar» su *Sociedad popular* que se hacía ahora sospechosa para él de *falta de civismo*. Y sintiendo o sabiéndose vituperado en su departamento, consideró preciso hacerse enviar en misión para cerrar las bocas por el terror. Desde mediados de marzo Fouché recibía la primera de estas misiones que iban a convertirle en horriblemente célebre, inaugurando en Nantes mismo esa política ultrademagógica de la cual Nevers, Moulins y Lyón conocerían poco después el paroxismo.

CAPÍTULO III

LAS MISIONES

Contra la Vendée.—Nantes, Troyes, Dijon.—Alzamiento de voluntarios contra la Vendée.—Se vuelve hada Lyón.—El procónsul en Nivernais y Bourbonnais.—La «Revolución integral».—Fouché y la descristianización.—Fouché y la política social.—Medidas estruendosas.—Fouché es enviado a Lyón.

He aquí que, desde el primer momento, se plantea una cuestión.

La actitud de Fouché en Nantes, Nevers, Moulins y Lyón parecerá, en el umbral de su vida pública, la acción de un espíritu radicalmente revolucionario y de un alma singularmente exaltada. Pues es todo lo contrario. En el conjunto de esta vida pública el hombre mostrará constantemente un espíritu muy equilibrado y un alma preservada a toda exaltación por un temperamento frío. Moderado de carácter, prudente hasta la cautela, escéptico hacia cuanto fuera doctrina rigurosa y, sobre todo, exagerado, tal como se nos aparecerá a continuación. ¿Es éste el hombre que ha firmado las resoluciones violentamente revolucionarias, tomado las medidas que tendían a devastar todo, escrito cartas espantosas que —sobre todo desde Lyón— ha dirigido al *Comité de Salud Pública* para ensalzar, con un estilo, además, abotagado, decisiones que no sólo han revolucionado, en el dominio social y religioso, diez departamentos, sino que han inundado de sangre las plazas públicas de la segunda ciudad de Francia: fusilamientos, *matanzas* y guillotinadas frenéticas?

Pero por otra parte, quien ha leído las resoluciones y las cartas se queda estupefacto ante la desproporción que existe entre los actos de los que el mismo procónsul tenía a mucha honra, en el año II, ante la Convención, y las denuncias que —como veremos—, un año

después, en plena reacción postermidoriana formularán sus enemigos y los ciudadanos de los departamentos tan cruelmente maltratados por él. Estas acusaciones, por graves que sean, al lado de los hechos que revelan las cartas del propio propagandista, parecen muy anodinas: «El establecimiento de tasas arbitrales», «un arresto legal», unas «*amenazas* de muerte», formuladas contra quienes se oponían a las resoluciones, o bien el vago reproche de haber «*predicado* el ateísmo». Incluso desde Lyón, salpicado todo de sangre aún fresca, no saldrá entonces más que la acusación de haber «organizado los tribunales» con Collot de Herbois, y nada más. Contra tales acusaciones, que venían de los hermanos de las víctimas, se defenderá: el Terror —dirá en sustancia— no ha imperado en Lyón más que cuando Collot mandaba en aquellos lugares. Collot, miembro del gran Comité y, más que Fouché, poseedor de su pensamiento y representante de su espíritu. Y de hecho, Fouché, como veremos, después de la marcha de Collot —del que ha refrendado no obstante las peores cartas— intentó detener las medidas sanguinarias y destrozar la tiranía de los comités jacobinos locales. Todavía más: salvó cabezas y, así, sorprendió a veces vanidosamente las decisiones que él mismo había firmado.

Entonces ¿debe creerse al duque de Otranto cuando en sus *Memorias* afirma «que mitigó en las misiones *donde estaba solo* el rigor de los decretos convencionales» y declara «que en sus misiones se encontrarán menos acciones reprensibles que revelar que esas *frases triviales* (sic) *en el lenguaje del tiempo* y que, en tiempos más tranquilos, inspiran una especie de horror, *lenguaje entonces consagrado y oficial*».

Es tratar de imponerse, invocar una coartada demasiado fácil. Sólo queda que el hombre, en el año II de la República, ha practicado el jacobinismo más extremo, apoyado en el Terror; sobre todo que el que ha intentado, cuando la Revolución no era todavía más que jacobina, exceder en mucho, con una doctrina extremada, los convencionalismos más audaces en el dominio religioso y social.

Tal es, por otra parte, la originalidad de estas misiones de Fouché; la exageración incluso de las ideas que ante todo pone en evidencia; la doctrina de la «Revolución integral»: en materia religiosa, el establecimiento de un ateísmo oficial; y, en materia social, una especie de *comunismo* precursor, además bastante incoherente, por improvisado. Una *doctrina*, y ¡qué doctrina!, para el que más tarde aparecerá como *el menos doctrinario de los hombres*; una doctrina que no obstante se verá surgir en las resoluciones del representante en misión, y tan exagerada que en París la propia Comuna revolucionaria se quedará pasmada y la Convención inquieta. ¿Qué hay que pensar de todo esto?

Fouché es, ya lo sabemos, un seguidor de la mayoría. Cuando fue a colocarse a la derecha se equivocó, sin embargo, concibiendo un raro sentimiento de miedo retrospectivo. Ahora ve, no sólo proscribir a sus antiguos amigos girondinos, sino triunfar, a despecho de las desautorizaciones, todavía ocultas, de Danton y de Robespierre incluso, a los hombres de la Comuna, Hébert y Chaumette en la Casa Consistorial, desde donde se imponían a la Convención, pues esta Comuna preconiza las ideas más avanzadas: descristianización y guerra a los poseedores. Fouché llegó a la conclusión de que era preciso, no solamente adoptar las ideas de la Comuna, sino en caso necesario, adelantarlas para que no quedara ninguna sospecha de *moderantismo* que podían valerle todavía sus salidas a la Convención.

*

Cuando marchaba hacia Nantes no era, sin embargo, un proconsulado de esta naturaleza lo que le habían confiado. La misión era más sencilla y más precisa: la Vendée acababa de sublevarse «en nombre de Dios y del rey» contra la República. Nantes estaba amenazada por Cathelineau y *sus muchachos*, y ésta era tina coyuntura grave, ya que entre Bretaña y Anjou que se revolvían, la

Vendée de Nantes podía establecer una unión sólida. Se trataba de organizar la defensa de la ciudad y disputar la región a los *bandidos*. Era la única finalidad confiada a Fouché; pero éste, como sabemos, desconfiaba del espíritu de la ciudad favorable, si no a la Monarquía pura, por lo menos al *federalismo*, y pedía ante todo que, por «la depuración de las administraciones» se desarraigara de Nantes el *negociantismo*, considerado como contrarrevolucionario. Mientras se subordinaba a los generales, que en principio había juzgado demasiado tímidos o tibios en exceso, y organizaba en el mismo Nantes la Guardia Nacional, denunciaba a la Convención el *incivismo* de las autoridades locales. Había intentado, desde el primer momento, convertir a estos moderados a la buena doctrina jacobina «mediante la perspectiva de súplicas reservadas a los republicanos de todos los matices», idea que de aquí en adelante le obsesionará con mucha frecuencia. Pero ante ciertas resistencias a su acción, tomaba las resoluciones precisas para destruirlas. Era el Terror, que se preparaba en Nantes; pero a despecho de esas amenazas continuó chocando con la opinión moderada; había tenido la imprudencia de preconizar, en una ciudad que sabía conservadora, las medidas sociales que iba a imponer, mucho más acusadas aún, en el Centro. Sin embargo, no se trataba todavía más que «de igualar las formas» hundiendo «al rico insolente» con tasas aplastantes en favor del «indigente». Las gentes clamaron por la guerra social: las quejas salieron de Nantes y hubieron de tener eco en la Convención, puesto que vemos a Fouché reducido a defenderse. Lo hace de un modo agrio: «Predicar el sistema más equitativo del impuesto progresivo —escribe el 3 de mayo—, decir que el que no tiene nada debe recibir lo necesario, que el que no tenga más que lo necesario lo conserve todo y que lo superfluo del opulento debe soportar sólo las cargas de la República, es decir, según ciertos espíritus limitados y maliciosos ¡el apóstol de la ley agraria!» Se quejaba, pues, de ser calumniado. Esta proclama —muy amarga— era, además, el adiós de José Fouché a su tierra natal. Había sido destituido. Simuló no decir más que un «hasta la vista».

Decía que regresaba a París para que le dieran la misión de reclutar en los departamentos lejanos voluntarios que, bajo su acción, vendrían a defender Nantes y el departamento contra *los bandidos*. Pero marchaba lleno de rencor contra sus antiguos amigos de Nantes —esos secuaces del *negociantismo*—, rencor peligroso si es cierto que contribuyó a lanzar sobre la ciudad a Carrier, el hombre de los futuros ahogamientos en el Loira, amable dádiva de un diputado a sus electores convertidos en adversarios.

*

De vuelta a París encontró la Gironda aplastada y el «lado derecho» despoblado por la proscripción. Robespierre, poco antes tan violentamente atacado por los girondinos, parecía triunfar. Mas para aniquilar estas desgracias, tuvo que emplear a Murat, y por ahí se entregó a la violencia. Fouché temía a Robespierre; su antigua amistad no solamente se había enfriado: había cambiado en hostilidad la simpatía, convirtiéndose en la enemistad más agria. El hombre prefirió alejarse del campo cerrado donde ahora se enfrentaban las dos Montañas: Robespierre y los amigos de Hébert. Prefirió eclipsarse, crearse una *coartada*. En apariencia, encendido de pasión contra «los bandidos de la Vendée» y pareciendo aterrado por sus progresos, no deseaba —decía— más que una misión: la de ir a reclutar voluntarios que enviaría a los ejércitos del Oeste.

Apareció en Troyes el 4 de junio, permaneció algunos días, luego abandonó la ciudad para ir a Dijon. Por cierto que, apareció en una y otra ciudad absorbido por su tarea de gran reclutador, formando, armando y expidiendo batallones. Pero ¿había que enviarlos al Oeste cuando tan cerca de Dijon, Lyón acababa de sublevarse bajo la influencia de los *federalistas?* ¿No convenía, además, frente a esta sublevación, tomar medidas para que su contrarrevolución no triunfase en los departamentos del Centro? Fouché se ofrecía para ir a Nivernais y a Bourbonnais, no sólo para formar allí legiones, otra

vez contra Lyón, sino para consumar en los departamentos sospechosos de *incivismo* esta Revolución que allí encontraba resistencia. Van a empezar las grandes misiones, que dejarán señales terribles en esa vida.

*

La situación de Nivernais y de Bourbonnais explican, por otro lado, la política que el representante creyó tener que practicar allí: primero política de moderación cautelosa y de tolerancia; luego, al contrario, de jacobinismo violento, de anticristianismo y de demagogia. Allí todavía tiene que enfrentarse con una ciudad esencialmente conservadora. Sin duda la vieja aristocracia había desaparecido, pero los republicanos del momento, sin grandes convicciones, los ricos fabricantes, los grandes agricultores de Nièvre y de Allier aprueban medianamente la política de los *Clubs*. La Revolución desquicia a sus obreros o se los quita; además de esto, los despiden ellos mismos; no hay encargos, no se sabe qué hacer con los metales, piezas de fundición y bronce acumulado. Todo esto no convertía en absoluto en republicanos o, al menos en nada jacobinos, a los grandes patronos. El pueblo, por lo demás, no les induce a ello, salvo los dirigentes de los *Clubs*. El cura es aún todopoderoso. El 5 de junio el agente del Comité, Dijannière, había edificado sobre este punto el Gabinete Central: los curas habían jurado la Constitución —decía— para permanecer en sus puestos, pero continuaban siendo «fanáticos», «intolerantes»; se negaron a publicar las cartas pastorales del obispo juramentado. Las procesiones salían rodeadas de gran pompa, con arreglo al dinero, y el Directorio departamental, declinando cortésmente el honor de figurar en estas pompas sagradas, abastecía de cañones y pólvora ¡para las salvas disparadas en honor del Santo Sacramento! Además de esto, por todas partes había una gran benevolencia hacia el clero; no se celebraba una ceremonia patriótica en la que se prescindiese

de su asistencia: incluso se mezclaban, en Nivernais, los sones de un *Te Deum* con los de la *Marsellesa*. Y no puede extrañar esta condescendencia por parte de las autoridades, ya que es preciso guardar atenciones con un país donde, cosa curiosa, desde 1789, lejos de disminuir, la religión ha alcanzado mayor influencia: «Todos los descontentos que han quedado —escribía Dijannière en junio de 1793— eran religiosos antes de la Revolución; los que no lo eran, se han hecho». Este peligro del *papismo* le parecía grande al agente, ya que afirmaba que, lo mismo en Nièvre que en Allier y la Creuse, «el pueblo era tan fanático, tan opuesto a la Revolución, que si hubiera tenido un jefe se hubiera sublevado contra las nuevas leyes». Los funcionarios, esclavos de la opinión, hablaban por fuerza poco más o menos bien, eran respetuosos hacia los grandes propietarios, los maestros de fundición, los curas y los católicos. Fouché lo comprobó al llegar. «Fouché se encontraba —escribirá Chaumette, su confidente— rodeado de federalistas, de fanáticos que, según este untuoso personaje, el comisario tuvo *que regenerar con sus cuidados paternales*».

De hecho la situación de esta ciudad influyó de modo singular sobre la actitud que iba a tomar el representante. Para consumarse allí los hechos era preciso que la revolución fuese social y antirreligiosa; aplastar el catolicismo, por una parte; aniquilar su influencia, suprimir el culto, excitar contra la aristocracia burguesa —propietarios, industriales y negociantes— las pasiones populares por un comunismo demagógico de circunstancias le pareció a Fouché la única táctica a seguir. Esto era, por cierto, desviar singularmente su misión que, hasta entonces, se había mantenido poco más o menos dentro de los límites que le eran impuestos: expedir la mayor cantidad posible de soldados a la Vendée, a Bretaña y a Normandía.

Fue, sin embargo, con ese pretexto como se instaló en Nevers, el 29 de julio. Desde su llegada hizo saber a la administración departamental que iba a obrar enérgicamente allí para reclutar y armar a los voluntarios. Pero con la misma fecha escribía a la Convención que consideraba poco lógico expedir a Lyón las tropas

reclutadas en Allier y Nièvre, departamentos tan próximos a la gran ciudad insurrecta.

«…Dijon y Moulins reservarán todas sus fuerzas contra Lyón… Las revueltas de Lyón y las de Marsella pueden presentarse sobre las dos carreteras de París; serán igualmente rechazadas». Preguntaba a la Convención si no debería quedarse en Nevers con este motivo. En espera de la contestación, se instaló. La ciudad ansiosa, aún bajo el golpe de los actos violentos de dos procónsules precedentes, volvía sus miradas de esperanza temerosa hacia el nuevo comisario, considerado aún como *moderado*.

*

Pareció, por lo pronto, querer justificar la esperanza. Era preciso, escribirá más tarde a Chaumette —para defenderse de todo reproche de moderantísmo—, era preciso ante todo una política de mansedumbre y de miramientos. «No temo en absoluto decir —declarará— que… si no hubiese hecho uso de la política de Maquiavelo, yo hubiera producido una explosión antes de tiempo».

Se le vio, en efecto, sonriente, benévolo, al otro día de su llegada, en una ceremonia patriótica destinada a exhibir a los habitantes de Nevers la Revolución con sus atributos más seductores. La proclamación del nuevo Procónsul parecía tener que agregarse a ello. Declaró que «la justicia Popular no es en absoluto una venganza, es inseparable de la clemencia y de la generosidad». La benevolencia se desborda: donde el sentimentalismo revolucionario no le sugiere más expresiones, el exoratoriano recurre a la unción religiosa, a la fraseología eclesiástica, prometiendo a los débiles, perdidos y arrepentidos, un «jubileo político», el perdón en masa de las faltas. Esta benevolencia es tan grande que todo lo encuentra bien, todo bueno, y declara a la Convención que el espíritu del Centro es excelente.

¡Una verdadera luna de miel son las primeras semanas! El procónsul es popular, le encuentran acogedor, le admiran, le lisonjean. En la ciudad, «llena todavía de aristocracia, de federalismo y de superstición», según un colega de Fouché, éste impera por la cordialidad, y su dicha es la dicha de todos. Y tuvo una inmensa desde los primeros días. Siendo hombre de familia había llevado con él a su mujer de París a Troyes, a Dijon, a Nevers, pese a su avanzado estado de gestación. El día 10, Juana Fouché dio a luz una niña. Jamás una princesa en la cuna fue saludada con tanta alegría oficial y un ceremonial más pomposo que esta hija de demócrata. No repicaron las campanas por la sencilla razón de que, cinco días antes, el comisario de la Convención las había mandado fundir, tanto para abastecer de *bronce* los cañones de la nación, como para vejar a los curas, desde los primeros días puestos en el índice. Pero fue organizada una especie de fiesta, un bautizo laico solemne. El Consejo del departamento, todos los cuerpos civiles y militares fueron en masa a casa del feliz padre: la guardia nacional ya estaba allí, con los músicos en cabeza. La princesa jacobina fue confiada entonces a esos rudos chambelanes. Se llegó a la plaza de la Federación con la escolta de una inmensa concurrencia del pueblo y, sobre el altar de la Patria, frente a un numeroso gentío, el ciudadano Fouché declaró «que su esposa en legítimo matrimonio había dado a luz una criatura hembra (sic) a la que había dado el nombre de Nièvre». La criatura fue llevada de nuevo a su madre en medio de «la gran alegría pública».

Algunos días después el hombre marchaba para Clamecy, donde tomó enseguida su actitud de apóstol bendecidor. Se luchaba allí entre jacobinos y girondinos. Los reclutamientos contra Lyón se hacían mal. Apareció el procónsul y, súbitamente, «el orden y la libertad, la filosofía y la fraternidad, la razón y la naturaleza triunfaron entre los muros de Clamecy». Toda la carta fechada en la ciudad lleva tal tono enternecedor. Pero esto, en el fondo, era para cubrir una operación local: el procónsul sentimental se marchó, sus satélites hicieron suceder a la época de oro la época del hierro. Es,

en suma, lo que los habitantes de Clamecy le reprocharon un año más tarde: había preparado el Terror, pero no le había hecho imperar personalmente. Los habitantes, incautos, seducidos por amables muecas, le acompañaron al despedirle como salvador, por la carretera de Nevers.

*

Regresó allí después de una ausencia de diez días, el 25 de agosto. ¿Qué había sucedido en el intervalo? ¿Había recibido de París las noticias de los progresos incesantes de la Comuna, de Chaumette y de los *Cordeliers*[1], que iban a desembocar en su triunfo en la Convención, el 5 de septiembre, en la capitulación de los dantonistas y de los robespierristas? ¿Ha encontrado nuevas instrucciones o severas observaciones sobre su sentimentalismo inactivo? ¿Puede creerse que las intrigas alimentadas por los «federalistas lioneses» —dice— en Bourbonnais y Nivernais hayan sido suficientes para irritar hasta ese punto en contra de la aristocracia burguesa? Sea lo que sea, después de haber denunciado estas intrigas a la Convención, añadió que se había intentado acaparar las subsistencias y, tomando como pretexto dichos acontecimientos, lanzó su primera proclama de tendencias demagógicas: «el rico tiene en sus manos un poderoso medio para hacer amar el régimen de la libertad; es su superabundancia. Si en estas circunstancias, en que los ciudadanos se ven atormentados por todas las calamidades de la indigencia, esta superabundancia no se emplea para aliviarla, la *República está en su derecho de apoderarse de ella con esta finalidad*». Esta proclama del 25 de agosto recibió la aprobación de la Convención. El procónsul, envalentonado con ello, ahuecó la voz contra quienes no estaban animados más que «del deseo insaciable y sórdido del poder y de la fortuna…». Y concluyó por implicar a los ricos a consumar «por medio de la generosidad una revolución que la naturaleza de los hombres y de las cosas

debía traer necesariamente». Desde entonces es el tema de todas sus declaraciones. El 11 de septiembre, nueva salida contra «los malditos ricos»; no teme ensalzarse ante la Convención por las medidas adoptadas contra ellos, el establecimiento del *pan obligatorio a 15 céntimos, el «pan de la igualdad*». «El pueblo es excelente —añadía—; *he incitado su energía a cuenta del maldito rico*». De hecho es un cambio completo de actitud: se ha topado con la influencia de los burgueses; ahora, los ataca; hace más, los arruina. En ese momento tiene cerca un consejero que le anima, le induce por el camino ultrademagógico: es Chaumette. Éste es de Nièvre; procurador-síndico de la Comuna de París, se traslada a su ciudad junto a su vieja madre enferma. Acaba de triunfar en París, donde se ha adueñado del movimiento, ha asegurado a Hébert un nuevo reino de influencia, ha forzado a Robespierre a proteger, el 11 de septiembre, las locuras de los generales hebertistas en la Vendée; Collot, el terrible Collot, ha entrado en el *Comité de Salud Pública* el 6 de septiembre, y con él el *rectilíneo* Billaud. Y la influencia de los *Cordeliers* es tal que Robespierre va, de momento, de retroceso en capitulación. Este reino de los *Cordeliers* durará a lo largo de todo el mes de septiembre.

Muy al corriente de tal estado de cosas, al que ha contribuido más que nadie, Chaumette alecciona a Fouché. No es sólo un inspirador: es un vigilante, un controlador. Fouché le deja estupefacto con una audacia que sobrepasa todas las del grupo *exagerado*. El hecho es que de la demagogia en las frases el procónsul pasa enseguida a la de los actos. El 19 de septiembre publica Fouché un bando con exceso de amenazas. «… Considerando —dice en el mismo— que la Sociedad debe la subsistencia a los ciudadanos desgraciados, sea procurándoles trabajo, sea procurando medios de existencia a los que están fuera de la posibilidad de trabajar… se establecerá en cada ciudad principal de provincias un *Comité Filantrópico*, que está autorizado a establecer sobre los ricos un impuesto proporciona] al número de indigentes». Queda claro a qué abusos singulares debía dar lugar

esta institución de pillaje oficial. En Moulins, donde le seguiremos enseguida, serán teorías y actos concebidos con el mismo espíritu.

Desligada de estas circunstancias de orden humanitario, la institución del impuesto filantrópico constituía una incontestable usurpación de poderes. Mas desde hacía algunos días, el representante, como animado de un ardor loco, que mantenía en su interior la presencia de Chaumette, no parecía conocer ya ni leyes ni frenos. Desde el 1 de septiembre había solicitado el alejamiento de sus colegas, propagandistas, reducidos, decía Fouché, «a contrariar el uno al otro por medidas contradictorias» y, libre de sus movimientos, el representante parecía entonces querer realizar el tipo exacto de proconsulado sin límite ni apelación. No sólo continúa alistando voluntarios, a quienes se recluta, se arma y se envía a Lyón, y presidiendo banquetes donde se reúnen tales o cuales tropas del Norte y del Oeste que se dirigen a la ciudad rebelde: quiere, además, recompensar el valor de los soldados, los promete a muchachas de Nivernais y dota a estas felices parejas, «gracias a contribuciones voluntarias». Los funcionarios están aterrados. Les amenaza, les invita a escoger entre «el cumplimiento de su deber y el patíbulo». Y, en la espera, da un ejemplo, tanto más explosivo cuanto que ataca a lo alto: revoca, su autoridad privada, al propio hermano político del ministro de la Marina, Monge, el ciudadano Huart, inspector de fundiciones, muy benigno con los industriales, luego le hace arrestar y meterle en la cárcel. No hay una materia sobre la que no legisle, no reglamente y, sobre todo, no haga discursos, no perore hasta perder el aliento. El 12 de septiembre, informado de «que la ciudad de la Charité ocultaba en su interior malévolos, malditos ricos que tenían al pueblo en la miseria», se precipitó allí… *«después de una hora de férula* (sic) llega al final de *aclarar las opiniones* y enfocarlas en tal dirección que hubiera encontrado peligro para moderarlas, si no hubiesen tomado el partido de representar a unos descamisados». Recoge allí rumores desagradables contra los generales y contra el ministro de Marina «que, si no es un hombre débil, es un traidor». Denuncia a todo este

mundo militar al *Comité de Salud Pública*. El 18 vuelve a Nevers y toma de nuevo su papel de procónsul demagogo; luego marcha a Moulins.

*

Llega allí el 25 y, desde los primeros días pasea sobre el departamento de Allier una mirada recelosa. Este departamento le parece «destinado a saciar a los *bandidos* de Lyón». «Ya era hora —escribe— que la representación nacional se mostrase al pueblo sin la mediación de los hombres pérfidos que le gobiernan». El pueblo está en la miseria, y entre los representantes de la autoridad se encuentran todos los agentes de la realeza: «oficiales retirados por distintos pretextos en sus castillos, defensores oficiales de los crímenes del tirano, abogados cargados de oro y de asignados dan pábulo a la miseria en medio de la abundancia». Uno sólo, un abogado, es descubierto «¡escondiendo 25.000 francos de oro en su colchón!». Gran escándalo del representante, que dejará al morir quince millones a sus hijos. Esta situación convierte en muy sombrío al procónsul. Estamos lejos del meloso, del untuoso pacificador de julio y agosto de 1793. Quiere la depuración de los funcionarios y toma resoluciones que *«han producido felices efectos*, ya que el pueblo se ha sacudido todos los yugos, el del rico y el del cura».

Efectivamente, es en Moulins donde el doble carácter de la misión de Fouché se afirma claramente.

La presencia de Anaxágoras Chaumette ha hecho del representante un demagogo, casi un comunista, dispuesto a ir del impuesto progresivo a las leyes agrarias, de la reglamentación de los salarios a la de las cosechas, de la institución de retiros para la vejez al mantenimiento obligatorio de los indigentes: todo esto para no parecer al procurador-síndico inferior a los elegidos de la municipalidad parisiense; y, de hecho, los sobrepasará de tal manera, que será su inspirador. Pero Chaumette tiene otro carácter,

que le es propio. El personaje es conocido: apóstol del culto a la Razón, se ha señalado ya por tendencias, opiniones, proyectos antideístas que han hecho fruncir las cejas al deísta Robespierre. Al regresar de Nevers, al final de septiembre, Chaumette pedirá «la abolición del salario de los curas y la igualdad de las sepulturas», empujará al obispo de París, al débil Gobel, a apostatar, y preparará para los primeros días de noviembre la abolición del culto cristiano y la celebración de las fiestas de la Razón. Es en Nevers, en el transcurso de sus conversaciones con Fouché, cuando concibió este fabuloso plan de *descristianización*, cuyas primeras experiencias había visto practicadas abiertamente por el exseminarista de la calle de San Honorato.

El bautismo civil de la hija del procónsul había sido, en efecto, la primera ceremonia del culto todavía indeciso de la Patria; la primera manifestación, en estas comarcas fundamentalmente católicas, del desprecio en que el representante de la Convención tenía a la religión antigua. Algunas Órdenes hostiles a las manifestaciones exteriores del culto, por sí solas, durante algunas semanas habían impedido a los curas ilusionarse sobre las intenciones del procónsul.

La fiesta de la inauguración del busto de Bruto pareció ya en Nevers la declaración de guerra del procónsul al culto católico. Un cortejo se extendió por Nevers, «haciendo justicia con todos los monumentos del fanatismo y del feudalismo». En la iglesia de Saint-Cyr, Fouché, subiendo al púlpito, «en un discurso conciso sacado de su alma y sencillo como la naturaleza», había exaltado las virtudes de Bruto, «dios de la fiesta», y recibió los juramentos cívicos de la asistencia. Chaumette sucedió entonces en el púlpito a Fouché, que había agotado «los tiranos subalternos que, a fuerza de intrigas, buscan reemplazar a sus antiguos maestros». La fiesta terminó con una sesión de la Sociedad Popular, donde «jóvenes ciudadanos coronados de flores habían cantado un himno a la Libertad y ofrecido al representante el tributo de la gratitud del departamento. Fouché habló de nuevo, sucesivamente, con gravedad, emocionado, rígido, prometiendo "la Revolución integral"».

La fiesta de la iglesia de Saint-Cyr tuvo su tornaboda; antes de abandonar Nevers para ir a Moulins, el representante había firmado una orden aboliendo el celibato eclesiástico. «Ya es hora —había declarado el procónsul— que esta casta orgullosa, *llevada a la pureza de los principios de la iglesia primitiva*, vuelva a la clase de los ciudadanos, renuncie a una vida ultrajante para la naturaleza, favorable a la degradación de las costumbres». Y ordenaba «que todo ministro del culto u otro cura pensionado por la nación sería obligado en el plazo de un mes a casarse o a adoptar un niño, etc». Pero fue en Moulins donde fue inaugurada la casa de Fouché con una fiesta que parece la primera manifestación del culto a la Razón. Tan pronto como llegó —de creer al agente Dijannière— «el representante fue a la Sociedad Popular y se manifestó con energía contra los signos de superstición que veía por todas partes en Moulins». Fouché apareció en Nuestra Señora algunas horas después. Subió al púlpito, y arremetió contra los curas, todavía más contra los ricos; dividiendo la sociedad en dos clases, los opresores y los oprimidos, atacaba con violencia a los ricos egoístas, «los acaparadores y monopolistas», afirmando de nuevo que «todo individuo tiene derecho a ser alimentado a expensas de la sociedad». La política demagógica de Moulins resultó más exaltada aún que la de Nevers: los Comités harán la revisión de las fortunas mal adquiridas, paso franco a todos los abusos, a todas las tiranías. Los grandes principios se proyectan con miras a la tierra, ya que se está en un país agrícola. «El representante ordena que las municipalidades se encargarán, bajo su responsabilidad, de hacer sembrar las tierras, caso de existir, por los descamisados, a expensas de los propietarios; que la cosecha pertenecerá a los descamisados que la hayan sembrado». Otro decreto, considerando «que las riquezas que están en manos de los individuos no son más que un depósito del que la nación tiene derecho a disponer», prescribía «que todos los ciudadanos poseedores de oro o plata en monedas, así como plata labrada, sea en lingotes, sea en vajilla, sea en joyas… estarán obligados a llevarlo al comité de vigilancia de su distrito; …

que los ciudadanos desgraciados serían vestidos, alimentados y alojados a expensas de lo superfluo de los ricos…».

Estos comités tienen a su disposición el ejército revolucionario, asimismo organizado bajo los cuidados del representante en Moulins, puesto que al final Fouché deja a estos terribles organismos el derecho de castigar a cualquiera que desobedezca los decretos de la Convención o las órdenes del procónsul «por exposición durante cuatro días en el cadalso, en día de labor». Era organizar en dos departamentos su verdadero terror social.

Pero nada aterró más al pueblo que las profanaciones religiosas de las que Moulins había sido escenario. A continuación de la ceremonia del 26 en la catedral, que había cambiado su destino, en el transcurso de la cual el representante leyó sus órdenes contra el celibato de los curas, se formó una verdadera procesión que, dirigida por el propio Fouché, empezó a echar abajo todos los signos exteriores del culto, cruces, estatuas, calvarios; se vaciaron las sacristías en el paseo de Bercy: un montón de casullas, capas pluviales y otros ornamentos sacros, incluso velos de religiosas fue quemado mientras la banda de iconoclastas, con el procónsul a la cabeza, giraban en corro demencial en torno a los disfraces, en llamas, de la superstición.

Por fin, un último éxito que no tiene precio: el antiguo seminarista obtiene la abjuración del obispo de Moulins, Francisco Laurent, que se quita los hábitos con gran escándalo, seguido por treinta de sus curas.

Y con legítima satisfacción, el exoratoriano escribe a la Convención: «Los curas y sus ídolos han vuelto a sus templos; a los republicanos no les llama la atención más que los signos de la regeneración… del pueblo».

El departamento de Allier se queda aterrado en manos de los *Comités de Filantropía*, ante los que tiemblan propietarios, industriales, curas y funcionarios.

*

Fouché regresó a Nevers el 2 de octubre; allí recibió enseguida la contestación a su carta de Moulins. «Tenemos siempre confianza en su vigilancia —le escribía el *Comité de Salud Pública*— para desbaratar todos los complots liberticidas y en su celo para propagar los buenos principios».

Semejante estímulo, después de los abusos de poder de Moulins, demostraba que el reino de los *Cordeliers* continuaba en París donde, en efecto, Hébert y Chaumette dominaban la situación. Fouché reapareció, pues, sobre el mismo trampolín. Después de una diatriba furiosa contra los ricos, «resto de fango vomitado ya por la República», determina que todos los ricos propietarios o granjeros que posean trigo se hacen personalmente responsables de la falta de aprovisionamiento del mercado. Luego, es una serie de disposiciones despóticas instituyendo contra el patrono «el derecho al trabajo y el acomodo del obrero». Esto no es todo: mientras manufacturadores y agricultores gimen bajo el yugo de un comunismo incoherente, los comerciantes se sienten vulnerados por la depreciación de los metales preciosos. Esta medida, realmente destinada a favorecer el curso del papel moneda, pronto se convierte en el pensamiento más hermoso del procónsul. Cajones de oro y plata son enviados desde los departamentos del Centro a París. «Depreciemos la plata y el oro —grita el procónsul—, arrastremos por el barro estos dioses de la Monarquía, si queremos adorar al dios de la República y establecer el culto a las virtudes austeras de la libertad». El terror igualatorio llegaba a su colmo: «Se sonrojan aquí de ser ricos», escribía Fouché triunfante, el 13 de octubre. No sólo se sonrojaban, debían palidecer. El dinero se escondió; de pronto se hizo extremada la miseria.

Se daba salida a todo el oro, como se verá enseguida; eran maletas enteras expedidas a París, donde no sólo se encontraban

pilas de luises y escudos, sino cálices, paños de oro, castillas, estolas, capas de cardenales y prelados, velos de tabernáculos, despojos de las iglesias y capillas de Nièvre y de Allier. La política de descristianización producía bajo este aspecto resultados tan lucrativos como la demagogia comunista. Esta política había llegado a su paroxismo después del regreso del procónsul a Nevers. Parecía haberse embriagado con sus propias ampulosidades de Moulins. A decir verdad, probablemente estaba más excitado aún por las noticias de París, donde su amigo Chaumette había reemprendido la campaña de descristianización con nuevo ardor y la hacía triunfar en la Comuna, esperando que ésta estuviese a punto, lo cual no tardaría nada en suceder. Efectivamente, la Asamblea marchaba a grandes pasos hacia la proclamación del dogma de la Razón. En el temor de no seguirla bastante cerca, de pronto, el procónsul de Nièvre la precedió.

Fue, en efecto, algunos días después de su vuelta a Nevers cuando apareció la célebre orden de 9 de octubre de 1793, que iba a tener en Francia una repercusión tan grande:

«Considerando que el pueblo francés no puede reconocer otros signos privilegiados que los de la ley, de la justicia y de la libertad, *otro culto que el de la moral universal*, otro dogma que el de su soberanía y el de su omnipotencia; considerando que si, en el momento en que la República acaba de declarar solemnemente que concede una protección igual al ejercicio del culto de todas las religiones, se permite a *todos los sectarios* colocar en las plazas públicas y en las calles *las enseñas de sus sectas particulares*, y celebrar allí sus ceremonias religiosas se produciría la confusión y el desorden en la ciudad.

»*DECRETO*:

»*Artículo primero*.— Todos los cultos de las distintas religiones no podrán ejercerse más que en sus templos respectivos.

»*Art. 2*.— No reconociendo la República ningún culto dominante o privilegiado, todas las enseñas religiosas que se encuentran en las carreteras, en las plazas y, generalmente, en todos los lugares públicos, serán aniquiladas.

»*Art. 3*.— Se prohíbe, bajo pena de reclusión, a todos los ministros, a todos los curas, aparecer fuera de sus templos con sus trajes.

»*Art. 4*.— En cada municipalidad, todos los ciudadanos muertos, de cualquier secta que sean, serán conducidos… al lugar destinado para la sepultura común, cubiertos con un velo fúnebre, sobre el cual será pintado el sueño, acompañados de un oficial público, rodeados de sus amigos vestidos de luto y de un destacamento de sus hermanos de armas.

»*Art. 5*.— El lugar común donde reposarán sus cenizas será aislado de toda habitación, plantado de árboles, bajo la sombra de los cuales se elevará una estatua representando al sueño. Todos los demás indicios serán destruidos.

»*Art. 8*.— Se leerán sobre la puerta de este campo consagrado por un respeto religioso a los manes de los muertos, esta inscripción: *La muerte es un sueño eterno*».

En este célebre decreto, uno de los más curiosos ensayos de descristianización del año II, lo que choca no es solamente la audaz consecuencia sacada de la igualdad y de la libertad de cultos proclamadas en otro tiempo por la República: el cura limitado a la iglesia, pero ¿en qué iglesia? Un templo que de la noche a la mañana se encontrará cambiado de destino, donde la religión que se celebraba la víspera ¡sería escarnecida por el representante perorando en el púlpito de Saint-Cyr de Nevers, en la de Nuestra Señora de Moulins! Lo que chocaba, sobre todo, era la afirmación en cierto modo dogmática: la manifestación solemne, absoluta en su concisión, de un materialismo al que el representante en misión daba así un carácter oficial: *La muerte es un sueño eterno*.

La misma novedad del decreto debía causar sorpresa. Sin duda, desde septiembre, Chaumette había obtenido en París más de una medida preparatoria para la proclamación del ateísmo oficial, pero esta proclamación no sería hecha con solemnidad más que en noviembre siguiente. La codificación de medidas opresivas en artículos breves y enfáticos engrandecían a Fouché. El decreto del día 9 fue publicado en todas partes, propagado, adoptado casi como un decreto de la Convención. En este decreto se inspiran desde entonces la mayoría de los comisarios del Sur y del Suroeste cuando tratan de propagar el movimiento anticristiano. Algunos reconocen claramente esta paternidad: Cavaignac y Dartigoeyte colocan bajo los auspicios del exoratoriano las medidas de descristianización tomadas en Gascuña: «*Considerando* —se lee en su decreto— *que el decreto de Fouché está en los grandes principios del republicanismo y de la moral universal, etc*».

Y con una satisfacción orgullosa, el hombre se vuelve hacia Chaumette y le muestra con un hermoso gesto el país católico privado de su culto, al menos en apariencia. «Las cosas están al punto —le escribe algunas semanas después— en que el país *donde había más superstición no ofrece ya al viajero un solo signo que recuerde una religión dominante*». Y al *Comité de Salud pública*, menos satisfecho quizá: «*¡El fanatismo ha sido fulminado!*»

Estando fulminado, se tenía por muerto y era hora de recoger la magnífica herencia. Medidas de filantropía igualatoria, de economía pública, de requerimientos jacobinos e iconoclastas iban a parar, de hecho, al mismo resultado. Desde el 11 de septiembre, el representante ofrecía a la Convención 100.000 marcos de oro, producidos por este drenaje. El 13 de octubre Fouché anunciaba el envío de todo el oro y toda la plata de los dos departamentos «de los que todas nuestras cajas fuertes están llenas». El día 18 hacía pasar 1.081 marcos, 10 onzas de plata labrada y 1.200 libras de oro, «producto de las *oblaciones* de la aristocracia que, en el artículo de la muerte, trata de hacerse perdonar sus crímenes», escribe el procónsul. Anuncia otros envíos. Ante estos grandes hechos y estas

promesas la Convención, además, se exalta. La carta de Fouché, leída el día 20 en la Asamblea, fue acogida calurosamente. ¡Con tan austeros principios aportando tan sensibles beneficios! Al día siguiente, el 21, el *Mercurio Universal* publicaba que de parte del representante habían sido depositadas tres maletas llenas de plata en el despacho del presidente, en medio de «vivos aplausos».

Sin embargo, el procónsul arrestaba, decretaba, organizaba, instituía, legislaba; mas por debajo de él, sus comités sembraban el terror, detenciones y registros arbitrarios, impuestos abusivos, exposición en la picota y el cadalso bajo los pretextos más fútiles; todos los instintos demagógicos se desencadenaban en Nevers, Clamecy, Moulins, Gamat, Montlucon, la Charité, todas las venganzas armadas, todos los rencores servidos, todas las codicias excitadas por la institución de los «comités de vigilancia». Los representantes del procónsul producen horror: un año después serán sobre todo los actos de aquéllos los que le objetarán; él protestará, se lavará las manos. Y es que, en efecto, bajado del trampolín o del púlpito, sus decretos firmados que van a devastar cien fortunas, diez Administraciones y toda una Iglesia, Fouché es un hombre educado, suave y de trato agradable. En esta dictadura regional hay tantos abusos como actos se realizan: ya hemos señalado más de uno. El procónsul hace noviazgos, casa, separa, vuelve a casar a los ciudadanos con una desenvoltura extrema frente a la ley; juzga, condena tan pronto en primera instancia como en apelación, envía al cadalso criminales a despecho de sus más legítimos recursos: hace leyes, ya que sus reglamentos y decretos constituyen flagrantes usurpaciones sobre el Poder Legislativo, y algunos de manera expresa subversivos del orden establecido.

*

Sin embargo, Fouché quería una apoteosis. La encontró en una nueva «Fiesta del valor y de las costumbres», que tuvo lugar en la

llanura de Plagny, el 21 de octubre. El mismo día, *desbautizó* ciudades y pueblos: Decize se convirtió, por ejemplo, en Roche-la-Montagne, etc., y como último acto de su autoridad suprema, hizo detener al exduque de Nivernais, convertido en el ciudadano Maneini-Mazarini, y confiscó sus bienes principescos. La Convención, rebasada, permanecía admirativa: El *Comité de Salud Pública* multiplicaba los estímulos, las felicitaciones al representante «por su vigilancia en desbaratar los complots liberticidas y su celo en proteger los buenos principios», todo ello interrumpido por los aplausos de la totalidad de la Convención saludando, en las sesiones del 20 y del 31 de octubre, el envío por Fouché de los desvalijamientos que ya conocemos. En la Asamblea el procónsul de Nevers y Moulins tiene fervientes admiradores, dantonistas y hebertistas. Después del 7 de octubre, Legendre, un amigo de Danton, escribía: «El espíritu público se pronuncia por fin en los departamentos de Nièvre y de Allier, que estaban llenos de aristocracia, de feudalismo y de superstición: el rigor de las medidas hará triunfar el republicanismo de forma que desesperará a los enemigos de la libertad y de la igualdad». Y Chaumette: «El ciudadano Fouché ha realizado los milagros de los que he hablado: vejez reverenciada, invalidez socorrida, desgracia respetada, fanatismo destruido, federalismo aniquilado, fabricación de hierro en actividad, gentes sospechosas detenidas, crímenes ejemplares castigados, acaparadores perseguidos y encarcelados; tal es el resumen de los trabajos del representante del pueblo Fouché».

Esta apología sin reservas llegaba a propósito para presentar la candidatura del procónsul a otra misión más importante. Hablaba mucho de que volvieran a llamarle, gimoteando siempre sobre su salud débil que se agotaba con tantos trabajos; pero en el fondo, debía vacilar en volver a París: no ignoraba qué peligros le amenazaban allí a pesar o, por decirlo más exactamente, a causa precisamente de sus deslumbrantes éxitos.

Si Legendre, fiel dantonista, y Chaumette, seguido por todos los *Cordeliers*, llevaban a Fouché al pináculo, había en la Convención y

en el Comité un hombre que permanecía fuera de este concierto: Maximiliano Robespierre. Veremos más adelante lo que dividía a los dos hombres: recuerdos y temores, temperamento y política. Baste recordar en este momento hasta qué punto el sistema que había practicado el representante en misión debía ensombrecer a Maximiliano. Más conservador que muchos de sus adversarios de derechas, con cierto desdén por los procedimientos demagógicos, este burgués empolvado y pulcro no podía ver sin horror, sin repugnancia las siniestras *carmañolas* comunistas del procónsul del Centro. La exhibición de oro y plata desembalados al pie de la tribuna debía de llevar una sonrisa de amargo desprecio a los labios de *el Incorruptible*, ya que corría el sordo rumor de que Fouché y sus amigos descontaban previamente sus honorarios. Piénsese qué acogida debía de hacer a estos rumores, bastante verosímiles, el espíritu receloso del que ya pensaba en aplastar tanto a los Chabot como a los Danton bajo acusación de concusión y de robo. Pero lo que sobre todo podía exasperarle era la vista de las casullas y de los cálices. Semejantes manifestaciones sublevaban a cuantos deístas rodeaban al gran hombre.

Robespierre era deísta por temperamento y por tradición: lo era también en política, partidario más que nadie del Dios guardián de la religión y de la obediencia. Las *carmañolas* de Nevers y de Moulins no sólo herían sus sentimientos; algo más grave para este táctico: contrariaban sus combinaciones, molestaban sus planes. Por desgracia, en cualquier circunstancia encontraba en su camino, como piedra de choque, a este Fouché que le era personalmente tan odioso: Collot y Billaud, que eran para él en el Comité adversarios peligrosos, hablaban sin cesar de éste, le hacían su hombre: hebertistas y dantonistas lo reclamaban también, a consecuencia de que aparecía como el hombre de la exageración o el hombre de la dulzura. Y era las dos cosas.

El asunto de Lyón vino a avivar todavía más el odio de Robespierre y de su camarilla contra el exoratoriano. No tenemos necesidad de recordar que, tomada la ciudad el 9 de octubre por

Dubois-Crancé, el partidario robespierrista había hecho mandar a Couthon, el *alter ego* de Maximiliano. Y bruscamente, Couthon había parecido querer practicar allí en una solemne circunstancia, en una ciudad que se subleva y es aplastada, ante los ojos asombrados de Francia, la política, no sólo de la moderación, sino de la indulgencia. Pasaba por el hombre de Robespierre, y el hecho tuvo, pues, una resonancia enorme: Collot de Herbois respondió a esta política con otra. Propuso el famoso decreto: «Lyón ha hecho la guerra a la República, Lyón no existe». Era la venganza ruidosa que sacarían de la ejecución del alcalde Chalier lanzado a la guillotina los primeros días de la rebelión; la destrucción de una ciudad, la segunda Francia; el aplastamiento de una población, el desquite de los jacobinos de Lyón, presentes hacía poco tiempo. Y porque Robespierre pareció inspirar a Couthon, todos los adversarios de *el Incorruptible* ajustaron su conducta a la de los otros. El decreto pasó: Robespierre había sido vencido y, lo que era peor, tenía que capitular, habiendo tenido miedo de pasar por indulgente: quedó resentido. ¡La que se organizó cuando forzaron al Comité a hacer volver a Couthon, «opresor de patriotas», para mandar a Lyón a Collot, el autor del decreto, el hombre de los *Cordeliers!* La coalición lo hacía todavía mejor; intencionadamente, o no, en este asunto parecía querer colmar a Maximiliano de amargura: propuso a Fouché, el convencional quizá más odioso para Robespierre. Todo el partido se resintió y guardó por el asunto la amargura de un descalabro; Couthon, llamado de nuevo, volvió a ocupar un asiento en el *Comité de Salud Pública*, y aún parecía a veces estar de acuerdo con los nuevos comisarios de Lyón, ya que detrás de su gran político, tanto como el partido sabía ser fluctuante y distinto, el antiguo procónsul quedó, sin embargo, cerca de Robespierre, el representante de los intereses de Lyón que Collot y Fouché iban a oprimir tan cruelmente. El rencor de Robespierre se exacerbaba todos los días. Se complicó, durante los cuatro meses que duró la misión de Fouché, con una serie de resentimiento y de disgustos. Más todavía: en las primeras semanas, por sus decisiones y sus

actos la Asamblea parecerá adherirse a la política que ha practicado Fouché en Nevers y en Moulins, y aún más sentirá *el Incorruptible* aumentar contra Fouché su rencor y su odio.

Couthon y, detrás de él, Robespierre, sienten como heridas personales los golpes dados en Lyón a la política de moderación. No se atreven a protestar siempre; sin embargo, a veces lo hacen. Couthon opone con amargura a los jacobinos su misión a la de sus sucesores, infamando a los que ultrajan el Ser Supremo «con ceremonias ridículas y forzadas». Pero era la protesta de un oposicionista. La dictadura de Robespierre está lejos de ser consumada; Hébert y Chaumette continúan reinando, y Fouché procede de ellos. Únicamente no puede disimularse que ha tenido en el Comité un terrible vigilante. Temblaría, sin duda, si no se sintiera ampliamente cubierto por la presencia de Collot de Herbois. Al lado de este representante en el *Comité de Salud Pública* y del partido exagerado, la sola indulgencia es peligrosa. Fouché está decidido. Las *matanzas* de Lyón van a empezar.

CAPÍTULO IV

LAS DESCARGAS DE LYÓN

Fouché se reúne en Lyón con Collot de Herbois.—El papel de Collot.—La destrucción de Lyón, decretada.—Actitud antirreligiosa de Fouché y sus medidas comunistas.—La Comuna de París las adopta: influencia de Chaumette.—Las descargas: la degollina de una ciudad.—Collot llamado de nuevo a París hace que la Convención apruebe la actitud de los procónsules.—Repercusión sobre Fouché de las cartas de la Convención.—Vuelve a una política moderada.—Caída de los «exagerados» en París.—Fouché, llamado otra vez a Lyón, bajo el peso de terribles amenazas.

El 9 brumario año II (30 de octubre de 1793) era adjunto de Collot de Herbois para ir a la *Ciudad Liberada* (Lyón) en calidad de comisario de la Convención. Una carta personal dirigida a Fouché decía: «¡Los servicios que has prestado son una garantía de los que aún prestarás!»

El 7 de noviembre tomaba en Nevers la posta para Lyón, y el 10 se juntaba allí a Collot, que ya había puesto manos a la obra.

La ciudad temblaba. Después de un sitio encarnizado, la «ciudad rebelde» había sucumbido el 8 de octubre y podía temer todo de los «vengadores de Chalier». La sorpresa fue grande cuando los primeros representantes enviados en misión, con Couthon a la cabeza, habían tomado la actitud moderada que ya se sabe.

El furor de los «patriotas amigos de Chalier» —era el título que se daban los jacobinos extremistas de Lyón— había estallado inmediatamente. Sus recriminaciones habían sido escuchadas y, lo hemos visto, Couthon llamado a Lyón.

Collot había llegado enseguida. Estaba encargado de aplicar en todo su rigor el demasiado famoso decreto: «La ciudad de Lyón será destruida…», que Couthon, después de un simulacro de ejecución,

había dejado dormir un poco. Collot, por su parte, prometía aplicar el decreto al pie de la letra y, por añadidura «vengar a Chalier» con medidas crueles.

El hombre tenía un violento acceso de cólera y era un terrible compañero para Fouché. Por otra parte, los dos miembros de la Convención constituían un contraste sorprendente. Antiguo actor, Collot había conservado el carácter de vanidad bullanguera que se atribuye a las gentes de su oficio. Por lo demás, cómico mediocre, se vio lanzado a una escena que le atraía: destruir una ciudad de doscientos mil habitantes y hacer morir a la décima parte de éstos no era una misión ordinaria. Pero mal educado, grosero, brutal, Collot bebía, comía, se divertía y, en Lyón sus costumbres intemperantes se sobreexcitaban con las facilidades que presentaba la situación. Desde 1789, este Collot se había enrolado en los violentos, papel fácil, propio por otra parte de su naturaleza espectacular y de su garganta infatigable. Este histrión, por una ironía de la suerte se acoplaba, en la horrible tragedia de Lyón, al fino, ligero y serio profesor de ayer que conocemos. Uno, terminado su trabajo siniestro, volverá a sus libertinajes; el otro, a su hogar familiar cerca de su esposa y de su hijo. Esto permitirá a Fouché aparecer, ante la mirada de los habitantes de Lyón, como una figura casi simpática en relación con el otro, manifiestamente loco de alcohol y de sangre. ¿Qué es este extraño contraste? ¿Es la habilidad con la que Fouché habrá dejado a Collot, miembro del todopoderoso *Comité de Salud Pública* el papel ruidoso viendo que le tenía afición? ¿Es la política que —según vemos— será adoptada por Fouché después de la marcha de este brutal compañero? Cualquiera que sea la opinión de Lyón, incluso en plena reacción postermidoriana, se mostrará mucho menos severa para el hombre hábil a quienes los libelistas, veinte años más tarde, anonadarán con el recuerdo de las matanzas de Lyón. Los habitantes de Lyón, los más enconados contra él, no les llamarán nunca, aunque los dos hombres tuvieron los mismos poderes, sino «el cómplice de Collot».

*

El pensamiento inspirador era sacar del homicidio de Chalier una venganza sin precedentes. Para afirmarlo, los procónsules decidieron desde el principio que sería organizada una ceremonia cuasireligiosa «en honor de los manes de Chalier, dios salvador muerto por los descamisados». Tal ceremonia y de tal carácter, entraba particularmente en las ideas que Fouché había hecho prevalecer en Nevers y Moulins: la de sustituir las fiestas del antiguo culto por las de un culto cívico. Lyón iba a conocer que un dios nuevo sería celebrado en los altares, que habían cambiado de destino.

Esta afirmación fue deslumbrante. Los dos procónsules no dejaron subsistir ninguna duda sobre este punto. Antes de la ceremonia, preludio ordenado por el exoratoriano, se les vio recorrer la ciudad, seguidos de una cohorte armada de hachas y de picos; echaron abajo, lo mismo que en Nevers y en Moulins cruces y estatuas sagradas, ocuparon las iglesias una a una, echaron al clero y saquearon las sacristías. Abolido el antiguo culto con sus insignias, se vieron surgir las del nuevo. El busto de Chalier, «dios salvador», apareció llevado sobre un palanquín tricolor, adornado con una urna donde una piadosa ilusión colocaba las cenizas del mártir. El cortejo se puso en movimiento en medio de una horda de gentes, dando alaridos a través de un Lyón aterrado: *¡Abajo los aristócratas! ¡Viva la República! ¡Viva la guillotina!* Seguían los *patriotas*, llevando jarras sagradas, cálices y copones robados en las sacristías; luego un asno cubierto por una capa de ceremonias y tocado con una mitra, colgados de la cola un crucifijo, la Biblia y el Evangelio. Los tres representantes entonces de Lyón —Collot, Laporte y Fouché— estaban allí, dando carácter oficial a la mascarada irreligiosa. Recorrió la gran ciudad tan profundamente religiosa y se detuvo en la plaza de Terreaux. Allí se vio a los representantes postrarse ante el busto del mártir; después hablaron. Collot, solemne y engreído,

ronroneó una retractación pública; Fouché lloriqueó: «¡Chalier, ya no existes! Mártir de la libertad, los facinerosos te han inmolado. ¡Chalier, Chalier, juramos por tu imagen sagrada vengar tu suplicio! Sí, la sangre de los aristócratas te servirá de incienso». Después de tal desenfreno de elocuencia, se encendió una hoguera, donde fueron quemados un crucifijo y el Evangelio; el asno, según contaron, bebió en el cáliz que le habían presentado.

Saliendo completamente excitados de tal ceremonia, Collot y Fouché juraron en una carta enardecida a la Convención, que no se detendrían con esta satisfacción platónica. Algunos días después hacían gala de una ferocidad destinada a convertir en inaguantable el absurdo *moderantismo* de Couthon. «Somos desconfiados hacia las lágrimas de arrepentimiento, nada puede desarmar nuestra severidad… Tenemos que decirlo, ciudadanos, colegas; *la indulgencia es una debilidad peligrosa propicia para reanimar las esperanzas criminales en el momento en que hay que destruirlas. Las demoliciones son demasiado lentas*. Se precisan medios más rápidos para la impaciencia republicana. La explosión de la mina y la actividad devastadora de la llama pueden expresar por sí solas la omnipotencia del pueblo; su voluntad no puede ser detenida como la de los tiranos: tiene que tener el efecto del trueno».

Por fin, una *Instrucción*, refrendada por Collot y Fouché, verdadero y formidable programa, los dos procónsules se dedican a la justificación de la *República integral*: preveían que la Revolución, detenida en su marcha, habría trabajado en vano, que una nueva aristocracia sustituiría a la antigua, la burguesía a la nobleza. La conclusión era que hacía falta, por un sistema de impuestos y deducciones, impedir la acumulación de riquezas y el advenimiento de la plutocracia. Tal era el programa: las cartas a la Convención prometían la demolición y la muerte; la ceremonia del 10 de noviembre presagiaba la descristianización absoluta y la instrucción, la revolución social. La tarea era enorme: Collot quería depurar, encarcelar, diezmar a una población de 200.000 habitantes; Fouché la emprendía con el alma misma, con los sentimientos innatos de la

población: en la ciudad quizá más católica del país quería hacer triunfar, con el comunismo, el ateísmo oficial.

Los dos hombres se internaron en sus despachos inaccesibles para todos, cerrando oficialmente la puerta a las reclamaciones, a las protestas, a la piedad, mas abriéndolas oficialmente a la delación. Sólo los ciudadanos provistos de una tarjeta cívica fueron autorizados para penetrar en la casa donde los dos comisarios habían elegido su domicilio; pero sólo estaban autorizados a comunicar directamente con ellos las autoridades y los miembros de la Sociedad Popular, «haciendo anunciar el motivo de su solicitud por escrito». Esta reclusión es formidable. La acción exterior de los representantes se ejerce por la *Comisión Temporera de Vigilancia*, donde el personaje principal es una criatura de Fouché —Vedel—, traído por él de Nevers.

Las órdenes salen de la misteriosa casa, así cercada, sembrando el terror y la muerte. El 20 de brumario (10 de noviembre), día de la llegada de Fouché, se restablece el embargo instituido por Dubois-Crancé, abolido por Couthon, de los bienes de los sospechosos. El 23 de brumario un decreto organizando la demolición sistemática: «todos aquellos edificios proscritos que puedan ser destruidos por efecto de la mina y de las llamas, serán inmediatamente señalados y se procederá seguidamente a su destrucción».

*

Por otra parte, como la ceremonia de Chalier le había dado ganas a Fouché de seguir, había organizado para frimario una ceremonia más importante todavía: la inauguración del culto a la Razón. Las aclamaciones de la Convención han convertido por fin en oficial ese culto soñado, y Chaumette lo celebró con gran pompa el 20 de brumario en Nuestra Señora de París. Fouché, siguiendo el movimiento, quiso que Lyón celebrase también la Razón. En la *Instrucción* del 26 de brumario (16 de noviembre) renovó sus

ataques contra los curas con una violencia inaudita: «Son los que desde hace mil trescientos años han levantado gradualmente el edificio de nuestra esclavitud, lo han adornado con todas las baratijas sagradas que pudieran sustentar los defectos del discernimiento de la razón y de la filosofía. Son ellos los que han esclavizado el espíritu humano con sus prejuicios imbéciles y que, para colmo de infamia, han sacrificado con sus imposturas los errores que han embriagado los siglos. Es evidente que la Revolución, que es el triunfo de la luz, no puede ver más que con indignación la demasiado lenta agonía de este puñado de mentirosos. Su reino expira y deja sitio al imperio del buen sentido y de la razón…» «El republicano —añadía la *Instrucción*— no tiene otra divinidad que su patria. Todas las Comunas no tardarán en imitar a la de París que, sobre las ruinas de una iglesia gótica (sic) acababa de levantar un templo a la Razón». La *Instrucción* estaba refrendada por el exoratoriano Fouché; debía servir de prefacio a la fiesta preparada con gran alboroto en la catedral de San Juan. Pero se conoce, a principios de frimario, la cólera de Robespierre con motivo del voto ateísta del 8 de noviembre, su desdén por la fiesta del día 10, sus salidas contra Chaumette y el nuevo voto de la Asamblea; Couthon ha atacado de modo especial los sacrilegios de Lyón. El 12 de diciembre (22 de frimario), Robespierre tomó la defensa de los curas en el club de los jacobinos. Chaumette se desplomaba; Fouché que, por otro lado, reniega de él algunos meses más tarde, creyó mientras esperaba en la necesidad de contener la cosa; se abandonó el proyecto de la fiesta de Lyón.

Desde entonces, el hombre de Nevers se volvió a lanzar sobre la parte social de su programa. Desde el 24 de brumario su comunismo sentimental se había manifestado en un decreto que tuvo una auténtica repercusión, fue transmitido enseguida a la Comuna de París, aclamado, adoptado por ella. «Considerando —decían los representantes— que todos los ciudadanos tienen un derecho igual a las ventajas de la sociedad; que su disfrute debe estar en proporción de su trabajo, de su industria y del ardor con que se entregaban al

servicio de la patria…» Pero eran, sobre todo, los artículos 8 y 9 los que atraían la atención: «la riqueza y la pobreza deberán igualmente desaparecer del régimen de igualdad. No se volverá a amasar un pan de flor de harina para el rico y un pan de salvado para el pobre», decía el artículo 8; y el artículo 9: «todos los panaderos están obligados, bajo pena de encarcelamiento, a fabricar una sola y buena clase de pan: *el pan de la igualdad*». Este decreto, declarado válido por once departamentos del Sudeste, fue leído y adoptado en la Comuna de París, el 3 de frimario, y los ciudadanos Collot y Fouché considerados desde entonces como los precursores de la política *filantrópica*. En realidad, la analogía de semejantes medidas con las que había tomado algunos meses antes el procónsul de Nevers permiten atribuirle la exclusiva paternidad a Fouché. Así, éste continuó «golpeando al rico».

*

El otro estaba entregado por completo a su obra de «venganza republicana». Lyón se derrumbaba a golpes de picos y de minas y, de las cárceles, llenas a desbordar, salían ya las largas procesiones de los desgraciados —de toda condición— a la guillotina o al fusilamiento. Página singularmente horrorosa en la historia de la Revolución ésta que han escrito los mismos procónsules en esas cartas increíbles en que se alababan las matanzas y se hacía alarde de los suplicios, cartas en las que, al lado de la firma de Collot, figuraba siempre la de Fouché.

Los dos procónsules aparecen allí como alienados, embriagados locamente por la sangre que corre en oleadas. En nombre del «mártir Chalier», todavía y siempre, desde el 16 de brumario, Fouché reclamaba ejecuciones sin precedentes, *ejecuciones en masa*.

Los dos hombres acababan de *organizar* el Terror. El *ejército revolucionario*, llegado a Lyón el 3 de frimario, iba a convertirse en

un terrible instrumento de muerte. Por otra parte, el 7 de frimario, los procónsules habían establecido la *Comisión de los Siete*, tribunal extraordinario que, en algunas semanas, iba a condenar a muerte a más de 2.000 habitantes de Lyón. Los procónsules nombraron presidente de éste a un hombre de los suyos, Parein. El decreto que organizaba la justicia sumaria dictaba al tribunal su conducta, estableciendo el principio de que ya que todos los que llenaban las prisiones de esta comuna habiendo conspirado la aniquilación de la República y meditado la matanza de los patriotas, estando, por este hecho, fuera de la ley, era excusar de antemano e, incluso, imponer la célebre «justicia sumaria». No se trataba más que de *limpiar* las cárceles, demasiado llenas.

Desde la llegada de los representantes «enviados para asegurar la felicidad de todos», la guillotina tenía más actividad; pero la consideraron todavía demasiado lenta: apenas cien personas —era un escándalo— habían podido pasar por ella desde el 20 de brumario. Prescribieron las *descargas*. Fouché, como siempre, firmó con Collot.

El 14 de frimario se vio, por primera vez, un espectáculo horroroso: en la llanura de Brotteaux, entre dos fosas paralelas, destinadas a su sepultura, sesenta y cuatro jóvenes, amarrados de dos en dos, fueron colocados en tila; frente a ellos apuntaban los cañones revolucionarios. Las víctimas entonaron el *Canto de la separación*, admirable coro que lanzaba a los verdugos el eco de las últimas notas ahogadas poco antes por la guillotina en la garganta de Vergniaud. A una señal dada desde el estrado, donde se encontraban los representantes, se dispararon los cañones y la metralla abatió de un golpe el tropel de mártires. Algunos minutos después, el canto se extinguía entre los gritos espantosos que lanzaban los infelices: la mayoría no estaban más que mutilados; algunos, destrozados, respiraban todavía, se incorporaban. Los soldados acabaron con ellos a sablazos.

En Lyón fue general el horror. Los procónsules respondieron a la censura, desafiándola: «¡*Algunas destrucciones individuales* —

escribían al día siguiente—, algunas ruinas no deben ser percibidas por aquel que, en la Revolución, no ve más que la liberación de los pueblos de la Tierra y *la felicidad universal de la posteridad!*... ¿No es sobre las cenizas de los enemigos del pueblo, de sus asesinos, de cuanto hay de impuro, sobre lo que hay que establecer la armonía general, la paz y la felicidad pública? *Los representantes del pueblo permanecerán impasibles en el cumplimiento de la misión que les es confiada*: el pueblo ha puesto en sus manos el trueno de la venganza, no lo abandonarán hasta que todos sus enemigos sean fulminados. Tendrán el temple enérgico de atravesar las inmensas tumbas de los conspiradores y de caminar sobre minas para llegar a la felicidad de la nación y a la regeneración del mundo».

Esta carta, salpicada por la sangre de la juventud de Lyón, está firmada por todos los representantes.

Uno piensa si con semejantes padrones, el siniestro Parein y sus asesores no juzgarían y condenarían con ardor. El número de muertos crecía. ¿Dónde estaba la benigna ejecución del 14 de frimario? El 25 ya no eran 64, sino 209 habitantes de Lyón a los que conducían bajo la metralla a Brotteaux. Horrible carnicería. Todavía se darán sablazos, se matará con golpes de pico, de azada, de hacha a los que la metralla había respetado. El mismo día los procónsules habían lanzado en *Ciudad Liberada* una proclama humanitaria. «Es preciso —escribían por otra parte— que los cadáveres ensangrentados, lanzados al Ródano, ofrezcan en las dos orillas, en su desembocadura, bajo las murallas del infame Tolón, a la mirada de los cobardes y feroces ingleses, la impresión del espanto y la imagen de la omnipotencia del pueblo». Y, en otra carta: «*Experimentamos secretas satisfacciones, sólidos goces, la naturaleza recupera sus derechos, la humanidad nos parece vengada, la patria consolada*, y la República salvada, asentada sobre verdaderas bases, sobre las cenizas de sus cobardes opresores». Había que citar todo; no hay una palabra que no sea odiosa por su cinismo o por su fariseísmo, ni una carta que no gravite con un peso

insoportable en la memoria del hombre que firmaba a continuación de Collot al pie de semejantes misivas.

Y continúan encarcelando y matando.

*

La exasperación llegaba al colmo: eso era demasiado. Lyón sudaba sangre, vivía ya en un ambiente de putrefacción y de muerte. Una diputación de Lyón apareció en la Convención, llamada, animada, aplaudida por los robespierristas que veían ya venir el desquite de Couthon, habló, fue escuchada. Los procónsules debieron de estremecerse cuando les llegó una carta del Comité llamando a Collot para que fuera a justificarse.

Apareció Collot, aterró a la Asamblea evocando el monstruo del *federalismo* renaciente, aplastando con este estribillo a la Diputación de Lyón y, de rechazo, a sus protectores. El 21 de diciembre —1 de nivoso—, Collot entró como triunfador en la Convención, se vanaglorió, lejos de disculparse, e hizo aprobar su conducta. Desde lejos le sostenía Fouché, le suministraba argumentos. El 20 de diciembre le escribió que para festejar la toma de Tolón había mandado a 213 «rebeldes bajo el fuego de la pólvora». Se felicitaba «con lágrimas de alegría» por haber contribuido, con Collot, a la reconquista de Tolón «sembrando el espanto entre los cobardes que habían entrado allí y ofreciendo a sus miradas miles de cadáveres de sus cómplices». Para el tipo de hombre que era Fouché, seguidor de la mayoría, había en el triunfo de su compañero un estímulo especial. Redobló su cinismo, quizá más que su crueldad. Collot había vuelto ahora al Comité, desde donde había fijado su vista sobre Lyón dispuesto, sin duda, a castigar la menor debilidad. Por otra parte, ¿qué mejor salvaguardia para el porvenir, en caso de un cambio, que «la voluntad de la Convención?» Se afianzó hábilmente la palabra. «Si nos atrevemos a confesarlo —escribió el 7 de nivoso — *hacemos verter mucha sangre impura, pero es por humanidad,*

por deber. Representantes del pueblo, *no traicionaremos en absoluto su voluntad*». Desde entonces había encontrado una respuesta para el porvenir, creyéndose bajo cubierto por la Asamblea entera.

De hecho hacía mucho tiempo que Fouché se había puesto a cubierto. Ya que Robespierre parecía al fin resuelto, después de tantas moratorias y capitulaciones, a emprender la lucha con la facción hebertista. Se había llegado al final de diciembre. En ese terrible año de 1794 que iba a comenzar, se vería a los jefes de la Montaña despedazarse, proscribirse y entrematarse, y a Hébert, Danton, Desmoulins, Chaumette, Robespierre, Couthon y Saint-Just adherirse a Vergniaud y Brissot.

Desde finales de noviembre, la lucha —como hemos visto— había estallado entre Robespierre y la Extrema Montaña en el terreno religioso: Robespierre había atacado a Chaumette, le había separado de Hébert y aniquilado. Esperando la redada del 13 de marzo, en la que debía ser cogido Hébert y su estado mayor, era especialmente en provincias donde la lucha parecía establecerse entre los representantes en misión y los agentes personales de Robespierre. Éstos representaban, más de lo que sin duda hubiera deseado su mismo amo, las ideas de indulgencia y, desde entonces, se estableció entre ellos y los comisarios una lucha sorda, la guerra a navajazos durante la cual el arma buscaba a Robespierre o a Hébert a través de sus agentes. En el Suroeste, sumido por entero bajo la influencia y el poder de los comisarios de Lyón, Robespierre había enviado a un vigilante, Gouly. Le habían encargado para actuar contra Javogues, el representante quizá más exagerado que se había visto, demagogo desaliñado que, residiendo en Ain, mantenía relaciones cordiales con el procónsul de Lyón. Fouché comprendió enseguida a quien querían alcanzar a través de Javogues. Pareció aceptar la lucha y, sabiéndole agente de Robespierre, denunció violentamente a Gouly quien, decía, «ejecutaba en Ain un plan contrarrevolucionario y liberticida». Habló incluso de hacerle detener. Contaba con la protección de Collot en el Comité. Y tenía razón. Gouly fue destituido el 9 de nivoso (8 de enero de 1794).

Semejantes incidentes otorgaban una autoridad singular a Fouché. Por otro lado le mandaron una aprobación absoluta en nombre de la Convención. «El *Comité de Salud Pública* vuelve a llevar todas las operaciones a los mismos principios; *es decirle que sigue a todos los suyos, que actúa con usted, con todos aquellos cuyos varoniles esfuerzos adelantan el éxito de la Revolución*», le escribió Billaud.

Y seis días después era un nuevo estímulo para el procónsul enviado esta vez por Collot, siempre en nombre del Comité.

*

Sin embargo, Fouché empezaba a conocer no escrúpulos, pero sí dudas. Estaba pensativo: se iba demasiado lejos, demasiado fuerte; la cuerda estaba muy tensa: ¡iba a romperse! En París, la popularidad de Hébert estaba tocando a su fin, decididamente; por más que Hébert, asustado, había renegado cobardemente de Chaumette, del ateísmo y del comunismo, Danton se mostraba asqueado, y más que nunca la Convención parecía estar en su mayoría a favor de él, a la indulgencia predicada por Desmoulins.

La excitación demagógica de Lyón era inmensa. Los jacobinos de Lyón, los famosos «patriotas amigos de Chalier» turbaban el orden, imponían la violencia. Fouché, armado siempre de un arco de dos cuerdas, les disparaba una flecha: bajo la apariencia de infundir a los comités y a las administraciones pura sangre jacobina, llama amigos suyos de París, haciendo así contrapeso, contrarrestando las ruidosas audacias de la facción del alcalde robespierrista Bertrand. Todavía hablaba mucho de celebrar la fiesta de la Razón, pero era mucho menos ruidosamente y, si las cárceles continuaban llenándose, la guillotina y la metralla funcionando, bajo cuerda también lo deploraba, echando gustoso todo sobre los comités y el tribunal. Por lo demás, parecía creer en el éxito de Danton más que en el de Robespierre, ya que continuaba contra éste una lucha sorda, aunque perfectamente visible. Contra él, sostiene a Dorfeuille,

presidente del tribunal quien, públicamente, ha tratado a robespierristas de «camarilla infame»; contra él, estimula, inspira a Javogues cuando éste lanza contra Couthon, tratado de «charlatán e hipócrita», una formidable requisitoria y, pese a sus dudas, más deseoso de practicar la moderación que de anunciarla, se asocia a la campaña del comisario de Ain contra «la camarilla Gouly, Gauthier y los moderantistas». Cuando Robespierre el joven, al volver del Sur, pasa por Lyón, es recibido con gran frialdad, y muy tétrico ataca a los comisarios. «Existe un sistema en Lyón —escribe— de llevar al pueblo a nivelarlo todo. Si no se presta atención a ello será la desmoralización general».

Méaulle, un viejo amigo de Fouché, que llegó a Lyón durante ese tiempo, adjunto de Fouché como nuevo comisario, parecía aterrado por las lamentaciones que se alzaban contra los excesos del Terror. Preocupado, Fouché decide evolucionar lentamente. Asimismo, mientras escribía a la Convención las amables frases que se han leído más arriba, ya daba la impresión de lavarse las manos en las ejecuciones y los excesos lioneses. Dejaba trabajar a Parein, Dorfeuille y los otros, pero a veces, entre amigos, alzaba los hombros diciendo que eran locos furiosos. Con este motivo se cuenta una anécdota. En plena matanza un sospechoso se refugió en su casa. Era un antiguo maestro de Juilly, llamado Nollet, profesor de física en el colegio. Acosado, se había metido osadamente en la boca del lobo. Fouché le acogió y prometió salvarle, y le dijo bruscamente: «¿Echa usted de menos Juilly? Tengo más motivos que usted para echarlo de menos». Y con singular amargura el procónsul abrió su alma: «Los agentes de la Revolución eran unos locos o unos miserables, él era su esclavo más que su amo». Proteger a un proscrito es grave. Fouché parece preocuparse poco de ello: lleva a Nollet a pasear con su mujer, llegan a Brotteaux, ¡el suelo está allí ensangrentado! Nollet se emociona: Juana Fouché le pregunta la razón. «Déjele hacer muecas —dice Fouché— y no le hable». Pero utiliza a Nollet para prevenir a los proscritos, las gentes denunciadas, a advertir sobre todo a los curas,

que no hagan alarde, que permanezcan callados, prometiendo no hacerles detener si no se mueven. Éste ya es el Fouché del Imperio.

La marcha de Collot le había como liberado: continuó, sin duda, asistiendo a las matanzas, repetía enseguida el estribillo aprendido junto al cómico de la legua: «la pólvora, el fuego, la rapidez de la pólvora, la omnipotencia del pueblo»; pero ya no desencadenaba la pólvora; es cierto que nivoso no la detiene. Deja ir las cosas. Luego, repentinamente, es un auténtico cambio de opinión. El 18 de pluvioso (6 de febrero) hay una orden para que cesen las matanzas: es cierto que a guisa de compensación se guillotina, en seis semanas a 96 personas —del 11 de febrero al 25 de marzo—. Pero esto era poco, después de las ejecuciones del tiempo de Collot. El 14 de pluvioso (18 de febrero) los comisarios publican un decreto prohibiendo en lo sucesivo toda detención, si no es por «nuevos delitos» (era la amnistía del pasado, tan solicitada por Lyón). Toda la gente honrada respiró: en desquite los «patriotas amigos de Chalier» se quejaron amargamente de ser oprimidos. Gritaron tanto más alto cuanto que, de repente, con el fin de atacar a Hébert sin que se les acusara de contrarrevolucionarios, Robespierre se puso a la cabeza del movimiento terrorista, el discurso de Saint-Just en la Convención del 26 de febrero indicando claramente la nueva orientación del grupo, del cual él era el *leader* más violento. Por un singular paso de contradanza Fouché se había moderado en el momento en que Robespierre parecía convertirse en el protector de los terroristas. Que Fouché se crea perdido, haga lo que haga, si Robespierre triunfa, o tenga todavía fe en la victoria de Danton y de los *indulgentes*, el caso es que acentúa el movimiento de reacción contra los terroristas de Lyón. A pesar de sus esfuerzos, los amigos de Chalier, protegidos ahora por Robespierre aúllan en treinta y dos comités y en las sociedades populares; pesan todos los días sobre la administración departamental, para imponerle arrestos y sobre el Tribunal Criminal para arrancarle condenas; critican, acusan, en una correspondencia mantenida con Robespierre y Couthon a los

comisarios, en lo sucesivo sospechosos. Fouché y Méaulle no dudan más.

Fue éste un golpe de Estado que, con cuatro decretos y algunas medidas accesorias, paralizó, aterró, aniquiló a los jacobinos de Lyón. El 26 de ventoso (16 de marzo), apareció un decreto: suprimía, de un plumazo, los treinta y dos comités calificados por Fouché de «cáncer político» y los reducía a nueve, lo que, añadía en sustancia el informe del procónsul, «impedirá perpetuarse a la anarquía».

*

El 4 de germinal se conocieron en Lyón los acontecimientos de París. Robespierre, apoyado por el Centro y una partida de dantonistas, había conseguido la detención de Hébert, el 23 de ventoso (13 de marzo), la de Chaumette el 28 (18 de marzo), pero al mismo surgía la pregunta si el propio Robespierre no iba a hundirse en el movimiento de reacción: el 29 de ventoso (19 marzo), estuvo a punto de ser puesto en minoría en la Convención. ¿No se le verá dentro de poco seguir a Hébert al cadalso al que éste subía el 4 de germinal (24 de marzo)?

Era preciso, por medio de una acción deslumbrante, acentuar en Lyón la nueva empresa de contraterrorismo, desprenderse abiertamente de Hébert, preceder ya a Danton en el camino del *moderantismo*. El 6 de germinal un decreto de los representantes —verdadero golpe de Estado local— declaraba disuelta la *Sociedad Popular*, «palestra famélica —afirmaba Fouché— de la anarquía y de la sedición», y que, añadía con audacia, había sufrido la influencia «de los facinerosos de Hébert». Renegaba de éste, felicitaba a la Asamblea por la vigilancia con que combatía a los «falsos republicanos». Al mismo tiempo hacía insertar en el *Republicano Lyonés* un artículo que, además de Hébert, alcanzaba a los exagerados de la *Sociedad*, disuelta. Sin embargo, los miembros de

la *Sociedad* no se tenían por vencidos. La retractación del examigo de Chaumette les exasperaba. Escribieron a París, particularmente a Robespierre y a sus amigos. Fouché lo sospechaba; había hecho interceptar las cartas, incluso las de los agentes personales de Robespierre. Era un acto de una audacia inaudita que, para nosotros, denota hasta qué punto el hombre creía en la próxima caída de Robespierre, en el triunfo de las ideas dantonistas. No podía prever que, en la noche del 10 al 11 de germinal, Maximiliano iba a arrancar al Comité la orden de arresto de Danton y, por este hecho, llegar a esa dictadura moral de la que Fouché desde entonces parecía que debía de ser una de las primeras víctimas.

No le fue permitido dudar mucho tiempo sobre este punto. Después del 12 de germinal recibió una orden del *Comité de Salud Pública* llamándole de nuevo a París «*para hacer allí las aclaraciones necesarias sobre los asuntos de la Comuna Liberada*». Y para que no hubiera lugar a equívocos, la orden declaraba que serían suspendidas «todas las persecuciones intentadas contra la *Sociedad Popular* y los patriotas perseguidos bajo el reinado de los federalistas». Así, pues, era —sobre este punto Fouché no podía hacerse ninguna ilusión— bajo la acusación, inesperada y temible, de *moderantismo* y *contrarrevolución* como había sido llamado el hombre.

¿Había calculado mal entonces? Pudo creerlo un instante. Y era ciertamente en estas circunstancias como reemprendía el camino de París, donde acababa de caer la cabeza de Danton.

CAPÍTULO V

TERMIDOR

Reaparición en la Convención.—Fouché no obtiene en la Asamblea la aprobación que necesita.—Gestión inútil junto a Robespierre.—Fouché empieza la lucha con los jacobinos.—Se hace elegir presidente, mas es atacado por Robespierre.—Agrupa a los adversarios, pero finalmente es excluido del club.—Las intrigas del verano de 1794.—Fouché se calla, pero atisba en secreto los miedos y los odios.—Fouché se presenta en el Comité de Salud Pública el 9 de termidor por la mañana, aunque huye de la sesión de la Convención.—La caída de Robespierre.—Es Fouché quien ha estado detrás de los asaltantes.—El orgullo que le dejarán los recuerdos de termidor.

Sin embargo, Fouché estaba bien resuelto a dar la cara y, al día siguiente de su vuelta apareció en la Convención, contando con obtener al instante un voto de aprobación y cubrirse con ello para prevenir los efectos del odio exasperado de Robespierre. Éste alcanza el dominio. La muerte de Danton parecía convertirle en el amo. Después que ha abatido al *Titán*, hace temblar a los miembros, asustados, de la Convención. No hay ni uno que pueda tener la vida segura; sólo el miedo aniquila en ellos las veleidades de resistencia. Cien diputados temen por sus cabezas, pero divididos entre sí por mutuos rencores y desconfianzas entorpecedoras, no tienen, para agruparlos contra el enemigo común, ningún jefe de talla. Quizá sería suficiente para ello un hábil *conductor*. Cuando el 11 de germinal, año II, Fouché reaparece en los pasillos de la Asamblea, el conductor está allí.

De todos los que estaban amenazados, ninguno se sentía más en peligro que el hombre de Lyón. Enemistades personales y conflictos políticos, antipatías ya viejas y agravios recientes, oposición absoluta de temperamento y espíritu, todo, en este momento, enfrentaba uno

contra otro a los dos antiguos amigos de Arrás. Era un terrible «antiguo amigo» este Robespierre. ¿No había enviado al cadalso a su viejo camarada de la curia Brossot, a su antiguo *querido* condiscípulo del colegio de San Luis, Camilo Desmoulins, y no ha mandado allí, sin dudarlo, a esa pobre Lucila de cuyo matrimonio había sido testigo? En 1789 Fouché había prestado dinero a un joven abogado de Arrás, necesitado entonces, pero había ridiculizado siempre sus actitudes, cosa que un alma que se agria con facilidad no perdona. Por añadidura, todo en sus caracteres les oponían el uno a] otro, defectos y cualidades. Altivo, engreído, orgulloso, Maximiliano había odiado probablemente desde Arrás la sonrisa maliciosa, la fría y cortante ironía de Fouché; entero, dogmático, absoluto, se creía autorizado a despreciar y a temer ese carácter tan pronto suave como asombrosamente crítico. Su rigidez se desconcertaba con los cambios completos del pasmoso *oportunista*. No llegaba hasta el modo de vestir sencillo, austero y descuidado del exoratoriano, que no constituyera una crítica de esas chorreras de muselina, de esa levita azul cobalto y de esos cabellos empolvados que hacían de Maximiliano un ser único en la Convención; incluso la fisonomía de Fouché le causaba viva repulsión, hasta el extremo de llevarle a hacer de su enemigo un grave absurdo de su físico. Su «incorruptibilidad», tan célebre como los «treinta años de honradez» de Vadier, se espantaba con las habladurías que corrían sobre Fouché, un hombre que —se murmuraba— había sacado demasiado jugo en Nevers, en Moulins y en Lyón. No había visto sin inquietud llegar el oro y la plata, en maletas desbordantes, de Nevers a París. Esta lluvia de oro hubiera sido suficiente para hacerle encontrar mala la política de Fouché, si no le hubiera parecido, por otra parte, en todos sus artículos, contraria a sus ideas, a sus doctrinas y a sus planes. No había en él la menor idea de *Revolución integral*: los decretos comunistas de Fouché le ofendían, le irritaban, sin embargo, menos que sus decretos relativos al culto. El terreno donde chocaban era precisamente el religioso. El 9 de termidor —

hecho poco conocido— fue la consecuencia de una lucha religiosa, del conflicto de dos sectas: la de la Razón y la del Ser Supremo.

La primera había tenido su momento con el triunfo de Chaumette, la sesión del 8 de noviembre en la Convención, la fiesta de la Razón en Nuestra Señora. Detenido Chaumette, ejecutado luego, Fouché quedaba único apóstol en el candelero y propagandista devoto de la religión ateísta. Ahora bien, Robespierre había blasonado siempre de su desdén y repugnancia, casi cólera, contra «este culto de la nada». Desde el 1 de frimario, año II, inspiró a Couthon contra «los falsos filósofos» que ultrajan al Ser Supremo «con ceremonias ridiculas y forzadas». A su vez, se le verá exagerar sobre la «popularidad» útil de la idea de Dios y la «*extravagancia* (sic) de los partidarios del ateísmo». Quince días después hará condenar Por la Convención, transformada en concilio, estas «extravagancias del filosofismo». Se afirmará hombre de Dios en la fiesta del 22 de pradial. Ese día casi deshonrará personalmente al hombre de las ceremonias sacrílegas de Nevers y de Lyón; pero desde germinal, qué amenaza para Fouché esta frase del acta de acusación bajo la cual sucumben su amigo Chaumette y el exobispo Gobel, acusados de «estar unidos para borrar toda idea de la divinidad y *¡querer fundar el Gobierno francés sobre el ateísmo!*». ¿Habían hecho, en este caso, tanto como el representante, inspirador y héroe de las fiestas de Bruto y de Scaevola en las catedrales profanadas de Nevers y Moulins?

Como si todo debiera contribuir a envenenar este conflicto de carácter y de doctrina, la lucha tuvo, a lo largo de cinco meses como resultado, lo que Robespierre perdonaba menos: una sucesión de contratiempos y de mortificaciones. ¡Cinco o seis contratiempos para un hombre cuyo amor propio no perdonaba uno! Desde entonces Fouché tiene que temerlo todo, tanto más cuanto que por su lado, Robespierre tiene miedo, más que de cualquier otro, de su amigo de Arrás. Las tentativas de acercamiento hechas por Fouché le parecerán trampas o una declaración de cobardía; no puede creer que perdonará nunca sinceramente su brusca y amenazadora

llamada. Se ensañará en hacerle considerar «el jefe de la gran conspiración», lo que urdirá, en efecto, a partir del regreso de Fouché y, como consecuencia de tal malentendido, éste se convierte, si no realmente en jefe, al menos en el agente más activo.

*

Era preciso que Fouché ignorase todavía el poder, ya grande, de Maximiliano, puesto que su primer movimiento no fue, según costumbre, adherirse al poder del día. Aún confiaba en que la Convención se pusiera contra Robespierre. Podía creerse bien visto en la Asamblea, y apenas llegó subió a la tribuna declarando que quería leer su informe, justificativo de las operaciones de Lyón. Era hacer partícipe, osadamente, al *Comité de Salud Pública*, que Fouché creía aún en manos de Robespierre, puesto que dicho Comité acababa de llamarle. Pero la Convención pareció asustada de tal audacia y envió, a propuesta de Bourdon de Oise, el informe al Comité. Este descalabro pareció abrir especialmente los ojos al exprocónsul. La Asamblea parecía sometida a los comités, y el diputado de Nantes ignoraba que, por el contrario, comenzaban a librarse de Robespierre. Su descalabro le pareció no tener otra salida para su interés que un acercamiento al hombre del día.

Se presentó, pues, al atardecer en casa de su vecino de la calle de San Honorato, como amigo cordial, que venía a visitar a un viejo amigo. Ciertamente, ese día no tuvo más que a Robespierre para hacer evolucionar el personaje. Pero el descalabro de la mañana, disminuyendo al hombre a los ojos del *dictador*, hacía precisamente su amistad menos útil. Por lo demás, Robespierre había entrado en un período de ceguera; su orgullo no le permitía ni siquiera la apariencia de afabilidad con la que Hébert, Danton y Demoulins habían sido acogidos. Recibió muy mal al procónsul de Lyón: le dejó hacer antecámara durante mucho tiempo y no le admitió en su presencia más que para abrumarle con una diatriba violenta contra

la política seguida en Lyón. El otro, humillado, trastornado, balbuceó y fue despedido, finalmente, con un gesto de amenaza. Fouché no volvió a aparecer en la casa Duplay.

Al salir parecía tener derecho al abatimiento. La Convención le flaqueaba y Robespierre le rechazaba. Su suerte parecía determinada: en todas las listas de los futuros proscritos varían los nombres, pero tres quedan inmutables: los de Barras, Tallien y Fouché. Sin embargo, sería conocer mal a éste último al creer en este abatimiento, incluso momentáneo. Su inteligencia lúcida, más poderosa en las horas críticas que en cualquier otro momento, le presentaba todavía dos soluciones, dos políticas: refugiarse osadamente en lo que se cree el dominio de Maximiliano, arrancar el gran club de los jacobinos —entonces todopoderoso— de la influencia de Robespierre, apoyarse contra él en la Sociedad o, si este proyecto, de increíble osadía, no tuviese éxito, como último recurso, amotinar mediante el paroxismo del miedo a la Convención y a los mismos Comités contra el proscriptor de ayer y de mañana.

*

Fouché era popular entre los jacobinos: era a la gran Sociedad a la que había hecho llamamientos sin cesar durante su estancia en Lyón. A ella solicitó que le enviasen «buenos patriotas», encargados de contrarrestar la influencia de los «amigos de Chalier» en Lyón. Por otro lado, contaba con empezar con una lisonja: la Convención había rehusado escuchar su informe, le había enviado al Comité. Antes que el Comité, creía que la gran Sociedad tenía en ello la primacía y el acatamiento. Apareció entonces allí muy osadamente el 19 de germinal, al día siguiente de su entrevista con Maximiliano, quien estaba esa misma tarde en el club. Fouché no vaciló. Leyó con voz firme una justificación en regla. Comenzaba por una declaración audaz: su carácter —decía— *«no sabía obedecer en absoluto a los movimientos versátiles de la opinión»*; no había sido un terrorista

atrevido ni un reaccionario: las dos acusaciones eran falsas. El representante hablaba con seguridad, afirmando para disculparse de todo *moderantismo*, que «la República no podía sostenerse en las convulsiones de las tormentas, excitadas tanto por la muchedumbre de los facciosos como por la energía del Gobierno revolucionario». Desautorizaba todas las facciones, infamaba a Brissot, renegaba de Hébert. Ponía en guardia a los patriotas contra los que presentaban como feroces opresores a los representantes que habían mostrado en sus departamentos una voluntad firme y una resolución fuerte. Pedía, finalmente, que no se temieran mucho esas acusaciones, y concluía con estas palabras: «Terminado el crimen, empieza la virtud; la República es inmortal». El éxito fue grande: un patriota lionés, colocado allí por Robespierre, quiso hablar. Pero *el Incorruptible* se dio cuenta de que tenía que tomar la palabra él mismo, y lo hizo, además, con cautelosa moderación. El informe de Fouché era hábil: Robespierre le daba por simplemente incompleto. Rendía homenaje al representante, a su patriotismo, como por otro lado al de sus acusadores. Invitó al ciudadano lionés que quería hablar «a descartar toda acritud, a desarrollar los hechos y a exponer los conocimientos que creía útiles». Pero el lionés flaqueó, el terreno le pareció malo: «Ustedes conocerán por los resultados todos los hechos —dijo, con tono amenazador—; la verdad pasará a través de todas las oscuridades. Me retiro». En suma, esta primera escaramuza había sido un éxito para Fouché. En el Comité, donde fue seguidamente a defenderse, pasó de la defensa al ataque, acusó a Robespierre de la desorganización de Lyón, y aterró —se pretenderá— por esta audacia a sus colegas: Camot le hubiera abrazado, si hemos de creer a Fouché, pero advirtiéndole sin duda que eso les iba a costar la cabeza.

*

Entablada la lucha desde ese día, pasó, sin embargo, un mes en estas «intrigas solapadas» de las que hablará Barras. El 18 de floréal, Robespierre reemprendió la ofensiva: en el famoso discurso que pronunció dicho día sobre «las relaciones de las ideas religiosas y morales con los principios republicanos», no se contentó —refieren— con oponer la afirmación de los principios espirituales a las declaraciones y manifestaciones ateístas de Nevers; era a Fouché, personalmente, a quien dirigía este ataque violento. «Dinos, ¿quién te ha dado la misión de anunciar al pueblo que la divinidad no existe?»

Fouché no pareció conmoverse. Su influencia daba la impresión de crecer entre los jacobinos, hasta el punto de que ya considerado como adversario de Maximiliano, el 18 de pradial fue elegido presidente de la Sociedad. El ademán le pareció a muchos una bofetada a Robespierre y el primer descalabro que había sufrido desde hacía un mes en que se veía forjar la dictadura de pies a cabeza. Robespierre sintió casi miedo; sabía, por los informes secretos de su agente Guerin, que Fouché se veía en discretos conciliábulos con Laconte, Courtois, Barras, Fréron, Tallien, Rovère y les instaba a obrar. Y he aquí que el jefe instigador acababa de arrebatarle a los jacobinos. Todavía más: desde su asiento pareció desafiar a Maximiliano. La misma tarde del 20 de pradial en que éste había venido para hacerse felicitar, el presidente, con mucha audacia, arengando a los ciudadanos presentes con motivo de la fiesta de la jornada, terminó su discurso con estas palabras amenazadoras: «Bruto rindió un homenaje digno del Ser Supremo clavando un puñal en el corazón del tirano; sabed imitarle».

Robespierre no disimuló el ultraje. La misma tarde del 23 de pradial pareció que se iba a librar la lucha suprema. La denuncia lionesa había zozobrado en la Sociedad el 19 de germinal; Robespierre lanzó a los nivemeses; uno de ellos apareció en la tribuna, acusó a su antiguo procónsul, «amigo del facineroso Chaumette». Fouché bajó de su asiento y, no teniendo nada que responder a los agravios sin número de Nevers, pagó con audacia,

entregándose a una de esas retractaciones que le eran tan familiares. Renegó de Chaumette; hizo más: trató de aplastar con «su sombra impura» a los mismos acusadores. Después, tras esta cabriola pasmosa, se metió en consideraciones vagas y en una fraseología oscura. Allí le esperaba Robespierre: había aparecido el defecto del punto débil: Chaumette. Maximiliano apareció entonces en la tribuna, se extendió en propósitos amargos y ásperos sobre lo oscuro y lo vago de la respuesta, infamando en términos violentos la amistad de Fouché y Chaumette. Fouché le hizo frente: olvidó todo pudor, arrastró de nuevo a su antiguo consejero cubriéndolo de infamias y oprobios. Robespierre reapareció. «No se trata —gritó— de echar ahora fango sobre la tumba de Chaumette; ya ese monstruo ha muerto en el cadalso; había que darle batalla antes de su muerte». Y volviéndose bruscamente hacia Fouché: «Los enemigos de la libertad han conservado la misma audacia: parecen no querer separarse en absoluto de los patriotas; les hacen el juego y les adulan; incluso se les escapan imprecaciones contra los tiranos —clara alusión al discurso pronunciado el día 20 por Fouché—, y ¡conspiran por su causa! Es a los conspiradores, sus amigos, a quienes dan el nombre de patriotas, y son estos últimos a los que designan con el nombre de aristócratas. No se relacionan con el *Comité de Salud Pública* y con los representantes del pueblo más que para intrigar alrededor de ellos y aniquilar así la Revolución». Y dirigiéndose a los patriotas les exhortó a no dejarse engañar y a velar por la salud de la República. El discurso fue afianzado por los aplausos. Para colmo de desgracia, Fouché que no era en modo alguno orador y, todavía menos, improvisador, replicó mal: después de una respuesta vaga y dilatoria abandonó la sesión. Pero salió muy asustado. El caso era grave: los amigos de Robespierre triunfaban. El día 24, Couthon hacía, con motivo de la ley del 22 de pradial, una vuelta ofensiva que trajo todavía la intervención de Robespierre. «Los intrigantes, los facinerosos —declaró— no son de la Montaña. —¿Dónde están? Nómbrelos —gritaban de todas partes—. Los nombraré cuando sea necesario».

El espanto fue general. Barère y Billaud, cobardemente, sostuvieron a su colega contra Bourdon y Tallien. Éste fue a implorar a Maximiliano remisión y perdón, lo mismo que Barras y Fréron. Bourdon, aterrado, se metió en la cama, enfermo de miedo. En los pasillos, Robespierre hablaba de la detención de Tallien, Dubois-Crancé, Bourdon, Fouché y otros. El terror aumentó: los diputados no se atrevían a aparecer más en la Convención, vivían —según la expresión de Vamier— en los «cubiles más inaccesibles de la capital».

Fouché no fue el último en desaparecer. Había perdido la primera partida. Los jacobinos ahora parecían huirle. Pero todavía quedaba una partida por ganar, no ya a los jacobinos, sino al Comité y a la Asamblea. Este mismo terror que Robespierre creía planear con habilidad, podía ser explotado en contra suya. Era preciso reconciliar unos con otros a los robespieristas desunidos, avivar los odios, exasperar los miedos, y unir los miedos y los odios; después, de repente, lanzar al asalto el ejército así preparado… quedando, en caso de necesidad, en la retaguardia, porque el papel de la vanguardia no había tenido éxito para el conductor.

*

Comenzaba el papel de Fouché. Abandonó su departamento de la calle de San Honorato, se fue a vivir a una madriguera, no se sabía dónde, errando de guarida en guarida, no apareciendo más entre los jacobinos y, raramente, en la Asamblea. Anochecido se le veía llegar a casa de uno y de otro, con la eterna frase: «Usted es de la hornada». Barras le veía, Tallien y Billaud también; le utilizaban. «Es para mañana, usted perecerá si *él* no perece», iba a decir tan pronto a un girondino escapado por milagro como a uno de la Montaña, odioso a Robespierre, o creyéndose como tal. Se le acogía bien.

La primera quincena de mesidor se pasó en estas intrigas. Inquietaban más a Robespierre que el duelo entre los jacobinos. Lanzó detrás de Fouché a su espía especial: el agente Guerin. El día 14 denunció una conferencia de Fouché con Thuriot, Bourdon, Gaston y Bréard en los mismos pasillos de la Convención, donde se le veía a veces. Fouché hasta cree que el terreno está ya bien preparado que, el día 25, reaparece incluso en la tribuna. La víspera Robespierre lo había condenado definitivamente al club de los jacobinos, reemprendiendo las acusaciones lionesas, abrumándole mediante continuas culpas. Se había extrañado de la ausencia de Fouché e hizo votar una moción amonestando al expresidente para que viniera a disculparse delante de la Sociedad. Era una acechanza criminal en la que Fouché se cuidó muy bien de no caer. No fue a los jacobinos y, con una política completamente distinta a la de germinal, fue a la Convención donde respondió, quejándose de las calumnias lanzadas sobre él, reclamando del Comité el informe que le absolviera. En cuanto a los jacobinos, se contentó con escribirles, pidiendo a la Sociedad que suspendiese su juicio hasta la publicación de ese informe.

Robespierre había contado con tener a su enemigo bajo su bota y acabar con él con un sablazo de misericordia. La reaparición de Fouché en la Convención, sus gestiones cerca de los enemigos del *Amo* especificadas por el espía Guerin, habían llevado el odio y la inquietud de Maximiliano hasta el paroxismo. Odio e inquietud calaron, y luego se desbordaron en el discurso violento, desmesurado, con el que quería hundir al ausente. Fue tal explosión de mil sentimientos antipáticos, que incluso el físico del exoratoriano le fue reprochado inopinadamente. «Empiezo por hacer esta declaración: que el *individuo Fouché* no me interesa en absoluto. Pude tener que ver con él, porque le creía patriota. Cuando le denuncié aquí, era menos a causa de sus crímenes que *porque se escondía para cometer otros*, y porque *le miro como al jefe de la conspiración que tenemos que desbaratar*». Y después de haber recordado, con renovado rencor, cómo Fouché, acusado por los

nivemeses había sabido encontrar un refugio en el asiento de los jacobinos donde «fue colocado porque había agentes de esa Sociedad, los cuales habían estado en la Comuna Liberada», añadió con hiel: «Es extraño que de la época en que hablo, el que intrigaba para obtener la aprobación de la Sociedad, la desprecia cuando es denunciado y parece implorar —por decirlo así— la ayuda de la Convención contra los jacobinos. ¿Tiene miedo a las miradas y a los oídos del pueblo?» Y súbitamente, la bolsa de la hiel reventó: «*¿Teme que su triste figura no represente visiblemente más que el crimen, que seis mil miradas clavadas en él descubran en sus ojos su alma entera y que, a despecho de la naturaleza que los ha escondido, lean en ellos sus pensamientos?* ¿Teme que su lenguaje descubra el entorpecimiento y las contradicciones de un culpable?»

«Llamo aquí a Fouché a juicio —decía además—; que responda y que diga quién, de él o de nosotros, ha sostenido con más dignidad los derechos de los representantes del pueblo y fulminado con más valor todas las facciones». Aplaudieron: Fouché apareció por los suelos; un ciudadano de Lyón —siempre tenían uno a mano— vino a hablar de «sus crímenes». Se acabó con él… de palabra. *La Sociedad declaró al ciudadano Fouché de Nantes excluido de su seno*.

Sus amigos salieron consternados. El espía Guerin, que se mezclaba en sus conciliábulos, informaba, el 29 de mesidor, a Robespierre que había declarado que «había que dejarse ver, aplastar la facción lionesa, y que *el parecer de Fouché era que había que reunirse»*. La consternación era general.

En realidad, la sesión del día 26 no podía ser para el expresidente de los jacobinos una sorpresa muy grande: desde la terminación de pradial creía perdida la partida en la Sociedad. Era preciso redoblar la actividad y terminar antes de quince días. Trabajaba en ello. Ante todo reconciliaba a los jefes de las dos facciones antirrobespieristas, Billaud y Tallien, y formaba secretamente con este último y Barras una especie de triunvirato, que lanzaba listas fantásticas y fantasiosas destinadas a sublevar por

el miedo, contra Robespierre, a todos los que se creían apuntados. Finalmente, veía a Billaud, Collot, Carnot; por medio de ellos se aseguraba del Comité y, cada día, al decir de Tallien, iba a rendir cuentas a los jefes de la «conspiración» de lo sucedido en las Tullerías.

Su sangre fría estaba intacta, lo mismo que su confianza. ¿Jugaba simplemente con estos sentimientos cuando el 27 de mesidor, al día siguiente de su expulsión de los jacobinos, escribía estas palabras a su hermana, la ciudadana Broband, a Nantes?: «No tengo nada que temer de las calumnias de Maximiliano Robespierre… La Sociedad de los jacobinos me ha invitado a justificarme en su sesión: no he ido, porque Robespierre reina allí como amo. Esta Sociedad se ha convertido en su tribunal. Dentro de poco conocerá usted el resultado de este acontecimiento que espero resulte ventajoso a la República».

El representante Bó, en misión en Nantes, se apoderó de la carta en Correos y se la envió a Robespierre el 3 de termidor. La respuesta de éste no se hizo esperar. El día 5, al decir de Barére, pidió como fianza una reconciliación entre los miembros del Comité, un informe contra Fouché que pudo llevarle a la Conserjería y al cadalso: Barras se negó —dijo— justificando la confianza imperturbable que el diputado de Nantes ostentaba en el Comité. El 30 de mesidor había escrito aún a sus amigos de Nantes: «Estén ustedes tranquilos sobre el efecto de las calumnias atroces lanzadas contra mí. No tengo nada que decir contra sus autores: me han cerrado la boca. Pero el Gobierno se pronunciará pronto entre ellos y yo; cuenten con la virtud y la justicia».

Esta calma casi serena tiene con qué sorprender en ese momento: un nuevo viento de desánimo pasa sobre los enemigos de Robespierre; los Bordon, los Lacointre, los más comprometidos enloquecían, no hacían nada; el Comité estaba menos seguro de lo que se decía; Collot zahería, luego abrazaba a Robespierre, dispuesto a contradecir a Fouché. Camot era muy hostil a Robespierre, pero itan embrollado de escrúpulos, tan incapaz de

intrigas continuas! Barére, ligero y rastrero, se adhería siempre a quien parecía triunfar de momento. Desde el 26 de mesidor Fouché era un proscrito; el más proscrito de todos, el único del que el *Amo* había pronunciado el nombre en público. Por todas partes, los amigos de Robespierre le excitaban para deshacerse ante todo del hombre al que había que «confundir y castigar los manejos criminales», escribió Bó al Comité. Bajo el peso de estos peligrosos odios, el infeliz erraba, no dejándose ver. Por añadidura, su hijita, a la que quería con ternura, se le moría en los brazos. «Nuestra pobre niña —escribía el 3 de termidor— está de continuo en una postración inquietante. Sin embargo, tenemos esperanzas; la salvaremos a fuerza de cuidados». Iban a perderla. Verdaderamente, el hombre que a través de semejantes momentos, en que todo parece confabularse para hundirle, y que ha triunfado por no desesperar un momento, podrá desafiarlo todo. «No tengo nada que decir de mi asunto, que es el de todos los patriotas —escribía el día 3—, después de que han reconocido que es mi virtud la que no han podido doblegar». Y el 5 de termidor: «Hermano y amigo, estáte tranquilo, el patriotismo triunfará sobre la tiranía y sobre todas las pasiones viles y despreciables que se juntan para encadenarlo. Algunos días más y los bribones, los facinerosos serán conocidos y la integridad de los hombres honrados saldrá triunfante. Hoy quizá veamos desenmascarados a los traidores».

La verdad es que se sabía condenado casi con más seguridad de lo que habían sido Hébert y Danton la víspera de su muerte.

Sin embargo, permanecerá confiado, tanto que pretenderá más tarde, el 7 de termidor, haber rechazado la idea de un acercamiento con Robespierre. No aparecía más por la Convención. Lanzaba la gente al asalto y se quedaba entre bastidores. No se le vio, pues, en las sesiones históricas del 8 y del 9. Fue, sin embargo, en su nombre como se inició la batalla del día 8. Ese día Pañis pidió a Robespierre que se explicara sobre las expulsiones que había sugerido a los jacobinos, sobre el caso Fouché. El asunto fue acogido con aplausos. Robespierre podía perder a Fouché destruyéndole, separándole de

sus amigos, lo que quizá éstos deseaban en el fondo, puesto que Collot se avergonzaba ahora de conocerle. ¿Es cierto que el *dictador* intentaría un acercamiento? Contestó vagamente: no quería retractarse, no había calumniado a nadie, etc. «¿Y Fouché? —gritó de nuevo Pañis—. Se me habla de Fouché —respondió el orador—; no quiero ocuparme de él *actualmente*: me coloco al margen de todo eso. No escucho más que mi deber…»

Era aún sobre el nombre del exprocónsul sobre lo que se discutía cuando se levantó el alba del 9 de termidor. A las cinco de la mañana, deseando cerciorarse de la verdad, los miembros del Comité decidieron convocarle.

*

Fouché había visto la víspera a Barras y Tallien, y les había dicho fríamente: «¡Mañana es cuando hay que dar el golpe!» Se creía tan seguro que no vaciló en ir a la convocatoria. Apareció en el pabellón Flora de las Tullerías, donde se encontraba el Comité, entre las nueve y las doce de la mañana. Se explicó con calma, no exenta de amargura, sobre los reproches que le hacía Collot; no era amigo del tirano. Debía serlo tanto menos en este momento cuanto que al abandonar el castillo podía oír los primeros clamores que salían de la sala de sesiones de la Convención contra Robespierre. Empezaba la sesión del 9 de termidor.

Nuestro papel no es hacer el relato de la emocionante sesión. El discurso de oscura fraseología de Saint-Just tomando bruscamente la ofensiva; la llegada en masa del Comité que acababa de abandonar Fouché, e] hábil y al mismo tiempo violento discurso de Billaud; la arenga apasionada de Tallien, y, a pesar de la diversión de Barére, siempre fluctuante, y del inepto Vadier, que hace reír a la Asamblea, la fulminante entrada en escena de Tallien; los gritos, las interrupciones de la Montaña, apasionados, divididos; las protestas, primero amargas y enseguida violentas de Robespierre, ante la

actitud fría de La Plaine; todo aderezado por los campanillazos del presidente Collot de Herbois, luego de su sucesor Thuriot, finalmente el arresto de Maximiliano y Agustín Robespierre, de Couthon, de Saint-Just y de Lebas. Detrás de todo esto estaba el trabajo paciente de un hombre que huía lejos de las Tullerías; el terreno, hábilmente minado, se hundía bajo el enemigo y se vio en todo que el terreno estaba efectivamente bien preparado, cuando la tarde de ese día, los jacobinos aparecieron divididos, desorientados, paralizados por sus disensiones, fruto de la elección de Fouché en pradial.

Éste supo por la tarde el arresto de su adversario, pero también, uno tras otro, la liberación de los presos por la Comuna, el ensayo de insurrección intentado por ella en las secciones y su puesta fuera de la ley por el alcalde Fleuriot-Lescot, en la misma lista que Collot, Bourdon, Fréron, Tallien, Dubois-Crancé, Vadier y otros, «para librar a la Convención de la opresión a que la tenían sometida». Una proclama del alcalde publicaba esta acción de poner fuera de la ley y, decretando el arresto de Fouché y de sus amigos, se les acusaba «de haberse atrevido a más que el propio Luis XVI, puesto que habían arrestado a los mejores ciudadanos».

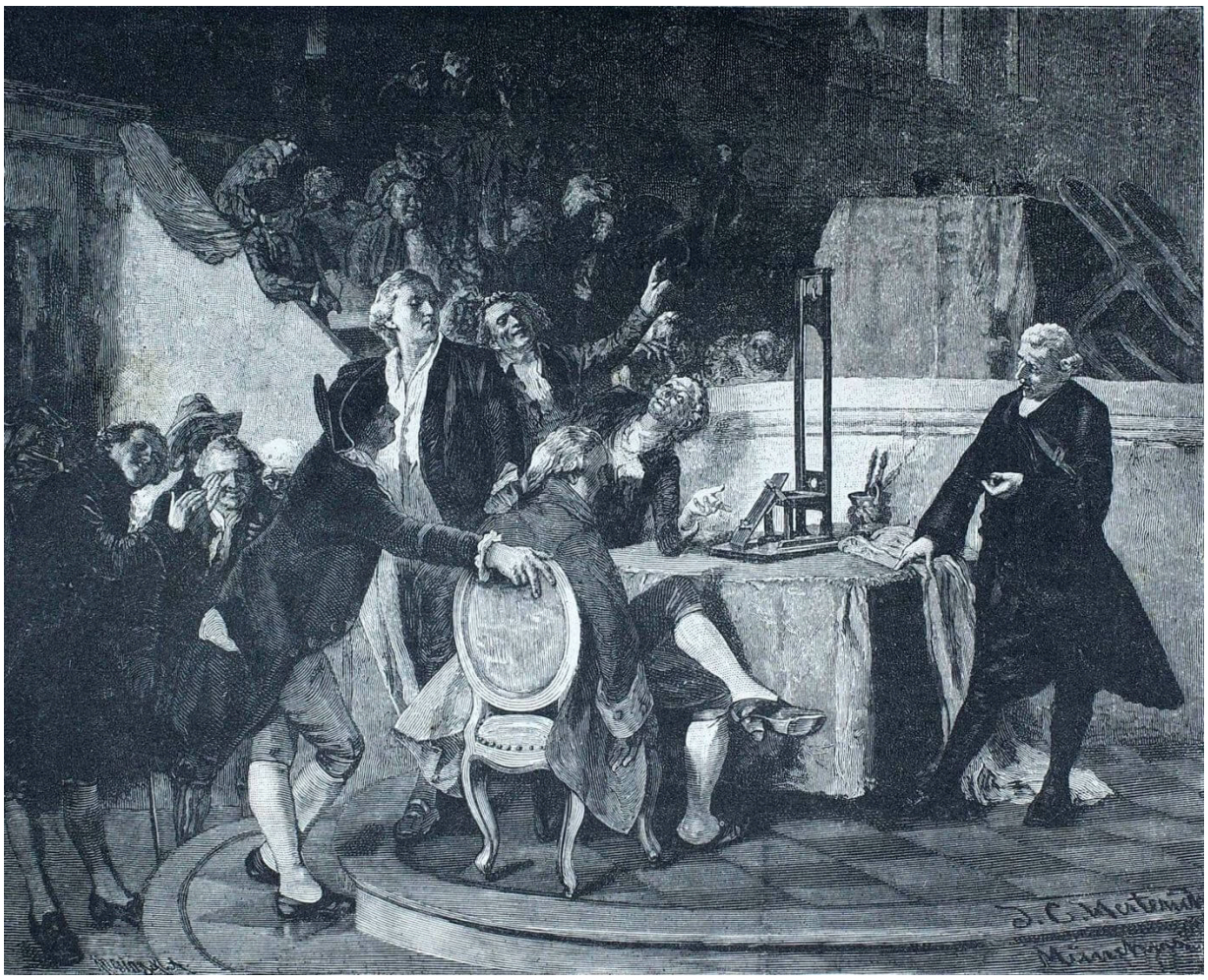
De este modo, a la proscripción de Robespierre en las Tullerias, se contestó en el Ayuntamiento con la de Fouché. Si Robespierre, descorazonado por su caída, tras de dos días de lucha agotadora, hubiese mostrado ^ás energía, si Henriot no hubiese estado ebrio, si el gendarme Meda hubiese sido menos audaz, no sería Robespierre quien subiría al cadalso $_{a}$] día siguiente, el 10 de termidor, sino el ciudadano Fouché de Nantes, junto con los Collot, los Tallien, los Billaud y los Barras, a quienes había reunido, guiado, aconsejado y empujado a la acción. Fouché había vencido, y ese triunfo debía ser en lo sucesivo uno de sus más orgullosos recuerdos. Cuando en 1815 le hagan temer los efectos de la cólera de Napoleón, responderá sencillamente: «Tal día gritó Robespierre: "Es preciso que antes de quince días la cabeza de Fouché o la mía caiga sobre el patíbulo". ¡Fue la suya la que cayó!»



Jose Fouché (1759-1820). Retrato del famoso ministro de policía de Napoleón, por Dubufe. Fue nombrado duque de Otranto en 1809. Museo de Versalles.



Luis XVI en «La Lanterne». Grabado satírico de la época, en el que se quiere represerntar al rey como ahorcado en el farol de la plaza de la Gréve, donde el pueblo amotinado había ahorcado a los aristócratas.



El doctor Louis presenta a la Convención el modelo de la guillotina, instrumento que es el principio del Terror en la revolución de Francia. Cuadro de J. C. Herterich.



Un Comité Revolucionario durante el Terror. Grabado inspirado en un cuadro de Fragonard.

CAPÍTULO VI

LOS DÍAS SIGUIENTES A TERMIDOR

Singularidad de la situación.—Fouché se queda en la Extrema Montaña. Último avatar. Actitud intransigente.—Fouché y Babeuf; el uno inspira al otro y se sirve de él.—Tallien, exasperado por los ataques de Babeuf, la toma violentamente contra Fouché: respuesta altiva de éste. Nuevo ataque con motivo del alboroto del 12 de germinal. Se escapa otra vez.—Carta de Fouché dirigida al Monitor.—Alboroto del 1 de pradial.—Fouché atacado por todas partes.—Nuevo alegato de Fouché para su defensa.—Su situación es penosa; es objeto de una reprobación general. Sesión del 22 de termidor del año III. Interminable discusión: Fouché está todavía a punto de escapar. Se ha decretado, sin embargo, el arresto. Pide permiso para ausentarse.—Reaparece el 13 de vendimiario y trata de lograr la supremacía. Es declarado inelegible en el nuevo Cuerpo legislativo, y parece zozobrar en el olvido.

Es inútil exponer aquí, una vez más, cómo un enorme malentendido convirtió la caída de Robespierre en el fin del Terror e, inmediatamente fue la señal de la reacción llamada postermidoriana. Los vencedores se dividieron, mientras que los Collot, los Billaud, los Vadier, que no «habían querido eso», trataban de resistir al movimiento contrarrevolucionario; los Tallien, los Barras, los Fréron, en otros tiempos tan salpicados de sangre como los primeros, tomaban audazmente el mando de la reacción. Sorprende que Fouché, más que seguirles, persistiera en su actitud de *montañés* impenitente e, incluso, pareciera acentuarla. No era de esos que pueden llamarse «el último de los romanos», pero le daba miedo la reacción, incluso si quedaba en manos de Tallien y de Barras. Éstos podían, en efecto, ser rápidamente entrenados y se vería volver a los mismos cauces la antigua derecha, identificada con las ideas contrarrevolucionarias. Así, pues, los Boissy de Anglas y los Durand

de Maillane, conforme se vería, no escatimaban para el antiguo procónsul de Lyón su antipatía mezclada de un cruel desprecio.

Por el contrario, se lanzó del lado de los resistentes más violentos al movimiento de reacción. En ese momento, Gracchus Babeuf, publicista, que del jacobismo se había deslizado hacia una especie de *comunismo* bastante incoherente, acababa de fundar su *Tribuno del Pueblo*, donde formulaba las doctrinas igualatorias «de la felicidad común», cuyo triunfo —aseguraba— sería el cumplimiento de la Revolución, que había permanecido hasta entonces demasiado burguesa. Babeuf era hombre de buena fe, pero una especie de soñador extravagante. Fouché se puso en relación con él para dirigir sus ataques contra los reaccionarios. Especialmente lanzó sobre Tallien al acusador. Una octavilla de Babeuf dirigida contra éste fue, según propia confesión de Fouché, enmendada por su propia mano.

Tallien descubrió pronto, detrás del vehemente tribuno, la acción de Fouché. Oyó reventar el absceso, y el 10 de pluvioso denunció en la Convención, junto con Babeuf a un hombre que «quería traer la guerra civil»; al que, según afirmaba, le inspiraba. Volviéndose hacia Fouché, sentado todavía en la Montaña, dijo: «Este hombre (Babeuf) no es más que un maniquí colocado delante, y aquí está un individuo que le ha hablado, que ha corregido con su propia mano las pruebas de una obra de Babeuf. Ese individuo está aquí y me está oyendo; eso basta. —¡Diga su nombre! —gritaron—. *¡Es Fouché!*» Y trató de aplastar a su colega, siempre con los recuerdos de Lyón. Fouché, confesando sus relaciones con el *Tribuno del Pueblo*, se enfrentó con audacia y, volviéndose a Tallien —el procónsul terrorista de Burdeos—, el espectro del pasado, incluidos los descalabros que en los flancos de la Gíronda había producido escándalo, habló «de hombres que después de haber combatido *por goces culpables*, quieren hoy combatirnos, dividimos, para conseguir la impunidad». La Montaña aplaudía, lo mismo que los de las tribunas públicas. Los amigos de Tallien se intimidaron y el incidente fue declarado concluso. Pero en una Asamblea que, contra la opinión formada por el propio Fouché, acababa de volver a llamar a su seno

a 73 miembros de la derecha, excluidos después de la proscripción de la Gíronda, la situación del hombre quedaba muy en precario.

*

El infeliz navegaba por un paso lleno de escollos. Salía de una desgracia para caer en otra. Sus enemigos, no pudiendo decididamente comprometerle en el presente, le oponían sin cesar los fantasmas evocados del pasado. Se resucitaron, se coleccionaban, se acumulaban las acusaciones. Fouché no esperó a que lo arrastrara esa avalancha: quiso adelantarse a las acusaciones, paralizarlas mediante un alegato preliminar *pro domo sua*. El 23 de germinal (12 de abril) dirigía una carta al *Monitor*, en respuesta a las acusaciones, bastante vagas, formuladas contra él por los lioneses.

Desautorizaba al *Tribuno del Pueblo*, pero rechazaba, sobre todo, «las repugnantes imposturas» extendidas sobre sus misiones. La época de que se trataba era tormentosa: había establecido las medidas severas que las circunstancias y los decretos ordenaban imperiosamente. En cuanto a Lyón, el exprocónsul triunfaba cómodamente, armado de la propia acusación de Robespierre: «haber oprimido a los patriotas y haber transigido con la aristocracia». «He aquí lo que he hecho —prosiguió— para merecer esta calumnia; mis actas están publicadas, están firmadas por mis colegas Laporte y Méaulle, han sido impresas y distribuidas en la Convención nacional: *están grabadas en todos los corazones de los ciudadanos de Lyón».* No había combatido más que a los enemigos de la libertad, a cualquier partido que pertenecieran: «Un tirano sanguinario quería hacer de Lyón un inmenso ataúd y repartir los restos sangrantes entre sus abyectos satélites; he destrozado en sus todopoderosas manos el instrumento de la muerte, me he entregado a la vergüenza del patíbulo por amor a la humanidad y a la justicia».

¿Tuvo éxito este alegato o las gestiones a las que se entregaba Fouché en aquel momento? El hecho es que Lyón pareció —cosa

curiosa— el terreno menos propicio, mientras algunos individuos llevados en nivoso, año II, al Terror lionés, cubrían las matanzas enteramente atribuidas ahora a Collot. Éste, detenido, proscrito, enviado a presidio, pareció tener que soportar él solo el peso de tan terribles acciones. Mientras que Billaud y Collot navegaban hacia Cayena, Fouché permanecía en su asiento de la Convención.

No era por mucho tiempo. El sangriento motín del 1 de pradial (20 de mayo), última convulsión del partido *montañés*, debía desencadenar nuevamente contra Fouché las acusaciones y los odios. Siempre hábil, no se había comprometido en la jornada; dejó a los supervivientes obstinados y desgraciados de la Montaña, en definitiva diezmados, morir como héroes de Plutarco. Fouché ya no leía a Plutarco, ¡estudiaba a Maquiavelo! Pero muertos éstos, el grupo revolucionario se hundía, dejando sin defensa a la gente que odiaba la reacción. La Montaña reemprendió el ataque contra Fouché y, habiendo fracasado los lioneses, incitó al asalto a la gente de Nevers, de Moulins, de Clamecy y de Gannat, que le anonadaron con sus acusaciones.

Fouché, siempre tenaz, preparaba su defensa y la sometía al Comité. Estaba concebida con una fraseología vaga, tan pronto orgullosa y altiva como plañidera y compasiva: «¡Aquel que en medio de las tormentas se haya mantenido en las sendas de la sabiduría, de la razón y de la verdad; quien haya mostrado más valor y devoción, quien haya llevado una vida más honrada, más austera, más laboriosa, que se levante y me acuse!»

Y queriendo poner «toda su alma» a la vista de la Convención, afirmó que era pura, aún más, gloriosa: «No hay ni un solo acto de mis misiones que no lleve la marca de la buena fe, de una conciencia pura, ocupada en la perfección social de la felicidad». Habiendo sido tratado, por turno, de moderantista y de exagerado por los dos partidos, se complacía en creer que había seguido la línea recta. Recordó el carácter de sus últimos actos en Lyón, que le habían valido la acusación de reaccionario por el tirano Robespierre y, aprovechando con habilidad la evocación de este hombre, invocó

la parte que había tomado en la revolución de termidor cuando, casi solo, se había atrevido a desafiar al tirano, resistirle en pleno Club y derribarle. También, aseguraba, se había apoderado de él una gran lasitud frente a tantas «calumnias». «¡Ah! Más valdría huir al seno de la naturaleza si fuera nuestro destino ser sucesivamente el juguete y la víctima de todas las facciones que nos devoran, y no trabajar nada más que para la nada, la tiranía y el crimen».

Este movimiento de repugnancia no era del todo fingido. Detrás de este soberbio lenguaje se ocultaba un terror real. Fouché empezaba a desesperarse ante la oleada de acusaciones; el infeliz estaba triste, abatido: su hijita había muerto y nada podía herir más a este miserable que tendrá siempre un corazón tiernamente paternal. Buscaba un refugio en el afecto fraternal, pedía a su hermana que redoblase la amistad «para consolarse llorando juntos». La víspera se sentía amenazado quizá de reunirse, si no con Chaumette en el patíbulo, al menos con Collot y Billaud en presidio: «Estaba proscrito —escribirá dos años después a Barras— y la naturaleza, tan bárbara como los tiranos, daba muerte a mis hijos». Veía el porvenir bajo un prisma muy sombrío. «Tendremos que capear todavía muchas tormentas, muchas facciones que combatir para consolidar la República». De hecho, continuaba estando muy expuesto, la opinión pública le era adversa, los monárquicos le comparaban a Carrier y Lebon. En Londres, el publicista de la emigración, Peltier, le colocaba en 1795, entre los «archirrevolucionarios, los comedores de hombres, los bebedores de sangre humana (sic)». Desde entonces sabía lo que le esperaba en caso de restauración. La derecha de la Convención le vilipendiaba. El mismo Daunou y sus amigos, los «setenta y tres regresados», no le perdonaban el haber querido impedir su readmisión en la Convención; Boissy de Agías le iba a negar incluso la gloria de haber desempeñado un papel en la caída de Robespierre y, si Tallien, a quien empezaba a aterrar la reacción, se acercaba a él, Barras le encontraba molesto y renegaba de su presencia. El informe del Comité de Legislación, basado sobre una media docena de

denuncias, era —decían— terrible. Llamaron a declarar en juicio a los ciudadanos de Nevers, Moulins, Clamecy, Lyon, Dijon y Nantes; el odio contra él era tal —se dice— que se pagaron denuncias contra el hombre que tenía en su activo las *matanzas* de Lyón, el degollamiento de una ciudad.

*

Con cruel ansiedad esperaba Fouché la sesión del 22 de termidor, año III, en la que debía discutirse su caso. Fue interminable. Cansada, la Asamblea se aplazó para las siete. Fue en una sesión nocturna en la que se jugó la suerte del acusado.

El ponente del Comité subió a la tribuna, leyó el informe de las acusaciones dirigidas contra el ciudadano Fouché de Nantes. Citó fragmentos, extractos realmente comprometedores de la correspondencia del representante con la Comisión: Dios sabe que no le resultaba difícil encontrarlos, y muy odiosos. El ponente, sin embargo, no se atrevía a hablar de las mismas *matanzas* aprobadas en otros tiempos y aclamadas por la Convención; la historia de una indemnización no pagada por un granjero a su amo por consejo de Fouché, el asunto de los impuestos y el relato de *un* arresto. ¡Horror! Piénsese que esta Asamblea, a la que se llamaba para juzgar estos pecadillos, contenía en su seno, y no entre los menos acreditados, un Barras, un Tallien, tiranos con la envoltura de terribles sibaritas; un Rovére, que aullaba más fuerte que los otros porque había especulado, robado y siempre guillotinado; y entre los honrados, Camot, Lindet, Prieur y otros diez antiguos miembros de estos comités que habían incitado al procónsul a los peores excesos, habían llenado todo con sus firmas; y al lado de esto, los más comprometidos, otros doscientos que tenían sobre su conciencia todas las irregularidades, todos los abusos de poder, todas las vejaciones, paseadas de norte a sur en un país dominado por el terror. Se comprende, por tanto, la frialdad e incomodidad con que

acogieron esta rara e inofensiva requisitoria. También el ponente contestó él mismo, allí, dando cuenta lealmente de las contestaciones que Fouché había opuesto a estas acusaciones, y que ya conocemos. Debieron de estremecerse en determinados asientos cuando, por boca del ponente, Fouché se burló del agravio de haber forzado a los ciudadanos a cambiar su oro contra papel-moneda, «cuando en todo el territorio aprisionaban a los ciudadanos y se les conducía a carretadas al patíbulo». La frase estaba destinada a intimidar a Tallien. Para Grégoire, había afirmado sin duda «que había estado en buenas relaciones con los curas constitucionales, lejos de haberlos perseguido. Para todos, discutía los hechos, uno detrás de otro, rechazando victoriosamente todas las acusaciones. *No fue un agente* —gritó—, *sino un adversario del terror*». Hizo arrestar en Lyón a un amigo de Chalier, un patriota quizá comprobado, pero un ladrón mucho más comprobado todavía y amigo de Maximiliano, etcétera, etcétera.

El ponente había terminado; la Asamblea permanecía taciturna.

Tallien y Legendre levantaron el debate, pero fue en beneficio de Fouché. Tallien estaba aterrado ahora con la reacción; olvidaba la alianza de Fouché con Babeuf, simulaba no acordarse más que de termidor, pero eran los agravios contra el comisario los que le molestaban. ¿Dónde iban a parar? ¿No se veía venir un día a los Bordelais a recordar las ejecuciones, las concusiones y los grandes desenfrenos del amante de la Cabarrús? Legendre, sin móviles tan personales, consideraba conveniente no dejar condenar al hombre que les había salvado a todos en termidor, infundiéndoles fuerza y valor contra el tirano. «He visto a Fouché llegar a los jacobinos; se rodeó de todos los hombres que, antes del 9 de termidor, preparaban esta gran jornada… Declaro que considero a Fouché como uno de los elementos de la jornada del 9 de termidor… Pido la orden del día sobre este arresto». Tallien vino en su ayuda. Era verdad que antes había atacado a Fouché tres o cuatro veces, pero su deber consistía en atestiguar los hechos de su conocimiento: «Fouché estaba proscrito por Robespierre porque había contrariado

en Lyón las medidas adoptadas por Collot». «Fouché —añadía— desenmascaró a Robespierre con valor y declaró que debía caer su cabeza, y haría conocer ese dictador al pueblo». Y él también reclamaba la orden del día.

Los adversarios, un poco desazonados, abandonaron este caballo de batalla. Insistieron sobre las cartas de Lyón, pidieron la lectura de los decretos de Fouché. Se sabe que el procónsul tuvo una pluma muy pomposa, a veces violenta. El representante Lesage encontró motivos para declarar que después de esta lectura, importaba poco que los denunciantes hubiesen sido sobornados o no, ya que aquélla era lo bastante concluyente; que el papel desempeñado por Fouché en termidor importaba igualmente bastante poco, habiendo querido sencillamente salvar la cabeza. Era la verdad, pero era la verdad de todos. Añadía: «Han oído ustedes los decretos de Fouché. No deben ustedes perdonar a ningún bandido de la antigua Montaña; tienen ustedes que impedir que pueda entrar en el Cuerpo Legislativo que sucederá a ustedes; por eso pido el arresto de Fouché».

Los decretos eran realmente abrumadores: a la derecha, al centro, incluso a la antigua Montaña, no les gustaban en absoluto los decretos de aspecto comunista y el ateísmo oficial. La derecha se indignó. Boissy de Anglas, a quien los acontecimientos de pradial habían hecho uno de los líderes de la derecha, Boissy de Anglas, que sin embargo, hasta última hora, el 9 de termidor había dudado con sus amigos entre Robespierre y Tallien, lanzó desde lo alto de su virtud esta pasmosa frase: *«Fouché no ha tenido parte ninguna el 9 de termidor: esa jornada fue demasiado bella para haber sido deshonrada con su ayuda».* Se anunciaba la derrota de Fouché. Bion vino a consumarla. En medio de una violenta agitación general reemprendió las acusaciones de Nièvre, movió a compasión sobre los oprimidos, pidió no sólo la incriminación ni la expulsión, sino el *arresto inmediato*.

Se pasó a la votación. A una hora muy avanzada de la noche y en medio de una agitación creciente, el presidente proclamó se decretaba el arresto del ciudadano Fouché de Nantes por una gran

mayoría. Sin tardar, fueron sellados los papeles; podía prepararse a ir a la Conserjería a esperar el envío a una muerte segura. Todo parecía perdido. Nada lo era jamás cuando se trataba de Fouché.

No fue arrestado. ¿Era Barras, era Tallien? ¿Tal vez Méaulle, su amigo, su colega, su protector de siempre, a la sazón miembro del Comité de Seguridad General? El 25 Fouché dirigió una carta a la Convención que le proporcionaba la actitud, no de un acusado, sino de un acusador. Se quejaba amargamente de haber visto decretada contra él una detención «que no podía esperar más que de los tiranos». Él solo —repetía— había desafiado a Robespierre. «Toda Francia no ha olvidado que mientras… usted inclinaba una cabeza de esclavo ante el éxito de los crímenes de Robespierre, rendía el más deshonroso homenaje a su huraña y asesina tiranía —esto era para Boissy de Anglas—, yo combatía su sistema exterminador en Lyón, yo entregaba su cabeza al patíbulo para salvar la de varios millares de víctimas; yo le he atacado directamente en los comités y en la Sociedad de los jacobinos». Y con una oportunidad realmente notable, concluía: «Mis enemigos son los de ustedes: no les preparan un porvenir mejor». Este pensamiento aterrador, después de ese tono altivo y esa audaz salida, infundieron respeto a la Asamblea, tanto más cuanto que Fouché no paraba, escribía nuevas cartas, pasaba de la defensa a la apología.

¡Tuvieron miedo! Ese fantástico acusado quedó libre. Con el fin de cubrir su retirada, muy dignamente, pidió permiso para ausentarse el 20 de fructidor y no apareció más durante algunas semanas. Lo esperaba todo de una contrarreacción que podía producirse. La jornada del 13 de vendimiarlo vino a dar razón a esta esperanza. Y, mientras que el joven general Napoleón Bonaparte salía de la humilde buhardilla donde se hallaba confinado por haber caído en la desgracia para consumar, ametrallando a los monárquicos, la ruptura entre éstos y la reacción convencional, el ciudadano Fouché abandonaba su *cuchitril* de la calle de San Honorato. Aparecía de nuevo en casa de Barras, ese día dictador, y preparaba allí, como vencedor de la jornada, el informe que éste,

triunfante, iba a someter a la Asamblea. Barras, negando en absoluto esta colaboración, afirma, sin embargo, la participación «clandestina» de su cómplice de termidor en la represión de vendimiario. Resultó que esta jornada, siguiendo la misma expresión de las *Memorias* de Fouché, «devolvía la libertad y el honor» al acusado de mesidor. Los cañones de Bonaparte salvaban al futuro duque de Otranto.

Daban también la señal para la disolución de la Convención Nacional. La carrera de la Asamblea estaba terminada. El 4 de brumario el presidente pronunció la frase de clausura vulgar, pero dando a los acontecimientos que se habían sucedido desde el 22 de septiembre de 1792 una grandiosa solemnidad.

Pero en esta sesión del día 4, la Convención quiso terminar con un acto de clemencia. Volvió a llamar a su seno a los diputados contra quienes se había decretado la acusación, y les amnistió. Fouché estaba entre ellos. No necesitaba esa amnistía y, probablemente, le preocupaba poco: ya no era diputado por Nantes. Es para pensar si sus electores de 1792 habían seguido con buenos ojos la evolución que le había llevado en tres años de Condorcet a Chaumette, de Chaumette a Danton, de Danton a Barras, de Barras a Babeuf; el cambio completo que había dado, de representante de la ciudad burguesa y católica, el apóstol y agente de la Revolución social y religiosa «integral».

Se vio entonces a Fouché, después de la larga y tenaz agonía en que se debatía desde termidor, desaparecer del escenario político, volver a sumergirse en el profundo pozo del olvido, político sin mando, director sin colegio, profesor sin cátedra, burgués sin fortuna, condenado, sin duda, si no con la reputación de Carrier y de Lebon, al menos a la suerte de los Dumont y de los Legendre, sobre quienes se extendía la oscuridad.

CAPÍTULO VII

LOS AÑOS DE MISERIA

Se vuelve a hablar de Fouché.—Sus años miserables bajo el Directorio.—Cortos exilios.—Intenta hacer fortuna y se lanza a los negocios.—Vende sus servicios a Barras.—Regreso airoso después de fructidor.—Es nombrado ministro de la República cisalpina en Milán.—Tropieza con el partido demagógico en el poder y lo combate. Se le hace volver, pero inmediatamente es enviado a Holanda, donde está de acuerdo con el partido aristocrático.—Éstas son sus dos escuelas; Fouché se desliga del jacobinismo.—Es nombrado por el Directorio ministro de Policía general, y corre a París.

«El ciudadano Trouvé, ministro plenipotenciario en Milán, es reemplazado por el ciudadano Fouché de Nantes», se leía en el *Monitor* del 15 de vendimiario, año VII (6 de octubre de 1798). El asombro fue grande en París, luego en Milán, y también el terror, por la súbita aparición de un hombre juzgado siniestro. ¿Qué fue de ese fantasma desde el día en que se hundió? Vivió penosamente, de chiripa, de la piedad hábilmente explotada; había politiqueado humildemente, especulado mucho, y de pronto, por una de esas casualidades de las que su vida debía estar llena, volvió a la luz como embajador de la República.

Al día siguiente de vendimiario, año IV, se había enterrado literalmente en el olvido. De termidor no le quedaba más que una amistad preciosa: la de Barras, convertido en miembro muy importante del nuevo Directorio. Fouché se presentó en las antesalas del director, entonces en la cumbre, solicitando una plaza «que le proporcionase el medio de no morir de hambre». Un día desapareció de la calle de la Convención, donde había establecido su domicilio. ¿Dónde estaba? No se sabía, tampoco se ocuparon mucho de ello.

«Una misión en los Pirineos de la que nunca se han conocido los motivos» —escribe Fabre de Aude— le había alejado.

Esta misión no pareció tener un éxito que agradase al Directorio. Apenas de regreso este jacobino impenitente, se le rogó que no permaneciera en París, exiliado en el valle de Montmorency. Los directores Camot y Barras conocían este espíritu peligroso, removiendo, dispuesto siempre a ayudar a nuevas empresas: les daba vergüenza utilizarle, pero lo temían desocupado, descontento y sin esperanzas, tanto más cuanto que entonces se perseguía a los partidarios de Babeuf, de quienes había sido el consejero más escuchado y a quienes aún podía inspirar complots y resistencias.

Quizá también Barras quería buenamente tener a distancia un solicitante inoportuno, ya que es en esta actitud humilde como nos le presenta, solicitando una «placita» para sobrevenir a sus necesidades. Esta afirmación aparece desmentida por una carta muy digna, de pradial, año V, donde protestaba que no pedía ni había pedido jamás nada al Gobierno directorial. Tenía cierto mérito, porque el infeliz estaba reducido a una verdadera penuria. Desde 1792 la sublevación de los negros le había privado de sus propiedades de Santo Domingo. El crédito sobre los bienes perdidos con el que mantenía a su hermana, el 30 de pluvioso, año VII, no reportaba desde ese momento más que esperanzas. En cuanto a los bienes de Pellerin, Fouché hacía constar en la misma época que los desastres de la Vendée los habían dejado en muy mal estado. Las misiones de 1793, a pesar de lo que hayan dicho, no pudieron enriquecerle, ya que el 27 de floral, año III, se declaraba —pese a su gran deseo— incapaz de comprar a bajo precio bienes nacionales que codiciaba, no teniendo más que «lo necesario». A la vuelta de su misión, se refugió en un verdadero desván con su mujer y la única criatura que quedaba del matrimonio. En realidad, el futuro duque de Otranto vivía, según parece, de limosnas del Directorio, a cuenta de las cuales hacía una policía secreta, de la que Barras nos ofrece en sus *Memorias* algunos curiosos informes. ¿Era para cortar todo este espionaje, que quizá se ejercía a expensas de los colegas

del propio Barras, o por razones que hemos enunciado más arriba por lo que Fouché se encontrara súbitamente en el colmo de la desgracia, exiliado en Montmorency? Se encaminó allí el 10 de nivoso, sumido en los más amargos pensamientos. Allí sufrió una de las raras crisis de desesperación que nos ofrece esta vida de ambicioso tenaz. Realmente parecía estar en un callejón sin salida: las acusaciones, la reacción violenta que le había amenazado por un instante a la deportación, le habían consternado sin duda menos que esa indiferencia hostil, esa desconfianza sin remedio y, por encima de todo, el olvido completo. Para colmo, este hombre, tan buen padre, había sido cruelmente desgraciado. Perdió su segundo niño, su «lobezno», como decía Barras. «Estoy proscrito —escribía desesperado al director el 9 de termidor, año IV—, y acabo de perder el único hijo que me quedaba para consolarme de las injusticias y de las maldades de los hombres. Está visto, pues —añadía con abatimiento—, que estoy destinado a llorar eternamente».

*

Barras se dejó conmover: al final de 1796 Fouché reapareció en París. ¿Empezaba cl director a asustarse de los rápidos progresos de la reacción monárquica, que iba a parar a las elecciones de mayo de 1797 y pensaba ya apoyarse en los elementos jacobinos o, por lo menos, sacarles partido? Sea lo que fuere, no pudiendo emplear a Fouché oficialmente —los otros directores se oponían a ello— había hecho obtener para su protegido, poi medio del general Scherer, el abastecimiento de la Armada de Inglaterra, rica prebenda que podía llevar a Fouché a la fortuna. Éste había visto la miseria demasiado de cerca para no desear desde entonces apasionadamente la fortuna, a falta del poder, o como medio de llegar a éste. También allí se mostraba además el hombre de circunstancias: no tenía más que mirar a su alrededor para comprobar que a la época de los

grandes principios, de las luchas heroicas y de las represiones sangrientas sucedía, como siempre, la de los grandes negocios y las especulaciones provechosas. Unos negocios le asociaron a Réal, también en una compañía de subsistencias militares: la *Sociedad de Saint-Ouen*. Estaba más decidido a apresurar su fortuna porque acababa de nacerle un hijo el 7 de germinal, año V (27 de marzo de 1797), José-Libertad Fouché, nuevo estímulo en su obstinada lucha contra el destino adverso.

Deseaba que esta lucha se llevase en todos los terrenos, ya que las especulaciones financieras de cualquier orden no le absorbían bastante para que no continuase observando con mirada sagaz las cosas y las gentes de la política. De hacer caso a Barras, éste parecía haber hecho decididamente, en el año de 1797, del exrepresentante un activo y cotidiano agente de la policía secreta. Dicha función le permitía seguir, también por su propia cuenta, los movimientos de la opinión. Los monárquicos ganaron en las elecciones de mayo de 1797; los Quinientos, en su mayoría reaccionarios, llevaron al Directorio a su correligionario, el monárquico Barthélémy. Jamás Luis XVIII pareció estar tan cerca del trono. Tal situación pareció emocionar a Fouché, si hemos de creer a un contemporáneo que se decía impuesto personalmente en todo este asunto. Sus «principios republicanos» no pesaban ya nada entonces y Barras le conocía bien cuando, a despecho del papel de tenaz jacobino que representaba su agente de policía, le decía a un amigo: «Conoce usted mal a Fouché: no existe convencional más decepcionado de su delirio. No hay ninguno, sobre todo, más convencido de la imposibilidad de la existencia de la República». Fouché hubiera justificado —según Fabre de Aude— esta opinión fija; hubiera intentado atrevidamente ponerse en relación con los agentes monárquicos, con vistas a hacer contribuir a los antiguos revolucionarios a la Restauración, medio seguro de desarmarla para el porvenir. Sin duda pareció entonces un personaje demasiado insignificante o demasiado odioso; el abate de Montesquieu, gran agente de Luis XVIII en Francia, rechazó con asombro escandalizado

y gran dureza de términos la oferta de servicios de Fouché. Curiosa reconciliación: este mismo abate de Montesquieu es quien, en marzo de 1815, debía presionar a Luis XVIII, amenazado por Bonaparte, a tomar como ministro al regicida que habían rechazado en 1796 incluso como simple agente interior. En mesidor, año V, se creía asegurada la Restauración por medios legales; ni Barras, ni con mayor razón Fouché, parecían necesarios.

Y, sin embargo, hubiera sido prudente, quizá, asegurarse con semejante ayuda. Era peligroso rechazar a estos hábiles hombres del partido jacobino, acorralados y decididos a todo en el campo de la República amenazada.

Las mismas negativas que fueron opuestas al «odioso regicida» —si el hecho es verídico— debieron confirmarlo de un modo especial en sus temores de represalias y, como consecuencia, en su hostilidad a toda restauración. Fouché empujó deliberadamente a Barras al golpe de Estado del 18 de fructidor.

Ese día, el sable de Augereau completó, para fortuna de Fouché, lo que el 13 de vendimiario había empezado el cañón de Bonaparte. Era natural que los republicanos, que en apariencia permanecían fieles a la idea jacobina, reaparecieran desde entonces reclamando los despojos del partido derrotado. Se vio, pues, a Fouché de Nantes, si no empleado de modo oficial, al menos abiertamente recibido por Barras. Éste se convertía en su protector más activo, le recomendaba todos los días a la atención de los directores y, finalmente, elevaba su nombramiento a la legación de Milán el 14 de vendimiario, año VII.

*

De esta misión y de la que siguió en Holanda, Fouché iba a sacar gran provecho para su gobierno personal.

Iba a estar en Milán frente a una República donde encontraría en el empleo demagogos frenéticos, jacobinos italianos que,

exagerando la política de los jacobinos franceses, comprometerán la suerte de su país con una política extravagante. Desde entonces Fouché iría a contrarrestar a los que al principio se habían regocijado con su llegada. Las personas razonables, por este motivo, estaban muy asustadas. «Si debe creerse el rumor que corre —escribía entonces un milanés, el ilustre poeta Monti—, ha sido uno de los comisarios en Lyón cuando se ponía en acción la metralleta para suplir a la guillotina. Ha sido sacerdote (sic) y, actualmente, tiene mujer, pero muy fea *(ma brutta)».* El desquite había sido recibido con especial consideración por los del Club de los jacobinos y por un Gobierno de demagogos que el general Brune acababa de instalar a la fuerza en el poder. Pero reconociendo este «directorio» impuesto por los militares, Fouché se cuidó de no meterse; lavándose las manos, por otra parte, en la maniobra que había dado origen a este Gobierno, le miraba con bastante malevolencia —no se podía hacer peor— administrar los asuntos cisalpinos. Preconizando precisamente las medidas casi comunistas que Fouché poco antes quería hacer prevalecer en Nevers y Moulins, tal Gobierno desencadenaba a los Clubs contra las «aristócratas» —eran los grandes burgueses— y los curas, muy numerosos en Milán, cavando entre los partidos y las clases de la joven nación fosas peligrosas, cuando la inminente invasión de los austríacos en Italia imponía por el contrario la unión y la concordia. Al encontrar en Milán a sus *ilotas* y considerando que titubeaban, hacía sus reflexiones. «No existe convencional más decepcionado de su delirio», había dicho Barras. Cada día se iba recobrando más al ver «el delirio» de los célebres «demócratas» cisalpinos. A la espera de poderse desembarazar de ellos, de esos extravagantes, por un nuevo golpe de Estado, hacía todo por mantenerlos en un camino que —según decía— los haría desembocar en la anarquía y la ruina. Desde que el rudo general Brune, su protector, fue llamado a otro cargo, el ministro de Francia, en complicidad con el sucesor de Brune, el general Joubert, se preparó a empañar a los del Club de los jacobinos y en tirar abajo a sus altos representantes. Su frialdad cara a cara con estas gentes no

se les escapaba. Se quejaban a París de este exterrorista, cuya actitud les decepcionaba tan cruelmente. Tuvieron repercusión allí y, el 5 de frimario, Fouché era sustituido en su cargo.

Lo abandonó, pero para refugiarse en Turín, junto al general Joubert, que se había convertido en amigo suyo. Y desde esta ciudad vecina, criticando todas las operaciones de su sucesor, desempeñaba menos el papel de un funcionario en desgracia que el de un pretendiente dispuesto a reaparecer en Milán para volver a coger allí las riendas. La amistad de Joubert le cubría; se temía mucho en París la asociación de estos dos hombres. Joubert pasaba por uno de los grandes soldados hacia los cuales —según decían—, en ausencia de Napoleón, se volvían las miradas de numerosos hombres políticos. En la espera Fouché se daba el gusto de hacer echar abajo —por medio de Joubert— a los fastidiosos demócratas de Milán. En París se consideró una vez más que era preferible no dejar desempleado al hombre. Y no consiguieron su vuelta más que proponiéndole otra misión: la de Holanda.

*

La República bátava como la cisalpina, estaba entregada a los agentes franceses. Mas en París aún se consideraba su Gobierno demasiado independiente. La situación exigía, sin embargo, una completa unidad de miras. La segunda coalición amenazaba todas las nuevas provincias fronterizas de Francia, y mientras que, como sabemos, los austríacos iban a invadir Italia del Norte, los ingleses preparaban un desembarco en los Países Bajos. Era preciso que se preparase una defensa enérgica y, para ello, que las fuerzas báta vas que entonces se hallaban bajo las órdenes de] general Daendels, estuvieran a la entera disposición del general Brune, el cual también había pasado a Holanda. Pero el «Directorio» de La Haya estaba compuesto de aristócratas que los «demócratas» acusaban violentamente de complicidad secreta con el enemigo y denunciaban

inmediatamente a Fouché, por lo que éste, que hacía poco en Milán no había querido servir a los demócratas tampoco estaba dispuesto a servirles en La Haya. Después de haberse entendido personalmente con el propio Daendels, abordó decididamente al Gobierno «aristócrata» y —sólo con la fuerza de la persuasión— obtuvo de él la fusión de los dos ejércitos, todo eso en unos días. Jamás una misión había obtenido un resultado tan rápido. Decididamente, Fouché llegaba a la conclusión de que más valía apoyarse en un Gobierno razonable que en agitadores extravagantes. Estaba en La Haya desde hacía apenas un mes, cuando se enteró súbitamente de una noticia que, de momento, colmaba todos sus deseos. El 2 de termidor, año VII, el Directorio había nombrado al ciudadano Fouché de Nantes ministro de Policía General. No esperó dos días para tomar la posta camino de París, donde llegó el día 11, muy resuelto a desempeñar por fin el papel de primer plano que la fortuna le había negado hasta entonces.

SEGUNDA PARTE

EL MINISTRO FOUCHÉ

CAPÍTULO VIII

BRUMARIO

Las interioridades de un nombramiento.—Barras y Sieyés, normalmente distanciados, se ponen de acuerdo para llamar a Fouché.—Éste es encargado de aniquilar el partido neojacobino.—El ministro clausura, él mismo, el club revolucionario.—Reforzado por este éxito, adopta una actitud muy personal.—Lucha al mismo tiempo contra los partidos «exagerados» y los partidos «reaccionarios».—Trabaja para paralizar la nueva revuelta del Oeste.—Sin embargo, sueña con un cambio de régimen.—Fouché y la familia Bonaparte. Relaciones con Josefina.—El regreso de Bonaparte: en principio desconoce la situación de Fouché, pero Réal encomia junto al general la ayuda, necesaria, del ministro.—Fouché aletarga al Gobierno directorial.—Su actitud en las jornadas del 18 y 19 de brumario: doble juego.—El día siguiente al golpe de Estado.—Fouché se coloca delante.—Es confirmado en el Ministerio por Bonaparte.—Se opone a toda reacción.

El muy inesperado nombramiento de Fouché es la obra común de los dos hombres que, en termidor, año VII, quizá se odiaban más en el seno del Gobierno: Barras y Sieyés.

El Directorio tocaba a su fin. Después de cinco años de una «tiranía jadeante», había levantado contra sí —de la derecha a la extrema izquierda— todos los partidos. Y no se sostenía contra ellos más que por atentados que, con el pretexto de «salvar a la República», terminaba por matarla.

Barras, el único que había sobrevivido a estos atentados, era demasiado cauteloso para no darse cuenta del abismo hacia el que corría el régimen. Después de mantenerse cinco años en el poder, sacrificando por turno a todos sus colegas, Barras negociaba simplemente en secreto con el conde de Lille, Luis XVIII, que se hallaba entonces en Mitau, a quien mediante cartas de *perdón* (era regicida) y algunos millones, entregaría la República.

Sieyés, por su parte, tenía otros proyectos. Para poner fin al régimen no veía más que un soldado popular a quien facilitaría el acceso al poder. A condición de que este soldado, sin ideas políticas y sin pretensión de alcanzarlas allí, aceptase de sus manos la nueva Constitución y permaneciese bajo su férula.

Barras y Sieyès, cada uno obedeciendo a sus secretas y divergentes esperanzas, no veían —uno y otro— para su realización más que un obstáculo: el partido de los jacobinos extremistas. Éstos habían conseguido en las últimas elecciones bastantes asientos en los Congresos para que su política pesase en las Asambleas, sobre todo en los *Quinientos*. Muy imbuidos ahora de las doctrinas del difunto Babeuf, habían impuesto a dichos Consejos el *empréstito forzado a los ricos*, que había terminado por enajenar a la República todos los poseedores, entre ellos los grandes *adquirentes*. Inspirados en las tradiciones, los neojacobinos reclamaban además el restablecimiento del régimen de *Salud Pública*. En la espera habían suprimido el voto de la *Ley de los rehenes* —la que, más odiosa todavía que la ley de *sospechosos* de 1793— provocó la insurrección de quince departamentos, especialmente de la antigua Vendée. Apoyándose en sus diputados y en algunos soldados de alto rango que permanecían siendo ardientes revolucionarios, especialmente Jourdan y Bemadotte —entonces ministro de la Guerra— intimidaron a los Consejos. Hasta tal punto, que habiendo vuelto a abrir el gran club de los jacobinos —desaparecido desde hacía cinco años— habían logrado arrancar de su condescendencia la autorización de instalarse en esa misma sala del Menége donde se habían instalado las grandes Asambleas revolucionarias. Desposeídos a continuación de la sala, a petición de Sieyès —más hostil que nadie a esos neojacobinos— éstos trasladaron sus reuniones a la antigua iglesia de Santo Tomás de Aquino —«templo de la Paz»—, donde todas las tardes se formulaban las mociones más exageradas y se aclamaban inmediatamente. El partido tenía trato en todas partes, y por todos los sitios encontraba condescendencias. Sus afiliados se multiplicaban en las administraciones y, lo que aún era peor, entre la

misma policía. Este hecho paralizaba la represión deseada por Barras y Sieyès, bajo distintos puntos de vista. El tímido Bouguignon, ministro de la Policía General, *deploraba* los desbordamientos jacobinos, pero se declaraba impotente para impedirlos. Era preciso reemplazarle. Los candidatos no faltaban, pero sólo un nombre pareció imponerse súbitamente: el de Fouché de Nantes. Y cosa curiosa, Barras y Sieyès —distanciados sobre todo desde hacía algunos meses— lo dijeron al mismo tiempo.

Barras había protegido siempre a Fouché. Le consideraba «su hombre». ¡Como si Fouché pudiera ligarse con facilidad a alguien! Habiendo seguido de cerca su evolución, Barras mismo le juzgaba, lo sabemos, «el más decepcionado de los convencionales». Pero el antiguo procónsul no se beneficiaba menos de su continua reputación de republicano extremista, y cuando Barras se aprestaba secretamente a entregar la República «al rey», tenía necesidad de cubrirse provisionalmente con la máscara de jacobino. Pero precisamente el «jacobinismo» de Fouché parecía tener que asustar a Sieyés, del que Barras tenía la oposición.

Se equivocaba; el otro tenía sus razones personales para empujar al hombre al ministerio; Talleyrand, quien frecuentaba y aconsejaba a Sieyés, había encomiado ante éste a Fouché. Ministro de Relaciones Exteriores, Talleyrand siguió con mirada interesada, y casi divertida, la evolución del hombre en Milán y en La Haya; incluso más que Barras, le juzgaba «muy decepcionado». Si se quería abatir el partido neojacobino, nadie más indicado que el antiguo amigo de Chaumette. Sieyés se había dejado persuadir por su consejero, si bien cuando Barras hubo lanzado con bastante timidez el nombre de Fouché, tuvo la gran sorpresa de ver a Sieyés adoptarle e, inmediatamente, imponérsele a los otros tres, que permanecían embobados.

*

Al día siguiente, habiendo aparecido el nombramiento en el *Monitor*, el mundo político se enteró con sorpresa y, probablemente no sin terror, de la llegada al Gobierno de «Fouché de Nantes». Y dados sus antecedentes, así como el nombre de sus padrinos —Barras y Sieyés— nadie supo seguro si debía regocijarse o lamentarse por la suerte futura de su partido.

*

De hecho, ¿cuáles eran en ese momento los sentimientos del hombre colocado a la cabeza del terrible ministerio de la Policía General, en el momento en que el aire estaba repleto de rumores de revolución, de restauración, de golpes de Estado y de atentados políticos amenazadores? Nadie puede decir qué proyectos concisos maquina en su cerebro agitado el nuevo ministro, corriendo de La Haya a París. Pero no es difícil adivinar con seguridad las ideas generales que tiene sobre la situación.

Fouché, revolucionario por casualidad, se encuentra no obstante ligado a la suerte de la Revolución, si no por principios sólidos, al menos por un interés primordial que sirve en lo sucesivo —no podemos olvidarlo— de base inmutable a toda su política. Lo que teme ante todo es una restauración y, quizá más todavía, una reacción, bajo cualquier régimen que se ejerza. El voto del 16 de enero de 1793 gravita con un peso tremendo sobre su destino y su pensamiento. La restauración es seguro que constituiría una contrarrevolución, una reacción tal vez peligrosa para el país… y para Fouché. La restauración no se llevaría, pues, a cabo.

¿Quiere esto decir, acaso, que la Revolución debía continuar su curso o iniciarlo de nuevo? No es ésta su idea. El decreto que le convierte en ministro le parece acabar de un plumazo con la Revolución francesa. Los principios proclamados y las reformas hechas deben ser respetados. Sobre todo los hombres que la Revolución ha suscitado o comprometido, deben ser empleados,

colocados en el pináculo, en un régimen revolucionario en sus orígenes, pero conservador en su política. Y es ahí donde Fouché ha encontrado su camino de Damasco, que le conducía al ministerio. En ese momento, el antiguo procónsul de 1793 es un conservador, en el sentido más amplio de la palabra. El jacobinismo le es particularmente odioso. En 1793 tuvo que sacrificarle su conciencia y —lo que es más duro todavía— su carácter, incluso. Ya que apenas si se le parecen esos verdaderos jacobinos y no pueden serle afines pues son comprometedores por su absolutismo, su espíritu sin matices, esos radicales e intransigentes, envueltos todavía en los principios a los que perjudican, además, por su violencia. Le hemos visto en Milán seguir con mirada descontenta los excesos de esta gente mal educada; los apartó deliberadamente del poder. Los juzgó fríamente y los condenó. Por lo demás, en termidor, año VII, los jacobinos tienen a los ojos de Fouché una culpa suprema: la de ser sencillamente unos vencidos recalcitrantes, exponer sin provecho al país y a la Revolución, a la reacción y a la contrarrevolución, por sus excesos. Les tiene miedo. Es preciso desarmarlos, golpearlos pronto, fuerte, de una vez. El peligro es que esto pueda ser quizá la señal de la temida reacción. Entonces hará falta, si no aplastar, al menos contener enérgicamente el otro partido, el de los reaccionarios; será preciso sobre todo contener a los monárquicos, ahora envalentonados.

Una política de equilibrio, sin duda, mas que no se parecía en absoluto a la política oscilante que poco tiempo antes practicaba el Directorio, pasando de un extremo a otro, persiguiendo, proscribiendo, aplastando súbitamente un partido en provecho de otro. ¿No es también este Gobierno, condenado en su espíritu, al que Fouché quiere confiar para siempre la tarea, en un régimen estable, de fijar las ideas de la Revolución, de asegurar a los partidarios, de exaltar para siempre a los hombres? *Se necesita una cabeza*: Fouché, lo hemos visto, la ha señalado ya. Será Joubert, que posee muchas cualidades, a las que añade una, sin duda la más apreciable para este político previsor: la de tener a Fouché por

amigo. Cuando Joubert falle, vendrá otro que triunfará a condición de tenerlo a él, a Fouché, como cómplice.

La ruina del partido jacobino, comprometedor y molesto, que no dejaba ningún pretexto a la reacción, la rigurosa vigilancia del partido reaccionario, el aplastamiento del partido monárquico, la subida al poder de un general amigo, que aún más que los republicanos más sinceros, cerraba el camino a una restauración monárquica peligrosa y lo abría del todo a la actividad de Fouché. Tales son los principales artículos de este programa, cuya necesidad vislumbraba ya claramente el nuevo ministro. La realización de este programa se llevará a cabo tan rápida y perfectamente que, veinte años después lo recordará con el legítimo orgullo de un concepto audaz realizado por completo.

*

El nuevo ministro llegó el 11 de termidor a París y lo puso inmediatamente en conocimiento del Directorio. El Gobierno le citó para las cuatro en el Luxemburgo. Después de una breve conferencia Fouché llegaba al antiguo hotel de Juigné, en el *quai* Voltaire. El hombre estaba en su puesto, muy decidido a anclar allí.

Por medio de una manifestación brillante era preciso sacudirse toda sujeción. Como un general en jefe poniéndose a la cabeza de su ejército, como un jefe de Estado instalándose en el poder supremo, este simple ministro se atrevió a lanzar una proclama *firmada por él y no sometida al Directorio*, acto de independencia osado y verdaderamente increíble, en una época en que nadie hablaba con seguridad fuera de los soldados. El 16 de termidor, lanzaba impresa en miles de ejemplares, la «Proclama del ministro de Policía General a los ciudadanos franceses». «He contraído la obligación —se leía allí— *de restablecer la tranquilidad interior*, de poner término a las matanzas lo mismo que a la opresión de los

republicanos, de reprimir los complots de los traidores y arrebatar al extranjero hasta la esperanza de un cómplice».

Sin embargo, el Directorio quedó menos asombrado de esta proclama en sí que de la actitud realmente independiente y personal que adoptaba el recién llegado a la dirección del Gobierno.

Oficialmente y desde su llegada, en la sesión del día 14, Sieyés y Barras, uno y otro, le dieron la misión de tranquilizar los ánimos calmando o aniquilando a los jacobinos. Cuál no sería el asombro del Directorio cuando en la sesión del día 15, interpelado sobre las medidas que pensaba tomar, el nuevo ministro depositó tranquilamente sobre la mesa un proyecto de decreto ¡concebido en un sentido totalmente distinto! Este decreto asestaba un golpe a la derecha. Asimilaba a los diputados, que en fructidor habían eludido la deportación, a los emigrados. Ante esta propuesta, que por otro lado parecía destinada más a asustar que a atacar, el Directorio quedó estupefacto. Sieyés pudo creer que había caído en una trampa. El ministro sonreía ante este pavor. Después de haberse regocijado de ello explicó la finalidad de su propuesta. Era —dijo— una simple precaución previa. Por lo demás, esta medida forzosamente platónica, le permitía atacar a los agitadores «anarquistas» sin ofrecer el flanco a las acusaciones de reacción y contrarrevolución. «Es preciso —dijo— *sostener su popularidad para medirse* primero con los jacobinos y separar a los conductores, lo que resulta verdaderamente patriótico».

En efecto, al día siguiente, 15 de termidor, apareció el ministro de Policía con un voluminoso informe que comunicó a los directores, sobre las *Sociedades Populares*. Ya sea por prudencia o por diplomacia, Fouché fingía una admiración absoluta por «los patriotas», recordando como otros títulos de gloria, las persecuciones que había sufrido durante largos años por haber servido y defendido hasta el final a sus hermanos y amigos. Después de estas precauciones oratorias, el ministro abordó el objeto de su informe. Las Sociedades Populares, resucitadas el 30 de pradial —decía— se habían mantenido al principio en una prudente reserva y

no habían hecho más que servir al patriotismo, demasiado tiempo oprimido; pero inmediatamente habían tenido una propensión a degenerar. «El que se debiera conceder indulgencia a las primeras desviaciones está bien —añadía el informe—; pero la prudencia aconseja la severidad para el porvenir». Es —añadió— una ley reglamentando más que reprimiendo las Sociedades lo que hace falta proponer.

El informe, destinado al Cuerpo Legislativo y al país más que al Directorio, fue considerado de una habilidad innegable: el Gobierno, completamente conquistado, decidió su impresión y la publicación con el apoyo de una ley, en un mensaje redactado en una sesión, el Directorio reclamaba del Consejo de Ancianos.

En el campo jacobino la indignación fue extremada. Aquella misma tarde, el club llamado de Manège, refugiado en la calle de Bac, vio revivir por un instante las pasiones de los antiguos jacobinos. Félix Lapelletier atacó allí con violencia al ministro, traidor a la democracia. «Fouché lo ha impuesto a Francia entera; ha derramado la calumnia sobre una masa de ciudadanos que se habían reunido más que para responder a la llamada de los representantes del pueblo, a la llamada de la patria en peligro».

Como el Consejo de Ancianos había remitido inmediatamente el proyecto y el informe al Consejo de los Quinientos, la oposición jacobina no dejó de armar menos escándalo. Murmullos indignados saludaron determinados pasajes del informe, a veces interrumpidos por gritos: «¡Eso no es verdad! ¡Eso es falso!»

El debate se reanudó aún con mayor violencia, al día siguiente, en la sesión del 18. El diputado Bertrand, que había pedido simplemente que se remitiera a la Comisión, provocó una gran tempestad, en medio de la cual Garrau (de la Gironda) dijo a gritos que el asesinato de los republicanos estaba organizado y Briot denunció una conspiración monárquica de la que, en su espíritu, Fouché era ciertamente autor o aliado.

El ministro permanecía impasible ante tal tempestad. Los de su alrededor se mostraban inquietos. Él mismo recordó más tarde (en

una carta de 1817) con qué curiosidad le preguntaban acerca de la forma en que iba a comportarse con el terrible club de la calle de Bac, abiertamente sublevado contra su autoridad. «Una cosa muy sencilla —respondió fríamente—: lo voy a disolver». La incredulidad entre los directores fue grande. El Club parecía una potencia; obligaba a temblar al Gobierno desde hacía un año; era la fortaleza del partido jacobino, aún con fuerza en los Consejos. El ministro de la Guerra, Bernadotte; el gobernador de París, Marbot; el general Jourdan, que presidía el *Consejo de los Quinientos*, sostenían abiertamente el partido amenazado. Fouché hizo llamar a Bernadotte: «¡Imbécil! —le dijo— ¿Dónde vas y qué es lo que quieres hacer? En el 93 eso estaba bien, se podía ganar todo, se podía deshacer y rehacer…» Y como su colega del Ministerio de la Guerra (que no pensaba acabar en un trono) se obstinaba en su jacobinismo: «Acuérdate —le dijo fríamente el ministro de la Policía —, que desde mañana, cuando tenga que entendérmelas con tu Club, si te encuentro a la cabeza del mismo la tuya caerá de sus hombros. Te doy mi palabra, y la mantendré». Terrible palabra en boca del ametrallador de Lyón, que hizo reflexionar al ardiente Beamés. El futuro rey de Suecia cedió, e hizo bien. ¿Quién sabe si ese día el exprocónsul no contribuyó a asegurarle, a lo lejos, una corona?

Fouché avanzó entonces con osadía. El 26 de termidor propuso al Directorio que se cerraran pura y simplemente las puertas de la sociedad jacobina, llamada «Sociedad Constitucional». Tras una deliberación bastante larga se le dio al ministro la autorización para cerrar el club.

Al día siguiente, 27 de termidor, al antiguo presidente de los jacobinos se presentó él mismo en la sala de la calle de Bac, como un simple comisario de policía. Tissot, en la tribuna del club reclamaba la depuración de los funcionarios, y Félix Lepelletier acababa de presentar una moción pidiendo «el restablecimiento del espíritu democrático». El ministro avanzó entonces, disolvió la Asamblea, que humillada y estupefacta, se dispersó sin dificultades.

El antiguo procónsul hizo cerrar las puertas, se metió las llaves en el bolsillo y marchó a depositarlas, con perfecta serenidad, sobre la mesa del Directorio, que se quedó boquiabierto. Como hombre prudente, por lo demás, insistió cerca del Gobierno «para que la depuración fuese presentada como habiendo sido muy benévola y conciliadora, ya que era preciso tranquilizar al sector de patriotas que pudieran estar afligidos e, incluso, irritados, decir que los monárquicos se equivocaban de forma extraordinaria si creían encontrar allí alguna ventaja para ellos; que el Directorio, esencialmente republicano, caminaba junto a la República y no se apartaba de ella». Y para pasar de las palabras a los hechos, desde el día siguiente el ministro hizo atribuir al Directorio, por un informe muy vehemente, una petición solicitando el retorno de las víctimas de fructidor y de los curas deportados. Como Sieyés parecía contrariado, el hombre hábil añadió: «que si se pronunciaban abiertamente contra los jacobinos, se les podía irritar más aún y dar una fuerza más a los monárquicos que se alzaban ya en todas partes en Francia».

¿Fue éste el efecto de ese apartamiento del rigor o el ascendiente real del antiguo presidente de los jacobinos sobre una parte de los exterroristas? El hecho es que el pequeño golpe de Estado no provocó ni siquiera una tentativa de alboroto.

*

Este fracaso completo del partido jacobino después de tantas amenazas, no sólo intimidaba a la opinión consternada, sino que engrandecía especialmente al audaz ministro a la vista del mundo político, de toda la altura que se atribuía al jacobinismo, ahora por tierra; le convertía en el hombre grato a la burguesía tranquilizada, y ya casi a todos los partidos conservadores. Le fortificaba, le instalaba definitivamente en el Ministerio, le convertía, no ya en la criatura de un Barras o un Sieyés, sino en el hombre fuerte del Gobierno,

temido por unos, bendecido por otros y admirado por todos. El 27 de termidor, quizá más que luego el 18 de brumario, el exjacobino conquistó, con una vuelta de llave, el ducado de Otranto en plena calle de Bac.

Continuaba no obstante el curso de sus hazañas reaccionarias. Después de las Sociedades Populares reducidas al silencio era la prensa de la oposición jacobina la que había que amordazar. Se habló de ello durante quince días. El 17 de fructidor estalló la bomba: un mensaje del Directorio, enteramente inspirado por Fouché, reclamaba a los Consejos una ley censurando los desbordamientos de la prensa en general y de los órganos jacobinos en particular, firmada por el antiguo amigo del *padre Duchesne*. La lectura de este informe fue acogida en los *Quinientos* con violentas protestas; Briot manifestó la más viva indignación contra el mensaje de un Gobierno que se decía republicano, pero sobre todo contra el ministro contrarrevolucionario, traidor a la República. «¿Qué moralidad —gritaba, por ejemplo, el diputado jacobino—, qué moralidad preguntó, ofrece a la República ese ministro ultrarrevolucionario antes del 9 de termidor, destacado por su conducta en el departamento de Nièvre, y que hoy grita contra el Terror? «Esta salida fue acogida con aplausos. Algunos días más tarde Fouché respondió al reproche de contrarrevolucionario mediante una nota insertada en el *Monitor*, donde hacía profesión de fe de devoción absoluta a la República y a la Revolución, recordando los servicios prestados y las persecuciones sufridas desde hacía ocho años por la causa de la democracia.

De hecho, no era solamente cerrando los clubs, amordazando a la prensa, aplastando al partido jacobino como parecía imprimir a la política esta marcha contrarrevolucionaria. Era también, pese a sus proyectos muchas veces expuestos de equilibrio político, practicando, frente a los partidos de derechas, una política bastante tranquila, así como firme y prudente.

Al día siguiente de instalarse mandó llamar a Lacretelle, una de las grandes cabezas del partido aplastado en fructidor, encerrado en

la *Force* desde hacía tres años. Conducido desde su prisión al Ministerio de la Policía General, el periodista monárquico entró temblando, pero salió entusiasmado y seducido. El exprocónsul jacobino le dejó entender que iba a practicar una política nueva y, como prueba inmediata de su buena voluntad, había firmado la puesta en libertad de Lacretelle con la de cuatro o cinco amigos políticos y compañeros de cautiverio.

Lacretelle hizo amistades en el Ministerio entre su grupo. Se enardecían abordando al ministro —dice un contemporáneo— «como a un tigre» y volvían con la convicción «de habérselas tenido con una paloma». Se hicieron peticiones en favor de las víctimas de fructidor, luego de los curas refractarios, después de los mismos emigrados. El hombre de Lyón sonreía, prometía, accedía a todo con una gran postura de sencillez y cortesía. Los propios emigrados quedaban aturdidos ante este cambio completo. Cosa rara: el ministro objeto de esta admiración excesiva, no se dejaba embriagar. Si comprendía que su política estaba dirigida, de momento, contra el jacobinismo, no parecía dispuesto a sacrificar a las nuevas y súbitas amistades que le valían este papel ni sus pretensiones democráticas ni su «firmeza republicana».

En otro terreno no parecía tan conquistado por la contrarrevolución como pretendía la oposición de los *Quinientos*. La Vendée, pacificada un momento por Hoche, se agitaba de nuevo. Desde el 5 de fructidor la situación del Oeste daba lugar a un informe en el que revivía Fouché de Nantes. Pensó hacer respetar a los funcionarios de la República y a los adquirentes de bienes nacionales contra los chuanes, cada día más audaces; que cesasen las amenazas y los asesinatos; aplastar para siempre a los «partidarios del Trono y del Altar». Pedía que se decretara el estado de sitio en las provincias del Oeste y parecía dispuesto a extender la medida al Sur, donde tenían lugar los mismos desórdenes. Al mismo tiempo inundaba el Oeste con sus agentes secretos —de los que Balcaz inmortalizó el tipo en el Corentin de los *Chuanes*— destinados a fomentar la división, a fraccionar los movimientos, a sobornar a los

débiles y a desanimar a los valientes. Era enervar toda acción monárquica y preparar así, más que por medio de persecuciones, los envíos de tropas y las negociaciones a gran orquesta, la próxima pacificación.

En París Fouché ya no es débil con el partido monárquico puro. A finales de fructidor el ministro hace recoger los periódicos y los folletos monárquicos, las circulares de los jefes del partido y la proclama de Luis XVIII llamando a Francia a erigir de nuevo el trono. El día 17 había denunciado con el estilo del 93 la gran conspiración monárquica y se había hecho entregar por el Gobierno la autorización para detener a los cómplices.

En tres meses había realizado de tal modo, con destacado vigor y auténtica habilidad la primera parte de su programa. El partido jacobino estaba poco más o menos aplastado, sus clubs cerrados, sus periódicos aniquilados, sus diputados humillados, sin que el prestigio republicano del ministro sufriera por ello. El partido monárquico era contenido en París, perseguido en sus tentativas violentas, entorpecido en sus intrigas secretas, mientras que con una conducta especialmente hábil, el antiguo terrorista se ganaba la simpatía y el reconocimiento de los partidos del orden. En vendimiario la obra parecía estar ya en muy buen camino.

*

Pero veía desde demasiado cerca el Directorio, no podía fiarse de este Gobierno en plena decadencia para perseverar en el camino, a la vez enérgico y prudente. Barras era un traidor: él mismo había confiado a Fouché sus proyectos de entendimiento con los Borbones. Los directores Gohier y Moulin eran sus víctimas. Sieyés, teniendo en su mano al abogado Roger Ducos, elaboraba reglamentos autoritarios, soñando con ser un César y, muerto Joubert —matado en Novi el 28 de termidor del año VII (15 de mayo)— buscaba «otras espadas». Sólo un Gobierno fuerte, popular, seguro de sí

mismo y de la opinión, podía transformar en sistema gubernamental lo que no había sido más que la política de un ministro, ciertamente muy sólida, pero que, sin embargo, la hostilidad, la desconfianza o los celos de tres directores de cinco era suficiente para hacerlo anular. Por eso en el *quai* Voltaire se sustentaban proyectos iguales o casi iguales a los de Sieyés en el Luxemburgo. Jamás un Gobierno fue más traicionado por los suyos.

En efecto, si desde hacía tres meses el ministro señalaba con clarividencia y descartaba con gran empaque los peligros que la «anarquía» y la «monarquía» hacían correr al Gobierno de la República, cerraba los ojos al verdadero peligro, inminente, sin embargo: los complots del cesarismo.

La muerte de Joubert no había cambiado sus proyectos de golpe de Estado militar. Había rechazado a los Orléans, propuestos en un momento por Sieyès. Había que encontrar otros. Sin duda había dado con la solución cuando escribió a Barras: «Hace falta un hombre».

El hombre iba a aparecer, muy lejos sin duda, pero presente gracias a una familia de ambiciosos, dispuesta a volver a llamarle en cuanto el terreno estuviera suficientemente preparado. Había entonces una casa cuya vigilancia, sin que se jactara de ello ante el Directorio, preocupaba quizá más al ministro que la de todos los clubs jacobinos y de las escondites de chuanes: era un hotel ya célebre, en la calle de la Victoria, en otro tiempo calle de Chantereine, donde esperaba una bonita viuda —sin impaciencia— el regreso de un ausente.

Confidente de Barras en otro tiempo, después ministro del Directorio, a Fouché no le costó trabajo abordar en los salones del Luxemburgo a esa bella y ligera criolla, quien en la época a que hemos llegado llevaba con tan gran indiferencia el glorioso apellido de Bonaparte. No pensó inmediatamente más que en conquistar a la mujer del general Bonaparte. Eso le resultó fácil. De creer a un confidente de Fouché, los 40.000 francos de ingresos de Josefina no le resultaban suficientes. La ausencia completa de moralidad que

caracterizaba a esta encantadora mujer no hacía sino muy verídica la triste aventura: ¡esta mujer de héroe vendida por algunos luises a ese ministro lleno de recursos! Por medio de Josefina obtenía noticias; también gracias a Josefina, tan amada aún por el general, adquiría una preciosa amiga cerca del dictador.

Por lo demás, deseoso siempre de asegurarse dos cuerdas en su arco, veía con asiduidad a los hermanos del general, Luciano y José. Éstos no tenían necesidad de ser comprados: excesivamente ambiciosos, uno y otro hacían ganar al ministro una corte asidua. Útiles intermediarios por conducto de los cuales se transmitían palabras de estímulo poco equívocas. Resultaba así, sin comprometerse por entero, la esperanza de los Bonaparte, cuando se supo el desembarco del general en Fréjus, el 17 de vendimiarío y, casi inmediatamente, su llegada a París.

*

¿Estaba entonces decidido Fouché a hacer de este soldado, tan frágil en apariencia, el César soñado? Sobre todo, ¿estaba dispuesto a comprometer su situación para empujar abiertamente a este ambicioso al poder? La cosa resulta todavía dudosa. El papel de Fouché en brumario es de complicidad, y muy poco seguro. «De los ministros del Directorio sólo uno cuenta: el de la Policía, Fouché, *se le tiene*», escribirá Federico Masson. Se le tenía lo mismo que lo tuvo Napoleón la víspera del 20 de marzo y Luis XVIII en 1815. *Se creía tenerle*. Fouché estaba por el éxito; siendo así que el éxito permanecerá dudoso hasta el final, se le vio con las muchas dificultades que la empresa encontró hasta el final. Asistirá, aconsejará, animará, pero se cruzará de brazos dispuesto a actuar contra la banda en caso de que fracase. Si lo hubiese querido es probable que todo hubiera fracasado. Pero Fouché había recibido las promesas de Bonaparte. Asistirá enigmáticamente a la conspiración que va a echar abajo la República; semejante actitud ya supone una

complicidad bien estrecha. Esta complicidad nos es confirmada por todos los contemporáneos: Fouché ha sido «uno de los jefes del complot», afirmará el director Gohier, y hechos citados por él vienen en apoyo de esta aseveración, sencillamente exagerada. Además de esto, nos haría falta otra prueba de esos testimonios unánimes que encontraríamos en la influencia, en muchos sentidos incomprensible, que Fouché ejercerá siempre sobre Napoleón. Tendremos ocasión de volver sobre este hecho extraño, que no tiene otras explicaciones, en el fondo, que los servicios prestados a Bonaparte por Fouché en brumario y la maravillosa destreza con que este hombre ha desempeñado su papel en circunstancias en que la incoherencia, la inconsecuencia y la indecisión eran generales.

Napoleón no conocía a Fouché: Egipto estaba demasiado lejos de la calle de Bac para que las recientes proezas del ministro tuvieran eco en las orillas del Nilo. El general llegaba ignorando las cosas y la gente, con idea de ganar la mayor parte posible de individuos, sobre todo entre los generales. Ignoraba el lugar que los últimos acontecimientos habían otorgado al ministro de la Policía en el mundo político. Sus amigos se lo revelaron. Réal, uno de los agentes más activos de la conspiración, conferenciaba los primeros días de brumario con el futuro César, cuando anunciaron a éste que el ministro de la Policía, el ciudadano Fouché, que había venido a saludar al comandante del ejército de Egipto, esperaba desde hacía una hora en uno de los salones del general. Réal conocía ya el valor y la influencia del hombre, el peso de esta gestión. Se extrañó al ver a Bonaparte, desafiante y desdeñoso, dejar hacer antesala a este político preciado. «Es uno de los hombres que hacen falta en un asunto semejante —declaró—; además, lo sabe todo. Se lo digo a usted, yo le he introducido en el secreto». Hicieron entrar a Fouché. Fue, sin duda, la primera entrevista de los dos hombres. Bonaparte era ignorante, pero penetraba pronto en lo que le interesaba, para utilizarlo. Fue rápidamente seducido por ese espíritu, a la vez conciso y audaz, pasando de las altas concepciones a los detalles más minuciosos de la ejecución. Evidentemente se ofrecieron

servicios y fueron aceptados, se plantearon las condiciones y se aceptaron. Desde ese día Fouché estuvo en estrechas relaciones con Bonaparte. Poco después estas relaciones se hicieron públicas. Fouché apareció en casa de] general, en una fiesta, el día 15, donde estaba invitada toda la camarilla «bonapartista». Lo excitante de la aventura es que había llamado también a Gohier, entonces presidente del Directorio, personaje honrado, sin desconfianza y muy seducido entonces por los bellos ojos de la dueña de la casa. El ministro no hizo su aparición sino bastante tarde, se dirigió con solicitud al diván en que Josefina absorbía la atención y los cuidados del director. Y, al decir de un contemporáneo, se estableció un diálogo que no es más que una de las numerosas escenas de esta curiosa tragicomedia: «¿Qué hay de nuevo, ciudadano ministro? —preguntó Gohier—. De nuevo —gritó el ministro—, nada, de verdad, nada. —¿Entonces? ¡Siempre las mismas habladurías!— ¿Cómo? —¡Siempre la conspiración!— ¡La conspiración! —exclamó Josefina—. Sí, la conspiración, pero sé a qué atenerme. Lo veo claro, ciudadano director, confíe usted en mí: no es a mí a quien engañan. Si hubiera habido conspiración, desde el tiempo que hace que se habla de ello, se hubiera tenido la prueba en la plaza de la Revolución o en la explanada de Grenelle». A estas evocaciones el horror pareció grande, sobre todo en Josefina. El bueno de Gohier tranquilizó con una frase a la amable mujer: «El ministro habla como un hombre que conoce su trabajo; decir delante de nosotros estas cosas es demostrar que hay lugar para hacerla. Hasta lo mismo que el Gobierno, no se inquiete por esos rumores: duerma tranquila». El ministro de la Policía debió de divertirse mucho aquella tarde.

Barras, menos ciego, dudaba. Ese mismo día el propio ministro de la Policía había osado abordarlo, presentándose en su casa con Josefina Bonaparte, Réal y Talleyrand, los principales cómplices. Los cuatro pidieron al director que se asociara a la empresa. El objetivo de Barras era todavía el de la restauración de la monarquía. Dio una respuesta dilatoria. Fouché, desde entonces, poco dispuesto —según Hyde de Neuville— a unir indefinidamente su fortuna a la de un

político acabado, comprometido y, por añadidura, indeciso, se separó de él para siempre. Se volvió definitivamente hacia Sieyés, convertido desde entonces en jefe de la empresa con Roger Duas como cómplice. Gohier y Moulin se quedaron ignorantes, engañados y tranquilizados por la policía.

*

Se había llegado a las horas decisivas. El 17 de brumario, jornada de fiebre y de espera, se pasó, sin embargo, entre vacilaciones. Fouché no las comprendía. Ese día, el pálido profesor exhortó al vencedor de Rivoli a decidirse. El ministro del Directorio fue quien habló de golpe de Estado y el general —en quebrantamiento de destierro—, de «legalidad». El jefe de la Policía juró sostener la empresa: hizo una gestión suprema la tarde del 17. Fabre de Aude se cruzó con él en la antecámara de Bonaparte. Todo debió de resolverse en esa entrevista.

*

Al día siguiente por la mañana, el 18 de brumario, Fouché se encontraba todavía en la cama cuando dos de los «conspiradores», Arnault y Regnault, se presentaron en su casa, creyendo de buena fe asombrarle con sus noticias. El Consejo de los Ancianos acababa de decidir, siguiendo el deseo de los conspiradores, el traspaso de los Consejos a Saint-Cloud, y dar el mando de las tropas de París al general Bonaparte. Fouché fingió sorpresa, «deseoso —dice uno de los visitantes— de descartar las confidencias, reservándose así la facultad de servir a los felices y aplastar a los torpes». Formuló reservas y se puso en pie, declarando que era preciso prevenir al Directorio de este acontecimiento sorprendente. De hecho se dirigió al Luxemburgo, contando y representando allí su comedia con

estupefacción. Gohier, desengañado, lo recibió muy mal: «¿A qué raro acontecimiento se debe que un ministro del Directorio se vea transformado en mensajero del Consejo de los Ancianos?» «He creído —respondió fríamente el ministro— que era mi deber informarle de una revolución tan importante y venir a recibir sus órdenes». «Su deber —replicó agriamente el director— era el de prevenir esta revolución, que no es sin duda más que el preámbulo de los acuerdos en los conciliábulos que su policía no debía dejarle ignorar. Si el Directorio tiene órdenes que dar las dará a hombres dignos de su confianza». No se debía hablar nunca en ese tono a Fouché: Robespierre había pagado por ello; Napoleón, algunos años más tarde, tuvo la experiencia. Algunas horas después, habiendo firmado Barras su dimisión, Gohier y Moulin estaban prisioneros en el Luxemburgo.

Fouché parecía dispuesto a hacer todo con tal de lograr el éxito. Se necesitaba dinero: entregó audazmente —dicen— 900.000 libras, tomadas de las arcas de la Policía. Se necesitaba firmeza, hizo decir que velaría sobre París mientras se actuara en Saint-Cloud donde los *Quinientos* —se decía— estaban dispuestos a resistir.

De hecho quizá Fouché estaba menos seguro de lo que aparentaba. Se vio precisado a actuar de modo rudo e insidioso a la vez en los *Quinientos*, algunas semanas antes, para imponer a la Asamblea la derrota del partido jacobino. ¿De qué eran capaces estos hombres para defender la República amenazada? Era preciso, sin duda, un acto violento, pero las vacilaciones del general, ¿eran de buen augurio? Y Fouché tenía razón al temblar o, por lo menos, dudar, ya que era necesaria la osadía de Luciano, presidente de los *Quinientos*, la intervención más brutal de los dos futuros cuñados del general —Leclerc y Murat— para hacer triunfar al héroe de Italia. De flaquear estos tres hombres de acción —Luciano, Leclerc y Murat— fallaría el golpe de Estado y el general quizá sería puesto fuera de la ley. Y de haberse dirigido entonces a París, hubiera encontrado sin duda las puertas cerradas y a Fouché detrás, dispuesto a hacer pagar caro al dictador frustrado la culpa de su fracaso.

Fouché —el hecho era del dominio público— había tomado todas las precauciones. Su arma era de dos filos. Había prometido, de manera expresa, la mañana del 19, a Arnault y a Regnault «arrojar al río a quien se moviera en París», pero sin duda contaba con aplicar esta dura medida a la facción vencida, cualquiera que fuese. Ese 19 por la mañana el ministro de la Policía dio bruscamente orden de cerrar las puertas: el Gobierno, de mañana, estaba en Saint-Cloud; el de la víspera, prisionero en el Luxemburgo. Durante algunas horas el ministro fue dueño absoluto de la capital. Para tener tiempo de decidir y de actuar, ordenó una severa consigna: ningún mensajero, que no fuera de los suyos, podía franquear las puertas de París ni de un lado ni de otro. La propia familia Bonaparte ignoró durante todo el día lo que ocurría en Saint-Cloud. En caso de fracasar, Fouché daría el golpe de Estado por su cuenta, detendría probablemente juntos a generales y abogados, Gohier y Bonaparte, Sieyés y Barras, y establecería un nuevo Gobierno donde él hubiera tenido un puesto importante. El hecho fue tan conocido, que más tarde el emperador gastaba bromas gustosamente sobre esto a su ministro, sin encontrar en ello motivos de rencor o de desestima.

*

Incluso antes de que los nuevos cónsules provisionales, Bonaparte, Sieyés y Roger Ducos, se reunieran en el Luxemburgo, el ministro del Directorio derribado fingía considerarse en adelante del Consulado triunfante. Se impone, triunfa ruidosamente, parece el vencedor. El pueblo francés se entera de que ha cambiado de amo, pero la proclama no está firmada ni por Bonaparte ni por Sieyés. Es de Fouché: sería interesante conocer la que a todo evento debió de preparar durante la jornada contra los conspiradores vencidos. El 19 por la tarde, una nota destinada a sei leída en los teatros fue dirigida a sus administradores. Presentaba desde el principio la jornada como el día más favorable: «… El ministro de la Policía General

advierte a sus conciudadanos que los Consejos estaban reunidos en Saint-Cloud para deliberar sobre los intereses de la República y de la libertad, cuando el general Bonaparte, *habiendo entrado en el Consejo de los Quinientos para denunciar las maniobras revolucionarias*, estuvo a punto de perecer víctima de un asesinato. El Genio de la República ha salvado a este general…» La proclama, que apareció en el *Monitor* del día siguiente, trataba de cubrir con el mismo velo de legalidad la revolución de Saint-Cloud, victoria —se decía— de la República amenazada. «Ciudadanos —se leía también bajo la firma del ministro en el *Monitor* del 20—, la República estaba amenazada con una próxima disolución. El Cuerpo Legislativo acaba de sujetar la libertad en la pendiente del precipicio para colocarla sobre bases inconmovibles. *Que se tranquilicen los débiles, están con los fuertes*: que cada uno continúe con seguridad el curso de sus trabajos y de sus costumbres domésticas. Sólo deben temer y deben pararse los que producen inquietudes, ofuscan los espíritus y preparan el desorden. *Todas las medidas de represión están tomadas y aseguradas*: los instigadores de desórdenes, los que provoquen la influencia soberana, todos aquellos que puedan atentar contra la seguridad pública o privada serán apresados y entregados a la justicia».

Era Bonaparte quien mantuvo al hombre —y por efecto de su propia voluntad— en el *quai* Voltaire: Sieyés, desconfiando de Fouché, quiso apartarlo y expresó este deseo desde la primera reunión de los cónsules. ¡Desacertadas y fatales palabras! Era Sieyés, quien abandonado por Fouché, debía quedar en la estacada a los pocos días.

Es preciso hacer justicia al ministro que, desde el día siguiente de brumario, inauguraba esta política bienhechora y que no fue el último en aconsejar y a veces imponer a Bonaparte. El *Dieciocho de brumario* constituía, sin duda, un acontecimiento importante, pero que no cambiaba nada los planes de Fouché, puesto que ya realizaba uno.

Bajo Bonaparte, aún más que bajo Barras, el exjacobino se cuidaba de que los golpes asestados a la «anarquía» no redundasen en beneficio de la reacción. Al día siguiente del acontecimiento, su primer movimiento fue el de luchar en nombre de la libertad, del orden, del buen sentido y de los servicios prestados, contra toda posible reacción. Obedeciendo a una política que será constante en él, hizo detener a algunos oponentes destacados, dejó deportar a otros, pero sobre todo hizo que se liberara a muchos. Nunca se mostró mayor moderación después de una revolución. Se atribuyó la gloria de ello, osando recordar a los cónsules un año más tarde, que después de haber combatido una facción poderosa —la jacobina— «había *rehusado* (la palabra es para retenerla) proscribir a sus miembros, lo cual —añadía— hubiese sido un medio de hacer esa facción interesante y quizá levantarla».

Gracias a las circunstancias, el ministro aprovechó para cerrar los últimos clubs de provincias, reducir el número de periódicos y consumar en todas partes la ruina del partido «exagerado».

CAPÍTULO IX

POLÍTICA DE EQUILIBRIO

Fouché es quien anuncia a Francia la constitución definitiva del Consulado.—Lucha contra todas las formas de la reacción.—Pide la vuelta de los emigrados; recíproca situación sobre este asunto de Bonaparte y de Fouché.—Éste, al continuar aconsejando la vuelta de los emigrados, se hace mirar bien por los elementos de derechas, pero no persigue más que todas las altas tentativas de la contrarrevolución.—Hace fracasar las intrigas aspirando a hacer de Bonaparte el Monk de los Borbones.—Medidas de represión, pero con un espíritu conciliador.

El *Monitor* del 26 de frimario, año VII, publicaba una nueva proclama del ministro de la Policía General anunciando el voto de la Constitución y el advenimiento del Consulado definitivo: «Las pasiones revolucionarias —se leía allí— están encadenadas a un Gobierno fuerte y poderoso».

La palabra estaba considerada: puesto que las pasiones revolucionarias estaban «encadenadas», ya no había, a los ojos de Fouché, peligro a la izquierda, y era por un lado muy distinto por el que consideraba hacer prevalecer «la fuerza y la omnipotencia» del nuevo Gobierno.

El peligro no le ve el hombre más que a la derecha, y le ve doble: ensayo de restauración borbónica con el Gobierno establecido o tentativa de reacción en el seno mismo de ese Gobierno, contra las ideas, las instituciones y los hombres de la Revolución.

Su actitud en este aspecto permaneció constante. Haría fracasar todas las empresas del partido monárquico, ya se trate de intrigas con miras a hacer de Bonaparte el Monk con el que se sueña en torno de Luis XVIII en el exilio, o del despertar de la insurrección del Oeste y de las conspiraciones urdidas en París; libre de dar, por otra

parte, determinada satisfacción a los elementos de derechas encomiando y obteniendo el regreso, por amplias categorías, de los emigrados, aspirantes a volver en masa.

En verdad esta llamada incluso puede tener, a los ojos del ministro, un gran inconveniente: estas gentes, para parecer someterse —si no ridiculizar— al nuevo régimen, no renunciarán, ciertamente, a sus ideas contrarrevolucionarias; vendrán —hay 140.000 emigrados— a engrosar el partido que, *pareciendo* renunciar a restaurar al rey, trabajará para hacer prevalecer su concepción del régimen consular; ya que, al contrario de Fouché, mucha gente no ve peligro más que en «las pasiones revolucionarias» —tan «encadenadas» como éste las llama—, y se propondrán, así los Fontanes y los Roederer, adueñarse del primer cónsul para llevarle a reaccionar contra las ideas, contra las instituciones y contra los hombres de la Revolución a los que tienen horror.

Luchar contra toda reacción y bajo cualquier bandera que se presente: tal es y será siempre el principio de la política a la que Fouché parecerá sucumbir al cabo de tres años, pero que tras una corta desgracia, reemprenderá, acomodándose a las circunstancias, a la sombra de un trono restablecido. Mas para justificar esta política y hacerse necesario, se dedicará ante todo a hacerse un hombre de orden en un país que durante mucho tiempo quedará perturbado. También se impondrá a la opinión y, por medio de ella, al que ya se puede llamar el nuevo amo.

*

La obra primordial era la organización del Ministerio, hasta entonces sin crédito ni actividad, que los cónsules acababan de confiarle de nuevo.

En la época en que el Directorio le había llamado a la cabeza de esta Administración, en fecha bastante reciente, languidecía de

doble debilidad. Había tenido, desde el principio, contra la desconfianza del poder mismo y la violenta antipatía de la opinión. El Directorio, antes de la llegada de Fouché, tenía bajo su acción directa a la policía política y dejaba a las autoridades locales a la policía administrativa. Era preciso, realmente, *crear* el Ministerio de la Policía General.

La policía política era esa *policía secreta* que Fouché había recuperado, pero que era, para su nuevo jefe, el instrumento más peligroso. La peor preparada que pueda imaginarse, además de caótica no estaba encuadrada por ninguna organización seria.

Fouché había tenido tiempo —en los cinco meses que había pasado ya en el *quai* Voltaire— de percibir esta doble debilidad, y no cabe duda que meditó la reforma considerable que al día siguiente de brumario aportó a la organización de su departamento.

«Descartar de la policía las prevenciones desfavorables extendidas contra ella», tal era el artículo primero del programa. La empresa era osada. El ministro debió de comprobar «que si no hay nación que reconozca la gran utilidad de los servicios de la policía, que no la compra y que con frecuencia no paga a un precio muy alto, tampoco hay quien conceda mucha estima a la policía». «Parece —decía el ministro— que por el alto precio que pagan sus servicios hace penetrar por todo la indemnización de cierta desconsideración convenida». Era necesario, pues, convencer a los franceses de que «la policía no tenía otra finalidad que *el mantenimiento del orden social*», fórmula feliz, desarrollada desde entonces en todas las circunstancias. Le sacrificaba determinados agentes totalmente comprometidos. Las eliminaciones que dejaban sombra estaban destinadas a tranquilizar a la opinión, a restituir a la policía la «confianza y estima» y, siguiendo la osada expresión del ministro, «a hacerla amar incluso por la libertad».

Estos sentimientos, vehementemente expresados algunos meses después de brumario por Fouché, lo habían sido en una carta al primer cónsul: «la Policía, tal como yo la concibo —escribía el ministro— debe ser establecida para prevenir e impedir los delitos,

para contener y parar lo que las leyes no han previsto». Era «la policía de previsión» más que la policía de represión, la que consideraba hacer prevalecer.

Pretendía, sobre todo, que su policía estuviese antes que nada superiormente informada. Acababa de crear en el Ministerio una división especial de la policía secreta que fue y quedó confiada al célebre policía Desmarest. Reclutada en los más diversos medios y muy aumentada, especialmente en París, puesto que en el primer año de su Ministerio aumentaba —al decir de un «contra-agente» monárquico— en más de trescientos agentes. Pero éste era el ejército irregular de la policía: Fouché quería otro, regular, disciplinado, con una jerarquía organizada. La institución de la *prefectura de* policía del Sena (5 de brumario, año IX) le procuró los cuadros superiores de este ejército, y fundó la gran administración de le Policía General.

La oficina central se sustituyó por un solo hombre: el prefecto de policía. Sin duda la existencia de este magistrado, de este pequeño ministro de la Policía, podía parecer temible en las oficinas del *quai* Voltaire, pero Fouché contaba con suprimir a los de la calle de Jerusalén, la policía política, y descargarse simplemente sobre un funcionario, por lo demás, elegido por él, sobre la vigilancia «de las muchachas, de los ladrones y de los faroles». Los administradores departamentales, por otro lado, le parecían agentes bastante mediocres. Absorbidos en su tarea especial, no podían dar a la policía más que un tiempo restringido y, entregados a cierta condescendencia indulgente hacia sus administradores, eran de esta forma, para la vigilancia y la represión, agentes bastante débiles.

París y su provincia fueron, pues, sucesivamente, provistos de su policía.

El 17 de ventoso, año VIII (8 de marzo de 1800), apareció el decreto organizando la Policía. El nuevo magistrado fue colocado a las órdenes directas del ministro y estaba en comunicación con él.

Provisto París de una fuerte policía, la provincia tuvo que esperar un año su organización. Está claro que el sueño de Fouché era

quitarles enteramente a las administraciones locales la policía política. Hubiese hecho falta una administración independiente, jerarquizada, dependiente exclusivamente del Ministerio. ¿Fue el primer cónsul el que retrocedió ante el monstruo que se iba a concebir así? El mismo Fouché, ¿pensó que la situación, después de todo, tenía sus ventajas, ya que permitía al ministro de la Policía controlar el nombramiento de los prefectos, subprefectos y alcaldes, e inspirarles, en caso de necesidad? Sea como sea, la medida no fue radical: esos funcionarios conservaron la policía general de sus circunscripciones administrativas bajo control, dirección y aprobación del *quai* Voltaire. Pero parece que las ciudades importantes como Lyón, Toulouse o Estrasburgo; ciudades fronterizas como Niza, Perpiñán, Bayona, Ostende, Cologne, Maguncia, Ginebra; fuertes de mar y ciudades de costas, Tolón, Marsella, Burdeos, Rochefort, Paimboeuf, Lorient, Brest, Saint-Malo, Cherburgo, El Havre, Boulogne y Anvers, centros para vigilar especialmente, exigían una policía menos paternal y más independiente de otra jurisdicción.

Pareció oportuno crear en estas ciudades magistrados superiores de policía, dependientes, teóricamente, del prefecto del departamento, pero que en comunicación directa con el ministro de la Policía General y nombrados exclusivamente por él no eran, en realidad, sino sus representantes sagaces y activos.

Esta institución fue completada por la de los *comisarios especiales*, agentes menos regulares, a veces colocados por el ministro por circunstancias pasajeras, agentes más móviles y más personales todavía que los comisarios generales. El principal comisario especial fue el de Boulogne, colocado a la entrada del Estrecho, encargado de vigilar a los agentes del extranjero, los curas deportados, los emigrantes que regresaban de Inglaterra, los emisarios de los príncipes refugiados al otro lado de la Mancha, los contrabandistas y los barcos parlamentarios. Un decreto especial obligaba a todo francés que volviese de Inglaterra a desembarcar en Boulogne y a pasar así bajo la mirada del terrible magistrado de policía que, por añadidura, tenía la vigilancia de toda la costa, desde

Boulogne a Ostende. Se colocó en este lugar a uno de los más activos agentes del Ministerio, Mengaud, que Fouché llamaba, sonriendo, «su más corpulento dogo», y que se convirtió así en el centinela avanzado y bien colocado de este ejército de policía organizado desde ahora.

En realidad, el ejército así encuadrado fue la gendarmería. Con el nombre de *Ejército de la Policía* es como la designaba Fouché en su informe del año IX. Y ése era el gran pensamiento del reinado de Fouché bajo el Consulado: la dependencia reconocida oficialmente de la gendarmería al Ministerio de la Policía.

De este modo estaban colocados los cimientos de este terrible monumento de la policía general del Imperio, que en 1804 veremos construir a Fouché, de pies a cabeza, sobre recientes fundamentos. En espera de una extensión más grande todavía y de un empleo más general, la policía se convertía ya en una potencia. Desde 1801 Fouché se felicitaba de la actividad, de la vigilancia, de la marcha fácil y segura de su pequeño ejército. «Es posible, es verdad incluso —decía en un informe a los cónsules—, que algunos enemigos de nuestra libertad y de nuestras leyes se escondan todavía en Francia; pero no es cierto que actúen en muchos lugares con audacia y con impunidad. Sus movimientos, sus palabras, sus actos, sus más secretos designios, *todo está rodeado de miradas para penetrarlos y de brazos para detenerlos;* ningún medio de vigilancia le falta a la policía, y su amor por la patria los convierte en más numerosos, más rápidos y más infalibles». El ministro no hacía alarde, ya que en la misma época un «contra-agente» monárquico, tropezando en todas partes con obstáculos a los que la policía del Directorio no había acostumbrado a sus congéneres, escribía que la policía desde hacía algunos meses «se hacía con mucha más seguridad y actividad», y añadía: «Resulta casi imposible a un individuo muy señalado sustraerse a su vigilancia».

*

También es de creer que la sola reforma de la policía general no hubiera sido bastante para asegurar rápidamente al ministro la confianza del público, de no haberle visto servirse de este instrumento en una feliz oportunidad. Esa política moderada que el hombre propugnaba en sus circulares e informes —publicados en el *Monitor*—, la ha practicado de manera perceptible en sus actos. Así es como habiendo salvado al día siguiente de brumario de toda proscripción al partido «anarquista», ahora impotente, había puesto al instante en estudio un proyecto con miras a asegurar a las víctimas de una proscripción más real y que a la larga se había convertido en imposible de mantener. Quiero hablar de los *Emigrados*.

La actitud del ministro, antes que sus informes a los consulados hubiesen merecido los honores del *Monitor*, fue mal conocida durante mucho tiempo. Se ha afirmado, porque eso parecía verosímil, que las medidas ¿e clemencia procedían del «Consulado reparador», y que habían sido contrabatidas por el antiguo jacobino, su ministro. Nada resultaba más verosímil, en efecto y, sin embargo, nada era más contraria a la verdad.

Bonaparte, tan dispuesto como estaba a todas las reparaciones y a todas las reconciliaciones, al día siguiente de brumario era muy opuesto al regreso de los emigrantes. Había vivido en pleno campo, muy lejos de la política general, en Lombardía, en Oriente, en Siria y, en todas partes había tropezado con emigrados activamente hostiles a su antigua patria. No los quería; los despreciaba, hablaba de ellos con dureza. No resulta increíble que en los primeros años del Consulado hubiera podido encontrar peligrosa la idea que le presentaba su ministro, de una amnistía por amplias «categorías» que haría volver, si no en masa, al menos en considerables

fracciones, con el título y los derechos del francés, a los que él llamaba «esos malos ciudadanos, esos adversarios de su patria».

No tenía Fouché ninguno de tales sentimientos ni resentimientos. Hace mucho tiempo que Fouché de Nantes ha olvidado que él fue uno de los primeros proscritos: también él ha encontrado emigrantes en Italia, pero los ha empleado, los ha enrolado en calidad de espías contra los que fueron amigos suyos la víspera —los austríacos—, haciéndoles entrar por la puerta chica al servicio del país. Se percató allí del mal que estos proscritos amargados podían hacer a la patria y, por otra parte, la enorme facilidad que había para reconquistarlos. Convertido en ministro, lo encontró muy justo, habiéndolo visto muy de cerca. Los emigrantes, peligrosos en el exterior, no lo serían una vez que hubiesen vuelto más que si se renunciaba a vigilarlos muy estrechamente y a alejarlos de las funciones públicas. Se le vio, desde su llegada al Ministerio, acoger, apoyar o, en caso de necesidad, provocar las eliminaciones individuales. Los emigrados, animados por este proceder, reducidos casi todos a la miseria y al fastidio, dirigieron o hicieron presentar al ministro peticiones tras peticiones. Bajo esta invasión de solicitudes, Fouché sucumbe, grita gracias: «Todo cuanto hay en París —escribe— de senadores, legisladores, tribunos y generales, son ya otros tantos abogados diligentes con motivo de las solicitudes de esta naturaleza». Y siempre era al *quai* Voltaire donde iban a parar, finalmente, estos miles de solicitudes. «Llega hasta el punto —escribe— de que mi Ministerio no daría abasto, aun cuando no tuviera más que esta exclusiva tarea y aun cuando estuviese integrado por doble número de empleados». Hay más de 130.000 emigrados, y no hay uno de cada cinco que no solicite y no merezca la cancelación.

Entonces es cuando Fouché piensa establecer la aplicación de otro sistema: «hacer volver por categorías». Este sistema le gustaba: aliviaba la tarea del Ministerio, estaba de acuerdo con la justicia y no presentaba el peligro de esa amnistía general que sería resuelta más tarde, esta vez por Bonaparte. La amnistía general, no imponiendo a los emigrados que regresaban más que un juramento

de fidelidad bastante vago, introducía de golpe en la República, una gran afluencia de repatriados del Antiguo régimen que, por la generalidad misma de la medida con que se beneficiaban, se creerían dispensados de toda gratitud. La amnistía por categorías permitía, por el contrario, dividir a los que volvían, controlarlos, forzando a los emigrantes a hacer valer sus títulos. Así autorizaría al Gobierno —representado, naturalmente, por el ministro de la Policía, desde entonces más indispensable y más omnipotente que nunca— a ejercer sobre los repatriados una vigilancia activa.

En espera de hacer triunfar este sistema, el ministro mantenía su popularidad en el mundo aristocrático, acogiendo las solicitudes con más agrado que antes de brumario. A partir del 20 de brumario, la señora de Chatenay inició el ataque pidiendo que se eliminase de la lista el nombre de uno de los nobles de gran influencia, Casimiro de La Guiche. Fouché transmitió la solicitud al primer cónsul, quien la rechazó: maravillosa ocasión para el ministro de hacer valer su protección, su benevolencia, en contraste con la dureza del amo. Fouché, además, volvió a la carga y obtuvo el favor. La señora Chatenay y la señora Staël elevan peticiones tras peticiones. Gentes poco protegidas escriben directamente al ministro, al que no conocen, que accede siempre. El ametrallador de Lyón se convierte realmente en la providencia de la emigración. Se complace en este papel, que le vale una popularidad paradójica. También va hasta lograr soluciones. El 6 de frimario hace insertar en el *Monitor* una nota en este sentido: «Se dice que los cónsules han delegado en el ministro de la Policía el derecho de cancelación definitiva». De hecho tiene vara alta: es el inspirador y el supremo director de esta comisión de tres miembros que ha instalado en el *quai* Voltaire, en lugar de la «division de los emigrados», y cuyo miembro influyente es su secretario general de la Policía y su mejor amigo, Lombard Taradeau. Pero la misma popularidad que le vale a Fouché este interesante papel, le parece enseguida peligrosa al primer consul: el 8 de ventoso Bonaparte, desconfiado, le retira la bienhechora y amable prerrogativa de las cancelaciones, que es transferida al

ministro de Justicia. El ministro de la Policía, es cierto, queda sólo encargado de transmitir a su colega las peticiones de cancelación apoyándolas o combatiéndolas, prerrogativa todavía considerable. Por otro lado, se le otorga una gran influencia en la comisión creada en la misma fecha para examinar las reclamaciones anteriores al 4 de nivoso, año VII, puesto que los treinta miembros que la componen no son elegidos por el primer cónsul, sino por una lista de sesenta personas hecha por Fouché. En realidad éste continuaba siendo el dueño del terreno. Sin embargo, privado de las ventajas que le había procurado la prerrogativa de la que gozaba desde hacía meses, no veía más que otra razón para que se decidiera el sistema de hacer volver por categorías.

*

A partir de entonces se comprende qué extraño pero importante lugar ocupaba el hombre en las esperanzas y en las simpatías de la aristocracia. Los diputados y los periodistas «fructidorizados», por otra parte, volvían con el informe del ministro de la Policía. Estos repatriados mostraban abiertamente —a decir verdad— menos reconocimiento hacia el ministro, tanto más cuanto que sus opiniones y sus esperanzas desde un principio disentían de los intereses y, como consecuencia, de los *principios* de Fouché. Los recién llegados venían, en efecto, a reforzar el partido de la reacción. Alardeaban de una confianza muy ruidosa en Bonaparte, pero le atribuían tan pronto el papel de César como el de Monk. Mostrando de buena gana cara benévola a los emigrados y a sus amigos, Fouché se dedicó a destruir las esperanzas de dos facciones del partido reaccionario.

El 26 de fructidor, año VII, efectivamente, dirigía a los prefectos una circular muy larga —preparada desde hacía mucho tiempo— en la que arruinaba las ilusiones y desvelaba «la impostura» de los que por un motivo o por otro, «extendían el rumor de que el Gobierno

mismo preparaba un cambio en la forma del régimen». Protestaba enérgicamente contra semejantes rumores. «El Gobierno republicano» —afirmaba— no tenía más que un objeto: establecer el orden de modo duradero, para preservar mejor la libertad, y aprovechaba la ocasión para trazar a los cónsules un programa magnífico, excluyendo toda idea de despotismo y de reacción.

La circular apuntaba directamente a las tentativas hechas cerca de Bonaparte por ciertos agentes de los Borbones. Éstos parecían bastante dispuestos a creer que el primer cónsul iba a asumir el papel que no habían podido desempeñar ni Dumouriez, ni Pichegru, ni Barras. Es en esta época, en efecto, cuando Luis XVIII dirige a Bonaparte la extraña carta donde solicitaba el apoyo del general *Vendimiario*. Y la respuesta altiva del primer cónsul no pareció haber desconcertado las esperanzas de estos monárquicos ilusionados, ya que algunos meses más tarde trataron de engañar con artificios a aquél; primero por intermedio del agente monárquico, el abate de Montesquieu y del tercer cónsul Lebrun, seguidamente por la propia Josefina, sondeada por la duquesa de Guiche. Fouché no era hombre para admitir una restauración sin su ayuda. Ahora bien, no se atrevían, ni querían todavía abordarle sobre este punto. Aunque sin duda estuviese poco dispuesto a considerar el advenimiento de Luis XVIII, es de creer, sin embargo, que hubiese visto con ojos más favorables tales tentativas de haber sido, previamente, escogido como intermediario. Es lo que se deduce de sus conversaciones con la duquesa de Guiche. Cuando ésta llega a París, no hay más que un comentario alrededor suyo: sus gestiones no pueden ser coronadas por el éxito más que si conquista al ministro de la Policía, ya todopoderoso; le visita, pues. La recibe con cierta ligereza de tono, se informa de los príncipes, de lo que les rodea, se muestra severo para la corte en el exilio, llegando hasta a censurar a los Borbones *de no haberse mostrado bastante*, y la duquesa queda estupefacta —poco al corriente, como los mismos príncipes, de la asombrosa evolución del regicida— por el tono de protección altivo, un tanto zumbón, mas en suma, bastante cortés, con que habla de los

proyectos de restauración: «Si Bonaparte quisiera reponer en el trono a Luis XVIII, no podría hacerlo: *yo y él queriéndolo*, recuerde que eso es imposible». Y cuando la duquesa, a pesar de este juicio de doble sentido —que invita o amenaza— se empeña en quedarse en París, bruscamente, el ministro pone fin a toda intriga, notificando a la noble emisaria la orden de salir de Francia antes de dos días.

*

Es cierto que, en otro terreno, la acción del ministro pareció ejercerse en un sentido pacificador del que ciertos partidarios del trono no habían tenido, en suma, por qué quejarse, ya que la atención del ministro era solicitada por todas partes. La enorme multiplicidad de objetos que le ocupaban no estaba hecha, por lo demás, para desanimar un espíritu activo, un hombre de gran laboriosidad y de infinitos recursos. Mas estos objetos constituían los elementos de un mismo problema, complejo y complicado, que exigía en todo momento una conducta distinta, una política nueva, no permitiendo que en París y en Bretaña, en las Tullerías y en el *quai* Voltaire se aplicaran las mismas normas y las mismas prácticas y que, por lo tanto, exponía al ministro a incesantes y necesarios cambios de actitud. Pareció favorable a los elementos de derechas en el asunto de los emigrados, desfavorable en las tentativas de restauración. En el Oeste, y en el Sur iba a actuar con esa misma mezcla de firmeza y de moderación, de severidad y de benevolencia, que valdrán pronto al hombre su reputación de «Proteo político».

En el momento en que Fouché había sido llamado al poder por la confianza del Directorio, había encontrado el Oeste de nuevo en armas. La época de las guerras heroicas había pasado, ciertamente, pero la lucha había vuelto a empezar en la Landa y el cáncer, detenido un momento, volvía a extenderse, gangrenando la llaga siempre palpitante en las entrañas de Francia. Se veían bandas que

se arriesgaban hasta Touraine. Golpes de audacia sembraban el terror y la desmoralización. El 28 de vendimiario, año VIII, Châtillon sorprendió a Nantes y había puesto allí en libertad a quince prisioneros monárquicos. Otros chuanes habían sido, por un momento, dueños de Redon —en la noche del 4 al 5 de brumario— y Bourmont había ocupado, durante tres días, Mans.

Ministro del Directorio, Fouché había enfocado seriamente la situación, pero se había contentado generalmente —lo hemos visto más arriba— en paralizar con intrigas ocultas los esfuerzos de los Bourmont y de los Georges Cadoudal, para resucitar la gran Vendée. Habiendo minado la insurrección dentro, había obtenido del Directorio el envío del general Hédouville al Oeste, donde por mediación de la señora Turpin de Crissé, había iniciado inmediatamente activas negociaciones con los jefes. Ésta no disimuló al general republicano que la odiosa ley de rehenes sólo había provocado la vuelta de las armas. Hédouville debió de hacerse eco de esta protesta cerca del ministro, pues desde el 22 de brumario, Fouché dirigía a los cónsules provisionales un informe de pacificación, reclamando la abolición de esa ley única, «pretexto —escribía— de todas las discordias civiles que cubren los departamentos del Oeste… convertido en instrumento de odio y de venganza». Y el exprocónsul de Nantes, que en marzo de 1793 había inaugurado en la Vendée las medidas draconianas, no encontraba términos bastante enérgicos para infamar esta ley «engendrada por las pasiones» que, si tuviera una duración más larga, «haría retroceder la civilización en varios siglos». No hay —añadía el ministro— «más que una razón fuerte y esclarecida que pueda reparar los males que ha producido»: quitar a los rebeldes su principal pretexto o su motivo más importante de rebelión y colocar el derecho del lado del Gobierno. Hecho esto, el ministro, que no se dejaba ganar nunca exclusivamente por un sistema, había escrito a Hédouville que actuara con energía. Éste acaba de reunirse de nuevo con la señora Turpin de Crissé y con el abate Bemier. El abate, enviado a París en nombre de los rebeldes, vio al ministro de la

Policía y no salió del *quai* Voltaire, lo mismo que de las Tullerías, más que con la firme resolución de asegurar la pacificación. En esa época un jefe importante se dejó conquistar. Éste, Bourmont, no era de la raza heroica de los Cathelineau y de los Georges. Se había sometido el 4 de pluvioso, fue a París, vio a Fouché y se convirtió en manos del ministro, en un aliado poco seguro, peligroso, pero a veces útil. Fouché lo empleó en el Oeste, encargado de una misión que quedó en el misterio, la cual cumplió al parecer con una rara duplicidad, pero que, en resumidas cuentas, desembocó en la paralización de los últimos esfuerzos de los amotinados jefes de la Vendée. Acosado, amenazado, teniendo a sus espaldas los espías y los sicarios de Fouché, Georges se decidió rabiosamente a abandonar Francia. El Oeste estaba sometido: es cierto que la política paciente del ministro de la Policía, hecha de negociaciones perseverantes, contribuyó no poco a ello, ya que en su informe a los cónsules, bien colocadas para dejar constancia, no teme atribuirse el mérito de las mismas. Había ganado con un éxito más y una preocupación menos un brote de estima por parte de los mismos vencidos que, en la política pacificadora de Fouché, veían a veces un motivo de vagas esperanzas. Quizá en ventoso, año VIII, Bourmont se vanagloriase, en Bretaña de haber conquistado a Fouché en el mismo momento en que Fouché se felicitaba en las Tullerías de haber ganado al chuán.

El Sur causaba menos inquietudes; sin embargo, Fouché consideró un deber ocuparse de él. El movimiento más pequeño podía adquirir de pronto un carácter violento en un país donde, siguiendo una expresión profética del ministro, «las acciones y las reacciones eran —gracias a un clima más ardiente— más terribles que en cualquier otra región». Allí no había jefe que ganar, ni ejército que disolver, pero sí un bandidaje incesante, sembrando el terror y manteniendo la anarquía. El general Férino recibió la misión de concurrir con los prefectos del Sur al restablecimiento del orden.

Así, eran medidas generales que exigía la inmensa extensión que, desde hacía varios años, había alcanzado el bandidaje en todas las regiones, fruto de la guerra civil y extranjera. En el Rin y el Mosa,

como en el valle del Garona y en las riberas del Ródano como en la Vendée, en Bretaña y Normandía y hasta en Turena, en cuarenta y seis departamentos, al decir del ministro de la Policía, las bandas devastaron las propiedades de los adquirentes de bienes nacionales, hacían pillaje en las casas, *calentaban* a los propietarios, asaltaban las diligencias, robaban las cajas públicas, la mayoría de las veces en nombre del rey Luis XVIII y de la santa causa. El ministro inició desde los primeros meses del año VIII, contra esas bandas, una lucha que cada día con más éxito debió continuar, sin embargo, durante todo el Imperio y no acabar nunca del todo. En el momento en que Fouché abandonó el Ministerio aún continuaba el bandidaje, pero parecía haber perdido carácter político.

Semejantes servicios convertían al antiguo procónsul en un hombre preciado, no sólo para el jefe del Gobierno, sino para todo el país. Era la primera parte de su tarea cumplida: su colaboración a la inmensa obra de pacificación y reorganización. Todavía vamos a verle desempeñar otro papel en medio de miles de intrigas de las que París era el escenario.

CAPÍTULO X

CONTRA LA REACCIÓN

Peligros que ofrece la participación del Oeste. Fouché tranquiliza con este motivo a los adquirentes de bienes nacionales. Adopta una actitud mucho más hostil hacia los emigrados y los monárquicos.—La «agencia inglesa» de París. Fouché se acerca a los jacobinos por miedo a la reacción. El partido reaccionario muy hostil a Fouché.—Señalado favor de Fouché cerca de Bonaparte. Su papel incierto durante la campaña de Marengo. Bonaparte permanece desconfiado.—Primeras relaciones de Fouché con el clero: Fouché practica severamente la política de neutralidad. Protege al clero constitucional. Lucha contra los primeros proyectos del Concordato.—El partido reaccionario redobla desde entonces sus ataques.—Fouché protege a los republicanos, por otra parte maneja un sector de elementos de derechas volviendo a adoptar, en la cuestión de los emigrados, una actitud pacificadora.—La lucha se establece entre Fouché y Luciano Bonaparte. Fouché vence a Luciano y le hace caer en desgracia.—El partido hostil continúa la lucha. La «máquina infernal». Desencadenamiento contra Fouché y sus amigos. El ministro desafía la tormenta y sale victorioso de esta prueba.—Continúa luchando contra la política de unión de la Iglesia romana. Terminado el Concordato se muestra extremadamente riguroso hacia el nuevo clero.—En otro terreno practica una política conciliadora: provoca la amnistía de los emigrados. Pero vela porque el espíritu de la Revolución no padezca en absoluto por ello.

Las provincias en otro tiempo rebeldes parecían pacificadas y, en este dominio, todo movimiento serio se hacía imposible al partido monárquico. Pero era probable —a juicio de Fouché— que, decepcionado por esa pane, el partido se volviera hacia otras esperanzas: la reconquista de Francia por un regreso en masa y sin control de la antigua aristocracia o la reconquista del poder por un atentado preparado en París mismo por los agentes del rey. El ministro percibe claramente los dos peligros y pretende conjurarlos. Está visto que en los últimos meses del año VIII Fouché acentúa su

política contra los monárquicos, a riesgo de parecer desmentirse en otro campo. Quiero hablar de la eterna cuestión de la llamada a los emigrados.

Si en el transcurso del año VIII, en determinadas circunstancias, les había hecho entrever alguna esperanza, no había sido nunca sin reservas formales y constantes. En cuanto a los emigrados ya vueltos, desde mesídor, año VIII, se había acordado la vigilancia de su conducta y, particularmente en lo que concierne a toda reivindicación sobre los bienes confiscados, ejercía esta vigilancia con el rigor más extremado.

Así, este rigor —y el que mostraba el primer cónsul— estaban justificados por el descubrimiento de una conspiración monárquica tramada en París mismo por ese grupo de facciosos calificado más tarde por Fouché de «agencia inglesa». No será denunciada por Fouché más que en pluvioso, año VIII, pero desde hacía algunas semanas el ministro ya había cogido más de un hilo. Nominalmente, «la agencia» estaba dirigida por el caballero de Coigny, representante oficial de Luis XVIII, pero el hombre de acción era cierto «caballero Joubert». Su proyecto consistía en raptar a Bonaparte, de camino a la Malmaison, y de acabar con él, lo que en las cartas que fueron cogidas estaba calificado de «golpe esencial»: un grupo de hombres diestros en armas, «el pequeño ejército», suprimiría al primer cónsul, y Hyde de Neuville trataría de provocar un cambio de Gobierno en favor del rey. Hyde de Neuville estaba en Inglaterra; el ministro esperaba su regreso, para el gran golpe. En floreal, Fouché, dispuesto a atacar a las derechas, denunció el complot en un informe publicado en el *Monitor* del día 15, e hizo arrestar al caballero de Coigny y al caballero Joubert, fusilado poco después. El examen de los papeles de la «agencia» confirmó un plan contrarrevolucionario: los «príncipes» debían desembarcar en las costas; se contaba con que se les podía entregar Brest; Bonaparte sería «raptado» el mismo día y serían enviados correos a toda Francia para dar a conocer las proclamas de Luis XVIII. También fueron tomadas las medidas más rigurosas.

Por otra parte, Fouché parecía más dispuesto que nunca a desempeñar el papel de los protectores en el poder del partido «republicano», «anarquista», decía el primer cónsul poco dispuesto a tratar a éste con miramientos.

Tal favor, virtualmente concedido a los jacobinos intransigentes, cuyas causas secretas escapaban al mundo político (se estaba en la primavera de 1800 y el asunto de la «agencia inglesa» sólo era conocido por Fouché) exasperaba al partido de la reacción que, desde hacía algunas semanas, encontraba decididamente tan molesta como odiosa la personalidad del «regicida». Este partido se había agrupado, a falta de otro mejor, detrás de Luciano Bonaparte, entonces ministro del Interior, quien en tal época instaba a su hermano a la dictadura vitalicia, única garantía —decía de buena gana— de la estabilidad y, como consecuencia, de la eficacia de las instituciones consulares. Con la idea de que la organización de un Consulado vitalicio llevaría al vencedor de Rívoli hacia una restauración más completa del orden y quizá hacia una reacción más pronunciada, la camarilla había ajustado su conducta a la de Luciano, quien percatado enseguida de su influencia entró en franca hostilidad con el ministro de la Policía, adversario, desde esta época, de una dictadura vitalicia y de todo cambio en las instituciones. Esperaba que Bonaparte, que se preparaba para marchar a Italia contra los austríacos, se desembarazaría antes de un consejero comprometedor que, además, por ciertos indicios, parecía no gozar ya de su plena confianza. Por todo esto Fouché, algunos días antes de la marcha del jefe del Gobierno, creyó deber descubrir oficialmente la conspiración que tenía en reserva desde hacía semanas. En su informe tuvo cuidado de hacer resaltar la importancia del complot así abortado y del servicio que él había prestado al Estado, a la República y al primer cónsul, personalmente amenazado.

Bonaparte, además, pensaba poco en desembarazarse de él. Estimaba sus trabajos y su talento, desconfiando, sin ocultarlo, de

sus intrigas. Incluso esta desconfianza pareció desvanecerse ante el descubrimiento del complot monárquico.

La confianza del cónsul en esta época hasta pareció aumentar singularmente hacia el hombre que al marcharse —6 de mayo de 1800— dejaba al mando de la Policía General. De ello se tiene una prueba suficiente en las cartas que, desde su cuartel general, expedía a su ministro. El 14 de floreal le felicitaba calurosamente por las medidas que había tomado para mantener la tranquilidad en la gran ciudad: «Mi reconocimiento por todos los servicios que ha prestado usted a la República, ha sido todavía aumentado por el descubrimiento del comité inglés», escribía el jefe del Gobierno. Y algunos días después, enterado de la campaña que el partido reaccionario realizaba contra el ministro: *«La respuesta a todas las intrigas, a todas las cúbalas, a todas las denuncias, será siempre ésta: que durante el mes que estaré ausente, París estará perfectamente tranquilo. Después de tales servicios, se está por encima de la calumnia y para mí esta prueba no era necesaria y no puede añadir nada a la confianza absoluta que tengo en usted».*

¿Qué hacer contra un ministro que recibía y no guardaba por cierto en la cartera semejantes testimonios de satisfacción? Los adversarios parecieron desanimados. Tal era la situación de este hombre, hace poco tiempo comprometido a los ojos de todos los partidos por odiosos recuerdos o traiciones recientes, que aparecía ahora para unos como la única garantía del espíritu republicano; para otros, como el más preciado sostén del Gobierno consular; para todos, en caso de que se produjera algún acontecimiento, como el árbitro necesario de todos los partidos. En realidad no engañaba a nadie. Su adhesión al primer cónsul era real, pero subordinada a las circunstancias. Los últimos acontecimientos le habían dado una idea bastante justa del partido monárquico, si no de su fuerza: pensaba que el régimen no valía si no por el hombre, y el hombre mismo por los éxitos de que estaba aureolado. Vivo, pero vencido (los mejores generales de la República se habían dejado derrotar en Italia), Bonaparte, empequeñecido, no tendría ya ni el prestigio necesario,

ni las fuerzas para desempeñar el papel al que se le destinaba. Su sucesión quedaría eventualmente abierta. Desde el año VIII Fouché consideró estas dos hipótesis como lo hará más tarde en la víspera de cada campaña, la de Austerlitz, Jena, Eylau, Somosierra, Wagram y Moscú. Añadamos que no era el único en juzgar de esa manera la situación. Más de un hombre político pensaba lo mismo y, en la primavera de 1800, cada partido esperaba con impaciencia las noticias de Italia, donde era inminente la batalla, y todos se apresuraban, si había sido perdida, a instalarse en las Tullerías.

Así estaban las cosas, cuando el 20 de junio llegaron dos correos anunciando que el 14 de junio el primer cónsul había sido vencido en las llanuras de Marengo y estaba de retirada. La partida estaba perdida.

No está nada claro cuáles fueron realmente los proyectos de Fouché y cuál su papel en estas circunstancias. No hay capítulo en la vida de Fouché que sea más oscuro. Se ha dicho que mientras el mismo José Bonaparte trataba de asociarse a La Fayette y Carnot, Fouché había preparado la formación de un segundo triunvirato con Talleyrand y el senador Clement de Ris.

Al día siguiente se supo que perdida hasta las cinco, la batalla había sido finalmente ganada, y que Napoleón, vencedor, era dueño de Lombardía. Se le volvió a ver dos semanas después. Apareció sombrío e irritado y, aunque tomó a Carnot como cabeza de turco, pareció muy desconfiado en relación a la conducta de Fouché. Éste se disculpó, mas no pudo obtener la vuelta completa a esa confianza absoluta que, algunas semanas antes, le prodigaba en sus testimonios Bonaparte.

*

Desde entonces los adversarios del ministro volvieron a levantar la cabeza y la lucha se entabló entre «el hombre de los jacobinos» y la facción reaccionaria agrupada en torno a Luciano. La querella se

hacía tanto más agria cuanto que se complicaba, en ese momento, con discusiones sobre política religiosa, donde Fouché había tomado una posición bastante clara.

Desde brumario se encontraba en relaciones bastante cordiales con el clero constitucional, hacía poco tan violentamente perseguido por él en Nevers y Moulins. Fouché, poco favorable al restablecimiento del «culto romano», que parecía hostil a la República, se encontraba así más cercano a los amigos del abate Gregoire. El Concordato con Roma era uno de los artículos del programa de reacción, y el ministro juzgaba útil asegurar el apoyo de los adversarios naturales del «papismo», los miembros del clero constitucional. Con un estilo muy conciliador, como al día siguiente de brumario, el exoratoriano había dirigido a los obispos de la Iglesia disidente una circular que produjo gran sensación.

Toda su benevolencia se dirigía, en efecto, a los amigos de Gregoire que no dudaba en proteger siempre muy eficazmente contra sus competidores, quienes se negaban a prestar juramento a la constitución civil del clero, y siguiendo la expresión del obispo de Ille-et-Vilaine, Le Coz, «enardeciendo así al clero constitucional hacia su declive». Gracias a estas circunstancias, el antiguo agente de la Razón aparecía, desde finales del año VIII, como el protector de «la iglesia de la Revolución» contra los partidarios de la vuelta a la Iglesia romana.

Esta actitud sobreexcitaba vivamente el odio del partido reaccionario contra el ministro: ciertos publicistas católicos, como el abate de Boulogne, convertido desde entonces en el adversario constante de Fouché, unían sus esfuerzos a los de Luciano y Roederer para impeler al primer cónsul a desembarazarse de ese jacobino impenitente.

En los primeros días de octubre se había denunciado en las Tullerías un complot republicano. ¿Era real el complot? Fouché lo negó siempre. Algunas vagas amenazas vagamente explotadas, algunos rencores quizá exasperados por los agentes provocadores de la policía particular de Bonaparte; he aquí lo que constituía esta

«conspiración Arena-Ceracchi» de la que la exasperación de Bonaparte fue un acontecimiento. Éste, efectivamente, fue prevenido: creyó coger a su ministro en flagrante delito de negligencia. Fouché se encogía de hombros: conocía desde hacía mucho este *complot*, pero en vista de que se quería uno, se tenía uno. La policía hizo caer en una trampa a los infelices que el 19 de vendimiario (10 de octubre) fueron cogidos en la Ópera llevando puñales. Eran republicanos necesitados y amargados: el pintor Topino Lebrun, Arena, Ceracchi y Demerville, antiguo oficinista del *Comité de Salud Pública*. Se hizo mucho ruido con este complot. Bonaparte se dejó llevar, sinceramente o no, contra los «repatriados de septiembre», quiso que se les considerara como partido peligroso. Fouché, no habiendo podido impedir este alboroto, en un informe al *Monitor* se atribuyó tranquilamente el mérito de un descubrimiento, en el fondo dirigido contra él (4 de brumario, 24 de octubre), recordando hábilmente, a propósito de tal complot republicano, las intrigas recientemente reprimidas de la agencia anglomonárquica, que de otro modo podía resultar peligrosa. Algunas semanas después del descalabro del complot Arena, Fouché descubrió uno más serio, atribuido por él mismo a los republicanos: el jacobino Chevalier fue detenido el 18 de brumario, año IX (8 de noviembre) en el momento en que fabricaba una máquina infernal. Esta vez el mérito del descubrimiento recaía sobre el ministro, que creyó tener que dar con ello una prueba, no sólo de su vigilancia, sino también de su independencia frente a todo partido.

Por lo demás, continuaba protestando que todo eso no era nada, que jamás la República había estado más tranquila, alabando especialmente durante vendimiario y brumario, año IX, por medio de notas en el *Monitor*, la perfecta tranquilidad de Bretaña, la Vendée, Burdeos y el Sur. Y de hecho, hasta nueva orden, el partido monárquico parecía decididamente aniquilado o apaciguado. Fouché, siempre atento a seguir —de lejos o de cerca— los movimientos de la opinión, entonces más favorables a los elementos de derechas, pareció volver a la política de sus primeros meses de ministerio. El 5

de brumario, año IX, acababa de crear los comisarios generales de policía y, esta institución, completando la organización de la policía general, podía admitir decididamente el regreso de los emigrados, satisfacción desde ahora sin peligro para la gente y para la política. Las peticiones de cancelación continuaban afluyendo: el ministro de la Policía había sido en vano descargado de la pesada prerrogativa de acogerlos o rechazarlos; era siempre a Fouché y a sus empleados a quienes se dirigían. Por otra parte, la vuelta de los emigrados, mal organizada, mal vigilada, daba origen a abusos; algunos empleados entregaban, mediando dinero, falsas actas de cancelación. El 16 de brumario el ministro señaló el hecho: había que acabar con ello, disminuir de manera considerable esta fantástica lista, reparar los errores, corregir las injusticias y crear, por fin, amplias «categorías» —era su idea de siempre— que permitiesen hacer volver legalmente a los que estuvieran allí incluidos y cerrar regularmente a los demás las puertas del país… hasta una nueva amnistía parcial.

Fouché, en su nuevo informe, examinaba y exponía la situación con una nitidez absoluta. La lista de emigrados, tal como estaba impresa, presentaba una nómina de 145.000 individuos: había sido formada de listas parciales, confeccionadas por las autoridades locales. El ministro señalaba las categorías de los ciudadanos cuyo simple buen sentido y equidad exigían la cancelación: los representantes, herederos e hijos de los emigrados incluidos de un modo absurdo en la ley de proscripción, los artesanos y agricultores, gentes engañadas, extraviadas, pero no pudiendo ser considerados como verdaderos emigrados; las mujeres que tenían marido en el momento de la emigración, los emigrados comprendidos en la capitulación de Malta, gentes tildadas por las administraciones locales y por la comisión instituida a este efecto. Por fin, otras dos categorías de personas inscritas por una anomalía monstruosa: los sacerdotes deportados por efecto de las leyes revolucionarias y las desgraciadas víctimas de los tribunales revolucionarios, de los que se rehabilitaría la memoria, y cuyos bienes serían restituidos a los herederos.

Nada más luminoso, más ponderado, más humano que el largo informe del que damos aquí un resumen bastante árido. Así les pareció a los cónsules, que adoptaron por fin un decreto en el sentido deseado. Fouché, durante todo el año IX, hizo retocar la lista oficial, en la que 3.173 nombres fueron borrados. Estas circunstancias parecían prestarle el apoyo de ciertos grupos de los que tenía mucha necesidad, ya que la lucha se había entablado decididamente entre él y Luciano.

*

Desde brumario, Luciano y Fouché se habían encontrado frente a frente, y la lucha empezó tan viva desde el comienzo que, en enero de 1800, se decía: «La escisión entre el ministro del Interior y el de Policía llega a su último grado de fuerza». El agente del que tomamos este detalle, añadía el 30 de enero: «Luciano hace humanamente todo lo que depende de él para aniquilar en el espíritu de su hermano el ascendiente que Fouché ha sabido granjearse». Al acecho de esta querella, todos los adversarios de Fouché se habían agrupado en torno a Luciano. Era esta camarilla, siempre dispuesta a atacar al ministro de Policía, a quien Fouché buscaba desde hacía algunos meses para sentar la mano a su jefe, cuando se le presentó la ocasión al final del año 1800.

En esta época, la última «conspiración jacobina» de Arena y de Ceracchi había dado lugar a una agitación muy viva en favor del primer cónsul, cuya vida —se decía— había estado en peligro. Y esta agitación pareció una ocasión excelente a la camarilla cesariana para levantar todo lo que era, desde hacía un año, la finalidad de los esfuerzos: el título y las atribuciones de *cónsul vitalicio* en favor de Bonaparte. Éste, dudando si meterse en la aventura, fue casi obligado. Entonces, en noviembre de 1800, fue cuando apareció el famoso *Paralelo entre César, Cromwell, Monk y Bonaparte*. Este folleto estaba redactado por Fontanes, el escritor de la camarilla

reaccionaria, pero directamente inspirado por Luciano Bonaparte. El primer cónsul era exaltado y comparado al único César. El ministro del Interior, inspirador de lo que Fouché debía llamar un peligroso panfleto, hizo por añadidura mandar paquetes a cada prefecto. La tentativa era prematura, la impresión que produjo fue mala. De un vistazo el ministro había calculado el alcance y las posibles consecuencias. Aunque supo que el folleto había sido sometido al primer cónsul, no lo dudó, hizo recoger los paquetes que quedaban en París y se fue a las Tullerías. Fontanes y Luciano esperaban allí a que se despertara Bonaparte. El ministro de la Policía, usando de la prerrogativa que le había sido otorgada, entró antes que ellos en la habitación del jefe del Gobierno y le pintó en términos enérgicos el mal que iba a hacer el *panfleto* y la reacción demagógica que iba a desencadenar, de no ser desmentido a tiempo. Después de haber obtenido del primer cónsul esta retractación se retiró. Cuando se cruzó con Luciano en la antecámara creyó poderle informar de su gestión. Se produjo allí una escena violenta entre los dos ministros. Aquella misma tarde, aprovechándose de su victoria, el ministro de la Policía dirigió a los prefectos una circular corta y despectiva: «Les encargo, prefectos, que paren la distribución de un panfleto que tiene por título: *Paralelo entre Bonaparte, César, Cromwéll y Monk. Sé* que les han mandado gran cantidad y que los autores de esta producción han pretendido, al enviárselo a ustedes, convertirlos en distribuidores. Júzguenlo como se merece, *como fruto de una intriga».* Dirigida a los propios subordinados del Ministerio del Interior, esta carta le llenaba de un descrédito irremediable. Luciano se hacía imposible. Josefina y Moreau fueron empleados para acabar en el ánimo del primer cónsul con el malhadado inspirador del *Paralelo* que, al día siguiente, abandonó el Ministerio y Francia para ir a la Embajada de Madrid. Fouché había vencido.

Pero la desgracia de Luciano, si bien había desembarazado a Fouché de un peligroso colega, no había hecho sino excitar a la camarilla para preparar un desquite, del que la siempre difícil situación del ministro de Policía debía darles un pretexto seguro

cuando se presentase la ocasión. Éste les fue dado mucho antes de lo que se esperaba.

*

Luciano había abandonado el Ministerio a finales de brumario, año IX. Ahora bien, cinco semanas después, el 3 de nivoso, el primer cónsul fue objeto de uno de los atentados más formidables que hasta entonces se hubiesen perpetrado contra un soberano: la célebre máquina infernal de la calle de San Nícasio. El 3 de nivoso (24 de diciembre de 1800), en el que el jefe del Gobierno, dirigiéndose a la Ópera, pasaba por la calle de San Nicasio, se produjo una tremenda explosión. Era una máquina infernal que acababa de estallar, unos segundos demasiado tarde para alcanzar el objetivo que se había propuesto, ya que mientras la carroza del primer cónsul se encontraba medio destrozada y las personas de su séquito o los simples viandantes caían muertos o moribundos, el jefe del Estado se encontraba sano y salvo. Apareció en la Ópera y luego, casi enseguida, volvió a las Tullerías, donde encontró a Fouché en muy mala posición.

Éste se había personado en el lugar de los hechos, después se trasladó al castillo, donde fue recibido por todos peor que fríamente: se alzaba contra él un grito de indignación general que reforzaban sus adversarios de la víspera y sus enemigos personales. El atentado era —gritaban— obra de los jacobinos, no podía dudarse. Se veía claramente allí su mano, puesto que, pocas semanas antes, el jacobino Chevalier fue sorprendido fabricando una máquina análoga. Esto, además, no tenía nada de extraño; sus gentes estaban protegidas, sostenidas, faltó poco para que dijeran impulsadas por su correligionario político, el ministro de la Policía. Era preciso castigar severamente a esos miserables, pero debían ante todo, desembarazarse del peligroso ministro quien, encargado de vigilarlos, los protegía y los excitaba. Bonaparte llegó exaltado por la

calma que se había impuesto en la Ópera. Entonces tuvo lugar una escena muy violenta: el primer cónsul acusó del atentado en términos formales, violentos, exasperados, a los jacobinos, se volcó sobre ellos con amenazas violentas y, como algunos amigos de Fouché —ya que él permanecía silencioso y frío— trataron de insinuar, en medio de la reprobación general, que se trataba quizá de un golpe de los chuanes, Bonaparte gritó: «No me van a engañar; no hay aquí ni chuanes ni emigrados, ni nobles de antes ni curas de antes. Conozco a los autores, sabré muy bien cogerlos e infligirles un castigo ejemplar». Toda la noche se dio como cierta la destitución de Fouché. Al día siguiente, en presencia de los organismos superiores que habían acudido a felicitar al cónsul, a los dos días en el Consejo de Estado al que se le pedía una ley de deportación contra los antiguos terroristas, el primer cónsul se dejó llevar de nuevo por las violentas salidas contra «los repatriados de septiembre» y, ante los titubeos de los juristas del Consejo que, sin embargo, participaban en gran parte de su opinión, ante la valerosa resistencia del almirante Truquet, declaró una vez más que le querían engañar, hacer atacar a inofensivos monárquicos. «¡Que no había más amenazadores que los septembristas!»

La situación de Fouché parecía no tener salida. Era atacado con pasión; Bonaparte, que no decía ni una palabra de él en público, desistía en la pequeña reunión de esta reserva, haciéndole responsable de los crímenes de los jacobinos. «¿No ha sido uno de sus jefes? ¿Ignoro yo acaso lo que hizo en Lyón y en el Loira (sic)? Pues bien, son el Loira y Lyón quienes me explican la conducta de Fouché». En las Tullerías, en el Consejo de Estado, cortesanos, ministros, altos funcionarios acusaban violentamente a Fouché. Sus enemigos se quitaban *Û* máscara: Roederer, gritó: «¡Me declaro oficialmente enemigo de Fouché! Son sus conexiones con los terroristas, los miramientos que tiene siempre para con ellos y los empleos que les ha dado los que les han alentado a cometer este atentado». Y el 6, en la segunda sesión del Consejo de Estado, deliberando sobre la ley de sospechosos que se exigía de él, se vio al

mismo Roederer tratar de hacer firmar a sus colegas una declaración en la que, atribuyendo a la política de Fouché el atentado del día 3, se hubiera solicitado al primer cónsul la destitución del ministro.

En medio de la emoción general, el hombre permanecía con una calma que asombraba a sus adversarios. Su situación era terriblemente falsa: no se le consultaba, apenas si se le advertía de las reuniones del Consejo; hablaban delante de él de sus responsabilidades, de sus culpas, de su caída inminente. Fouché, a veces sonreía malicioso y despectivo. Dejaba a algunos amigos la tarea de defenderle; Josefina lo hacía con ardor, casi sola, por lo demás. Otros le instaban a disculparse, a renegar de los jacobinos. Pensaba en otra cosa muy distinta: «Dejad que digan… No puedo comprometer la seguridad del Estado…, hablaré cuando sea tiempo…, reirá quien ría el último».

*

De hecho había una cosa cierta para él, y es que esos famosos jacobinos, objeto de tantas cóleras, no estaban metidos para nada en el atentado. Los monárquicos solos habían dado el golpe.

A continuación del descalabro completo del comité inglés, en octubre de 1800, Georges había lanzado a Francia sus más audaces sicarios; eran Limoélan, Carbon y Saint-Régent. Fouché no había sido negligente: apenas desembarcados esos dos chuanes se les había seguido, vigilado, pero de repente fueron perdidos de vista por la torpeza de dos agentes. Entonces habían preparado y ejecutado el golpe de la calle de San Nicasio y se escondían en París. Fouché estaba tan seguro de su presencia que, el 13 de nivoso se los señaló a Dubois. Para el ministro no había sombra de duda: Saint-Régent preparaba su golpe desde noviembre, era él quien lo había hecho. Pero ¿cómo contradecir a sus adversarios y convencerles del error sin dar muchos nombres, y cómo descubrirlos sin alertar a los culpables? Esto explica el misterioso lenguaje que dejaba oír Fouché

cuando se decidía a hablar. Para él todo se confirmaba. Mientras en las Tullerías y en el Consejo de Estado se fabricaban leyes de circunstancias contra los terroristas y se censuraba cuanto alcanzaba la vista sobre la desgracia del ministro; mientras que el prefecto de policía Dubois, en un informe oficial —el ministro parecía haber sido borrado— atribuía en gran manera el atentado a los anarquistas, Fouché y su estado mayor del *quai* Voltaire se convencía cada día más de que únicamente los agentes de Georges eran jos únicos culpables.

Desde el 6 de nivoso, el comerciante en granos Lambel, que reconoció en la carreta aparecida en el *Monitor* la que había vendido poco antes a un comerciante forastero, dio de éste una descripción que respondía precisamente a la de Carbon, uno de los agentes monárquicos fichado en otro tiempo. Luego se añadieron otros testimonios, hábilmente provocados, ingeniosamente cotejados por el propio Fouché, que no se dormía ya. Carbon tiene una hermana en París: en su casa descubren objetos que han sido vendidos al falso comerciante forastero; rodean el edificio y, cuando el 18 de nivoso, Carbon se presenta en casa de su hermana, se le detiene. Saint-Régent, reconocido, fichado, acosado, no fue detenido hasta el 7 de pluvioso. Sin embargo, Bonaparte, continúa considerando como débil la intervención de éstos en el asunto. No habiendo podido obtener de su Consejo de Estado la ley de proscripción, la confecciona él mismo, prepara una lista considerable donde se habían inscrito en desorden los repatriados de la Revolución, de los que ninguno, además, se había metido en un solo atentado desde hacía un año. Ciento treinta individuos, pertenecientes al grupo llamado terrorista fueron —por una ley de circunstancias, por hechos viejos de hacía seis y diez años— condenados sin juicio a la deportación. El 14 de enero (14 de nivoso), la lista fue redactada; el 5 de enero el Senado declaró que la medida era conservadora de la Constitución. Naturalmente, se había exigido la firma de Fouché. Sabía que rechazarla era presentar su dimisión y, antes de unas horas —si se quedaba— era el triunfo: el 14 de nivoso, en efecto,

rodeaba a Carbon, iba a detenerle, convencerle del atentado. Fouché no dudó: estampó su firma. ¡Fouché de Nantes refrendaba la proscripción de ciento treinta desgraciados, acusados de «terrorismo» de 1792 a 1795! ¡Fouché de Nantes, de Nevers y de Lyón! Firmó, y se quedó. A los cuatro días, triunfaba.

El 18 de nivoso Carbon, detenido al fin, confesaba que sólo los monárquicos habían organizado el golpe de la calle de San Nicasio, y el Gobierno autorizó al ministro de la Policía a hacer arrestar a todos los jefes monárquicos de París. Hubo, en los últimos días de nivoso una batida de la policía de ochenta monárquicos y chuanes que fueron a reunirse en el Templo Bourmont, cuya detención había permitido al ministro apoderarse de papeles sin duda comprometedores para él. Desde entonces Fouché no tenía necesidad de la captura de Saint-Régent, detenido el 7 de pluvioso, para favorecerse. Había vencido.

Cuanto más violentos habían sido los ataques, más apasionadas las declaraciones contra el ministro, más infamada o burlada su política, más puesto en duda su talento, denegada su perspicacia, tanto más esplendoroso resultó su triunfo. Se había restablecido de un solo golpe y, por el mismo hecho, había realzado singularmente su reputación. Demostró de una vez, pese a las quejas y a las acusaciones, su clarividencia, su sagacidad, su sangre fría y su buen sentido. Sólo él había sabido ver claro, reflexionar, resistir a los arrebatos y a las acusaciones. Bonaparte se sintió por ello realmente «edificado»: esos acontecimientos de nivoso, en que Fouché tenía razón en contra de él y, además, de todos, quedarían para Napoleón como un imborrable recuerdo: el ministro no temerá ya, en lo sucesivo, en el momento en que sea amenazado, invocar este recuerdo, y tendrá razón. Bonaparte no era un espíritu estrecho; amaba la superioridad, incluso cuando existía fuera de él, contra él. Estimándose muy fuerte, muy sagaz, muy clarividente, no podía por menos de valorar al hombre que, en esta memorable circunstancia, había sido más fuerte, más sagaz y más clarividente que él. Por eso

era preciso insistir un poco sobre estos incidentes, que hacen época en la vida de Fouché.

*

Éste, de momento, supo triunfar modestamente, pero quiso aprovechar la victoria para emprender la lucha a fondo contra una *banda* de chuanes que creía ligados a su fortuna y que habían intentado traicionarle.

En otro terreno el ministro parecía dispuesto a permanecer como defensor de las tradiciones, de los principios y de los hombres de la Revolución en el dominio de lo religioso. Hemos visto, desde sus primeros meses de ministerio, que se había mostrado bastante moderado y muy tolerante en su actitud hacia el clero, pero que había reservado sus favores y su protección al clero constitucional. En vísperas del Concordato que se negociaba con la corte de Roma, consideró un deber adoptar una actitud más acusada todavía, esperando pesar lo suficiente, si no para hacer fracasar las negociaciones, al menos para conservar para el clero de la Revolución una parte importante de la nueva Iglesia que iba a organizarse. Mantenía relaciones con el obispo Périer que, en esas circunstancias, le permitían hacer llegar, por conducto del obispo perjuro de Clermont, sus consejos y sus directrices a la Iglesia constitucional.

Enterado, como ministro, de las fases que atravesaban las negociaciones del Concordato, informaba con fidelidad a Gregoire, quien alentado por el ministro, reunió en julio de 1801 «El Concilio de la *Iglesia galicana»*. Los curas que lo componían alardeaban de una gran confianza en el antiguo agente de los crímenes de la Razón. Y justificaba esta confianza, puesto que a los periódicos que habían hablado mal del *Concilio* les impuso silencio, suprimiendo incluso los *Anales Religiosos*, que le eran vivamente hostiles, y tratando de hacer detener al redactor, el abate de Boulogne. En el

Concilio sostiene a los intransigentes. Es a éstos a quienes se encarga él mismo, a despecho de las dificultades, de introducir cerca de Bonaparte para condolerse por la causa del clero revolucionario.

Terminado el Concordato, el ministro, que sabe doblegarse a las circunstancias, no se desanimará. Apoyará la elección de los obispos, tendrá cuidado de hacer volver al nuevo episcopado a su agente Périer, y a muchos otros, y asentará como principio que «la organización de los cultos es en la Iglesia lo que el 18 de brumario ha sido para el Estado, que no es el triunfo de ningún partido, sino la reunión de todos en el espíritu de la República y de la Iglesia». En este principio se inspirará en las circulares que, so pretexto de «policía de cultos», dirigirá, el 18 de pradial, año X (7 de junio de 1802), a los nuevos obispos y a los prefectos.

Sin embargo, ¿quién podía guardar rencor a este flexible y complaciente personaje? En el momento en que atacaban a los jefes de un partido, sonreía a sus soldados; si sus preferencias se pregonaban, inspiraban su política, no eran jamás exclusivas. Para guardar o reconquistar la amistad de los partidos de derechas tenía siempre a mano el mismo instrumento: *las cancelaciones de los emigrados*. Durante el año IX (1800-1801), el decreto consular de vendimiario, año IX, se convertía así, en manos del hábil ministro, en nuevo medio de popularidad personal, de influencia y de poder. Las categorías fueron tan ampliamente concebidas, que la lista bajaba finalmente de 145.000 nombres a 3.379. Era realmente la amnistía, pero una amnistía ministerial, estableciendo por el sistema de poner bajo vigilancia, el arbitrario poder del jefe de Policía sobre 120.000 ciudadanos reintegrados, y no los menos importantes. Efectivamente, en un informe muy famoso —14 de vendimiario del año X (5 de octubre de 1802)—, dirigido a los tres cónsules, admitía y quería hacer admitir la necesidad que había, a su juicio, de someter a los «repatriados» al control permanente de la policía.

Si la humanidad tenía su parte en la proporción de amplia amnistía de la que este informe hacía valer sus ventajas, si esta medida se inspiraba en una política generosa, tal operación pareció,

gracias a las precauciones que tomaba el ministro, una maniobra personal. Es, sin duda, por esta razón por la que el primer cónsul hizo desechar la proposición por sus colegas.

La contrariedad del ministro y su inquietud fueron extremas cuando, mientras tanto, tuvo conocimiento de que los cónsules se aprestaban a adoptar un proyecto muy diferente al suyo. EL acuerdo proyectado, en lugar de borrar considerables *categorías* de emigrados en nombre de la clemencia y de la política, debía establecer una nueva comisión encargada de examinar los títulos que cada uno tenía que hacer borrar «en nombre de la justicia». Se apresuró a protestar. En un informe del 16 de brumario, año X (el tercero después de un mes), atacó con vehemencia el proyecto del acuerdo: esta medida iría —dijo, no sin sensatez— contra la finalidad propuesta. En primer lugar, «iba a dejar subsistir la inmensa manufactura de certificados y de testimonios falsos»; implicaría para la mayoría de los emigrados «una nueva necesidad de recurrir a la piedad o a la corrupción, a la mentira y a la protección, y para la policía misma, la de ser *injusta por método y arbitraria por sistema»*.

Por lo demás, en ese momento, el jefe del Gobierno soñaba con una amnistía completa y entera dispensada con sólo exigir un simple juramento de fidelidad de los emigrados que regresaban. Será objeto del senadoconsulto del 10 de floreal, año X. Más que nadie, Fouché había trabajado en preparar, facilitar, apresurar el gran acto reparador. Además de esto, preocupado por no dejar que se creara un malentendido, no dejaba de tranquilizar a los adquirentes de bienes nacionales, «esta clase de ciudadanos que se habían atrevido, los primeros, en confiarse al genio de la República cuando tantas tormentas la rodeaban por todas partes, y que entregaron sus fortunas a sus destinos todavía inciertos». No contento con este homenaje, el ministro de la República daba órdenes incesantes a sus subordinados para impedir todo abuso por parte de los emigrados repatriados: «toda tentativa de insubordinación o de usurpación debía ser reprimida con inflexible severidad».

Todo esto no impedía que las relaciones continuaran siendo excelentes entre el ministro jacobino, la aristocracia monárquica y hasta la de ciertos chuanes, casi seducidos. Una amistad real unía ahora al hombre de la Revolución con la señora de Vaudémont, con la señora de Custine; unas simples relaciones de gratitud al protector se habían convertido muy pronto en unas relaciones casi familiares, y los salones de estas dos grandes damas, las dos muy en boga en el mundo aristocrático, habían servido poderosamente a Fouché en su política. En sus casas, como por otra parte en casa de la señora Récamier y en casa de la señora de Rémusat, se encontraba con la sociedad que había vuelto y allí se creaba una popularidad verdaderamente paradójica. La admiración excesiva era tal, que monárquicos militantes se dejaban arrastrar; la duquesa de Guiche había fracasado —se decía— nada más que por no haber puesto cuidado en introducir al «señor Fouché» con mucha franqueza en la confidencia. El abate de Pradt, muy hostil entonces al régimen, trató en esta época de ofrecer a Fouché el papel que Bonaparte no quiso tomar. Al decir del agente monárquico, el exjacobino parecía en un principio rechazar la idea de una restauración, pero accedió plenamente después de la tercera entrevista.

Se había expresado con respecto a Bonaparte con amargura extrema que, por otro lado se explicaba por la caída en desgracia que se preparaba, y había hablado con una compasión lacrimosa del «desgraciado Luis XVI». En realidad creyó no deber rechazar por completo a su interlocutor monárquico, pues no pensaba traicionar al régimen. Al contrario, lo defendía a despecho de todos, incluso contra su propio jefe, y tan ardorosamente, que iba a pagar con su cartera la tenaz resistencia, último homenaje del ciudadano Fouché de Nantes a la República a punto de zozobrar.

CAPÍTULO XI

PRIMERA DESGRACIA

Apogeo del primer cónsul: progreso del partido reaccionario.—La cuestión del Consulado vitalicio,—Bonaparte concede a sus hermanos la destitución de Fouché.—Es suprimido el Ministerio de la Policía. Desgracia dorada. Fouché, nombrado senador, continúa empleado secretamente por el primer cónsul. Su retiro es acogido con el pesar general.—Vida familiar; gran actitud de modestia, costumbres patriarcales. Juana Fouché; los niños. El salón de los Fouché. Un interior apacible. «Ya no se trata de Fouché». La influencia que conserva Fouché en las Tullerías.—Anarquía de la policía privada de su gran jefe. Incapacidad de los nuevos jefes. Policía oficiosa de Fouché. Fouché en relación con los partidos de la oposición. ¿Qué participación ha tenido Fouché en la conspiración Moreau? Torpezas que cometen sus acusadores.—El proceso Moreau: ejecución del duque de Enghien.—Fouché señala las faltas cometidas. Bonaparte recurre de nuevo a él.—El Imperio.—Fouché lleva en el Senado la campaña para la proclamación del Imperio.—Fouché se impone.—Fiesta en el castillo de la Houssaye. Fouché conferencia con Napoleón y sale ministro.—Vuelve a instalarse, el 22 de mesidor, en el Ministerio de la Policía General.

En la época a que hemos llegado, Bonaparte alcanzó el apogeo de su popularidad. La paz de Amiens, venida después de grandes actos de reparación, parece disponer la opinión pública a conceder al autor de tantos beneficios la investidura de la magistratura vitalicia, incluso hereditaria, que desde hace tres años una camarilla activa desea para él y le incita a pedir. Fouché lucha con toda su influencia contra esta restauración del poder personal. ¿Cuestión de principios? No, sino cuestión de política. ¿Para qué? Los monárquicos parecen tranquilizados: su fidelidad al rey contemporiza con el poder consular que pueden creer pasajero y transitorio; proclamando a Napoleón dictador vitalicio se va a sobreexcitar, por ese lado, más de un furor; el hombre será señalado con más seguridad a los atentados de

Georges y de sus hombres, que Fouché sabe están dispuestos a actuar de nuevo. ¿Qué decir de los republicanos? Por lo demás, es siempre la reacción que teme Fouché en esta circunstancia; el consulado vitalicio será el triunfo de los reaccionarios, sus enemigos personales, desde Roederer a Fontanes. Eso sería bastante para hacerle tener miedo.

Lo combate con toda energía. Cuando juzga que la corriente es irresistible espera poderle hacer regates. Por Sieyès, Gregoire, Garat y algunos otros tiene sus accesos al Senado; se deja ver en el Luxemburgo y se presenta de nuevo como el confidente de los cónsules:jamás —afirma— el primer cónsul ha querido otra cosa que un simple «aumento de poderes», sería incluso incomodarle, turbarle, al ofrecerle u otorgarle el consulado vitalicio. En vano acudió Roederer al Senado a contradecir a Fouché. En ese momento éste acababa de suprimir el voto.

Se conocen los incidentes que siguieron: el Senado, engañado, se considera generoso al ofrecer diez años de poder al primer cónsul. Éste, esperando algo mejor, responde fríamente, despide a la embajada y se hace otorgar, mediante un plebiscito, el título soñado. Pero no ignora quién ha dirigido el Senado en esta ocasión. Fouché va a pagar por todos. Parece preocuparse poco de ello, bromea con Bonaparte en el momento en que diputados y tribunos vienen a felicitarle, parece adelantarse a la desgracia que presiente. Tal vez, en el fondo, no le resulta desagradable. Ya ha medido su poder sobre Bonaparte, esa especie de «fascinación» del que se observa desde entonces el carácter singular, y el primer cónsul, ya tan absoluto, tan autoritario toma, para hablar al ministro de su previsto alejamiento, infinitas precauciones. Es el propio Ministerio de la Policía —inútil, declara Bonaparte, después de la paz con Inglaterra — lo que hay que abolir. Fouché finge aprobarlo; pero es preciso — observa— encaminarse despacio a tal supresión: se ha fijado para el año XII. El ministro no resiste más, se pone de acuerdo sobre dicho punto con una llaneza fingida. Un último asalto se intenta entonces junto a Bonaparte. El 26 de fructidor éste marcha a Montefontaine,

donde es invitado por José. Allí encuentra a Luciano, y ante la viva insistencia de los dos hermanos, apoyados por Talleyrand y Lebrun, se decide a firmar el decreto de supresión. Pero es tal su timidez —increíble para quienes conocen sus maneras— que, cuando al día siguiente Fouché se presenta en la Malmaison, para trabajar con el primer cónsul, éste no se atreve a informarle de la decisión. Sólo a su regreso al *quai* Voltaire, el ministro recibe la visita del cónsul Cambacérès, quien le anuncia, confuso, que el Consejo ha resuelto suprimir inmediatamente el Ministerio.

*

Nunca, es cierto, un disfavor fue envuelto en más formas, compensaciones y homenajes.

El ministro no era descartado *personalmente;* no tenía por qué *retirarle* una cartera, que dejaba de existir. Si alguna vez volvía a restablecerse el Ministerio, nadie más que él lo recibiría. Bonaparte, de un modo manifiesto, teme el descontento que el acontecimiento puede causar al ministro, pues la opinión pública se pronuncia claramente contra el disfavor.

El ministro es nombrado miembro del Senado; dentro de poco estará provisto de una rica senaduría: la de Aix, una gran prebenda, un elevado título. Por otro lado, Bonaparte al enviarle al Senado escribió a sus miembros en un mensaje del 28 de fructidor: «El ciudadano Fouché, ministro de la Policía en circunstancias difíciles, ha respondido con su talento y su actividad, con su adhesión al Gobierno, a todo lo que las circunstancias le exigían. *Colocado dentro del Senado, si otras circunstancias volvieran a pedir un ministro de la Policía, el Gobierno no encontraría ninguno que fuese más digno de su confianza».* Se trata, no solamente de enterrar al ministro bajo flores, sino también de dejarle vislumbrar la resurrección; promesa imprudente, puesto que hace que el hombre se interese por las dificultades del Gobierno consular.

Finalmente, como para saciar sin tardanza una de las ambiciones de Fouché, Bonaparte le hace un regalo regio. Habiéndose presentado el 28 de fructidor en la Malmaison para entregar al primer cónsul, con su último informe, el saldo de los fondos de la Policía, 2.400.000 francos, recibió del jefe del Gobierno la mitad de esta suma, a título de gratificación. Bonaparte que conserva su estima, su afecto y gratitud, recibirá con placer sus consejos y sus informes. Es autorizar a Fouché a emprenderlo todo, a atreverse a todo. Llegará a ser, contra sus sucesores, uno de esos poderes ocultos, empleados oficiosamente por Bonaparte y con los cuales ha tropezado personalmente con frecuencia. En resumen, todo le acontece gracias a este fructífero disfavor.

Por lo demás, el mundo político no podía decidirse a creer concluida esta carrera, apartar la vista de este hombre, tan apreciado y tan temido, que había sido preciso para despedirle sin mortificarle demasiado, hacer desplomarse el propio Ministerio. En un principio sólo él pareció creer terminado su papel público.

*

Ningún hombre alardeará nunca de un amor tan grande a la quietud, un desdén tan grande hacia el poder como José Fouché cuantas veces las circunstancias le obligaron a retirarse. Si se le escucha, es un hombre sencillo, sin ambiciones, sin pretensiones, sin necesidades, que se encontraba siempre con un indecible placer estando descargado de responsabilidades y de honores. Esta actitud producía ilusión: sus enemigos se aquietaban persuadidos de que iba a enterrarse él mismo en el reposo. Todos lo creían de buena fe, tanto más cuanto que, realmente, era un hombre de hogar, marido feliz, padre cariñoso, de gustos sencillos, y no tuvo que cambiar en absoluto de costumbres cuando —el 28 de fructidor, año X (16 de septiembre de 1802)—, abandonó el palacio de Juigné para ir a vivir a una casita situada en el número 333 de la calle de Basse-du-

Rempart, que iba a abandonar algunos meses después por el número 264 de la calle de Bac. Se le vio fingir despego por los asuntos públicos, para consagrarse enteramente a los suyos.

Fouché tenía entonces cuarenta y tres años, su mujer treinta y ocho. Juana Fouché, de la cual el poco galante Barras nos ha hecho un retrato caricaturesco, no parece, a decir verdad, haber compuesto nunca el tipo de la belleza perfecta; pero era una mujer de mérito, buen ama de casa y madre ejemplar. Su marido, que la amará siempre con ternura, no perderá la ocasión de hacer de ella un elogio sin restricciones: «Es el modelo y el ejemplo de su sexo», escribirá más tarde. Y añadirá que desea a sus hijos «se imbuyan de las raras virtudes de su madre». «Tenía —dirá también— el espíritu iluminado». En efecto, su marido la consultaba continuamente, la mezclaba estrechamente en su vida: «Mi trabajo, mis lecturas, mis paseos, mi descanso, mi sueño, todo es en común con ella», escribirá con enternecimiento.

Habían perdido en las horas turbias de su vida —de 1794 a 1796 — tres niños de poca edad, y los llorarían. Otros habían venido: José, entonces de cinco años; Armando, de dos años, y Atanasia, de algunos meses. Una hija, Josefina, iba a nacer de este feliz matrimonio, el 25 de junio de 1803, nueve meses después del disfavor de su padre.

En el Ministerio la vida había sido modesta. Juana Fouché prefería la existencia retirada. Una vieja pariente de los Coiquad, secretario del ministro, Maillochau; algunos antiguos oratorianos como Gaillard y Le Comte; algunos antiguos colegas de la Convención, Tibaudeau y Daunau; el secretario general del Ministerio, Lombard, formaban la única sociedad del matrimonio. Las veladas se pasaban en familia: se jugaba al *boston*, una partida de naipes. Los niños corrían sin cesar por la habitación: se les decía continuamente tonterías que hacían reír al padre hasta saltársele las lágrimas. Éste se acercaba a los jugadores, miraba las partidas (no jugaba nunca sino en partidas más fuertes), hacía trampear a uno de los jugadores y se iba a acostar a las diez, en la misma habitación

que su mujer y sus tres hijos. Fue esta vida la que trasladaron a la calle de Basse-du-Rempart, luego a la calle de Bac.

Parece haberse borrado totalmente.

«No se trata más de Fouché», escribe de París a Londres un agente monárquico.

*

Se equivocaba. Todos los que le veían vivir de cerca estaban, por el contrario, impresionados por la fe absoluta que ponía en su inmediato retorno al Ministerio. Bourrienne, todavía secretario de Bonaparte, visitando con frecuencia al exministro ya en la calle de Bac, ya en sus tierras de Ferriéres en Seine-et-Marne, recientemente adquiridas, y donde pasaba el verano, le encontró siempre convencido de su pronta llamada para volver a los asuntos oficiales.

Además de esto había ido a ocupar su plaza en el Senado, y allí adquirió enseguida una influencia real, y volvió a encontrar amigos y aliados. Aunque fingiese mutismo, su acción personal, que antes de dos años debía ejercerse en el Luxemburgo en una circunstancia memorable, hacía de él uno de los miembros más acreditados de la Asamblea. No hay, pues, lugar a extrañarse al verle encargado con tres de sus colegas de una misión extraordinaria de orden particular. El 13 de frimario, año XI (3 de diciembre de 1803), fue designado uno de los senadores encargados de conferenciar con los diputados del pueblo suizo, convocados en París en virtud de una «mediación» del primer cónsul, reclamado por la República Helvética. Desarrolló allí un papel activo.

Raramente decidirá Napoleón privarse de los servicios de un hombre que juzga cauteloso y competente. Se vio con respecto a Talleyrand. Se vio, de 1802 a 1804, en cuanto a Fouché. Napoleón, desde el día en que sumergió al hombre en su dorado disfavor, creyó poder explotar sin peligro su talento de policía, su sagacidad y su influencia. Además de esto, la cosa era lógica: la policía se

encontraba ahora en una rara anarquía, haciendo cada uno su trabajo, salvo el ministro, el encargado Renier, «gran juez», ministro de Justicia.

Los directores oficiales de la Policía eran Réal, el prefecto Dubois y el jefe de la Seguridad, Desmarest; pero cada uno actuaba por su cuenta. Sus distintos policías tropezaban, además, con la policía oficiosa del antiguo ministro. Éste había conservado todos los hilos y, por añadidura, en relación personal con todos los partidos, estaba en buenas condiciones para denunciar ciertas intrigas con una precisión que dejaba pálidos los informes de Réal, de Dubois y de otros.

Desde los primeros meses del disfavor de Fouché llegaban a las Tullerías boletines diarios dimanados del Ministerio caído: las faltas de la policía estaban subrayadas allí complacientemente, sus informes rebatidos con tanta mayor precisión cuanto que ciertamente había en el *quai* Voltaire agentes en relación con el ministro de la víspera… y del día siguiente. Réal mismo no estaba seguro en manos de Régnier. En el grupo íntimo que rodeaba al primer cónsul no se ignoraba que Fouché aconsejaba todavía al amo: el embajador inglés, Withworth, lo deploraba desde marzo de 1803.

Sin embargo, mientras la policía no tuvo frente a ella más que la situación tranquila que le había legado Fouché, no pudo constatarse la incapacidad de sus jefes. Se necesitarían graves acontecimientos para hacer ver a todos la desaparición de cualquier policía, de toda dirección política desde la retirada de Fouché. Fue la conspiración Moreau, Pichegru y Georges; luego el asunto del duque de Enghien.

*

Fouché, que debía aprovecharse tanto de esta serie de asuntos llevados de modo torpe, trágicamente conducidos, ¿fue uno de los protagonistas? Se ha insinuado, pero sin pruebas. Conocía mucho a

Moreau, su compatriota; le había empleado en 1800 para obtener el despido de Luciano. Desde entonces el vencedor de Hohenlinden, completamente malquistado con el primer cónsul, aún frecuentaba con bastante asiduidad al ministro desfavorecido o considerado como tal, acogiendo de buena gana todas las oposiciones. En 1804, con conocimiento de todos, era uno de sus amigos.

No parecía, sin embargo, que hubiese pensado nunca hacer de tal personaje el sucesor de Bonaparte. Nada le hubiese parecido más torpe que darse como amo a este oficial, frío, testarudo, de espíritu político mediocre, pero de esas mediocridades llenas de altivez, más difíciles de llevar que ciertas superioridades.

Si realmente Fouché indujo —al decir de Savary— a Moreau a intrigar, no pudo ser más que con la vaga esperanza de crear las circunstancias que debían llevar al restablecimiento del Ministerio de la Policía y de su obligado titular.

Los acontecimientos son conocidos. En tanto fuera los agentes ingleses envolvían a Francia en una red de intrigas y se preparaba una nueva Vendée, los agentes monárquicos llegaban hasta Moreau, tenido por puro republicano, explotando su odio contra el primer cónsul y le comprometían más todavía porque no les arrastraba a una conspiración, cuyo objeto parecía ser, después de desembarazarse de Bonaparte, hacer desempeñar al general el papel de Monk, del que Bonaparte se había excusado. El terrible Georges, único capaz de ejecutar la primera parte, la más siniestra del programa, pudo volver impunemente a Francia, permanecer dos meses en París y preparar el asesinato del primer cónsul. Hubo contactos entre Georges y Moreau por intermedio del secretario de éste, Fresniére —amigo de Fouché—, luego entre Moreau y Pichegru, desde hacía mucho tiempo conquistados para el partido monárquico. Moreau, sin comprometerse a traicionar a la República, dejó entender que trabajaría de buena gana para «destruir a Bonaparte», pero su antiguo ayudante de campo, Lajoláis —también amigo de Fouché—, ganado por los monárquicos, se había unido al general para arrastrarle a la causa de los príncipes. La empresa

parecía estar en buen camino. Pichegru llamó a París a emigrados de mucha categoría —los Polignac, Rivière y otros— para estar dispuestos a la acción. En verdad habían encontrado a Moreau titubeante, timorato, poco dispuesto a cooperar en la obra de restauración monárquica. Todo esto ocurría en diciembre de 1803 y en enero de 1804.

Advertido quizá por Fouché, fue el primer cónsul quien alertó a su propia policía. No tenemos que describir largamente cómo fue estropeado el complot. Detenidos después varios agentes monárquicos, uno de los cómplices de Georges —Bouvet de Lozier—, confesó todo el 14 de febrero y desveló la conspiración que se tramaba desde hacía seis meses entre el más temible jefe monárquico, toda una banda de emigrados importantes y dos de los más ilustres generales de la República.

Desde el 14, Bonaparte convocó en las Tullerías un Consejo íntimo en el que, al lado de dos cónsules y de los ministros, se vio aparecer a Fouché. Asistió, pues, desde muy cerca, impasible por otro lado, a la serie de torpezas que sus sucesores iban a cometer: Moreau, todavía popular y querido por los republicanos, detenido, conferido al Tribunal Criminal del Sena, que se reunía sin Jurado, con enorme y manifiesto descontento de algunos Estados Mayores; Pichegru y Georges perseguidos a través de París, primero sin éxito, en medio del terror general, cogidos al fin, así como los Polignac y los Rivière, y condenados a muerte; el arresto ilegal y único del duque de Enghien, en Ettenheim, decidido sobre informes, en parte falsos, de la policía, y la ejecución del joven príncipe en las fosas de Vincennes el 20 de marzo. Catástrofe cuya responsabilidad incumbía a la feroz precipitación de Savary y a la incomprensible negligencia de Réal; el suicidio de Pichegru, la casi absolución del general Moreau en medio de una auténtica agitación y, por fin, la muerte valerosa de Georges en el cadalso, debían completar la serie de acontecimientos marcados a la vez por tanta desidia y tanta violencia.

Cierto que Bonaparte había tenido su participación en las faltas cometidas, pero nunca había sido tan mal informado, mal aconsejado, mal contenido. Se daba cuenta de ello; la torpeza de los sucesores de Fouché hubiera sido suficiente para volver a colocar a éste en el pináculo. Pero, por añadidura, había adoptado en tales acontecimientos una actitud que contrarrestaba de modo sorprendente con la de los jefes de la policía oficial. Desde los primeros días, en los momentos en que la policía de Regnier no sabía, no preveía nada, el exministro escribió a Bonaparte: «El aire está lleno de puñales». En relación con Fresnière y Lajolais no ignoraba nada, lo advertía sin denunciar. Cuando, pasando de la confianza sin límites a la locura sin motivo realizaban arresto sobre arresto, Fouché desaconsejó la violencia. En lo concerniente a Moreau, la ruptura tan precipitada, tan torpemente consumada entre él y Bonaparte le pareció la cosa más impolítica del mundo: lo había censurado, trató más tarde —demasiado tarde— de reconciliarlos. «Fouché no me hubiera colocado en este atolladero», dirá Bonaparte después del resultado del proceso de Moreau. Se dice que había inducido a la ejecución del duque de Enghien, mas sólo existe una simple hipótesis. Es evidente que presentaba para él una singular ventaja: Bonaparte no podía reprocharle más, como nunca dejó de hacerlo, lo del 21 de enero, por lo tanto, el exregicida parecía haberse tranquilizado respecto a las intenciones de Bonaparte en relación al papel de Monk, que por un instante, le habían atribuido. Siendo provechoso para él dicho homicidio, se llegó a la conclusión —a pesar de ciertos testimonios— de que lo había aconsejado. En todo caso, no apareció en absoluto al día siguiente: «Es más que un crimen: es un error», dirá, según la leyenda. «Es un tiro que se ha disparado inútilmente», le hace decir el publicista monárquico Lewis Goldsmith. Quizá sólo él tenía alguna razón para encontrarle útil.

A raíz de estos acontecimientos se creyó que el ministro de la Policía había sido restablecido. Era Fouché a quien Bonaparte remitía abiertamente a los hombres de sus servicios de policía oficial: «Vea a Fouché», escribía a Réal a partir de marzo de 1804, y este consejo

se reiterará. El primer cónsul apenas disimulaba que el hombre gozaba de nuevo de su favor.

*

Un último servicio prestado por Fouché a Bonaparte llega al colmo de este nuevo favor.

La respuesta a la temible conspiración, destinada a suprimir al primer cónsul para sustituirle, sea por Moreau, sea por Luis XVIII, les pareció imponerse entonces a los amigos del Gobierno consular. Era una nueva transformación de poderes que le habían sido confiados en el año VIII, confirmados y fortificados en el año X. ¡El Imperio! Sería poca cosa, evidentemente, después del consulado vitalicio, la dictadura perpetua y, por una de sus prerrogativas, realmente hereditaria. Pero el consulado vitalicio aún era la República para mucha gente que se contentaba con palabras. Se temía, si no una resistencia tan fuerte como la que había encontrado el consulado vitalicio, por lo menos oposiciones entorpecedoras por parte de ciertos republicanos, muy excitados después del arresto de Moreau. Era preciso, sin embargo, que esta nueva institución, fundamentando definitivamente el poder cesariano, obtuviese, si no la aprobación entera, por lo menos la aparente sumisión de los elementos de izquierdas.

No se les podía atraer más que si veían a determinados repatriados de la Revolución tomar la iniciativa de tan gran medida. Fouché se encontró allí muy valorado. ¿Quién podía dar a la nueva institución un carácter muy neto de defensa contra las empresas de la contrarrevolución mejor que este antiguo convencional, este ministro jacobino que había pagado —según se decía— con su cartera su resistencia al consulado vitalicio?

Ahora bien, precisamente Fouché, que en 1802 se había mostrado tan hostil al poder personal, estaba manifiestamente dispuesto a dar esta vez su apoyo a la moción que iba a consumarlo.

En ese momento le parecía que no violaba en absoluto sus principios sirviendo a sus intereses. No arrastraba en todo caso el respeto de los principios hasta el de las etiquetas, siendo así que sólo subsistía la etiqueta republicana. Fouché, yendo al fondo de las cosas, tenía que admitir que, de hecho, existía el Imperio desde 1802. Se había hecho en contra de su gusto y a pesar de sus esfuerzos, pero se había hecho. ¿Por qué negar el título a la cosa? A su tiempo pregonó suficientemente en 1802 su reprobación. El tiempo había pasado: rendía a los hechos cumplidos el homenaje que no les negaba nunca. Así, podía asegurarse una consideración. En 1802 temía que la institución del consulado vitalicio, obra del partido contrarrevolucionario, tuviera como consecuencia la llegada al poder de tal camarilla y fuera también la señal de la reacción. Semejante temor no le obsesionaba más. La ejecución del duque de Enghien, el arresto e intemamiento bajo amenaza de muerte de los representantes de las más nobles familias de Francia parecía cavar entre el partido contrarrevolucionario y Bonaparte la fosa infranqueable que un ministro inteligente, instalado en el seno del Gobierno, teniendo en sus manos la dirección interior de la política del Imperio podía engrandecer aún.

Según estaba acostumbrado, una vez tomada su resolución de impulsar vivamente su ejecución, el antiguo ministro asombró al Senado con su proselitismo. Nadie fue más para sostener, no solamente en la Asamblea, a la que estaba reservada la medida de la iniciativa, sino también en los medios revolucionarios, la necesidad de una restauración monárquica, que no dejaba de encontrar alguna resistencia incluso entre funcionarios como Réal y Thibaudeau. Así, su celo se esclareció de un modo más oficial. Cuando se reunió la comisión senatorial de la que formaba parte, resuelta —dice Pelet— a no proponer al Senado más que el envío de felicitaciones al primer cónsul, fue el antiguo procónsul jacobino quien reclamó con energía «instituciones que destruyan las esperanzas de los conspiradores, asegurando la existencia de un Gobierno más allá de la vida de su jefe». Así se hizo públicamente el inspirador de la célebre diligencia

del 6 de germinal, año XII, hecha por el Senado cerca de Bonaparte, al que se podía «acabar su obra haciéndola inmortal». Hay algo mejor. Habiendo convocado Bonaparte el 3 de floreal un Consejo privado para deliberar acerca del voto emitido durante la jornada por el tribuno Curée, tendente al establecimiento del Imperio, Fouché fue llamado y, mientras se vio a Talleyrand, Fontanes, Portalis, Regnault de Saint-Jean de Angely y otros insistir, con gran descontento del primer cónsul, sobre el carácter liberal y «parlamentario» que debía tener la nueva monarquía, sólo Fouché y Régnier parecieron adherirse sin reservas a la idea de un poder sin control. El antiguo ministro entró, pues, casi por derecho en la Comisión de los Diez que pidió e hizo votar el senadoconsulto del 28 de floreal, año XII, fundando la monarquía imperial. Cuando Grégoire Lambrechts y Garat se pronunciaban solos en contra, así como Camot en el Tribunado, fue casi bajo la firma y, en todo caso, con la adhesión abierta y activa de Fouché de Nantes —ya tan lejos de Nantes, pero tan cerca de Otranto— como el 18 de mayo de 1804 fue erigido de nuevo el trono en las Tullerías. Pero era tal la evolución que había conducido a este país desde el 10 de agosto de 1792 al 18 de mayo de 1804, que a muy poca gente le pareció que Fouché traicionaba sus antiguos principios, asegurando una corona al hombre que venía, en cierto modo, a asociarse, por la ejecución de Vincennes, al regicida de la plaza de la Revolución.

*

Desde entonces Fouché era ministro. La última conspiración hacía desear universalmente el restablecimiento del Ministerio de la Policía: la institución del Imperio que podía tropezar quizá con alguna resistencia, arrastraba —decían— este restablecimiento. Así, pues, restablecido el Ministerio, en los términos del mensaje del 28 de fructidor, año X, del primer cónsul al Senado, Fouché era ministro. La opinión pública le empujaba a ello. El 11 de julio de

1804 el corresponsal de Antraigues escribía que el emperador «estaba echado fatalmente en los brazos de Fouché»; Bourrienne, Savary, Pasquier, todos muy hostiles al hombre, constatan, sin embargo, que no era posible ningún otro ministro de la Policía. Los mismos monárquicos lo deseaban: todos hubieran firmado la carta en la que su correligionario, el caballero de Larue, felicitaba a Fouché por posesionarse de nuevo de un Ministerio: «que con tanta pena había visto quitar a su excelencia», esperando «que volvería a tomar los principios que le habían dirigido». La política del primer ministro daba sus frutos: la admiración excesiva era tal que ya el título de ministro de la Policía parecía demasiado modesto; con la monarquía restaurada querían un «primer ministro», que no era ni Cambacérès, ni Talleyrand a quien nombraban: era el ministro desfavorecido en fructidor, año X. «La gente habla siempre del senador señor Fouché como del hombre que debe ser primer ministro», escribía, quizá con intención pérfida, el prefecto de policía al emperador, el 17 de mesidor, año XII.

El exministro salió de París dirigiéndose a Ferriéres, lugar que estaba lo bastante cerca para poder acudir rápidamente a la primera llamada, y lo suficientemente lejos para subrayar bien ante todo el mundo la gestión que emprendería el emperador y para hacer que esa llamada se convirtiera en un nuevo nombramiento.

Sin embargo, el emperador estaba todavía muy vacilante. Se había llegado a los últimos días de mesidor, año XII. El día 21 Napoleón fue a casa del mariscal Augereau, al castillo de Haussaye. La víspera, el nuevo soberano hizo invitar al antiguo ministro de la Policía a la fiesta que se preparaba en casa del mariscal. Al bajar de la carroza vio a Fouché y, sin perder un instante, muy bruscamente, le llevó a las habitaciones que le habían reservado. Allí conferenció mucho tiempo con él. Antes de llegar la noche se decía en público en el castillo que, decididamente, Fouché volvía a hacerse cargo de la cartera. Éste salió muy tarde de la entrevista, pidió su coche y volvió a marcharse a Ferriéres: era nuevamente ministro de la Policía. El rumor de su nombramiento le

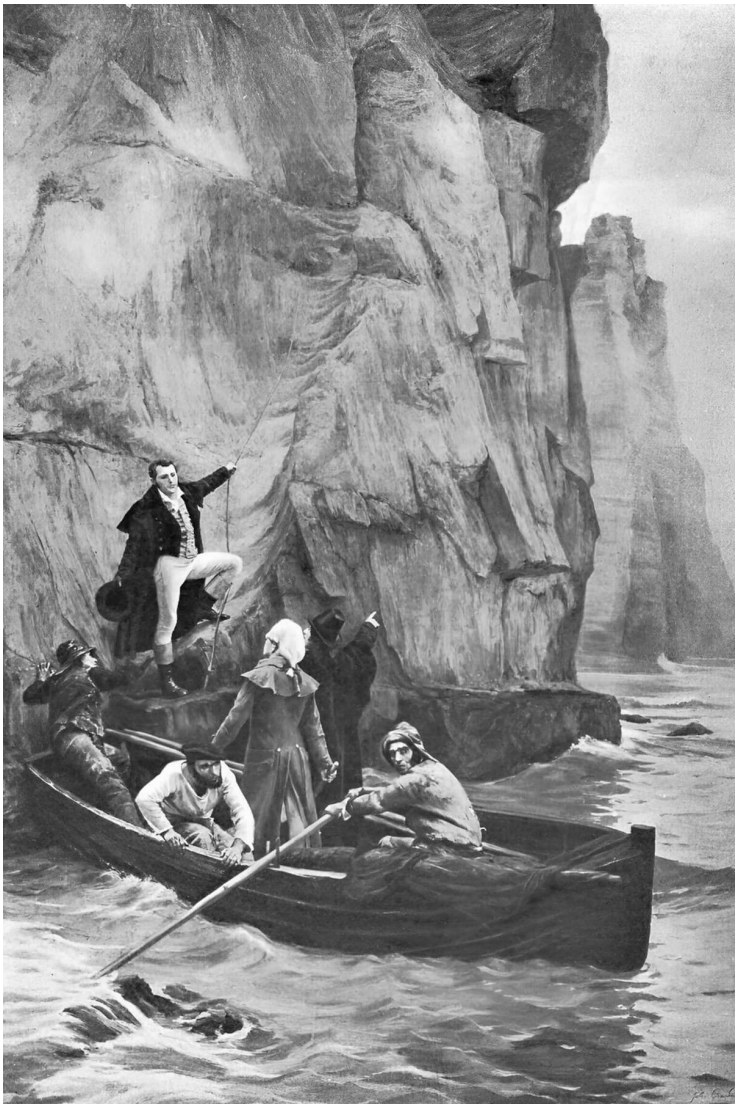
había precedido. Encontró en su casa al prefecto de Seine-et-Marne que, como funcionario cauteloso, estaba preparado para venir a saludar al primer astro que reaparecía así en el horizonte político. Al día siguiente el *Monitor* hacía saber a París, por un decreto imperial, a Francia, a Europa, que el Ministerio de la Policía del Imperio había sido restablecido, y que el senador señor Fouché había sido llamado a él. «S. E. monseñor el senador-ministro» que, el día 22 por la mañana, había prestado de nuevo al emperador su quinto juramento de fidelidad, apareció en el *quai* Voltaire el mismo día, frente a esas Tullerías donde, reedificada por sus cuidados, revivía la monarquía. Iba a empezar el gran ministerio de Fouché.



Los trágicos «baños» de Nantes, en el río Loire. Grabado de la época por Duplessis-Bertaux.



Explosión de la «máquina infernal» en la calle de San Nicasio, de París, al paso del coche de Napoleón, que iba a la Ópera. Grabado del siglo XIX.



Jorge Cadoudal, famoso conspirador contra Napoleón, desembarca en Francia clandestinamente el 21 de agosto de 1803. Cuadro de J. Girardet. Los agentes de Fouché lograron localizarle y, condenado a muerte, fue ejecutado.



Juan Víctor María Moreau. General francés que, descontento por la política que llevaba Napoleón durante el consulado, se retiró a sus tierras y se hizo jefe de todos los descontentos contra el nuevo régimen que se pensaba instaurar en Francia. Tomó parte en la conspiración de Pichegru y Cadoudal. El 15 de febrero de 1804 fue detenido como cómplice de estos dos últimos y condenado a muerte. Napoleón, para librarse de un rival peligroso, le dejó escapar, refugiándose en América. Grabado del siglo XIX.

CAPÍTULO XII

FOUCHÉ

¿Quién es Fouché? Extraña fisionomía.—La vida privada; la economía; la fortuna; el hogar; vida regulada. El trabajo. Servicialidad subordinada al interés. «Moderación hostil». La indulgencia emanando del desprecio de los hombres. Disposiciones con «tirador». Mano de hierro en un guante de terciopelo. Toda su conducta dominada por la preocupación de la fortuna política. Papel que desempeña en su política personal la obsesión del «regicida». Relaciones útiles con los oponentes monárquicos.—Fouché y Napoleón. «El encanto».—Firmeza y habilidad.

Cada vez que reaparecía Fouché en su puesto, entre los que iban a verle actuar nuevamente, se producía un vivo movimiento de curiosidad. «¿Qué era en el fondo este hombre? ¿Qué pensaba? ¿Qué quería? A juzgarlo con una sola palabra se hubiera corrido el riesgo de cometer grandes errores, ya que todo hacía de él un enigma viviente: no era doble, sino triple y, por lo tanto, impenetrable. Y cuando a nuestra vez, habiéndole estudiado, nos preguntamos: "¿Qué era?", no nos hace falta pintar un hombre, sino descifrarle».

Cuando el 22 de mesidor, año XII, volvía a tomar en sus manos los asuntos, tenía cuarenta y cinco años. Alto, muy delgado, huesudo, un poco encorvado ya, la cabeza larga y hundida, el cuello alargado y los hombros estrechos, era de un pálido extraño; este rostro exangüe, que no parecía poder enrojecer ni palidecer, asombraba y, a veces, aterraba. Todo, según testimonio general, era en él de color uniforme, sobre todo desde que prematuramente sus cabellos rubios se habían puesto grises; los ojos, ligeramente ribeteados de rojo, parecían cerrados por lo apagados. Se recuerda el apostrofe de Robespierre ante «esos ojos que la naturaleza había

escondido para permitir a este hombre sustraer su alma detrás de un velo impenetrable». Permanecía siendo así. Pero a veces ofrecía una fisionomía animada y bastante abierta, pues a su expresión de frialdad un poco irónica sustituía de súbito un aspecto de sencillez un poco malicioso. Era ese aspecto el que volvía a encontrar ahora en el hogar familiar y en la intimidad, aspecto que se le había conocido en el Oratorio —según sabemos— como maestro popular y complaciéndose en serlo.

De este Oratorio había conservado los gustos sencillos y una manera de vestir sin boato. Con ropas generalmente oscuras y de corte clásico, llevaba en dicho sentido el desdén hasta la negligencia. Las grandezas no le cambiaron en ese aspecto, ni la fortuna que iba a hacer de él uno de los más ricos capitalistas del país. Habiendo perdido —como sabemos— su patrimonio en los primeros años de la Revolución, había conocido casi la miseria. Se había rehecho una fortuna —ya lo he dicho— al principio mediocre, engrosada bastante rápidamente para ser, desde el final del Consulado, propietario de la importante posesión de Pontcarré y del castillo de Ferríéres, en espera de convertirse también en propietario, durante el curso del Imperio, de un hotel muy hermoso en la calle de Ceruti (actual calle de Laffitte) y de considerables capitales, que no dejaría dormir. Los presentes en dinero de Napoleón, luego las importantes donaciones, se sumarán aún a sus grandes emolumentos de ministro y a la cantidad que deducirá de las licencias de las casas de juego, confiadas a la policía, si bien en 1814, el duque de Otranto pasará por tener de quince a veinte millones. «Pan, hierro y 40 escudos de renta son suficientes a los republicanos —había proclamado en Nevers en 1793—. ¡Despreciemos el oro y el dinero, arrastremos por el barro esos dioses de la monarquía!» Evidentemente, mucho antes de restablecer el trono, se tenían «los dioses de la monarquía».

Así, pues, antes de volver a los asuntos oficiales es muy rico, y no malgasta el dinero. Sencillo por naturaleza, no le gustaban las fiestas, ni la buena mesa, ni las mujeres, salvo la suya. Del Oratorio —como he dicho— aún conservaba una vida ordenada, sin ser avaro

(ya que sabía dar); había conservado también la «moralidad» privada que todos le reconocían: ni un tropiezo en su vida matrimonial; tiernamente consagrado a su esposa (todos lo testimonian), estaba por ese lado apartado de las influencias femeninas que han perdido a tantos hombres públicos, pero no parece que obedezca, en efecto, a otro sentimiento que no sea un gusto natural por la vida regular. Después de haber perdido dos niños, poseía ahora cuatro que —de creer en sus cartas— «constituían su orgullo» y terminaban por fortificar el atractivo que, manifiestamente, ejerció sobre él su hogar. Por otra parte, no se abstenía de moralizar en esas cartas que enviaba a sus sobrinos, pero sin parecer poner en evidencia su puritanismo más de lo conveniente. No hacía ostentación de su vida familiar, permitía vivir a su mujer —en la medida de lo posible— lejos de las recepciones mundanas a las que, convertido de nuevo en ministro, no dará él mismo más que una parte muy pequeña de su tiempo.

Se le veía, sin embargo, en determinados salones, y no de los menos selectos. Era recibido allí —si se trataba, por ejemplo, de los de la princesa de Vaudémont y de la marquesa de Custine— en un plano de intimidad que asombraba, ya que tratado como amigo por estas nobles damas, se había convertido para ellas en una especie de consejero y confidente. No saboreaba sólo en este estado la satisfacción de una vanidad; siendo estos salones, si no hostiles, al menos muy poco adheridos al régimen napoleónico, en ellos encontraba campo de acción personal muy útil y anudaba relaciones que le serían preciosas. Se le encontraba poco, en cambio, en los círculos de las Tullerías, donde no aparecía nunca con su traje azul bordado en oro más que por obligación, y donde no tenía éxito nunca.

*

Así, el trabajo hubiera sido suficiente para apartarle de una vida exterior que le atraía poco. Había sido siempre infatigable en el trabajo. Durante sus tres años de Gabinete era el primero en entrar y el último en salir en los despachos de su Ministerio, donde no perdió ni un minuto. Espíritu siempre en movimiento, alimentaba su genio natural de investigación con el estudio atento de los expedientes, no fiándose más que de sí mismo para tomar partido. La actividad que exigía a su cerebro no se limitaba además nunca a su tarea, ya pesada, de la policía general; le gustaba desbordar sus funciones, y no hay ministro de Napoleón que se interesase tanto como él —con el agrado o no del Amo— en todas las partidas de la administración imperial. Nada de simple oficinista encerrado, como sus colegas, en su propia tarea; su tendencia es interesante por todo, y no dejará de desarrollarla. «El ministro de Policía —decía Talleyrand— es un hombre que se ocupa en primer lugar de lo que le concierne e, inmediatamente, de lo que no le concierne».

Además, el que pretendiera influir en toda la política —incluso la exterior— les complacía bastante por lo general. Se le tenía por uno de los hombres más diestros del Imperio impulsando esta inteligencia hasta la mayor audacia y, por ello, temeroso y temido. Nadie ha escrito que fuera un hombre malo. Todo lo contrario, era inclinado por naturaleza a prestar un servicio y, en la medida en que su servicialidad no contrariaba sus planes, se complacía en agradar. Si encomiaba ante el Amo las medidas suaves con preferencia a las violentas, es que a su modo de ver esa política era más favorable. «Moderación hábil», escribirá de su política Metternich, quien durante años le estudiara con curiosidad. Parece incluso haber olvidado con bastante facilidad sus injurias personales, siendo —escribe él mismo con una sonrisa— «sensible al recuerdo de la moral del Evangelio». No parece que se haya vengado de los ataques de que fuese objeto desde hacía años, más que otro cualquiera; pero si en el momento actual alguien le molestaba seriamente, no dudaba en destruirle.

Esta indiferencia a las injurias venía mucho menos «del espíritu evangélico del Oratorio» que del desprecio increíble que tenía hacia los hombres. «Este desprecio —ironizaba también Talleyrand— viene de que el señor Fouché se ha estudiado mucho a sí mismo». En realidad, más que hombre de mundo, estará toda su vida en estado de penetrar en las villanías humanas. «Conozco a los hombres y las pasiones vergonzosas que los animan», escribe en 1817. Lo había escrito ya en 1804, después de diez años de convulsiones nacionales y de tres años de Gabinete. Había conocido todas las cobardías, todas las bajezas y todas las traiciones, y esta experiencia le autorizaba para considerarse «hombre honrado» incluso cuando él mismo abandonará tan cruelmente, renegará y perjudicará a tantos de los que le habían empleado.

Este desprecio de los hombres había transformado mucho al antiguo hermano del Oratorio. Cuando en otros tiempos había sido un maestro amable, mostraba seguidamente una especie de «rudeza», escribe uno de sus contemporáneos. En efecto, se ha citado con frecuencia a Fouché como un tipo de hombre *cauteloso*. Ahora bien, en numerosos testimonios nos lo presentan más bien como *espíritu censurador*. «Censuraba como un verdadero bretón —escribe una mujer— todas las operaciones que no eran suyas». Uno de los que le vieron en sus últimos años de Gabinete, Francisco Guizot, dirá: «que había conservado de sus largos meses de procónsul cierta independencia audaz». No le intimidaba ninguna situación, y más bien exageró esta audacia hasta la temeridad. Lo veremos en sus relaciones con el emperador. Éste tropezará más de una vez con el espíritu de empresa de su ministro, se quejará de ello; pero admirando más de lo que pueda creerse *la personalidad* en los demás, se interesará por esta «independencia audaz» hasta —otro término que nos sorprende— tratarle de «botarate». Por añadidura, si era contrariado en su voluntad era capaz de destrozarlo todo. «*Cuando gobierno* —escribía— *tengo la manía de querer ser el amo*».

Verdaderamente, esta «rudeza», por lo general, sabía disimularla. Si esa mano de largos dedos huesudos sabía ser de hierro, se envolvía a gusto en el famoso «guante de terciopelo». No era en absoluto partidario de acabar todo con un acto riguroso. Creo que si todavía, o ya hubiera sido ministro en los primeros meses de 1804, tal vez hubiera puesto en guardia a Napoleón contra la ejecución del duque de Enghien, del que se contentó con decir —hemos citado la frase—: «Es más que un crimen: es un error». No es que después de 1804 debiera retroceder siempre ante las ejecuciones cuando se le presentaban «ejemplos saludables»; su pasado de terrorista explica bastante el que pudiera practicar un sistema fuerte, por no decir más. Pero gobernar por la violencia era contrario a su temperamento. Es lo que nos ha hecho escribir que en los años revolucionarios este hombre llevaba una máscara, por otra parte tanto más horrorosa cuanto que no puede creerse que ni por un minuto se haya dejado llevar realmente por la pasión de la sangre. Más tarde, ese temperamento de *moderado* hizo su política, la «moderación política», de la que hablaba Metternich. En el fondo, *todo en él era habilidad*, pero la habilidad estaba al servicio de una pasión, ésta violenta: *la ambición personal*.

*

Desde 1792 ha soñado con desempeñar un papel, cualquiera que fuese, en el drama que de 1789 a 1815 se desarrolló ante sus ojos. Durante un cuarto de siglo será guiado por *la inquietud de su fortuna política*.

¡Su fortuna política! La ha concebido muy diferente siguiendo las épocas. Le hemos visto, desde 1792, lanzarse del campo de los moderados al de los ultrarrevolucionarios, si bien estuvo a punto de pagar su falta por haber llegado tarde, y siendo un espíritu cauto, ha visto su error y ha cambiado de maneras. Sólo que ya no es libre para buscar sus caminos. El 17 de enero de 1793 ha subido a la

tribuna de la Convención para pronunciar dos palabras: «¡la muerte!». Sabemos que han sido una traición frente a su propia conciencia, y esas palabras han pesado sobre su vida entera. ¡Dos palabras! ¡Un minuto! Y era arrastrada toda una carrera. En apariencia ha agravado su caso con sus proconsulados de 1793, por las matanzas de Lyón, pero cosa curiosa, esos horribles meses del año I de la República parecerán más fácilmente olvidables por todos que el «regicida». Es el regicida quien parece tener que envolverse con la túnica de Nessos. Su política no se inspira más que en este temor que le acosa: «las represalias de los monárquicos», si un día vuelven a ser dueños de la situación. Durante mucho tiempo no sacará sino una conclusión: es preciso impedir *a toda costa* el regreso de los Borbones; pero ha visto el fin del Terror y, si bien esta idea sigue siendo fija, le parece que merece reflexión. Ha visto actuar al Directorio y ha perdido la esperanza de hacer de él un baluarte contra la restauración posible de la dinastía caída. Desde entonces ha soñado con un *Gobierno fuerte* que sería el muro alzado contra esa restauración; de ahí el apoyo que prestó —no sin disputa — al 18 de brumario; de ahí, cuatro años más tarde, su participación en la institución de una nueva monarquía. Pero desde el Consulado ha querido, ante todo, presentar obstáculos a toda reacción, y no concibió el Imperio más que como «el heredero de la Revolución», el defensor del espíritu y el protector de los hombres de la Revolución. De ahí la actitud de constante hostilidad a todo movimiento que favoreciese a los elementos de derechas, cualesquiera que fuesen.

*

Y, sin embargo, a esos elementos de derechas que ha combatido cerca del primer cónsul, y a los que continuará combatiendo cerca del emperador, le veremos cultivarlos con relaciones personales como si un secreto designio le impusiese esta doble actitud. Ciertamente, en 1804, un Fouché no puede todavía considerar sin

una especie de demencia una remisión del voto de enero de 1793 por el hermano de Luis XVI. Cuando en 1815, convertido en ministro de Luis XVIII, preste juramento de fidelidad al rey, habrá realizado un sueño que no habrá llegado sino poco a poco a imponérsele. En 1804 este sueño —repito— le está prohibido al regicida; pero sabe que cerca del mismo Napoleón, como ya durante el Consulado, todo lo que induce a la contrarrevolución le es hostil y trabaja en disfavor suyo; la campaña contra el «regicida» no cesará un instante. Entonces trata de encontrar en el propio campo de los monárquicos simpatías personales que, quizá un día, le podrán preservar de las famosas «represalias». Por cuya causa esta excepcional conquista de la aristocracia será uno de los éxitos extraordinarios del hombre, un logro que llamará la atención de todos en julio de 1815, cuando los más intransigentes, los que rodean al conde de Artois, vengan a suplicar a Luis XVIII que conceda una cartera al duque de Otranto y obtengan del hermano de Luis XVI esta increíble «concesión». Ese día Fouché podrá creer que se ha consagrado su fortuna por una especie de monstruoso milagro. Pero a partir de 1804, por lo que pudiera suceder, trata de congraciarse con todos; de ahí esa duplicidad que sigue siendo la característica de su sorprendente carrera.

*

El que esta política haya sido concebida y seguida durante años con éxito, sería suficiente para demostrar todas las habilidades que encerraba su cerebro. Y es que todas sus facultades permanecían al servicio de la famosa «fortuna política». Lo extraño es que el emperador aguantase a su servicio a un hombre tan poco seguro. De hecho, si no lo creía fiel por convicción íntima o sincera simpatía, no dejará de creerle fiel *por necesidad*. Napoleón ha tenido y tendrá siempre el voto regicida del hombre como habiendo cavado entre los Borbones y Fouché, no una simple barrera, sino un abismo

infranqueable. Por ello nunca perderá ocasión de recordar al propio Fouché el voto del 17 de enero de 1793. «Usted ha votado la muerte del rey, Fouché», le dijo un día delante de testigos. Y él, a quien nunca faltaba la réplica para contestar con aparente flema, respondió: «Sí, señor, y es incluso el primer servicio que me ha sido dado hacer a vuestra majestad». Pero este recuerdo, que Napoleón juzgaba a veces necesario, era cruelmente sentido por el ministro regicida. Dicho esto, el emperador tendrá siempre otra razón para mantener a Fouché en el poder. A Napoleón le gusta —he insistido además sobre este rasgo curioso de su carácter— la inteligencia, puede decirse que hasta en exceso. Así, pues, a medida que emplea a Fouché aumenta su estima, ciertamente no por el carácter del hombre, sino por «su capacidad». Es verdad que, puesta al servicio de la política imperial esta inteligencia maravillosamente prudente rinde y rendirá los más grandes servicios al régimen y a su jefe. La actividad que —lo veremos— desarrolla Fouché, especialmente durante las largas ausencias del emperador, pronto le parecerá a éste la condición más preciada para la seguridad del Imperio. Desde el Consulado se han creado entre los dos hombres relaciones estrechas, pero la gran suerte de Fouché ha sido su desgracia en 1802 y los deplorables acontecimientos que han seguido. Napoleón sacó como conclusión de ellos que había hecho mal en despedir el único hombre que, según su entendimiento y la experiencia realizada, pudo mantener la seguridad del régimen. Durante siete años Fouché va a beneficiarse de esta situación. Continuamente el emperador sentirá la tentación de separarse de él y continuamente, retrocederá… Todos los testigos describen esta especie de «encanto», según el término utilizado por el secretario Méneval, que encadena a Napoleón y casi lo domina. Siente por Fouché una antipatía instintiva, pero no es suficientemente fuerte para contrarrestar «la admiración» que le impone la capacidad del hombre.

Digamos para terminar: por esta rara capacidad Fouché se impondrá, no sólo al Amo, sino a todos. Será —una vez en desgracia

Talleyrand— el más «destacado» de los servidores del régimen. Y sus propios adversarios —como veremos— llegarán a juzgarle irreemplazable. Hará del Ministerio de la Policía un incomparable instrumento del reino, y pronto les parecerá a todos que nadie sino él puede manejar esta máquina de resortes al mismo tiempo tan temerosos y tan delicados. Así se encuentra el hombre, en 1804, armado para desafiar las situaciones más escabrosas y los acontecimientos más críticos.

CAPÍTULO XIII

LA DEFENSA DE LA REVOLUCIÓN

Fouché vuelve a instalarse. Nueva marcha de los asuntos.—Actividad de Fouché en el Oeste: la «Agencia Inglesa de Burdeos».—Fouché adopta frente al clero una actitud altanera.—Aterra a los agentes anglo-monárquicos en el extranjero. El emperador dubitativo frente a Fouché entre la estima y la inquietud. Sospecha que se entiende con los monárquicos de los que algunos empiezan a negociar su apoyo.—Otros motivos de descontento del emperador; Fouché lleva la campaña en favor de la paz después de Austerlitz.—Induce, sin embargo, al emperador a la represión de los elementos de derechas.—Nueva agitación en el Oeste; organización del «campo volante» de Pontivy. Fouché paraliza así una nueva insurrección en el momento en que el emperador está otra vez lejos.—Armando Le Chevalier prepara una sublevación en Normandía. Descalabro de los proyectos del agente Prigent en Bretaña.—Fouché se vuelve hacia Normandía; arresto y ejecución de Le Chevalier.—El ministro castiga a la prensa reaccionaria y llama al orden a los prefectos favorables a los adictos de derechas.—Napoleón reaparece en Saint-Cloud.—Nuevo favor de Fouché.

Desde el 22 de mesidor (11 de julio), Fouché se instaló de nuevo en el edificio de la Policía General, completamente resuelto a mantenerse allí desde ahora a despecho de todos. Desde su Gabinete recuperado, iba a tener de su mano, a la vez firme y ligera, durante seis años, los hilos de la policía y, con mucha frecuencia, de toda la política interior del nuevo Imperio.

Sin embargo, encontraba una situación especialmente más escabrosa que la que existía cuando su despido. La proclamación del Imperio, en efecto, había sobreexcitado los sentimientos de los monárquicos. En el Oeste se revolvían de nuevo, y el ministro se encontró, al ocupar otra vez su sillón, frente a informes que le ponían sobre la pista de peligrosos agitadores dejados sin vigilancia desde hacía dieciocho meses. Eran los miembros de una vasta

asociación llamada la *Agencia Inglesa de Burdeos* (la conspiración, en efecto, estaba subvencionada con fondos británicos), extendidos desde los Pirineos a Normandía, con centro en la ciudad girondina. Un asunto de tráfico de plomo —destinado a fundir millares de balas — había dado la alerta, mas hasta entonces el asunto había estado mal vigilado y se había dejado escapar los jefes. Fouché, tan pronto como se vio reinstalado en *quai* Voltaire, trató de encontrar de nuevo, al menos, los hilos de la organización, con su experiencia de las cosas del Oeste, y lo consiguió. De un golpe desbarataba la trama, hacía fracasar la empresa monárquica antes de que tuviera tiempo de alcanzar su objetivo: otra insurrección de «todas las Vendées». Mientras tanto, el emperador, por la coalición que se forjaba en Europa, sería llamado a guerrear lejos de Francia. Por las medidas adoptadas, los monárquicos estaban advertidos de que el ciudadano Fouché de Nantes ocupaba de nuevo el timón y estaba resuelto, incluso en ausencia de Napoleón, a mantener la paz interior. Así se confirmaba también la intención de Fouché de poner una especial atención en las empresas contrarrevolucionarias, conforme a las ideas que desde brumario había puesto en práctica.

En otro terreno esta resistencia a toda empresa de contrarrevolución se acusaba muy claramente: en el de los asuntos religiosos.

Efectivamente, una circular, en estilo bastante elevado fue enviada por él a los obispos. Tenía como finalidad manifestar la resolución del ministro de no dejar atacar los principios de la Revolución, de la que había emanado el régimen imperial —afirmaba una vez más— y a la que él se consideraba fiel. Por cierto, la circular empezaba con palabras un tanto impertinentes: «Hay más de una relación entre las funciones de ustedes y las mías», y explicaba la audaz afirmación: «Nuestra finalidad —proseguía— es difundir una moral que, si es seguida, ella misma será el mejor orden social». Pero al leer bien la circular, aparecía que «la moral» debía incitar a los obispos y a su clero a no predicar más que la sumisión al espíritu del Concordato y, por consiguiente, a las ideas directrices del

régimen imperial. Los obispos respondieron con bastante viveza, protestando de que su lealtad era perfecta. Mas Fouché no se satisfacía con eso y, por medio de sus agentes, se hacía señalar cualquier ataque a la memoria de la Revolución que hiciera, desde el púlpito, el más modesto de los predicadores. Para que se dejase la predicación a los padres seglares, más fáciles de vigilar, aportaba una severa noticia que impedía que se reformasen las congregaciones religiosas, en especial la de *Los Padres de la Fe*, a la que calificaba de «jesuítas disfrazados».

Uno piensa si esta actitud frente a lo que llamaríamos los elementos de derechas debía disgustar a la camarilla que en otros tiempos había hecho todo para conseguir los disfavores del antiguo procónsul de 1793. El militante principal de este grupo era el publicista Fievée que, en el *Mercurio*, se convertía en adversario, a veces violento, de la Revolución, de los «republicanos» y de los «filósofos». Aunque Fouché sabía que el hombre estaba en correspondencia directa con el emperador, el ministro no vaciló en atacar el *Mercurio* y a su redactor después de un artículo sobre Bailly y Mirabeau, dirigido contra las primeras figuras de la Revolución. En la misma fecha atacaba los artículos escritos con el mismo espíritu en el *Diario de Debates*, otro órgano de la contrarrevolución.

En suma: era afirmar en todos los terrenos —contra los monárquicos, los curas mal predispuestos y los periodistas reaccionarios—, que el régimen, nacido de la Revolución, no estaba dispuesto a renegar de su madre; que bajo la mano del antiguo ciudadano Fouché de Nantes, la *Revolución continuaba bajo el Imperio*, y que sólo el espíritu de 1789 inspiraba la nueva Monarquía.

Su actividad no se limitaba a eso. Sabía que uno de los focos activos donde se fomentaban los complots de Francia siempre había sido Ham-burgo. Un grupo de emigrados, bajo la inspiración y con instrucciones del cónsul inglés Rumbold, intrigaban allí tan eficazmente, que se habían vuelto a encontrar —en el fondo de Bretaña y de Vendée— los indicios de su acción. Fouché planteó

ante el emperador el cuadro de la situación y obtuvo que Rumbold fuera simplemente arrestado en Hamburgo por un destacamento de tropas francesas vecinas del gran puerto. El agente inglés detenido fue trasladado a París, donde pareció expuesto a lo peor. Pero como sabemos, por lo general Fouché no era partidario de que se apretaran demasiado las clavijas. El inglés, aterrado, después de revelar todos los secretos fue puesto en libertad. La pequeña sociedad de Hamburgo, por efecto del miedo, se dispersó sola renunciando a su empresa de agitación. Desde entonces la derrota de la contrarrevolución pareció completa. No le hicieron falta más que cuatro meses de Ministerio para batirla en todos sus campos de acción.

*

El emperador, aunque defendiéndose para no dejarse llevar por su ministro parecía, sin embargo, aprobar su vigorosa acción. Nombrado el 23 de pluvioso, año XII (11 de febrero de 1805), gran águila de la Legión de Honor, Fouché recibía del Amo los testimonios reiterados de su deslumbrante admiración y de su afecto personal. Napoleón iba a alejarse de Francia, tal vez durante meses. Quería fortalecer la devoción del ministro. En su ausencia, Fouché iba a justificar su confianza ahogando una nueva tentativa de sublevación. En floreal, año XII (abril-mayo de 1805), había cogido los hilos de un complot que apuntaba al Sur y, mediante algunos nuevos arrestos, arruinó la organización monárquica en las contrarrevolucionarias provincias meridionales. De esta forma pensaba reforzar la confianza que el Amo parecía tener en su forma de actuar.

Sin embargo, Fouché le producía inquietudes, y no lo ocultaba. Al paralizar en sus esfuerzos a los monárquicos del Oeste y del Sur, parecía que el ministro —satisfecho de haber ahogado así en embrión las conspiraciones nacionales— sería más partidario de tolerar el partido reprimido que de aniquilarle. El Amo se extendía en

amargas quejas sobre la «debilidad» de la policía. Una vaga sospecha de traición se filtraba ya en la carta del 29 de agosto. Quizá al emperador le faltara la razón sólo a medias. Los esfuerzos de Fouché para luchar en todas partes contra los monárquicos parecían realmente una razón de más —para el exconvencional— a fin de redoblar la cortesía hacia la aristocracia. Eran tales sus miramientos que, por ese lado, empezaron a hacerse ilusiones y a fundar algunas esperanzas sobre este político singular y enigmático. Tal vez Napoleón, servido por su policía personal, especialmente el prefecto de policía, Dubois, no ignoraba nada de las comprometedoras esperanzas. Fuera como fuese, en esta época es cuando uno de los agentes más activos de Luis XVIII, Fauche-Borel, escribía a lord Grenville que aconsejaba a los monárquicos *«apoyar el partido de Fouché»*. Cierto que este Fauche-Borel, espíritu turbio y difuso era designado como capaz de entrar un día en una conspiración contra el Imperio, con Lanjuinais, Boissy de Anglas, Brune, Lecourbe y gentes de una fidelidad más probada, como Pontécou-lant, Lebrun, Macdonald. Con estos elementos era con los que el agente forjaba una conspiración de la que Fouché hubiese tenido la dirección. Su ayuda parecía indispensable. Lo mismo que Fievée, en sus cartas al emperador, Fauche-Borel, en sus informes a los ministros ingleses, presentaban a este hombre disponiendo de dos partidos de oposición: el monárquico y el jacobino. «Fouché *conoce* —añadía el agente monárquico— *las intenciones del rey*, y es él, a pesar de que las apariencias sean contrarias, quien ha salvado y salva todavía a los verdaderos amigos de la causa del rey». Y citaba casos en que la hábil indulgencia del ministro podía pasar, efectivamente, por servir a un cálculo profundo. En cualquier caso era una opinión que empezaba a progresar en Londres, en los medios monárquicos y en el seno mismo del Gabinete de Saint-James.

¿Eran pura fantasía estas murmuraciones? ¿Había sido sondeado Fouché? Sondeado realmente, ¿había prestado oído a las ofertas al servicio de los agentes monárquicos? Se sabe que era abordable,

poco escrupuloso y cumplía con sus deberes como un ministro leal. Pero puede suponerse que en esta época era, probablemente, muy escéptico sobre la ventaja que podía encontrar de modo personal en derribar a Napoleón en provecho del hermano de Luis XVI y, en cualquier caso, demasiado hábil para contestar claramente. Sin duda, había escuchado y sonreído: eso estaba en sus costumbres. Los partidos proscritos, siempre atacados, tenían una ilusión tenaz. Sin duda no hizo falta más para que naciera en el espíritu de los Fauche-Borel y de los de Andigné la curiosa idea de transformar hipotéticamente al hombre de Lyón en restaurador de la Monarquía legítima.

Con el deseo de combatir esas desconfianzas o de comprometer al Amo, Fouché continuaba —es cierto— encomiando al emperador el rigor hacia el partido monárquico en masa. Mientras que a finales de 1805, persistía —al decir de Hauterive— en «sacar buen partido de los jacobinos que había reconciliado», denunciaba a la severidad del emperador los salones, foco de propósitos malévolos, y las hazañas de ciertos bandidos en los páramos bretones.

La verdad es que Napoleón, ausente entonces de París, tenía con relación a su ministro otros motivos de descontento; era a propósito de la campaña llevada por Fouché en favor de la paz.

El hecho es que deseoso de crearse una popularidad personal y sin parecer asustarse de la cólera del Amo, Fouché hablaba de paz con audacia. La grave crisis financiera en que se debatía su colega Barbé-Marbois no tenía otra causa que la guerra. Se oyeron en escena cuplés en pro de la paz y el mismo estribillo en la prensa oficiosa. «Y ciertamente —escribía a este propósito Fievée al emperador— no gozamos de una libertad de opinión bastante grande para que se permita semejante inconveniencia sin tener autorización para ello». Los enemigos del ministro buscaban los motivos que tenía para interesarse tanto por la paz. «Temía que por sus victorias el emperador saliese bruscamente *de la tutela en que el partido revolucionario pretende* tenerle», insinuaba el publicista hostil. El ministro —añadía aún Fievée— «no se vanagloriaba de

responder del partido revolucionario, lo que era confesar que disponía de él».

Fue en estas circunstancias cuando el emperador reapareció en las Tullerías, el 26 de enero. Fouché tuvo que afrontar la cólera del Amo. Felizmente había encontrado una derivación: Barbé-Marbois, convertido en responsable de la crisis financiera, la pagaba con la pérdida de su cartera. La del ministro de la Policía, que también parecía amenazada, le fue mantenida. Sin duda se había defendido y, por si acaso, atacado a la aristocracia; sus maledicencias lo habían logrado: la hostilidad manifestada contra los actos del emperador provenía de ahí. Y Fouché se retiró habiendo matado dos pájaros de un tiro: ya que si se excusaba, iba a provocar, por otro lado, contra algunos miembros de la aristocracia, la adopción de medidas, cuyos aspectos aborrecibles recaerían sobre el Amo, excelente medio para hacer retroceder en uno o dos años la adhesión de los amigos del rey al César. El 2 de febrero, *«en cumplimiento de las órdenes de Su Majestad»* —tenía buen cuidado de declarar Fouché— el ministro ordenaba el arresto de una docena de aristócratas de categoría, haciéndoles saber, siempre «en cumplimiento de las órdenes de Su Majestad», que eran desterrados a cien leguas de la capital. Igual medida castigaba días más tarde a los abates de Damas y de Dillon. «Estos destierros —declaraba complaciente el ministro— han sembrado el espanto entre los partidarios de los Borbones». Pero al mismo tiempo se compadecía por la pena y la irritación de las «víctimas de Bonaparte». Se hacía rogar en casa de las señoras de Custine y de Vandémont, conseguía que el emperador concediese algunos indultos, de lo que se vanagloriaba y derivaba gran provecho ante la aristocracia.

Cuando el emperador parecía desear una política menos rigurosa contra los monárquicos, sobrevino un hecho que justificó todas las opiniones de Fouché y, una vez más, mostró el peligro de las derechas. El hecho sucedió cuando en agosto de 1806 el ministro fue a anunciar al emperador el curioso y extraño incidente que acababa de producirse en Bretaña. Un audaz chuán, Lahaie Saint-

Hilaire, ocupaba ahora la landa en nombre del rey y del conde de Artois, agrupando a su alrededor diversos «bandidos» de menor importancia. El 23 de agosto, el osado jefe instigador coronaba sus hazañas con un atentado increíble: en pleno día raptaba al obispo de Vannes, Pancemont, odiado por sus diocesanos por lo que llamaban «su complacencia frente al poder imperial». Lo liberó mediante el pago de un rescate y, después de haber humillado así a un prelado cuya adhesión al emperador determinaba el odio del chuán, se burló audazmente de él. En el acto, Fouché reclamó medidas enérgicas, que no le costó trabajo conseguir del encolerizado Amo. Se organizó un «campo volante» de mil quinientos hombres en Pontivy, bajo el mando del general Boyer. A las órdenes de la Policía General, por indicación del propio ministro, el general se entregó a la caza de chuanes que fue, en octubre, noviembre y diciembre el gran quehacer del Ministerio. Además, Fouché paralizó toda esta empresa al hacer arrestar a los jefes destacados: Du Bouays, Policarro y Cécilion. Al mismo tiempo la policía perseguía con ardor a Lahaie Saint-Hilaire, que no podía tardar en caer en sus manos. Éste fue capturado en septiembre de 1807, y el examen de sus papeles probó que al declarar el estado de sitio en el Oeste, el ministro de la Policía había ahogado en embrión un levantamiento realmente peligroso. El Gabinete de Saint-James, que lo había preparado, contaba con este movimiento para inducir al zar a continuar la guerra y para permitir a los ingleses un desembarco en Bretaña en el momento en que el emperador guerrease en Alemania contra Prusia.

*

En efecto, desde diciembre de 1806 Napoleón no estaba en París, y la Policía General era, como en el invierno de 1805 —según lo que se decía— «la verdadera regente del Imperio». Esta nueva ausencia del soberano, debida a la agresión de Prusia, alentaría singularmente las tentativas sediciosas en Francia. Fouché redoblaba, pues, su

vigilancia, pero se las tenía con gente de una constancia bastante poco común.

Apenas abandonó el emperador su capital, cuando se vio llegar a un joven chuán, osado hasta la temeridad: Armando Le Chevalier. Trató de urdir, en París mismo, una intriga con los personajes que ocupaban cargos oficiales, senadores y generales, de los que se había dicho, con razón o sin ella, que estaban descontentos. Decepcionado muy pronto de sus gestiones, se lanzó a Normandía, donde se reunió con un antiguo agitador, el conde de Aché y, al encontrar refugio en el castillo de Tournebut, preparó la sublevación de la provincia que —más cercana a Londres y París que cualquier otra del Oeste— podía preparar el terreno para un desembarco inglés. Durante largas semanas Le Chevalier iba a proseguir su trabajo clandestino.

La atención de Fouché estaba reservada entonces a los acontecimientos de Bretaña. El campo de Pontivy, ciertamente, horrorizaba a la provincia, pero no parecía desanimar a los agentes monárquicos. Éstos eran lanzados ahora sobre las costas septentrionales por *la Agencia de Jersey*, a quien no detenía nada. Se había vuelto a ver en las regiones de las costas del Norte al «bandido» Prigent, aventurero muy temible, y a su lugarteniente Bouchard: se hacían transportar a la costa por Guyon-Vaucouleurs y Armando de Chateaubriand, otros empleados de la agencia que, desde Jersey dirigía el conde de Puisaye. Fouché los vigilaba precisamente en noviembre de 1806 y los señalaba al prefecto de Ille-et-Vilaine: noticias llegadas de Londres que le confirmaban la idea de que los ingleses preparaban un golpe de mano en Bretaña, esperaba ver aparecer allí al propio Puisaye, es decir, al verdadero jefe. El 5 de abril el comisario general de Brest denunciaba el desembarco de Prigent cerca de Saint-Brieuc, y al mismo tiempo Fouché era secretamente informado de que Bertrand Saint-Hubert, otro agente, acababa de aparecer en Morbiham, donde se había unido con el incapturable Lahaie Saint-Hilaire. Como, por añadidura, reaparecían bandas en Mayenne, el Loira-Inferior, Sarthe, Orne y

Maine-et-Loire, Fouché llegó a la conclusión de que comenzaba allí una insurrección que era preciso desconcertar por la captura o, al menos, la huida de Prigent. Se desplegó una actividad extraordinaria: todos los escondrijos fueron registrados, todos los medios de acción que pudiera emplear el agente Puisaye paralizados de antemano, y los mismos sacerdotes fueron advertidos por conducto jerárquico que debían colaborar en esta persecución. No se pudo coger a Prigent, pero lo importante es que de momento se le desanimó: abandonó precipitadamente el país, logró embarcar para Jersey, permitiendo que toda la policía se volviese contra Lahaie Saint-Hilaire. Fue pronto alcanzado, capturado en septiembre de 1807 y ejecutado el 7 de octubre, en unión de otro «bandido», Jean Billy.

Fouché no esperó estos acontecimientos para ocuparse de Norman-día. Desde finales de 1806 Le Chevalier conspiraba activamente allí. Para engañar, el osado chuán volvió a París. Fouché no era hombre que se dejaba engañar: hizo rodear al temerario con una vigilancia estrecha, mientras que toda Normandía estaba envuelta en una sólida red. Cuando tuvo las pruebas, el ministro dio orden de detener al joven chuán, que fue capturado el 20 de julio. Uno de sus agentes, Fierlée, detenido en Normandía y trasladado a París, se convirtió en manos del ministro, en el gran denunciador de la conspiración normanda. Los arrestos se multiplicaron: toda la banda fue cogida, salvo De Aché, al que continuaron persiguiendo con ardor. Le Chevalier y sus cómplices pagaron con sus cabezas la tentativa, y Normandía a su vez apareció pacificada.

De esta forma Bretaña y Normandía fueron contenidas, mientras que las campañas de Prusia y de Polonia retenían al emperador y al ejército cada vez más lejos de París.

*

Por otro lado, el ministro continuaba practicando, con una perseverancia imperturbable, la política de duplicidad que debía alejar a la aristocracia del emperador y a éste de la aristocracia. Señalaba al soberano los más pequeños gestos hostiles, las mínimas palabras hirientes de la aristocracia, denunciando a los prefectos que, como el de Indre-et-Loira «favorecían —decía— a los monárquicos por odio a los republicanos», y haciéndose investir repetidas veces por el Amo del derecho de «cazar» *en su nombre* o de colocar bajo vigilancia en sus tierras a los nobles malévolos. Esta política, practicada con perseverancia por el ministro, relegaba a la aristocracia mistificada a una oposición irritada, aunque impotente, pero no perjudicaba en nada la benevolencia pasmosa de que gozaba el resbaladizo ministro, al parecer, en los medios más exigentes.

De hecho, en los círculos monárquicos de Londres seguían contando con el apoyo del hombre de Lyón. El emperador estaba enterado por determinadas «revelaciones» debidas al prefecto de policía, cada día más hostil a su ministro. Por otra parte, Napoleón estaba menos irritado de lo que podía creerse; al contrario, estaba seducido por una especie de admiración hacia ese Fouché quien, regicida y terrorista, empezaba a despertar las esperanzas y a ganarse las simpatías de todo un grupo de agentes de los príncipes.

En cuanto a Fouché, no se creía sino más fuerte. También se atrevía a hablar otra vez con bastante seguridad sobre el tema de la paz y de la guerra. Esta guerra, que no obstante haber empezado con la clamorosa victoria de Jena se prolongaba indefinidamente por la penosa campaña de Polonia. Eylau había sido una victoria disputada y, en todo caso, comprada a un alto precio. Los temores de Fouché se habían despertado entonces a propósito de la vida del emperador y, por consiguiente, de la suerte del régimen. Además, en Francia se murmuraba y nadie lo sabía mejor que el ministro de la Policía.

Éste se hacía eco de sus quejas, provocando además en el emperador crisis de impaciencia. Pero había hecho más: una

comisión del Senado fue a Berlín por consejo del senador Fouché a suplicar al emperador que hiciera la paz. Era hacer de él, de Fouché, un campeón de la paz, labrarse de este modo una popularidad fácil, a expensas del soberano, «incorregible guerrero». Napoleón vio clara la maniobra y se creció. Su exasperación fue tal —si hemos de creer a Savary— que parecía que el ministro estaba ya hundido. Por parte de Savary, era regocijarse demasiado pronto. Fouché tenía amigos fieles en el Estado Mayor; Murat y Lannes intervinieron cerca del emperador, que se calmó. Por lo demás, el ministro, que no ignoraba nada de estos incidentes, pareció no preocuparse mucho. Para salir del trance a fuerza de audacia, continuó escribiendo al emperador cartas en favor de la paz, a veces de una temeridad extremada. «Es evidente para el que observa con atención los matices de la opinión —se leía allí, por ejemplo— *que el emperador es más o menos bendecido por todas las clases según crean que su espada está más o menos enfundada en la vaina*». Dirigida al hombre cuya «vaina» estaba siempre vacía de su espada, estas palabras constituían casi una insolencia. Los que rodeaban a Napoleón creyeron que Fouché se había vuelto loco; se predecía su caída cuando Napoleón, concluida la paz en Tilsit, se dirigió a París.

*

El 27 de julio reapareció en Saint-Cloud. Pero estaba de buen humor, porque la alianza rusa había llevado su sistema al apogeo. Fouché se aprovechó de ello. Por cierto, no faltaban los informes sobre «intrigas». Pero por otra parte, durante esos diez meses de ausencia, el ministro había hecho méritos para el Imperio. Caer en desgracia hubiera sido injusto, aún más, impolítico, dado el crédito conquistado por el hábil ministro ante una mayoría de la opinión pública. Después de todo, había ahogado en embrión dos sublevaciones: Bretaña y en Normandía. El regreso de julio de 1807

es el único que no estuvo señalado por una escena violenta del Amo con Fouché.

Los ocho meses que siguieron a tales acontecimientos, de agosto de 1807 a abril de 1808, señalan realmente el apogeo, bajo el Imperio, de la carrera ministerial del hombre, de su provecho y de su poder.

En el Oeste, después de tantos esfuerzos, la tranquilidad parecía asegurada. Y mientras paralizaba así en Francia el movimiento monárquico, Fouché sabía, por los últimos incidentes, que en Londres ciertos monárquicos le consideraban como posible aliado, lo que le abría en el porvenir, en hipótesis, risueñas esperanzas. El emperador, vencido por su audacia tanto como persuadido de su capacidad, le mostraba gran confianza. El partido de la reacción pareció abandonar la esperanza de aniquilar, de momento, a ese personaje, en verdad demasiado fuerte.

No es que le diera seguridades. Al contrario, continuaba aplicando con cierto rigor su política de «defensa de la Revolución», recogiendo y echando a la papelera, durante el invierno de 1807-1808, las obras hostiles a esta Revolución —con un título o con otro—, a sus hombres, a sus instituciones; reprendiendo con vehemencia a los funcionarios que, como el señor de Carné, que por sus relaciones y sus propósitos eran causa de inquietud para los adquirientes de bienes nacionales y reprimiendo toda «intrusión» del clero, considerada abusiva.

Durante los últimos meses de 1807, se ve al ministro, introducido por el emperador en el Consejo de Asuntos Eclesiásticos, dirigir a su colega de Cultos los más hostiles informes contra los *Padres de la je*. La Compañía, en verdad, trata de conquistar al hombre. El padre Varin, su director, solicita una audiencia. La entrevista entre el superior de esos «jesuitas disfrazados» y el antiguo oratoriano resultó, no obstante, comedida, Fouché no era hombre para romper con violencia. Procuraron por una y otra parte tomarlo en plan divertido. Pero aún no había abandonado el padre Varin el edificio del Ministerio, cuando Fouché dirigía al emperador una carta en la

que le solicitaba no dejara introducirse «al enemigo en casa». El padre Varin, continuó organizando casas y colegios hasta que al año siguiente, el 8 de noviembre de 1808, Fouché decidió, simple y llanamente, arrestarle y expulsarle.

El ministro no se conformó. Junto a la vieja antipatía del exoratoriano por los jesuitas, existía la más reciente severidad del exconvencional, y los actos de intolerancia del clero —durante el invierno de 1807-1808— especialmente señalados al ministro de Cultos. Los obispos fueron reprendidos, los curas suprimidos de sus rectorías; un vicario que predicó en sentido hostil «al espíritu concordatorio», fue detenido por orden de Fouché. Con este motivo encargó a los prefectos que hicieran conocer a todos «que el Gobierno protegía con toda su autoridad a los curas que profesaban la moral del Evangelio, pero que perseguía con severidad a los que abusaban de su ministerio para inspirar sentimientos de odio y de venganza, y se convertían en hombres de partido en el momento en que él, ministro de la Policía, se esforzaba en borrar hasta las menores huellas de las antiguas divisiones».

En el Oeste, Bretaña atraía de nuevo la atención del infatigable ministro. No habían perdido la esperanza de apresar allí a Puisaye o, por lo menos, a Prigent si reaparecían. Así, pues, gracias a una sucesión de hábiles observaciones, de ingeniosos acercamientos y activas vigilancias —un modelo de campaña policiaca—, la policía había conseguido la prueba de que el audaz agente monárquico estaba de nuevo en el continente: las revelaciones del marqués de Puisaye des Joncherets, hermano del gran agitador monárquico, del que Fouché estaba seguro, permitían creer que Prigent venía al Oeste con todo un plan de insurrección combinado en vista de nuevas complicaciones exteriores ya previstas en Londres. Era cierto que el agente De Puisaye había desembarcado el 20 de enero procedente de Jersey y ocupaba la landa con su ayudante, Bouchard. La policía se lanzó en su persecución con especial ardor. Fouché pareció poner en ello toda su habilidad. El emperador mismo se interesó apasionadamente por tal persecución; tenía gran interés

en que se impidiese toda sublevación, ya que iba a abandonar de nuevo París para ir a Bayona, donde le reclamaba la solución de los asuntos de España.

Mientras Napoleón se establecía durante seis meses en los Pirineos, el ministro se ensañaba persiguiendo desde su Gabinete a los miserables que caían en la ratonera, ya que la costa, escrupulosamente vigilada, no se prestaba a un desembarco. Sin albergue, sin recursos, los dos agentes sucumbieron. El 5 de junio fue capturado Bouchard. Ofreció miserablemente entregar a su compañero, que estaba durmiendo; éste fue capturado tras una corta y violenta resistencia. Fouché, triunfante, hizo que llevaran a París, atado de pies y manos, al agente De Puisaye, del que esperaba obtener informes sobre el partido monárquico.

Esta captura era muy importante: Prigent debía ser realmente el último tipo del «bandido» audaz. Su arresto y ejecución iban a tener en el Oeste una resonancia saludable, y sus revelaciones sobre la agencia de Jersey permitirían al ministro desorganizar para siempre la empresa an-glomonárquica. Tal acontecimiento era apasionadamente deseado por el emperador desde hacía dieciocho meses. Iba a felicitar por ello muy calurosamente al ministro. De hecho, el arresto de Prigent parecía cerrar la era de la Monarquía activa y coronar la política seguida desde hacía cuatro años por el perseverante adversario de la contrarrevolución.

CAPÍTULO XIV

LAS PRIMERAS INTRIGAS

Un «gran complot republicano». El prefecto de policía Dubois. El primer asunto Malet. El Senado comprometido. Dubois ordena arrestos. Estupefacción del ministro de la Policía. Trata de hacerse con el asunto para ahogarlo. Dubois, inquieto e irritado, denuncia todo al emperador.—Los sentimientos de Napoleón de cara a este complot. Fouché se encarniza por reducirlo a nada. Su actitud alarma al emperador. El ministro hace realizar una información contraria que termina con la confusión de Dubois. Napoleón exasperado. Cambacérès calma al emperador. Consecuencias bastante graves de este asunto para Fouché. Por qué, no obstante, lo conserva Napoleón.—La campaña de Fouché en favor del divorcio. Sus móviles. Audaz gestión cerca de la emperatriz: negativa de Josefina. Fouché, comprometido, emprende y prosigue durante un año una campaña más activa contra la emperatriz.—La captura de Prigent: descubre los secretos de la organización monárquica. Fouché se aprovecha de ello para emprender su combate a fondo. Se apodera del agente Guyon-Vaucouleurs.—Última tentativa del chua-nismo: Armando de Chateaubriand desembarca en Bretaña. Nuevas intrigas del ministro. Inquietudes que le produce la campaña del emperador en España.—Su alianza con Talleyrand. Fouché y Talleyrand: su abierta reconciliación. Emoción del mundo político. Inquietud del emperador. Vuelve precipitadamente a París. Escena violenta con Talleyrand. Campaña contra Fouché. La guerra de Austria le salva. Relaciones cordiales con Mettemich y el mundo diplomático. Estas relaciones dan a Fouché una reputación europea.

La captura del agente monárquico salvó, sin duda, a Fouché de una desgracia. Le hizo valer cerca del emperador en un momento en que le era muy necesario. En efecto, un estúpido asunto acababa de comprometerle, momentáneamente, a los ojos del Amo, y fue explotado ardorosamente por todos los enemigos del ministro. Era el asunto Malet. *El primer asunto Malet*.

En el momento en que la conspiración monárquica del Oeste iba a ser atravesada de parte a parte para la mayor gloria de Fouché, un buen día el ministro se vio muy sorprendido al enterarse de que su subordinado, el prefecto de policía Dubois, celoso de sus laureles, acaba de descubrir con gran misterio un grave complot, éste republicano. En él se encontraban comprometidos antiguos convencionalistas, generales, senadores, altos fun-cionarios. Sin decir nada de ello al ministro, el magistrado había hecho arrestar a los principales agentes, reservándose, sin duda, para un poco más tarde la de los altos instigadores, entre los cuales no estaba lejos de hacer a su encumbrado superior el honor de incluirle.

Este Dubois era tonto, pero en su situación, un tonto peligroso. De vanidad desmesurada y servido por una inteligencia muy mediocre, este antiguo procurador del Parlamento debía a la activa protección de Fouché y de Réal el haber sido colocado a la cabeza de la magistratura fundada por el decreto de 17 de ventoso, año VIII. Fouché, no obstante, había restringido sus funciones y, al no poder retirarle de derecho ciertas atribuciones políticas, no cesó de mantenerle con mano firme en «la administración de las muchachas, de los ladrones y los faroles del alumbrado público». Dubois se había resignado poco más o menos a este papel bajo el Consulado, pero el interregno que se había producido en *quai* Voltaire de 1802 a 1804, tuvo, entre otros inconvenientes, el de convertir al prefecto de policía en casi independiente y de embriagarle con tal independencia. Fouché, desde su regreso al Ministerio había rebajado el exaltado orgullo del subordinado, ya con duras observaciones, ya con burlas sarcásticas. Los que rodeaban al ministro no eran considerados como el pobre prefecto: en el *quai* Voltaire trataban a éste de buena gana como a un palurdo. Debido a dichas circunstancias, nació en Dubois un verdadero odio contra el ministro y las personas que le rodeaban. Al partido reaccionario no le había costado, por tanto, ningún trabajo convertir en instrumento al funcionario amargado que, además, por chasquear al ministro, se había hecho de pronto muy hostil al espíritu y a los hombres de la

Revolución. Así, pues, policía desconfiado y receloso, el prefecto veía en todas partes complots y peligros. Tenía un sueño: el de descubrir él solo una gran conspiración. En el *quai* Voltaire se decía riendo que se la pedía cada mañana a Dios en sus oraciones. Pero sus informes eran, sobre todo, muy hostiles a los *anarquistas* y *jacobinos*, epítetos bajo los cuales el antiguo magistrado del Terror designaba a los republicanos que no había podido detener o de quienes no había querido aceptar la servidumbre dorada. Mostraba especialmente gran desconfianza hacia los senadores a quienes tenía por *republicanos* y, por tanto, enemigos.

Su conspiración que, por lo demás, no estaba del todo preparada, creyó haberla descubierto en el complot del general Malet.

Malet, republicano fervoroso, audaz, no era, sin embargo, el insensato que se creía por lo común. Era un hombre. Su odio al *despotismo* era sincero. A su juicio había que «tumbar» a Bonaparte, e inmediatamente vendría la adhesión de todos. Pero sin duda le repugnaba el asesinato. Su sueño era, como el de Fauche-Borel en Londres, agrupar a los descontentos, no para restablecer a los Borbones —como quería el agente monárquico—, sino para restaurar la República. Había descontentos en el Senado, en el ejército, en las altas esferas administrativas e, incluso, en los ministerios; su colaboración le parecía segura el día que se fuera a actuar: sabía que esta gente, con sus entorchados, estaría allí para recibir a la Revolución empezada con sus manos y consumarla para aprovecharse de ella —o, al menos, lo creía—, y entre éstos incluía al propio Fouché, lo mismo que Fauche-Borel en Londres a cuenta de la Monarquía.

Amenazado de caer en desgracia desde 1804, a consecuencia de las manifestaciones contra el establecimiento del Imperio, y destituido en 1807, el general había abandonado su división de Angulema para venir a París, donde frecuentaba una mala sociedad, los *anarquistas*, como decía Dubois. Y, verdaderamente, pronto se puso a conspirar.

Se encontró relacionado con los últimos restos del partido jacobino intransigente. El jefe era un antiguo agente de Robespierre, Eve Damaillot quien, al final de un cambio de Gobierno, había formado por su parte un comité al que daban carácter bastante serio antiguos miembros de la Convención como Ricord, Florent Guyot y el extribuno Jacquemont, jefe de la oficina del Ministerio del Interior. Demaillot, no obstante, pensaba agregarles a los generales y a los senadores. ¿Creyó encontrar en algunas palabras imprudentes del senador Garat un estímulo dado en nombre de los antiguos convencionales del Senado? De hecho, Damaillot, fingiendo estar seguro de Garat, de Sieyès, de Lanjuinais y de otros del Senado, encontró sus generales; Malet le consiguió dos: se trataba de viejos soldados de la Revolución caídos en desgracia y descontentos, los generales Guillet y Guillaume. El plan era el siguiente: al marchar el emperador a Bayona y encontrarse los ejércitos dispersos por todas partes, Jacquemont debía asegurarse definitivamente la colaboración de los famosos senadores. Demaillot y sus amigos contaban con crear el senadoconsulto aboliendo el Imperio y convocando a los ciudadanos a elegir una Asamblea Nacional. En la espera debía instalarse un Gobierno provisional, donde se vería a La Fayette, Malet, el almirante Truguet, Moreau, los senadores Lambrecht y Lanjuinais. Cambacérès, jefe oficial del Gobierno en ausencia del emperador, sería arrestado el primero en su residencia. En cuanto al ministro de la Policía, cosa curiosa, daban la impresión de no preocuparse de él. Este silencio era comprometedor, parecía implicar una confianza —con justificación o sin ella—, si no en la complicidad, al menos, como en brumario del año VIII, en su indulgente neutralidad.

El 9 de junio el general Lemoine, llamado para que prestase ayuda a la conspiración, e iniciado en sus proyectos, les denunció al prefecto de la Policía.

Dubois debió de estremecerse de alegría. ¡Qué conspiración! Generales republicanos, antiguos miembros de la Convención, La Fayette, Moreau, senadores amigos del ministro de la Policía y,

¿quién sabe?, yendo al fondo de las cosas, ¡el propio ministro! Era la idea de una posible complicidad del ministro la que inspiró a Dubois el deseo de atacar antes de advertir a Fouché. El 16 de junio, muy en secreto, el prefecto de la Policía hizo arrestar a Demaillot, Florent Guyot, Ricord, los generales Guillaume, Guillet y Malet y, finalmente, a Jacquemont. Después de interrogatorios rápidos, someros y desordenados, los hizo encerrar en la Force.

Advertido Fouché le faltó poco para quedar aturdido o, al menos, fingió una sorpresa extraordinaria. Pero al oír a Dubois que, sumamente excitado por su descubrimiento, hablaba de ello con inconcebible jactancia y, sobre todo, al oírle denunciar, de buenas a primeras, la complicidad de los senadores, le pareció que en ello había un peligro real, para sus amigos y para el equilibrio de la política que defendía. Pensó poder sofocarlo todo, caso de que realmente hubiera algo. En consecuencia, se apresuró a hacer comunicar al prefecto que parase todo y aplazase toda decisión. Dubois se asustó; le iban a robar la conspiración. No había acabado de recibir la orden del ministro, cuando —sin preocuparse de ella— escribió al emperador, basado en los muy someros interrogatorios, un informe largo y novelesco, transmitiéndole, sin pasar por Fouché, treinta y una piezas justificantes, declaraciones y cartas. Este informe afirmaba la existencia de un vasto complot: se debía restablecer la Constitución del año VIII, la República; estaban complicados doce senadores, de los cuales Garat de modo más especial —aseguraba el informe— porque había redactado las proclamas; La Fayette era de la banda, etc. Y, en el colmo de la exaltación, el prefecto de la Policía pedía nada menos que la comparecencia evidente y rápida de los culpables ante la Corte Suprema y la apertura de un gran debate.

¿Cómo pudo Napoleón atribuir a tal aventura la importancia que iba a darle desde el principio? Tenía —lo hemos dicho— la sospecha pronta. También encontraba en el asunto nombres que le eran odiosos: La Fayette, Lanjuinais, los senadores liberales, sin hablar de Malet; tal vez Fouché y Talleyrand estaban mezclados en el asunto.

Y, además, cogía a Fouché en flagrante delito de negligencia, si no de complicidad; estaba encantado de ello, considerando que el ministro se hacía demasiado el hombre infalible. Fingió, pues —quizá más de lo que experimentó—, un violento disgusto por la «imprevisión» de su ministro y, sobre todo, por la ligereza con que éste aparentaba tomar el gran complot. Es cierto que Fouché no fue hábil en esta circunstancia. Estaba muy irritado contra Dubois, queriendo mortificarle haciendo girar el asunto hacia el ridículo; le empequeñecía, le ahogaba, pareció aprobar el rumor de que estaba comprometido personalmente. Así, pues, hacía mal en negar todo complot; el complot existía. Dubois no hizo más que exagerar desmesuradamente; había una conspiración. En cuanto a Malet, era evidentemente un hombre peligroso, puesto que emprendida en 1812 —en condiciones mucho más difíciles— la singular tentativa con la que soñaba en 1808 parecerá estar a punto de realizarse.

Fouché hacía mal, por lo tanto, como jefe de la Policía, al tomar frente a dicha conspiración una actitud maliciosa e indiferente. Desde entonces había derecho a preguntarse si no existía allí más que un efecto de su despecho y de su desprecio por Dubois o, si realmente el ministro, habiendo participado, poco o mucho, en estas intrigas, no buscaba ahogarlo todo bajo el ridículo y el desdén.

*

La impresión que recibió el emperador, leyendo en Bayona las cartas de Fouché fue muy deplorable para el ministro. Fingió felicitar calurosamente a Dubois por medio de Cambacérès, le instó a darle cuenta directamente de lo que descubría y así le permitió emanciparse de la mediación y control del ministro de la Policía. Además, Napoleón encargó a Cambacérès —entonces muy hostil a Fouché— una investigación suplementaria sobre las relaciones del acusado Jacquemont con el Senado y otra sobre los oficiales retirados. Finalmente, el 17 de junio dirigió al ministro vivos

reproches, aparentando anglobar en el asunto los restos del partido liberal, hablando con amenazas de Benjamín Constant, «ese canalla que estará siempre protegido en París» (lo estaba por Fouché), de Garat, «una cabeza débil», y de La Fayette. «Tengo el placer de que el prefecto de la Policía —añadía el emperador— siga con este asunto».

Envuelto en su imperturbable desdén, Fouché continuó encogiéndose de hombros. Sin embargo, como la jactancia del prefecto empezaba a irritarle, denunció el mal efecto de sus desconsiderados propósitos; no se hablaba más que de «diezmar el Senado», que se apretaba, se inquietaba. En efecto, la Asamblea se creyó amenazada, uno de los miembros del grupo, señalado entonces, certificará más tarde que Fouché solo, en ese momento, preservó al cuerpo senatorial de una depuración. El propio ministro, adelantándose a las sospechas, transmite al emperador los rumores absurdos u odiosos que circulan en contra suya. Fouché decide —decían— «colocarse a la cabeza de un cambio de Gobierno», etc., etc. Todo ello, aseguraba, era culpa del prefecto de la Policía, «que quisiera hacer creer en un gran incendio para aparentar que lo apagaba». La protección que el emperador dispensaba a Dubois no parecía imponer al ministro quien, el 24 de junio, dirigía a aquél una nota en un tono muy duro. Considerando «vagas y superficiales las declaraciones de los arrestados», le declaraba «que no era por medio de interrogatorios concisos como se llegaría a descubrir la verdad». Criticaba en términos amargos el sumario instruido, volvía a poner el asunto a examen y confiaba la realización a tres consejeros del Estado, agregados a su Ministerio. Pero incluso antes de que se abriera este nuevo sumario, Fouché había logrado hacer refutar a Desmarets las declaraciones del prefecto; el informe de Desmarets expresaba la pena de que «los propósitos de los conspiradores no hubiesen sido recogidos con más cuidado», y censuraba en términos severos la forma precipitada con que se había llevado el sumario.

El emperador, muy irritado, no se equivocó en absoluto, ya que el 29 de junio desaprobaba la constitución de la comisión investigadora y continuó aparentando gran confianza en el *descubrimiento* de Dubois. Su desconfianza era tal frente a Fouché, que presionaba al archicanciller para que pusiera en guardia a los dos consejeros de Estado, Pelet y Réal, contra «la presión» del ministro «de apoyar a Dubois y testimoniarle su estima». Esta carta a Cambacérès parecía indicar en general en el emperador una reacción violenta contra las ideas de Fouché y la política en la que se había metido; había perdonado demasiado a los *anarquistas* que, desde el año VIII «no cesaban de tramar una sorda conspiración».

Sin embargo, el mismo Napoleón se sentía en una posición falsa. En efecto, después de la investigación, Réal y Pelet hubieron de reconocer que el complot no tenía consistencia y se burlaron de las conclusiones de Desmarets. Lo peor fue que Dubois tuvo que firmar con los otros la confesión de su desacierto. De este modo, el emperador, demasiado lejos para formarse una idea clara, no tenía más que la elección entre dos papeles igualmente enojosos; había sido engañado con el desacierto del prefecto, o lo era con la astucia de Fouché. Napoleón, irritado por esta situación, se apasionaba en sostener, contra el mismo Dubois, que Dubois tenía razón; no le gustaba no haber tenido razón. Su carta del 13 de junio mostraba una irritación extrema: «Recibo su carta del 9 de julio —le escribía al ministro—. ¡Ya no concibo nada en su cabeza! ¿Es que hace demasiado calor este año en París? Le pido al archicanciller que me explique todos estos logogrifos. Todo lo que veo es detestable: sea, pues, ministro de la Policía, reprima a los que arman enredos, pero no los arme usted. Tranquilice a la opinión en vez de lanzarle chispas inflamadas de discordia. Sea el superior y no el rival de sus subordinados. En dos palabras: no me dé usted solo tanto trabajo como toda la policía del Imperio». El mismo día, el emperador, vagamente inquieto por la actitud descontenta de Fouché, mandaba al archicanciller a calmar al ministro y reconciliarle con Dubois. «¿A quién odia (Fouché)? —escribía—. Nadie le ataca; nadie ataca el

Senado… empiezo a no comprender nada de la conducta de ese ministro… ¿Sus celos contra el prefecto de la Policía pueden conducirle a semejantes excesos?» La inquietud del emperador se filtraba entre líneas; de pronto se convirtió en tan exagerada, que la idea de una traición afloró a su espíritu. Súbitamente tuvo miedo. El 17 de julio este sentimiento se abría paso en una nueva carta a Cambacérès: «Empiezo a temer que Fouché tenga la cabeza estropeada; favorece las chispas inflamadas de la discordia de las que espera servirse *y no quiere en absoluto desanimar a las gentes que prevén circunstancias de muerte o de acontecimientos extraordinarios…* Estas conclusiones (las del informe de Fouché) son demasiado absurdas. No veo que Malet, Florent Guyot, incluso Jacquemont estén comprometidos; es el prefecto de la Policía quien ha conspirado. El señor Fouché me toma por demasiado imbécil…» Calcúlese hasta qué punto había subido la animosidad del Amo contra su ministro.

Cambacérès tuvo que escribir para calmarle. El emperador se equivocaba. En París la opinión estaba de parte de Fouché. La postura de Dubois, que había desmentido sus propias declaraciones, era lamentable. Para darle una mínima satisfacción se había mantenido en prisión a Malet, Jacquemont, Florent Guyot. Fouché preservó a los otros. Por lo demás, el emperador tenía sus motivos —lo veremos enseguida— para mantener a Fouché en su puesto y, no pudiendo destituirle, le parecía útil no empujar hasta el final al peligroso personaje. Fingió creer en la segunda investigación. El día que volvió a ver por primer vez a Réal, le cogió por la oreja: «Están ustedes muy orgullosos, señores, muy contentos, ¿verdad? Se han divertido ustedes mucho haciendo firmar a ese pobre Dubois que no es más que un tonto. —Señor, es él quien lo ha dicho y escrito. No le hemos llevado la mano—. ¿Y son ustedes quienes me lo han llevado? —Sí, señor, para vigilar a los ladrones, a las muchachas y los faroles, empleo que le es eminentemente adecuado. ¡Me hubiera cuidado mucho de proponérselo a Vuestra Majestad para cualquier cosa!»

El prefecto, sin embargo, fue mantenido en su puesto porque el emperador había sido injustr con él. Pero desde entonces fue un enemigo irreconciliable que Fouché cuvo en la prefectura de la Policía.

No fue la única consecuencia grave que para el ministro tuvo esta «conspiración» Malet, sobre la que hemos creído —por tal razón — tener que insistir. La desconfianza del emperador quedó avivada con este asunto y, en general, respecto a la conducta de Fouché. Se verá el día que en 1810, instalado Savary en el Ministerio de la Policía, Napoleón le dé la inesperada orden de hacer un nuevo informe que, por lo demás, no señalará sino lo conocido. A nuestro juicio Fouché no había participado en absoluto en el «complot Malet»; pero las circunstancias habían probado, una vez más, que cualquier partido hostil al Imperio ponía en él su confianza. Pero Fouché sacaba de las empresas dirigidas contra él tal provecho, que imponía al propio emperador.

*

Aparte de eso Napoleón tenía sobre su ministro unos proyectos que aún le hacían un hombre muy preciado.

Fouché, en efecto, acababa de asumir con mucha espontaneidad un nuevo papel: se había revelado el campeón decidido del divorcio imperial. Fue, ciertamente, por este título por lo que debió de ver, en 1808, prolongarse durante dos años su existencia ministerial. El divorcio se hacía necesario para la perpetuación de la raza imperial y ésta indispensable para la solidez de un régimen que, en el sentir del ministro, sólo él podía proteger *contra la reacción*, con los principios de 1789, a los hombres de 1793. Era prever de lejos y ver desde arriba. Por supuesto el interés inmediato no imponía a Fouché semejante actitud, pero había llegado la hora en que tenía que sacrificar un interés muy visible y muy inmediato —la amistad de la emperatriz y de sus partidarios— con miras más amplias.

El Imperio fue establecido con la aprobación, casi sobre la iniciativa de Fouché y éste, espíritu lógico y frío, se puso a la cabeza de la situación; eso estaba en sus costumbres. Si hemos de creer a Bourrienne, desde 1805 expondría a Napoleón sus ideas sobre este punto con una terrible nitidez. «Sería de desear que muriese la emperatriz; eso suprimiría muchas dificultades. Tarde o temprano será preciso que *él* tome una mujer que le dé hijos. Ya que en tanto no tenga herederos directos, es de temer que su muerte sea la señal de la disolución. *Sus hermanos son de una incapacidad escandalosa, y se vería surgir un nuevo partido en favor de los Borbones; y eso es lo que hay que prevenir*». Que esta confidencia haya sido hecha realmente o no a Bourrienne, resume muy bien, a nuestro juicio, las ideas del hombre sobre dicho punto. Pensaba, pues, constantemente en el divorcio, aunque este pensamiento no hubiera surgido hasta 1807.

¿Por qué esa fecha de 1807? Sin duda, Fouché había vacilado hasta entonces, como consecuencia de una consideración que tenía su peso. Estaba claro que, tan pronto se divorciase, el emperador pediría la mano de una princesa perteneciente a una de las familias reinantes. Siendo así que la elección de princesa podía tener, sobre la política general del Imperio y, por consiguiente, sobre la existencia material de Fouché, una influencia considerable. Los Romanov, en franca hostilidad desde 1805 a 1807, eran imposibles en ese momento: sólo dos cortes aparecían en la lista en este caso: Sajonia y Austria; una, aliada al emperador; la otra, reconciliada con él. Pero precisamente Fouché no quería Sajonia ni Austria. Las dos Casas pasaban por ser las más «antiguo régimen» de Europa. El rey de Sajonia era, en virtud de diez alianzas, primo cercano del conde de Lille, y el emperador de Austria había sido sobrino de Luis XVI. La entrada de una princesa de Sajonia o de Austria en las Tullerías podía ser, si no la señal de la reacción, por lo menos un singular estímulo para quienes la encomiaban, como se verá en 1810. La paz de Tilsit lo cambiaba todo: ponía en la lista a los Romanov. Fouché debía encomiar con todas sus fuerzas el matrimonio ruso; la

dinastía, sin alianza con los Bor-bones ni el *antiguo régimen*, sin principios políticos muy determinados, preservada finalmente de la influencia católica por su heterodoxia, le pareció indicada para proveer al nuevo Imperio de la soberana deseable. Desde ese día, en el espíritu de Fouché, Josefina estaba condenada irrevocablemente, y la campaña empezó al día siguiente de Tilsit.

El ministro debió de vacilar tanto menos en actuar cuanto que no le hizo falta mucha perspicacia para darse cuenta de que, bajo la apariencia de querer forzar la mano del emperador para el bien del Imperio, se adelantaba a los deseos de Napoleón. Sin duda, Fouché se había identificado con este secreto deseo, y actuó.

Los periódicos empezaron entonces a aventurar tímidas alusiones al posible divorcio; en los salones del ministro de la Policía se oyeron con este motivo extrañas conversaciones. El ministro recogió el tema para dirigir al emperador un alegato que, siendo *confidencial*, fue difundido por todas partes. Y, repentinamente, con esa audacia pasmosa que le hacía renunciar a veces a caracolear, en los que normalmente solía complacerse, pareció querer ir derecho al final. Intentó la inaudita gestión, que dejó estupefacto y perplejo al mundo de las Tullerías: una entrevista con Josefina, que debía llevar a juicio de Fouché a la emperatriz a aceptar de buen grado e, incluso, solicitar el divorcio. Encontrándose Josefina en Fontainebleau, el ministro de la Policía solicitó una audiencia y, después de un corto preámbulo, le declaró: «que el bien público, que la consolidación sobre todo de la dinastía actual, exigían que el emperador tuviese hijos, debería expresar sus deseos al Senado a fin de que se uniese a ella para apoyar cerca de su esposo la petición del más penoso sacrificio de su corazón». La soberana se quedó aterrada; al principio puso buena cara, preguntó si la gestión le había sido ordenada por el emperador y, ante la respuesta negativa del ministro, gritó con violencia mal contenida que no obedecía en este aspecto más que las órdenes de su marido. Fouché, no obstante, creyó deber insistir algunos días más tarde en una carta a la emperatriz. Carta que debió de ser conocida, ya que

Metternich afirmaba que se decía ser una obra maestra de elocuencia y de fuerza argumentai. La emperatriz alarmada más allá de cuanto pueda decirse, dirigió al emperador sus amargas quejas. Napoleón fingió sorpresa y llegó, incluso, hasta la indignación. En el fondo, nadie —Josefina la primera— se dejaba sorprender por esta cólera. Metternich escribía en noviembre de 1807: «Ningún ministro se atreve a hacer aquí lo que no ordena el emperador; ninguno de ellos, sobre todo, se atrevería a reincidir». Con Fouché eso no era seguro. Pero sus audacias no le dejaban desanimarse con facilidad. Aceptó, probablemente con un respetuoso silencio, la amonestación agria de Napoleón, después giró sobre sus talones y se fue a preparar algunos papeles muy desfavorables a la emperatriz, tanto más cuanto que desde entonces no podía esperar nada bueno de Josefina, ya que corría el rumor entre los monárquicos de que *«la señora Bonaparte*, que en otro tiempo apoyaba a Fouché, no le perdonaba haberle aconsejado el divorcio», y quería hacerle retirar el cargo.

El 17 de noviembre el ministro transmitía complacido a Napoleón los rumores que corrían —«acogidos —significaba— favorablemente»— del divorcio del emperador y de su boda con una hermana del zar. «Esta noticia —añadía— se ha convertido en el comentario de todas las clases de París, y la verdad es que no hay nadie que no la haya acogido como la garantía de una paz próxima y de la duración de la tranquilidad del Estado». En los círculos de París —aseguraba— no había dos opiniones: sólo los hijos del emperador asegurarían la duración del régimen. Este informe trajo al ministro una nueva y muy ruda respuesta, fechada en Venecia el 30 de noviembre: «Ya le he hecho conocer mi opinión sobre la locura de la gestión que hizo usted en Fontainebleau con relación a mis asuntos personales. Al comportarse así, desorienta a la opinión y se sale del camino en que todo hombre honrado debe mantenerse». El ministro sonrió sin duda; tomó de nuevo su mejor pluma y lanzó una lluvia de notas mordaces contra la emperatriz. «Los amigos pretenden saber que la esterilidad de la emperatriz no es culpa suya, que el

emperador no ha tenido jamás hijos, que las relaciones que Su Majestad ha tenido con varias mujeres no han tenido jamás resultados, mientras que esas mujeres, apenas casadas, quedaron encinta…» Fouché puede imaginarse a Napoleón dando saltos, al leer este pérfido *eco*. En cuanto a las observaciones que el emperador le hace hacer por medio de Maret, decide interrumpir sus ataques. Sabe cubrir su retirada: «ya no se habla más del divorcio, no sólo por respeto, sino porque se considera la cosa resuelta».

En realidad, Napoleón no encontraba el asunto maduro; se lo hizo sentir a Fouché, y éste calló durante un mes. En enero de 1808, volvió a empezar: «Toda nuestra prosperidad actual no es una garantía; se tendría la convicción de ello si, por desgracia, el emperador tuviese una enfermedad que le forzase a permanecer en cama durante algunos días. Ante la sola noticia de su viaje a España bajan los valores públicos; bajarán más todavía a su entrada en España. En Francia y en el extranjero, en París y en Londres, los cálculos son los mismos, con diferentes sentimientos». El salón del ministro se ha convertido en el centro de una verdadera agitación en favor del divorcio. Napoleón pedía a Cambacérès que hiciera nuevas observaciones con este motivo a Fouché, fingiendo delante de Savary la más violenta irritación, y haciendo creer así a los enemigos del ministro que, incluso más que el asunto Malet, la cuestión del divorcio iba a atraer sobre el hombre la cólera imperial. Ahora bien, distaba mucho de ello y el ministro se sorprendió menos que cualquier persona de no haber caído en desgracia en 1808. El emperador, resuelto a divorciarse a pesar de tantos fingimientos esperaba, por el contrario, mucho de su ministro para preparar a la opinión. Jamás Fouché había sido tan enormemente útil. Tal vez el Amo pensase en restringirle su poder, ya que en agosto de 1808 quiso retirarle la censura en favor del Consejo de Estado, con la administración de la imprenta, pero nunca había pensado menos en alejarle.

*

Además, para conservarle tenía otros motivos. La captura de Prigent le había causado viva satisfacción; había contribuido mucho a atenuar el efecto del asunto Malet en el espíritu del emperador. Éste no vaciló en escribir «que los complots anarquistas no eran nada al lado de la captura de Prejean (sic)». Esperaban obtener del desgraciado grandes revelaciones sobre el partido anglo-monárquico, y llegar, con sus preciosas indicaciones, a cargar definitivamente con todos los agentes de los príncipes en París y en el Oeste. Prigent había sido arrestado el 5 de junio. Ya el día 10 fue enviado de Rennes a París, de prisa y corriendo, por orden del ministro. Ante la mirada perspicaz de Desmarest, el prisionero se turbó, y prometió revelarle todo. De hecho, el miserable, animado por las promesas de indulgencia, descubrió todo, dijo todo, lo verdadero y lo falso. Gracias a él conocieron en *quai* Voltaire la organización del Comité monárquico de Londres, la agencia de Jersey, la situación de los príncipes y de su corte. El traidor señaló los posibles puntos de desembarco de los agentes de Jersey, indicó los medios para crear una contra-agencia en la isla; ofreció, incluso, encargarse de ello. Finalmente, denunció a todas las per-sonas que en Bretaña habían servido a la correspondencia del conde de Puisaye.

Fue más lejos: exageró, habló de un próximo desembarco de los ingleses y de los príncipes. Estas grandes revelaciones complacían mucho al emperador; Fouché, por su parte, soñaba sobre todo con desorganizar para siempre la agencia de Jersey. La captura de Prigent y de Bouchard la privaban de sus dos emisarios más audaces, pero el ministro necesitaba todavía los otros dos agentes, Guyon-Vaucouleurs y Chateaubriand. Se empleó para ello a Bouchard; allí fingió todo, se hizo entregar por el gobernador papeles y periódicos ingleses y llamó a Bretaña a Guyon-

Vaucouleurs, que de algún modo fue detenido en la costa por los gendarmes allí apostados; esperaban sorprender dentro de poco a Chateaubriand, que iba a ir en busca de los otros. Fouché envió entonces al emperador un informe muy hábil, en el que estaba especialmente destacada la captura de Prigent; hacía fracasar un nuevo plan de insurrección y depuraba Bretaña, no sólo de agentes que por allí circulaban, sino de sus cómplices, marineros, posaderos, recaderos que, englobados en el proceso, fueron metidos en la cárcel o sometidos a vigilancia. Hecho esto, la banda fue llevada ante el Consejo de Guerra; de treinta y cinco detenidos siete fueron condenados a muerte, entre ellos Prigent y Bouchard, que cayeron bajo las balas el 11 de octubre de 1808.

Fouché se encontraba así, en una situación muy brillante en septiembre de 1808, después de bruscas señales de peligro. El asunto Malet, que sus enemigos habían tratado de volver contra él, al contrario, le había elevado: ya que si la conspiración era finalmente aceptada como farsa, la inepcia de Dubois en esas circunstancias hacía resplandecer la perspicacia y la tranquila moderación del ministro; si ésta había tenido realmente por finalidad el derrocamiento del emperador y el restablecimiento de la República en connivencia con el ministro, éste se hacía temible a su Amo, pero tanto más respetable; cualquiera que fuese alguna de las dos hipótesis, el resultado de la operación había sido redoblar para Fouché la adhesión de los partidos de izquierdas. Como otras circunstancias fortificaban, para este singular personaje, la paradójica simpatía de la aristocracia, como Luis XVIII y sus agentes parecían contar con él lo mismo que los Gabinetes extranjeros, Fouché debía de aparecer ante el Amo como una personalidad muy superior a las que él empleaba, doblegaba y quebraba a su antojo. La opinión pública, independiente de los partidos, se acostumbraba a ver en este hombre de proceder tan libre, amigo de los oposicionistas y partidario de la paz, una especie de defensor titular de los intereses de la nación, y una auténtica popularidad entre los

mejores servidores del Imperio se añadía ahora el crédito que gozaba el ministro en los partidos irreconciliables.

Temible, gracias a esa singular situación que a cada regreso suyo a París el emperador encontraba fortificada, por otra parte el ministro continuaba siendo de mucho valor: se contaba con él para concluir la pacificación del Oeste y la obra del divorcio. En fin, apenas algunos meses después de la ruptura con la Iglesia romana, señal de una agitación segura en esta parte del clero que el emperador no había podido domesticar, hubiera parecido poco a propósito privarse de los servicios de un ministro que había actuado siempre, frente al clero, con una firmeza que llegaba a veces a la tirantez, sin desprenderse de una hábil cortesía personal que hacía esta severidad más eficaz todavía. Por todos estos motivos Fouché esperaba sin temor el regreso de Napoleón.

Vuelto de Bayona a París el 18 de agosto, Napoleón acogió, en efecto, a su ministro de un modo infinitamente más favorable de lo que los Savary y los Fievée hubiesen querido; en vano este último intentó un nuevo reproche violento contra el antiguo convencional, que llamaba: «el prisionero de los jacobinos», al que acusaba de alimentar «como todos los antiguos revolucionarios conversos» simpatías hacia los insurgentes españoles, y a quien incriminaba, finalmente, con motivo de los rumores de divorcio. Fouché, en una explicación con el emperador, se disculpó de todos los reproches y llegó, incluso, a obtener sentencia favorable en la mayoría de los conflictos con sus colegas del Ministerio. Desde entonces el hombre pareció más que nunca todopoderoso. El emperador se iba a marchar a España, devolviendo a la Policía su *regencia*, y Fouché consideraba el porvenir con una confianza imperturbable.

*

De día en día llegaba a perfeccionar su obra principal: la pacificación completa de las provincias del Oeste. Lahaie Saint-

Hilaire había sucumbido y con él el bandidaje activo, como Le Chevalier el chuanismo político, con Prigent la influencia de los comités de Londres, con Guyon-Vaucouleurs la acción de la agencia de Jersey. Quedaba una última ejecución por hacer: la del agente Chateaubriand. Puisaye se proponía mandar a esta nueva víctima al Minotauro, con la esperanza de que las dificultades surgidas a causa de la insurrección española pudieran favorecer una tentativa de sublevación en el Oeste o un golpe de Estado en París. En Londres se había conseguido la colaboración de un hombre, Enrique Lariviére, antiguo convencional que fructidor había lanzado definitivamente a la reacción a causa de la proscripción. Tal vez conseguiría por medio de antiguas relaciones tramar en París una nueva intriga: confió cartas a Chateaubriand, que en septiembre de 1808 marchó a Bretaña. Pero se dio cuenta de la nulidad de la misión. Quiso regresar inmediatamente a Londres con sus informes. Esta vez la tempestad sirvió a la policía; Chateaubriand fue lanzado a la costa. Reconocido, el infeliz fue conducido a París, interrogado en el *quai* Voltaire, convicto y confeso. Se arrestó a sus cómplices, que el 20 de febrero comparecieron ante una comisión militar y condenados a muerte pese a la tentativa del gran Chateaubriand, primo del infeliz. Todos fueron pasados por las armas. Dicha ejecución, seguida algunos meses más tarde de la de tantos otros agentes, desconcertaba la constante y peligrosa conspiración que, desde la muerte de Georges, los comités de Londres mantenían en el Oeste, de Calvados, en Garona, y de Morbihan en Mayenne. Al principio de 1808 pareció que la hidra había sido golpeada en todas sus cabezas. Fouché se vanagloriaba mucho del éxito, que le valía, por parte las más calurosas felicitaciones del emperador.

Era una gran dicha para el ministro esta rezagada chuanería que, después de haberle convertido en necesario, le valía, cada vez que era sofocada, felicitaciones y, en caso necesario, indulgencia. Enero de 1809, con el arresto de Chateaubriand, señaló para los chuanes —según Fouché— la completa derrota, lo que le salvó del fatal

acontecimiento en que le habían colocado nuevas y más graves intrigas.

*

El 29 de octubre de 1808 el emperador marchó a España para aplastar al país insurrecto. Resultó que nunca la marcha del emperador había levantado más apasionados comentarios. Tampoco la guerra había sido nunca peor vista por la opinión pública. Napoleón se aventuraba en un país sobreexcitado hasta la rabia por su patriotismo envuelto en un temeroso fanatismo religioso; la «bala del *guerrillero*» [1] asediaba en torno al soberano. Fouché pensaba en eso. El soberano nunca había estado tan expuesto. A juicio de Fouché era preciso encontrarle un sucesor eventual. No sería uno de sus hermanos. Un mariscal del Imperio, prestigioso, brillante soldado de la Revolución, capaz de aceptar la dirección de Fouché, podía sustituir la sucesión del emperador al pobre José. Dos nombres se presentaban en su ánimo: Murat y Bemadotte. Éste, amable, popular, destacaba frente al Amo por cierto espíritu de independencia que iba hasta la indisciplina. Mas Fouché aún no había trabado con él esa estrecha amistad que se le verá hacer algunos meses después. Bernadotte, por lo demás, estaba en Alemania, guerreando contra los suecos, dejándose destacar bien y difícilmente podría abandonar su puesto. Era preferible Murat, a quien su título de cuñado del emperador daba una cuasilegitimidad, y su situación de rey de Nápoles más libertad de acción. Era, además, con un exterior brillante, tan débil de espíritu que tenía que dejar gobernar a su mujer, Carolina Bonaparte, amiga de Fouché, y al mismo Fouché quien, en tantas ocasiones, fue el consejero oído y el confidente consultado del rey de Nápoles. A ese soberano de opereta le cambiaría Bonaparte. Pero a Murat era preciso jugarle una mala pasada. Fouché no se reconocía aún bastante poderoso para actuar solo. Así, la hostilidad de sus colegas le echaba en brazos del

único hombre que podía ser de mucho valor en tales circunstancias: el príncipe de Benevento, Talleyrand.

No se querían los dos hombres. Bajo el Consulado se habían encontrado compitiendo en influencia y en oposición de ideas: desde entonces se declaró entre ellos una antipatía que todo contribuía a crear. Sus caracteres tenían más de un rasgo común: ausencia de sentido moral en materia política, gran desprecio de los hombres y tranquilo y malicioso desdén por los arrebatos de Bonaparte. Pero en la vida privada, los dos antiguos hombres de la Iglesia realizaban precisamente la oposición que, la víspera de la Revolución, dividía al clero. Talleyrand, gran señor, perezoso, altivo, insolente, amigo del placer, mujeriego, aficionado a la buena mesa y a los grandes festejos, fastuoso y corrompido, era el tipo —inmoderado— del clero frente al que, en otros tiempos, el cardenal Bérulle había fundado su piadoso Oratorio. De origen muy burgués, de sólida instrucción, hombre de estudio, laborioso y aplicado, de costumbres austeras trasladadas de los colegios del Oratorio al patriarcal hogar de la familia, Fouché era del estado llano, frente al que toda su vida había pertenecido a la nobleza y, a pesar de todo, de este Oratorio, contra ese prelado indolente y licencioso. De ello resultaba una recíproca antipatía. No lo disimulaban en absoluto, y la oposición de estos dos caracteres divertía a la galería y tranquilizaba al emperador. No tenía razón: los dos eran demasiado escépticos como para dejar hablar sus antipatías más alto que sus intereses. Pero intereses opuestos les habían dividido hasta entonces muy precisamente. Talleyrand representaba, con razón o sin ella, desde 1800, a uno de los jefes de grupo reaccionario, partidario del reconocimiento de la aristocracia que cubría el suyo propio; del Consulado vitalicio que se imponía a Europa e iba a favorecer el retorno de los buenos modales. Había alardeado además de un desdén, un odio, un rencor difíciles de doblegar, contra esos miserables *jacobinos*, gentes de malas compañías, de baja estirpe, oliendo a sangre y, por añadidura, caídos tan bajo.

Fouché estaba entre ellos, y era el peor tratado, ya que para Talleyrand resultaba el más temible. Después de 1800, Fouché y Talleyrand eran incontestables, los únicos dos hombres de Estado del Gobierno consular y luego del imperial. Desde entonces debían combatirse los dos hombres. El resultado fue un constante cambio de malos servicios. Su odio había complicado con miles de trampas sus relaciones ministeriales, les había inspirado una enormidad de burlas mordientes y también de réplicas agresivas, de las cuales se hacen eco las *Memorias* de la época. En 1807 se decía que estaban en peligro de muerte, cuando la semidesgracia que había atacado al príncipe de Benevento pareció haber disminuido los celos de Fouché. Pero el público, a quien divertía tal oposición de origen, de costumbres, de temperamento, de política y de modales, se complacía en exagerarla.

Cuál no sería, pues, el asombro de la sociedad reunida en casa de Talleyrand, una tarde de diciembre de 1808, cuando se vio al ministro de la Policía —que desde hacía mucho no cruzara el umbral de esta casa— aparecer del brazo del dueño, fingiendo un aire de cordial sencillez al que el príncipe, gracioso y apresurado, respondía familiarmente. «Nadie podía creer a sus ojos», escribió un testigo de la escena. Este largo paseo por los salones del príncipe pareció a todos, amigos y enemigos del Imperio, como la manifestación política más grave que se había visto desde hacía mucho tiempo. El acercamiento, no obstante, databa de hacía varias semanas. Era obra de las circunstancias, consejeras siempre escuchadas por los dos hombres. Metternich, tomando parte de esa corte el 4 de diciembre, no se asombraba: «Dos hombres ocupan en Francia el primer rango en la opinión y en la influencia del momento: los señores Talleyrand y Fouché. En otro tiempo de puntos de vista y de intereses opuestos, se han acercado por circunstancias independientes de ellos mismos». A mayor abundamiento, examinada tal comunidad política, la encontraba «conforme a los deseos de una nación cansada en exceso». Los dos hombres habían buscado, además, un salón amigo. La princesa de Vaudémont los

recibió en Suresnes, pero el verdadero enlace había sido el conde de Hauterive. Este antiguo oratoriano, convertido en el brazo derecho de Talleyrand, por otra parte, guardaba del pasado ciertas relaciones cordiales con su exhermano Fouché. Aún mejor que éste, Talleyrand sabía sacrificar sus rencores: por lo demás, estaba alejado de los asuntos. Le era preciso, para eliminar al emperador, un hombre todavía poderoso, activo y ambicioso. Pidió a Hauterive que le reuniese con Fouché. Éste también necesitaba al príncipe y aceptó una conferencia. Tuvo lugar en Bagneux, en casa de Hauterive. Talleyrand tendió primero la mano al ministro, éste la aceptó. Y los dos hombres de Estado tuvieron allí una larga entrevista donde se debatieron —se dice— los asuntos más importantes, con una finura de apreciación que parece poco dudosa. ¿Cuáles fueron los puntos de vista que intercambiaron en ese mes de octubre de 1808, los hombres a quienes Metternich no teme llamar «*los dos conjurados*:»? La diplomacia austríaca asegura, después de informes muy precisos, que no tenían nada en sí de sediciosos ni de revolucionarios. Querían, por el contrario, «consolidar el nuevo estado de cosas, atraer las miradas del emperador al interior, trabajar por una pacificación general». Así, nada parece más probable que una especie de alianza eventual con vistas a la posible muerte del soberano. Es más probable que Murat fuera el elegido, pero sobre esto no hay ningún informe verdadero, sino el *se dice* de París. Corrió el rumor —al decir del propio Fouché— de que el ministro había organizado entre Nápoles y París una serie de nuevas postas «para hacer llegar rápidamente, en caso de necesidad presurosa, al rey de Nápoles» a las Tullerías. Algunas semanas más tarde el ministro de la Policía protestaba contra esos *se dice*, añadiendo por otra parte sobre su pretendida intimidad con el príncipe de Benevento, que «las gentes con agudeza acertaban; *que esos dos hombres de Estado no habían podido reunirse más que para el interés real y evidente de la dinastía de los Borbones* (sic)», protesta que, en cierto modo, encerraba una confesión.

En todo caso, el entendimiento entre éstos no se podía negar. Les había dado un resplandor —al decir de Pasquier— que su prudencia hubiera debido evitar. El mismo Pasquier creyó o supo, como todo el mundo, que Murat era el elegido por esos nuevos Warwick. Carolina, más ambiciosa y más capacitada que su marido, los había visto: su amistad por Fouché era real, su afinidad con él continuaba. Pasquier cree que la reina de Nápoles, entonces en París, conoció el famoso «complot Fouché-Talleyrand». Se advirtió al rey de Nápoles. Eugenio hubiera aceptado la carta y la hubiera enviado al emperador. Según los informes de la Policía parece que fue la misma Josefina quien pareció inquietarse por las entrevistas sospechosas y los hubiera denunciado a Napoleón. El grupo de la emperatriz esperaba que Fouché saltara por ello.

*

Se creyó hasta que se supo la llegada súbita e inesperada del emperador. Éste se hallaba en Valladolid el 17 de enero. Nada indicaba que la campaña de España estuviera —a su juicio— terminada. Desde hacía varios días estaba manifiestamente preocupado y de una irritabilidad extrema, cuando llegó un correo de París para llevar al colmo su agitación. Anunció inmediatamente que iba a volver a Francia. El día 18 estaba en Burgos, el 19 en Bayona, quemando etapas y, el 22 se instalaba en las Tullerías, incluso sin haber avisado a Cambacérès. El archicanciller, llamado a toda prisa, encontró al emperador exasperado, fulminante: Talleyrand y Fouché eran dos traidores a quienes sólo las peores intenciones podían haber reunido. Sin embargo, a Cambacérès le pareció que el emperador atribuía una importancia bastante mediocre al complot mismo; le parecía pueril, nada probaba, en el fondo, que la ejecución no fuera subordinada a su muerte, y el emperador, muy personal, se preocupaba bastante poco de saber si José o Murat le reemplazarían a su muerte; en cambio, parecía

exasperado por los propósitos que Talleyrand había tenido respecto a la campaña española. Delante del archicanciller, mudo de perplejidad, se expresó en términos muy duros contra el príncipe de Benevento y, desde ese día, Cambacérès pudo preveer que el soberano iba a hacer de éste la cabeza de turco del complot. Es lo que ocurrió, en efecto. Al día siguiente, el 23, tuvo lugar delante de cuatro ministros —entre los cuales estaba Fouché— la escena memorable y, en cierto modo, decisiva, que iba a convertir a Talleyrand en el enemigo mortal del emperador. Algunas horas más tarde aquél era despojado de sus funciones de gran chambelán.

Fouché debía de estar muy conmovido. Si la tormenta había estallado súbitamente sobre su *cómplice*, a él le tocaron grandes salpicaduras. «Sepan —había dicho el emperador abarcando con una sola mirada a los dos hombres— que si sobreviniese una nueva revolución, cualquier parte que ustedes hubiesen tomado, les aplastará los primeros».

Todo el mundo creyó en la desgracia del ministro de la Policía; sus enemigos se desencadenaron en propósitos violentos y tendenciosos. La *conspiración* se encontró súbitamente comentada, exagerada, desacreditada. En su propio salón, el archicanciller difundía sobre Fouché rumores muy desagradables que, propalados, eran acogidos con fervor en ciertos círculos de las Tullerías. Fouché, como siempre, permanecía muy tranquilo, a veces malicioso, confiando en la protección del soberano. «Todas estas habladurías —le escribía el 30 de enero— prueban que las cosas más útiles pueden ser envenenadas, y que la situación del ministro de la Policía es delicada y se convertiría en peligrosa si ese ministro no tuviese una garantía en el corazón del emperador». Por otra parte, se defendía bien. Luego se enfrentaba directamente con cada adversario y repetía las palabras del emperador con fingido desprecio. «Se dice que el emperador ha pedido la cartera del ministro de la Policía. El general Savary asegura que el emperador está descontento de su ministro, que ha manifestado su descontento en Valladolid sobre el hecho de que tenía relaciones con el príncipe de Benevento y con la

aristocracia. Ya no se encuentra, añade el general, en el ministro de la Policía el carácter que ha desarrollado el 3 de nivoso; cambiará seguramente por el de hoy». Una hábil evocación del asunto de nivoso que siguió siendo el Austerlitz de Fouché. Sin embargo, la campaña contra él continuaba. «Los allegados del señor archicanciller han acreditado de tal modo el rumor (la revocación) que Fouché comunica al emperador que es en este momento el tema de conversación de todos los empleados del Ministerio». Su gran recurso era esta curiosa crónica, escrita de su puño y letra, que a partir de esta fecha y durante dieciocho meses va a adjuntar cotidianamente al boletín oficial de la Policía. Esta crónica está escrita con la letra fina y puntiaguda del ministro. Y, bajo la forma de informe sobre «se dice», es un maravilloso alegato. Con frecuencia pasa de la defensiva a la ofensiva; durante esos varios meses, todos sus enemigos pasan todavía por allí, atacados, burlados, desmoronados, comprometidos, a veces de la forma más venenosa, con motivo de su pasado, de su conducta política, de su vida privada y hasta de sus aventuras galantes y de sus infortunios conyugales.

Fouché no tenía necesidad de tantos esfuerzos. Napoleón no quería la muerte del pecador. Ya lo hemos dicho: no había tomado muy trágicamente la conspiración, dirigida en suma contra sus legítimos herederos más que contra él mismo. Sin estas consideraciones, ¿cómo puede admitirse que haya conservado dieciocho meses todavía al ministro de la Policía, gratificado con el título de duque de Otranto y dotado de un nuevo millón de rentas a un hombre que, de creer a ciertos consejeros, se había hecho culpable de un crimen de lesa majestad? A falta de su confianza, el hombre contaba con su estima. Todavía más: Napoleón llegaba —cosa rara— a tener miramientos con él. Se le ve en un proyecto de carta a Fouché del 27 de enero, tachar una frase considerada realmente demasiado hiriente. Aparte de algunos enemigos —los envidiosos— Fouché está en excelentes relaciones con todos. Napoleón tiene bastante con un enemigo mortal en Talleyrand. Es inútil darle a la oposición otro jefe más activo que el indolente

príncipe de Benevento, y he aquí que el emperador nota organizarse tal oposición; en el Cuerpo legislativo se revela con mucha fuerza, forzando al Gobierno a retirar un proyecto de ley y, el 30 de enero, Fouché puede crearse un mérito ante los ojos del emperador por no haberse buscado aliados en la Asamblea, lo que quiere decir que los hubiera encontrado con facilidad. Por fin, la guerra con Austria es inminente; eterna roca de Sísifo, esta guerra perpetua pesa sobre las decisiones del emperador. ¿Cómo, en vísperas de una guerra terrible, quizá larga, desorganizar la policía privándola de un jefe tan avispado? El emperador se encuentra ante este dilema: guardar a Fouché como ministro casi dirigente o dejarlo en la cabeza de una oposición molesta, esto último en su ausencia y, tal vez, en plena crisis. Fouché comprende tan bien la situación, que él, el pacifista, esta vez incita a la guerra que le salva.

Con estas miras había cambiado de política, intentando ante todo formar parte con Mettemich. Además, en esta ocasión, había afirmado de nuevo, delante de éste, su deseo de paz, su política pacifista. «Encuentro —había declarado— que la guerra con usted no sería solamente, como toda guerra, una desgracia; tendría el carácter particular de echar el universo en la ola, porque, ¿dónde se encuentran los límites de ese río? Cuando *se* le haya hecho la guerra, quedará Rusia, y luego China. En fin, detesto la guerra…» Consideraba aparecer así en los Gabinetes europeos como el único hombre de Estado de este Gobierno de puros funcionarios y, tal vez, aliado secreto de Europa en las Tullerías. Esto ocurría en julio de 1808. Metternich le consultaba entonces de buena gana, presentándole a su corte de la manera más favorable. Él se complacía con estas conversaciones diplomáticas. Se creía ya en Relaciones Exteriores, su gran ambición. El emperador trataba de volverle con una frase dura al *quai* Voltaire. «Sus boletines de la Policía no son más que boletines… de Relaciones Exteriores», tuvo que escribirle el 20 de mayo de 1809. De hecho los Gabinetes europeos probablemente no le hubieran visto mal en el lugar de

Champagny, en Relaciones Exteriores; pasaba por partidario a ultranza de la paz.

Si el 13 de marzo de 1809 incitaba al emperador a esta guerra «indispensable y política», es que tenía sus motivos. Hemos dicho el principal. La guerra cortaba de raíz la campaña de antecámaras y salones dirigida contra él, con posibilidades de caer en desgracia.

En el momento en que el emperador se alejaba, dejando a Fouché como ministro todopoderoso, éste ya no era el hombre que se ha visto dedicarse de 1804 a 1808 nada más a hacer triunfar la Revolución en el Imperio y el orden en el país. El ministro de la Policía se ha elevado a una situación mucho más alta que la de un verdadero ministro del Interior, en la acepción más amplia de la palabra, pero ya su espíritu, menos absorbido por las hazañas de los chuanes del Oeste y de los agentes monárquicos, planea por encima de los trabajos policiacos. Al lado de la política de Napoleón se habla corrientemente de «la política del señor Fouché».



Juan Carlos Pichegru. General francés, nacido el 16 de febrero de 1761 y muerto en París el 5 de abril de 1804. Tomó parte en numerosas conspiraciones borbónicas contra Napoleón. Detenido por orden de Napoleón, murió estrangulado. El secreto de su muerte no se ha podido, todavía, precisar. Grabado del siglo XIX.



Enrique de Borbón, duque de Enghien, detenido por las tropas francesas en zona neutral, fue llevado al castillo de Vincennes y fusilado en los fosos del mismo. La habilidad de Fouché quedó, de nuevo, demostrada en este hecho. El fusilamiento fue una de los mayores errores de Napoléon en su historia. Cuadro de Alfonso Lalauze.



Carlos Mauricio Talleyrand, príncipe de Benevento. Obispo de Autun. Unas veces unido a Fouché conspiró contra Napoleón. Fue hábil diplomático y sus framosas frases han quedado como antología en la Historia. Retrato de 1789.



El príncipe Metternich, maestro de la diplomacia austriaca, tomó también parte en las intrigas de Fouché contra Napoleón. Cuadro de francisco Gerard.

CAPÍTULO XV

LA CRISIS DE 1809

Situación turbulenta del Imperio en abril de 1809.—Derrota de Essling. Sus efectos.—Situación preponderante de Fouché en estas circunstancias.—Une al Ministerio de Policía el del Interior.—El Ministerio del Interior bajo Fouché.—Fouché frente a los peligros del interior: detiene la baja del mercado financiero; impone silencio a las «facciones»; mantiene al clero bajo una severa vigilancia; declara en el Oeste el estado de sitio.—El emperador, vencedor de Wagram, no puede más que felicitarse de la firmeza que ha demostrado su ministro.—El 15 de agosto Napoleón nombra a Fouché duque de Otranto. Apogeo del ministro de la Policía.—El asunto Walcheren. Desembarco de los ingleses en las embocaduras del Escaut. Conmoción del Gobierno. Lucha en el seno del Consejo.—A pesar de la opinión de sus colegas, Fouché se encarga de levantar a los guardias nacionales.—Los ministros llaman con este motivo al emperador. Napoleón da toda la razón a Fouché; éste imprime al movimiento una gran extensión. Irritación del general Clarke. Quejas dirigidas al emperador desde París.—El emperador empieza a inquietarse. Desaprueba el levantamiento general de los guardias nacionales, lo restringe, reforma el Estado Mayor de la Guardia parisiense.—Se anuncia la segura caída del ministro.—Le es retirado el Ministerio del Interior; finge estar poco impresionado.—Regreso de Napoleón a Fontainebleau.—Violenta escena con Fouché. Se anuncia por todas partes su despido.

Este año de 1809, que vio, en cierto modo, el florecimiento completo de la política de Fouché, fue uno de los años más peligrosos del reinado de Napoleón. El emperador tuvo que atravesar entonces una crisis que, sobre todo después de Essling, estuvo a punto de hacer zozobrar su buena suerte, y que mostró a amigos y enemigos la increíble fragilidad de este hombre, de esta dinastía, de este Gobierno en apariencia todopoderoso.

Tanto por sus funciones como por su situación personal, Fouché debía desarrollar —como ocurrió— un papel importante en esos

acontecimientos.

Llegado el 16 de abril a Stuttgart, el emperador se puso inmediatamente a la cabeza de sus ejércitos; las victorias de Abensberg, el *20;* Eckmuhl, el 22; la toma de Ratisbona el 23, y la de Viena, finalmente, el 12 de mayo habían permitido todas las esperanzas a los que se atenían a los boletines oficiales de victoria. Pero estos acontecimientos eran —para quienes sabían ir al fondo de las cosas— grandes advertencias siniestras. Los combates habían sido encarnizados y mortíferos; en Francia habían tenido un doloroso eco y despertaban en Europa, a pesar de esos grandes éxitos, la esperanza que los romanos pudieran tener después las victorias de Pirro. Otro incidente, muy grave, ensombrecía a los amigos del emperador: en Ratisbona había sido alcanzado por una bala perdida y no se pudo disimular el hecho. La suerte de Francia dependía, por lo tanto, de la mejor o peor puntería de unos cuantos disparos. Fouché, lo sabemos, no había esperado el incidente para analizar la hipótesis que promovía; la bala de Ratisbona sólo confirmaba todas las aprensiones. Éstas tomaron repentinamente una gran importancia, cuando se enteró, uno de los primeros en París, de que el emperador había querido pasar a la orilla izquierda del Danubio y había sido rechazado, el 22 de mayo, en Essling, con pérdidas considerables. Tuvo que encerrarse en la isla de Lobau, donde iba a preparar su desquite, pero en una posición muy crítica, verdadera derrota, que en vano los audaces boletines transformaban en victoria. Fue una conmoción general.

El ministro, a cualquier sitio que dirigía la mirada, y en comunicación con los agentes de Europa entera, podía examinar todas las fases de la situación y no veía más que motivos de inquietud. En París la oposición aumentaba, el mercado financiero se mantenía muy bajo; la aristocracia recalcaba el descalabro del emperador, la adhesión de las alianzas iba a tener una pausa sensible.

La turbación era grande. Si la sedición refunfuñaba, ¿qué decir de Europa? España, sublevada, ofrecía una lección, dando la señal

de resistencia de los pueblos a la tiranía napoleónica; el Tirol, amotinado por Andréas Hofer ofrecía los mismos peligros que la península: guerra de bandidos y de frailes. Piamonte y el reino de Nápoles eran levantados por agentes austríacos, lo mismo que Bélgica y las riberas del Rin, mientras que Alemania, recorrida por las bandas de Schill y de Brunswick, se estremecía de odio. La solemne excomunión con que el jefe del Imperio acababa de ser castigado por Pío VII, desposeído, sirvió de pretexto para nuevas manifestaciones de hostilidad. En Francia sirvió de fundamento a la agitación político-religiosa, a cuya cabeza se colocó el fervoroso Alexis de Noailles, y a las declamaciones de ciertos predicadores. Pero fue sobre todo entre las poblaciones sublevadas del Tirol, de Nápoles y de España, donde «la opresión al Santo Padre» alimentó el fanatismo; emocionó también a la católica Bélgica, la religiosa Vendée; mientras que los austríacos explotaban por todas partes esta agitación contra el *Anticristo*, los ingleses parecían dispuestos a intentar, por fin, el desembarco. Fouché sabía que se preparaba en los puertos ingleses una expedición cuya finalidad permanecía en el misterio. «No haría falta más que una desgracia para cambiar enteramente el estado actual de las cosas», decía Barras, en abril de 1809. Fouché, que recoge esta frase, no está lejos de darle la razón.

*

La desgracia es Essling. Al enterarse de que el emperador ha sido vencido, los habitantes de Bélgica han estallado en «una alegría indecente» y, en el fondo, es el sentimiento de varias provincias. Los chuanes, a quienes creían sometidos en la Vendée, se agitan de nuevo; los «mara-veses de Versalles», grandes oradores de la aristocracia, gallean. De París a Roma, de Brest a Bruselas, el Imperio se estremece en medio de una Europa atenta y hostil. Es preciso darse cuenta de esta situación para comprender el papel que asume repentinamente el ministro de la Policía General.

En medio de este Imperio turbado, a cien leguas de ese soberano, cautivo del Danubio, existe toda libertad moral y material de acción. ¿Qué puede pensar? ¿Qué va a hacer?

El emperador ha sido alcanzado, pero puede volver a levantarse. No obstante, la estrella ha empalidecido. ¡Y si fuera a apagarse! Derrota, cautividad, herida grave —un obús austríaco o un sablazo alemán—, todo es de temer; ya no es el temor hipotético, es una suposición permitida a todos, discutida en todas partes.

¿Deseaba Fouché la catástrofe? No lo creemos. Entonces, ¿ha querido acortarla? Tampoco. La política de la lealtad podía ser todavía la buena. Napoleón acababa de manifestar al ministro una renovación de confianza, devolviéndole, interinamente, la cartera del Interior.

Cretet, enfermo, acababa de abandonarla, al menos provisionalmente. El 29 de junio el emperador confió interinamente el Ministerio del Interior al ministro de la Policía, probándole así que estaba lejos de caer en desgracia, e interesándose de manera cada vez más concreta en el porvenir y la suerte del régimen. Juego arriesgado, ya que he aquí el golpe: Fouché dos veces más amo de los prefectos y a la cabeza de enormes administraciones, entonces confiadas al Ministerio del Interior. He aquí a su disposición, en lo que se refiere al bloqueo continental, la concesión de *licencias*, enorme fuente de influencia, gran medio de ganarse a unos y de dominar a otros; he aquí por fin la Guardia Nacional en sus manos, fuerza embrionaria, pero que a una señal procedente del Ministerio puede alcanzar un desarrollo inesperado y, lo veremos enseguida, constituye un inmenso ejército en el interior.

Por lo demás, como era hombre que se ocupaba activamente de lo que le encargaban, no aceptó esa nueva cartera como una sinecura. Considerando útil la fusión de los dos Ministerios, quiso justificar su opinión y obtener la transformación de provisional en definitivo. Jamás un ministro del Interior, bajo el Imperio, desplegó mayor actividad. Este Ministerio híbrido, que le confiaron provisionalmente, despertó en él un interés bastante vivo; no se

resignó nunca a ser un titular sin empleo y quiso estar en todo: «el hombre que se precisa en el lugar que hace falta».

Así, la administración del Ministerio del Interior no le absorbía. En el *quai* Voltaire, su actividad no ha sido jamás tan grande; arrebata incluso su carácter que, frente a demasiadas combinaciones, asuntos y disposiciones, se calienta hasta la explosión de agosto de 1809. En él es una megalomanía extremada, que se traduce en una altivez de tono y de compostura que no se le ha conocido nunca desde 1793. Los funcionarios de sus dos departamentos ministeriales son llamados al orden, los prefectos y los alcaldes a la firmeza, los obispos a la colaboración, los agentes de Marina y de Aduanas a la ductilidad frente al Ministerio de la Policía, como si éste dominase a todos los demás, atribuyéndose una incontestable supremacía.

Esta soberanía se extiende a todo, pero hay que confesar que se ejerce para el restablecimiento del orden y del bien del Imperio.

*

El primer peligro a conjurar después de Essling es el descenso aterrador de los efectos en el mercado. Es Fouché —usurpación flagrante a expensas del ministro del Tesoro— quien toma en sus manos la empresa. Fuerte por su influencia personal sobre los bolsistas, es quien durante todo el mes de junio y de julio trabaja para restablecer el crédito; se le ve convocar a los agentes de Cambio en el Ministerio, demostrarles que su interés personal es impedir la baja, y ordenar la compra en su nombre de títulos de Estado por valor de 20.000 libras de renta. «Esta orden se hizo pública en un instante y produjo su efecto», escribía el ministro.

Se había atribuido la baja de fondos a los propósitos de los salones. Fouché pareció querer ahogarlos. Si la aristocracia era tratada aún con miramientos, no lo eran igual los círculos aristocráticos de provincias, atacados, cerrados y disueltos.

La misma actitud, muy severa, frente al clero, intranquilizado por las desdichas del Santo Padre, al que se conmina a que se recate. Es verdad, Fouché testimonia siempre cierta aversión a las medidas violentas; en este terreno se esfuerza en ejecutar con relativa cortesía las órdenes, convertidas en severas, del emperador. Parece incluso bastante dispuesto a tolerar las protestas en favor de Pío VII, pero como desquite parece infinitamente menos dispuesto a relajarse de su rigor con respecto a los atentados contra la libertad de conciencia y a la igualdad de cultos. En julio de 1809 son los señores de Cambacérès, arzobispo de Ruán y de Broglie, obispo de Gand, a quienes el ministro de la Policía señala a su colega de Cultos como incitando a la intolerancia. Los comisarios generales de Policía denuncian continuamente a los curas «fanáticos», que el ministro hace someter a vigilancia especial, interna, en los seminarios, reprendiendo a los prefectos «que acarician a los adversarios». Pero lo que persigue sobre todo son las *misiones*. Y termina por prohibirlas.

El cardenal Fesch, ahora declarado jefe del clero oposicionista, se indigna contra el ministro, le combate cerca de Napoleón, con motivo de la prohibición de las misiones y de otras medidas severas, afectando ver en Fouché el consejero demasiado escuchado por el emperador. «Dicen que el ministro de la Policía ha sabido aprovechar las circunstancias *para ganar su proceso»*, escribirá el 30 de septiembre. Fouché responde atrevidamente, por medio de una carta circular a todos los comisarios generales y prefectos —1 de octubre de 1809— prohibiendo toda misión, atacando a todo misionero.

Fouché no se limita a eso: la agitación político-religiosa que Alexis de Noailles ha querido crear ha sido aplastada; Lyón, ciudad muy católica; Burdeos, ciudad monárquica, donde se han formado asociaciones para quienes los ejercicios piadosos parecían servir de pretexto a conciliábulos políticos, son especialmente vigilados: estas «congregaciones» nacientes son disueltas y, finalmente, su jefe, Alexis de Noailles, arrestado y encarcelado.

El infatigable ministro tiene, no obstante, otras preocupaciones. El Oeste, que creyó sometido, parece removerse de nuevo como resultado de la agitación general; corre el rumor de que uno de los últimos supervivientes de tantas hecatombes, el chuán Bertrand Saint-Hubert, prepara una insurrección en la Vendée; e, Inglaterra, después de Essling, parece figurar allí nuevamente. Réal se inquietaba, presentía una nueva agitación. Hubiese querido que se organizara una especie de proconsulado provisional en Anjou y la Vendée, y para terminar, que nombraran un comisario con poderes discrecionales. La idea le gustó a Fouché. El ministro estaba resuelto a actuar vigorosamente. En espera de la organización del Consulado soñado por Réal, hizo confiar al coronel Henry, comandante de la gendarmería, la disposición de destacamentos de infantería en los departamentos agitados. El coronel empezó la caza; el 4 de junio daba cuenta al ministro de la Policía de numerosas detenciones de «bandidos» y de interrogatorios, que habían procurado informes muy utiles. El 9 de junio le animaba Fouché, asegurando que se impedían turbaciones más graves. Fue, de Saint-Malo a Burdeos, una ráfaga general de los que con cualquier título se encontraron comprometidos, desde hacía quince años en los movimientos del Oeste. En las instrucciones dadas al coronel Henry estalla el genio político del ministro; todo está previsto, combinado, nada escapa a su mirada. Henry ejecuta con rudeza sus instrucciones; y esta vez el Oeste queda bien sometido; los ingleses, siempre amenazadores, pueden desembarcar: ya no encontrarán a su disposición los elementos de esta insurrección de la que el mariscal Moncey, declaraba: «que hubiera podido ser seria».

En suma, en julio de 1809 la actividad del ministro se había desplegado ya con tanta felicidad, que aparecía como el mejor defensor del régimen que se le acusaba de perjudicar en el fondo. Una vez más, las circunstancias le daban la razón contra sus acusadores, y se debía felicitar ampliamente por ello. El emperador, efectivamente, vencedor en Wagram el 6 de julio, había concertado el día 11 un armisticio, prefacio de una paz definitiva, que iba a

llevarle —según se pensaba— antes de un mes a su capital, triunfante y todopoderoso. En realidad, estas negociaciones iban a retenerle hasta octubre en Austria.

A la espera de su regreso, el emperador parecía considerar con verdadero reconocimiento la rara firmeza con la que Fouché había sabido mantener las dos carteras; no disimuló su contento. Pero el más alto *satisfecit* al que jamás Fouché pudo pretender iba ahora a llegar al colmo de sus deseos. El 15 de agosto de 1809, por un decreto fechado en Schoenbrum, José Fouché, ministro de la Policía General —que por letras patentes del 24 de abril de 1808 había sido hecho conde del Imperio—, recibía el título de duque de Otranto y se le autorizaba a poner, por ser uno de los duques del Imperio, en su escudo «de azur con barra de oro acolado de una serpiente de oro, el escudo tachonado de cinco motas de armiño de plata 2,2,1». Y, en consecuencia, se le dotó de 60.000 nuevas libras de renta con cargo a los bienes del antiguo reino de las Dos Sicilias. Senador, dos veces ministro, duque de Otranto, Fouché pudo creerse en el pináculo, tan alto que el ciudadano Fouché de Nantes podía parecerle uno de sus muy antiguos amigos comprometidos que se prefiere no volver a encontrar. Pero la roca Tarpeya estaba muy cerca.

*

Unos graves acontecimientos, que constituyen uno de los más curiosos episodios de la vida de Fouché, al día siguiente de esta esplendorosa promoción, iba a prepararse, en efecto, con un cambio bastante breve y una desgracia todavía más estrepitosa.

En abril de 1809 los ingleses habían intentado, si no un desembarco, al menos una demostración naval a lo largo de las costas de la Vendée, en Rochefort. No podía quedar aislada; en los puertos de Inglaterra se preparaba una expedición que los informes hacían considerar como temible. La finalidad era desconocida: sin

duda, Bélgica u Holanda. Fouché pensó inmediatamente en la isla de Walcheren y, además, también el emperador; mientras el Amo entretenía con ello al general Clarke, el ministro de la Policía ordenaba al comisario general de Anvers que vigilase atentamente el espíritu de esta región.

El día 8 de julio Fouché fue avisado por el mismo comisario general de la inminencia y de la importancia de la expedición.

En los últimos días de julio se supo en París que la flota inglesa había salido del puerto el día 25; el 29 estaba a la vista de las costas de Zelanda, dispuesta a remontar el Escaut, amenazando Anvers y, más directamente, las islas de Walcheren y de Cadzand, la ciudad de Flessinga y la flota francesa encerrada en el Escaut. El ministro de Marina, Decrés, sostenía que no había en eso más que una demostración análoga a la de Rochefort; Clarke, por su parte, no se atrevía a tomar la responsabilidad de dirigir hacia el punto gravemente amenazado los batallones que todavía enviaba a Alemania. Los dos ministros de la Defensa Nacional permanecían, pues, inactivos. El general Monnet, gobernador de Flessinga, a la cabeza de tres mil hombres solamente, no podía oponerse al desembarco. Walcheren fue rápidamente invadido, Anvers amenazado.

La noticia de la ocupación de Walcheren llegó a París el 29 por la tarde. El ministro de la Policía estaba preparado. La expedición constituía un peligro, una amenaza directa para Holanda, Bélgica, el norte de Francia, y debía preocupar al Gobierno entero; pero el ministro de la Policía sabía, además, mejor que nadie, qué estado de espíritu sedicioso habían creado los asuntos de Roma en Bélgica. Esto sería suficiente para explicar la audaz actividad con la que el ministro de la Policía iba a dar el espectáculo a Francia asustada. ¿Había designios más personales y menos con-fesables bajo ese despliegue de celo patriótico? ¿Quiso, una vez más, aprovechar las circunstancias para hacer un papel que aumentase aún su personaje bajo la apariencia de servir al régimen?

Fuese lo que fuese, cuando apareció el 31 de julio en el Consejo de Ministros, estaba resuelto a mostrarse. Su plan era claro: puesto que ni la guerra ni la marina habían sabido encontrar un ejército, era preciso, a su juicio, provocar un levantamiento de la Guardia Nacional en toda la región amenazada. Esta Guardia Nacional, de la que disponía como ministro del Interior, reemplazando a las guarniciones de las tropas regulares y de la gendarmería, permitiría utilizar contra los ingleses los soldados profesionales que se tuvieran a mano. Pero eso no era más que el comienzo; a este ataque intentado por los ingleses a algunas jornadas de la capital del Imperio era preciso oponer, no sólo fuerzas materiales, capaces de presentarla, sino una fuerza moral que fue la respuesta deslumbrante a esta manifestación. Era preciso extender el movimiento, provocar una sublevación de la opinión, levantar en todas partes de Norte a Sur, a los guardias nacionales y, agrupando a todos los ciudadanos para la defensa del territorio, consolidar así el espíritu de las provincias vacilantes y ocupar en él a los hombres útiles. Constituir de este modo un verdadero ejército del interior (podía pronto llegar a un millón de soldados) que estuviese en manos del ministro de la Policía General y del Interior; colocar a la cabeza de esta inmensa fuerza cívica a algún jefe amigo, de un prestigio incontestable y de una independencia asegurada; hacer así de una medida de defensa nacional una maniobra de interés personal y quizá de hábil táctica política; subsidiariamente, descalabrar al archican-ciller, que le detestaba, al ministro de la Guerra, que le era hostil; alcanzar para siempre un lugar preponderante en el Consejo. Tales eran, ciertamente, los pensamientos que se añadían en Fouché a los del *patriota* y que le aventajaban un poco.

Conociendo la desconfianza que inspiraba a la mayor parte de los miembros del Consejo —Cambacérès el primero—, Fouché incitó a Decrés —ahora muy conmovido por el acontecimiento— a formular las proposiciones que quería agregar. El ministro de Marina las expuso con vehemencia. El almirante quería «una proclama

inmediata que llamase entre los muros de Anvers todo lo que los departamentos tuvieran como antiguos militares», el levantamiento de diez mil obreros de París y la designación de Bemadotte como comandante en jefe. Clarke, muy celoso de su autoridad, replicó que la movilización de la Guardia Nacional sería verosímilmente muy mal visto por el emperador, todavía más sin duda la designación del mariscal Bernadotte, entonces en plena desgracia y que él, por lo demás, ministro de la Guerra, podía disponer contra los ingleses de treinta mil hombres aproximadamente, lo cual era bastante. Cambacérès, siempre tímido, desaconsejó también las medidas extraordinarias. En una segunda reunión Fouché tomó la palabra, declaró que hacía falta actuar, lo que le atrajo la respuesta, muy significativa, del archicanciller: «Señor Fouché, no quiero hacerme despegar». Esos miedosos, esos discutidores, le daban lástima al ministro de la Policía; además, estaba resuelto a actuar a su manera.

Dejando, en efecto, al mariscal Clarke organizar su pequeño ejército de piezas y de trozos, Fouché escribió el día 2 a los prefectos de quince departamentos septentrionales para invitarles «en nombre del emperador» a levantar a los guardias nacionales. Esta circular se salía del estilo administrativo: realmente conmovido o fingiendo estarlo, el exprocónsul volvía a encontrar un poco el estilo de 1793. «No se limitarán ustedes a la gloria de cazar a los ingleses: es preciso impedirles que regresen a sus barcos; si desembarcasen, sería vergonzoso que este puñado de insulares pudiera escaparse a vuestro valor y a vuestros numerosos batallones… Al informarme muy exactamente cada día de la marcha de las operaciones, me harán conocer a los hombres cuyo celo y valor cívico merezcan ser particularmente mostrados a la vista del emperador». Era sorprenderle en un tono que se había hecho insólito en un ministro de Napoleón. Ante esta actitud, los prefectos rivalizaron en celo: Lys, equipó seis mil hombres; el Norte, ocho mil quinientos; Pas-de-Calais, seis mil cuatrocientos; Oise, mil ochocientos; Escaut, tres mil. La fiebre se apoderó de toda la región del Noreste. Justamente era lo que quería el ministro, y él mismo

parecía presa de un ardor febril, multiplicaba las circulares, los avisos, las cartas confidenciales: los lanzó el 3, el 4, el 5 y el 6 de agosto. Iba más lejos: como investido de una dictadura que le daba autoridad sobre todos, parecía querer hablar con superioridad a sus colegas.

El Consejo de Ministros quedó por un momento estupefacto ante la audaz iniciativa de la que uno de sus miembros acababa de mostrarse capaz. El general Clarke estaba fuera de sí, refunfuñando ya vagas amenazas contra esos «p… jacobinos del 93»; se dirigió a Napoleón, afirmando su temor de levantamientos en masa, «que llevan el terror a las provincias que están allí sometidas y paralizan todo». Cambacérès y Clarke estaban consternados; lo estuvieron mucho más, cuando el día 3, el ministro de la Guerra vio llegar a él al mariscal Bernadotte, que ofrecía su espada al Gobierno.

*

Este personaje estaba entonces retirado en su casa de campo de Lieur-saint, recientemente despedido del ejército de Alemania y en plena desgracia. En todo tiempo había mostrado cierta independencia frente al emperador Jacobino en 1799, había aceptado el 18 de brumario, que le «vengaba» de los abogados del Luxemburgo. Sin embargo, nunca aceptó de modo franco la dominación de un soldado, al que consideraba simplemente un rival. Amigo de Moreau, le había visitado mucho, compartido sus sentimientos y rencores. Gracias a sus cualidades había sabido imponerse al emperador, que le condecoró con un título principesco; el de Pontecorvo. El gascon había aceptado sin doblegarse. Se colocaba delante, detestando quedarse en la fila detrás del Amo. Es lo que vino a costarle una estrepitosa desgracia. Al día siguiente de Wagram, en que mandaba el Cuerpo Sajón, creyó poder dirigir a sus soldados una orden del día en la que les atribuía muy indebidamente la mayor parte de la victoria. Este acto era de tal modo insólito, que

Napoleón quedó sofocado. Le retiró el mando y le reenvió a Francia. Fouché, sin embargo, desde el primer día del alerta, lanzó la candidatura del príncipe de Pontecorvo para el mando del nuevo ejército. Cambacérès y Clarke habían esquivado cualquier respuesta, pero el mariscal, en quien la modestia no era la cualidad principal, vino a ofrecerse él mismo, de acuerdo, sin duda, con el ministro de la Policía. El 3 de agosto fue a ver a Clarke, después a Cambacérès, declarando «que si tuviera una sola compañía de veteranos para combatir a los ingleses, no vacilaría en encargarse del mando». A pesar de las respuestas dilatorias de los dos hombres, el mariscal anunció que, devorado por el más puro patriotismo, renunciaba a volver al balneario y se instalaba durante quince dias en París. Cambacérès y Clarke, en el colmo de la confusión, hicieron aún referencia al emperador. La respuesta de éste no les pareció dudosa. La leva en masa iba a tener una contraorden con reproches; el ministro de la Policía fue reprendido, quizá caído en desgracia; finalmente, Bernadotte reenviado al balneario y los guardias nacionales a sus casas.

Los ministros se quedaron perplejos cuando el día 12 recibieron las cartas del emperador. Napoleón era demasiado hombre de acción para no admirar en cualquier parte donde se encontrase la cualidad maestra del hombre de Estado: la decisión. Así que sólo Fouché acababa de dar prueba de decisión, lo mismo que de sangre fría y de inteligencia. El emperador se adhería plenamente a las medidas tomadas por él. El 8 de agosto, enterado de lo que ocurría, firmó un decreto que venía a confirmar y regular tales medidas; ordenaba la leva de treinta mil guardias nacionales y nombraba comandante de tal ejército al príncipe de Pontecorvo. Por lo demás, estas decisiones iban acompañadas de un comentario que no dejaba lugar a dudas sobre los sentimientos del emperador. «Estoy enfadado —escribía al archicanciller— de que en el Consejo del día 1 no haya tomado sobre sí la decisión de llamar a los guardias nacionales: es desconfiar sin razón de ellos… Hay que tener sin demora, en primera línea, 80.000 hombres, e imprimir un movimiento a la nación para que se

muestre, primero para hacer hastiar a los ingleses de dichas expediciones y hacerles ver a la nación siempre dispuesta a tomar las armas; y, seguidamente, para reconquistar la isla de Walcheren…» A las quejas de Clarke, respondía agriamente: «El señor Fouché está en condiciones de hacer lo que ustedes mismos no hacían. Sin duda correspondía al departamento de Guerra provocar estas medidas y regularidades: pero resulta muy sencillo que el ministro de la Policía, convencido de que la expedición inglesa era de veinticinco mil hombres, se le debía oponer de sesenta a ochenta mil hombres de tropa, haya ordenado los preparativos en ese sentido». En una segunda carta a Cambacérès, el Amo se expresa más vivamente todavía: «Estoy enfadado porque hayan hecho ustedes tan poco empleo de los poderes que les he dado, en estas extraordinarias circunstancias. Reúnan con frecuencia el Consejo de Ministros. *No dejen que los ingleses les cojan en la cama*. Al primer rumor de desembarco debían ustedes haber reclutado veinte mil, cuarenta mil, sesenta mil guardias nacionales. *La actitud que se ha adoptado en esta ocasión es humillante y vergonzosa, y excitará a los ingleses para comenzar de nuevo con parecidas expediciones». «No veo más que al señor Fouché, que ha hecho lo que ha podido, y que ha sentido el inconveniente de permanecer en una inactividad peligrosa y deshonrosa*», escribía aún el día 11 a Clarke. No queriendo tal vez excitar más allá la medida el orgullo de su ministro de la Policía, le dirigió un testimonio más breve de su satisfacción: «Ha hecho usted bien en preparar a los prefectos para proveer guardias nacionales». Fouché triunfó, y sin duda fue entonces cuando germinó en su cerebro la idea de extender a toda Francia la medida que había recibido una aprobación tan completa, y de tomar las palabras del emperador de «imprimir un movimiento» no ya a quince departamentos, sino «a la nación entera».

*

Además de esto, el pretexto era allí excelente. Puesto que había que aterrar y rechazar a los ingleses, era fácil probar que éstos no amenazaban solamente Anvers, sino que sus barcos cruzaban continuamente a la vista de Boulogne, Brest, Rochefort, Marsella, Tolón y Gênes.

Para justificar el plan que formaba desde entonces, Fouché se había dedicado a transmitir fiel y concienzudamente los informes de sus agentes, en los cuales los cruceros ingleses eran representados como amenazando tanto las costas del Mediterráneo como las del mar del Norte. El 30 de agosto, escribía el prefecto de Bouche-du-Rhône que preparara los cuadros de la Guardia Nacional, de forma que pudiera movilizarlos en veinticuatro horas si el enemigo desembarcaba.

El ministro de la Policía no se detuvo ahí. El 7 de septiembre tomaba sobre sí el generalizar la medida. El consejero de Estado de la tercera división administrativa (Sur) recibía la orden de preparar en los departamentos que le estaban confiados la organización de la Guardia Nacional para la defensa de las costas del Mediterráneo. Ante todo doce departamentos debían ser llamados a las armas. Languedoc, Provenza y Piamonte iban a levantarse, mientras que de Flandes y Artois el movimiento se propagaría hacia Normandía y Bretaña. El ministro —siguiendo la expresión de Balzac— organizaba así «*esta angustia general que pesó sobre toda Francia y reanimó la energía republicana de 1793*». Ya no dudaba de nada y, sin la intervención posible de sus colegas humillados, rompía las resistencias. Se preguntaban en todas partes si Fouché se había pasado del *quai* Voltaire a las Tullerías.

Pero fue en París donde la medida había trastornado a todo el mundo. La leva había provocado la más viva irritación en unos, en otros el mayor entusiasmo. La burguesía pareció sensible a la

confianza que se le testimoniaba. Por el contrario, los altos funcionarios, viviendo bajo la influencia de otros ministros, se mostraban muy descontentos y poco diligentes. El prefecto Frochot convocó a los alcaldes; éstos formularon objeciones, que transmitió al ministro el 16 de agosto. Pero volvieron a ver a un Fouché que los funcionarios del Imperio no conocían. Arisco, endiosado, amenazador, el ministro de la Policía respondió al prefecto que no tenía que entrar en discusiones con los alcaldes; que si en la misma jornada esos funcionarios no se ocupaban en el acto de la organización de la Guardia Nacional «Su Excelencia la levantaría él mismo a toque de tambor». Detrás del nuevo duque de Otranto, parecía resucitar el procónsul de Troyes. Temblaron. «Los alcaldes —escribía el propio ministro— han sido de tal forma enardecidos (hay que leer aterrados) por esta respuesta, que han prometido no descansar hasta que las medidas ordenadas por el ministro sean enteramente ejecutadas…» «Los alcaldes —añadía Fouché en un breve *post scriptum*—, los alcaldes cumplirán su palabra, porque saben que yo cumpliré la mía». En realidad, los funcionarios obligados a inclinarse actuaban con extrema mala voluntad, haciéndose eco de las reclamaciones contra una medida *impopular*. El ministro protestó contra esta alegación: «Es imposible —escribe el día 23 a los dos prefectos— que París permanezca inmóvil en el movimiento general que anima los departamentos; es imposible que quiera deshonrarse gratuitamente a los ojos de su príncipe y a los ojos de la nación. En cuanto a mí, no toleraré que la primera ciudad del mundo sea expuesta a sufrir tal ignominia…» Y, en términos vehementes, excitaba todavía el celo de los magistrados municipales.

París estuvo pronto en efervescencia. La inquietud del Gobierno era grande; se recelaba ahora todo del ministro. Ante la composición de los cuadros de este ejército cívico se alarmaron muchos amigos del Gobierno imperial. Atrevidamente Fouché se atribuía el derecho de formar a su antojo el Estado Mayor de la guardia parisiense, ¿y a quién ponía allí? Banqueros, abogados, notarios, algunos nobles muy

poco adictos al régimen, todo gentes a quienes se tenía por hostiles al emperador, en muy buenas relaciones con el ministro. El banquero Thomton, conocido por su oposición al Imperio, antiguo amigo de Moreau, fue llamado al *quai* Voltaire y encargado de organizar la caballería «en nombre de la nación». Ahora bien, el primer acto de esta nueva tropa fue reclamar como coronel a Stanislas Girardin, aristócrata liberal que se había mostrado frecuentemente censurador, y Fouché lo concedió. Cualquiera de los que desde hacía diez años presentaba al Imperio una sorda oposición, integró pronto las filas y, sobre todo, los Estados Mayores de este ejército para todo. La Guardia Nacional parisiense integrada por seis mil, doce mil, luego veinticuatro mil hombres, alcanzó enseguida la cifra de treinta mil. Fouché se vanagloriaba de ello: no rehusaba el pasar revistas y hacer maniobras. Se le vio dirigirse a las carreras, escoltado por un escuadrón de caballería ligera, prerrogativa desconocida por los ministros del Imperio. Lo que daba a esta manifestación insólita carácter particularmente grave es que se produjo a despecho de las protestas del gobernador militar de París, Hulin, y del ministro de la Guerra. Hulin, indignado por esta falta, escribía a Clarke: «No puedo atribuir este defecto de orden más que a la ignorancia en que se encuentra la Guardia Nacional y la caballería ligera en cuanto a las ordenanzas y los reglamentos de policía». Y el ministro de la Guerra, por su parte, en un informe muy desabrido al emperador, hacía observar «que sería peligroso que la autoridad civil se creyera con derecho a dar órdenes a una tropa armada cualquiera, sin el consentimiento de la autoridad militar». Hulin, exasperado, amenazaba con hacer disparar a sus centinelas sobre las patrullas del «ejército cívico».

Ya puede uno imaginarse que la acrimonia de que rebosaban las cartas de Clarke al emperador se había manifestado aún más vivamente en el Consejo. En presencia del archicanciller, a quien el miedo al emperador enmudecía, interpeló vivamente a Fouché, jurando, blasfemando, diciendo que «no era sino un p… jacobino de 1793 quien pudo tener la idea de levantar y armar la Guardia

Nacional en París». Pero ¿qué hacer después de las reprimendas del emperador? Clarke estaba desolado, furioso. «Vea usted lo que ocurre —decía a Ségur—, Fouché acaba de levantar en París treinta mil hombres. Arma al pueblo e, incluso, a los criados. *Es un levantamiento del 93, que quiere tener bajo su mano. Se preparará a desempeñar un gran papel* en casos previstos tal como un mal mayor que el que acaba de alcanzar al emperador, o el de una herida más seria que la de Ratisbona o un revés más completo que el de Essling. ¡Treinta mil hombres armados en París! ¡Pero se precisará un ejército para protegernos contra esa guardia! Y continua, a despecho nuestro, la organización; ha nombrado oficiales… *Su finalidad es evidente, es una traición, pero le vigilo*».

Apoyados disimuladamente, los alcaldes volvían a protestar. Se hablaba de 1793. «*Desde hace mucho tiempo se ha tratado de persuadir que la Revolución estaba acabada. ¿Se habrán hecho la ilusión? ¿O va a comenzar una nueva?*» Fievée volvió a coger la pluma: «La leva de la Guardia Nacional —escribía al emperador— era *una medida revolucionaria* cuyo único resultado era hacer retroceder el poco espíritu monárquico que quedaba en Francia»; hacía estremecerse «cuando se veía tal movimiento dado por una cabeza demasiado imbuida por las ideas de la Revolución para ser capaz de sentir lo que las instituciones nuevas han puesto de diferencia entre el pasado y el presente». Clarke debía exagerar. «No hay nada de que pueda abusarse más rápidamente —escribía— para provocar una sedición e, incluso, una división en el Estado». El emperador se vio enseguida asediado por quejas. De hecho, la medida degeneraba de su finalidad primitiva; ni los buenos mozos, ni la caballería ligera de Stanislas de Girardin, ni los agentes de cambio enrolados tras de Thomton tenían la idea de ir a defender Anvers. ¿Qué querían hacer?

Pero lo que por otro lado aumentaba la inquietud era la actitud que había adoptado, en complicidad con Fouché, el príncipe de Pontecorvo. Había llegado el 15 de agosto a Anvers y se había colocado allí inmediatamente como salvador, como hombre necesario

y, además, como procónsul. Estaba muy lejos del papel, en suma bastante modesto, que le había designado el emperador en la dictadura regional y que el emprendedor mariscal se había atribuido espontáneamente. De acuerdo con las órdenes recibidas, había agrupado bajo su mando supremo tropas de tierra y de mar: marineros, soldados, gendarmes, aduaneros y guardias nacionales, sin olvidar, naturalmente, lanzar rimbombantes órdenes del día. Pero no quedó ahí la cosa. El futuro rey de Suecia creyó tener que hacer allí su aprendizaje de futuro hombre de Estado. El comisario general de policía de Anvers, puesto a su disposición por el ministro, se había convertido para él en una especie de pequeño ministro y sus agentes parecían haber pasado a las órdenes del príncipe. Éste se organizaba una policía propia que extendía de Bélgica a Holanda. Por el contrario, el comandante en jefe, haciéndose administrador, era al ministro de Policía a quien dirigía sus planes y sus reflexiones sobre el estado de las tropas, por intermedio del comisario general, «descansando» sobre éste «del cuidado de corresponder con el Gobierno central». Desde entonces, es el ministro de la Policía quien va a comunicar al ministro de la Guerra el *desiderátum* de este singular comandante de cuerpo de ejército. No hay que decir que esas estrechas relaciones del mariscal con Fouché habían sido señaladas a Napoleón.

Apresurémonos a añadir que el mariscal, jefe inteligente y activo, se había ocupado de la defensa con una diligencia extraordinaria. A despecho de las previsiones optimistas del emperador. Flessingue había capitulado el día 16; con un cuerpo de ejército bastante irregular, Bemadotte tenía ahora enfrente un enemigo en buena posición para amenazar Anvers. El mariscal acababa de cubrir la gran ciudad, organizaba su ejército, le fundía en una tropa homogénea, le comunicaba su gran confianza, siempre sonriente, accesible y popular. Había engañado a los ingleses, que se creían, gracias a ciertos artificios, frente a más de 40.000 hombres. Ante esta defensa, ellos, que habían creído sorprender a los franceses, se desmoralizaron, en tanto que la peste se declaraba en Flessingue.

Era una preciosa aliada para Bernadotte. Éste, satisfecho de sí mismo, afirmó que había intimidado al enemigo, y no contando ya con los elogios del emperador, se los otorgó él mismo muy grandes, en una orden del día concebida en el mismo estilo que tan mal le había resultado en Wagram.

Bajo el pretexto de la movilización nacional, ¿preparaba Fouché verdaderamente, y de acuerdo con Bernadotte, un enorme golpe en caso de que el emperador desapareciera? (Éste iba a escapar de un atentado muy real.) Resultaba dudoso creerlo.

Nada es más dudoso que esta *conspiración*, al menos en principio. En la opinión de los contemporáneos, Fauche-Borel estaba en el campo monárquico, Savary junto al emperador. Tal vez, después de todo, este plan se dispuso poco a poco, a medida que se desarrollaban los acontecimientos. Sin embargo, es algo increíble que los mismos enemigos del ministro, en París, estuvieran tan lejos en sus sospechas. Sencillamente, veían con envidia engrandecerse fuera de toda medida al nuevo duque de Otranto y, por instinto, su devoción auténtica al emperador se alarmaba con tal potencia. No era necesario para dirigirse al emperador sospechar de traición en el ministro: abuso de poder, usurpación de funciones, exceso de omnipotencia era suficiente para llevar al Amo a cambiar de opinión sobre la actitud de Fouché.

*

Desde el comienzo de agosto, alabando el espíritu de decisión que había mostrado el ministro, el emperador hizo algunas restricciones en sus elogios. Ya el 16 de agosto, había tratado de calmar el celo de Fouché y de disminuir su importancia, demostrando la inepcia y el total fracaso de la expedición inglesa; incluso había pedido que se insertaran estas reflexiones en el *Monitor*. Seguidamente se mostró estupefacto al ver el levantamiento extendido hasta Piamonte, y el Imperio «alarmado sin

razón», olvidando que dos días antes él mismo concibió el proyecto que su ministro no había hecho más que anticipar. El 24 de septiembre, escribía a Fouché: «Una medida semejante no puede ser tomada sin orden mía. Ponga toda su diligencia en tranquilizar a los ciudadanos y en que el pueblo no sea molestado en sus ocupaciones habituales».

Fue en este momento cuando las quejas afluyeron a Schoenbrunn. El emperador se inquietaba ahora: «Una especie de vértigo hace girar las cabezas en Francia —escribía el día 26 al propio ministro—. ¡Todos los informes que recibo anuncian que se moviliza a los guardias nacionales en Piamonte, en Languedoc, en Provenza, en Delfinado! ¿Qué diablos quieren hacer con todo eso, ya que no hay urgencia y que ello no se podía hacer sin orden mía? Como estas medidas rebasan el poder ministerial, deben ser autorizadas por el Consejo de Ministros; no me han enviado el proceso verbal… *El menor incidente puede provocar una crisis*». Le han escrito que, en los alrededores de París, «todas las pequeñas comunas montan guardia como durante una revolución». El emperador no salía de su asombro. «No quiero más guardias nacionales que los que he requerido y, pensando con mucha reflexión en ello, no quiero oficiales que no conozco». Y, dejando hablar a su desconfianza, añadía: «Se hubiera dado al pueblo jefes que tendrían un interés diferente al suyo (el emperador hubiera podido decir al mío) *sobre todo si hubiera habido crisis*». Napoleón exhortó a su ministro para que se limitase desde entonces a sus atribuciones, mandó que todo volviese al orden en París; que no se conservaran más que las cinco divisiones de guardias nacionales de los departamentos donde él los había llamado; que se hiciera volver a la gendarmería y que no se volviera a poner a Francia «en combustión». Luego su descontento hacía mayor explosión en cartas del 30 de septiembre y del 2 de octubre, contra «un ministro que no colocaba jamás la legalidad en su conducta».

El emperador no había esperado esta época para retirar a Bemadotte el mando del ejército del Norte. Exasperado contra el

príncipe por los informes recibidos de París y por la orden del día en que Bemadotte cantó su propia gloria, el emperador sintió que volvía todo su odio contra la «vanidad» del mariscal. Sus cartas eran auténticas requisitorias, dejando prever una rápida destitución. En efecto, el mariscal Bessiéres fue enviado a Anvers, el príncipe Pontecorvo reenviado a París y, desde allí, al balneario. «Estoy cansado —escribía el emperador— de las intrigas, y estoy escandalizado de que un hombre al que yo he colmado de beneficios preste oídos a los miserables que conoce y que aprecia».

Bessiéres llegó a Anvers el 16 y recibió el mando de manos de Ber-nadotte quien, primero socarrón e inmediatamente furioso, se marchó a París; allí vio a Fouché, que no debió de calmar su cólera. En cuanto a Bessiéres, no tuvo más que cruzarse de brazos esperando la partida de los ingleses que, diezmados por la fiebre, volvían a hacerse a la mar el 22 de noviembre.

Quedaba la famosa Guardia Nacional en París. Napoleón ordenó su desarme y disolución. El 30 de septiembre Clarke notificaba a Fouché, con un tono triunfante, que el emperador decidió esta disolución. Al día siguiente al mediodía, el general Hulin haría relevar por tropas de línea todos los puestos de la Guardia Nacional. Para el ministro de la Guerra era un desquite brillante. Así, Fouché no parecía ni humillado ni alarmado por las medidas tomadas desde hacía algunos días. Fingía, por el contrario, felicitarse vivamente por su conducta. El resultado de la expedición inglesa había sido —según decía— «crear un nuevo ejército, familiarizar al pueblo con la institución de la Guardia Nacional, haber proclamado de la manera más deslumbrante a Europa entera la adhesión de los franceses a su soberano y los recursos de la Monarquía». El 21 de octubre, en una nueva nota al emperador, el ministro insistía en los resultados obtenidos: «Esta operación, en constante adhesión de los franceses por su emperador, anuncia a todos los Gabinetes de Europa que parecen dudarlo, la energía que es capaz de desplegar la nación cuando hace falta servirle». Esta frase era casi una bravata a sus adversarios: «El orden y la tranquilidad que la han acompañado

prueban la prudencia y la medida de los que la han hecho». Por todas partes el ministro proclamaba que había prestado un inmenso servicio al emperador. El 4 de octubre escribió a Murat: «Están confusos en Londres por el movimiento que acaba de manifestarse en Francia. La movilización de los guardias nacionales ha asombrado tanto más a los ingleses cuanto que decían y publicaban en todas partes que nuestro emperador no tenía más fuerzas que en sus ejércitos, que había agotado el resto del flogisto (sic) de la Revolución. Hemos dado un mentís a sus calumnias, y hemos probado que el emperador tenía a Francia entera como ejército». Fouché paseaba por los salones esta satisfacción fingida o real. «El levantamiento de los guardias nacionales —se le oía decir— ha consolidado mejor al emperador que la coronación; entonces era emperador sólo por el poder militar, y es el poder civil quien acaba de reconocerle». El secreto del hombre estaba en sus afirmaciones audaces que a veces imponían a la opinión y al emperador mismo.

Sin embargo, los adversarios esperaban que no llegase esta vez al linal de su empresa. En los salones del archicanciller, en el Ministerio de la Guerra, en la prefectura de la Policía se tenía por asegurada la indudable caída en desgracia del ministro de la Policía.

*

No constituyó, pues, en París sorpresa cuando se supo que por primera vez caía en desgracia el nuevo duque de Otranto. El 7 de octubre el Ministerio del Interior, del que por otro lado sólo tenía la interinidad, le fue retirado bruscamente. Fue reemplazado por Montalivet, director de Puentes y Carreteras. Fouché, con su ordinaria imprudencia, fingió estar encantado con el acontecimiento. Hacía mucho —según aseguraba— que le pesaba esa cartera. Molé, nombrado director de Puentes, al ir a visitar al duque de Otranto, le encontró muy desenfadado, habló largamente del Ministerio que había abandonado y de las reformas que había que hacer allí. Molé,

que creía encontrarse con un hombre preocupado, salió estupefacto de la entrevista. No era una actitud; Fouché no estaba realmente inquieto, no lamentaba nada. El propio emperador no parecía dispuesto a combatirle más, y a su justificación apasionada, respondía el 21 de octubre: «Es usted como Don Quijote: lucha usted contra los molinos de viento. No he oído decir por todas partes más que cosas buenas sobre usted. Los reproches que le hice venían de mis observaciones, ya que me gusta que todas las operaciones de mis ministros sean legales… *pero eso está lejos de borrar el mérito de todo lo que usted ha hecho en servicio mío*».

Fouché tenía, pues, alguna razón para mirar sin temor el regreso del emperador y responder irónicamente a las predicciones de sus adversarios. Pero éstos no eran gente para abandonar la lucha. Cuando el 26 de octubre llegó el emperador a Fontainebleau, la primera persona que vio fue al archicanciller, al que expresó su descontento por todo lo que había pasado desde hacía seis meses. Uno piensa si Cambacérès vaciló en cargar sobre el ministro de la Policía los pecados de Israel. ¿Cómo explicar de otra forma el cambio de humor que se refleja desde el 21, fecha de la última carta, al 27, día en que Fouché iba a aguantar una de las más aterradoras escenas de Napoleón? Lo que se sabe es que éste hizo llamar inmediatamente a Ségur a Fontainebleau, muy mezclado en septiembre en las negociaciones a las que había dado lugar la formación de los guardias nacionales. Ségur era de esos adictos sinceros, pero cuyos principios seguían siendo muy aristocráticos y no le hacían favorable al ministro «jacobino». No disimuló la extrañeza con la que los más devotos del Imperio habían reaccionado ante el singular reclutamiento de la Guardia Nacional. El emperador no pudo disimular su viva irritación, y en estas condiciones, fue cuando recibió, el 27, a Fouché en Fontainebleau. Por añadidura, Napoleón acaba de conceder audiencia a Clarke, todavía muy irritado, con quien Fouché se cruzó en la antecámara. No trascendió casi nada de la escena, muy larga y —se dice— muy violenta, que el Amo hizo al ministro de la Policía. A sus reproches

sobre la situación presente debió de mezclar sus crueles alusiones a los acontecimientos de 1793, con los que se complacía hasta extenuarle. Ésta fue, al menos, la opinión de Ségur cuando vio salir al nuevo duque de Otranto del gabinete del soberano, visiblemente alterado. Al ver a Ségur, de quien se sabía hostil, se fue derecho a él y le llevó, con gran asombro de este noble personaje, a un fantástico paseo a través del bosque. Allí, en un largo monólogo, el ministro, consternado sin duda en su espíritu a los reproches del emperador, repasó, delante de su compañero estupefacto, su existencia entera, tratando de justificar todo: su adhesión a la Revolución de 1789, a la República de 1792, su voto en enero de 1793, sus odiosas misiones del año II, recordando la parte que había tomado el 9 de termidor, la ruina de los jacobinos bajo el Directorio, el golpe de Estado de brumario y el establecimiento del Imperio; todo ello con una extraordinaria vehemencia…

Al volver a París, Ségur estaba persuadido de que Fouché llegaba a sus últimos días ministeriales. Las letras patentes que, el 14 de octubre otorgaban al antiguo convencional el título de duque de Otranto, ¿iban a constituir en vez de una recompensa una consolación? Por haber despertado por un momento el recuerdo del proconsulado de 1793, ¿iba a sucumbir el nuevo duque bajo esta vocación, demasiado agobiante? Así se creyó en el mundo político, y cada uno esperaba esta inevitable desgracia con distintos sentimientos, pero con la misma curiosidad.

CAPÍTULO XVI

SEGUNDA DESGRACIA

Fouché esquiva provisionalmente la desgracia.—El emperador le necesita para preparar la opinión sobre el divorcio.—Fouché se presta a ello.—Espera y aconseja el matrimonio ruso.—Se decide el matrimonio austríaco.—Las consecuencias que se esperan de ello en lo que concierne a Fouché. Éste, sin embargo, piensa conjurarlas. Quiere acercar al emperador a Inglaterra. Sus ideas sobre esta cuestión.—La misión Fagan.—El duque de Otranto introducido en otra negociación, se hace con ella.—Intervención del financiero Ouvrard. Presentación de Labouchére. Éste ve a lord Wellesley y no obtiene nada.—Nueva misión dada a Labouchére por el emperador.—Fouché sustituye sus instrucciones por las del soberano.—Nuevas entrevistas de Labouchére con lord Wellesley.—Napoleón descubre por casualidad algunos indicios de esta intriga.—El Consejo de Ministros del 2 de junio. Violenta interpelación del emperador a Fouché.—El 3 anuncia al Consejo la destitución del ministro. El emperador le nombra gobernador de los Estados romanos. Fouché obtiene del duque de Rovigo quedarse algunos días en el Ministerio y se encierra allí con Gaillard para quemar papeles.—Sobresalto en París al conocer la destitución del duque de Otranto. Sentimiento general de inquietud. Actitud de Fouché. Es nombrado ministro de Estado.—Se retira a Ferriéres. Se descubre el asunto Ouvrard, luego la negociación Fagan.—Estupefacción del emperador. Napoleón hace reclamar los papeles.—Fouché rehúsa devolvérselos en cinco ocasiones.—Cae definitivamente en desgracia y es exiliado.—Huye a Italia, trata de embarcar para América, luego vuelve a Francia y recibe la orden de retirarse a Aix.—Finge marcharse allí contento.—Parecen olvidarle.

Para sorpresa y a despecho de sus adversarios, Fouché no fue despedido. Napoleón había obedecido en esta circunstancia a varias consideraciones. Ciertamente apreciaba mucho los servicios prestados; pesaban menos, sin embargo, los que esperaba en un futuro próximo.

El soberano volvió de Austria resuelto a divorciarse, y era útil preparar a la opinión. Fouché, que desde hacía dos años lo ensayaba espontáneamente, era el indicado para llevar a buen término la empresa.

Estaba tanto más dispuesto cuanto que después de su famosa gestión cerca de la emperatriz era muy mal tratado por los amigos de Josefina. El divorcio se convertía, pues, para el hombre en una cuestión personal y nadie podía dudar de que se pondría a trabajar en ello con todo celo.

Lo hacía con notas cuyo origen era bien conocido y con propósitos precisos que, ahora, el emperador ya no reprimía.

En verdad, el asunto encerraba algún riesgo para el exconvencional. El emperador no se divorciaría más que para contraer un matrimonio principesco; estaba vacilando entre una princesa rusa y una princesa austriaca, especialmente la archiduquesa María Luisa. Los partidos, en esta circunstancia, tomaban posiciones muy claras. Cuantos estaban contra el espíritu de la Revolución se declaraban en favor del matrimonio austríaco, que haría de una resobrina de Luis XVI y de María Antonieta, la soberana de Francia; naturalmente, todos los que, de Cambacérès a Murat, estaban en favor de la Revolución, preconizaban el matrimonio ruso. Fouché se metió en la disputa; en sus notas secretas al emperador exponía como profundamente impopular la posible elección de una princesa del antiguo régimen. Por otra parte, ¿se contentaba con esta acción secreta, ya que presente en el Consejo donde el emperador *sometió* lo que llamaba «sus vacilaciones», Fouché dejó hablar en favor del matrimonio ruso —luego, en contra del austríaco— a Cambacérès y Murat.

También debió de haber tomado algunas seguridades en sus relaciones con Metternich. Tomada la decisión en favor de María Luisa, fingió la mayor seguridad y, de hecho, el duque de Otranto encontró cerca del príncipe Esterhazy, que acompañó a María Luisa a Francia, y del príncipe de Schwarzenberg, el nuevo embajador de Austria, una acogida benévola, que indicó con toda naturalidad al

emperador. Pudo creerse, pues, que una vez más el hombre hábil había sabido jugar secretamente con todos los tableros.

*

Pero era demasiado no contar con el ineluctable efecto que iba a tener, en ciertos medios el matrimonio de Napoleón con la resobrina de Luis XVI. Esta alianza, multiplicando las reuniones en la sociedad contrarrevolucionaria, como consecuencia lógica iba a crear en el mundo imperial una pequeña crisis del régimen, que además he estudiado largamente. Hasta entonces, un nuevo personal, compuesto por paladines de la contrarrevolución, no entra más que a pasos lentos en las administraciones, pero a la llamada, frecuentemente imperiosa del emperador, se ha resignado poco a poco a entrar en la corte. Desde entonces el duque de Otranto no puede ir a ver al emperador sin codearse con numerosos nobles, gente cuyos padres, madres, hermanos o amigos perecieron hacía poco tiempo en la guillotina. Y si, no obstante, el duque de Otranto parece poco turbado, el ex Fouché de Nantes que es también Fouché de Lyón, está un poco molesto y debe de sentir acercarse al destino.

Circulan los rumores más tendenciosos —incluso el de «la revisión del proceso de Luis XVI y el exilio de los "votantes"»—. Se comentaba irónicamente que ya se había encontrado el lugar del exilio para el nuevo duque; «se enviaría al señor Fouché a Otranto».

Fingía desdeñar los ataques, sin abandonar la línea de su política de resistencia a la reacción que, en tales circunstancias, se convertía casi en una política de bravuconada. En plena reacción y siendo ministro del Interior el conde de Montalivet, ¿no reclama el ministro de la Policía un *movimiento* prefectoral que tiene como finalidad desplazar o reemplazar a los prefectos demasiado favorables a las «antiguas órdenes», clero y nobleza? Pero es aumentar la hostilidad de esas «antiguas órdenes» que ahora rodean el trono imperial.

No parecía, en verdad, que el emperador debiese ceder a la presión que cierta opinión ejercía sobre él. No había cesado de decir la víspera de su matrimonio, y de repetirlo al día siguiente de su boda, que este matrimonio no tendría ninguna influencia sobre su política interior. «Cuando la emperatriz llegó aquí —decía Napoleón —, poco después jugaba su primera partida de *whist* con dos regicidas: el señor Cambacérès y el señor Fouché». Pero, a pesar suyo, se sometía a la influencia del acontecimiento. El día cercano en que despedirá a Fouché, veremos que será por razones completamente ajenas al movimiento contrarrevolucionario; poca gente se equivocará en ello, y Gírardin, mezclado en estos asuntos, verá claro, cuando algunos días después de caer en desgracia el ministro, escriba: «Fouché ha votado la muerte de Luis XVI, esto explica (su desgracia) y cuanto más se aleje el emperador de los principios de la Revolución tanto más apartará a los que pasan por haber sido los autores».

En realidad, el ministro, vigilado de cerca, atacado y —según la expresión de Savary— «trabajado» cerca del emperador, en mayo de 1810 no se mantenía aún en pie más que por un milagro. Pero Fouché, ante su propia carrera, había terminado por creer en el milagro en materia política. Tampoco se apartaba de los asuntos aventureros que pudieran proveer al emperador el *pretexto* del que habla Girardin.

*

Es difícil imaginar a qué grado de ufanía y de audacia había llegado, en efecto, el duque de Otranto en esta época de mayo de 1810. Habiendo escapado a las consecuencias de la crisis de agosto y septiembre de 1809, bajo la cual hubiera sucumbido cualquier otro ministro de Napoleón, luego a los efectos de la reacción contrarrevolucionaria que pareció la consecuencia fatal del matrimonio del emperador, pensaba desde ahora estar a salvo de

toda sorpresa, de todas las empresas, de todas las desgracias. Ante el Amo, ahora déspota sin contención, con la desconfianza despierta y unas cóleras terribles, todo se doblega y se quiebra; Fouché se hace la ilusión de que sólo él puede mantenerse en pie. Puesto que este sistema de audacia le ha dado más resultado que a los otros la simpleza, ¿por qué no intentarlo otra vez? Ya que en agosto de 1809 pudo levantar batallones y hablar a Francia en el lenguaje del 93, ¿por qué, habiendo hecho la guerra, no hacía la paz, asegurándose así el reconocimiento de la nación e imponiéndose al mismo tiempo emperador? La policía le ocupa todavía, pero pacificado el Oeste, las partidas antidinásticas sofocadas en apariencia, ¿para qué era útil todavía? Le es preciso, para seguir siendo necesario, un campo más vasto, otros servicios y otros éxitos. Entonces es cuando se apodera de él la idea de coronar su ya antigua campaña por la paz, echando a Inglaterra en los brazos del emperador, que su reciente unión con Austria y su alianza con Rusia colocan en el apogeo.

Siempre, desde 1804, había deseado particularmente la paz con Inglaterra. Ministro del Interior, había podido ver muy de cerca con qué miseria atacaba el bloqueo el comercio nacional: sus cartas con motivo de las licencias son, en este punto, muy edificantes. En estrechas relaciones con el mundo de la Bolsa, medía con gran esfuerzo la marcha descendente del mercado financiero, el estancamiento de los negocios, la ruina de los bancos y de las factorías. Ministro de la Policía, en fin, estaba harto de luchar siempre y sin descanso contra la incesante infiltración de los agentes ingleses. No se dejaba sorprender por la tranquilidad del Oeste: Londres estaba todavía lleno de chuanes, siempre en espera de una nueva ocasión para dedicarse por entero a esas misteriosas misiones en las que habían zozobrado los Lahaie Saint-Hilaire, los Prigent y los Chateaubriand, pero que enervaban el Oeste, perpetuando allí el malestar, convirtiéndole en una tierra minada, siempre dispuestos a saltar en cuanto hubiese una crisis un poco grave. Era preciso lograr la paz con Inglaterra.

Pero perdía la esperanza de conseguir esta paz si se negociaba sin él. La inmensa vanidad que de año en año le llevaba a invadirlo todo, en esta circunstancia le entusiasmaba. El emperador era demasiado absoluto en sus exigencias, el ministro Champagny demasiado dócil a la voluntad imperial y demasiado inepto para suavizar los rigores, los ingleses demasiado desconfiados, demasiado excitados todavía para la lucha, demasiado orgullosos para no romper inmediatamente ante ciertas pretensiones formuladas con altivez. Era preciso evitar a ambas partes los primeros encuentros, siempre penosos para el orgullo de la una y de la otra: a Inglaterra había que presentarle las considerables ventajas obtenidas por el emperador, pero sin que estas presentaciones pareciesen viniendo direc-tamente del Gabinete de París, una ofensiva pretensión al tener *Albion* a merced; era preciso llevar así al Gabinete de Saint-James a las concesiones y a los sacrificios benévolos; luego, preparada así la paz y terminados todos los debates preliminares, eliminadas todas las causas conflictivas presentar, de algún modo, la paz como lograda en sus tres cuartas partes. Si semejante tentativa terminaba con una paz general, el duque de Otranto no veía límites a su crédito y a su fortuna. ¿No le valdría ese gran servicio la cartera de Relaciones Exteriores que aspiraba a recibir ahora?

Estaba verdaderamente maduro por estas ideas, ya que desde 1804, reiteradas veces, había buscado la forma de entrar en relaciones personales con el Gobierno británico. Era uno de los raros hombres, incluso entre los ministros de Napoleón, que podía fácilmente atravesar el doble muro que alzaba, a porfía, entre Inglaterra y Francia, el odio recíproco de los dos Gobiernos. Las negociaciones que, de vez en cuando, se establecía con los barcos ingleses parlamentarios para intercambio de prisioneros y a los que el ministro de la Policía vigilaba, constituían un primer y excelente recurso. Menos excelente, sin embargo, que el mantenimiento en Londres de una policía secreta cuyos emisarios tenían al ministro al corriente de los hechos y acciones, no sólo de los emigrados, de los chuanes, de los príncipes, sino también del Gabinete de Saint-James.

Buscó siempre la forma de seducir a éste, y en parte lo había conseguido. En Londres se le consideraba necesario para cualquier diligencia.

Después de la expedición de Walcheren, la resolución de Fouché estaba tomada. El general Boyer, comandante de la columna de la gendarmería, ¿no le había escrito que la pacificación completa de esta región sería «imposible» en tanto que Inglaterra continuase «suministrando allí» en todo momento nuevos *bandidos?* Por otra parte, en octubre, un agente llegado de Londres le había presentado a Inglaterra aspirante a la paz. Fouché creyó también tener que «convertir» al emperador: le presentó a Francia con la misma aspiración. La Bolsa experimentó súbitamente un alza ante el solo rumor de que se había abierto una negociación con Inglaterra; la misma alza se produjo en otros mercados ante la noticia —falsa, por lo demás—, de que el príncipe de Benevento había salido para Londres. En 1810, había hecho oficialmente esfuerzos para obtener de Napoleón que un emisario inglés, Mackensie, llegado a Morlaix para un simple intercambio de prisioneros, pudiera ir a París para tratar asuntos más importantes. Esto podía engañar al emperador y cubrir la doble negociación clandestinamente establecida con Londres desde hacía algún tiempo. Y ya entramos en pleno embrollo.

*

A principios de noviembre de 1809, un antiguo emigrado, Fagan, en otro tiempo capitán en el regimiento de Dillón, y cuyo padre vivía en Londres, recibió la visita de un amigo, el señor Hennecart. Éste, en el curso de la conversación, le propuso presentarle a su eminencia monseñor el duque de Otranto, dándole esperanzas de que esta entrevista podía tener consecuencias muy apreciables para el antiguo emigrado. No se hacían ascos a este género de proposiciones. Fagan aceptó y, dos o tres días más tarde, fue llevado

al *quai* Voltaire, cerca del ministro, quien pareció conocerle muy bien, ya que le habló, con un tono muy entendido, de la situación de su padre en Londres y de los lazos de amistad que unían a éste con lord Yarmouth, entonces ministro; después interrumpió la entrevista e invitó al antiguo capitán a que volviera a verle. Fagan no faltó. Todavía esta vez Fouché le preguntó con curiosidad sobre Inglaterra, declarando que tal vez sería posible establecer un entendimiento entre ambos países. Por fin, en una tercera entrevista se desenmascaró, preguntando a Fagan si no tenía inconveniente en ir a Inglaterra. El antiguo capitán acogió con alegría la propuesta. El duque de Otranto habló entonces mucho e importante; dado el poder inmenso de su majestad en Europa y de sus medios para reducir a la nación enemiga, le interesaba a Inglaterra tratar al instante; si tardaba, podía encontrarse en circunstancias todavía menos ventajosas. Y el ministro desarrolló esta idea. Era preciso que Fagan viese a lord Wellesley, le sondease y trajese la respuesta al duque de Otranto. El 30 de noviembre el antiguo emigrado, provisto de un pasaporte en regla, salía de París para Polonia, donde el comisario general, De Villers du Terrage, debía facilitarle embarcar clandestinamente. Llegado a Londres el 20 de enero de 1810, vio a lord Yarmouth, quien le dio una carta para Culling-Smith, subsecretario de Estado *en el Foreign Office* y cuñado del marqués de Wellesley. Además, la familia Fagan había conocido mucho a éste cuando era gobernador de las Indias. El ministro inglés recibió muy bien al agente del duque de Otranto, pero en esa época parecía mal predispuesto hacia el propio Fouché o, al menos, decepcionado, ya que al saber que Fagan, no venía de parte de Champagny, sino de Fouché, dijo: «No ha venido usted por el buen camino». Es, al menos, lo que dirá Fagan algunos meses más tarde. Se habló de España, que Fagan presentaba como una conquista de Napoleón, lo que negó Wellesley: respondió éste que España estaba muy lejos de ser sometida; que a su juicio, no lo sería nunca y que, además, Inglaterra estaba decidida a emplear hasta su último hombre y su último penique para salvarla: «Si pidiéramos a Napoleón su primera

fortaleza de Francia, ¿qué diría de ello?» En una segunda entrevista el noble lord declaró que todo arreglo sería imposible mientras no se tomara una determinación con respecto a España; acababa de enterarse, además, de que Napoleón se había adueñado de una parte de Holanda, lo que hacía presagiar mal sus intenciones conciliatorias. Sin embargo, Wellesley consintió en firmar una nota que se llevó Fagan, diciendo en síntesis que el Gobierno inglés estaba dispuesto a escuchar toda proposición que pudiera conducir a una reconciliación, siempre que estuvieran incluidos «sus aliados y, especialmente, España». El 10 de marzo, de regreso en París, venía al ministro de la Policía y le entregaba, con el informe de su misión, los escritos del subsecretario de Estado y la nota de lord Wellesley. Fouché se mostró satisfecho.

*

Sin embargo, no se contentó con eso. Las palabras de Wellesley —«No ha venido usted por el buen camino»— indicaban que el Gabinete inglés no podía conceder gran crédito a un simple emisario del ministro de la Policía, y su intención parecía ser demorar el asunto, si un agente, acreditado directa o indirectamente por el emperador mismo, no proseguía la continuación de las negociaciones. Fouché, pues, debía decidir a Napoleón a una gestión, pero sin perder la dirección del asunto, para no ver desvanecerse los beneficios personales que esperaba de ello. Lo estaba pensando cuando supo merced al rey Luis de Holanda, que el Amo parecía dispuesto a sondear al Gabinete inglés. A finales de 1809, el ministro actuó de mediador entre el emperador y su hermano, entonces en las peores relaciones. Llegó a reconciliarlos de momento, haciendo por lo demás valer sus servicios al rey de Holanda, ya que éste le había tomado por confidente. Fue Luis quien reveló al duque de Otranto que una de las consecuencias del nuevo acuerdo entre los dos hermanos iba a ser una tentativa de

negociaciones oficiosas con Inglaterra, confiada a los ministros holandeses por el emperador. Por lo demás, Napoleón, mostrándose favorable a una gestión de los holandeses en Londres, había cargado al rey Luis de amenazas: si la paz no se concertaba, el emperador echaría al mar a los ingleses en España, conquistaría Sicilia, ocuparía toda Holanda, etc.

Esta disposición poco diplomática del emperador horrorizaba al ministro de la Policía. Era preciso, pues, absolutamente necesario, penetrar en la negociación para suavizar los términos, vigilar la marcha, asegurar el éxito… y captarlo en su propio provecho. La dificultad estribaba en que Napoleón, creyendo o fingiendo creerse con inmensas ventajas sobre Inglaterra, estaba absolutamente decidido a no ceder nada de lo que poseía. Fouché había adoptado entonces poco más o menos un plan bastante quimérico, según el cual hacía conceder por el emperador a la codicia inglesa lo que tenía, es decir, América; los Borbones de España, protegidos del *Foreigrt Office*, serían instalados en un trono especialmente erigido para ellos en México. Francia ayudaría a Inglaterra a reconquistar Norteamérica; finalmente, esperando la conclusión definitiva de la paz, un acuerdo preliminar abriría, durante un año, las puertas de Europa entera al mercado inglés, lo que conduciría —pensaban— a los ingleses a hacer la paz definitiva para continuar sus empezados negocios.

El plan era debido a la imaginación calenturienta de un financiero con el que Fouché había mantenido siempre buenas relaciones: Ouvrard. Este personaje, encerrado el 15 de junio de 1809 en Santa Pelagia a consecuencia de unos asuntos desagradables, era objeto de una antipatía bastante antigua por parte del emperador y con frecuencia fue su víctima. Estaba arrepentido, trataba de agradar, se las ingeniaba y contaba mucho con triunfar sobre el duque de Otranto quien, efectivamente, al cabo de algún tiempo obtuvo su libertad. Pero esto no le bastaba a Ouvrard, que había fundado grandes proyectos de especulación financiera y comercial sobre la aceptación de un buen plan sometido por él a Fouché. ¿Era con

vistas a una futura negociación por lo que el financiero, a finales de 1809, había presentado al duque de Otranto a un hombre de negocios de Amsterdam, Labouchère, activo, inteligente, mucho más considerado que Ouvrard, y que tenía la inapreciable ventaja de ser el yerno y socio de Baring, jefe de una de las primeras casas de Banca de Inglaterra? En el momento en que el rey Luis buscaba un intermediario, Fouché, sabiendo que Labouchère estaba en París, se le propuso al hermano del emperador y al propio Napoleón, quien lo aceptó. Era conceder al ministro de la Policía facilidad para vigilar y, enseguida, dirigir la negociación. Sea como fuere, Labouchère, después de ver al duque de Otranto, embarcó clandestinamente en Brielle hacia Inglaterra.

Labouchère no tuvo problemas para lograr acceso a Wellesley por medio de su padre político, Baring, muy relacionado con el ministro inglés. Éste acogió las proposiciones con cierta benevolencia; se encontraba en una situación difícil, ya que si él, personalmente, estaba predispuesto a la paz, algunos de sus colegas eran poco propicios a deponer las armas. De todos modos, necesitaba una negociación seria y firme para presentar a su Gobierno. De cualquier forma, la misión de Fagan le hacía desconfiar: ¿venía en nombre del Gabinete francés? A este propósito no negó que ya había recibido proposiciones, lo que debió de asombrar a Labouchère. No quería una misión clandestina y, ante la perspectiva de la ocupación de Holanda por los franceses que Labouchère le hacía temer en caso de fracasar la negociación, el ministro inglés simuló indiferencia. Por lo demás, un personaje oficial llegado en nombre del Gobierno francés sería bien venido. En una entrevista con Baring, repitió estas seguridades. El ministro inglés pareció creer que había allí una trampa, un simple deseo de agitar la opinión pública por medio de una negociación simulada: además de esto, añadió, los ingleses jamás abandonarían Sicilia a Murat ni España a José. El banquero inglés transmitió a su hijo político este ultimátum. En consecuencia, Labouchére volvió a Amsterdam y de allí hizo llegar al rey Luis —entonces en París— el resultado de su gestión. El emperador,

informado del resultado, dictó durante la sesión una nota al Gabinete de Saint-James, en la que declaraba que padeciendo Francia menos de la guerra que Inglaterra, no veía ninguna razón para destronar a sus hermanos por la arbitraria voluntad del Gabinete inglés: sólo Sicilia y Portugal estaban en discusión; estos dos países, Hannóver, las ciudades ansiáticas, las colonias españolas podían, además, ser elementos de una nueva negociación. Labouchére fue encargado de entregar esta nota a Wellesley por medio de Baring y autorizado para un segundo viaje a Inglaterra.

*

Fouché consideraba insensata esta nueva misión; en suma, el emperador colocaba a Inglaterra frente a proposiciones casi burlescas, ofreciéndole lo que jamás tuvo o lo que perdió. Estaba claro, por otra parte, que no se podía ir contra las declaraciones formales de Napoleón respecto a España. Y entonces, ¿qué? El duque de Otranto recuperó el proyecto Ouvrard y lo transformó. Entonces parecía inminente la guerra entre los Estados Unidos e Inglaterra. Le ofrecían ayudarle a reconquistar América; pero Fouché, con el decidido propósito de ponerse a cubierto frente a los príncipes, o deshacerse de ellos de una vez para siempre, pensó que se podría arreglar en el Nuevo Mundo un reino para los Borbones de Francia lo mismo que para los de España.

Fouché volvió a ver a Ouvrard. Éste pretenderá en el interrogatorio a que le someterán semanas más tarde y repetirá en sus *Memorias*, que habiendo ido a ver al ministro a fin de obtener autorización para marcharse a Amsterdam, donde tenía que concluir algunos negocios, éste le había comprometido, prometiéndole reconciliarle con el emperador si se quería encargar de ser su intermediario cerca de Labouchére. El banquero pretenderá también que creyó sinceramente que el soberano estaba enterado de toda esta intriga, cosa inverosímil.

Labouchére, persuadido de que era el instrumento del emperador, por intermedio de Ouvrard y del duque de Otranto, escribió a su padre político, dando al señor Baring instrucciones más amplias que algunas semanas antes, lo que —según la opinión de los «conjurados»— debía impedir el nial efecto inmediato de la insolente declaración de Napoleón y prolongar las negociaciones; quizá mientras se produjera alguna circunstancia que haría éste más favorable a la cesión de España; quizá también algún acontecimiento en el campo enemigo, como la ruptura entre Inglaterra y los Estados Unidos, llevaría el clima británico a mayor condescendencia. Fouché sabía que era preciso esperar mucho de las circunstancias, y que lo importante resultaba, si no provocarlas, al menos esperarlas y explotarlas. Se iba, pues, trabajando. El 6 de abril discutía con su colega Canning las condiciones que le proponían, y durante los ocho días que siguieron, tuvo con Baring reiteradas entrevistas y bastante concluyentes; admitía, al menos en la discusión dos cuestiones: la de una cooperación contra los Estados Unidos y, sobre todo, la de un «mercado espontáneo», tan apreciado por Ouvrard. (Es preciso señalar que todo esto no nos es conocido más que por las cartas del banquero, muy sospechoso.) Ouvrard hizo llegar entonces al ministro inglés, por medio de Labouchère y Baring, otra nota el 15 de abril. Se hablaba de erigir América del Sur en imperio para Fernando VII; el noble lord pareció prestar atención a esto. Sin embargo, en los escritos de Ouvrard todo adquiría un carácter feliz y favorable; la negociación parecía entablada, el ministro inglés la tomaba en serio; había muchas cuestiones que debatía para llevar las relaciones hasta el trance deseado; Labouchère entreveía la reanudación de sus negocios con Londres; Ouvrard los beneficios que le procuraría una «salida espontánea», sin hablar de su reconciliación con el soberano; el duque de Otranto el renovado resplandor que daría a su nombre un acontecimiento tan considerable como la paz con Inglaterra o, incluso, una simple aproximación entre los dos países, cuando de súbito el castillo de España, tan ingeniosamente

levantado, se derrumbó bajo el soplo poderoso e irritado del emperador.

*

Según el relato generalmente admitido, a finales de octubre fue cuando Napoleón se enteró, de modo inopinado y por pura casualidad, de la negociación llevada a cabo con gran misterio y destinada a echarle en los brazos de su más vieja enemiga. El 27 de abril el emperador se encontraba en Amberes, en el curso de un viaje realizado junto a María Luisa a través de las provincias belgas. El rey de Holanda fue a reunirse con él ese día e, incidentalmente, ignorando lo que se tramaba exactamente, le hizo saber que acababa de encontrar al señor Ouvrard yendo de Amsterdam a París, donde iba a buscar, cerca del duque de Otranto, nuevas instrucciones para la gran negociación entre el señor Labouchère y el Gabinete inglés. Napoleón se sorprendió o lo simuló. ¿Qué hacía Ouvrard, qué hacía el propio duque de Otranto en esta negociación de la cual, por lo demás, no le daban noticias desde hacía un mes, y que él creía quizá enterrada? Desde el día 27 prohibió a Labouchére toda relación con Ouvrard y le reclamó toda la correspondencia intercambiada entre Londres y Amsterdam desde hacía un mes. Labouchére, creyendo a Ouvrard agente del emperador y a éste al corriente de todo, pensó que el soberano quería una simple aclaración y le confió todo lo que sabía sin ningún impedimento. No faltaba entre los documentos más que la correspondencia entre el duque de Otranto y Ouvrard. Lo cual bastaba para mostrar a Napoleón lo que se estaba tramando. El soberano más bondadoso hubiera quedado confuso, pero este déspota, este Amo tan celoso de sus mínimos derechos, ¿qué debía pensar del ministro que negociaba, sin su consentimiento ni su parecer, la paz y la guerra? Su cólera estalló ante el rey Luis, quien asustado por Fouché, previno a éste. Estaba en la forma de ser de Napoleón, una vez

pasado el primer acceso de furor, disimularlo; pero estando todas las pruebas en sus manos, la cólera podía transformarse en implacable. Por lo demás, entraba en sus planes no provocar la desgracia de Fouché durante su ausencia, y no pensaba regresar a Saint-Cloud hasta el 1 de junio. Mas el emperador estaba ahora bien resuelto a desembarazarse del ministro que se creía autorizado a utilizar su nombre con esa libertad de maneras.

Fouché le esperaba sin demasiada inquietud. Lo hemos dicho; su confianza en sí mismo se había hecho inmensa. Apenas si ocultaba sus proyectos sobre Inglaterra. Desde finales de abril se los había confesado a Mollien, que deseaba ganar para su «política»: «Es necesario que usted y yo logremos hacer la paz con Inglaterra y hagamos este servicio al emperador y a Francia… En el momento en que le hablo quizá se establezca allí la primera negociación». Después del aviso secreto de Luis pudo salir del trance a fuerza de audacia, trató de embrollar la negociación autorizada y la negación clandestina persuadido de que el emperador no podía hacerle caer en desgracia; contaba, evidentemente, con ahogar el asunto sacrificando a Ouvrard. El emperador debía dudar de este hermoso plan; quería atacar pronto para atacar bien.

*

Napoleón volvió el 1 de junio a Saint-Cloud; el 2 el Consejo estaba convocado en el castillo. Si hemos de creer ciertos relatos, el emperador interpeló vivamente al duque de Otranto. «¿Hace usted ahora la guerra o la paz?» El duque de Otranto contestó con un tono muy suelto, que según había convenido con su majestad, trató de sondear el Gabinete inglés. El emperador metió entonces en la discusión el nombre de Ouvrard. ¿Era misión del ministro que el banquero fuese a Amsterdam y se entregase a intrigas incalificables? La calma suprema del duque de Otranto no se contradijo: delante de sus colegas atentos, unos aterrados sin duda, otros muy regocijados

por el acontecimiento, ante el emperador no sólo irritado, sino lo que era mucho más grave, con aspecto muy resuelto, salió del paso a fuerza de audacia, en un hermoso gesto: infamó a Ouvrard, un miserable, un intrigante, que había podido abusar de su confianza. El emperador respondió que eso estaba muy bien, que iban a arrestar a Ouvrard e interrogarle. Fouché debió de estremecerse: gritó, rechazó que se procediera a ese arresto. El emperador se encolerizó, echó chispas. «Debía usted llevar su cabeza al cadalso», gritó. En realidad, el duque de Otranto perdía pie.

El emperador ganaba tiempo reteniendo el Consejo: era preciso que Fouché no saliera de Saint-Cloud antes de que Ouvrard estuviese encerrado. Savary, el hombre apto para todo, acaba de recibir orden de echar mano al financiero con sus papeles. El duque de Rovigo logró alcanzar al banquero en casa de la señora Hamelin, su amiga común, y le hizo cercar. Al cabo de unas horas Ouvrard estaba en Vincennes, cogidos sus papeles y, después de su rápido examen, adquirida la prueba *grosso modo* de la connivencia segura de Fouché en sus hechos y actividades. Por la tarde, desconfiando de los agentes del Ministerio, el emperador encargó a Champagny que hiciera interrogar al «acusado» por Hauterive.

Al día siguiente, 3 de junio, había audiencia de Corte en Saint-Cloud. Grandes dignatarios y ministros estaban presentes, salvo el duque de Otranto. Después de la misa, Napoleón reunió el Consejo; el ministro de la Policía faltaba en su lugar; pero ausente, estaba presente en la memoria de todos En su honor reunía Napoleón este Consejo extraordinario, con Talleyrand y Cambacérès a la cabeza. Quiso que la justicia constituyera un ejemplo. En consecuencia, el emperador, dirigiéndose brúscamente al Consejo, pronunció estas palabras, que permitieron suponerlo todo: «¿Qué pensarían ustedes de un ministro que, abusando de su posición, hubiera establecido a espaldas de su soberano comunicaciones con el extranjero, entablando negociaciones diplomáticas sobre bases imaginadas por él solo, y comprometiendo así la política del Estado? ¿Qué castigo hay en nuestros códigos para semejante *cohecho*?» Era preciso que

el prestigio del ausente fuese grande, así como la confianza de todos en su talento, ya que en esta asamblea, compuesta en su inmensa mayoría por sus adversarios —Cambacérès, Maret, Decrés, Clarke, Champagny, Gaudin, Mollien, Régnier, Rigot— ni una voz se alzó para aconsejar la caída. Talleyrand sonreía; el mismo Cambacérès alegó circunstancias atenúan-tes. Bruscamente, el emperador cortó en seco: el ministro de la Policía sería reemplazado. Todos quedaron sobrecogidos. ¿A quién iban a poner como sucesor de este hombre? A tal pregunta, la confusión fue grande, lo que era hacer el mejor elogio del ministro. ¡Un sucesor para Fouché! Era necesaria la ambición de Sémonville, la fatuidad de Dubois para pretenderlo. Talleyrand, como siempre, encontró la frase para la situación, y la frase resultó grata: «Sin duda —dijo a media voz a su vecino— el señor Fouché ha tenido una gran culpa, y yo le daría un sustituto, pero sólo uno: el mismo señor Fouché». En esta reunión de adversarios era, no obstante, expresar la opinión de todos. Y veremos que el gran público debía sumarse a ella. Irritado contra estas gentes indecisas, el emperador se levantó entonces, y cogiendo del brazo al archicanciller, salió con él dando un breve descanso al Consejo. Napoleón declaró entonces a Cam-bacérès que en realidad su elección estaba hecha; el duque de Rovigo iba a recibir la cartera. Efectivamente, éste fue llamado a Saint-Cloud durante la jornada y recibió del emperador la noticia de su nombramiento, con gran decepción de Sémonville quien, ante la noticia de Maret de que el puesto estaba decididamente vacante, acudió por su parte de gala, con el traje de senador para prestar juramento de ministro, si se presentaba el caso. Savary prestó juramento calzando botas. Era el símbolo de una nueva era.

*

Al mismo tiempo, Fouché recibía dos cartas: una pública y otra privada. La primera, aparecida en el *Monitor*, estaba destinada a

informar a la opinión pública: «Los servicios que usted me ha prestado en distintas circunstancias —escribía el emperador— nos conduce a confiarle el Ministerio de Roma, hasta que hayamos asegurado la aplicación del artículo 8 del acta de constituciones de 17 de febrero de 1810. Esperamos que continúe usted en este nuevo puesto dando pruebas de su celo en nuestro servicio y de su adhesión a nuestra persona». Esta carta oficial iba acompañada de otra mucho más larga. A pesar de la falta realmente grave que el ministro había cometido y después de las escenas de Saint-Cloud, la misiva indicaba en el Amo un deseo auténtico de tratar con miramientos al hombre peligroso que tantas veces había vacilado en suprimir de su cargo. «He recibido su carta del 2 de junio —escribía Napoleón—; *conozco todos los servicios que me ha prestado usted y creo en su adhesión a mi persona y en su celo por servirme*. Sin embargo, me es imposible, sin faltarme a mí mismo, dejarle la cartera. La plaza de ministro de la Policía exige una confianza entera y absoluta, y esta confianza no puede existir, puesto que ya, en circunstancias importantes, ha comprometido usted mi tranquilidad y la del Estado, *lo que no excusa a mi juicio ni siquiera la legitimidad de los motivos*. Se ha establecido una negociación con Inglaterra: han tenido lugar conferencias con lord Wellesley. Este ministro ha sabido que hablaban de parte de usted; ha debido creer que era de la mía: he ahí un trastorno total en todas mis relaciones políticas y, si las aguantara, es una tarea para mi modo de ser que no puedo ni quiero aguantar. La manera particular con que usted considera los deberes del Ministerio de la Policía no cuadra con el bien del Estado. *Aunque no desconfío de su adhesión y de su fidelidad*, estoy obligado, no obstante, a una vigilancia perpetua que me cansa y a la cual no puedo dedicarme. Esta vigilancia es necesaria por una serie de cosas que usted hace con su jefe, sin saber si están de acuerdo con mi voluntad y con mis proyectos, y si no contrarían mi política general. He querido hacerle saber yo mismo lo que me lleva a quitarle la cartera de Policía. No puedo esperar que cambie usted su manera de actuar, ya que desde hace varios años ejemplos

estrepitosos y reiterados testimonios de mi descontento no le han cambiado, y que, *satisfecho de la pureza de sus intenciones*, no ha querido usted comprender que se podía hacer mucho mal *teniendo la intención de hacer mucho bien. Por lo demás, mi confianza en su talento y en su fidelidad es completa, y deseo encontrar ocasiones de probárselo y de utilizarle en mi servicio*».

Es preciso leer la carta entera para darse cuenta de los sentimientos de estima, de miedo a cosa hecha que animan todavía al emperador para comprender también los que esta misiva podía despertar en el ministro caído en desgracia. Fouché estaba acostumbrado a no desesperar nunca de la suerte, desde que había conocido horas penosas y extraños cambios. Pero esta carta, más severa que autoritaria, permitía independientemente tener muchas esperanzas.

Lo importante para Fouché era no perder una hora. Una tarea se imponía sobre todas: el emperador no estaba tan persuadido «de la pureza de las intenciones» del duque de Otranto, ya que rechazó el cambiar de parecer ante ciertos papeles de toda procedencia acumulados en el Ministerio. Sin llevar las cosas hasta el extremo, se puede sospechar que Fouché no debía ver sin cierta aprensión al sucesor que le destinaban instalarse en sus archivos y registrar su cartera. Fouché se enteró el 3 de junio de su definitiva caída en desgracia; por la tarde, Savary volvió de Saint-Cloud. Se presentó en el *quai* Voltaire, un poco turbado por las temibles funciones que debía aceptar. Inquieto por la forma en que le recibiría su predecesor, ignorando todo lo del servicio de la policía, de la que Fouché poseía en Francia el secreto y la experiencia, le necesitaba. El nuevo ministro encontró a un hombre sonriente, un poco malicioso, pero casi cordial, que le felicitó con un matiz de piedad. El emperador había comunicado tan bruscamente a su ministro la desgracia que le sobrevenía —declaró en síntesis Fouché a Savary— que le iba a entregar el Ministerio cuyo forzado desorden haría especialmente más difícil la iniciación del duque de Rovigo en los asuntos ya de por sí tan complicados de su departamento. Fouché se

ofreció entonces para «clasificar los papeles», el duque de Rovigo aceptó la cosa como un favor: el ministro caído quedaría, pues, en el *quai* Voltaire el tiempo que necesitase. Prometió mostrarse diligente y el pobre Savary se marchó, felicitándose de la forma en que el otro tomaba su reemplazo.

Se pusieron a trabajar. Acudió el fiel Gaillard. Un gabinete contiguo a los gabinetes del Ministerio estaba lleno de expedientes. El ministro ya había quemado muchos de ellos en enero de 1809, después de la alerta que había seguido a la caída en desgracia de Talleyrand. Pero quedaban fragmentos de papel. Gaillard se pasó varios días, varias noches en sacar, esparcir los papeles, clasificar, entresacar, romper y quemar. En esos días de junio se hizo mucho fuego en el *quai* Voltaire; Gaillard se apasionaba con ese trabajo, se interesaba por las cartas, suplicaba al duque que las guardase, que las retuviese en su poder. El ministro, sin decir una palabra, cogía los paquetes de cartas y documentos y los echaba al fuego. Guardó algunos, pero en pocos días el gabinete de los archivos particulares estaba vacío. A veces el ministro dejaba a Gaillard; era preciso dedicarse a sus gestiones, recibir a los amigos y, sobre todo, mantener la complacencia del pobre duque de Rovigo, embaucándole.

*

En la tarde del 3 de junio se enteraron de la caída en desgracia del ministro. En la ciudad de París, que parecía desde hacía seis años desinteresarse de los asuntos públicos, el acontecimiento fue, sin embargo, apasionadamente comentado. Se mantuvieron con él durante quince días como con uno de los incidentes capitales del reino.

Para ciertas personas fue como un derrumbamiento; Ouvrard estaba encerrado, pero su amigo Hinguerlot, protegido sin cesar por Fouché contra Napoleón, desapareció misteriosamente el 4 de junio

mientras que, precipitadamente, el general Sarrasin se hacía a la mar rumbo a Inglaterra. Los otros, menos comprometidos, gemían y protestaban. La opinión pública se mostraba inquieta, en general, incluso en los medios en que Fouché no era ni especialmente estimado ni conocido. Se decía que era el único que todavía se opuso a las decisiones violentas del emperador. ¿Dónde irían a parar? El príncipe Schawarzenberg, embajador de Austria, se hacía eco de todos. «La desgracia en que ha caído el duque de Otranto ha producido aquí *la más grande sensación*. El público, consternado por ello, en último extremo, ve este acontecimiento como el presagio de un sistema de terror que nadie sabría ejecutar mejor que el individuo que el emperador ha elegido para sucederle en el Ministerio de la Policía. Con Fouché, ha alejado el único de sus ministros que, después de la retirada del príncipe de Benevento, hubiese sabido mitigar la severidad de sus órdenes, rehusando la ejecución, a veces oponiéndose a ella y usando de su talento para llevarles a soluciones más moderadas. Es en realidad, una circunstancia que indica las rarezas del siglo —añadía el diplomático —: ver a uno de los agentes más aborrecidos del *Comité de Salud Pública* seguido en su desgracia por *el sentimiento general de toda la nación*». Era interpretar muy bien la opinión dominante. La repercusión fue tan grande que tuvo, poco después, su eco en Londres. «Tenían además —dijo Fauche-Borel— la opinión de que Bonaparte no podía pasarse sin tal ministro». Era la opinión general. El mismo Fievée lo confesaba: «Era tanto menos concebible — escribía el publicista al emperador— cómo se podía reemplazar al señor duque de Otranto, preparado por una larga experiencia en los asuntos más secretos y que para buscarle un sucesor no se había mirado nunca fuera de la clase de administrativos civiles, y el primer ensayo (en 1802) había sido desdichado». Es muy cierto que los amigos del emperador evocaban con espanto el recuerdo de lo que había pasado después de caer en desgracia en 1802. La elección del duque de Rovigo no aseguraba nada, lo confesaría él mismo; los enemigos del régimen le llamaban brutal, recordaban su

participación en la ejecución del duque de Enghien, en la caída de los Borbones de España y en otros asuntos; los amigos del emperador decían que era incapaz, torpe y estúpido. «El terror fue general», escribía la señora de Châtenay. Y el propio duque de Rovigo: «creo que la noticia de la peste no hubiera horrorizado más que mi nombramiento en el Ministerio».

Después del 4 de junio, como sabemos, el señor Girardin deploraba esta retirada, añadía que la negociación inglesa no fue más que un «pretexto». Así, naturalmente, cada uno quería dar su explicación; y, cosa interesante, siempre era favorable al ministro. De hacer caso a los amigos de la familia Bonaparte, como Decazes, Fouché cayó por haberse querido mezclar en las querellas entre el emperador y los suyos, Napoleón le acusaba «de ser más ministro de sus hermanos que suyo». Para otros —como Girardin— el antiguo procónsul sucumbió bajo la reacción triunfante; mas por el contrario, la aristocracia atribuía su desgracia al hecho de que había permitido a la señora de Chevreuse, exiliada, acercarse a París para ver a su marido; esta conmovedora version era la que adoptaba el propio ministro caído en desgracia.

Los amigos de Napoleón, deseosos de calmar a la opinión pública, aseguraban que el mismo soberano hacía justicia a sus servicios, a sus méritos, a su talento y a su adhesión. Se le atribuían ciertos propósitos en este sentido. «Me ha costado despedir a Fouché, pero me resultaba imposible hacer otra cosa. Tiene buenas intenciones, no puedo dudar de ello, pero toma sobre sí demasiadas cosas; hace cosas muy importantes sin consultarme. ¿Saben ustedes que tenía un presupuesto secreto con el cual eran inducidos por 12.000, por 18.000 francos, senadores, chambelanes, antiguos tribunos de la oposición? La famosa carta escrita a la emperatriz Josefina lo ha sido sin mi consentimiento y a espaldas mías. Esta carta ha contribuido a hacerme interiormente desgraciado durante dos años… No puedo tener confianza en un ministro que un día registra mi cama y otro mi cartera», diría el soberano. En la misma corte reinaba una auténtica consternación. Se atribuía a la

emperatriz María Luisa una frase sorprendente. Se asombró con el acontecimiento: «el duque de Otranto, siendo el único hombre en el que el emperador de Austria había exhortado a su hija a depositar su confianza».

Verdaderas o falsas, estas habladurías se esparcían y se ampliaban, todas favorables al ministro caído. El nombramiento del duque de Otranto para el Gabinete General de los Estados Romanos, dado oficialmente el 3 de junio, confirmaba la idea de los amigos y enemigos que no había allí más que una desgracia a medias de la que el ministro iba a levantarse fácilmente; este hombre hábil, como de costumbre, ¿restablecería, con una prueba de destreza, sus asuntos comprometidos? Se creyó en un *día de Inocentes;* los enemigos no se atrevían a atacar ni a regocijarse abiertamente.

Se vio acudir a todos los amigos al edificio del Ministerio. El señor Talleyrand fue uno de los primeros que se dejó ver, luego el señor de Narbonne. La visita del antiguo ministro de Luis XVI fue tanto más señalada cuanto que se acompañaba de declaraciones en favor del ministro. Todos estaban persuadidos de que el hombre volvería. Nunca, desde Choiseul se había visto caer a un ministro con tanta indulgencia. Fouché permanecía sonriente, muy tranquilo en apariencia, muy digno, como víctima de un malentendido. A veces alegre, con una alegría un poco forzada, bromeaba sobre su misión en Roma: «puede decirse que todos los caminos conducen a Roma». Por otra parte, tomaba muy en serio la alta misión: quería poderes extraordinarios, dinero e instrucciones. En realidad, más deseoso de ser segundo en París que primero en Roma, tenía una preocupación: pensaba en el porvenir, en los medios de volver, en los días de crisis, en un título o en otro y en los Consejos de la nación. Gran dignatario, como Talleyrand; por lo menos ministro de Estado como Creter había sido en 1809 después de su marcha del Ministerio. He aquí los títulos que le hacían falta. Esto sería —escribe el 3 de junio al emperador— darle el prestigio que le hacía falta para ir a gobernar Roma. «No tengo en absoluto la vanidad de ser príncipe ni gran dignatario —declaraba modestamente— si el emperador cree

que debo merecer esos títulos por nuevos servicios; pero daría cierto valor a conservar un título de ministro, porque es un título que infunde confianza». Fue grande su alegría cuando el día 4 recibió del secretario de Estado la notificación del decreto nombrándole *ministro de Estado*. Su gratitud, en todo caso, se desbordaba en términos ditirámbicos en una carta a Maret: «De todos los títulos es el que llevaré con más orgullo y el que más feliz me hace. Es el que encomendarán más mis hijos en memoria de todos los hombres que son adictos al emperador». En realidad, Napoleón se había dejado impresionar por el efecto producido en la opinión pública por el despido del ministro. Sin embargo, el emperador quería que se marchase enseguida.

Mas no se marchaba, mordido por el deseo y la esperanza de volver a elevarse y de quedar en París, con un título cualquiera. El duque de Otranto vivía en el hotel de Juigné: se le veía en las oficinas lo mismo que en los salones. El duque de Rovigo lo aceptaba todo.

El emperador se dejaba engañar con menos facilidad. Sin saber qué trabajo especial hacía Gaillard en su despacho, Napoleón se enteró con disgusto de la presencia continua del duque de Otranto en el *quai* Voltaire, tres días después de su destitución. El duque tenía su hotel particular en París, ¿por qué no se retiraba a él? El duque de Bassano fue el encargado de ir en busca de su antiguo colega aquel mismo día y notificarle que era necesario que abandonase el edificio de la Policía antes del fin de semana, «lo que —declaraba el emperador— no es ninguna complicación para él, puesto que tiene su casa», y de «insinuarle (este término es curioso en la pluma corrientemente brutal del emperador) que los asuntos marchaban con vivacidad en Roma» y que su ausencia podía ser allí perjudicial. El duque de Otranto debía marcharse hacia el 15 de junio.

*

Napoleón empezaba realmente a ensombrecerse. Irritado por las manifestaciones con que saludaban la marcha del ministro, estaba verdaderamente más conmovido por nuevos detalles que, todos los días, le llegaban sobre la famosa negociación inglesa.

Interrogado sucesivamente por Desmarest, luego por el consejero de Estado Hauterive, Ouvrard había confesado poco más o menos todo: los papeles cogidos en su casa, por lo demás, hubieran sido suficientes para descubrirlo completamente. El 2 de junio Napoleón no había hecho hasta entonces más que sospechar la verdad: detestaba a Ouvrard, le sabía intrigante y perfectamente capaz de forjar en gran parte toda esta falsa negociación. Las recompensas que desde hacía tres días acordaba el emperador al ministro caído en desgracia, parecían cuadrar poco con la acusación de *cohecho* que había lanzado el 2 de junio. Pero ante las respuestas y, sobre todo, la correspondencia de Ouvrard, era preciso reconocer que este personaje había actuado por orden. Se conocía también, en parte, el singular papel que Fouché había desempeñado cerca de lord Wellesley desde hacía cinco meses: «Este asunto se pone grave —escribía el emperador el 5 de junio a Savary—. Hay que sumergirle». Estando el financiero en Vincennes, Napoleón hacía interrogar al detenido por su propio secretario de Gabinete, Mounier. Independientemente de la incautación de los papeles de Ouvrard colocándole en el camino de una correspondencia ministerial, sólo pensaba entonces en reclamar al duque de Otranto los documentos relativos a este asunto.

Fouché, a quien el duque de Bassano había notificado la voluntad del emperador, se quedó todavía dos días en el edificio de la Policía, que abandonó, por fin, el 7 de junio. Dejó con mucha importancia en manos de Savary un expediente voluminoso, pero sin valor, fruto de clasificaciones y quintaesencia —decía— de los archivos secretos.

Luego marchó en carroza hacia Ferriéres, ignorante de la tormenta que se cernía sobre su cabeza y, probablemente, muy satisfecho de haber mixtificado tan por completo a su poco perspicaz sucesor. ¿Se llevaba documentos importantes? ¿Los había destruido? Gaillard aseguraba que lo había quemado todo, pero esta afirmación fue desmentida por lo que iba a pasar.

De momento el emperador parecía poco preocupado por este asunto de las cartas: las creía, sin duda, aún depositadas en el archivo del Ministerio. Pero no aparentaba estar mejor dispuesto hacia Fouché ya que, según parece, acababa de tener la revelación de la misión Fagan de la que Fouché debía temer mucho más la divulgación que el descubrimiento de la negociación Ouvrard. Labouchére fue llamado a París: por lo demás, el interrogatorio a que fue sometido allí no probó más que su perfecta buena fe; pero puso sobre la pista de esa misteriosa misión a la que Wellesley había hecho alusión en una de las primeras entrevistas con él. Savary, por su parte, se dedicó a grandes averiguaciones en los registros de las oficinas de la Policía y descubrió el pasaporte concedido a Fagan, el 30 de noviembre de 1809. El antiguo emigrado, detenido inmediatamente, confesó todo. Añadió que Fouché debía tener la nota de lord Wellesley, cuya copia había entregado él, personalmente, el 18.

El 17, el exministro recibió una corta nota que debió de impresionarle algo: «Señor duque de Otranto, le ruego que me envíe la nota que le ha entregado un tal señor Fagan, que usted envió a Londres para sondear a lord Wellesley, y que le trajo una respuesta de ese lord, *que no he conocido jamás*». Era fría, concisa, pero llena de amenazas. Fouché deliberaba aún cuando al día siguiente recibió una misiva mucho más violenta. Napoleón barruntó la desaparición, por fin constatada por Savary, de los archivos secretos de la Policía: el emperador reclamaba al antiguo ministro «toda la cartera del Ministerio».

El secretario del Gabinete, Mounier, marchó a Ferriéres con la misión de traer los papeles, y volvió con las manos vacías. Fouché

declaró fríamente que había destruido los papeles. El emperador se alarmó verdaderamente. ¿Se había vuelto loco ese hombre? El duque de Bassano fue encargado de hacer una nueva petición: aquél dio la misma respuesta. «La primera vez que había abandonado el Ministerio —escribía en síntesis el antiguo ministro— el primer cónsul no había reclamado su correspondencia particular. ¿Podía esperar de entonces acá la petición que le hacía hoy? Su Majestad le honraba con tal confianza que, si uno de los príncipes, sus hermanos, provocaban su disgusto, él le encargaba de hacerlos volver a sus deberes. Cada uno de los hermanos le comunicaba entonces sus agravios; el ministro no creyó tener que conservar esas cartas, exponerlas a una publicidad que le hubiera sido atribuida. Las hermanas de Su Majestad, además, no estaban a cubierto de las calumnias; el emperador se había dignado comunicar a su ministro los rumores que llegaban a su conocimiento y encargarle que se asegurase si algunas imprudencias habían podido darles origen y, en todo caso, hacer saber a las princesas lo descontento que estaba de ver que su conducta daba tan frecuentemente motivo a la crítica en todos los salones. Contando Su Majestad con su discreción, el ministro tuvo que justificar esa confianza tanto más que el emperador ponía tal calor en sus expresiones y sus quejas, que si él, Fouché, hubiese conocido menos a las princesas, hubiera estado tentado de creer en las grandes imprudencias de su parte. Había, pues, quemado siempre esas cartas, y nada en el mundo le haría lamentar este acto de prudencia».

La perfidia empalagosa de esta respuesta no estaba hecha para calmar al emperador, al que exasperaban en aquel momento mil revelaciones. El asunto de Inglaterra en el que, gracias a las revelaciones de Fagan, el papel de Fouché aparecía cada vez más extraño, creaba ahora verdaderos entorpecimientos al Gobierno. Esa negativa de devolver las cartas colma-ba la irritación de Napoleón. Éste mandó hacer una última amonestación a Fouché por Marat: el duque de Bassano pidió de nuevo a su antiguo colega que devolviera

«todas las cartas que había recibido del emperador durante su Ministerio».

El mismo día el prefecto de la Policía, Dubois, fue llamado a Saint-Cloud donde encontró al emperador en la más viva excitación. Éste, después de haber dado unos pasos a lo largo y a lo ancho de su gabinete, volviéndose hacia Dubois, le dijo bruscamente: «Dubois, ese Fouché es un miserable». Luego, reanudando su paseo, continuó: «¡Es un miserable! ¡Un gran miserable!» Y después de una invectiva violenta sobre esta vida hecha de traiciones: «¡Que no cuente con hacer conmigo lo que ha hecho de su Dios, de su Convención y de su Directorio, a los que ha traicionado con bajeza y ha vendido! Tengo más vista que Barras, y conmigo eso no será fácil. Que se dé por advertido. Pero hay notas, instrucciones mías y quiero que me las devuelva». Después dio orden a Dubois de que se trasladase a Ferrières a reclamar otra vez los papeles: «Si se niega… Si se niega, que lo pongan en manos de diez gendarmes. Que sea conducido a Abbaye y, ¡por Dios!, le haré ver que un proceso puede hacerse con rapidez».

A decir verdad, el prefecto no parecía querer tomar las cosas por lo trágico. Estaba muy ablandado hacia Fouché desde que Savary era ministro. Aceptó almorzar y, después de beber, soportadas las recriminaciones y protestas del duque y la historia de los papeles quemados, muy contrariado por su venida, se le ocurrió un procedimiento: «Reúna cierto número de papeles en una cómoda; déjeme precintar cajones. Podré hacer un proceso verbal al emperador, lo que le dará tiempo para recuperarse». Dubois precintó los cajones, cenó y se marchó. Pero no había ocultado a su antiguo jefe la extrema irritación del emperador y sus amenazas y, dejó —al decir de Gaillard—, todo el castillo sumido en la mayor inquietud. Réal, cuyas buenas relaciones con su antiguo ministro excluían toda idea de amenaza, fue encargado de ir a levantar los precintos. Pero el consejero de Estado, acompañado de su hija, la baronesa Lacuée, se presentó en el castillo, esperó hasta la noche al desaparecido duque de Otranto y regresó a París de vacío. Fouché no empleó

menos motivos para protestar con indignación contra el emperador y contra los procedimientos que se empleaban con él. «Desde hace un año escribía a Réal —todo el tiempo presiento la tempestad de la que soy víctima en este momento. Mis enemigos han querido comprometerme a la vez con sus elogios y sus calumnias. Yo creía al emperador más en guardia contra esta doble intriga; me he equivocado». Iba a marchar a Roma —añadía— con el fin de obedecer las órdenes del emperador. No se podía dudar de que había quemado la correspondencia que le querían recoger, y lo había hecho en el propio interés de su majestad: «Nunca tengo otra garantía —añadía— que el corazón del emperador y mi conciencia».

Realmente Fouché empezaba a tener miedo, sentía la necesidad de alejarse; pero le preocupaba un poco dejar detrás de sí a sus enemigos dueños del campo. Con gran perplejidad, marchó a París con el deseo tal vez de ir a Saint-Cloud, pero no tuvo que hacer el esfuerzo de ir allí. Apenas llegado a París se enteró de que el emperador, cansado de esta singular lucha, transformaba la semidestitución del 3 de junio en completo disfavor.

*

Había demasiados testigos de la resistencia del antiguo ministro —Maret, Savary, Régnier, Dubois, Réal—; empezaban a indignarse con ello y a divertirse. ¡Este emperador que había destronado reyes estaba en jaque por ese pálido y escuchimizado ministro! La situación se hacía ridicula. Era necesario un castigo ejemplar: no más consideraciones, no más títulos honoríficos, no más misiones, no más exilio dorado. Se necesitaba una caída en desgracia espectacular, el exilio a un lugar lejano y sin honores. El 1 de julio el duque encontró en París a Savary con la carta que acababa de recibir, un verdadero mazazo para el antiguo ministro: «Señor duque de Otranto: *Sus servicios ya no pueden resultarme agradables. Ello viene a propósito para que se marche usted en veinticuatro horas a*

su senaduría (Aix). *No teniendo otros fines esta carta, ruego a Dios que le tenga bajo su santa guarda…*» En la carta al duque de Rovigo, Napoleón añadía que autorizaba al antiguo ministro o bien a viajar a Italia, o bien a retirarse a su senaduría, a Niza o a Aix. «No debe ejercer allí ninguna influencia ni recibir ningunos honores —añadía el inexorable emperador—. Tendrá usted cuidado de que mi orden sea ejecutada, y de que no pasen veinticuatro horas sin que se ponga en marcha».

Fouché no tenía necesidad de la última advertencia. La *guarda de Dios* no le parecía suficiente, doblada por la de Savary. Aquella misma tarde se hacía entregar por Desmarest un pasaporte para Simplón, Milán, Bolonia y Florencia. Tenía miedo, quería poner los Alpes entre el emperador y él. Al día siguiente, en un estado de excitación raro en este flemático, se metía en una berlina, acompañado de su hijo mayor y del preceptor Antonio Jay, y después de haber encargado a la duquesa de Otranto que defendiera su causa, se puso en camino, en dirección al Sur.

Huyó hasta Libomo, donde aparentó embarcarse para América. Después de haberse convulsionado como bajo el efecto de un verdadero pánico, volvió sobre sus pasos y llegó a Lyón. Se enteró de que el emperador, calmado, no manifestaba más que una cierta indiferencia bastante desdeñosa. Parecía que la huida asustada e incoherente de Fouché le había hecho bajar tanto en la desconfianza como en la estima del Amo; éste hizo transmitir, por medio de Savary, a Fouché, el 27 de agosto, la autorización para residir en Aix. El día 28, al recibir la carta, el duque de Otranto, que había vivido esos diez días en estricto retiro anunció que marcharía sin tardar. El 31, a las cinco de la madrugada, abandonaba Lyón en dirección a Aviñón, donde llegó el 4. Desde allí avisó a su amigo Thibaudeau, prefecto de Bouches-du-Rhône, de su próxima visita. Fingía, como siempre, en semejantes circunstancias, un gran deseo de calma, de reposo y de oscuridad. Era la contraseña: Maillocheau, comisario general de Lyón, ya había escrito a París que el antiguo ministro «en medio de la inquietud que por fuerza produce en un alma el paso

súbito de las grandes preocupaciones», le había parecido «sobre todo ocupado en el deseo de hacerse olvidar». El 4 de septiembre escribía por su parte a Thibaudeau que se regocijaba de vivir oscura y tranquilamente; avisaba de igual modo al subprefecto de Aix, Aubaud-Jouques su próxima llegada. En el camino se reunió con él la duquesa de Otranto y sus hijos, y llegó a Aix en familia el 5 de septiembre. Thibaudeau, le vio «pálido, deshecho y mostrando por la incoherencia de sus ideas y el desorden de sus conversaciones, una moral profundamente vulnerada». Tuvo que recobrar su sangre fría para recibir a los funcionarios que, a despecho de las intenciones del emperador y de sus propias protestas de humildad, le acogieron con gran ceremonia. Les declaró en un tono muy desenvuelto, que la estancia en Italia no le suponía ningún atractivo y había pedido permiso al emperador para dirigirse a la capital de su senaduría y su majestad había tenido a bien concedérsele. Era salvar las apariencias. Pero en París, una vez más, se hicieron la ilusión de que Fouché estaba acabado. El emperador no hablaba más de él, parecía también haber olvidado sus desconfianzas, sus temores, sus cóleras de antaño tanto como el talento, los méritos y los servicios de su ministro.

Hacía dos veces mal: Era preciso desconfiar, ahora y siempre, del hombre que había conocido ya tres disfavores y sabía cómo había que rehacerse.

TERCERA PARTE

EL DUQUE DE OTRANTO

CAPÍTULO XVII

FALSOS EXILIADOS

Fouché se recoge. Vida de gran señor. Los Castellane-Majastres. Relaciones con Manuel.—Fouché autorizado a dirigirse a Ferriéres. Permanece en el retiro. Presencia con alegría las torpezas de su sucesor.—A finales de 1812 se cree en la vuelta de Fouché a los asuntos políticos. La segunda conspiración Malet; no se aprovecha de ella. Muerte de la duquesa de Otranto. Fouché simula completo despego. El emperador no se fía y le llama a Dresde.—Diversas misiones; Fouché escribe a Murat. Entrevista con el emperador.—Falsos exiliados.—Entrevista con Metter-nich en Praga.—Fouché, gobernador general de las provincias ilirias. Situación fastidiosa de estos países en 1813. Desafecto general. Audaces desembarcos de los ingleses.—Llegada del gobernador general a Laybach; entrada solemne; impresión favorable. Fouché ante Carlos Nodier.—Actos de rigor. Destitución de magistrados desleales.—La fiesta del 15 de agosto de 1813 en Laybach.—Invasión de los austríacos. El gobernador general impone por su sangre fría.—Hace alarde en Laybach, después abandona la ciudad amenazada, so pretexto de una visita a Trieste.—Impone la confianza a los funcionarios e impide toda retirada precipitada.—El Gobierno ilirio en Trieste.—El duque de Otranto abandona Trieste para ir a Goritzio. El gobernador ilirio se refugia en Venecia.

El cardenal de Retz, gran entendido en materia política, decía que el favor popular está siempre más asegurado por la inactividad que por la acción. Es lo que pensaba Fouché cuando después de una crisis en la que había recuperado la ventaja, se mantenía silencioso y en apariencia inactivo, en un retiro que siempre parecía el último. La inacción, por otro lado era aparente, ya que se duplicaba por una acción secreta, dejándose desear o echar de menos. El hábil hombre continuaba sin perder en absoluto su tiempo en ese bajo mundo, creyendo quizá no tener que esperar nada más que en el otro.

Desde su regreso a Francia le hemos visto adoptar esta actitud que, por lo demás, no era nueva, ya que le había servido con

frecuencia —como se recuerda—, especialmente en 1802. Maillocheau en Lyón, Thibaudeau en Aix vieron a un hombre cansado, desilusionado, aspirando al reposo, a la vida tranquila sin preocupaciones. La deseaba también confortable y, en contra de sus costumbres, suntuosa. Había alquilado inmediatamente uno de los más hermosos hoteles de Aix, el hotel de Forbin. Era una buena fortuna para una ciudad de provincias. El subprefecto de Arbaud-Jouques, perteneciente a una buena familia provenzal, frecuentaba mucho la aristocracia local e introdujo en ella al duque de Otranto y a su familia. Esa aristocracia, que seguía siendo monárquica, dejó apaciguar su cólera. Fouché les gustó; era un buen hombre, espiritual, de relaciones fáciles. Y, además, era una «víctima de Bonaparte». Lo cual constituía un título. Le encontraron verdaderamente muy honrado para un jacobino; los Castellane-Maj astres, de entroncamiento principesco, le abrieron su casa. Fouché conoció allí a su hija Gabriela, entonces de veintiún años de edad, a la que convertiría un día en la duquesa de Otranto. En las recepciones del Hotel Forbin parecía olvidar las preocupaciones del poder pasado y de la fortuna futura. Incluso ilusionaba al subprefecto. «Tenemos aquí al duque de Otranto —escribía el señor de Arbaud-Jouques, el 29 de noviembre de 1810—. Parece gustarle mucho esta ciudad *y echa poco de menos el tumulto de los trabajos y de su poder perdido*». La correspondencia del duque con Ferrières y París parecía toda de negocios; escribía a Gaillard sobre la conservación de la propiedad territorial, la tala de árboles y la compra de prados. Savary podía estar tranquilo.

En realidad, el antiguo ministro no perdía su tiempo: seguramente, si no podía prever, viendo a la señorita Gabriela de Castellane bailar en sus salones que ganaba para el porvenir una mujer en este exilio, se prometía ciertamente conquistarse un lugarteniente, un amigo útil, cuando cogía familiarmente del brazo a un joven abogado, entonces una simple celebridad local, gloria de la abogacía de Aix. Este joven se llamaba San-tiago-Antonio Manuel. Girondino nacido demasiado tarde, era republicano o, al menos,

liberal, y no lo ocultaba. Elocuente y vivaz, gustó a Fouché, cuya mirada sagaz le distinguió pronto. Cuatro años más tarde le utilizaría mucho. En efecto, Fouché sabrá servirse del joven tribuno convertido en 1815 en diputado y en uno de los agentes más activos del hombre que volvía a ser ministro. Era emplear bien el exilio hacerse sobre el terreno tales amigos. Pero en realidad, le pesaba el exilio.

Algunos meses después sus amigos reemprendieron ante el emperador sus insistencias para obtener la autorización de volver a París. El 11 de agosto Napoleón notificó al duque de Rovigo que concedía a su predecesor el establecerse en Ferrières. No es que hubiese habido en Napoleón un remozamiento de confianza en su antiguo ministro. Pero la irritación de los primeros meses se había calmado y soñaba con volver a llamar al duque de Otranto por un vago deseo de tenerle a mano. ¡Savary era tan torpe! No era un consejero. Todo lo más un ejecutante y, ¡tan poco inteligente a veccs! Fouché, incluso en desgracia, podía ser consultado con utilidad. Un año después del disfavor de 1810, Napoleón le encontraba demasiado lejos, pensaba que sería bueno tenerle en Ferrières, a unas leguas de París. El 2 de septiembre, el duque de Otranto abandonó la ciudad de Aix, donde dejaba entre muchos amigos que le permanecían fieles, una futura esposa y un futuro lugarteniente. El 6 llegaba a su casa.

Sin embargo, no pareció apresurado en volver a ocupar su sitio en los Consejos del emperador. Desde los últimos días del mes de septiembre se estaba preparando la guerra con Rusia. Era la locura suprema que Fouché había predicho a Metternich en junio de 1808. «Cuando le hayan hecho la guerra, quedará Rusia». Nada necesitaba en 1811 el espíritu cauteloso y censurador del antiguo ministro para prever en esta formidable aventura una salida fatal. Llamado por el emperador en los últimos días de 1811, desaconsejó la guerra. Eso no gustó, y no fue llamado más; permaneció en este semidisfavor del que no parecía, por otro lado, deseoso de salir.

Eso no le impedía seguir con mirada atenta los acontecimientos que se desarrollaban. Las noticias de Rusia no tardaron en ser malas. ¿Iba a producirse el gran descalabro que había previsto? ¿Sería él el ministro salvador o el síndico de la liquidación? Por otro lado, asistía sonriente e irónico a las inextrincables dificultades en que se debatía su sucesor, el duque de Rovigo.

Las torpezas de este gendarme promovido a ministro se multiplicaban, generadoras de su enorme cortedad. Éstas producían en el emperador crisis de impaciencia furiosa y le valían a Savary las más duras amonestaciones. Todos los altos funcionarios consideraban próxima la caída del duque de Rovigo. «La necesidad de un hombre trabajador —decían— obligaba al emperador a dar a Savary por sucesor a un hombre de Estado capaz de dominar los acontecimientos». Para mucha gente, y en especial para el autor de estas palabras (el barón Luis), este «hombre de Estado» estaba designado ya. Desde el regreso de Fouché a Ferrières no había que ir lejos a buscarle.

A finales de 1812 se creyó inevitable la caída de Savary y, tal vez, la vuelta de Fouché al Ministerio. Una aventura extraordinaria pareció, efectivamente, comprometer la suerte política del duque de Rovigo. Se trataba de la famosa «conspiración Malet», que se hizo posible gracias a una serie de descuidos, todos imputables al ministro de Policía y que, por añadidura, ponían en ridículo al desgraciado Savary, detenido cuando estaba en la cama por audaces aventureros y encarcelado por ellos, durante algunas horas en La Force.

¿Qué parte había tenido Fouché en la «conspiración» de Malet? Ciertos contemporáneos admiten que no era ajeno a ella. ¿Tomó parte, realmente? ¿Por este motivo devolverá a la familia del general, después de haberla quizá expurgado, una parte del expediente? En cualquier caso, se contaba con él; era del famoso «Gobierno Provisional» que Malet quería instalar en el Ayuntamiento. ¿Había querido derribar al emperador? ¿O, simplemente, soñaba con iniciar de nuevo el golpe de 1804? ¿Por qué no trató, en octubre, de

aprovechar las circunstancias para imponerse? La respuesta es sencilla: el 21 de octubre el duque de Otranto no estaba en estado ni disposición de actuar.

Acaba de sufrir una cruel desgracia. La duquesa falleció el 9 de octubre de 1912. La había amado profundamente, tiernamente. Ella le había correspondido, siguiéndole a todas partes, en los momentos buenos y en los malos. Se sintió dolorosamente afectado. «Soy digno de compasión —escribía, un mes más tarde, a Thibaudeau— desde que he tenido la desgracia de perder a la que compartía toda mi vida; mi trabajo, mis lecturas, mis paseos, mi descanso, mi sueño, todo era en común. Esta comunidad tan apacible, tan feliz, acaba de terminar por el más espantoso desgarramiento. Si no temiese contrariar las intenciones del emperador, iría a buscar distracciones en mi senaduría…»

Por inactividad forzada o desgana pasajera de trabajar, el caso es que Fouché no parecía querer aprovechar el contratiempo de su sucesor. El emperador, por lo demás, aunque muy irritado, hizo recaer todo el peso de su cólera sobre el prefecto del Sena, Frochot, y Savary siguió como ministro, aunque —dice Bourrienne— la frecuente presencia de Fouché en París hizo pensar en su vuelta a los quehaceres.

En realidad, Napoleón había querido verle, no pudiendo negarse cierto retorno a la estima a un hombre que había previsto y predicho la catástrofe cuyo primer acto acababa de desarrollarse entre Moscú y Vilna y cuyo segundo iba a representarse en Sajonia. Fouché seguía mostrando despego a las vanidades y a los quehaceres que, después del golpe que acababa de recibir, o ante ciertas consideraciones de orden menos sentimental era, de momento, quizá sincero. «Que nuestro amigo se convenza —escribía en ese momento a Gaillard— que todo espíritu de partido está extinguido en mí… Nuestro amigo hace mal al pensar que yo aceptaría el Ministerio. El poder no tiene encantos para mí. El descanso no sólo es cosa conveniente en mi situación, es necesario. *Los quehaceres no me ofrecen más que la imagen del tumulto, de las dificultades y*

de los peligros. Estoy feliz con mi vida modesta y privada y, como ministro, me resultaría imposible estarlo; no soy hombre para ocupar un cargo sin cumplir los deberes con fidelidad y dignidad». Y en la misma época (abril de 1813) declaraba a Thibaudeau que no se consideraba «todavía» dispuesto para volver al poder y no aspiraba a ello. «Un ministerio no puede ser el objeto de mi ambición. El primero de los bienes para mí hoy día es el reposo, y sé disfrutar de él…»

*

Este gran desapego, sincero o no, inspiraba, sin embargo, al emperador una desconfianza invencible. Si éste había creído tener que mantener a Savary en el *quai* Voltaire, le parecía muy peligroso dejar a Fouché en París, adversario probado del ministro de la Policía y, quizá, ya enemigo secreto del régimen. «Es usted demasiado hábil para la emperatriz», dijo Napoleón a Fouché, pocos días antes de su marcha a Alemania. El emperador creyó hacer doble juego y decidió emplear a Fouché, alejándole.

El 14 de mayo el duque de Otranto recibía una carta del emperador, fechada el 10 de mayo de 1813, en Dresde. El pretexto era confiarle el Gobierno —hipotético— de Prusia. Para Fouché era una extraña mixtificación esta fantástica misión en las cumbres. Sin embargo, se decidió, y llegó el 20 de mayo. El 9 de junio el emperador volvía de Dresde y recibía al hombre en el palacio Marcolini. Le acogió con una benevolencia un poco maliciosa: «Junot, gobernador general de las provincias ilirias, se había vuelto loco; ya era tiempo de quitar a ese desgraciado de funciones que, de día en día eran más delicadas, ya que Austria iba a adherirse a la coalición y lanzar, de seguro, uno de sus ejércitos al país que estaba mal asimilado, mal sometido, mal defendido. Se precisa allí un hombre enérgico y hábil, y se le darían poderes ilimitados. El duque de Otranto convenía para dicha tarea; iba a marchar para Laybach y

debía darse prisa. Era una hermosa misión, un puesto de vanguardia, un lugar de combate y, por parte del emperador una gran prueba de confianza, etcétera, etc». Fouché era demasiado perspicaz para no comprender: la partida estaba jugada. Se doblegó. Quizá Napoleón le devolviese en esta coyuntura el título de ministro de Estado, con el que se le vio engalanarse desde entonces.

En espera de marchar se quedó todavía un mes en Dresde; se le empleaba mucho. Desde esa época se temía la defección de Murat quien, desde su marcha precipitada en 1812, se encerraba en Nápoles, en una actitud desconfiada, rencorosa y altiva. Fouché era su amigo; debió de escribirle. La carta decidió al rey: acudió.

Finalmente, otro *amigo* quedaba por conquistar: Metternich.

Fouché hacía, pues, el primer alto en Praga. Llegó allí el 19. Tuvo con Metternich una entrevista de la que éste daba cuenta a su soberano el 30 de julio. A decir verdad, el duque de Otranto parece, después de lo que se verá más tarde, haber encontrado un medio especial para ligar al canciller a la alianza francesa; el emperador estaba —decía en síntesis— en una situación realmente crítica; resultaba claro que Austria haría inclinar la balanza del lado donde se dirigiese. A partir de entonces se iba a encontrar responsable de la guerra o de la paz; y, acosado siempre por la idea que le perseguía desde 1804, el antiguo ministro añadía que el emperador podía morir en una refriega y se debía temer inmediatamente una sublevación en Francia, la República o los Borbones. Por tanto, pensaba que el emperador de Austria, abuelo del rey de Roma, no se encontraba interesado en absoluto en desencadenar —a expensas de su nieto— semejantes acontecimientos. Fouché se equivocaba: Francisco II no veía más que por los ojos de Metternich, y éste, desde esa época, se preocupaba bastante poco del rey de Roma y de María Luisa. El hecho es que no se encuentra en la carta del canciller austríaco ninguna mención de las propuestas formuladas por Fouché y, haciendo alusión a la organización, alrededor del rey de Roma, «Napoleón II» —se decía ya— de un Consejo de regencia eventual.

Dejó Roma para ir a Viena, donde durante dos días se convenció de «que se preparaban a hacerle a Francia una guerra de jacobinos». Llegó Gratz, donde tenía la misión de dar cuenta exacta de los progresos de la movilización austríaca. Y, el 29 de julio, después de este viaje de «misiones de confianza», llegó a Laybach, su nueva capital.

La ruptura con Austria era cierta; así, pues, sus consecuencias tenían que ser fatales para la dominación francesa en Iliria. El duque de Otranto vio en Gratz formarse el ejército de invasión, dispuesto a ocupar las provincias. De todas maneras, Iliria estaba perdida para los franceses. Por otra parte, estaba amenazada marítimamente por los ingleses en el momento en que Fouché se dirigía hacia Laybach. Los enemigos habían aprovechado el interregno para intentar —el 3 de julio— un desembarco en Fiume, donde no habían encontrado por parte de la población más que inercia e, incluso, complicidad.

Todo el país, además, enfebrecido y desmoralizado en la víspera de una crisis, estaba a la espera; los funcionarios angustiados, la aristocracia con una reserva hostil, el pueblo con una indiferencia aparente de la que no salía más que para dejar estallar su odio; el clero estaba descontento y el ejército resultaba insuficiente.

Era necesario fortalecer, asegurar, reunir, contener, hacer que todos se ilusionaran sobre la seguridad y la solidez del Gobierno y, puesto que Iliria —ocurriese lo que ocurriese— tenía que caer bajo la dominación austríaca, proteger la retirada, impedir, antes de la evacuación, todo le-vantamiento violento, toda reacción y todo conflicto. Ésa fue la tarea del nuevo gobernador general. Y realmente, nunca los días estuvieron tan ocupados en esta vida tan repleta, como los dos meses de Gobierno tan excéntrico.

*

El duque de Otranto llegó el 29 de julio a Laybach. Fue recibido al son de marchas militares por las autoridades civiles y militares en

traje de gala. Y la misma tarde se instaló en el palacio del gobernador, en medio de la curiosidad general.

Su gran preocupación parecía la de aleccionarse sobre las circunstancias, las cosas y las gentes. Tenía a mano una antigua amistad, Carlos Nodier, el futuro novelista, entonces bibliotecario en Laybach. Nodier dirigía el *Telégrafo*, que redactaba en cuatro idiomas. Envolviéndole «con su mirada glauca de una fijeza curiosa y exigente», Fouché le habló durante mucho tiempo; quería practicar una política de moderación, disminuir la tirantez existente, hacer callar las exigencias del fisco y de la conscripción, pero le hacía falta la prensa, aparentemente de la oposición, la cual, inspirada en realidad por él, propagase sus ideas, pareciendo imponérselas. Nodier fue de continuo convocado a palacio, con mayor frecuencia por la noche. El *Telégrafo* hubo de reclamar concesiones recíprocas, aplacar a los campesinos, suavizar a los descontentos y, si no dar una nueva base a la dominación francesa, al menos preparar a los franceses un terreno favorable para la retirada.

El gobernador general quería, sin embargo, para detener la desmoralización desde abajo, dar ejemplo. El alcalde de Fiume, Scarpa, que al acercarse los ingleses había rehusado levantar la Guardia Nacional y huido, fue sencillamente destituido. Siguieron otras medidas muy enérgicas. Los considerandos que figuraban en los decretos mostraban claramente la política de firmeza que practicaría el duque de Otranto.

Estos decretos de 5 de agosto produjeron una profunda y feliz impresión. El enemigo, habiendo intentado algunos días más tarde nuevos desembarcos, fue rechazado por las propias poblaciones.

Los funcionarios lejanos estaban asimismo informados por el gobernador general de la política que pensaba seguir. Era preciso asegurar y calmar a todas las clases y, como los periódicos extranjeros difundían por el país noticias propicias para sembrar la inquietud, prohibió formalmente su entrada. Para velar por la ejecución de sus órdenes y el mantenimiento de la paz pública, el duque de Otranto, volviendo a sus más queridas concepciones,

creaba en Iliria cuatro comisarías especiales de policía, en Laybach, Trieste, Carlstadt y Villach. Nunca el intendente Chabrol, tan laborioso, sin embargo, había visto semejante actividad. Recibiendo maravillosamente a los miembros de la aristocracia, el duque practicaba una política popular: se prohibía a los propietarios el derecho de servir de comisionados de apremios contra los campesinos; se les perdonaban las penas a los últimos que habían sido encarcelados; se inspiraba en el artículo del *Telégrafo*, del 12 de agosto, que armó mucho jaleo, y donde el gobernador general era llamado para instituirse en conciliador entre señores y campesinos; se daba a los propietarios consejos de benignidad y de moderación.

Sin embargo, otras medidas de un orden muy diferente requerían la atención y la actividad del gobernador general. El 12 de agosto se supo que Austria acaba decididamente de declarar la guerra al emperador: el duque de Otranto, dentro de poco iba a atraerse la enemistad de las tropas de su amigo Metternich. Efectivamente, algunos días más tarde los austríacos entraban en Uiria sin previas formalidades. El efecto podía ser aterrador, incluso al cabo de tres semanas de medidas pacificadoras y preventivas. El duque de Otranto hizo inmediatamente anunciar en el *Observador Triestino* que el ejército de Italia, formado por setenta mil hombres; el del duque de Castiglione, de ochenta mil; el ejército de Baviera, de cincuenta mil; el ejército del emperador, finalmente, con doscientos mil, iban a cercar Austria mucho antes de que uno solo de los imperiales apareciese ante Laybach.

Era necesario un ejército y era urgente que se dejara ver. El 12 de agosto, muy en secreto, el duque de Otranto se dirigió a Udine, donde se encontró con el virrey Eugenio y concertó con él los medios de rechazar al enemigo. Allí se resolvió todo un plan de campaña, en cuyos detalles importa poco entrar.

El duque abandonó Udine inmediatamente después de este acuerdo, se detuvo en Goritzia donde, para la fiesta del 15 de agosto en Laybach, atrajo a la nobleza, que era muy hostil. Quería convertir el día de «San Napoleón» en una manifestación espectacular de

confianza y de lealtad. Tan pronto volvió a su capital, hizo gala de tanta confianza en los recursos del virrey que todos participaron de ella.

En esa misma noche del 15 de agosto, empezaba en medio de contradanzas, el gobernador general se enteró que Laybach estaba directamente amenazada: los austríacos, concentrados en Klagenfurt, se aprestaban a avanzar; la gendarmería, esperando a los soldados del virrey, fue inmediatamente encargada por el gobernador general de cubrir la ciudad. Pero el enemigo amenazaba por el lado de Carlstadt; podían quedar aislados de Dalmacia, y por Fiume, los austríacos y los ingleses podían unirse.

Sin embargo, en apariencia, el gobernador permanecía inquebrantable en su confianza; quienes le rodeaban estaban poseídos de una agitación febril; para él era una razón de más para estar tranquilo. Se le veía todos los días pasearse por las calles de la capital, con su levita gris y su sombrero de forma redonda, sencillo y tranquilo, llevar de la mano a su pequeña Josefina y sentarse con llaneza en un banco del paseo. Esta actitud sonriente y segura valía por diez mil soldados; tranquilizaba con estupefacción. En cualquier caso la tranquilidad le permitía pensar en todo: hacía evacuar a Italia los considerables productos de las minas, cuando no conseguía liquidarlos por una serie de operaciones ingeniosas, destinadas a hacer de los habitantes los mejores defensores de las cajas de caudales y de las tiendas que se apresuraban a saquear.

«Me quedaré en Laybach —escribía al duque de Bessano— el mayor tiempo posible para contener a la opinión e impedir la confusión». Pero hacía marchar a Trieste las principales administraciones: empezaba la retirada. Ya era hora: el enemigo, enardecido, se dejaba ver a algunas leguas de la ciudad. Gracias a la sangre fría del gobernador general, los austríacos encontraron en los habitantes una tranquilidad que les hizo desconfiar y tomar la inactividad por una trampa.

El teniente general Pino, habiendo aparecido por fin con algunas tropas italianas en Laybach, decidió a Fouché a abandonar su

capital, y el 26 de agosto —muy en secreto— llegaba a Trieste donde, unos días después, iba a trasladar el centro del Gobierno.

Sin embargo, simuló decir que su retirada, una vez conocida, no era más que pasajera. Había dejado al coronel Léger una pequeña guarnición y quería, no sólo que se defendiesen, sino que ningún desorden interior viniese a precipitar el curso de los acontecimientos. Habiendo sido detenidos funcionarios por campesinos sublevados, quiso que semejantes hechos no se produjeran más; era preciso que la retirada se hiciese con orden y sin pérdidas. El 2 de septiembre el intendente De Camiole, por orden de Fouché, preparaba bajo cuerda la retirada definitiva de los franceses de Laybach; pero el día 4 se iluminaba todavía la capital en honor «de las victorias en Alemania del gran Napoleón».

*

Todo esto no impedía que el ejército austríaco avanzase alrededor del desgraciado Gobierno ilírio, encerrado en Trieste; la marea subía continuamente. De todas partes llegaban los funcionarios, echados de Croacia, de Dalmacia, de Carniole. Cien mil austríacos amenazaban al propio Trieste: no tenía más que setecientos hombres que oponerles. El gober-nador general llamó a los guardias nacionales de toda la provincia, pero no los esperó. Apenas instalado, pensó en abandonar la ciudad, convencido de la catástrofe que amenazaba a todo el Imperio. Pero era preciso salvar las apariencias, como en Laybach. El 3 de septiembre el cónsul de Italia, Buttura, vino a pedir al duque de Otranto caballos para llegar a Venecia, el gobernador general le rogó que retrasase su marcha, por razón del estado moral de la población. Pero el día 8 la guarnición se encontraba todavía reducida y, además, desanimada por un fracaso. El gobernador general no se sentía ya seguro. Abandonó la ciudad y se fue a Goritzia, seguido de los principales funcionarios del Gobierno central.

A esa hora, el virrey la abandonaba, replegándose a Italia, también amenazada. El duque de Otranto se decidió, por fin, a dar la señal de retirada… El 24, los últimos funcionarios que habían quedado en Trieste eran llamados a Goritzia; al día siguiente los austríacos cercaban la ciudad por tierra y los ingleses por mar. Ese día, Fouché, dándose cuenta de que había olvidado a Nodier en Trieste, le hizo buscar y le sacó, gracias a una ingeniosa combinación que prueba —en ese momento de crisis aguda— la singular y persistente sangre fría del gobernador general.

Sin embargo, el desastre era completo: Laybach y Trieste iban a capitular, las provincias ilirias estaban perdidas. Una orden del gobernador general llamaba a los funcionarios retrasados de todas partes a Goritzia; llegaron de Laybach, Vallach, Zara, Trieste, espantados, alocados; era todo un Gobierno completo el que se batía en retirada: los administradores con sus archivos, los funcionarios de finanzas con sus cajas fuertes; Nodier abandonando su prensa; todos se marchaban con Fouché. Hasta los enfermos de los hospitales, incluso los productos de las minas, el tabaco de los estancos, el mercurio de Idria evacuado a Venecia; el tabaco, primero centralizado en Fiume, empleado y liquidado, lo mismo que la sal, para el pago de sueldos y asignaciones retrasadas. Era marcharse con los honores de la guerra, armas y bagajes. «Fue necesario —escribía Fouché— cuidarse al mismo tiempo de esa imprevisión que lo hubiera abandonado todo o de esas medidas irreflexivas que, sacrificando al interés del momento los recursos del porvenir, hubiese permitido dudar que se tenía la intención o la esperanza de volver a las provincias».

La pobre banda de funcionarios sin funciones se aferraba desde entonces, con una fidelidad singular y pegajosa, al gobernador general, su única esperanza. Abandonó Goritzia el 3 de octubre en dirección a Udine, donde llegó el mismo día, pero para tomar el día 7 el camino de Venecia. Evacuó enseguida a sus funcionarios a Parma, donde desengañados al fin, pero salvados de la reacción austríaca y

de las sublevaciones populares, iban a reemprender el camino de Francia.

El duque de Otranto, retirado a las lagunas, lanzaba aún sus miradas al otro lado del Adriático. Hablaba de lo que debía hacerse. «El sistema de organización que se les había dado (a las provincias ilirias) había dejado sin energía y sin acción a la Policía, tan necesaria en un país todo litoral y todo frontera, y que se encuentra habitado por pueblos tan distintos en sus costumbres, sus hábitos y su Gobierno».

Su retirada no necesitaba disculpas; le hacía gran honor, y si nos hemos detenido mucho tiempo en estos incidentes, que han quedado desapercibidos en la gran derrota del Imperio napoleónico, es por que ponen de relieve, de modo singularmente característico, la fisionomía de Fouché. En estas circunstancias pudo verse que la inactividad y la retirada no habían paralizado en absoluto las destacadas cualidades de hombre de Gobierno que desde hacía mucho tiempo habían distinguido a José Fouché. Este Gobierno de dos meses quedó como uno de los más curiosos incidentes de la vida de Fouché. Mas ya refugiado en Venecia, sueña con otros proyectos.

CAPÍTULO XVIII

FOUCHÉ EN ITALIA

El duque de Otranto en Venecia.—La derrota en Italia.—Actitud del rey Murât.—Fouché se apresura a volver a Francia.—Duelo singular entre el emperador y Fouché. Napoleón le vuelve a echar lejos de Francia y le carga de plenos poderes en Italia.—¿Ha traicionado Fouché a Napoleón en Italia?—Carta en la que exhorta a Murat a la lealtad. Actitud doble de Murat.—Fouché en Florencia. Llegado a Roma es recibido oficialmente. Salida para Nápoles.—Llegada a Nápoles de incógnito. Larga entrevista con el rey y la reina. Frecuentes visitas a Murat.—Fouché finge en sus cartas tratar a Murat como a un niño grande. Termina por confesar al emperador su fracaso.—Reaparición en Roma. Allí da consejos de contemporización.—Murat se quita la máscara y marcha sobre Roma. Fouché se va a Florencia. Exhorta al rey a sacar el mejor partido de su abandono.—Fouché liquida el Imperio en Italia.—Convención de Luca, que entrega Italia entera a Murat. Entrevista en el Volta con el virrey. Últimos consejos al principe.—En camino para Francia.

Llegado a Venecia el 9, el duque de Otranto no pensaba más que en alcanzar Turin, desde donde podía, enseguida, volver a Francia. Al precipitarse los acontecimientos, llamaban su atención y excitaban su ambición. La derrota era general: el emperador intentaba en Leipzig su última partida y la perdía. ¿Qué se iba a hacer en París? ¿Revolución, golpe de Estado, restauración? Nunca le había parecido más esencial a Fouché estar en ese momento entre bastidores y al alcance del escenario. Italia misma se doblegaba y se separaba; el virrey Eugenio mostraba una fidelidad admirable, pero Milán —escribía el duque de Otranto— «testimoniaba una pusilanimidad vergonzosa». Las insurrecciones locales en Roma, fomentadas por Murat, ofrecían muchas preocupaciones al general Miollis; en Toscana, la gran duquesa Elisa, insegura, sin consejero ni guía, no

sabía cómo actuar; pero el gran peligro era el abandono, cada día más inminente del rey Murat.

Ante la nueva derrota, Joaquín había regresado otra vez a Italia y, apenas instalado en Nápoles, se vio expuesto a las peticiones de los ingleses y de los austríacos, que querían inducirle a la coalición, y las más apremiantes aún de los patriotas italianos, deseosos de sacudirse el yugo de Napoleón sin caer bajo el de Austria. Era un espíritu débil, fácil de influir. Cada partido tenía alrededor del rey, en Nápoles, sus representaciones, que se le disputaban, le impulsaban a diez resoluciones distintas por semana, y le forzaban a la única que aconsejó la reina Carolina: la expectativa.

Fouché no ignoraba nada de la situación, veía a toda Italia convulsionarse en una fiebre de sublevación. Además, poco deseoso de retrasarse, abandonó Venecia, corrió a Milán, dispuesto a franquear el Simplón, llegar a París como el buen servidor que viene a poner su talento al servicio del amo amenazado. Era necesaria, sin embargo, la autorización del emperador; en la espera, pensaba sondear personalmente a Murat, para su gobierno, pensando quizá como en 1808, utilizar a este brillante caballero en sus proyectos, todavía mal formulados en su espíritu. En Bolonia había cogido al vuelo al ayudante favorito de Murat, La Vauguyon, y de vuelta a Nápoles aprovechó para hacer llegar al rey consejos y estímulos. Impresionó a La Vauguyon, quien advirtió inmediatamente al rey de Nápoles del providencial encuentro y de la interesante conversación. El 20 abandonó la ciudad resuelto a volver a Francia por Parma y Milán. Pero en el momento en que llegaba a Parma, el 21, recibió una carta del emperador, fechada el 15 de noviembre en Saint-Cloud, que le volvía a echar muy lejos de Francia.

*

Continuaba el duelo singular establecido entre Napoleón y su antiguo ministro. El emperador no quería bajo ningún pretexto a

Fouché en París, teniendo bastante con Talleyrand; estaba movido por el mismo sentimiento con que le había mandado hacía poco de Dresde a Laybach y ahora le rechazaba bajo la apariencia de una nueva «misión de confianza» de Milán a Roma y Nápoles. Era necesario un consejero al virrey, un tutor a Elisa, una cabeza a Roma y un agente hábil en Nápoles. El emperador quería que Fouché quedase con todos esos títulos en Italia, a riesgo de hacer con eso lo que efectivamente ocurrió: que se convirtió en el síndico de la quiebra napoleónica al otro lado de los Alpes.

En su carta del 15 Napoleón ordenaba a su antiguo ministro que fuera a Nápoles, con toda diligencia «para hacer sentir al rey la importancia de que marchase con veinticinco mil hombres sobre el Po»… «Se lo hará usted saber también a la reina —añadía— y hará todo lo posible por impedir que, en ese país, se dejen desviar por las falaces promesas de Austria y por el lenguaje almibarado de Metternich. La marcha del ejército napolitano sobre el Po es de la mayor importancia… Tomará usted la decisión, ya de volver con el ejército napolitano, si el rey es fiel al honor y a la patria, ya de regresar rápidamente a Turin, donde encontrará usted nuevas órdenes. Pase por Florencia y por Roma, y dé a todas esas gentes de allí cuantos consejos puedan exigir las circunstancias».

Se ha preguntado siempre si el plenipotenciario del emperador le había servido o traicionado; todavía es un punto por estudiar de esta vida de gran aventurero. Los contemporáneos se han dividido sobre tal punto. En suma, entre los testimonios opuestos, no tenemos más que consultar un documento esencial: la correspondencia del duque de Otranto con Napoleón y con Murat; así, pues, hasta cierto punto, se da la razón a las dos opiniones. No se puede juzgar jamás a Fouché por una palabra: su gesto nunca es sencillo, sino completo y *sucesivo*. Desde noviembre de 1813, sin duda alguna, estaba más preocupado por asegurar la suerte de Murat que por servir la del emperador; ahí es donde, de hecho, reside la traición. Ciertamente debió de proponer, con su cinismo ordinario, al rey Joaquín estos dos planes, muy opuestos, pero que en su ánimo convergían al mismo

fin: llevar a Murat al Po, los Alpes y, quizá, el Ródano. El uno consistía en permanecer aliado aparentemente del emperador y su único lugarteniente en la península, y aportarle la suma de una Italia unida, agrupada detrás del rey de Nápoles, partiendo de no rechazar en absoluto los avances de los patriotas italianos. El otro plan era el de la traición; si el rey quería romper con Nápoles, era necesario que no vacilase; debía tomar parte en la lucha, obtener de Austria la posesión de Italia y hacer allí, a pesar de todo, el protector de las administraciones francesas contra una reacción que podía, en ese ardiente país, exponer los que habían servido a la Revolución y al Imperio a nuevas *Vísperas sicilianas*. Crear, en una palabra, un régimen de transición. En ambos casos, el rey servía a los franceses, con o contra el emperador. En los dos casos también, Murat se encuentra en un momento útil, dispuesto a entrar en Francia y dirigirse rápidamente sobre Lyón y sobre París. ¿Quién sabe si por tal maniobra las Tullerías no se encontrarían en un momento propicio para tener un nuevo amo?

Sea como fuere, al recibir la carta del 15 de noviembre, Fouché pareció dispuesto a actuar activamente en el sentido que ésta le indicaba. El 21 escribía una carta a Murat donde le decía que en Bolonia se esperaba con la más viva impaciencia al rey de Nápoles y a sus soldados *contra los austríacos. «Nuestro destino, señor* —añadía el duque de Otranto—, *cualquiera que sea la diferencia de las filas*, *nuestro destino no tiene más que una base. Se la debemos al emperador*. Descansa sobre él, sobre la integridad de su potencia». Y desarrollaba con vehemencia ese tema.

La carta, por otra parte, no tuvo efecto. Murat había respondido anticipadamente: el 23 de noviembre que llamó a su cuñado para que pusiera las tropas en movimiento, que había escrito a Roma, Florencia y Milán para asegurar allí su subsistencia, se quejaba, por otra parte, de la necesidad en que le colocaba la alianza francesa de denigrar su propio reino, amenazado en las costas por los ingleses. Estas tropas, ¿eran enviadas al virrey o contra él? La pregunta se planteaba a todos… e, incluso, quizá, al propio rey Joaquín.

Apenas de regreso en Nápoles, aquél pareció querer romper con el emperador. El 28 las primeras tropas marcharon en dirección Norte, pero el rey no se puso en cabeza, conforme se esperaba. El 28, el barón Durand, ministro de Francia en Nápoles, dejaba entrever sus temores. Pero en el campo aliado estaban mucho más seguros de la defección de Murat. El plenipotenciario de Napoleón llegaría bastante pronto, hablaría con aire de suficiencia, sería bastante firme, bastante hábil y bastante convencido él mismo para impedir un acto decisivo. Es lo que se preguntaban en Italia con cierto escepticismo desde que fue conocida allí la misión del duque de Otranto.

Fouché había abandonado Milán el 22, acompañado de su familia. Llegó el 23 a Florencia, pero no encontró a la gran duquesa Elisa, que estaba en Pisa. No ocultó a su marido, el príncipe Félix, con cierta tirantez, su extrañeza de ver que la princesa estaba en el balneario. El 24, después de algunas horas de permanencia, volvió a tomar la posta para Roma, donde llegó el 25.

Su aparición dio lugar a un gran alboroto, tanto más cuanto que parecía dispuesto a representar a un gran personaje. Se atribuía aún gustosamente el título —no obstante estar prescrito— de gobernador general de los Estados romanos, como el de ministro de Estado. En Roma se le sabía representante del emperador con un título u otro, y esto bastaba para asegurarle los homenajes. Apenas llegado e instalado en la plaza de España, recibió la visita del general Miollis y de otros altos funcionarios. El 26 por la tarde marchó a Nápoles, declarando que iba a «hacer aceptar el trato de Murat», pero pretextando, para el público, un simple «viaje de placer» con su hijo.

*

Se hizo preceder por una larga carta al rey de Nápoles en la que le apremiaba a actuar en el sentido que indicaba la misiva del 21 de

noviembre. Desde las primeras horas hizo anunciar en los periódicos de Nápoles que aprovechaba una estancia en Roma para venir como simple turista a pasearse por la incomparable ciudad.

El 1 de diciembre este singular «turista» pidió y obtuvo sin trabajo una audiencia con el rey. Pasó la jornada con los soberanos. Si debe creerse a la carta del duque de Otranto al emperador, el rey había protestado en términos vehementes sobre su devoción personal a Napoleón. «No tengo necesidad de ser provocado para servir al emperador —había dicho—. Mi corazón le pertenece. Pero en las circunstancias en que me encuentro, no puedo actuar abiertamente sin comprometer la seguridad de mis Estados. Los veinticinco mil hombres que he prometido al emperador están en camino. El emperador debe contar conmigo». El duque de Otranto declaraba fiarse de la sinceridad del rey; es preciso creer en la suya, ya que en la misma carta fingía por Napoleón su «afecto», deseoso —decía— de darle pruebas de su fidelidad, «en esta circunstancia en que la suerte le era infiel», y «consolarle de todas las penas que le habían hecho experimentar la pusilanimidad y las cobardes traiciones».

Por lo demás, el duque de Otranto pudo defender a su gusto la causa que le había sido confiada. El rey le vio todos los días. A decir verdad, el barón Durand parecía no presagiar nada bueno de estas entrevistas. «La llegada del duque de Otranto —escribía el 4—, sus largas conversaciones con el rey, la acogida que recibe forma tal contraste con esta especie de proclama (una orden del día del rey muy hostil a los franceses) que los ánimos se confunden». El ministro de Francia, mantenido al margen, no ocultaba su desconfianza. Los envíos de tropas que todo el mundo —al decir del barón Durand— creía enviados contra el virrey habían cesado, en lo que se vio una maniobra de las representaciones de Fouché.

¿Por qué el duque de Otranto se entretenía en Nápoles, si tenía tanta prisa hacía poco por volver a Francia? ¿Tenía ya el plan de no llegar allí sino a la grupa del brillante Joaquín? ¿Se quedaba para conducir él mismo, bajo su vigilancia y su cuidado al rey hacia Roma,

Florencia, Milán, quizá Lyón y París, detrás de las tropas enviadas hacia el Norte, con una finalidad que seguía siendo tan problemática? Parecía, en todo caso, participar de la cólera del rey Joaquín contra las autoridades de Roma que acogían con desconfianza justificada a las tropas napolitanas y como para defenderse por anticipado de toda acusación, engaño o complicidad, exponía al emperador, ensalzando la extraña política que pensaba hacer y decía practicar con el rey, verdaderamente tratado por él como un niño grande: «En el momento mismo en que tuviera la prueba de que el rey negociaba con la coalición, lejos de irritarle con reproches, redoblaría los cuidados para llegar a su corazón. No habría, incluso, más que un medio de volver a llevarle a los intereses de la patria: que ignorase él mismo que los había abandonado». Se lisonjeaba de que su presencia se imponía al rey y le retenía *«poniendo a la vista del principe el papel glorioso que las circunstancias le ofrecían*». En todo caso parecía que el duque de Otranto se dejara conquistar más de lo que había conquistado él, ya que se hizo eco de las recriminaciones del rey contra el trato humillante que éste se quejaba de sufrir por parte del emperador. Iba más lejos: por anticipado este extraño misionero defendía las circunstancias atenuantes de una defección, desde ahora probable; era confesar que la esperaba y la disculpaba. El duque de Otranto confesó que el día 1 la reina le había dirigido estas palabras: «Señor duque, viene usted demasiado tarde; el corazón del rey pertenece al emperador, pero su imaginación está seducida». Si había venido demasiado tarde, ¿por qué permanecía? ¿El lugar de un representante del emperador estaba al lado y en la intimidad de un hombre que sabía ganado por sus enemigos? No sin cierta ironía escribía Durand, el 17: «Durante su estancia en Nápoles el señor duque de Otranto ha visto cada día a Sus Majestades. Tan frecuentes y tan largas entrevistas no podían fallar en haber obtenido importantes resultados».

Sea porque desesperaba conseguir lo que estaba encargado de solicitar o porque había realizado la finalidad muy particular que se

había marcado, el duque abandonó por fin Nápoles el 19 de diciembre.

Reapareció en Roma el 21 de diciembre, y permaneció allí quince días. Esta estancia acabó por quebrantar su confianza en la firmeza de la dominación francesa en Italia. El país quería ser independiente, era preciso reconocerlo. El duque, en sus cartas al emperador, llegaba a felicitarse de que la Guardia Nacional de Roma careciese de energía, «ya que no seguiría en esos momentos los intereses de Francia»; los patricios que Miollis creyó tener que poner al frente de esta Guardia Nacional «proveerían de jefes a las facciones». Por otro lado, las autoridades no le satisfacían. Les invitaba a no conservar frente a Murat una actitud circunspecta, tan pronto afirmando que el rey permanecía siendo amigo de Francia, tan pronto fingiendo ante el ayudante de campo de Miollis, Bellaire, actitudes misteriosas que parecían decir mucho. De hecho, sin dudar de la defección de Murat, el duque de Otranto ante todo parecía deseoso de favorecer sus proyectos, evitando en lo posible toda ruptura, todo conflicto, antes de que Joaquín estuviese en el Po. Los acontecimientos se desarrollaban; Francia iba a ser invadida; tal vez se sentirían felices por no haber llevado al hermano político del emperador a volverse irremediablemente contra su antigua patria. Sin embargo, Fouché sabía que Joaquín esperaba a un enviado de Austria que, efectivamente, llegó el 31 de diciembre a Nápoles. El 25 el rey se quitó la máscara, ya que había pedido formalmente a Napoleón que proclamase la independencia de Italia hasta el Po, única condición para su alianza. En espera de la respues-ta del emperador las tropas napolitanas, en marcha sobre Bolonia, invadían, bajo la apariencia de esta amistad condicional los Estados romanos y amenazaban Toscana. Las autoridades de Roma permanecían muy desconfiadas y muy confusas. Según los testimonios se hacían malos augurios de la activa correspondencia que existía —a sabiendas de todos— entre el rey y el antiguo ministro. Ciertamente, Fouché transmitía ya al emperador todas las cartas que enviaba a Murat. Trataba de perpetuar el equívoco, afirmando que el rey continuaba estando

resuelto «teniendo su carácter más heroísmo que firmeza». Era preciso —decía aún— que ante todo Joaquín se pusiera al mando de su ejército. Pero eso era un estímulo a la traición, debiendo estar desde entonces toda acción decisiva de Murat dirigida contra los franceses. Por lo demás, el duque persistía en hacerse el abogado del rey, quejándose en su nombre de la sequedad y desconfianza del emperador. Decididamente, el plenipotenciario imperial se pasaba al lado del adversario.

Abandonó Roma el 5 de enero. Desde el 3 parecía poco deseoso de esperar allí a Murat, pero ¿qué cara ponerle al rey de Nápoles delante de Miollis y Norvins? ¿Qué papel representar en un posible conflicto? El rey acababa de romper. Con una fraseología sentimental desenfrenada, el desgraciado escribió al emperador que se veía «obligado» a declararse en contra suya. El 31 de diciembre el conde de Lemberg, enviado extraordinario de Austria, fue recibido oficialmente por Murat. El 4 de enero, una fragata inglesa desembarcó a Graham, ayuda de campo de lord Bentinck. Finalmente, en el transcurso de una entrevista con el ministro de Francia, el marqués del Gallo le declaró «que el rey ya no podía hacer nada ni por Francia ni por el emperador». El 11 de enero se firmó un tratado que convertía al voluntario de 1792 en aliado de «Pitt y Cobourg».

El duque de Otranto no podía simular más que tenía los ojos cerrados: la reina le hizo conocer por una nota que la llegada de los ministros extranjeros había disipado «el resultado de sus entrevistas con el rey y de su misión cerca de él». El plenipotenciario abandonó precipitadamente Roma el 5 de enero. Llegó el 6 a Florencia, donde encontró a su vieja amiga, Elisa Bonaparte, sumida en zozobras. Se decía que Murat había decidido invadir Toscana, derribar a su hermana política en provecho del gran duque Wurtzbourg, a quien la coalición había prometido Florencia. El duque de Otranto, al anunciar el día 12 al duque de Bassano la traición de Murat, prometía intervenir aún cerca del rey, deseoso —por lo demás— de descargarse de toda sospecha de complicidad. Se lamentaba por

«toda *la pena* que experimentaba del poco éxito de su misión en Nápoles».

¡Extraña pena! Exenta de rencor, en todo caso, ya que no se notó ningún enfriamiento, ninguna amargura en las relaciones del duque de Otranto con quien consideraba que le había engañado y se la había jugado. Al contrario, la cordialidad aumentaba entre los dos hombres como si, desde ahora, estuviesen ligados sus destinos comunes. Se vio repentinamente al representante del emperador hacerse el consejero del traidor y guiar la traición. Puesto que el rey ha decidido romper, que actúe con prontitud: es preciso aprovechar al menos el acto decisivo y —añadía gustosamente Fouché— llegar antes a Lyón que Luis XVIII a Calais. No comprende que Joaquín es un miembro desidioso de la coalición: «Tengo que insistir —le escribía desde Florencia el 20 de enero— sobre la necesidad en que se encuentra usted de constituir un buen ejército. Es su única garantía: *es el único medio de tener influencia en la coalición*». ¡Qué interesantes palabras en la pluma de este plenipotenciario de Napoleón! «Me invita usted —añadía aún— a defenderle contra la calumnia. *¿Quién podrá alcanzarle en la altura a que debe usted elevarse?… Su conducta en estas circunstancias será apreciada, como todas las cosas en este mundo, por el éxito*». «Si puede usted contribuir a la pacificación general, si su nombre adquiere bastante peso en la balanza de los asuntos de Europa para elevar la dignidad de los tronos y la independencia de las naciones, le bendecirán en la tierra. Apresúrese a decir que no ha formado usted alianza con la coalición sino para que ésta fuese su apoyo a tan noble finalidad».

He aquí el gran pretexto encontrado a tantos miramientos y avances prodigados al rey de Nápoles; es necesario asegurar la facultad —no sólo a Elisa, sino a todos los franceses— de retirarse «tranquila y honorablemente», impedir contra ellos toda violencia, toda vejación. Con su propia autoridad, se arroga el derecho de liquidar el Imperio en Italia; en el fondo le importa sobre todo, sabemos con qué intención oculta, que no estalle ningún conflicto entre el rey de Nápoles y los franceses; ningún acto irremediable

que ponga entre Murat y las Tullerías sangre francesa derramada, por poca que sea. Es la misma idea que en el mismo momento retiene a Bernadotte en la frontera de Bélgica. Todo este mundo, devorado por la ambición, se cuida, se reserva, y Fouché vela por asegurar al emperador a quien sirve —escribe aún— «como leal servidor», un posible sucesor.

*

Así, salvo Miollis, soldado valiente y desconfiado, todo el mundo se presta de bastante buena gana a esta política. Elisa está en manos de Fouché. La princesa cede hasta hacer creer que está en connivencia con Murat e, incluso, con los ingleses. Fouché la hace esperar la conservación de Luca, como premio a esta hermosa política. Se ocuparán de paralizar a Miollis en el momento útil. Queda el virrey. Fouché negocia, pues, con Milán; quizá sea con intención pérfida como atrae la atención del príncipe sobre esta frase de Mettemich a Carolina donde se dice que Napoleón se dispone a ceder Italia, el reino prometido a Eugenio desde hace diez años, y que la coalición acaba de ofrecerlo como premio a una defección a la que se ha negado noblemente. Por último, es el propio emperador a quien se dirige el duque de Otranto para aconsejarle la evacuación completa de Italia. Sus argumentos son los siguientes: el 8 de febrero Napoleón da a Clarke la orden de escribir a la gran duquesa y a Miollis que la traición de Murat había convertido en insostenibles Toscana y los Estados romanos, y debían entregar de nuevo estas provincias al rey de Nápoles, «poniendo como condición que todos los empleados se retirarían al otro lado de los Alpes». El duque de Otranto es encargado oficialmente de negociar con Joaquín esta capitulación.

¿Qué quiere Napoleón? ¿Sacrificar Italia entera con el solo deseo de mantener a Fouché algunos días más al otro lado de los Alpes, de ocuparlo en una negociación que cree que quizá debe ser larga? Por

el contrario, ¿tiene todavía fe en su devoción, en su fidelidad? En cualquier caso, Fouché tiene sentencia favorable: todas las resistencias van a caer en Italia, frente a Murat. Se comprende entonces el desbordante reconocimiento que muestra al rey de Nápoles: «¡Qué conmovido estoy de *su entrañable solicitud!* —escribe al rey, traidor al Imperio, el representante oficial del Imperio —. *No sabría nunca cómo expresarle bastante cuánto sé apreciar sus nobles y generosos procedimientos. No me han asombrado*: siempre le he mirado como a un hombre de honor, como a un amigo leal y valeroso. *Reciba mis gracias muy sinceras*». He aquí quien debía animar singularmente al antiguo ministro a conducir a Murat a las Tullerías.

El rey, de lejos, se encamina hacia allí: el 19 de enero La Vauguyon, en nombre de su amo, el rey Joaquín, había tomado posesión de los Estados romanos, el general Miollis se encerró en el castillo de Sant' Angelo. Los napolitanos avanzaron entonces en Toscana. El 1 de febrero, Elisa abandonó Florencia con las tropas francesas, salvo una pequeña guarnición que había quedado en los fuertes. Casi inmediatamente las tropas de Napoleón ocupaban la ciudad de los Médicis. El miércoles por la tarde, 2 de febrero, el príncipe Félix Bacciochi, el profesor Fauchet, el director de la Policía y otros altos funcionarios abandonaban a su vez la ciudad invadida. El duque de Otranto acompañaba el convoy.

Sin embargo, el duque de Otranto se había reunido en Luca con la gran duquesa; había confiado sus hijos a su preceptor Sarchi y se había unido al principe Félix, que se refugió en Génova con los funcionarios toscanos. El duque había prometido reunirse con ellos poco después en Liguria. Fue en Génova donde le llegó una carta del emperador, conminándole —nuevo cambio completo de opinión— a volver a Francia por Marsella y Lyón… donde Fouché comprobaría, algunas semanas después, cuántas órdenes habían sido dadas para cerrarle el acceso a París. ¿No se arrepentiría Napoleón de los nuevos poderes dados a su singular servidor? Mas por una contradicción muy explicable, ahora el hombre hábil era el que no

quería volver; se le buscaba en Génova y, con gran sorpresa de los agentes de Savary, puestos en movimiento para cogerle, no aparecía, se había transformado en nómada e inaprehensible. Había intentado ver a Murat: se le había visto el 2 de marzo en Florencia; de nuevo anunció su intención de pasar por Bolonia y Parma, habiendo obtenido un salvoconducto de los austríacos.

En realidad, el inencontrable Fouché había empleado los últimos días de febrero en discutir en Luca y en concluir con el general Lecchi, representante del rey de Nápoles, una convención regulando la evacuación de Italia. La convención había sido firmada el 24 de febrero; el 27, Miollis informado rendía la ciudad fortaleza pontifical.

Italia, desde ahora, estaba entregada a Murat hasta el Po. El duque de Otranto no quería abandonar la península sin ver y hablar a quien acababa de rendir este servicio esencial. La entrevista tuvo lugar en Módena; el «representante» imperial asistió, con la serenidad de un alma indiferente a las sorpresas de la vida, a la llegada y recepción en Módena del emisario austríaco que traía, en nombre de los Habsburgo, la investidura del reino de Nápoles al hermano político de Napoleón; el plenipotenciario entonces, con cierta efusión, se despidió del rey de Nápoles, recomendándole ante todo que evitase cualquier conflicto con Eugenio. Después marchó, no a Génova —donde le acechaba la policía imperial—, sino a Turin, y se dirigió hacia los Alpes, que debía cruzar el 11 de marzo.

Los cruzaba con la satisfacción del «deber cumplido», corriendo hacia esa Francia donde, en aquel momento, se desarrollaban los más grandes acontecimientos.

CAPÍTULO XIX

LOS HERMANOS DE LUIS XVI

Hundimiento del Imperio.—Fouché llega demasiado tarde a París. Aparece en el seno del Gobierno Provisional. Se impone a la atención y se dedica a defender las relaciones del conde de Artois y logra el éxito. La doble carta del 25 de abril a Napoleón y al conde de Artois.—Se habla de volver a llamar a Fouché al ministerio.—El duque de Otranto consultado por Blacas; su alegato al rey; concepto muy justo de la situación. Fouché conquista también a los soberanos aliados. Alegato al zar. Nueva tentativa para seducir al conde de Artois. Fouché quiere descartar ante todo a Napoleón, al que considera molesto.—La reacción, al acentuarse, no deja ninguna esperanza a Fouché.—Hace oir todavía predicciones amenazantes en las Tullerías.—Fouché se entera del desembarco de Napoleón en el golfo Juan. Intenta prevenirle provocando en el Norte un movimiento militar que fracasa. Fouché se desinteresa de la empresa descabellada y se apresura a sacar provecho de los acontecimientos, cualesquiera que sean.

Los acontecimientos se habían precipitado en Francia durante los meses de febrero y marzo de 1814. El emperador luchaba paso a paso; la admirable campaña de Francia dejaba todavía cosas en suspenso. En Turin, Fouché se enteró de los resonantes éxitos alcanzados en el valle del Sena contra Schawarzenberg, el de Mame contra Blücker; Campaubert el 10 de febrero, Montmirail el 11, los rusos rechazados en Chateau-Thierry, los prusianos batidos en Vauchamps el 14; la victoria de Monte-reau, el 18, sobre los austríacos, la retirada de Schwarzenberg. Pero el duque de Otranto no era de esos entusiastas a los que elevan las victorias resonantes, pero agotadoras; político frío y escéptico, los grandes bayonetazos, las bonitas cargas y las violentas voladuras de la metralla contaban poco para él con miras a un protocolo que reunía decididamente contra Napoleón, en una guerra a muerte, a Europa entera. Y ese

protocolo había sido firmado el 1 de marzo en Chaumont, sentencia de muerte para el emperador y, quizá para el Imperio. El tiempo apremiaba para llegar a París; la avidez de lucro se preparaba. Ya el nombre de Fouché había sido pronunciado incluso o, para hablar más exactamente, en las conferencias de Bar-sur-Seine entre los aliados y los agentes monárquicos. Se había asociado su nombre al de Talleyrand, posible agente de una revolución proyectada, y examinaban qué destino podían darle los Borbones. En todo caso el duque de Otranto estaba o se creía estar llamado una vez más a desempeñar un papel.

El 11 de marzo había atravesado los Alpes, corriendo a Lyón. Cortado con París por las fuerzas aliadas, se quedó allí durante trece días, pero tuvo que abandonar la ciudad ante la actitud muy hostil, sin duda mandada por ciertos funcionarios; llegó por turno a Valence, luego Aviñón y, exasperado sin duda por sentirse tan lejos, se esforzó en llegar a París por Toulouse, Limoges y el valle del Loira. Encontró algunos restos del mundo imperial lanzados fuera de París por el hundimiento del régimen; la joven duquesa de Reggio, entre otros, le vio atareado y ansioso, ávido de noticias, despechado de no recogerlas. Era el 4 de abril; el 8, por último, llegaba a París. Mas las grandes intrigas parecían acabadas: habían traicionado sin él.

El 31 de marzo había capitulado París. El 1 de abril, el Senado, bajo la influencia del príncipe de Benevento, había formado el Gobierno Provisional a la cabeza del cual se encontraba el propio Talleyrand. El 3 de abril el Senado proclamó rey a Luis XVIII, quien iba a hacerse representar en París por su hermano, el conde de Artois; y, los mariscales, por fin, habían arrancado del emperador la abdicación de Fontainebleau. Reinaba el hermano de Luis XVIII, lo que parecía una catástrofe para Fouché.

*

Tal vez fuera reparable. Apenas llegado, corrió a casa de Talleyrand, quizá hizo valer su título de ministro de Estado, más o menos fantasioso, que había pregonado por todas partes desde hacía un año, se hizo admitir por el príncipe de Benevento en las deliberaciones del Gobierno Provisional y de sus ministros. La sorpresa de éstos fue grande al volver a encontrar allí al eterno reaparecido ante el tapiz verde que había abandonado cuatro años antes y «sentado tan a gusto —dice uno de ellos, Pasquier— como si hubiese sido una de las primeras columnas de la obra que se esforzaban en fundar». Asistió, impasible y silencioso, a las desavenencias mordaces que se habían alzado en dicha sesión, salió informado y no apareció más por las Tullerías. En desquite, fue a volver a ocupar *in extremis* su sillón del Luxemburgo, y no permanecer inactivo. Toda la vida política se había trasladado allí desde hacía algunos días. Se planteaba una seria cuestión: ¿cuál sería la naturaleza de los poderes confiados al conde de Artois, designado por Luis XVIII como lugarteniente general? El Senado, celoso por salvaguardar sus derechos, hubiese deseado que este poder le fuera otorgado al príncipe por la Asamblea que, desde días atrás se erigía en representación nacional y en Poder Constituyente. La legitimidad se hallaba en juego; pero el Senado era una fuerza y Talleyrand le sostenía. Los amigos del conde de Artois se alarmaron de esta oposición. Se convino en celebrar una conferencia.

Así, el 14, el barón de Vitrolles, representante del conde de Artois, se encontró en el pabellón de Marsan con algunos de los miembros del Gobierno y algunos senadores influyentes y, enseguida, se estableció entre ellos una discusión muy viva. Vitrolles quería que el Senado fuese ante el lugarteniente general y le pidiese que tomara las riendas del Estado; era la única concesión que se pudo hacer a la Asamblea; en cuanto a *condiciones*, no había ni que soñarlo. Mientras Talleyrand se encerraba en un mutismo desdeñoso y otros miembros del Gobierno se limitaban a gestos de negación, se oyó de pronto por la abertura de una ventana elevarse una voz agria que protestaba con vivacidad: era Fouché. Se adelantó entonces,

declarando que no podía detenerse en semejante proposición. «No hay más que una forma de eliminar la dificultad —dijo atrevidamente —, y es que el propio Senado confiera la lugartenencia general al señor conde de Artois». Aceptado, este golpe de audacia iba a transformar la Restauración; hacía de los príncipes los elegidos del Senado, cuyas cabezas representativas eran exconvencionales o exconstitucionales como Sieyès, Garat, Gregoire, Fouché, Roederer, Lanjuinais… Vitrolles protestó. Pero el simple hecho de esta intervención atrevida daba repentinamente a Fouché una importancia excesiva; se decía ya que era hombre para sacar partido, que él solo llevaría al Senado el grupo de los hombres de la Revolución; así, pues, era deseable la unanimidad. El confidente del conde de Artois se acercó al antiguo convencional y se puso a discutir con él; era cuanto deseaba el duque de Otranto. Declaró garantizar la aceptación de todos del lugarteniente general, mediando una simple declaración que «con su mala letra —escribirá Vitrolles— pergeñó durante la sesión». Esta declaración decía, especialmente, que el príncipe «había tomado conocimiento del acto constitucional que llamaba a su augusto hermano; que, conociendo sus sentimientos y sus principios, no temía ser desmentido al jurar en su nombre observar y hacer observar las bases de la Constitución». ¡El exprocónsul regicida dictando una declaración a los hermanos de Luis XVI! El espectáculo era pasmoso. El barón, aturdido, cogió la declaración, fue a llevársela al príncipe, pero le aconsejó que hiciese caso omiso. De hecho, el príncipe suprimió en la declaración cuanto tenía relación con la herencia y la dotación de los senadores, ya que la Asamblea no se había olvidado a sí misma. En este aspecto, Vitrolles no carecía de inquietudes; era preciso ganar a Fouché. Habiéndola encontrado al día siguiente, le abordó, anunciándole con precaución los cortes hechos a la declaración. El otro se volvió bruscamente y dijo con aire bondadoso: «Han hecho ustedes bien, ¡pardiez!» Vitrolles se quedó confuso ante su fácil victoria. Evidentemente el duque de Otranto maniobraba ya para la conquista del partido del Monsieur. Acababa con su reserva después

de haber empezado por su audacia y, luego, por su complacencia. Tenía que llegar a ello, puesto que en julio de 1815, un año después, verían a Fouché de Nantes llegar a ser ministro de Luis XVIII, con el apoyo del conde de Artois.

Está claro que desde abril de 1814 Fouché empezaba a tomar partido. No lo ocultaba. El 25 de abril —aseguran— hacía llegar al hermano del rey un documento singular, cuya lectura asombra. Era una carta dirigida por el duque de Otranto al emperador caído, mas destinada, sobre todo, a enterar al conde de Artois de la perspicacia, la altura de miras, la autoridad y la devoción de Fouché. Aseguraba a Napoleón que su presencia en la isla de Elba no podía ser ni digna ni duradera. «Hoy no existe todavía estabilidad en ninguna parte. Se dirá que conserva usted todas sus pretensiones; se dirá que la isla de Elba es el punto de apoyo desde el cual establecerá usted palancas con las que aún tratará de sublevar al mundo». Concluía aconsejando al emperador que buscase refugio en los Estados Unidos.

¿Fue realmente enviada esta carta a su destinatario? Lo dudamos. Sin embargo, algunos años más tarde, Fouché protestará ante el rey Jerónimo diciendo que no estaba destinada más que al emperador, ya que «había querido colocar medio mundo entre sus enemigos y él». En verdad, y muy sinceramente hubiese sido feliz al ver a Napoleón abandonar, con la isla de Elba, toda pretensión al Imperio; ese vecino no molestaba solamente a los monárquicos, molestaba también a los que, republicanos, liberales o partidarios de Napoleón II, temían ver al emperador comprometer sus proyectos o recoger los frutos de su oposición. En realidad, repetimos, estaba destinada, sobre todo, al conde de Artois, a quien su autor la comunicaba el mismo día en una carta respetuosa sin vulgaridad. «He querido prestar el último servicio al emperador, del que he sido ministro durante diez años —decía el duque de Otranto—; sus intereses no pueden ser cosa ajena para mí, puesto que han movido la piedad generosa de las potencias que le han vencido. Pero el mayor de los intereses para Francia y Europa, al que se debe

sacrificar todo, es el descanso de los pueblos y de las potencias después de tantas agitaciones y desgracias… Napoleón sería para Italia, para Francia, para toda Europa lo que el Vesubio es al lado de Nápoles».

Si esta doble carta fue realmente enviada, debió de chocar al conde de Artois y gustarle en más de un sentido. Halagaba una de las más vivas preocupaciones del nuevo Gobierno; pero también llamaba la atención sobre el hombre que se creía autorizado a hablar tan alto al «ogro de Córcega».

Quizá esta impresión se hubiese borrado rápidamente si, por otro lado el príncipe no se hubiera encontrado rodeado de gentes para las cuales, bajo el Imperio, el ministro de la Policía había tenido tantas atenciones. Se recuerda que la flor de la aristocracia le era accesible desde 1810; la señora Vaudémont continuaba con el antiguo ministro su amistad familiar y activa; Vitrolles le veía en su casa y en muchas otras. Desde los primeros días de la Restauración, era todavía… o ya era tal, que se creyó poder intentar, cerca del rey Luis XVIII, una gestión singular: el Gobierno del rey aislado, desorientado, no podía conservarse más que restableciendo el Ministerio de la Policía, recientemente suprimido, y colocando allí al duque de Otranto. Éste fue el motivo de una nota secreta que, encontrada más tarde entre los papeles de Luis XVIII por Napoleón, después del 20 de marzo, debió de ser remitida al rey en las primeras semanas de su reinado. Esta nota, muy probablemente inspirada por el propio duque de Otranto, excusaba al regicida, recordaba los servicios prestados por él a la nobleza bajo el Imperio, alababa, sobre todo, su gran experiencia. «Si el Ministerio de la Policía —añadía la nota— es confiado a un fiel y antiguo servidor del rey, sin duda será justo, pero no razonable; será incluso peligroso, pues este hombre honrado, suponiendo —cosa difícil— que esté en situación de administrar una policía como la actual de Francia, los partidarios del Gobierno de Bonaparte estarán en guardia contra un hombre que viene de la corte; enseguida gritarán acerca de la opresión, de la tiranía… en el puesto que Fouché no aterrará a

nadie, porque su carácter y su probidad son conocidos; su fidelidad al rey no puede ser sospechosa si la promete, y es el único hombre en condiciones de colocar a la policía en razón a lo que conviene a estas circunstancias… Finalmente, si no es ministro de la Policía este hombre, no estaría vigilado, ya que sabe todo lo que se puede saber, y no sin consecuencias».

De momento, en abril y mayo de 1814 se planteaba una cuestión: la depuración del Senado, transformado en Cámara de Lores, ¿iba a llevar la exclusión sin exceptuar a los regicidas? Vitrolles, encargado de negociar individualmente con los senadores, escribía el 30 de abril al conde de Blacas que la dificultad casi insuperable «residía en el caso de Fouché». Corría el rumor, en efecto, de que el propio Blacas le había pedido un trabajo sobre la alta policía y se comentaba mucho la dilación de la marcha del antiguo ministro a Ferriéres.

El hecho era que Blacas, desde junio de 1814, había conferenciado largamente con Fouché. Pozzo di Borgo, muy impresionado por la entrevista que había tenido con el antiguo ministro el 2 de junio, comunicó las conclusiones a Montesquieu y Blacas, los dos hombres de confianza del rey; este último organizó una entrevista que tuvo lugar el día 20 en casa del duque de Dalberg. Fouché había empleado allí una locuacidad escandalosa; el ministro le rogó que hiciera de aquella conversación un informe escrito que sería sometido al rey. Tres días después, sin hacerse rogar de otro modo, el duque de Otranto dirigió al ministro una carta muy larga que llevaba en el exergo del sello esta significativa sentencia: «No se gobierna con repugnancia, sino con afectos». Con un tono de increíble altura, llegaba hasta a dictar al rey un programa que, a su parecer, era el único que debía salvar el régimen «amenazado». «Así es como las reacciones tienen un final —concluía —, y ese final se convierte en la paz y en la felicidad de todos».

La lectura de esta memoria, que fue comunicada por Blacas a Luis XVIII, debió de engrandecer mucho a Fouché a los ojos del rey, infinitamente más inteligente que los que le rodeaban, y valdría más

tarde un singular prestigio al hombre que, en 1814, había sabido prever y advertir. El hombre de Estado se mostraba clarividente en el examen de las dificultades, imparcial en la apreciación del pasado, previsor en el porvenir, pronto a encontrar soluciones prácticas y concesiones razonables, exponiendo con nitidez y precisión sus opiniones y sus conclusiones. Esto explica, mucho mejor que ciertas intrigas, la poca vacilación que debió de experimentar, un año más tarde, el hermano de Luis XVI para llamar al Consejo al regicida de 1793.

Por lo demás, éste buscaba imponerse a la atención de todos. Los soberanos aliados habían dado buena acogida al duque de Otranto. Desde entonces se creyó autorizado a enviar al emperador de Rusia, al que sabía muy favorable al establecimiento de un Gobierno constitucional… en Francia, una nota donde estaban expresadas, en forma más concisa, las ideas contenidas en la memoria dada al conde de Blacas. Insistía sobre la necesidad, para los Borbones, de inspirar confianza a todas las clases y, por ello, de respetar todos los recuerdos de veinticinco años de gloria nacional; censuraba rigurosamente el abandono de los tres colores, deseaba que las águilas, por lo menos, quedasen sobre las banderas; que el rey llevase la Legión de Honor, que se celebrasen los aniversarios gloriosos. Era preciso aceptar la Constitución votada por el Senado y, por fin, impedir también todo insulto, odioso e impolítico, a Bonaparte. «¿Se le quiere cerrar la entrada en Francia? Que le hagan olvidar», escribía finalmente el mismo ministro, que bajo Bonaparte había sabido aplicar el mismo tratamiento a los Borbones, con tanto éxito. Era preciso evitar toda ruptura, todo ultraje, toda reacción. Después de haber querido hacer de Bonaparte el continuador de la Revolución, Fouché soñaba con hacer de Luis XVIII el heredero de Bonaparte.

En verdad, a Luis XVIII pareció gustarle poco esta concepción. Detrás de su resistencia Fouché notaba la de la camarilla que rodeaba al duque y a la duquesa de Angulema; apeló al propio conde de Artois en una carta de junio de 1814, que puso a la policía

en gran sobresalto. Señalaba a la desconfianza de los verdaderos amigos de Luis XVIII el partido que rodeaba al rey y le influía: «monárquicos mil veces más peligrosos que los traidores, por los excesos a que quieren librarse para sostener el partido de Su Majestad» y, yendo hasta la amenaza, instaba a los Borbones a evitar la suerte de los Estuardo, «que después de haber subido al trono habían descendido por la imprevisión». ¡De qué singular autoridad debieron revestir estas palabras, en su día, a los ojos de los hermanos de Luis XVI, a quien las había firmado!

*

No obstante, las posibilidades de Fouché disminuían; los Borbones se creían muy sólidos, y la reacción le arrastraba. Fouché tuvo que resignarse: recogió su famosa capa de Cincinato, se envolvió en ella y se retiró por fin a Ferriéres, afirmando de nuevo su soberbio desinterés por los asuntos políticos y declarando que, por no haberle escuchado, los Borbones «no tenían para más de seis meses»; no se equivocó sino en algunas semanas.

Se volvió a ver entonces al buen burgués no aspirando más que a cultivar su jardín. Volvía a comenzar la comedia de 1802, de 1810. Tenía grandes asuntos particulares que resolver: sus hijos, sin madre que los vigilase, educase e instruyese; de leer sus cartas a la marquesa de Custine, ya no es más que un buen padre de familia; habla de los juegos de sus hijos, de sus trabajos, de la biblioteca donde estudian, de los vicios de los que hay que preservar a la juventud. Y esta vida de hogar, apacible y patriarcal, le encanta. Sabe que la señora de Custine tiene grandes relaciones con la corte, a la que ella tranquilizará sobre la ambición de sentar la cabeza del duque de Otranto. Pero su rencor, a pesar de todo, estalla en todas sus cartas, violento, mordaz: todo le resulta motivo de reprobación; el proyecto de ley sobre los bienes de los emigrados es «una proposición de guerra civil». Él lo había concebido de otra forma, y

siempre un suspiro de pesadumbre, la nostalgia de la cartera: «Hubiera querido haber sido el encargado de hacer el discurso del señor Ferrand. Hubiera sido bastante repetir los principios que he profesado tan altamente, mientras ejercía el Ministerio de la Policía», escribió a la señora de Custine. Además, protesta: como amigo de Luis XVIII lamentaba la influencia de los cortesanos, «mal necesario», pero gentes «en las que no germinan las ideas generales y útiles». Ante la señora de Vaudémont, se desahoga en términos más severos: «Si el rey no toma una rápida solución para calmar los ánimos, estallarán los odios y los celos. ¿Por qué no se toman las medidas para conciliarios?» Pero sobre todo es a Talleyrand, que permanece como ministro, a quien descubre sus temores: se desatendía, se rechazaba a ciertos franceses, «a quienes obligarían a abandonar Francia»; «Garat ya se ha marchado a Bayona hace quince días —escribía el 28 de septiembre—; pero hay hombres que no son tan tímidos y se quedarán en su patria para defenderla». Sin embargo, él mismo hablaba de marcharse a Londres con sus hijos, y sólo le retenía la preocupación de sus propiedades. Y esta carta a Talleyrand, tan apesadumbrada, expresaba intenciones conocidas por la Policía, que algunas semanas más tarde, confirmaba la pluma del prefecto de Anglés, lo que asustó al duque de Otranto, quien anunció la intención de vender sus bienes y de retirarse a Inglaterra con sus hijos.

En el fondo, no tenía tal intención en absoluto. Los grandes proyectos de exilio voluntario, la gran simulación de miedo, las quejas del hombre «cuya vida ha terminado» escondían una actividad mental devoradora, mil proyectos y mil intrigas. Pero exteriormente hacía cosas tan distintas que su biógrafo puede desorientarse.

Por medio de Talleyrand, entonces en Viena, seguía en relaciones con el Congreso; había encargado al príncipe que liquidase lo mejor posible las distintas rentas que había gozado bajo el Imperio en Hannóver y en Westfalia. Con este pretexto la correspondencia entre los dos hombres lo abarcaba todo. Fouché criticaba el Congreso,

desde arriba; censuraba que no se hubiera rendido Bélgica a Austria, escrúpulo de «legitimidad», que no impedía que sostuviese que habían hecho mal en destronar a Murat. No había allí más que una simple idea de equilibrio europeo. Murat, el viejo amigo, permanecía quizá en su ánimo como un pretendiente posible; continuaba en relaciones epistolares con él, le prestaba servicios que más tarde debían valerle la gratitud sin reservas de Carolina, frecuentaba todavía en febrero de 1815 al marqués de Saint-Idria, agente secreto del rey de Nápoles en París.

*

Desde septiembre pensaba seriamente en un cambio de régimen, y se lo hacía prever a Talleyrand, quien quizá habló de ello a Mettemich, ya que éste, en los primeros días de 1815, dirigía al duque de Otranto la singular consulta política a la cual Fouché contestaba, confiando su idea: «En caso de que los Borbones se hicieran imposibles, ¿qué Gobierno tendría más posibilidades de establecerse: el emperador, su hijo, la República o el duque de Orléans?» En lo que concernía a la vuelta de Napoleón, Fouché afirmaba (el porvenir le daría la razón) que todo dependía «de la actitud del primer regimiento». En cuanto a Napoleón II, «si fuera montado sobre un asno y conducido por un campesino, sería aceptado por todo el mundo». Pero en lo que concernía a un movimiento de patriotas en el interior, siendo imposible la República, sólo el duque de Orléans podría aprovecharle.

¿Pensaba en el rey de Roma, que hubiese querido hacer arrebatar de Viena? ¿Era por el padre o por el hijo por lo que continuaba frecuentando los salones de Cambacérès y los de la reina Hortensia? De hecho, todos los partidos contaban con él.

Fouché, realmente, tanteaba, no sabiendo demasiado a qué decidirse. No había perdido la esperanza de imponerse al rey, quería esperar para actuar contra los Borbones que la repugnancia, la

desconfianza… o el respeto humano de los hermanos de Luis XVI apareciesen decididamente irremediables.

Permanecía en correspondencia oculta con Luis XVIII, dirigiéndose boletines oficiosos en los que resplandecía el espíritu policiaco del antiguo ministro: con el pretexto de mantener al rey al tanto de lo que se decía en París, servía a sus rencores, tratando de inspirar al soberano desconfianza contra los duques de Angulema, sus grandes adversarios, y contra el partido de la reacción. Estas notas las volvía a copiar Gaillard y se remitían al rey por el gran capellán. Luis XVIII las leía con curiosidad. «Usted y sus agentes —escribía al director de la Policía oficial— no entienden nada de Policía. No hay más que una bien hecha: la del gran capellán». Era la de Fouché que, por otra parte, dirigía notas parecidas al conde Artois. Por otro lado, el duque de Otranto trataba con sumo desprecio a los ministros del rey. En una entrevista que tuvo lugar en el Ministerio de Justicia, el canciller Dambray escuchaba con aire inquieto y casi respetuoso las declaraciones violentas del antiguo ministro contra los Borbones. Daba consejos; el director de la Policía —De André— se los pedía; quedó sorprendido, impresionado por las siniestras predicciones de su interlocutor: la isla de Elba estaba mal vigilada; ninguna comparación era posible entre esta policía y la que él, Fouché, hacía alrededor de los príncipes, de 1799 a 1810. (El antiguo ministro no despreciaba estos recuerdos audaces.) «Vaya usted a decir —exclamaba retirándose el duque de Otranto—, vaya usted a decir esta misma tarde al señor de Blacas que si nuestras costas siguen durante algunos meses todavía en el mismo abandono, la primavera nos volverá a traer a Bonaparte con las golondrinas y las violetas».

Estas entrevistas tenían tres finalidades: debían informar, asombrar, provocar la admiración de los ministros del rey, engrosar quizá el grupo de hombres que encomiaba el retorno a sus ocupaciones del duque de Otranto, como el abate de Montesquieu después de Malouet. Adormecían frente a Fouché las desconfianzas del Poder; las despertaban por el contrario con miras a Napoleón,

cuyo regreso en las primeras semanas de 1815 hubiese incomodado especialmente a Fouché.

En realidad era la idea de una regencia la que prevalecía en él, establecida en nombre de Napoleón II, confiada en principio a la emperatriz María Luisa, pero de hecho, a un Consejo de regencia. Este Consejo debía estar —según parece— compuesto por el príncipe Eugenio, Talleyrand, Fouché y Davout. Ahora bien, condenados los Borbones, el primer obstáculo a la regencia lo constituía Napoleón I. Su desembarco haría fracasar todo. Vencido, comprometía para siempre la causa de su hijo con la suya, fortalecía la dinastía rival, ofrecía un nuevo pretexto para la reacción; vencedor, no era hombre para ceder el sitio a nadie. ¿Estaba dispuesto a volver a tomar a Fouché? Éste lo dudaba, y era para él una cuestión de vida o muerte. Si el emperador a su vuelta no le tomaba como ministro, le sabía muy dispuesto a suprimirle de una o de otra manera. En esta alternativa, el duque de Otranto quería quedar dueño de los acontecimientos. A toda costa mantenía sus relaciones cordiales con los Murat, Elisa Bonaparte y el príncipe Eugenio. Así, tenía cerca todo un complot bonapartista sin Bonaparte. Y no desesperaba todavía de ser ministro de Luis XVIII. No tenía razón en cuanto al estado de las cosas.

En efecto, la reacción se acentuaba. La inquietud era general; las alarmas de Fouché, alternando con locas esperanzas, no eran siempre fingidas ni vanas. Estaban compartidas: la preocupación general reunía a los hombres que, con un título u otro, tenían que temerlo todo de esta reacción. Fouché permanecía en su papel, su eterno y útil papel de vínculo entre la Revolución y el Imperio, síndico de los intereses antiborbónicos. Desde esta época parece que la conspiración en favor de la regencia estuvo en vías de formación; corría el rumor de que Camot, Fouché y Thibaudeau se reunían en casa de Tallien, pero ponían como primera condición de toda revolución que se excluyera a Napoleón. Luego Thibaudeau sirvió de enlace, había reconciliado a los dos enemigos —Fouché y Savary—, había acercado al duque de Otranto al duque de Bassano

quien, conquistado por su antiguo adversario, combatía las objeciones de La Valette, más constante en sus desconfianzas. «Entra en el asunto con tal ardor, está tan a mal con los Borbones, que estoy seguro que no traicionará». Traicionaba, por el contrario, traicionaba a todo el mundo, no de intención, sino de hecho: ya que si tratando de imponerse a los Borbones conspiraba contra ellos, por el contrario no entraba en un complot en que Savary, Maret, La Valette, Exelmans, Ragnault de Saint-Jean de Angely, creían preparar el retorno del emperador, sino para hacer desviar este complot de su finalidad y hacerle desembocar en Napoleón II y a la regencia.

*

De hecho, preparando la caída de los Borbones, consideraba prevenir el retomo del emperador que, para Fouché, era inminente. Prevenía a De André, le suplicaba que vigilase las costas en nombre del rey, luego se ponía de acuerdo con el general Drouet de Erlon con miras a una acción en el ejército contra el rey. El general aceptó ponerse a la cabeza del movimiento; mandaba la 16 división en el Norte. A la primera señal de Fouché debía bajar a París, entrar, allanar las Tullerías. El duque de Otranto, que se consideraba con mucha autoridad sobre la Guardia Nacional, garantizaba por lo menos la neutralidad. Corría febrero de 1815; el duque de Otranto tenía en sus manos los hilos de todos los complots, observaba con ojo avizor la marcha de los acontecimientos. El Gobierno reaccionaba o dejaba reaccionar, pero no gobernaba; era una mezcla de despotismo y de anarquía que daba miedo y lanzaba al país en el malestar o en la cólera, una sucesión de torpezas sin igual, debidas a una confianza loca en la solidez del trono. Esta confianza, sobre todo, inquietaba a Fouché: excluía toda idea de un hombre necesario, protector y salvador, y por ello estaba muy contrariado. Trató, pues, de sembrar la alarma, él, el jefe de las conspiraciones. ¡Suprema audacia! «Se descansa demasiado —escribía— en la idea

de que con el rey ocurre lo que con Dios; que no puede ser desplazado», y aún hacía llegar consejos de moderación y de prudencia.

En eso estaba, cuando el 5 de marzo recibió antes que nadie una noticia que no pudo extrañarle, pero que debió de contrariarle vivamente: Napoleón había desembarcado el 1 de marzo en el golfo Juan con un puñado de hombres; se sabía que marchaba sobre Grenoble. Eso era todo; era mucho. Triunfante o fracasado, el emperador perjudicaba los planes de su antiguo ministro, ya hemos dicho por qué. ¿Qué hacer? Era preciso actuar, y pronto. Bonaparte no estaba todavía en Grenoble y Drouet de Erlon estaba en Lille, Fouché en París. Se podía prevenir el triunfo del fastidioso que regresaba. Un Gobierno Provisional establecido por un golpe de Estado convocaría las Cámaras, levantaría la Guardia Nacional.

Luego, dueño del poder, Fouché se impondría al emperador, le dictaría su política, le impondría sus ministros, el duque de Otranto a la cabeza.

Algunas horas después de recibir la conmovedora noticia, el plan estaba dispuesto: Fouché llamó a su hotel de la calle de Cerutti al general Lallemand, uno de los más activos cómplices de la conspiración militar del Norte; no le dio la noticia del *retorno*, pero le anunció sencillamente que el Gobierno del rey había descubierto los proyectos de Drouet de Erlon y se apresuraba a hacer estragos. Era prender fuego a la pólvora. Lallemand marchó a Lille el mismo día y llegó allí el 7 de marzo; el general Drouet de Erlon rehusando por pereza transmitir una orden al mariscal Soult, ministro de la Guerra, lanzaba sobre París los regimientos de su división. Pero la vuelta a Lille del mariscal Montier inquietó a Drouet de Erlon, que se asustó y volvió a llamar a sus regimientos; sólo los cazadores, al mando de Lefebvre-Desnouttes, continuaron la marcha, llegaron hasta Lyón, se entregaron allí a las más violentas manifestaciones antiborbónicas, prosiguieron su camino hasta Compiégne, pero fracasaron ante la desconfianza general.

Fouché había esperado el final de esta locura; el día 10 supo que el general había retrocedido; desde entonces, desinteresándose de esta empresa descabellada, se volvió hacia el Sur, atento a la gran partida que se jugaba allí, dispuesto a ser, antes de quince días, en el *quai* Voltaire, ministro del Rey Cristianísimo o del emperador de los franceses.

CAPÍTULO XX

EL IMPERIO LIBERAL

Caída inminente de la Monarquía. Fouché aún piensa en imponerse como salvador. Entrevista con Blacas y con Dambray. Dambray ofrece el ministerio a Fouché en nombre del rey.—El duque de Otranto lo aplaza, luego rehúsa. Pierde la esperanza en los Borbones y quiere, ante todo, alejarlos. El conde de Artois provoca una entrevista; la actitud de los dos hombres. Fouché rechaza nuevamente el Poder.—Se da orden de arrestarle; la evasión.—Caída de la Monarquía legítima. Resurrección del régimen imperial.—Casi hay unanimidad en imponer Fouché al emperador.—Entrevista del duque de Otranto y de Napoleón.—Curiosa escena entre Fouché y Gaillard en la mañana del 21 de marzo. Napoleón permanece muy desconfiado frente a Fouché durante los Cien Días.—El Imperio liberal. Reorganización de la Policía. Instrucciones de Fouché a sus subordinados; una «Policía liberal».—Fouché y la libertad de prensa.—Sermonea a Napoleón la moderación y se opone a la táctica de todo acto de rigor y despotismo. Con ello gana amigos. Los monárquicos que han quedado en Francia sólo confían en él. Aplica en el Oeste esa política de consideración; la nueva Vendée; el emperador, que teme una insurrección por otro motivo que Fouché, recurre a él; Fouché y el conde de Malartic; pacificación del Oeste casi a mansalva.—El duque de Otranto goza desde entonces de indudable crédito.— Se ocupa activamente de las elecciones de mayo de 1815; hace elegir una Cámara «liberal».

La Monarquía iba a hundirse, el Gobierno real —desde el día 10— pasaría de la confianza más abrumadora en su indestructible prestigio a un pavor más perjudicial todavía. El duque de Otranto esperaba ese momento desde hacía muchas semanas.

El 12, Blacas le llamó, sin embargo, a consulta, evidentemente sin pensar todavía en pasarle la cartera; y el 13, el canciller Dambray, a su vez, solicitó una nueva conferencia. Fouché pareció querer sembrar la mayor aprensión en el alma del bondadoso ministro: le pintó la situación muy negra viendo, sin embargo, un

rayo de esperanza en caso de que el rey «constituyera un ministerio dando confianza a la nación». La insinuación resultó clara, pero sin duda aún parecía demasiado atrevida, ya que transcurrió la tarde sin que el duque de Otranto fuese llamado a las Fullerías. Experimentó, de seguro, una decepción que no ocultó a la marquesa de Custine.

Al día siguiente, el 14, la situación se había agravado más; se habían enterado, sin duda, de la entrada en Lyón del *Ogro de Córcega*. El canciller se dirigió al hotel de Otranto, al parecer con una oferta firme. ¿Estaba dispuesto el duque a constituir un ministerio, con libertad de elegir como quisiera a sus colaboradores? Sea como sea, Fouché, olfateando la trampa o, sencillamente, enterado de los éxitos desde ahora poco dudosos de Napoleón, se escudó detrás de sus razones especiales y escrúpulos tardíos. Pero algunas horas después recibía una orden del director de Policía, De André, para que no abandonase el hotel, donde recibió la tercera visita del infatigable canciller. Éste parecía dispuesto a colocar a su escurridizo interlocutor entre la espada y la pared. ¿Consentiría entrar Fouché en un ministerio presidido por el duque de Richelieu? El antiguo ministro contestó con otra negativa: el rey —declaró por lo demás— debía ver incluso en esta negativa, una prueba de su devoción; según las noticias llegadas de Lyón, Napoleón parecía haber conquistado el partido jacobino; entonces ¿de qué serviría su presencia, la de Fouché, en el ministerio? «Su entrada en el Consejo del rey pasaría por una traición a los ojos de los hombres sobre los cuales, un mes antes, hubiera podido ejercer una influencia útil; pero su aceptación, en la hora presente, no sería sino perjudicial a los intereses del rey».

Sin embargo, no renunciaban en absoluto a conquistarle. Era siempre el partido de los *puros* quien paradójicamente instaba a Luis XVIII a tomar al jacobino como salvador. El día 15 Fouché recibió un aviso del duque Des Cars en el sentido de que el hermano del rey tendría a bien entrevistarse con él. De común acuerdo, se escogió para esta singular entrevista el hotel de la princesa de Vaudémont. El señor de Malartic condujo allí al conde de Artois a las

diez de la noche. El hermano de Luis XVI conferenció dos horas enteras con el regicida. ¿Qué se dijeron en tan extraño encuentro? Algunos pretendieron que terminó con estas palabras de Fouché: «Monseñor, salve al rey; yo me encargo de salvar a la Monarquía». Sobre todo, parecía importante evitar cualquier conflicto que estableciera riñas entre los servidores de Luis XVIII y los partidarios de Bonaparte, obligara al duque de Otranto a tomar partido sin vuelta, o convirtiendo definitivamente vencedor a uno de los partidos, haría fracasar la mediación que entreveía en el porvenir. Luis XVIII le parecía muy embarazoso en París desde que Napoleón estaba en Lyón; los planes de resistencia debían de parecerle absurdos, peligrosos y desastrosos. «Salve usted al rey», fue desde entonces una fórmula feliz para insinuar que era preciso salvarle. En cualquier caso, el conde de Artois se separó del antiguo convencional con una impresión favorable. Fouché había alardeado, sin duda, de su devoción: un mes antes no se hubiera sustraído —decía a Vitrolles— y hubiese estado contento cerca de Luis XVIII, «el defensor de los principios y de los intereses de la Revolución»; y para mantenernos en los términos, bastante cínicos, de una nota remitida al confidente del conde de Artois «para evitar estar bajo la rueda del carro», confesó haber acariciado la esperanza «de colocarse en la camilla».

*

Por suavizada que estuviese por fórmulas halagadoras y protestas conmovedoras, esta negación pareció confirmar las sospechas del Gobierno: Fouché era de los que se necesitaban en los momentos de crisis en el Ministerio o en Vincennes; por lo demás, si el antiguo ministro contaba entre el personal gubernamental con amigos y partidarios, tenía allí enemigos definidos, y uno de ellos, Bourrienne, que se convertía en prefecto

de Policía en el mismo momento en que el duque de Otranto conferenciaba con el hermano del rey.

Apenas instalado en la prefectura, Bourrienne recibió la orden de detener, con algunos «bonapartistas» de categoría, como Davout, Savary, La Valette y Maret, al duque de Otranto, considerado decididamente peligroso. Bourrienne se puso inmediatamente en condiciones de ejecutar la orden recibida, y lo comunicó sin más tardar al agente Foudras, viejo funcionario de la Policía de Fouché.

Este último no desconfiaba; su entrevista con el hermano del rey había seguido a otra con el propio director general de la Policía, superior jerárquico del nuevo prefecto. Salió en carroza a las once de la mañana de su hotel de la calle de Cérutti, pero apenas había llegado al bulevar cuando los agentes —que le habían seguido— hicieron parar el vehículo y exhibieron una orden de arresto, firmada por Bourrienne, prefecto de la Policía. El duque de Otranto salió del trance a fuerza de audacia: alzó los hombros. «No se detiene —declaró muy alto— a un antiguo ministro, a un antiguo senador, en medio de la calle». E inclinándose hacia su cochero, gritó: «¡Al hotel!» Los agentes se lanzaron tras las huellas de la carroza y entraron en el hotel al mismo tiempo.

El duque de Otranto protestó otra vez con la mayor energía: debía de haber un torpe malentendido. Además, la orden era anómala; el detenido quería que fuese a buscar a la Guardia Nacional. Había coqueteado siempre con ella; el puesto más cercano era el de la calle de Lepelletier. Allí fueron a buscar a los dos comandantes, Gilbert des Voisins y Tourton-Havel; acudieron con veinticinco hombres. «Esta orden es falsa», declaró de nuevo el antiguo ministro. Uno de los oficiales de la Guardia Nacional, hombre de ley en su oficio, afirmó que veía en ella una notable irregularidad; cl comandante Tourton envió inmediatamente un hombre al pabellón de Marsan donde vivía el conde de Artois, y otro al Gabinete Real. El hermano del rey se mostró muy sorprendido y dijo que no tenía conocimiento de una orden de arresto, pero Luis XVIII se mostró con otra disposición: «Conozco la orden —dijo—. ¡Que se ejecute!»

Volvió el mensajero, pero encontró a todo el mundo, policías y guardias nacionales, sumidos en la mayor confusión. El duque de Otranto acababa de burlar del modo más singular la vigilancia del comandante Tourton y de hacerle rabona. Fingiendo la mayor seguridad en cuanto a las respuestas de las Tullerías, había paseado al comandante por su hotel y, apoyándose de pronto contra un tabique, se metió repentinamente dentro, gracias a una puerta disimulada, y desapareció.

Efectivamente, Fouché se evadió. Saltando por la ventana de su jardín, llegó rápidamente al muro del parque vecino de la reina Hortensia, contra el cual —hombre precavido o previsor— había colocado hacía poco una escalera. Con la destreza que le daba el miedo, el viejo policía escaló la tapia, pasó al hotel de la reina Hortensia y salió a la calle de Taitbout; se lanzó a una carroza y se hizo conducir a casa de su viejo amigo Lombard, exsecretario general de la Policía, donde permaneció escondido. Esta escena de vodevil, en pleno drama, debía divertir días después a la corte y a la ciudad.

Para mayor seguridad, no salió; fue en su escondite —que le retrotraía a los buenos tiempos de termidor, año II— donde se enteró Fouché, el 18 y el 19 de los importantes acontecimientos que se sucedían. El mariscal Ney, máxima esperanza de la dinastía de los que estaban con el alma en un hilo, pasando al *enemigo* con todo su ejército el 17, en Auxerre; la burguesía liberal demasiado adherida al trono, impotente para defenderlo; las deliberaciones alocadas de las Tullerías, el 17 y el 18; los príncipes dispersándose en vano para organizar la resistencia en provincias; por fin, el rey marchando a su segundo exilio en el momento en que Napoleón se instalaba en Fontainebleau, dispuesto a ir a dormir desde el día siguiente en las Tullerías abandonadas.

*

El día 20, a las nueve de la mañana, el castillo fue ocupado por Exelmans; al mismo tiempo se veía, primero con timidez, luego abiertamente, reaparecer allí todo el personal de la antigua corte imperial. Así, pues, a través de ese público un nombre volvía a todos los labios, casi con tanta frecuencia como el del emperador: el de Fouché. Estos salones habían oído pronunciar ese nombre famoso unos días antes por los Des Cars y los Vitrolles con el mismo acento de ansiedad, de duda, de esperanza y de temor. ¿Dónde estaba el duque de Otranto? Para los amigos del emperador, fuesen partidarios del Imperio autoritario o del Imperio liberal; para los que encomiaban la política de Lyón, el Imperio revolucionario, la alianza con los jacobinos, lo mismo que a los que encomiaban la moderación hacia los monárquicos vencidos, el hombre aparecía necesario, indispensable. Se contaba la curiosa y divertida historia de su arresto, que hacía del caído ministro del Imperio, del consejero secreto de] conde de Artois y de Blacas, un mártir de la causa bonapartista; admiraban y celebraban su presencia de ánimo, el escamoteo tan rápido de su propia persona, la estupenda faena hecha a los agentes del rey y de ese miserable Bourrienne.

El nombre del duque de Otranto fue, pues, el primero que oyó el emperador en el momento en que, después de su entrada triunfal en las Tullerías, llamó a su Gabinete y consultó a sus fieles. Todos, el duque de Bassano, Réal, Regnault —hacía poco hostil a Fouché— aconsejaron volver a llamarle; Dabout, poco propicio generalmente hacia el duque de Otranto, declaró: «que tenía una inmensa reputación de habilidad, y que por el contrario se decían muchas cosas malas del duque de Rovigo», ya que era entre los dos antiguos ministros de la Policía donde podía vacilar el emperador.

En verdad, Napoleón estaba muy poco dispuesto a volver a llamar a Fouché. Un agente, que el duque de Otranto le había enviado a Bourgogne, encontró al emperador todavía hostil hacia su antiguo colaborador. Al oír el relato de la tentativa de arresto del 16, el emperador «rió de buena gana», y gritó: «Decididamente es más astuto que todos ellos». Réal, Regnault, Maret, Davout aún le

encontraron, de todos modos, muy desconfiado la tarde del 20 de marzo.

Y, sin embargo, Fouché se imponía: Napoleón, siempre dispuesto a desengañarse, tuvo que reconocerlo enseguida. La opinión pública estaba de su parte: instalaba al duque de Otranto en el *quai* Voltaire antes que el emperador; en estas condiciones, no tomarle equivaldría ya casi despedirle, lo que era hacerse un enemigo peligroso. Por lo demás, ¿a quién tomar? Réal se excusaba, no aceptando más que la prefectura de Policía, encomiando a su antiguo ministro; Savary, en la última crisis, había acumulado fallo sobre fallo; La Valette, tan hostil a Fouché, declaraba él mismo consumido al duque de Rovigo, «cuando hacía más falta que nunca a la Policía un hombre hábil e inconmovible». Fouché, después de su desgracia de 1810, lo mismo que antes, en muchas circunstancias había dado pruebas de habilidad y de firmeza. Así, la política que el exciudadano Fouché de Nantes había encomiado siempre, era el Imperio hereditario, continuador, protector de la Revolución, acababa de triunfar con los decretos de Lyón, y parecía tener que prevalecer en París. ¿Quién mejor que él podía aplicar las ideas que había recomendado siempre?

De cualquier lado que se volviese, todo predisponía a que fuera llamado. Y su ausencia, incluso, inquietaba mucho, haciéndole la tarde del 20 de marzo tanto más deseado.

Por tanto, la emoción fue grande cuando, algunas horas después de la reaparición del emperador en el castillo, se supo, en los salones todavía llenos, que el duque de Otranto acababa de presentarse en las Tullerías. «¡Fouché! ¡Dejen entrar al señor Fouché! ¡Es el hombre que más le importa ver en este momento al emperador!», fue el grito general. El antiguo ministro apareció, atravesó las antecámaras y fue admitido en el Gabinete del Amo. Napoleón, convencido ahora de la ineluctable necesidad que tenía de emplear a Fouché, pareció dispuesto a olvidarlo todo, a ahogar de momento los rencores, desconfianzas y cóleras; el duque, por su parte, no era hombre para turbarse por una situación falsa: la

entrevista resultó, por lo tanto, cordial en apariencia. Fouché presentó como obra suya la conspiración militar del Norte, pero añadiendo en contra de la verdad, que era destinada a apresurar la proclamación del emperador desembarcado en el golfo de Juan: hizo valer su reciente arresto. Por fin, tranquilamente, se ofreció, solicitó además la cartera de Asuntos Extranjeros y, en su defecto, la de la Policía. Tuvo una larga conferencia con el emperador sobre los temas más diversos y salió por la noche de las Tulle-rías ministro —por cuarta vez— de la Policía General.

Se dudaba tan poco de su vuelta al Gobierno, que al día siguiente por la mañana, a las cinco, fue con esta seguridad como Gaillard se presentó en el edificio del Ministerio. Fouché se había instalado allí, efectivamente, a las dos, para encontrarse desde los primeros minutos del 21 en condiciones de actuar. Desde el alba, el amigo fiel hubo ya de atravesar una multitud de solicitantes, forzó la puerta de los departamentos privados, entró hasta la habitación del ministro donde éste dormía fatigado. Gaillard, convertido desde 1814 en monárquico muy ferviente, estaba desolado porque su amigo se comprometió en la causa del «usurpador» y resolvió, si había tiempo aún, arrancarle de este «peligro». Estaba enterado —decía— de fuente segura que el *Corso* contaba con deshacerse, en caso necesario de la forma más trágica, de un ministro que consideraba como su más peligroso enemigo. El viejo amigo de Fouché, queriendo aterrarle, le despertó, le hizo saber sus temores: de seguro, corría el mismo peligro que en termidor. «¿Recuerda usted —añadió Gaillard— esa frase de Robespierre a los jacobinos: "es preciso que antes de quince días la cabeza de Fouché o la mía caigan en la guillotina"?» «Sin duda —respondió vivamente el duque de Otranto—, pero usted no habrá olvidado mi respuesta: Acepto el desafío. Y, quince días después, Robespierre estaba muerto». Y, primero con frialdad, luego animándose, el curioso personaje habló mucho tiempo a Gaillard de sus planes: sin duda Bonaparte volvía más déspota que nunca; en el fondo, muy irritado contra los amigos de los príncipes, no respirando más que odio y venganza; hubiese

querido sembrar el terror; pero le parecía precisamente útil estar cerca de ese «loco furioso» como el ponderador, el moderador que siempre había querido ser. Se llegaría seguramente a abatirle. «Antes de tres meses —concluyó— seré más poderoso que él y, si no me hace matar, se me pondrá de rodillas».

El *Monitor* del día confirmó la noticia, por otro lado, rápidamente extendida: el duque de Otranto, por decreto de fecha 20, era nombrado ministro de la Policía General. El mismo día vino a sentarse al lado de Maret, Davout, Decrès, Caulaincourt, Gaudin, Mollien y Cambacérès, ante el tapiz verde que le había hecho abandonar, cinco años antes, la cólera del emperador, animado entonces por la malevolencia de casi todos sus nuevos colegas. En la misma mañana, para prevenir la vuelta de la desconfianza por parte del Amo, Fouché le dirigió una larga carta, en la cual, resumiendo sus conversaciones de la víspera, afirmaba su devoción al Imperio, garantizada por la «persecución» de los Borbones.

*

No hacía mal en insistir tanto, ya que Napoleón, en el fondo, seguía muy desconfiado y —como pensaba Gaillard—, lleno de rencor mal ahogado contra el ministro desfavorecido en 1810. Durante los tres meses que seguirán, el emperador no dejará de aceptar como una tesis muy admisible, a veces como un hecho indiscutible, que Fouché no está allí más que para traicionarle. Ahora sabía que sólo el éxito había ligado al hombre a su causa y que la primera derrota le desligaría. ¿Quién sabe, incluso, si en la sombra, para servir alguna oscura combinación, el duque de Otranto no preparaba la catástrofe final?

Cosa extraña, este déspota, al que se había conocido con frecuencia tan violento, pareció tomar una resolución en esta situación odiosa; unas veces echando el caso a broma, otras dejándose llevar por escenas sin consecuencias, dejará ver siempre

que supone sabe capaz —quizá ya culpable— a su ministro de todas las traiciones, y no lo atacará en absoluto. Pero a veces, su odio, su cólera estallarán en términos excesivos, sobre todo cuando —seguro de la traición— encuentra en Fouché unas veces protestas hipócritas, otras una flema irritante. Entonces serán ataques locos de un soberano a su ministro en pleno Consejo: «Usted me traiciona, señor duque de Otranto; tengo las pruebas». Y cogiendo un cuchillo de bronce: «Coja más bien este cuchillo y clávemelo en el pecho; será más leal que hacer lo que usted hace. Sólo de mí depende hacerle fusilar y todo el mundo aplaudiría tal acto de justicia. Usted me pregunta quizá por qué no lo hago: porque le desprecio. ¡No pesa usted una onza en mi balanza!» Estos excesos lingüísticos hacen encogerse de hombros al frío político; un soberano que se entrega a semejantes escenas con relación a un ministro confiesa su debilidad o su servidumbre, ya que lo conserva. Y es que, en efecto, el duque de Otranto es entonces necesario al emperador. Éste considera traiciones los actos de primorosa moderación del ministro; pero tales actos convergen en la política general, que se impone ineluctablemente al Gobierno restaurado. «Antes de ocuparme de él, necesito una victoria», dirá con tono amenazador el emperador a Camot. Desde entonces está claro que si el ministro no espera más que un fracaso para traicionar decididamente al soberano, éste no espera quizá más que una victoria para ejecutar al hombre.

Fouché no ignora nada; ha tomado sus precauciones. No hace un mes que es ministro y ha solicitado de Wellington asilo en Inglaterra, llegado el momento. Por tanto, la situación debe excusar —caso de ser preciso ante los ojos de Fouché— todas las traiciones y empujarle a todas las audacias: se trataba de la lucha por la vida. No ocultaba en absoluto el prever y, a veces, el desear el final del sistema al que servía, «hablando y tratando en voz baja —dirá Guizot— el fin del régimen con todos los herederos posibles, como un médico indiferente junto a la cama de un enfermo desahuciado». Para cubrir sus intrigas, dice en todas partes, desde el mes de mayo,

que Bonaparte le ha engañado, declarando el 20 de marzo estar de acuerdo con algunas potencias desde que estaba en la isla de Elba; afirma que, mejor informado, más tarde le ha instado a abdicar y a retirarse a América, consejos que el déspota ha acogido muy mal. Desde entonces se lava las manos con lo que le pueda ocurrir a éste; así, no lo oculta. A los amigos de Luis XVIII, como Pasquier; a los fieles de Napoleón, como Méneval, y todavía a otros, declara que el emperador es un loco peligroso, del que es preciso impedir las desviaciones, en espera del momento de internarle. Si permanece siendo su ministro —según dice— es con la finalidad de la salvación común; se lo hace decir a Talleyrand, en Gand; a Mettemich, en Viena; a Wellington, en Londres. Pero por lo demás, poco deseoso de empujar al emperador hasta el final, se cubre frente a él con el excelente pretexto de que fuerza las puertas de Europa, atraviesa el muro impenetrable con que la alianza envuelve a Francia. Napoleón cede, cierra los ojos, le autoriza a negociar, le invita a ello, incluso, forzado como está en ese momento a valerse de todos los medios.

*

Sin duda con un especial sentimiento de orgullo triunfante, se encuentra el duque de Otranto —a quien el emperador había negado el 20 de marzo la cartera de Asuntos Exteriores— autorizado desde el 21 a negociar con el extranjero. Por lo demás, dispuso de la autorización imperial. En efecto, el 20 de marzo llamó a París a uno de los agentes del Ministerio británico, Marshall; le habló de las posibilidades que Napoleón tenía de mantenerse y sondeó las disposiciones que Inglaterra podía alimentar frente al Imperio restaurado. Marshall vaciló, luego se «encargó del éxito de toda negociación honorable para los dos países con tal de que alguien le enviase poderes y crédito». Esta seguridad pudo influir en la rápida decisión que había tomado el hombre hábil, la tarde del 20 de marzo, de entrar en el Gobierno que, después de todo, quizá llegase

a hacerse reconocer por la cansada Europa. Tuvo que hablar por la tarde al emperador de su entrevista con el inglés, ya que fue encargado oficialmente para celebrar otra el 21, primera y muy grave imprudencia del soberano, que debió encerrar estrechamente al ministro de la Policía en su tarea de política interior. Por orden del Amo, el duque de Otranto entregó entonces al agente inglés una nota, donde se decía: «que el emperador había llegado a París entre las aclamaciones de toda la población de los departamentos, que los Borbones no podían convenir a la nueva Francia, que sólo el emperador podía sujetar todas las grandes masas de intereses de la nación y garantizar todas las exigencias, todas las situaciones nacidas de la Revolución». Fouché nunca había sido tan franco. Se decía autorizado por el Amo para declarar al agente que «Napoleón estaba dispuesto a recibir del Gobierno inglés cualquier proposición que fuese honorable para los dos países y asegurarles una paz sólida y duradera». No parece que haya habido respuesta a estas proposiciones.

Desde los primeros días pudo, además, representar su papel de personaje ante los representantes de Europa en París; se desprende de los documentos del Ministerio de Asuntos Extranjeros que es a quien se dirigen los embajadores para obtener sus pasaportes; si los volvía a mandar al duque de Vicence es verosímil que fuera para que les informase de la situación.

Por lo demás, tal situación no le distraía en absoluto de los asuntos que le estaban oficialmente confiados. Como en 1804 lo que le habían confiado era un ministerio a reconstruir; no sucedía allí a nadie: la Restauración había desorganizado, desmembrado y enervado a la Policía General; él la reconstruía inmediatamente.

Descargado en colaboradores, de los que se creía seguro, de la parte que podría llamarse técnica de la Policía, pareció dispuesto a prestar una gran atención a la política interior del Imperio. El país estaba extraordinariamente turbado, desorientado, dividido; era una mezcla confusa de partidos sobreexcitados, agriados por once meses de torpe reacción. Los rencores, acumulados por una parte, no

esperaban más que una señal para lanzarse contra los monárquicos que no habían abandonado Francia: acciones rigurosas por parte del Gobierno o de los agentes en provincias hubiesen desencadenado, seguramente, sin tardar, un espantoso estallido revolucionario. Fouché lo temía, ya que justificaría por anticipado todas las represalias del partido adverso el día en que un probable fracaso del emperador restituyera a Luis XVIII en el trono. Sobre este punto, los mejores servidores de Napoleón compartían las ideas del duque de Otranto; pero se precisaba la firmeza del ministro de la Policía para mantener al Amo y al pueblo en la política de moderación y de clemencia que, a su juicio, se imponía. Otra tendencia se manifestaba en los medios oficiales: el nuevo régimen ya no debía ser el del absolutismo y de la arbitrariedad: era el *Imperio liberal* al que Benjamín Constant —llevado por Fouché al emperador— iba a dictar una Constitución parlamentaria. Era, pues, por parte del Ministerio de la Policía, entrar en el espíritu del Gobierno y de la nueva situación, más que desmentir altamente los actos de arbitrariedad que habían hecho demasiado célebre la policía imperial; de representar a la Policía más aún que por el pasado, como la protectora, la guardiana, la providencia de los ciudadanos, la «salvaguardia de su libertad».

El 31 de marzo el duque de Otranto dirigía una circular a los prefectos, que constituía, en cierto modo, una ley de la «Policía liberal». La vigilancia de los agentes «no debía, pues, ir más allá de lo que exigía la seguridad pública o particular, ni enredarse en detalles minuciosos de una curiosidad sin objeto útil, ni entorpecer el libre ejercicio de las facultades humanas y de los derechos civiles, por un sistema violento de precauciones que las leyes no autorizan, ni dejarse llevar por vagas preocupaciones, conjeturas atrevidas en persecución de quimeras que se desvanecen en medio del terror que ocasionan». Era hablar como un libro.

Esta circular tranquilizaba a los monárquicos en cuanto a la magnanimidad del nuevo Gobierno, a los liberales sobre su amplitud de miras, a todos por la moderación. Fouché acababa su obra

dictando la nueva ley que consagraba la libertad de Prensa y abolía la censura. En una nota que encontramos en sus papeles, y cuya copia fue, probablemente, al emperador, el duque de Otranto examinaba en qué medida podía ser concedida la libertad a la Prensa. Era para él, como para Napoleón, un gran sacrificio a las circunstancias el concederle una temerosa emancipación. Aconsejaba, pues, «no adoptar una tolerancia excesiva», pero «hacer algo normal», «un solo acto arbitrario debía, a su juicio, poner en duda las promesas del emperador». Era preciso, a buen seguro, para responder a las acusaciones de dictadura, establecer «la libertad política y civil extendida y mejor garantizada que la de Inglaterra», partiendo de la libertad de Prensa. Por otra parte, partidario siempre de medidas personales y de negociaciones secretas, no se decidió a dejar aparecer el decreto aboliendo la censura sino después de un arreglo con los mismos periódicos, dotaba a cada uno de ellos de un redactor-censor designado por el Gobierno: era un pararrayos. La Prensa aceptó con agradecimiento lo que le pareció una medida preservadora: Fouché mataba así dos pájaros de un tiro, apareciendo a los ojos de los periodistas, a quienes detestaba, como protector; y ante el emperador, a quien engañaba al respecto, como un vigilante muy útil. A decir verdad, los censores nombrados por el duque de Otranto se mostraron muy indulgentes, lo mismo para los artículos de polémicas como para la inserción de proclamas y actos de Luis XVIII, refugiado en Gand, hechos bajo apariencia «de informaciones». Fouché pretendía de buena gana que tal actitud quitase a esos documentos toda la importancia que les aseguraba su clandestinidad. Se vio, pues, a los mismos periódicos que se publicaban bajo la influencia del ministro difundir los actos del rey, acompañándolos, por cierto, con comentarios irónicos y malévolos. El periódico que pasaba a justo título por el órgano oficial de Fouché, se permitía, incluso, publicar largos extractos de la *Gaceta Universal*, editada en Gand. Independientemente de eso fue permitido a los periódicos de todos los matices una oposición bastante grande contra el Gobierno

imperial y su jefe. Estas concesiones le valían al duque de Otranto buenas relaciones con la Prensa: era de los que trataban con miramiento toda potencia, y ésta se daba a conocer. Fue más lejos y quiso un órgano propio. Apresurado a hacer a su nuevo papel de ministro parlamentario, concibió inmediatamente la idea de crearse un periódico personal. Fue el *Independiente*, que apareció el 1 de marzo de 1815. El periódico se declaraba tan hostil a los Borbones como al antiguo régimen cesáreo, y se declaraba «el defensor de la patria y de la libertad». No tenía como redactores más que amigos personales del ministro de la Policía: Antonio Jay, Julián de París, Lanjuinais y el *alter ego* de Fouché durante los Cien Días, el futuro diputado Manuel. El periódico no debía perder ocasión de combatir unas veces las pretensiones de la corte de Gand y otras veces las intenciones secretas del emperador, misteriosamente reveladas al periódico y, de hecho, entorpecidas antes de ser públicamente manifestadas. Nadie puso en duda el patronazgo especial con que el jefe de la Policía protegía esta gaceta que preconizaba, además, con el odio al despotismo la moderación hacia los vencidos.

Era en realidad la política que encomiaba por todas partes; había querido conquistar allí ante todo al propio Amo. Le había dirigido el 3 de abril una de esas cartas en las que sabía mezclar verdades bastante duras con fórmulas de un respeto que llegaba, a veces, a la adulación. Defendía la causa de la clemencia y del olvido y desarrollaba en esta ocasión una de sus tesis favoritas: la irresponsabilidad de los hombres en las revoluciones; ya que fingía a veces una especie de fatalismo histórico muy favorable a la gente comprometida, él el primero, en las crisis que se sucedían desde 1789.

Pasando de la teoría a la práctica, el ministro de la Policía parecía dispuesto a tratar con miramientos, hasta los últimos límites, a todas las gentes afectadas de cerca en el Gobierno caído. Los contemporáneos son unánimes sobre este punto, y la correspondencia del emperador nos proporciona pruebas

incontestables; no son más que gritos de impaciencia irritada que arranca a Napoleón la «debilidad» del ministro de la Policía.

Éste se vanagloriaba de sus desobediencias. No había una orden rigurosa del emperador, ni un acto de clemencia del ministro que no fuese rápidamente conocido y vivamente comentado. Es notable la popularidad, cada día en aumento, que tal actitud aseguraba a Fouché entre los enemigos del régimen. El partido monárquico, en cuyo seno contaba ya antes del 20 de marzo con tantos amigos, se dejaba conquistar por entero. «Se vislumbraba su maniobra —dirá la señora Chatenay— como los trabajos de las abejas en una colmena, que no se atreven, sin embargo, a espiar demasiado cerca, por miedo a una picadura». Napoleón mismo parecía temer el aguijón y prefería con frecuencia cerrar los ojos, pensando sacar partido de esta popularidad para impedir todo movimiento monárquico en el momento en que se aprestaba a lanzar su ejército sobre Bélgica. Por lo demás, la indulgencia interesada del ministro raramente llegaba —pese a lo que dijera el emperador— hasta la debilidad; no vacilaba en denunciar los casos sediciosos que se producían en el Oeste y en el Sur; pero receloso de asumir la responsabilidad de la represión, se contentaba con reclamar mayor rigor de los tribunales.

*

Era esta política de firmeza y, al mismo tiempo, de moderación la que aplicaba el duque de Otranto, especialmente la pacificación de la Vendée, agitada de nuevo. Y esta política iba a dar allí todos los frutos. Desde finales de marzo el duque de Borbón había intentado sublevar el Oeste; fracasó y se dio a la fuga. Sin embargo, había dejado tras de sí la semilla de la revuelta; empezaron a circular rumores incesantes de una próxima sublevación, produciendo turbación en Bretaña, Anjou y el Maine; desgraciadamente el emperador, deseando ante todo reunir el grueso de sus fuerzas en la frontera del Norte, desguarnecía el Oeste, a despecho de las

advertencias llegadas de Nantes, Rennes y Angers. El Estado Mayor de Vendée, por un momento vacilante, parecía ahora dispuesto a actuar. En efecto, el 11 de mayo, De Autichamps, Suzannet, Augusto de La Rochejaquelein, reunidos en la Chapelle-Basse-Mer, por orden expresa enviada de Gand por Luis de La Rochejaquelein, designado como generalísimo, fijaban para el 15 la fecha del levantamiento general.

Desde el mes de marzo, Fouché había previsto, predicho la insurrección. Por lo demás, estaba tan contrariado como el emperador, pero por otras razones. Si Napoleón veía en ello un ataque molesto a sus espaldas, que le forzaba a quitar de su ejército del Norte una o dos brigadas, Fouché percibía en estos acontecimientos un peligro muy distinto. Este conflicto, que había tratado de evitar con tanta diplomacia en marzo de 1815, iba a estallar rompiendo el equilibrio tan difícilmente mantenido; la Vendée, eso no ofrecía dudas, sería aplastada por diez mil hombres destacados del ejército del Norte; Fouché no podría impedir una dura represión. Como ministro de la Policía sería encargado de ello y no podía sustraerse. Si por el mayor de los azares, la Vendée mal combatida resultase victoriosa, era otro gran inconveniente: restaurado el rey, fuese en Nantes, en Rennes o en Mans por sus fieles chuanes, la restauración sería debida sólo a ellos; siendo así que a esos La Rochejaquelein no les gustaba nada Fouché de Nantes. Mal asunto para éste. De todas formas, la insurrección iba contra sus planes; le importaba trabajar al servicio de Luis XVIII, sin que los chuanes se mezclaran en ello. Por otra parte, veía al emperador muy preocupado por esta amenazadora explosión, excelente ocasión —al ahogarla a mansalva— de volver a ganar una confianza que disminuía a diario. Hizo partícipe a Napoleón de un plan de pacificación, incluso antes de que la insurrección hubiese tenido tiempo de propagarse muy lejos. Desde el 15 de mayo tenía carta blanca; el emperador le autorizaba a negociar con los jefes de la Vendée.

El duque de Otranto sabía desde hacía mucho tiempo a quién hablar en estas circunstancias. Si poseía su grupo de jacobinos devotos, tenía también a mano una pequeña sociedad de chuanes domesticados. El conde de Malartic figuraba entre ellos. Antiguo jefe del Estado Mayor del ejército del Maine, en 1793 y 1794, en 1815 formaba parte de un grupo ultramonárquico, pero de los que habían querido desde comienzos de marzo de 1815 meter al duque de Otranto en los Consejos del rey: era él quien, como se recordará, condujo al conde de Artois a Fouché. Como gratitud por esta halagadora benevolencia, éste le permitió después del 20 de marzo —y no sin intención— quedar en París, desde donde el viejo jefe de Vendée se apresuraba en mayo a llegar a Anjou para reunirse con los otros. El ministro le llamó inmediatamente al *quai* Voltaire y, enseguida, le habló con desdén de esa insurrección prematura, perjudicial a la propia causa que pretendía servir, puesto que, aplastada al poco por importantes fuerzas militares, iba a causar la pérdida de los mejores servidores del rey y autorizar a Napoleón a tomar medidas violentas. «Es en el Norte donde se va a decidir la suerte de Francia —debió declarar—; las hostilidades no empezarán hasta el 15 de junio. De aquí a entonces la Vendée será aplastada. Ayúdeme, pues, a parar este inútil derramamiento de sangre francesa, que los jefes de la Vendée licencien tranquilamente a sus campesinos y vuelvan a sus casas. Les garantizo todas las seguridades… Acepte la misión que le ofrezco; es el único medio de impedir la salida de las tropas y que sean puesto fuera de la ley los departamentos insurrectos».

Malartic, después de algunas vacilaciones, aceptó. Pidió a otros dos jefes monárquicos que se unieran a él, y marchó con ellos el 26 de mayo, desde París, provisto de pasaportes y de cartas de Fouché.

Encontraron las circunstancias favorables a sus proyectos, como decía con razón el ministro: la insurrección era prematura, faltaban armas y municiones. El general Travot había alcanzado el 19 de mayo un éxito fácil, que había desanimado a los más emprendedores. Por último, celosos del título conferido en Gand de

generalísimo a La Rochejaquelein, se sometían mal a su mando. Después de una primera entrevista en Mortagne-sur-Sèvre con De Autichamp, Malartic, que le había conquistado para la idea de un armisticio, se ganó a los otros dos jefes que, a despecho de las protestas del generalísimo notificaron a éste el 31 de mayo su resolución de deponer las armas hasta nueva orden. La Rochejaquelein rehusó admitir lo que él llamaba un cobarde abandono y quiso entablar la lucha sin sus lugartenientes, siendo muerto el 3 de junio. Su muerte desorganizó completamente la insurrección que, por otra parte, abortó gracias a la diplomacia del duque de Otranto.

Por lo demás, éste era hombre que no descuidaba nada y no se fiaba nunca de un solo procedimiento; excitado, además, por el emperador, enviaba instrucciones muy duras a los prefectos del Oeste, que ponía en guardia tanto contra la indiferencia como contra el miedo.

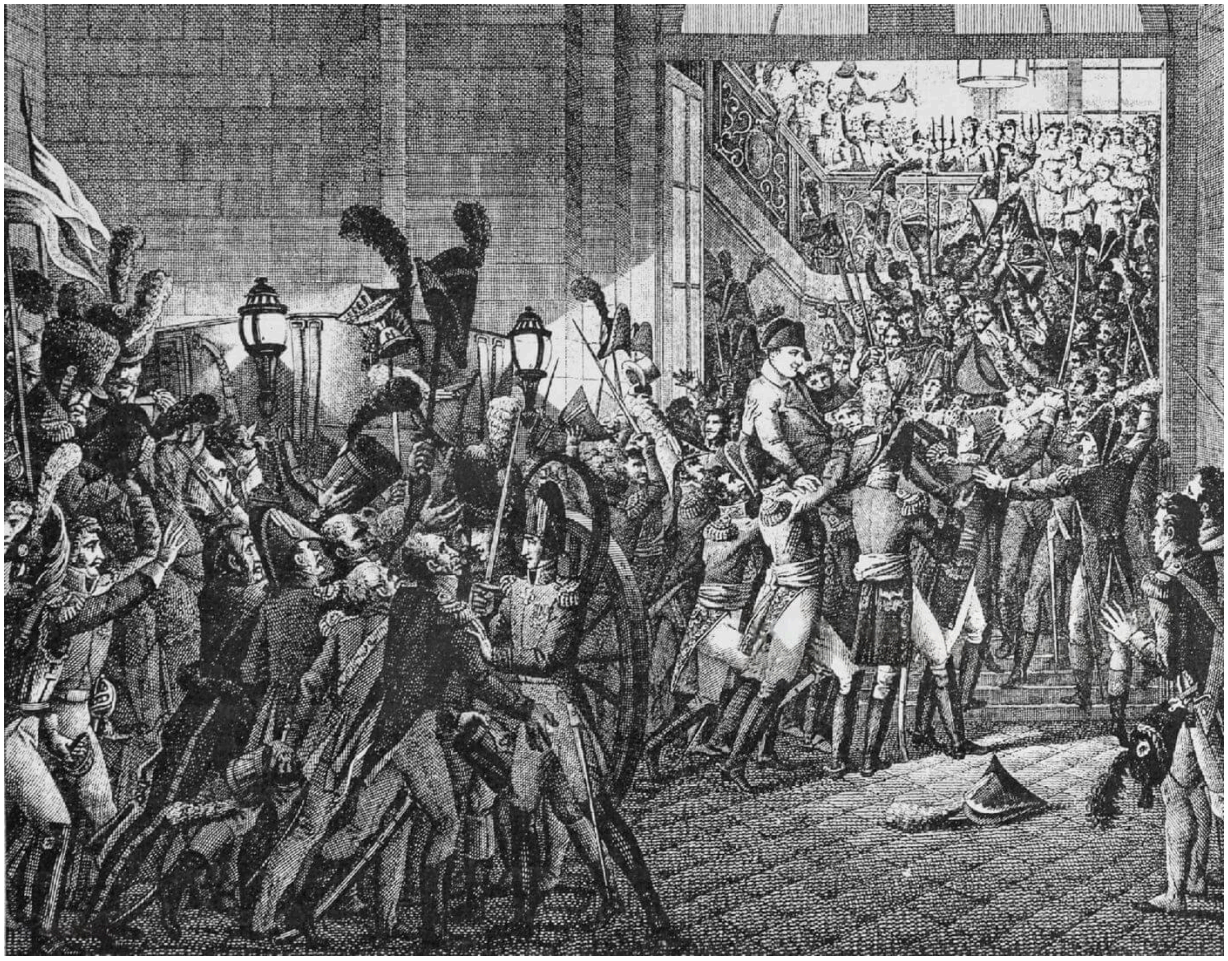
De hecho, en el momento en que Fouché tomaba estas precauciones, la insurrección estaba sofocada; los jefes de la Vendée aceptaban, al menos, una tregua; el 7 de junio, el duque de Otranto transmitía al general Lamarque la autorización de firmar con ellos una convención que consagraba esta paz provisional. Era al mismo tiempo un gran alivio para Fouché y un éxito muy brillante para su política. Los dos partidos le debían una gratitud que supo explotar. Lo cierto es que era bastante difícil saber, en esta circunstancia, a quién había servido realmente mejor: a Luís XVIII o a Napoleón.

*

Además de esto, el emperador, a ciertas consideraciones podía excusarse de toda gratitud hacia su ministro, ya que en el momento en que alejaba de su camino un obstáculo contradictorio, le oponía otro, especialmente peligroso, hecho con sus propias manos. En efecto, Fouché acababa de *hacer elegir* la Cámara de 1815. Estaba

maduro para esta nueva encarnación la de «ministro por puños» que «hace las elecciones». Tenía un desprecio sin límites por el régimen parlamentario, no pudiendo concebir, en consecuencia, que pesase el menor escrúpulo sobre la elección de los electores y la conducta de los elegidos. Mientras que Camot, convertido en ministro del Interior y, sobre quien, por este motivo, recaía la vigilancia de las elecciones, se encerraba en la neutralidad, Fouché, menos imbuido de liberalismo, trabajaba por todos los medios para suscitar a la Cámara que juzgaba convenía mejor, si no a la situación tal como era, al menos a la situación que preveía y quería para un porvenir próximo. En el momento en que como ministro del emperador cultivaba la amistad de los monárquicos, encontraba útil y agradable dirigir las elecciones en el sentido de ultraliberalismo y hacer entrar en el Palacio-Borbón esa mezcolanza de jacobinos, de liberales, de orleanistas, de republicanos y de constitucionales, lo más adecuado para constituir un cuerpo legislativo muy poco favorable al emperador. Por lo demás, se jactaba de ello la víspera de las elecciones: «Se *le* prepara una Cámara de representantes donde tendrá de todo, a fe mía. No le ahorraré incluso a Barère y Cambon ni, como usted imagina, a La Fayette. Esto forma el carácter. El tiempo de las exclusiones ha pasado, y hoy semejantes hombres son una garantía para nosotros, hombres avanzados de la revolución». Efectivamente, fiel a su programa, había realizado ese sueño, acariciado siempre desde 1804, de ser el «ministro de la oposición». Fingiendo seguir a Napoleón en el camino que, imprudentemente había abierto con las proclamas de Lyón, el ministro de la Policía lanzó a los electores burgueses, sobre los cuales ejercía una gran influencia, a la concentración revolucionaria —permítaseme este neologismo—: 1789 fraternizó con 1793 bajo los auspicios del ciudadano Fouché de Nantes, ministro de un César y mañana del Rey Cristianísimo. Se vio entrar en Palacio-Borbón, gracias a la acción del antiguo procónsul revolucionario, convencionales olvidados desde hacía veinte años y muchos de los cuales jamás se habían adherido al Imperio. Él mismo pudo creerse por un instante

de regreso a la época, ¡qué distante!, en la que iba a formar parte en la sala del Manège; el departamento del Loira-Inferior, entrando en el espíritu de las circunstancias y, olvidadizo de las viejas traiciones, volvía a encontrar para su excelencia monseñor el duque de Otranto los sufragios con los que había honrado, veintitrés años antes, al director del colegio de Nantes. Previendo, no obstante, que su grandeza ministerial le encadenaría sin duda a la orilla, y sin pensar en hacer un papel activo en la tribuna, tuvo cuidado, siempre como ministro parlamentario cauteloso, de hacer entrar en la nueva Asamblea verdaderos comparsas, criaturas personales: su antiguo alumno, durante mucho tiempo su *alter ego*, Antonio Jay, publicista distinguido que debía desempeñar un papel tan importante en la crisis de junio de 1815, era elegido en Burdeos; en Aix, que consideraba como una posesión exclusiva, imponía a su propio secretario Fabri; por último, y, sobre todo, hacía mandar a la Cámara, por un colega de los Bajos Alpes, a ese joven Manuel, elocuente, inteligente y simpático, sobre quien en otro tiempo en Aix ejerció y conservaba una influencia sin límites. Con Barére, convertido en el «objeto de Fouché», diputados más oscuros, Lacoste, Gourlay, Clément de Doubs estaban en estrechas relaciones con él. Se creía, pues, muy fuerte, se jactaba ante La Valette de tener con él a «la opinión». Por otra parte, actuaba con toda la audacia y omnipotencia del hombre de Estado sin amo, en Londres, en Gand, en Viena; por todas partes donde su espíritu penetrante podía deslizar un emisario; por todas partes donde buscaba la solución de este temeroso y singular problema, ¿quién sería antes de dos meses el sucesor del Amo al que servía y el soberano de mañana?



Napoleón regresa a la Tullerías, el 20 de marzo de 1815, para empezar los «cien días». Dibujo de Heim, del siglo XIX.



Caricatura española que celebra la caída del imperio napoleónico, según un grabado del siglo XIX. Museo Municipal, Madrid.



Napoleón muere en Santa Elena, rodeado de sus fieles. Cuadro de Steuben.



José Fouché (viejo) de gran uniforme. Litografía de Bollinger, del siglo XIX. Ministro de policía de Napoleón durante el imperio.

CAPÍTULO XXI

LA VÍSPERA Y EL DÍA SIGUIENTE DE WATERLOO

Relaciones de Fouché con el exterior.—El duque de Otranto y Mettemich. Sólo los agentes de Fouché consiguen forzar las fronteras.—La intriga de abril de 1815. Las entrevistas de Bale. La misión de Ottenfels. Fouché trabaja para Napoleón II, luego para el duque de Orléans.—Por fin, se dirige a Gand. Fouché es considerado como salvador de Vitrolles y se atrae la gratitud de sus amigos políticos. Entra en relaciones continuas con Gand. Su popularidad naciente en la Corte de Luis XVIII.—Adquiere, por otro lado, una gran influencia en la Cámara.—Napoleón sigue las maniobras de su ministro, se exaspera por ello, mas permanece impotente.—Partida del emperador. La actitud oposicionista de la nueva Cámara. El informe del 17 de junio.—París sin noticias al día siguiente de Waterloo. Las reflexiones del duque de Otranto frente al desastre. Plan formado por él para llevar al emperador a la abdicación. Camot y Davout; sus caracteres; Fouché los teme y se apresta a burlarlos. Excita a la Cámara por el miedo y desmoraliza el Consejo de Ministros.—Llegada del emperador. Ante sus disposiciones de resistencia Fouché se decide a sublevar la Cámara. El voto de La Fayette.—Regnault en la Cámara; protestas de los amigos de Fouché que reclaman los ministros con carteras.—Luciano llega con los ministros; el duque de Otranto, encargado de llevar el acta a la Asamblea, propone el nombramiento de una Comisión de Gobierno.—Triunfo de Fouché.

Si desde hacía tres meses el duque de Otranto había puesto todos sus cuidados en crearse en Francia una situación tan fuerte, es que ofrecía, con la esperanza de distinguir los acontecimientos próximos, el crédito suficiente para prevenirlos o para prepararlos por sus relaciones con el exterior.

Desde las primeras horas —como hemos visto— había establecido relaciones con Inglaterra que habían quedado, por lo demás, sin resultado para el Gobierno del que era ministro. En

efecto, el emperador, al autorizar esta primera usurpación del ministro de la Policía sobre el dominio de su colega de Asuntos Extranjeros, había permitido a Fouché cubrirse con dicha autorización cuantas veces fue sorprendido en flagrante delito de informes clandestinos con Europa; sólo los mensajeros del duque de Otranto abrían brecha en la muralla levantada por éste alrededor de Napoleón. Era preciso, pues, resignarse a esos peligrosos servicios; y sobre esta consideración, el emperador permitió al duque de Otranto dos nuevas tentativas: el envío de Ginguené a Zurich, con la esperanza de conquistar al zar Alejandro por medio de su amigo Laharpe, y el de Montrond, de Bresson y de Saint-Léon a Viena para tratar de separar de la alianza al padre de María Luisa.

La misión de Ginguené es conocida. Fue el duque de Otranto quien proporcionó al hombre, republicano de la víspera, le decidió a actuar, le presentó el 24 de abril a Caulaincourt, le dictó una nota que, remitida a Laharpe, debía ser transmitida al zar Alejandro, nota en la que se encuentran exactamente las ideas expresadas por Fouché a Mettemich en la misma época.

El emperador, en efecto, había autorizado la relación de los dos hombres: sólo el duque de Otranto había podido hacer llegar a Viena la palabra imperial; era él quien había presentado a Napoleón a Saint-Léon, Montrond y Bresson, sus hombres, los únicos emisarios que acogieron en Austria. Es muy probable que fueran portadores de otras palabras del ministro: veremos, ahora mismo, a un enviado de Mettemich hacer una edificante alusión al carácter real que había tenido para Fouché, personalmente, esta triple misión.

En cualquier caso, Saint-Léon debió de expresar, en este encuentro, el deseo que tenía el duque de Otranto de lograr una conferencia secreta donde los emisarios de ambos ministros pudiesen discutir de viva voz las cuestiones del orden del día, ya que fue en los últimos días de abril cuando el ministro de la Policía recibió del canciller austríaco una nota corta que iba a dar lugar a uno de los incidentes más singulares de esta vida aventurera y de esta extraña época.

Un supuesto empleado de la Banca de Viena se presentó en casa del duque de Otranto y le entregó una nota, fechada el 9 de abril, invitándole a enviar a Bale una persona «poseyendo su confianza exclusiva, que encontraría allí con quien hablar». En el momento en que Fouché buscaba, sin duda, el emisario para mandar, fue denunciado secretamente al emperador. Detenido el mensajero, fue conducido a las Tullerías sin que Fouché fuera informado de ello. Interrogado por el soberano, confesó el mensaje, indicó la contraseña convenida y el lugar del encuentro. El emperador quiso intentar una experiencia; llamó con otros pretextos al ministro de la Policía y, después de una conversación bastante larga, le despidió, suficientemente informado sobre la conducta del traidor. Después de haber pensado hacerle detener inmediatamente, Napoleón decidió avanzar más en la intriga y sustituir al emisario del ministro, todavía sin elegir por éste, por un agente suyo. Encargó de tal misión a uno de sus secretarios: Fleury de Chaboulon.

Fleury fue el 3 de mayo a Bale, encontró allí al agente de Metternich, un supuesto Wemer, en realidad el barón de Ottenfels, consejero áulico. Ottenfels declaró al supuesto agente de Fouché que Austria y sus aliados no querían hacer la guerra nada más que al emperador, no a Francia; verían con buenos ojos la restauración de los Borbones prometiendo garantías de «que Luis XVIII no volvería a Francia sino en virtud de un nuevo pacto; que formaría un ministerio liberal del que podrían tomar parte el duque de Otranto y Carnot». Además de esto, si Francia quería al duque de Orléans, las potencias se encargarían de hacer abdicar a Luis XVIII; y, en fin, si el voto del país era favorable a Napoleón II y una regencia, no rehusarían tampoco. Lo importante era desembarazarse de *Bonaparte*: para eso se contaba con el duque de Otranto. Fleury entonces, llegando al final de su papel, protestó que tal no era el pensamiento de Fouché, sinceramente adicto al trono imperial, lo cual desconcertó mucho al enviado austríaco; éste se contentó con decir que iba a informar a Viena y dio una nueva cita al supuesto emisario de Fouché en Bale, para ocho días después. Fleury volvió a

París. Encontró al emperador muy apaciguado con respecto a la conducta de Fouché. Como siempre, el hombre hábil consiguió salir del mal paso. El 28, día de la marcha de Fleury para Bale, el ministro fue advertido por Réal de la intriga que se tramaba contra él. Con una calma fingida y con un pretexto cualquiera, fue a las Tullerías y, en el transcurso de una conversación con el emperador, dijo súbitamente: «¡Ah, señor! Me he olvidado de decirle que he recibido una nota del señor de Metternich. ¡Tengo tantas cosas importantes que me ocupan! Además, su enviado no me entregó los polvos para hacer reaparecer la escritura, y creí que era una burla. En fin, se lo traigo». En resumen, logró disculparse de tal manera, que el emperador se convenció. «Fouché, durante su ausencia —declaró a Fleury—, ha venido a contarme el asunto. Me lo ha explicado todo a satisfacción mía; su interés no es en absoluto el de engañarme. Le ha gustado siempre intrigar, hay que dejarle hacer. Vaya a verle, dígale todo lo que ha pasado con el señor Wemer. Demuéstrele confianza si le hace preguntas sobre mí: repítale que estoy tranquilo y que no dudo en absoluto de su devoción y de su fidelidad». Está claro que Napoleón, después de todas las reflexiones, conservaba, no sólo los servicios de Fouché, sino su amistad hacia él. Era una singular ilusión: el duque de Otranto se aprovechó de este súbito retroceso para tomarlo con gran superioridad. «¡Bonita misión! —declaró a Fleury—. Así es el emperador. Siempre desconfía de los que mejor le sirven. Los servicios más destacados, la más pura devoción no pueden protegerle de sus sospechas…» Y, después de otras recriminaciones, añadió que quería confiar a Fleury una carta para ese Werner: le dio dos, igualmente favorables al emperador; éste no reveló allí determinadas expresiones que, al decir del mensajero, dejaban entender «que pensaba que el duque de Orléans era el único príncipe capaz de asegurar la felicidad de Francia y la tranquilidad de los extranjeros».

Fleury reapareció, pues, en Bale, volvió a ver a Ottenfels, que se mostró muy extrañado. «El lenguaje del señor Fouché —dijo— sorprenderá enormemente al señor Metternich. Me repetía aún, la

víspera de mi marcha, que el duque de Otranto le había testimoniado en toda ocasión un odio inveterado contra Bonaparte, y que incluso en 1814 le había reprochado por no haberle encerrado en el alcázar, prediciéndole que volvería de la isla de Elba a devastar Europa. Es preciso que el señor Fouché, para creer en la salvación del emperador, ignore totalmente lo que ocurre en Viena: *lo que le han mandado decir por el señor de Montrond y el señor Bresson le llevará sin duda a ideas diferentes* y le hará sentir que por sus intereses personales y por los de Francia debe secundar el esfuerzo de los aliados». Fleury, fingiendo comprender, declaró que el duque de Otranto había prestado poca importancia a lo que dijeron estos señores: además, era incapaz de hacerse culpable del crimen de traición hacia Napoleón. El agente de Metternich se retiró completamente chasqueado. En cuanto a su interlocutor, informó de todo al emperador, incluyendo la acusación de los resultados de la doble misión de Montrond y Bresson. Napoleón quedó preocupado. «Estoy persuadido de que me traiciona —dijo a Fleury—. Casi tengo la certeza de que tiene intrigas en Londres y en Gand; lamento no haberle dado caza antes de que hubiese venido a descubrirme la intriga de Metternich; ahora me falta el motivo. Gritaría por todas partes que soy un tirano receloso, y que le sacrifico sin motivos. Vaya a verle; no le hable de Montrond ni de Bresson, déjele charlar a su gusto e infórmeme después de lo que haya dicho». Fouché salió sin perjuicio de esta gran señal de peligro, continuando por lo demás a informar bajo cuerda a Metternich de las posibilidades de cada uno en el Gobierno de Francia. Había hecho desaparecer a Bresson y a Montrond, recuperado toda su audacia, reprendiendo mucho a Caulaincourt con motivo de las relaciones externas.

Protestando altivamente, en una nueva circular a los prefectos, de que nadie en Europa tenía derecho a imponer un Gobierno a Francia y privarla de su emperador, se aprestaba realmente a encontrarle a éste un sucesor, sondeando todos los terrenos y todos los corazones. Los meses de abril y de mayo fueron una sucesión de intrigas. De creer a Pasquier, parece que la misión de Montrond en

Viena tuvo como finalidad el reenvío a Francia de María Luisa y del rey de Roma; la regencia seguía siendo el sueño favorito del duque de Otranto. Pero Mettemich, por el contrario, parecía enfocar el advenimiento de Napoleón II como la hipótesis menos aceptable, ya que detrás del hijo, se temía ver reinar al padre. El ministro, infatigable en sus intrigas, hizo sondear entonces a Luciano, su viejo enemigo, quizá con vistas a una regencia sin Napoleón II. Pero era al duque de Orléans, Luis Felipe, a quien iban dirigidas desde entonces sus preferencias: puesto que Europa quería un Borbón, tal vez aceptaría a éste. Saint-Léon recibió una carta —dicen— que llevó a Viena escondida bajo la silla de un arnés y que formaba parte de las proposiciones relativas al duque de Orléans. El ministro hizo sondear, en Gand, a Pozzo di Borgo, que representaba a Alejandro, ya que éste parecía más al corriente que nadie de los proyectos de Fouché relativos a la rama segundogénita. En todo caso, ni Mettemich ni Pozzo di Borgo debieron de acoger con mucho calor las conversaciones del ministro.

*

Era forzoso, pues, resignarse hipotéticamente a Luis XVIII; el duque de Otranto podía abordarle teniendo, como sabemos, más de un amigo personal en Gand.

El 4 de abril, el barón de Vitrolles, encargado en marzo por Luis XVIII de organizar en el Sudoeste la resistencia a Bonaparte, cayó prisionero en Toulouse; fue en otro tiempo uno de los agentes más activos de la caída de Napoleón; era uno de los jefes con miras al partido monárquico, uno de los amigos del conde de Artois. En Gand, donde Napoleón seguía siendo el *Ogro de Córcega*, se temía que el barón se convirtiese en manos de Napoleón en un rehén o, quizá dentro de nada, en una víctima. De hecho, en los primeros momentos, el emperador parecía dispuesto a dar un ejemplo; en la espera, le tenía encerrado en Vincennes, sumido en una inquietud

mortal; la baronesa, alocada, corrió a Gand y exageró, sin duda, el peligro que corría su marido. El conde de Artois se mostró muy conmovido; despidió a la baronesa con unas letras suyas, llenas de promesas y destinadas a quien puede imaginarse: «No olvidaré nunca la gratitud que deberé a quienes puedan garantizar y salvar al barón de Vitrolles». Jaucourt aconsejó a la aterrada esposa que se dirigiera a Fouché por medio de intermediarios: la señora de Vaudémont y la marquesa de Custine o Gaillard, para quien les dio una carta de introducción.

¿Corría Vitrolles peligro de muerte? Eso parece inverosímil: en el caso, poco probable, en que Napoleón hubiese querido hacerle fusilar, el duque de Otranto no tenía necesidad ni de megos ni de promesas para salvarle: semejante ejecución hubiera ido contra su política. Pero la gestión que intentaban cerca de él con tanto fervor y ansiedad le inspiró inmediatamente la idea de aumentar la inquietud de los amigos de Vitrolles, con la esperanza, llegado el caso, de exaltar su gratitud y sacar de ello el mejor provecho. A una gestión de sus dos nobles amigos, opuso un *non possumus* formal. El emperador —decía— está fuera de sí, no habla efectivamente más que de fusilar al barón; ante una irritación tan violenta, él, Fouché, no podía nada. Ante la petición de la baronesa, que tenía el alma en un hilo, intervino Gaillard: Fouché cedió entonces, prometió que haría lo imposible, obtuvo o fingió haber obtenido de Napoleón un aplazamiento y, para apartarle de recuerdos siniestros, le hizo sacar de Vincennes y trasladarle a la Abbaye-aux-Bois, so pretexto de interrogarle más cómodamente. La señora de Vitrolles pudo ver a su marido, y fue a dar las gracias al ministro, que la acogió con una benevolencia un poco altiva: «Su marido está salvado, señora —declaró—; le he arrancado la promesa al emperador: ya me pertenece, y usted puede tranquilizarse en cuanto a su suerte. Debe usted marchar a Gand; le he preparado una carroza y la haré acompañar por un hombre de confianza». Introducido por la baronesa, este misterioso emisario vio a Luis XVIII, le dijo que el duque de Otranto se mostraba dispuesto a acelerar la vuelta del rey

a París, si éste se comprometía a mantenerle en el Ministerio y a llamar a la jefatura de los asuntos políticos a Talleyrand, entonces medio caído en desgracia. El rey pareció considerar que la ayuda de Fouché, sin ser seguramente desdeñable, no ofrecía las ventajas que una parte de los que le rodeaban hacían valer. Se limitó a responder que haría caso de la conducta del duque de Otranto, añadiendo que estaría «siempre dispuesto a reconocer los servicios que este último pudiera hacerle, así como a Francia, en el estado crítico y peligroso en que se encontraba». La señora de Vitrolles regresó a París con estas seguridades un tanto vagas; las personas que rodeaban al rey eran más entusiastas, al decir de Chateaubriand. Fuese lo que fuese, todo parecía preparado por Fouché en París, en la Vendée, en Gand para que el gran drama que iba a desarrollarse no se tornase en desventaja suya.

*

La apertura de las Cámaras iba a servir de prólogo a este drama. La de los representantes se había reunido el 3 de junio. Desde el 13 de mayo, los nuevos diputados conocieron por el periódico oficial del duque de Otranto, qué política pretendía éste verles seguir: exaltando a Napoleón, «hombre de la nación, de la opinión y de la libertad pública», el *Inde-pendiente* afirmaba que «ni Europa ni Francia querían que un solo hombre dispusiese arbitrariamente de sus destinos».

El duque de Otranto no iba a participar en la nueva Cámara: el 2 de junio la confianza o, para hablar más exactamente, la desconfianza del emperador, le había llamado al Luxemburgo, alejándole así del Palacio-Borbón. Luego, como Fouché esperaba, sin duda, aparecer en el hemiciclo, por lo menos a título de ministro, el Amo se apresuró a decidir que sólo los ministros de Estado harían allí sus comunicaciones de Gobierno. Era excluir decididamente a Fouché de una Cámara en la que había puesto tanto cuidado de

llenar de amigos suyos y, donde —al decir de los contemporáneos—, «la única influencia en situación de actuar» era suya. Mediante sus hombres, esta influencia se ejercería allí con fuerza.

Se hizo sentir inmediatamente, en un sentido hostil al jefe del Gobierno, por la elección de Lanjuinais, adversario del emperador y aliado de Fouché, como presidente de la Asamblea.

Efectivamente, en esta época el ministro se sentía tan odioso a Napoleón, que experimentaba la necesidad de apoyarse contra él en el Parlamento. Desde el comienzo de mayo, con plenitud sin duda, el emperador no disimulaba más el miedo, la desconfianza, el odio que alimentaba con relación a su ministro de la Policía. Fouché no estaba lejos de creer que en este juego no era sólo su cartera lo que arriesgaba, sino su cabeza. ¡Pero está seguro de su victoria! A medida que Napoleón, exasperado, se pone febril, pasando de la debilidad a la violencia, de las amenazas a las recriminaciones, el ministro, por el contrario, parece adoptar la apariencia en tales circunstancias de una flema creciente. «Se verá obligado a marchar al ejército antes de finales de mayo —dijo a Pasquier—. Una vez que se marche, quedaremos dueños del terreno. Quiero que gane una o dos batallas; perderá la tercera, y entonces empezará nuestro papel». Sin embargo, algunos días antes de su marcha, Napoleón llamó a Camot: «El duque de Otranto me traiciona —declaró—; quiero desembarazarme de él, pienso incluso en suprimir el Ministerio de la Policía para hacer una sencilla división de los despachos de ustedes». Carnot lo aprueba, ya que Fouché no le gusta nada, si bien le parece imposible despedir al duque de Otranto en vísperas de graves acontecimientos. «Tiene usted razón —dijo el emperador—; haremos eso más tarde, después de mi regreso». Es la contrapartida de lo dicho por Fouché a Pasquier, muy característico de la extraña situación del Amo y del ministro. Está claro que es en Bélgica donde se va a jugar la suerte, quizá con el destino del mundo, de la cabeza de Fouché.

*

Napoleón marchó el 12: el 16 la Vendée, contenida hasta entonces, se sublevó de nuevo a una señal llegada de París; el mismo día, en la Cámara, Jay y Manuel se rebelan contra la voluntad del emperador, dirigida sólo contra Fouché, de excluir del Palacio-Borbón a los ministros con cartera. Después de una comunicación hecha por el ministro de Estado, Boulay, el factótum del duque de Otranto, Antonio Jay, se alza violentamente contra la ausencia de los ministros competentes; Manuel, otro comparsa, apoya a su colega, sosteniendo que es preciso establecer nuevas relaciones entre la Cámara y el Gobierno, y el mismo Fabri, el propio secretario del ministro de la Policía, hostiga con violentas interrupciones a Boulay y Reg-nault; otro amigo del duque de Otranto, Barére, en fin, viene a defender una moción llamando a los ministros a la Asamblea, y todo el grupo consigue inmediatamente que la cuestión se remita a una comisión especial, primera victoria, puesto que sobre este punto la voluntad del emperador se mostró terminante. El duque de Otranto, invisible, conduce la batalla.

Al día siguiente le proporcionan un éxito personal. Regnault sube a la tribuna y, allí, en un informe del ministro de la Policía sobre la situación del Imperio, de un pesimismo aterrador, señala el Oeste y el Sur como a punto de darse la mano con vistas a una insurrección común, y reclama medidas especiales y el estado de sitio. Y concluye con audacia: «La *nación entera juzgará* si no he tenido que exponerme a todas las posibilidades de la responsabilidad ministerial antes que comprometer la salud del Estado». Este informe fue acogido el 17 en ciertos escaños de la Cámara con un entusiasmo aparatoso. «¡No hay nada más brillante y más importante!», grita el diputado Desmousseaux y, a propósito de este informe, Barére reemprende, bajo una forma disfrazada, la proposición de la víspera: pide la formación de una gran Comisión parlamentaria que

conferenciará con los ministros y se entenderá especialmente con el ministro de la Policía General sobre las medidas legislativas a tomar como consecuencia de ese «brillante» informe; está claro que en esta Comisión se verá a La Fayette, y Barére, y Manuel, y Jay. ¿En qué se convertirá el Gobierno Imperial ante lo que un representante llama con razón «un nuevo Comité de Seguridad General»? La propuesta, en verdad, es rechazada: un fracaso para los amigos del ministro.

Así, pues, al atardecer, se supo en París que la víspera Napoleón había vencido a los prusianos en Fleurs y en Ligny. Fouché debió de pasar la jornada del 18 con especiales zozobras. Pero ese día, la buena estrella de su ilustre amo y enemigo se hundía en el espantoso desastre de Waterloo.

*

El 19 París se quedó sin noticias especiales: los propios ministros se vieron privados de ellas. Se sospechaba que el ministro de la Policía interrumpía los despachos oficiales en beneficio propio y para ponerse en condiciones de actuar. Toda la tarde transcurrió sin que trascendiese nada.

Sin embargo, Fouché estaba enterado. Pensaba alzar sus baterías. A decir verdad, su plan era mucho más sencillo. El acontecimiento estaba previsto por él, como sabemos; se lo había anunciado a Pasquier. Antes de una semana los aliados podían estar delante de París y, antes de una quincena, Luis XVIII en las Tullerías. Si Napoleón persistiese en oponer a la alianza una resistencia insensata, si el pueblo le ayudase en ello —el gran esfuerzo con que soñaba Carnot; que se organizase una defensa bajo la dirección suprema y absoluta del emperador— Fouché se sentía perdido. Napoleón disolvería la Cámara y, ante el resultado de los acontecimientos, sentaría la mano a su ministro: admitiendo que, por un acto de inconcebible debilidad, el Amo no le hiciese encerrar

en Vincennes, no sería más que un compás de espera; vencedor, se vengaría, y vencido… Ahí era donde Fouché veía precisamente ensombrecerse el horizonte. Vencido y sucumbiendo en la derrota, el emperador arrastraría al Ministerio de la Policía en su caída; Wellington y Blücher, entrando en París a la fuerza e instalando allí a Luis XVIII, ¿qué se haría con el ministro que hubiese servido hasta el final al usurpador? Y admitiendo que se le perdonase, ¿qué necesidad tendrían del regicida? ¿Cómo se impondría éste a Luis XVIII, a quien sus mensajeros habían encontrado aún en Gand, tan frío, tan reticente en relación al duque de Otranto? Era preciso que los aliados, presentándose ante París, no encontrasen allí al emperador, sino a Fouché; era necesaria una revolución. ¿Cómo efectuarla? El hombre de Waterloo iba a tener, a pesar de todo, si lo deseaba, el ejército y la calle. Si el Parlamento estaba dispuesto a resistir a la dictadura, ¿hubiera tenido fuerza y tiempo? Otra preocupación: hacer derrocar a Napoleón por la Cámara era sustituir la dictadura de Palacio-Borbón por la de las Tullerías, La Fayette a Bonaparte. Ahora bien, la Cámara —Fouché lo sabía mejor que nadie — era mil veces más hostil a los Borbones que el propio emperador. Habiendo sofocado la dictadura, todos esos jacobinos, todos esos liberales, ¿se someterían en manos de Fouché al papel de cándidos y de comparsas a que los destinaba en su ánimo? Más valía, pues, que Napoleón no pudiendo disolver la Cámara, ésta no tuviese tiempo, al derrocarle, de asumir un papel demasiado importante: era preciso que en este encuentro no hubiese ni vencedores ni vencidos, que Napoleón abdicase espontáneamente, que el duque de Otranto tuviese, a los ojos de la Cámara y de los aliados, el mérito de esta solución, que se impusiese a la Asamblea y se convirtiera en su guía, su mandatario cerca de la alianza y de los Borbo-nes. La tarea se hacía más fácil, si no muy cómoda. Pero ¿cómo llegar a la abdicación del emperador?

Era preciso consumirle por los consejos de quienes le rodeaban y desanimarlo desde el principio por la enérgica actitud de las Cámaras. Preparar el terreno esperando la vuelta del emperador era

la tarea que asumía el ministro: desmoralizar a los servidores más devotos, a los consejeros más escuchados por el Amo, ganarlos para la idea de una abdicación voluntaria que aseguraría a la nación un Gobierno elegido por ella y, quizá, el mantenimiento en el trono de la dinastía Bonaparte y, por otro lado, sobreexcitar el espíritu de independencia y oposición de la Cámara, haciendo que temiese todo del César acorralado.

*

El 20, por la mañana, el príncipe José reunió en su casa a los ministros y les comunicó la terrible noticia: inmediatamente fueron examinadas todas las hipótesis y apasionadamente discutidas. El principal obstáculo de los proyectos de Fouché le pareció ser entonces Camot; éste se mostraba dispuesto a aconsejar una defensa a ultranza, para la cual el buen patriota se declaraba dispuesto a poner al servicio del emperador su fe, su talento y su experiencia. Felizmente para Fouché, el «organizador de la victoria», por enérgico que hubiese sido en 1793 era, sin embargo, en muchos aspectos, un hombre de deber más que un hombre de acción y, sobre todo, que un hombre de Estado. Cuando se le trataba imperiosamente un deber, lo cumplía enérgicamente; cuando su conciencia le dictaba un parecer, una actitud, sostenía ese parecer, conservaba esa actitud con mucha convicción y autoridad; pero si no encontraba a su alrededor concurso y apoyo —sin desmoralizarse, pero sin ingeniárselas para encontrar combinaciones expertas, sin pensar en concesiones que condujeran al fin deseado por él a sus colegas extralimitados— se resignaba a la derrota de sus ideas, arropándose en su honradez mal comprendida. Fouché conocía desde hacía mucho tiempo a un hombre tan diferente de él y contaba con un estado de ánimo que se lo entregase pronto o tarde. El 20 de junio Carnot opinó que era necesario agruparse detrás del emperador y se obstinó en esa idea, pero sin hacer gran esfuerzo

por incorporar a ella al Consejo ni al Parlamento, sobre el cual hubiera podido —se verá dentro de poco— ejercer más influencia que el duque de Otranto. No habiendo sido seguido su parecer, iba a dejarse llevar un poco por las circunstancias, sancionar la abdicación del emperador, que no aprobaba, aceptando una plaza en el Gobierno que le reemplazaba provisionalmente, hacerse enseguida desposeer de la dirección de ese Gobierno por el hombre del que con justa razón más desconfiaba y, lleno de fe en sus ideas, de devoción en sus principios, encerrándose en una oscura apatía, contribuir, una vez más, a su irremediable fracaso. Cosa curiosa: con un carácter completamente distinto, el ministro de la Guerra, Davout, que en tales circunstancias era, con Carnot y Fouché, el hombre más señalado, tomaba asimismo partido por el duque de Otranto, por una tendencia análoga a la de Camot. Él también estaba por la resistencia, y era una autoridad ese gran soldado; pero más habituado a la táctica de los campos de batalla que a la de las crisis políticas, no dejaba de dar su parecer y de defenderle con energía, pero rechazado este parecer, de buena gana —permítaseme la expresión— lo echó todo a rodar, perjuraba, renegaba de los políticos y, de pronto, por falta de haber cedido un poco, cedió todo.

Será el triunfo de Fouché hacer colaborar a esos dos hombres, que le detestaban, en la obra que meditaba y que ambos repudiaron el 20 de junio. Hacer creer a la Cámara que estaba de acuerdo con Carnot; al ejército, que tomaba consejo de Davout; llevar a su colega del Interior a cederle casi por educación la dirección de los asuntos; a su colega de la Guerra, tan hostil a los Borbones, a aconsejar la llamada ocho días después, ¿era, finalmente, más difícil que hacer de Napoleón el soberano indeciso dispuesto a deponer las armas ante el apremio de sus ministros y de su Parlamento, que llevar a los mejores servidores del emperador, Maret y Reignault, a convertirse en los artesanos de su caída, y a la Cámara casi republicana del 2 de mayo de 1815 a convertirse en el instrumento inconsciente de una nueva restauración borbónica? Tal será, no

obstante, la obra del duque de Otranto durante las cuarenta y ocho horas que seguirán el regreso del emperador a las Tullerías.

Era demasiado previsor, demasiado habituado a mirar de frente la realidad, incluso cuando podía contrariarle, para ocultarse que antes de poco tiempo, de una u otra manera, Luis XVIII estaría en las Tullerías. Lo importante es que fuera instalado allí por sus cuidados, ya que reesta-blecido por una revolución monárquica o por la benevolencia de la alianza, el hermano de Luis XVI volvería a ser el rey de la reacción. Lo mejor era conjurar toda reacción y toda venganza haciéndose él, regicida y ministro de *Bonaparte*, el agente de la Restauración, imponer condiciones, hacer aceptar al rey con los principios de 1789, los hombres de la Revolución y del Imperio y, por decirlo todo, instalarse él, representante de esos principios y de esos intereses, en los Consejos de Luis XVIII. Era, el 20 de junio, un plan de una audacia inconcebible. No hubiese osado seguramente confesarlo ni al Consejo, en gran mayoría devoto en cuerpo y alma a la persona de Napoleón y a su dinastía, ni a la Cámara, profundamente hostil a la rama primogénita, bajo cualquier condición que fuese restaurada. Lo importante del momento era descartar al emperador y hacer tabla rasa; antes de coser, era preciso cortar. Es con lo que, sin duda, soñaba el ministro de la Policía, mientras París esperaba comunicaciones oficiales, el día 19; y es en lo que trabajó desde que fue conocida la punzante noticia.

La parte más fácil del complejo programa parecía la de sublevar la Cámara contra el soberano. Fouché conocía las asambleas, sabía que tenían poca iniciativa y muy poco valor, salvo si tenían miedo. Fouché lo sabía además, habiendo empleado tan maravillosamente el miedo la víspera de termidor para sublevar a la Convención contra su tirano. La táctica seguía siendo buena. Desde el 20 se extendía el rumor en el Palacio-Borbón de que Napoleón no volvía sino con proyectos de dictadura sin control: era, con la disolución de la Cámara, una amenaza directa a los diputados, especialmente odiados por el Amo. Estos rumores de disolución y, también algunos consejos de resistencia, partían del Gabinete del ministro de la

Policía General, desde donde los Jay, los Manuel y otros los propalaban en el Palacio-Borbón. Se decían aún muchas otras cosas: el duque de Otranto, en relaciones con Europa (la cosa se confesaba ahora) se había asegurado —declaraban— que las potencias no odiaban realmente más que al emperador, y que descartado Napoleón, la nación (se entiende la Cámara y sus representantes) sería libre de designar el Gobierno de su elección. Un vago temor, después una gran irritación se manifestó en los pasillos; pronto tomaron fuerza estos sentimientos. Fouché había logrado conquistar a La Fayette: el ilustre personaje tenía —como se sabe— una idea bastante elevada de sí mismo; lo que dejó entrever, y el duque de Otranto le estimuló en un instante, para una tarea admirable: quería ser, una vez más, el campeón de la libertad, de la representación nacional contra el despotismo; era el hombre del momento, como en 1789, como más tarde en 1830, no dándose cuenta nunca de que los taimados se reían de él después de haberle empujado hacia delante. ¡La Fayette creyó servirse de Fouché al que estimaba poco! Después de una entrevista con este último, el noble amante de la libertad apareció en el Palacio-Borbón, donde desencadenó con una frase todos los miedos y todas las cóleras: al oír esta voz conocida y querida, la Cámara enloqueció. El duque de Otranto había maniobrado tan bien por ese lado que, en la mañana del 21, la Asamblea creía realmente que no le quedaba más posibilidad que la de elegir entre la usurpación o su propia caída, y que después de todo debía resignarse de mejor grado a derrocar al soberano que permitir que se la disolviera.

El ministro de la Policía, sin embargo, trabajaba en otra parte: dispuesto de buena gana a derribar al soberano antes que dejarse sentar la mano. Desconfiaba del parlamentarismo, de sus debilidades; no quería por otro lado —hemos visto por qué— la dictadura de La Fayette. No entraba en sus miras que hubiese conflicto y victoria aplastante. Era necesario que el vencido de Waterloo encontrase alrededor suyo, en las Tullerías, servidores desanimados o ganados por las ideas del duque de Otranto.

Caulaincourt, Cambacérès y Davout estaban muy dispuestos a considerar con mirada pesimista la situación del soberano, para que su colega tuviese que esforzarse mucho en sembrar la desmoralización. Pero el auxiliar que había que ganarse sobre todo era el ministro de Estado, Regnault: era un *bonapartista* convencido y, por tanto, poco sospechoso al emperador. Él y Fouché habían estado en otros tiempos en muy malas relaciones, pero desde hacía algunos meses, el duque de Otranto había reconquistado, si no la confianza, al menos la estima de sus colegas por su incontestable desenvoltura. En las relaciones diarias con la Cámara de Representantes, de la que tomaba parte, debido a ello, el ministro de Estado estaba maduro para desalentarse, pues desde hacía dos semanas había comprobado a expensas suyas la hostilidad a veces violenta y tenaz de la Asamblea frente al Gobierno del emperador. Fouché lo tomó como pretexto: miembro de la Cámara y servidor devoto de la dinastía, Regnault era, al decir de éste, el llamado para prevenir todo conflicto entre el soberano y la Asamblea, para el mayor bien de los Bonaparte; ya que al arrancar al emperador una abdicación en apariencia espontánea e inmediata, Regnault salvaría al hijo del gran hombre y a la dinastía Bonaparte. El duque de Otranto iba, pues, a servirse incluso de la lealtad del ministro de Estado, igual que del liberalismo asombradizo de La Fayette. Regnault se dejó sorprender y encomió en todas partes la abdicación. El 21 por la mañana todo estaba dispuesto, los íntimos que rodeaban al emperador, casi todos conquistados por la idea, y la Cámara decidida, por otra parte, a imponerse en caso necesario. El emperador podía llegar.

*

Llegó el 21, por la mañana temprano, extenuado y, metiéndose en la bañera, dejó al Consejo que deliberase sin él durante una hora. Se decidió a ir a presidirlo demasiado tarde.

La actitud del duque de Otranto en el transcurso de esta sesión fue muy prudente: delante de sus colegas, ninguno de los cuales ignoraba, no obstante, sus sentimientos, pareció disimularlos. Dejó a Camot encomiar la resistencia a ultranza, apoyándose en las Cámaras; Davout y Luciano Bonaparte encomiaron, por el contrario, la disolución; Decrès y Regnault insinuaron tímidamente la abdicación. Él no dijo más que al-guiias palabras, testimoniando —escribirá Thiers— «por la desgracia de Napoleón una aflicción que no sentía y por las Cámaras una confianza que no tenía». Aconsejó pérfidamente, como Camot, recurrir a la Cámara; más pérfidamente de lo que se puede pensar, ya que prolongándose la deliberación, el duque de Otranto se inquietaba por la actitud, primero resuelta del soberano, y de las visibles vacilaciones del Consejo, haciendo informar bajo cuerda a La Fayette que se discutía en el Elíseo el proyecto de disolución o de prórroga de la Cámara. La Asamblea se reunía; La Fayette subió a la tribuna y, después de un corto exordio, expuso la proposición que habría de tener tan grandes consecuencias; pidió «que se declarase la patria en peligro, las Cámaras en sesión permanente y culpable de traición cualquiera que quisiera disolverlas o prorrogarlas». Era preciso también llamar inmediatamente a su seno a los ministros de la Guerra, de Asuntos Extranjeros, del Interior y de la Policía, y que rindiesen cuentas del estado de la cuestión; por fin, no pudiendo cuidarse de los viejos amigos, el general proponía poner en pie a la Guardia Nacional en todo el Imperio. Uno de los hombres de Fouché, el diputado Lacoste, apoyó esas proposiciones, que fueron adoptadas durante la sesión, salvo la última, cuyo voto hubiese contrariado ciertamente al duque de Otranto, ya que podía verse nacer allí la dictadura cívica del antiguo comandante de la Guardia Nacional del 89. Nada, pues, podía satisfacer más a Fouché que el voto que le iba a deshacer del vencido de Waterloo, sin estorbarle con el inoportuno general del caballo blanco.

Sin embargo, la deliberación continuaba en el Elíseo, donde el duque de Otranto conservaba una fisonomía hermética ante el

alegato *pro domo* de Napoleón y las objeciones cada vez más osadas de Regnault. La noticia de lo que acababa de suceder en el Palacio-Borbón cayó como una bomba en el Consejo; nadie esperaba la atrevida ofensiva, salvo quizá el Ma-quiavelo de la Policía. Napoleón se mostró en un principio exasperado y, como siempre, manifestó con una salida violenta su resentimiento y su deseo de ir más allá. Los ministros trataron de calmarle, cuando se enteraron con estupefacción de que la Cámara de los pares, mucho más favorable al soberano, sin embargo, había acogido y votado la resolución de los representantes llevada ante ella. Napoleón pareció aterrado y, enfocando la situación con más sangre fría, se calmó de modo brusco y se declaró súbitamente dispuesto a abdicar; añadió, no obstante, que contaba actuar espontáneamente y sin ser invitado por las Cámaras «facciosas». Quería, pues, previamente, animado por Luciano que volvía a encontrar la energía de brumario, desembarazarse de los colegas de La Fayette y de Lanjuinais. Pero Regnault, Davout, Maret, todos esos fieles, demasiado estremecidos desde hacía veinticuatro horas, puesto que así era preciso acabar, parecían poco dispuestos a aprobar semejante resolución, abundante en conflictos: la combatieron, mientras que el duque de Otranto, siempre silencioso, seguía con mirada ansiosa, pero impenetrable, todas las peripecias de un drama cuyo desenlace era para él de tan graves consecuencias.

Tal vez apresuraba a sus amigos del Palacio-Borbón a actuar rápidamente. La Cámara enviaba al Elíseo emisarios encargados de exigir una respuesta. Marchó por fin Regnault, portador, si no de una respuesta firme, al menos de algunas promesas vagas. Era una imprudencia; el ministro de Estado, ya muy estremecido, no tardó —por los clamores, las habladurías, los discursos— en ver completamente confirmada su idea de que, para salvar la dinastía, era necesario que su jefe se sacrificase sin dilación. Se reclamaba la abdicación, querían al duque de Otranto en el hemiciclo; Jay se quejaba amargamente del *ultraje* hecho a la Asamblea por los ministros que, llamados por ella, *desobedecían* sus órdenes, y pidió

que se les convocara otra vez; Manuel ya reclamaba la formación de una *Comisión de Gobierno*. Alarmado, Regnault volvió al Elíseo e insistió sobre la necesidad de dar satisfacción a la Cámara. Un mensaje fue confiado entonces a Luciano; éste llegó a las seis de la tarde al Palacio-Borbón, acompañado por fin de *todos* los ministros en cuyas filas todas las miradas buscaban la indescifrable figura del protagonista del drama político. Se sabe lo que ocurrió en esta memorable sesión. Luciano, bien acogido mientras le creyeron portador del acta de abdicación, fue peor escuchado cuando le vieron proponer simplemente medidas para un acuerdo entre la Asamblea y el soberano. La Cámara desorientada, ¿iba a ceder? Desde entonces, fallido el golpe, Napoleón continuaría en el trono. El duque de Otranto debió de estremecerse; la Asamblea entera le contemplaba, inmóvil y mudo, en el banco de los ministros de donde hasta entonces le había desterrado el Amo. ¿Con qué pretexto podía hablar, decir él, el ministro, la vanidad de esas medidas propuestas por el Gobierno? Pero tenía sus agentes; se les conocía, y fue grande la emoción cuando vieron al mejor de ellos, Jay, subir a la tribuna. Nadie dudó de que el antiguo preceptor de los niños de Otranto no fuese allí el órgano de Fouché. ¿Era posible la guerra incluso dejando a Napoleón a la cabeza de los ejércitos? ¿Lo era la paz con Napoleón a la cabeza del Estado? Éstas eran las preguntas planteadas por Jay. Y como los ministros se encerraban en un silencio trágico, se vio al duque de Otranto levantarse en medio de un estremecimiento de curiosidad. Fue, quizá, una de las mayores traiciones de Fouché, la respuesta en la que, cubriéndose en apariencia con la solidaridad ministerial de la que se le sabía en general poco preocupado, dijo hipócritamente que los ministros, habiendo colaborado en el mensaje, no tenían nada que añadir. Se adivina la inmensa decepción de la Asamblea, el campo abierto a las ironías por esta respuesta pérfidamente dilatoria a las preguntas planteadas. Era complacer a los enemigos del emperador, tan mal defendido. Jay se puso a criticar: el emperador era imposible, odioso a todos los partidos; el ejército, valiente sin duda, pero debilitado

por la derrota de Waterloo; el soberano se había convertido en el único obstáculo para la unidad interior, para la paz con el enemigo; estaba obligado a desaparecer; la Cámara a aceptar, a promover, en caso de necesidad, la abdicación. En vano opuso Luciano un vibrante alegato a esta elocuente requisitoria; no consiguió más que una violenta réplica del general La Fayette, que se hizo célebre. Por lo demás, el duque de Otranto vigilaba; después de Jay era toda la camarilla la que causaba asombro; luego, Lacoste y Manuel subieron a la tribuna e insistieron sobre la necesaria abdicación; sólo, como no era prudente acosar al león herido, los amigos de Napoleón hablaron con grandes miramientos de Napoleón amenazado; no reclamaban la pérdida de un derecho, le rogaban: «¡que abdicara espontáneamente!». ¿No era, sin embargo, tratar a éste como soberano caído al nombrar una comisión que debía concertar «con los ministros» sobre la salud del Estado? Ese «Comité de Salud Pública» reclamado desde el 17 por Barére se encontraba, en efecto, constituido: Fouché desempeñaba allí un papel preponderante entre sus colegas subyugados y los comisarios elegidos bajo su acción.

Era el momento: su juego empezaba a ser conocido en el Elíseo, y el engaño sobrepasaba su disfraz por todos los lados; Fouché permanecía con el emperador en una actitud de compunción y de respetuosa condolencia que colocaba fuera de ellos a La Valette y Savary; éstos, no se habían incorporado nunca a Fouché, como Maret y Regnault, denunciaban su traición; aconsejaban al soberano que pasara más allá; Napoleón seguía flotando entre todas las resoluciones. Fouché ya no vacilaba; no pudiendo disimular que había sido descubierto, comprometido, perdido, si el emperador quedaba en el Poder, como la víspera de termidor resolvió precipitar los acontecimientos. ¡Qué recuerdos debieron traerle estas Tullerías donde la comisión parlamentaria y los ministros deliberaron en la noche del 21 al 22! Allí, el 9 de termidor, vino a conferenciar con los Collot de Herbois y los Billaud-Varenne, en el mismo momento en que Tallien iba a subir a la tribuna para asestar el gran golpe a Maximiliano. En ese mismo decorado, después de diecinueve años,

casi día a día, la misma lucha por la vida, áspera, inexorable, en la que cualquier desmayo podía conducir a la catástrofe.

Toda la noche del 21 al 22 se pasó en deliberaciones de la Comisión. La Fayette, que trató de que se declarara la abdicación, fracasó; pero ¿no era declarar la abdicación de hecho el designar comisarios que, tomados en el seno de la comisión, sin intermediarios, debían negociar con el enemigo, prerrogativa suprema del primer jefe?

Napoleón lo comprendía; luchaba aún tratando de víctimas de Fouché a los que, como Maret y Regnault, continuaban aconsejando la abdicación, aunque notaba en todas partes el terreno minado bajo sus pies.

*

Tanto en el Elíseo como en las Tullerías se deliberaba febrilmente al alba del 22 de junio; con ella amanecía el día de Fouché. La Cámara se reunió a las nueve de la mañana, más alocada que nunca, sintiéndose perdida si Napoleón no abdicaba. Se decía que Grouchy marchaba hacia París con sesenta mil hombres, dispuesto a ayudar al emperador en su resistencia a los votos de la Asamblea, y la noticia fue oficialmente confirmada por el propio Davout. Con este motivo la inquietud resultaba extrema. Era preciso asestar un gran golpe. ¡Se reclamó la abdicación! La intervención del general Solignac no hizo más que aplazar la suprema decisión. Se había concedido una hora al emperador para elegir entre la abdicación voluntaria o la de derechos; el propio general fue encargado de ir a plantear al soberano el ultimátum.

La entrevista fue larga. Por fin el emperador, reunido el Consejo, sin disimular la amargura que le producía el humillante apremio, firmó la exigida abdicación. Mientras redactaba los términos, Napoleón, fijándose en Fouché que escribía, se volvió bruscamente hacia él: «Escriba a esos señores —dijo riéndose—, que estén

tranquilos; van a estar satisfechos». El duque de Otranto, indiferente en apariencia a la ironía de la interpelación, continuó escribiendo al diputado Manuel, a quien trazaba, sin duda, la marcha a seguir. Como si el emperador desde ese momento se hubiese desinteresado de todo, fue al propio ministro de la Policía a quien confió el encargo de ir a leer al Palacio-Borbón el acta de la abdicación. ¡Qué estremecimiento de gozo recorrió a este hombre cuando tuvo en sus manos ese papel donde su victoria estaba inscrita con caracteres inolvidables! Como el 9 de termidor había vencido a quien era más poderoso que él. Pero teniendo más experiencia que entonces de la vida política, consideraba esta vez que su victoria política tuviese mañana. Se acababa de cortar: ahora se iba a coser.

*

A la una de la tarde el duque de Otranto hacía una entrada sensacional en el Palacio-Borbón. Subió a la tribuna, ante la Asamblea en pie. Habiendo acogido con un respeto completamente nuevo esta solemne comunicación la Cámara, el duque de Otranto se creyó en el deber de entrar en este concierto de emoción. «Señores —dijo lentamente—, no es éste el momento en que la Cámara de los representantes debe pronunciarse frente a la nación y a Europa por su libertad, su independencia y el éxito de los principios por los que la nación vierte su sangre y se agota desde hace veinticinco años. No es ante una Asamblea compuesta por franceses donde yo consideraría conveniente recomendar los miramientos debidos al emperador y recordar los sentimientos que debe inspirar en su desgracia. Los representantes de la nación no se olvidarán en absoluto, en las conversaciones que han de establecerse, de estipular los intereses del que, durante largos años, ha presidido los destinos de la patria. Propongo a la Cámara que delibere para que una Comisión de cinco miembros sea nombrada durante la sesión, que se encargue de ir ante las potencias aliadas

para tratar allí de los intereses de Francia, en las circunstancias y en la nueva posición en que se encuentra, y sostener sus derechos y la independencia del pueblo francés. Pido que esta Comisión, nombrada hoy, pueda salir mañana».

Y mientras enterraba bajo estos tristes homenajes al soberano caído, ya se dibujaba en su fecundo cerebro otro plan: el de descartar de la Asamblea bajo la apariencia de una misión patriótica, algunos diputados que consideraba molestos.

En cualquier caso, el discurso era hábil; bonapartistas, republicanos y liberales encontraron en él sus intereses. Pero lo que podía notarse, sin embargo, era la ausencia de un nombre, el de Napoleón II, en favor del que había abdicado el emperador. Fouché ya no quería más, considerándolo imposible para agregarlo a los aliados. La misma Cámara, que la víspera hubiera aclamado al principito, se doblegaba ahora; el duque de Otranto hacía decir que este segundo sacrificio satisfaría al enemigo, y más de un liberal, muy hostil a Luis XVIII, pensaba asegurar así el trono a Luis-Felipe de Orléans. Como, por otra parte, el duque de Otranto no consideraba que la Asamblea, conducida por La Fayette y Lanjuinais, asumiese la dictadura, encontró hábil descartar la proposición que se produjo inmediatamente, tendiendo a erigir la Cámara «en Asamblea Nacional». Por el contrario, hizo votar la constitución de una Comisión de Gobierno, después de haberse asegurado de antemano que La Fayette, Lanjuinais y Flaugergue, las tres cabezas del partido liberal, no serían elegidos. El hecho es que en el primer escrutinio Carnot lo fue por 324 votos y Fouché por 293, mientras que La Fayette no reunió más que 142 sufragios; evi-dentemente, el elemento bonapartista y revolucionario prefería aún al duque de Otranto. El pobre general, burlado por éste como lo fue siempre por los hábiles, debió ver al día siguiente frustrada la comandancia de la Guardia Nacional —que le había sido prometida—, y alejado de París por el duque de Otranto, si bien éste habiendo reducido a Bonaparte el 20 y el 21 a abandonar el Poder gracias a La Fayette, el 22 se desembarazaba de su inoportuno aliado, víctima de su credulidad y,

definitivamente, descartado. Fouché estaba en su derecho de decir a Pasquier el 22: «Reconocerá usted que ha sido bastante labor la realizada dos veces en menos de veinticuatro horas».

Habiendo elegido la Cámara como tercer comisario al general Grenier, los pares completaron la Comisión nombrando a Caulaincourt y Quinette. Pero Fouché consideraba que esta Comisión no fuese un Consejo de regencia, sino un Gobierno Provisional. Por lo que en la noche del 22 al 23, se preparó a rechazar el último asalto que iban a librar en la Cámara de los partidarios de la dinastía. Manuel fue llamado con urgencia a casa de Fouché y éste confió a Pasquier que le había «encomendado hiciera cambiar de opinión a la Asamblea». De hecho, en el momento en que la Cámara quizá iba a proclamar a Napoleón II, fue el amigo de Fouché quien hizo descartar la propuesta con un discurso más hábil que generoso y con el pretexto de que el advenimiento de Napoleón II ni se discutía, el proclamarlo hubiera sido contrario a la Constitución.

Desde el 22 la Comisión se establecía en las Tullerías: esta vez Fouché había vencido bien.

CAPÍTULO XXII

LA COMISIÓN DEL GOBIERNO

La Comisión: Fouché le quita la presidencia a Carnot.—Primera sesión de la Comisión; se erige en Poder Ejecutivo. Manuel impide la proclamación de Napoleón II.—Fouché se enfrenta con los agentes monárquicos. Irritación de la Comisión: escena violenta entre Carnot y Fouché.—Éste obliga al emperador a abandonar el Elíseo.—Fouché se convierte realmente en el jefe del Poder Ejecutivo.—Medidas que toma la Comisión.—Fouché aleja también a La Fayette.—Davout reclama la restauración de Luis XVIII bajo condiciones; fracaso fortuito de la proposición.—La Cámara comienza a insurreccionarse. Misión cerca de Wellington.—Fouché hace acometer a Davout por Vitrolles. El mariscal renueva su proposición, luego la abandona y se ofrece para combatir; el duque de Otranto promueve un consejo de guerra que desanima toda resistencia.—Nombramiento de nuevos plenipotenciarios. La «convención» de París.—Fouché contiene al ejército exasperado; desarma los partidos e impide todo conflicto.—Agonía de la Comisión.—Nueva misión cerca de Wellington.—Entrevista, en Nevilly, del duque de Otranto con los hombres de Estado de la coalición; actitud intransigente de Fouché, que desconcierta las esperanzas de sus interlocutores.—Fouché vuelve a París y provoca manifestaciones que considera útiles.—Popularidad de Fouché entre los que rodean al rey; se le declara necesario. El conde de Artois aconseja recurrir a Fouché; Luis XVIII cede.—Entrevista en Nevilly de Fouché, Talleyrand y Wellington.—El duque de Otranto acepta el Ministerio y promete una vuelta tranquila del rey.—Entrevista de Luis XVIII con Fouché.—La Comisión se disuelve.—Fouché presta juramento al rey.

La Comisión elegida por las Cámaras en la jornada del 22 de junio se componía, como hemos visto, de Carnot, de Caulaincourt, duque de Vicence, del general Grenier, del exsenador Quinette y del duque de Otranto. Tal composición no dejaba de causar cierta aprensión a éste. Sin embargo, había sostenido en la Cámara alta la candidatura del duque de Vicence y de Quinette, a quienes

consideraba poco peligrosos. No es menos cierto que Caulaincourt no había aceptado este cargo más que a instancias del emperador, al que parecía tener que representar, y que Quinette, antiguo convencional regicida, debía de ser muy hostil a toda negociación con los Borbones. El general Grenier pasaba por aficionado a los Bonaparte. Pero Carnot, sobre todo, parecía tener miedo. De una integridad respetable, desde hacía tres meses estaba en guardia más que ninguno contra las intrigas de Fouché. Era, a la vez, devoto de la Revolución, cuyo nombre le evocaba los más gloriosos recuerdos, y del emperador, al que no dejaba de ver. Por otra parte, era la única personalidad oponible a Fouché, y la votación de la Cámara, donde había conseguido treinta y un votos más que el duque de Otranto, le confería una nueva fuerza moral que podía intentar hacer valer, para ponerse a la cabeza del Gobierno. Pero ¿cómo podía Fouché, simple miembro de la Comisión, llevarla a donde se proponía? Así, pues, Carnot parecía creer desde el principio, que la mayoría obtenida por él en el Palacio-Borbón le aseguraba, de oficio, la presidencia.

La emoción de Fouché debió de ser grande cuando, en la tarde del 22, recibió una auténtica circular en la que Carnot, atribuyéndose, de derecho, la presidencia, le convocaba con sus tres colegas, a su Ministerio del Interior. Sin mandarle ni siquiera una contestación y fingiendo no haber recibido su carta, el duque de Otranto, cogiendo rápidamente la pluma, dirigió por su parte una circular muy parecida, para invitar a los cuatro comisarios a presentarse al día siguiente, a las ocho de la mañana, en las Tullerías, «para constituirse».

Como siempre, Carnot cedió. Fue a las Tullerías, encontró allí al duque de Otranto instalado, así como a sus colegas. «¿A qué llama usted constituirnos?», preguntó el ministro del Interior. «Pues —respondió Fouché— elegir nuestro presidente y nuestro secretario». Y para ocultar lo que tal proposición tuviera de contrariedad para las pretensiones de Carnot, y quizá con la secreta esperanza de provocar la respuesta que siguió, añadió rápidamente: «Le doy mi

voto para la presidencia». «Le doy el mío», respondió Carnot con una educación que se transformaba aquí en irremediable debilidad. Los otros siguieron: como si se tratase de una cosa natural. Garnier habló inmediatamente de instalar al duque de Otranto en el sillón; Caulaincourt y Quinette aprobaron con un gesto y, sin hacerse rogar, el hombre hábil ocupó la presidencia.

Carnot no pudo equivocarse en ello: Se la había jugado. En ese hombre bastante rudo, pero de una nobleza y una rectitud incomparables, no prevalecía ninguna baja inquietud, ningún rencor por haber sido descartado tan rápidamente, pero sí una desconfianza aumentada a diario contra el presidente de la Comisión. Fingirá desde entonces oponer a las salidas familiares o cínicas de Fouché una gravedad fría que, después de todo, podía serle molesta, pero nunca entorpecerle seriamente; trató entonces, para disminuir el papel del presidente, de restringir el de la Comisión, simple manifestación de las Cámaras —hacía observar—, y no Gobierno ejecutivo. El duque de Otranto se encogía de hombros.

Además de ello, desde la primera sesión, la Comisión parecía asumir, por el contrario, bajo la acción de su presidente, el papel que Carnot le negaba. Se nombraron ministros, y un adjunto al secretario de Estado, secretario de Gobierno, conde Berlier.

Ese día fue cuando Manuel, en cierto modo, le aseguró el carácter de Gobierno haciendo fracasar en el Palacio-Borbón la solemne proclamación de Napoleón II. Fouché, apoyándose en este hecho, había sustituido la proclamación del conde Berlier, considerada demasiado favorable a la dinastía, por otro alegato redactado por él, donde no se nombraba a Napoleón II.

*

El primer acto del drama fue la abdicación del emperador, obtenida por Fouché bajo la apariencia de asegurar el trono a su hijo con el concurso de ministros bonapartistas; el segundo, la

introducción del duque de Otranto, como representante de los adversarios de los Borbones, en las Tullerías, donde se descartaba, sin embargo, hasta la sombra del pequeño emperador. Empezaba el tercero. El antiguo convencional regicida, el antiguo ministro de los Imperios, el mandatario de los Barère y de los Cambon, se enfrentaba, el día 24, con el representante titular de los hermanos de Luis XVI, barón de Vitrolles.

El barón estaba, como se recordará, a su disposición en la Abbaye-aux-Bois. El 23, el agente monárquico se enteró de la caída del *tirano*, de la elevación al Poder de Fouché y de su propia puesta en libertad. Salió lleno de gratitud hacia el antiguo ministro de la Policía, cuando recibió un mensaje. Se le llamaba para presentarse a las siete de la mañana, el 24, en el hotel del duque de Otranto. Se dirigió allí y conferenció largamente con él. «Va usted a encontrarse con el rey —le dijo Fouché—; le dirá que estamos trabajando en su servicio y, aunque no vayamos derechos del todo, terminaremos por llegar a él. En este momento tenemos que atravesar por Napoleón II y, probablemente, después, por el duque de Orléans, pero finalmente llegaremos a él». Vitrolles se indignó con estas esperas. «No le digo —replicó el otro— que es precisamente lo que yo quisiera, pero es lo que preveo que ocurrirá. Ya he desbaratado, en cierto modo, la soberanía de Napoleón II…» Desintieron. Fouché hubiera preferido ver marcharse al barón junto a Luis XVIII para asegurarse desde ahora su devoción. Vitrolles prefería quedarse en París; obtuvo la autorización. Era dar un jefe a los monárquicos sobre el terreno, organizar una especie de Gobierno borbónico precursor. Pero bien pensado, era bastante cómodo para el duque de Otranto negociar con este grupo y entregarse así a las influencias que le eran personalmente favorables.

Probablemente fue ese mismo día cuando el duque de Otranto tuvo con Carnot la escena de la que Berlier nos dejó testimonio escrito. La Comisión había sido convocada para las once. Reunida ahora en las Tulle-rías esperó a su presidente, con tanto peor humor cuanto que habían visto entrar al barón de Vitrolles en casa del

duque de Otranto. Escandalizados del desenfado de su colega y del motivo del retraso, los comisarios le hicieron buscar y, cuando apareció se produjo un altercado bastante violento. Carnot se quejó vivamente del retraso. «Nos hemos enterado —dijo con rudeza— que por conferenciar con los agentes de Luis XVIII deserta usted de su puesto». El duque de Otranto afrontó las salidas más desconcertantes. Pareció más sorprendido que aturullado: «El barón de Vitrolles no era en absoluto un agente del rey —contestó con calma—; sus conferencias con él tenían como objeto únicamente procurar al país y, sobre todo, a los patriotas, condiciones, en el caso probable y verosímilmente cercano en que hubiera que hacer un arreglo con las potencias extranjeras apoyando a los Borbones». La frase estaba lanzada: «¿Y quién le ha encargado semejante misión? —replicó Carnot—. ¿Cree constituir usted solo la Comisión del Gobierno? ¿Tiene tanta prisa por entregar Francia a los Borbones y se lo ha prometido?» «Y usted —replicó agriamente Fouché— ¿cree servir al país por una veleidad de vana resistencia?» El duque de Vicence, que parecía conquistado por Fouché, y el exconvencional Quinette intervinieron entonces. Se decidió que Vitrolles sería detenido de nuevo, y la orden dada al prefecto de la Policía. El duque de Otranto pareció desinteresarse de esta decisión; se contentó con prevenir bajo cuerda al agente del rey por Fabri y pudo continuar clandestinamente unas relaciones que habían sido entabladas de forma demasiado manifiesta. Por otra parte, hasta le fue útil la resistencia de la Comisión. Sin duda —decía de buena gana a Vitrolles—, él hubiese preferido no esperar la ley del extranjero para proclamar a Luis XVIII, pero él solo no podía hacer nada; era preciso llevar poco a poco a todo el mundo a tal determinación, ayudarse de los acontecimientos, que la facilitarían. Se perdería todo de querer lograrlo con un asalto, ya que Napoleón estaba todavía en el Elíseo. Él se encontraba en minoría en la Comisión: en las Cámaras tropezaba de momento con una oposición invencible. Era preciso esperar, combinar, andar con rodeos. «Este jugador de grandes partidas —escribirá Vitrolles— encontraba una

digna de él por su importancia, sus peligros y la gravedad del riesgo».

Ante todo, le molestaba el emperador en el Elíseo. Sabiéndole desconfiado y receloso, le asediaba con opiniones y advertencias caritativas. El exemperador —decía— corría los peores peligros. El emperador comprendió o fue víctima de su credulidad y se fue, retirándose a la Malmai-son. Fouché respiró: él era el único soberano en París, entre ese emperador caído, en la Malmaison, y ese muy caído, todavía en Cambray.

En efecto, era o parecía el único jefe de Estado, el hombre cuya firma aparecía sola al pie de las actas de la Comisión que, en quince días, llenó el *Monitor* con sus decisiones, nombramientos y proclamas. La Comisión, que ahora se reunía regularmente dos veces al día autorizó, sin embargo, a Davout para organizar la defensa de París por todos los medios. Así, pues, a la misma hora, de creer a un contemporáneo muy hostil a Fouché, es cierto que éste apremiaba a los aliados: «Llegue, aunque no sea más que con las avanzadillas, pero llegue —escribió a Wellington—. El Gobierno Provisional le garantiza que no tendrá que librar ninguna batalla».

La influencia del duque de Otranto en la Comisión aumentaba. Era el único que quería algo y caminaba hacia su finalidad con prudencia y resuelto. De esta forma hizo que se decidiera, y se vanagloriaba de ello ante Vitrolles, que las actas de la Comisión se dieran *en nombre del pueblo francés*, descartando deliberadamente a Napoleón II que, hasta entonces era, en principio, el soberano legal. También era él quien colocaba un vigilante al emperador, retirado en la Malmaison, y se hacía encargar por sus colegas, el 26 de junio, de notificar a los príncipes de la familia imperial que su alejamiento se hacía necesario para la tranquilidad del Estado y de su seguridad personal.

El mismo día el duque de Otranto dirigía a las Cámaras una nota en la que ensalzaba la infatigable actividad de la Comisión y su patriotismo, las tranquilizaba con relación a la defensa y añadía que

ella «no exageraría ni disimularía los peligros y, cualesquiera que fuesen continuaría fiel a la patria».

Sentía la necesidad de tranquilizar al Parlamento, donde se alzaba ahora contra él una sorda y violenta irritación; en vano ocupaba a los representantes en discutir el proyecto de Constitución que sabía mejor que nadie nacida muerta. La Cámara, inquieta, flotaba entre opiniones y resoluciones opuestas, pero dejaba oír palabras de desconfianza y de cólera.

Sin embargo, había alejado inteligencias importantes: La Fayette, Sé-bastiani, De Argenson, Pontécoulant, De la Forest y Benjamín Constant habían marchado el 23 al campo de la coalición, encargados de estipular la integridad del territorio, la independencia de la nación, la soberanía de Napoleón II, etc. Los plenipotenciarios, antes que presentarse a los soberanos tenían que obtener de los generales aliados un armisticio previo, necesario para las negociaciones. Pero el 26 no se tenía ninguna noticia de ellos.

Así, Fouché permanecía escéptico sobre el resultado de su misión y poco deseoso, quizá, de verla resuelta, ya que consideraba, siguiendo la expresión de Pasquier —su confidente por aquel entonces—, que «nada concluía de otro modo, sino por mediación suya». ¿Por qué iban a ceder los soberanos ante La Fayette y Constant después de Waterloo, lo que él, Fouché, no había podido obtener antes: la restitución de Napoleón II a su buen pueblo? En París, el partido monárquico empezaba a agitarse. El barón de Vitrolles, a petición del duque de Otranto, trataba de apaciguar las impaciencias, pero tenía que luchar contra un grupo emprendedor, que había prescindido gustoso de Fouché para proclamar al rey y quería provocar un movimiento en tal sentido; el duque de Otranto debía de estremecerse, ya que eso hubiera sido irse a pique en el propio puesto. Pero tenía otro plan, al concebir súbitamente y dar a los monárquicos la idea de conquistar a Davout, que vendría a proponer a la Comisión lo que el duque de Otranto vacilaba en imponer. El mariscal, sondeado y ganado por el duque de Reggio —por consejo de Fouché— pareció prestarse a la combinación, y lo

hizo saber al duque de Otranto, quien para dar mayor solemnidad al golpe teatral y arrastrar a la mayoría de la Comisión, convocó, para el 27, a los presidentes de las dos Cámaras para reunirse en el Gobierno; hizo ingresar entonces en la Comisión así aumentada al ministro de la Guerra. Éste, en primer lugar, dio noticias poco tranquilizadoras sobre la marcha de los aliados y, bruscamente, concluyó que no había que perder ni un instante en enviar a Luis XVIII plenipotenciarios que le pidieran entrase en París sin guardia extranjera, que conservase los colores nacionales, que garantizase la seguridad de personas y propiedades, mantuviese las Cámaras y conservase en sus puestos a los funcionarios públicos y a los oficiales en sus grados. El mariscal, leal siempre, no hizo ningún misterio de su entrevista con el duque de Reggio, añadiendo que éste se había encargado de notificar a los monárquicos tales condiciones expresas. La propia lealtad del príncipe Eckmuhl causó impresión; tal vez iba a conseguir la adhesión de la Comisión a una propuesta tan audaz que Fouché no osaba sostener por temor a hacerla fracasar; sin embargo, el duque de Otranto instaba ya a los dos presidentes a preparar las Cámaras a esa adhesión, cuando se produjo un incidente que lo hizo fracasar todo. De pronto llegó el primer informe de los plenipotenciarios en camino para reunirse en Haguenau, con los soberanos aliados; habían visto en San Quintín a los oficiales prusianos, quienes les aseguraron que la abdicación de Napoleón I ciertamente contentaría a los aliados, no haciendo éstos —añadieron— en absoluto del restablecimiento de los Bor-bones la condición *sine qua non* de la paz, ni la consecuencia necesaria de la guerra. Eran estos *se dice* que La Fayette y sus colegas, prontos a la esperanza o, quizá, en la secreta esperanza de molestar a Fouché, habían hecho objeto de un informe, exagerando la importancia y sin examinar el fundamento.

Fuese lo que fuese, estas noticias daban a la situación una nueva fase y tenían como primer objetivo hacer fracasar la combinación soñada por el duque de Otranto. Éste, de muy mal humor, tuvo que revocar la misión que acababa de encargar a los presidentes de las

Cámaras y pensar en otras negociaciones. Cinco nuevos plenipotenciarios fueron encargados para ir al campamento de Wellington, portadores de una carta del duque de Otranto para el generalísimo inglés.

*

Hubo allí una falsa maniobra que debió de preocupar mucho a Fouché. Había desenmascarado sus baterías, aunque las había hecho servir por Davout, y no tardó en extenderse el rumor de que el jefe del Poder Ejecutivo enfocaba sin repugnancia la llamada a los Borbones. La Cámara, que se sentía engañada por Fouché desde hacía ocho días, se mostró muy conmovida, no queriendo ser cómplice, y la agitación fue especialmente fuerte en lo que podemos llamar la extrema izquierda de la Asamblea, donde antiguos partidarios de la Montaña fraternizaban ahora con bona-partistas convencidos, en un odio y un miedo comunes hacia los Borbones. La exasperación de los representantes fue tal que, el 27, hicieron ante Carnot una gestión amenazadora, afirmando que estaban dispuestos a presentar aquella misma tarde una solicitud para que se acusara a Fouché, aunque éste tuviera que pagar con su cabeza. «Nada de cabeza, señores —contestaría el antiguo colega de Robespierre—; si cae una sola caerán miles y nadie podrá impedirlo». Félix Desportes, exconvencional, que detestaba personalmente a Fouché, y el republicano Durbach fueron entonces a casa del presidente de la Comisión, al que hicieron una escena violenta, acusándole de traicionar la confianza de las Cámaras, la de los patriotas y la de los amigos de la Revolución en provecho de los Borbones. El duque de Otranto tuvo la audacia de enseñarles su carta a Wellington. Esta carta era muy ambigua; pero los dos hombres estaban tan convencidos de la traición formal y completa del antiguo convencional, que esta misiva, que en otros tiempos hubiese seguramente excitado su desconfianza, pareció satisfacerles. Se

quedaron, incluso, tan impresionados, que para no aparecer ante sus colegas como si hubiesen sido burlados por palabras falaces, pidieron al duque de Otranto que les dejase copia de esta carta, para enseñarla en la Asamblea; extraño mego que debió de arrancar una sonrisa al autor de la carta. La lectura produjo, no obstante, en los pasillos del Palacio-Borbón el mismo efecto paradójico, y durante veinticuatro horas, el duque de Otranto, que la víspera había sido atacado, vilipendiado y acusado de traición, no parecía ya a todos más que un piloto hábil, conduciendo a través de mil escollos el barco que amenazaba hacer aguas por todas partes.

Así, pues, el mismo día, Pasquier y Vitrolles, al salir de casa de Fouché, aseguraron al mariscal Macdonald que el duque de Otranto «estaba por los intereses del rey», y que el jefe del Gobierno «no hacía nada sin consultarlos o prevenirlos». Esta conexión tenía como finalidad paralizar y prevenir todo movimiento monárquico que, según su plan, Fouché juzgaba prematuro.

*

En efecto, tenía necesidad de concentrar toda su atención sobre los acontecimientos que se desarrollaban entre los muros de París. Una parte de las tropas de Grouchy, a las órdenes de Vandamme, acababa de aparecer. Yéndole a los alcances las de los aliados, parecía inminente una gran batalla. Desde el 28 la Comisión dirigía a la Cámara declaraciones sobre informes, todos bastante pesimistas. Un mensaje a las dos Cámaras proponía que se declarase el estado de sitio que, en efecto, fue declarado. Se tomaron medidas para la defensa de los accesos a París y «para asegurar la tranquilidad y la seguridad internas».

Este gran alboroto, en el entendimiento de Fouché, no estaba destinado más que a que todo el mundo abusase; estaba dispuesto a cualquier cosa antes que dejar que se librase una batalla. Y en estas circunstancias, ¿cómo formularle quejas? La humanidad y el

patriotismo estaban muy de acuerdo allí en sus cálculos y sus intereses personales puesto que el 28, el duque de Otranto recibía una carta de Davout donde declaraba el valeroso soldado «que no había un instante que perder para adoptar las propuestas que había hecho la víspera». «Lo repito —escribía el ministro de la Guerra—, es necesario proclamar a Luis XVIII, pedirle que haga su entrada sin tropas extranjeras, que no deberán entrar nunca en París; Luis XVIII debe reinar con la nación, único medio "que puede salvar a nuestra desgraciada patria"». Esta declaración debería encantar al duque de Otranto; sin embargo, pareció apresurarse poco en acogerla; sin duda había reflexionado, temía que la proclamación de Luis XVIII encontrase todavía en ese momento, en las Cámaras y en París, una oposición demasiado grande. Bien considerado todo, prefería no ver ahora al mariscal asumir ese papel de Monk que se había reservado; siendo así que no había podido arrancar de Vitrolles más que vagas promesas de «gratitud» de parte del rey. Con lo que se quedaba de la carta del príncipe de Eckmuhl, era con la necesidad de un armisticio. Era partidario de negociarlo; no obstante, hacía observar al mariscal «que era preciso saber lo que quería el enemigo»; un «comportamiento mal calculado» podía permitir a Luis XVIII eludir toda condición. Fouché autorizaba a Davout para negociar simplemente el armisticio «haciendo todos los sacrificios compatibles con los deberes del Gobierno y la dignidad de Francia». Al mismo tiempo, rechazaba, con una violencia rara en él, el ofrecimiento que el emperador caído hacía a la Comisión de volver a ponerse, en calidad de simple general, al mando de las tropas; apresuraba la marcha del exsoberano, que fue anunciada el mismo día en las Cámaras por un mensaje firmado por el duque de Otranto.

La situación era muy escabrosa y se hacía más a cada momento. La Comisión, aunque sin ponerse en evidencia, continuaba vigilando con desconfianza las gestiones de su presidente. Detrás de esos elegidos de las dos Cámaras, Fouché notaba al Parlamento profundamente hostil, como ellos, a una restauración de Luis XVIII y, detrás de las propias Cámaras, una turba de federados patriotas

muy excitados, que llenaban París de amenazas groseras y violentas contra los Borbones y los traidores, entre los cuales se empezaba a poner al jefe del Poder Ejecutivo. Mientras los monárquicos soportaban difícilmente las llamadas del duque de Otranto a la paciencia, temiendo ser finalmente burlados, los representantes del jacobinismo y del bonapartismo se unían de nuevo contra su antiguo correligionario, obligado así a andarse con rodeos. En la Cámara, si hemos de creer a Barante, no pasa un día, del 27 de junio al 3 de julio, en que no corra el riesgo de no ser denunciado a la tribuna y puesto en la picota.

A todos, por lo demás, oponía una cara tranquila, ya que durante estas crisis era cuando este hombre, ordinariamente flexible, mostraba una rara firmeza. Gaillard, que le seguía a todas horas, no era el único en admirarle, desafiando los gritos de muerte de los federados, ahora de una mano los monárquicos demasiado apresurados y de la otra los diputados muy poco resignados a dejarse llevar. Sin embargo, temiendo ser raptado, desde el 29 hizo custodiar su hotel por la Guardia Nacional. El mismo día escribió a la monárquica marquesa de Custine: «No tiene usted nada que temer, tenga confianza en mí; no obstante, estoy solo para hacer frente al huracán. Créame que, en mi posición, no pienso más que en la patria, y el cansancio que experimento no proviene de un obstáculo en las cosas, sino en los hombres a los que estoy asociado».

Decía la verdad. Su posición era tal, que se encontraba forzado a emplear la clandestinidad en sus relaciones con los aliados. Mientras dirigía a Wellington esta carta, por lo demás, muy equívoca, que dejaba o hacía leer a los ingenuos oponentes de izquierdas, le enviaba más secretamente, otro mensaje, que confiaba a un agente bastante turbio, el romano Macirone, entonces a su servicio. Este antiguo agente de Murat abandonaba París el 29, escondiendo en las medias una misiva en la que Fouché —dicen— suplicaba al noble lord que se apresurase. Sobre todo, Macirone debía sondear al gran jefe inglés y sacarle la confesión de sus proyectos, que el duque de Otranto se comprometía a servir en todos los casos: sabiendo que el

vencedor de Waterloo poseía una gran influencia sobre Luis XVIII, Fouché quería conquistarle antes que a nadie, con la idea, ahora parada, de imponerse como ministro del Rey Cristianísimo.

*

Así, sabía que ahora podía ambicionarlo todo. El conde de Artois, que le había protegido desde 1814, no era hombre para guardarle rencor por haber aceptado del usurpador las funciones que le habían permitido salvar a su muy querido amigo Vitrolles; los que le rodeaban, le seguían. El mismo Vitrolles le escribía sin ambages que Fouché era el hombre de la situación, el único capaz de facilitar el regreso del rey. Además, el rumor general era que siendo favorable a los jefes aliados, imponía a Francia el Gobierno de su elección.

El apoyo principal del hombre era, en efecto, Wellington. El noble lord, por lo demás, había encargado al agente Macirone de tales frases que Fouché debía sentirse, de modo personal, completamente tranquilo respecto al porvenir. En la actualidad lo estaba menos, en el seno de las Cámaras y de la Comisión, donde no mantenía su influencia más que por una sangre fría en el que llegaba hasta la insolencia, crecía contra él la irritación. En verdad esta situación no podía prolongarse mucho tiempo. Había pensado, pues, en recurrir de nuevo al mariscal Davout. Le hacía trabajar por Vitrolles con el fin de que pusiese en marcha las ideas que había expuesto en el Consejo del 27 y en su carta del 28 y que se convirtiera, el primero, en el autor de una propuesta de capitulación de París y de restauración borbónica. Vitrolles, que se había convertido en el hombre para todo de Fouché, marchó al Cuartel General. La desgracia fue que se encontró allí con diputados que la Cámara había enviado a Davout, lo que dio lugar a una escena de las más violentas. La Cámara, desconfiada, para hacer fracasar al duque de Otranto, pareció más dispuesta que antes a proclamar sencillamente a Napoleón II. La Comisión, por su parte, estaba conmovida por el

incidente; Carnot había interpelado en vano a Fouché sobre la libertad que se daba a Vitrolles, a despecho de las decisiones firmes del Gobierno con motivos de las relaciones del agente de Luis XVIII con el jefe del ejército; el duque de Otranto contestó, agriamente, que no tenía nada que decir en nombre del mariscal, y que en cuanto a él, no tenían más que acusarle ante las Cámaras y que se defendería. El hombre que había desafiado a Robespierre y a Bonaparte no podía dejarse intimidar por Carnot, que guardó silencio, no teniendo además ninguna razón que imponer a la de Fouché.

Desgraciadamente, el jefe del Gobierno encontraba en otro terreno —en el militar— adversarios más resueltos. La idea insensata, hay que decirlo, de defender París, libre de enterrarse bajo las ruinas de la capital, parecía hacer grandes progresos desde que los soldados de Exelmans y de Vandamme habían logrado algunas ventajas entre París y Versalles sobre la caballería prusiana. El mismo Davout, sin estremecerse con sus ideas de ciudadano perspicaz, vacilaba ante las espantosas consecuencias que tarde o temprano debían resultar de una acción, incluso con éxito, a las puertas de París. Se hallaba en esta disposición, cuando el 1 de junio recibió de Fouché, y luego de la Comisión una convocatoria para que se presentase ante ésta para una deliberación decisiva.

La Comisión había trabajado mucho la víspera. Como siempre, el duque de Otranto le había dictado dos soluciones que cuadraban con su política, bajo la apariencia de medidas de seguridad pública.

El 30, al atardecer, los plenipotenciarios enviados a Wellington volvieron a París, y el duque de Otranto escuchó la relación de su embajada, con interés un poco afectado, ya que conocía secretamente el resultado por medio de Macirone. El presidente, que había tenido tiempo de quitar las baterías decidió entonces que había lugar para comunicar el rechazo del armisticio y otras graves noticias, en una solemne reunión análoga a la del 27. Independientemente, los cinco miembros de la Comisión, los ministros y las oficinas de las Cámaras, llamaron a los mariscales

Soult, Lefebvre, Masséna y los lugartenientes de Davout. Fouché se encargó de exponer los hechos acaecidos desde el 21 de junio, limitándose a una pregunta: «¿Irá el ejército al encuentro del enemigo y le ofrecerá batalla?» Uno de los secretarios de la Cámara, Clément du Doubs —uno de los amigos de Fouché—, volviéndose entonces hacia los mariscales, les pidió que se pronunciaran categóricamente. Masséna tomó la palabra. Pero habló de una manera ininteligible y sin concluir; los otros guardaron silencio. Por el contrario, los secretarios de los pares, Forbin-Janson y Thibaudeau, que empezaban en su odio a los Borbones, a separarse de su viejo amigo Fouché, se mostraron dispuestos a la resistencia. Thibaudeau interpeló al propio Davout quien, no queriendo quedarse rezagado en valor con los parlamentarios, engañó súbitamente la esperanza de Fouché, pronunciándose en favor de la batalla. El Consejo pareció entonces más agitado que desorientado. El mismo Carnot, tan poco dispuesto a hacerle cl juego a Fouché se mostró aterrado de la inmensa responsabilidad en que iban a incurrir. Se detuvieron en una nueva moratoria. Davout reuniría un consejo de guerra y deliberaría con sus lugartenientes.

El fracaso que acaba de sufrir Fouché era, por tanto, reparable. Era suficiente redactar de tal manera el cuestionario sometido a los generales que las respuestas que hicieran pareciesen imponerse. Fueron, en efecto, tan desalentadoras como podía desearlas el duque de Otranto. Las recibió, pues, sin sorpresa, pero con alegría en la noche del 1 al 2, y las transmitió por la mañana a sus colegas. Éstos se inclinaron, engañados una vez más por su presidente y, cediéndole desde ahora la dirección absoluta de los acontecimientos consintieron en confiar a dos de sus agentes personales, Macirone y Tromelin, la misión de ir a llevar a Wellington y Blücher, con las condiciones de la Comisión, los consejos secretos de su presidente.

*

Estas jornadas tan apretadas fueron, naturalmente, muy agitadas. Fouché notaba aumentar por todas partes la oposición y apoderarse la fiebre de todos los grupos; su posición no podría mantenerse cinco días después; estaba asediado por solicitudes, recriminaciones y amenazas. La hostilidad de la Cámara se había manifestado bastante abiertamente contra el duque de Otranto, en favor de Napoleón II. Por otra parte, los partidarios del duque de Orléans le obsesionaban con sus peticiones. Los monárquicos, finalmente, le producían gran preocupación. El Comité de acción monárquico empezaba a manifestar su impaciencia por la sujeción en que le tenía Fouché por medio de Vitrolles y Pasquier; se manifestaba el engaño, no se trataba en absoluto con miramientos «al regicida». Fouché se quejaba amargamente a la marquesa de Custine, de «esos imbéciles que herían la opinión», y a Pasquier, de «esos torpes de Gand» que querían apresurarle a riesgo de hacer caer su cabeza. Eso no era todo: a pesar de las medidas adoptadas, federados y soldados llenaban las calles con sus violentas reclamaciones, ejército sin jefes, dispuesto a los peores excesos; presentaban al menos una ventaja para Fouché, provocando miedo en las Cámaras y en la Comisión, que no hubiera osado sacrificarles al duque de Otranto y, sobre todo, mostrando a los monárquicos en la persona de éste, el único hombre capaz, después de haber impuesto a los miembros de la Comisión, del Parlamento y del Estado Mayor la restauración de Luis XVIII, de asegurar a éste una entrada garantizada, digna y tranquila en un París en ese momento tan agitado. Desde entonces explotaba esta situación para arrancar, finalmente, promesas al rey. Introduciendo a Macdonald, uno de los jefes monárquicos, en los salones de las Tullerías, le hacía testigo de las recriminaciones, de las amenazas contra cualquiera que aceptase la Monarquía, sin la escarapela tricolor por lo menos. «Son unos locos», decía; pero no dejaba de tomar como pretexto tales escenas para insistir cerca del mariscal, uno de los consejeros escuchados del rey, y rogarle que obtuviera de Luis XVIII las concesiones necesarias. La más esencial —que no confesaba todavía— era su

entrada en el Consejo, pero no hablará más que de la bandera tricolor.

La desgracia estaba en que si París se mostraba hostil a toda restauración, los aliados tampoco eran unánimes a subordinar a ello la paz. Blücher marchaba sobre la capital, infinitamente menos deseoso que Wellington de evitar la batalla. Al prusiano, galófobo rabioso, le importaba un bledo la restauración de Luis XVIII y la entrada de Fouché en el Consejo del rey, la bandera blanca o la bandera tricolor. El general Tromelin, enviado por éste a Blücher, había vuelto a París en la tarde del 2, después de un total fracaso junto al capitán general. Éste declaró que no reconocía ningún poder legal a las Cámaras ni a la Comisión, y no trataría con autoridades que la alianza no quería conocer. Los prusianos se establecieron entonces en las alturas de Meudon y de Sèvres, mientras los ingleses se aproximaban a Saint-Cloud. Como Davout había respondido a este movimiento tomando una sólida posición, la batalla parecía inevitable. ¡Cómo calcular las consecuencias!

Fouché estaba dispuesto a todo, para evitar semejante conflicto. El 3 hizo que se decidiese el envío de tres nuevos plenipotenciarios a las avanzadas prusianas; el hombre hábil no perdía la esperanza de domesticar al terrible capitán general. Bignon, el general Guillemot y el prefecto de Bondy eran portadores de tres proyectos de capitulación, de los cuales el más oneroso —que no debían proponer más que en un caso muy extremo— implicaba la entrega de París a los aliados, la retirada del ejército francés más allá del Loira y la protección de la capital confiada sólo a la Guardia Nacional. Para defenderse aún a los ojos de la nación, el duque de Otranto ordenó a los negociadores que pasaran por las avanzadas de Davout. Éste, después de echar un vistazo sobre las posiciones del enemigo, hubo de reconocer que el único partido que podía tomarse era el de negociar a cualquier precio. Tenía razón, como Fouché, aunque más desinteresado en sus motivos. Los negociadores experimentaron por sí mismos la sobreexcitación de odio de los prusianos; aunque protegidos por la inmunidad de parlamentarios, los tres hombres

fueron maltratados por el general Ziethen en las avanzadas. Blücher, en verdad, que acariciaba una gestión hecha cerca de él sin la mediación de Wellington, acogió con más miramientos a los plenipotenciarios, pero no aceptó mas que el tercer proyecto, de acuerdo con el generalísimo inglés, en el que incidió en el transcurso de la conversación. Los debates no llegaron, por tanto, más que a los puntos secundarios: los aliados consentían en dejar París en manos de la Guardia Nacional y fingían desinteresarse de la cuestión política, lo que ante todo deseaba el duque de Otranto. Independientemente se estipuló, de forma que parecía definitiva, el respeto a las propiedades y a las personas, «excepto lo que tenía relación con la guerra», término ambiguo que los negociadores franceses fingieron no creer que se aplicara más que al material de guerra. El duque de Otranto consideró tener que insistir sobre este punto especial: el artículo 12, que estipulaba que ningún individuo «no sería buscado ni molestado en nada en relación con las funciones que ocupaba o hubiese ocupado, en su conducta y en sus opiniones políticas». Parecía, evidentemente, capital para el jefe del Gobierno. Este artículo debía ser suficiente para hacer aceptar la capitulación a la Comisión, a las Cámaras y al Estado Mayor, a toda esa masa de antiguos miembros de la Convención, de antiguos funcionarios y generales de Bonaparte, sobre los que pesaban tantos recuerdos comprometedores a los ojos de los Borbones, y que el artículo parecía colocar bajo la protección de los aliados.

Esta capitulación, después de todo, era aceptable. Llevada ante las Cámaras bajo el nombre de Convención, fue acogida con alivio. El ejército debía ser retirado y los aliados entrarían pacíficamente en París.

A Fouché le era necesario que la convención fuese aceptada por todos, porque necesitaba desarmar todos los partidos. Los bonapartistas le acusaban corrientemente de haber querido entregar Napoleón a los aliados; el 4, la Comisión contestaba a esta acusación sin fundamento urgiendo al emperador a embarcarse para prevenir cualquier golpe de mano a sus expensas. El soberano caído iba a

alejarse, en efecto, hacia el exilio, lanzando a Fouché el anatema máximo: «Tenía que haberle colgado. Dejo ese trabajo a los Borbones».

El duque de Otranto actuaba solo en todo esto. La Comisión agonizaba: su jefe consideraba que no podía sobrevivir a la entrada de los aliados en París. Estaba desamparada, atacada por todas partes. Fouché, en un mensaje a las Cámaras, tomaba su defensa, ensalzaba sus servicios y sus esfuerzos «impotentes». En una proclama a los franceses, el duque de Otranto hablaba todavía más fuerte: «En las circunstancias difíciles en que nos han sido confiadas las riendas del Estado, no estaba en nuestro poder dominar el curso de los acontecimientos y descartar todos los peligros; pero teníamos que defender los intereses del pueblo y del ejército, igualmente comprometidos en la causa de un *príncipe abandonado por la fortuna y la voluntad nacional.'*» Y rindiendo cuentas del mando que le había sido conliado, el jefe del Gobierno declaraba haber salvado París y el ejército, pacificado el Oeste y marchado constantemente de acuerdo con la representación nacional. «Recibiremos por fin —añadía—, las garantías que deben prevenir los triunfos alternativos y pasajeros de las facciones que nos combaten desde hace veinticinco años, y mezclaremos bajo una protección común todos los partidos que ha hecho nacer y todos los que ha combatido».

El presidente de la Comisión no parecía tampoco dispuesto a ser el blanco de las recriminaciones de sus colegas; no aparecía más por las Tullerías, donde Carnot presidía una Comisión sin razón de ser, prometiendo vagamente a las Cámaras velar y mantener el orden. Pero el *Monitor* del 7, contenía ya, al lado de esta carta de Carnot, dos proclamas de Luis XVIII. En esa fecha del 7, Fouché se encontraba bien siendo todavía el colega de Carnot y de Caulaincourt en la Comisión del Gobierno, pero el antiguo convencional tenía otro título: era, desde la víspera, el ministro secretario de Estado del Rey Cristianísimo.

*

Llegó a serlo a continuación de unas negociaciones muy notablemente llevadas. Mientras el duque de Otranto se ocupaba de estatuir la suerte de París y de asegurar la terminación de las hostilidades, entablaba y proseguía otras negociaciones relativas al futuro Gobierno. El día 4, el activo agente Macirone había abandonado de nuevo París para ir al encuentro de Wellington, portador de las palabras de Fouché; había encontrado en Gonesse al general inglés, en compañía de diversos ministros aliados y de Talleyrand. El noble lord declaró al agente secreto que el Gobierno de Luis XVIII era decididamente el único posible, el único aceptable; era preciso reinstalar al rey en las Tullerías; por otra parte, Talleyrand se había prestado a garantizar que Luis XVIII aparecería con las mejores intenciones. El agente de Fouché fue encargado de invitar a su patrón a una conferencia que podía tener lugar al día siguiente, en Nevilly; Wellington se entendería con el duque de Otranto, «a quien se tendría en cuenta seguramente por los servicios que había prestado». No podía vacilar, pero era una gestión de extrema osadía que, sorprendida y denunciada, en el estado de los ánimos en París, aún podía resultar muy mal para él. No encontró nada mejor que hacerse investir de una misión oficial; el 5 por la mañana, poniendo la desgraciada Comisión frente a la situación política, se hizo dar por sus colegas la autorización de ir a Nevilly para negociar con los Borbones, por intermedio de Wellington, las condiciones de su regreso. Para protegerse, se hizo agregar a un joven hombre de Estado bien visto por los liberales, Molé, y un miembro de la Cámara que fue, naturalmente, Manuel. Fouché encontró a Nevilly, además de Wellington, Talleyrand y Pozzo di Borgo, persuadidos todos de que con una vaga promesa y algunas alabanzas tendrían fácil a este hombre que creían muy desamparado. Debieron bajar sus humos. Fouché consideró que era

hábil adoptar una actitud despectiva; exageró la enorme dificultad que tendrían los Borbones para entrar en la capital sin ser molestados, y disertó largamente sobre este punto; el ejército se retiraba, pero no sin esfuerzo, exasperado, dispuesto, a la primera señal, a volver sobre sus pasos; la población de París estaba humillada, irritada, mal dispuesta hacia la antigua dinastía; la misma Guardia Nacional no se prestaba de buena gana a lo que esperaba de ella; y, las Cámaras, estaban más hostiles que nunca. El duque de Otranto se mostraba preocupado por encima de toda medida. En lo que concernía a Luis XVIII, aseguraba que el rey no podría entrar en París si no garantizaba por una declaración nueva a todas las personas comprometidas y no concedía los colores nacionales, a falta de lo cual sería necesaria ciertamente la fuerza de las bayonetas para instalarle en las Tullerías. La discusión duró hasta las cuatro de la madrugada. Al decir de Wellington, Fouché no se retiró sino al alba, prometiendo cerciorarse durante la mañana de lo que se podía hacer en favor de Luis XVIII, y volver a comer a casa del noble lord con el príncipe de Talleyrand. De creer a Pozzo di Borgo, la rigidez que mostró el hombre, su exactitud en transmitir como condiciones *sine qua nou*, el desiderátum de la Cámara, de la Comisión, de los liberales, le sostenía en presencia de Manuel y de Molé. En realidad, había otros motivos en esta actitud de una rigidez inesperada, ya que si el duque de Otranto dejaba a sus interlocutores decepcionados y descontentos, no les había demostrado menos que era preciso conquistarle personalmente a cualquier precio, pero que no le comprarían con vagas promesas y buenas palabras.

De regreso a París, el 6 por la mañana, Fouché dio cuenta a sus colegas de lo que había pasado, como buen ciudadano que ha sabido aliar la firmeza del patriota con la conciencia del hombre de Estado íntegro. Ante la resistencia de los amigos del rey, la mayoría de la Comisión pareció entonces dispuesta a una resolución desesperada. Quinette, Grenier y Carnot, pidieron que el Gobierno siguiese al ejército con las Cámaras y trasladase al otro lado del

Loira el lugar de la resistencia. Pero este viaje a Turena le agradó poco al duque de Otranto quien, sostenido por Caulaincourt, hizo que se decidiera continuar las negociaciones. Sólo para probar a los hombres de Estado de Nevilly las dificultades de la solución, hizo votar por la guardia el mantenimiento de la escarapela tricolor y aclamar de nuevo por las Cámaras los principios de 1789, solemnemente proclamado.

Mientras el astuto político trabajaba en París en crear dificultades para procurarse por los amigos del rey la misión de vencerlos, se hacía de día en día más popular entre los que rodeaban a Luis XVIII, donde pasaba por el más necesario. Su firmeza ante Wellington había disgustado, pero impresionado; ni Talleyrand ni Wellington pensaban en hacer entrar al rey en las Tullerías a cañonazos. En Amouville, donde Luis XVIII acababa de llegar, se mostraban, en general, dispuestos a pasar por todas las exigencias personales del hombre. Wellington le apoyaba ahora con todas sus fuerzas. Aconsejaba conquistar al duque de Otranto, y hablaba ya a Talleyrand, el 4, de la cartera que le iba a confiar.

En realidad, el nombre del duque de Otranto se había murmurado y, por fin, pronunciado en Gand delante del rey. El antiguo ministro debía fusionar —decían— a Luis XVIII un importante grupo y facilitar la restauración. En el momento en que la pequeña corte había atravesado la frontera, engrosando cada día con recién llegados, que habían quedado en Francia durante los Cien Días, la opinión se pronunció más claramente por el duque de Otranto. Cada cual citaba un servicio prestado, un favor obtenido, una vida salvada. Se vio un extraño concierto: «se mezcló todo —escribió Chateaubriand—, la religión y la impiedad, la virtud y el vicio, la Monarquía y la revolución, el extranjero y el francés; no he visto nunca un vértigo más extraño. Se gritaba por todas partes que, sin el ministro propuesto, no había ni seguridad para el rey ni salud para Francia».

Fue, sin embargo, en Amouville y Saint-Denis donde se vio estallar ese extraño y paradójico favor del anciano procónsul en el

seno del partido contrarrevolucionario. Todavía unos días antes de la llegada a Amouville, Clarke declaraba a Rochechouart que esperaba ver al rey rechazar a tal ministro. Así, el duque de Otranto no había hecho aún a sus confidentes la confesión de sus audaces pretensiones. Gaillard, Vitrolles y Pasquier, mezclados en las negociaciones de junio y julio de 1815, están de acuerdo sobre este punto: Fouché les engañaba, según su costumbre, ostentando ese gran hastío por los asuntos que tan frecuentemente había fingido tener desde hacía veinte años. De oírle, no esperaba nada del rey más que el olvido y el perdón. Vitrolles y Pasquier aseguran que fueron llamados y tomaron parte con el antiguo procónsul sin pensar ni un minuto que la gratitud del rey pudiese llegar jamás hasta llamarle al Ministerio.

Pero el partido ultra rabiaba. «Toda la aristocracia no votaría más que por el señor Fouché —decía Talleyrand a Pasquier—; todo lo que ha llegado de cartas y emisarios al rey y a los príncipes desde hace quince días no habla más que de él y de los grandes servicios que ha prestado a la causa monárquica». Pasquier se quedaba atontado, Vitrolles también, constatando «que no había más que un grito para llamar a Fouché al Ministerio». Tanto las gentes hostiles como las favorables, Chateaubriand como Wellington.

Beugnot como Barante, Guizot, Pasquier, Rochechouart, Pozzo di Borgo, Vitrolles, Gaillard, todos más o menos mezclados en estos curiosos incidentes, eran unánimes en señalar esta singular admiración excesiva. Las damas se mezclaban en ello. La señora de Custine permanecía entre bastidores (trataba en vano de ganarse a Chauteaubriand), pero la princesa de Vaudémont actuaba. Luego se vio llegar a la duquesa de Duras y, enseguida, a la condesa de Narbonne: todas querían a Fouché en el *quai* Voltaire; era preciso que el rey le llamase allí sin vacilar más. Pero el gran asombro para todos fue ver pronunciarse clara, altivamente, con exaltación, en favor del regicida, al antiguo magistrado de Crussol, que hacía poco aún representaba cerca del conde de Artois los rencores, los perjuicios y los odios más tenaces contra la Revolución. El viejo

gentilhombre acudió desde París para pedir al rey que llamase al Ministerio al antiguo convencional y, lo mismo que Beugnot, muy hostil a esta extraña candidatura, le expresase su doloroso asombro: «Qué quiere usted —respondió el antiguo guardia de corps—, Fouché nos ha preservado a todos desde la marcha del rey. A él solo se debe el que Vitrolles no haya sido fusilado, y en el fondo, ¿cuáles son en Francia los enemigos de la familia real? Los jacobinos. Pues bien, él los tiene en sus manos y, en cuanto pertenezca al rey, dormiremos a pierna suelta. Mi querido Beugnot, somos viejos en la aristocracia, hemos sufrido todos, nos hace falta un descanso». Otros, aparte de él, por lo demás —de gran peso—, confirmaban la necesidad absoluta de tomar a este hombre providencial. Todo este mundo declaraba que «el rey no franquearía las barreras de París antes de haber nombrado a Fouché». El conde de Artois, por fin, hizo una gestión en favor del regicida cerca del rey su hermano. Naturalmente, el partido constitucional, menos obcecado con este hombre, se resignaba fácilmente a recibir de manos de la camarilla ultra este singular presente. ¿Qué querían esos moderados? Garantías para los hombres de la Revolución, la seguridad de que no habría ni reacción ni contrarrevolución; la entrada de Fouché en el Consejo valía —al parecer—, por todos los conceptos, el más brillante compromiso; el barón Luis, que había conocido mucho al duque de Otranto bajo el Imperio; Pasquier, que le tenía un poco de miedo; Talleyrand, que quería servirse de él, le apoyaron.

Entre tantas influencias, el rey no podía vacilar durante mucho tiempo, sobre todo cuando después de las conferencias de Nevilly, Wellington vino a echar en la balanza la espada de Waterloo. Por lo demás, si Luis XVIII vacilaba, era seguramente más sobre la oportunidad de la elección que sobre la inmoralidad del hecho. Era un hombre en el que el sentimiento familiar jugaba constantemente un papel muy pequeño. Debió de aceptar de buen grado la necesidad de tomar como ministro al regicida de enero de 1793, cuando le demostraron esta necesidad. Puesto que Wellington, hablando en nombre de Europa, Crussol, intérprete, junto con las

damas de la generación pasada de los sentimientos de la aristocracia; el conde de Artois, heredero del Trono; Talleyrand, representando la política, todos querían al hombre en el Ministerio. El hermano de Luis XVI se resignó a ello. La primera conferencia de Nevilly había demostrado que Fouché sólo podía actuar eficazmente y que, en todo caso, su hostilidad súbita sería suficiente para comprometerlo todo.

*

Luis XVIII estaba, pues, decidido cuando, el 6 por la tarde, el principe de Talleyrand abandonó Amouville para ir a Nevilly, donde Wellington le había convidado a cenar con el duque de Otranto. En presencia de Vitrolles, Talleyrand se despidió del rey. «Haga lo que considere útil en servicio mío —le dijo éste—, pero no me exponga». Y el rey soltó una palabrota. Esta última conversación pmeba que el Rey Cristianísimo sabía hablar como rey muy galo y, por lo demás, no parecía experimentar ante esta decisión la amarga tristeza que le ofrecía, algunos días más tarde, la ingenua lealtad del conde Bcugnot.

Cae de su peso que Talleyrand encontró a Fouché fiel a la cita. El duque de Otranto, siempre deseoso de hacer valer sus servicios pintando de negros colores la situación, dio a conocer la resolución tomada aquel mismo día por la Guardia Nacional, la declaración solemne de la Cámara, la resistencia de la Comisión, la sobreexcitación de París. Añadió que el regreso de La Fayette aumentaba las dificultades; sus compañeros de embajada y él aseguraban que las potencias aliadas parecían no prestar ningún interés especial a la restauración de Luis XVIII; el duque de Otranto estaba provisto del informe, leyéndole. Wellington puso en duda la veracidad y discutió las conclusiones, cuando llegaron Talleyrand, Pozzo di Borgo y lord Stuart. El debate se continuó en la mesa. Después de cenar, Castlereagh vino por añadidura a reunirse a los

otros. Fouché reconoció que La Fayette y sus colegas podían haberse equivocado, pero aseguró que su testimonio no por ello impresionó menos al Gobierno, lo cual —unido a tantas otras circunstancias— transformaba en mala la situación de Luis XVIII. No sacó la moraleja, a saber: para poner fin a esta situación y hacerlo con éxito, se necesitaba un hombre firme, hábil, influyente y lleno de buena voluntad, precio que nunca sería demasiado alto. Esta conclusión se imponía tan bien que, al instante, Talleyrand se decidió a hacer a su antiguo colega una oferta en firme. Dejando a un lado las cuestiones de orden sentimental —declaración de los derechos del hombre, colores nacionales y otras frivolidades—, le propuso la amnistía completa y entera para sus amigos. Y, para él, la cartera de la Policía en el Gabinete en vías de formación bajo la presidencia de Talleyrand. El duque de Otranto no representó la comedia de los escrúpulos, las vacilaciones y los desdenes; no pidió, siguiendo la fórmula de las crisis ministeriales, tiempo para reflexionar y consultar con sus amigos, ya que hacía mucho que reflexionaba sobre ello. Y, en cuanto a consultar a sus amigos, teniéndolos en tres o cuatro campos políticos, no tenía tiempo para sondearlos. Aceptó sin ceremonias. Inmediatamente, acostumbrado como estaba a ser hombre preponderante en todas partes, cogió una pluma y escribió, con el programa que imponía al Gabinete, una carta que sería considerada como escrita al rey por la Comisión, para declararse disuelta, y sobre la que volveremos.

A las nueve de la noche, todo convenido, el nuevo ministro de la Monarquía Cristianísima subió al carruaje del príncipe de Talleyrand y se dirigió con él a Arnouville. Su llegada produjo muy viva impresión, a la que se mezclaba en algunos, un sentimiento auténtico de indignación y de tristeza; en otros, una alegría especial y como un alivio sin límites. El duque de Otranto fue presentado entonces al hermano de Luis XVI. La entrevista fue bastante cordial; Fouché, un tanto turbado —asegura Pasquier— balbució su agradecimiento y fingió una actitud modesta; el rey, por su parte, pareció ignorarlo todo u olvidarlo todo: el 21 de enero, Lyón y el 20 de marzo.

Después de cambiar algunas palabras Fouché reemprendió el regreso a París.

*

No dejaba de tener aprensión sobre la acogida que iban a dispensar sus colegas de la Cámara al singular desenlace. Les convocó para el día siguiente, les confesó que había aceptado el Ministerio para salvar —aseguró— a los hombres de la Revolución y del Imperio, lo que no logró desarmar la cólera indignada de Carnot. Ante la violenta salida de su colega, Fouché, considerando embarazosa la situación, pensaba pedir a la Comisión que se disolviera, cuando un incidente, que no era sin duda imprevisto si es que no lo había provocado, puso fin a la falsa situación en que se encontraba. Vinieron a anunciar que las tropas extranjeras invadían el jardín de las Tullerías y trataban de ocupar el castillo. Fouché aprovecho la ocasión; sobre la propuesta, la Comisión decidió que no podía celebrar sesiones durante más tiempo. Antes de separarse decidió que se enviaría un mensaje al príncipe de Essling y a la Guardia Nacional, a las Cámaras y a los ministros. Este mensaje estaba concebido así: «Hasta aquí hubimos de creer que las intenciones de los soberanos aliados no eran en absoluto unánimes sobre la elección del príncipe que debe reinar en Francia. Nuestros plenipotenciarios nos han asegurado, a su vez, lo mismo. Sin embargo, los ministros y los generales de las potencias aliadas han declarado ayer, en las conferencias que han mantenido con el presidente de la Comisión, que todos los soberanos estaban conformes con volver a colocar a Luis XVIII en el Trono, y que esta tarde debe hacer su entrada en la capital. Las tropas extranjeras acaban de ocupar las Tullerías, donde reside el Gobierno. En ese estado de cosas, no podemos más que hacer votos por la patria y, no siendo ya libres nuestras deliberaciones, creemos tener que separarnos». Muchos monárquicos vieron en este mensaje, firmado

sólo por el duque de Otranto, un acto de extraña perfidia frente a los Borbones. Chateaubriand llega, incluso, a pretender que en este mensaje impreso y distribuido profusamente, se leían frases muy graves que, más tarde, desaparecieron, especialmente que las gentes honradas «obligadas a alejarse debían guardar sus buenas intenciones para mejores días». El solo hecho de presentar la dinastía como impuesta por el extranjero era, además, en un hombre que la víspera había aceptado una cartera, un acto de indelicadeza, rozando la traición; parecía verdaderamente que apenas puesto al servicio de los Borbones, el infatigable urdidor de tramas soñaba con ofrecer prendas y argumentos a la oposición de mañana, armas a los adversarios del régimen que se restauraba.

Pero lo que sobre todo levantó una viva indignación en los dos grupos, muy diferentes, fue la famosa carta del 7 de julio que el duque de Otranto dirigió a Luis XVIII, como presidente de la Comisión y hablando en su nombre. Esta carta merecería citarse entera. «El regreso de Vuestra Majestad —escribía el presidente de la Comisión— no ofrece a los miembros del Gobierno otros deberes que cumplir que el de separarse. Pido, para descargo de mi conciencia personal, exponerle fielmente la opinión y los sentimientos de Francia». Y rodeadas de adulaciones delicadas hacia el rey, aparecían las duras verdades sobre la primera restauración, las «empresas» de la corte, las «pretensiones» de «los que habían seguido al rey en la adversidad», el desprecio en que se habían tenido los «derechos del pueblo»; eran también siniestras profecías en caso de volver semejantes errores. «Señor, Vuestra Majestad ha reconocido que los que arrastraban el Poder más allá de sus límites son poco propicios para sostenerlo, cuando se bambolea; que la autoridad misma se pierde en el combate continuo que la fuerza a retroceder en sus medidas; que cuantos menos derechos se le dejan al pueblo, tanto más su justa desconfianza le lleva a conservar a aquéllos que no pueden disputarle, y que siempre es así como se debilita el amor y se preparan las revoluciones… Señor, Vuestra Majestad no puede esperar acontecimientos enojosos para hacer

concesiones. Entonces es cuando serían nocivas a Vuestra Majestad y quizá incluso, más extendidas que hoy; hoy, las concesiones acercan los espíritus, pacifican y dan fuerza a la autoridad real; más tarde las concesiones prueban su debilidad, es el desorden quien las arranca, y los ánimos quedan agriados».

Los amigos de Luis XVIII se quedaron estupefactos cuando se divulgó la carta. Por su parte, los miembros de la Comisión no quisieron hacerse cómplices, incluso por su silencio, de esta grandiosa retractación. El 8 dirigieron a su antiguo presidente una carta colectiva protestando que ellos no le habían autorizado jamás a hablar en su nombre. Pidieron al duque de Otranto que sólo insertase en el *Monitor* el mensaje en que se expresaban los sentimientos de la Comisión. Fouché protestó —ya que no le gustaba romper—, que había allí un puro malentendido, que había hablado en su propio nombre. Prometió insertar el mensaje, hizo rechazar la inserción por Vitrolles, encargado desde el 8 de la vigilancia del periódico oficial, y esquivó así toda rectificación.

Los ministros aliados, por su parte, se inquietaron por el mensaje y por la carta. Consideraban y miraban al rey como engañado por el intrigante. Pozzo di Borgo llevó a Castlereagh y Wellington a casa de Talleyrand, y allí protestó contra lo que él llamaba «la impostura más desvergonzada que Fouché mismo hubiese inventado». Talleyrand no era hombre para escandalizarse por tan poco. No estaba enfadado porque los Borbones —a los que en el fondo no quería en absoluto— recibiesen lecciones. Respondió evasivamente y pareció, en suma, aprobar lo que Pozzo di Borgo llamaba en su informe del 8 a Nesselrode «la conducta negra y criminal del duque de Otranto».

Por lo demás, era demasiado tarde para vengarse de ello. Fouché se imponía. Lo había complicado todo, comprometiendo a los Borbones en el mensaje y postergándolos en su carta. Pero ya era ministro y hubiera hecho falta destituirlo. El 7, luego de disolverse la Comisión, el duque de Otranto abandonó las Tullerías y llegó a Saint-Denis, donde el rey había pasado la noche. Antes de abandonar París, había tomado una precaución previa, ya que era hombre

astuto. Sin olvidar nunca nada, había dado orden a su viejo amigo, el general Henry, que colocaran un piquete de gendarmería en la puerta de su hotel de la calle de Cérutti para preservarlo de un golpe de mano de los aliados… y quizá de un registro indiscreto.

En Saint-Denis fue acogido en triunfo, como vencedor, como salvador. Durante la jornada el rey había firmado la orden nombrando al duque de Otranto secretario de Estado en el Ministerio de la Policía General. Beugnot, que ejercía cerca del rey las funciones de secretario de Estado provisional, recibió de manos de Talleyrand la orden manuscrita y la llevó al rey. A creerle, Luis XVIII mostró gran emoción, vaciló y murmuró: «¡Pobre hermano mío; si usted me viera me perdonaría!» Y sobre esta aseveración, que no podía ser contradicha, firmó y derramó una lágrima, que era la menor concesión que pudo hacer a la sombra de Luis XVI y a la emoción del propio Beugnot.

A Fouché no le quedaba más que prestar juramento de fidelidad. Era la octava vez. Fue entonces cuando apareció en Saint-Denis en medio de una curiosidad simpática o burlona, de la que sólo fue una excepción el melancólico Chateaubriand. El autor de *Atala* vio al señor de Talleyrand entrar en la antecámara del rey del brazo del duque de Otranto, «el vicio apoyado en el crimen». Los dos hombres se introdujeron en el Gobierno real, donde «el leal regicida, de rodillas, puestas las manos que hicieron caer la cabeza de Luis XVI entre las manos del hermano del rey mártir, el obispo apostaba responsable del juramento…». «¡Qué cuadro presentaba el Rey Cristianísimo entre esos dos desenfrailados!», escribía en esa época el duque de Broglie. La nota cómica estaba en la frase de Pozzo di Borgo, viendo a Talleyrand y Fouché subir de nuevo al carruaje, dijo, sonriendo a sus vecinos: «Quisiera oír lo que dicen esos corderos».

El duque de Otranto había informado al rey de la política a seguir, le había hablado de su carta, había tratado de llevarle hacia la moderación, hacia la resistencia a toda reacción, no aceptando —declaró— el Ministerio más que «para hacer frente a los acontecimientos». Habló de los preparativos hechos para la

recepción del rey en París, se expresó sobre la entrada en tales términos que se diría que Luis XVIII iba a descender al foso de los leones; pero se mostró responsable de la seguridad del soberano y de los buenos modales de pueblo tan irritado.

Para mayor seguridad, a fin de evitar —decía— todo conflicto previo, había hecho cerrar las puertas de París para impedir que los amigos del rey acudieran en masa de Saint-Denis a París, en realidad para prevenir toda ovación organizada; no quería abrirlas sino algunos minutos antes de la llegada del rey; quería que la entrada fuese tranquila, pero le importaba más que no fuese triunfal. Se había dado, pues, orden de no dejar a nadie en París esa tarde bajo ningún pretexto. Cuando en la noche del 7 al 8, volviendo de Saint-Denis, el duque de Otranto se presentó él mismo en la puerta, el guardia nacional que la vigilaba rechazó al principio dejarle pasar y no cedió sino con dificultad. «¡Es el duque de Otranto!», gritó el cochero. «Me da lo mismo —respondió el funcionario—: *No debe estar fuera*».

Sin duda, este guardia nacional expresaba el parecer de todas las gentes honradas y poseía un criterio que aún vale. De todas las traiciones que se han achacado a la cuenta de Fouché, ésta realmente le llenaba de infamia; acababa —según la fuerte expresión de Chateaubriand— de «deshonrar el crimen del 93».

CAPÍTULO XXIII

EL MINISTRO DEL REY CRISTIANÍSIMO

Regreso de Luis XVIII a París; Fouché en las Tullerías; manifestación brillante del favor de los príncipes.—Sin embargo, difícil situación de Fouché.—Resistencia a la reacción.—Ambigua actitud a la que Fouché está forzado.—La orden del 24 de julio.—Actitud muy netamente contrarrevolucionaria.—Marca el Terror Blanco en sus cartas a los prefectos y a sus colegas. No son inflexibles con él en las Tulle-rías.—Una triple elección le envía a la Cámara.—Fouché se casa con la señorita de Castellane. El rey Luis XVIII firma como testigo.—Fouché en el pináculo.—Orgullo y confianza inmensos del duque de Otranto.—Pronta caída.—Las elecciones de agosto de 1815. El ministerio deja elegir la «Cámara de diputados ultramo-nárquicos».—Tan pronto se conoce el resultado, se alza una corriente contra el Ministerio y particularmente contra Fouché.—Talleyrand se propone sacrificarle.—Fouché dirige al rey y ofrece al público dos informes violentos contra los aliados y los «ultras».—Quiere formarse un nuevo partido entre los patriotas. Preocupación que provocan esos informes.—Disensiones en el seno del Gabinete.—El duque de Otranto se defiende; su carta a Luis XVIII.—Creciente influencia del prefecto de la policía Decazes.—Luis XVIII abandona a Fouché.—Se le nombra, de oficio, para la legación de Dresde.—Carta de dimisión del duque de Otranto al rey.

El 8 de julio de 1815 el rey Luis XVIII hizo su entrada en la buena ciudad de París, bajo la alta protección del exciudadano Fouché de Nantes, por el buen deseo de Napoleón Bonaparte duque de Otranto y, desde ahora, guardián tutelar de la dinastía legítima. Gracias a los buenos cuidados de este leal servidor, la entrada fue tranquila, pero bastante desprovista de entusiasmo para hacer creer a los monárquicos que, sin la severa policía del viejo ministro y su sabia disciplina, hubiera podido estar señalada por incidentes desagradables. El pueblo mostró una gran reserva; era mejor de lo que esperaban. El mérito revertía en el gran tramoyista. Fue, pues, con un suspiro de alivio, como se reinstaló Luis XVIII en las Tullerías.

La multitud de cortesanos llenaba los salones como en otro tiempo el 20 de marzo, pero era otro mundo: se había dado cita allí cuanto la emigración de 1790 o la de 1815 tenía de nombres aristocráticos. Y, sin embargo, como aquel 20 de marzo, un mismo nombre corría entre las apretadas filas de los cortesanos: el de Fouché. Allí estaba y, a pesar de la inaudita popularidad con la que Cambray, Arnouville y Saint-Denis habían reflejado el eco, a pesar de los servicios prestados, a pesar de su flema corriente, el duque de Otranto se encontraba un poco molesto: algunos de sus adversarios, como Beugnot, se gozaban en esta actitud incómoda. Quizá, incluso, los amigos de la víspera empezaban a encontrar fastidiosa la fisionomía que verdaderamente evocaba demasiados recuerdos penosos. Se preguntaban ya cuántos días, cuántas horas conservarían los príncipes al siniestro servidor. En ese momento se abrió la puerta del Gabinete del rey y dejó pasar al conde de Artois. Parecía conmovido por una gran emoción. Atravesó el salón, se dirigió derecho al duque de Otranto y, cogiéndole la mano se la apretó cariñosamente: «Me ve usted feliz, señor duque —dijo con efusión—, muy feliz, muy satisfecho. La entrada del rey ha sido admirable, *y todos le estamos agradecidos a usted*». Y en el momento en que en medio de una emoción general, el hermano de Luis XVIII abandonaba, tras una última sonrisa, al antiguo convencional, un chambelán vino a anunciar que su majestad daba licencia para marcharse a sus buenos servidores, pero que deseaba conversar en particular con el duque de Otranto, con quien quedó mucho tiempo encerrado.

Piénsese con qué sentimiento de embriaguez o, al menos de satisfacción orgullosa salió este hombre de las Tullerías para llegar al edificio de la Policía; esas mismas Tullerías a las que había venido, en 1794, a defender su cabeza ante el *Comité de Salud Pública*, donde durante tantos años había conferenciado con Bonaparte, primer cónsul y emperador; donde, el 20 de marzo, había reaparecido y de donde salía, esta tarde, ministro de Luis XVIII. Podía ver a lo lejos la terraza donde, en otro tiempo, se alzaba la sala de sesiones de la Convención, evocar la escena que le

obsesionaba tan constantemente desde hacía veintitrés años, levantar esa tribuna donde Fouché de Nantes pronunció contra el Borbón caído las palabras fatales: «¡La muerte!» Y ahora abandonaba el castillo, la mano todavía caliente de los apretones del conde de Artois, hermano de Luis XVI. La pesadilla que le había perseguido durante veintitrés años parecía, por fin, desvanecerse: las represalias ya no eran de temer; se creía llegado a puerto.

Ese apretón de manos se convertía en el acontecimiento de la semana. Se dio buena cuenta de ello cuando entró en el edificio de Juigné donde, en otro tiempo, le había instalado Barras; donde Bonaparte, por tres veces, le había mantenido o vuelto a llamar. Los salones del Ministerio ya estaban llenos. Vitrolles, que fue bastante tarde, los encontró desbordando. El antiguo agente de los príncipes, convertido también en ministro la víspera, venía a saludar a su extraño colega; tuvo que burlar a más de quinientas personas, entre las cuales se veían esta vez, mezclados, los hombres de la Revolución y los partidarios más fogosos del Trono y del Altar, mezcla pasmosa, pero menos pasmosa después de todo que la carrera del hombre al que venían a saludar. Vitrolles avanzaba con dificultad cuando el duque de Otranto, radiante de alegría —lo que no era corriente en su fisionomía— corrió a él para abrazarle con un triunfo del que el confidente del conde de Artois no carecía de remordimientos por haber contribuido a él tan ampliamente.

*

De hecho Fouché tenía una razón muy poderosa para tratar con miramientos a hombres como Vitrolles, ya que todavía necesitaba aliados, y muy poderosos, para permitirle afrontar la lucha. En efecto, la batalla iba a volver a empezar, por el triunfo de sus intereses y de su política. En el momento en que Nevilly había aceptado el Ministerio, se dejó persuadir fácilmente por Talleyrand de que su sola entrada en los Consejos del rey sería una victoria y la

mejor de las garantías para los hombres de la Revolución y del Imperio. Defender los intereses de esos hombres era defender los propios. Pero ésta era una tarea pesada, imposible.

Revolucionarios, bonapartistas y liberales no le perdonaban, en el fondo, la gran traición de la semana anterior: le esperaban en los hechos, dispuestos a condenarle inexorablemente si no respondían a las promesas. Siendo así que de estos hechos, a pesar de toda su buena voluntad, Fouché no era el amo. Él podía aconsejar y desaconsejar, encomiar la moderación y reprobar la violencia, suavizar o entorpecer las decisiones tomadas. Pero por hábil y firme que fuese, no podía —so pena de ser rápidamente suprimido él mismo— oponer un obstáculo serio al torrente contrarrevolucionario que ya se revelaba. Fouché, incómodo él mismo por ciertos recuerdos, a veces se quedaba paralizado. Delante de él, en el Consejo, se reclamaban como expiación, apenas suficiente, treinta, cuarenta, cincuenta cabezas de determinados exiliados, y estaban en las listas confeccionadas una mezcla de republicanos e imperialistas, Ney y Thibaudeau, Labédoyére y Tallien, Drouet de Erlon y Réal, Maret y Barère, Savary y Carnot, La Valette y Boulay… y muchos más todavía. Además, la plebe monárquica se desencadenaba, y lo peor era que, desde los primeros días de julio, los comisarios extraordinarios enviados a las principales ciudades dejaron hacerlo todo. Los mismos prefectos se mostraban animados de un espíritu monárquico excesivamente pronunciado, para ser agentes seguros y fieles de la política de contrarreacción que debía ser la del ministerio Talleyrand-Fouché.

El duque de Otranto no se hizo durante mucho tiempo la ilusión de que podía impedirlo todo. Quizá llegaría, a lo más, a moderar el torrente, canalizándolo y abriendo algunas esclusas: entregar en principio algunas cabezas, pero salvarlas con previas advertencias, sacrificar algunos hombres, con frecuencia mal elegidos, y salvar así a todo el partido. Eran medios no completamente honorables, pero que al fin y al cabo, podían ser eficaces. Hecho esto, declarar que toda reacción de abajo, desde ahora sin razón ni pretexto, sería

severamente castigada, hacer de la política de moderación una consecuencia del respeto debido a la voluntad del rey, quien después de haber castigado con rigor, sabía perdonar, derrotar así a los monárquicos en su propio terreno, la lealtad monárquica, suprimir en París y en provincias toda causa de reacción, todo envalentonamiento de arriba, todo desorden producido abajo era el plan que le inspiraban sus propios intereses.

El primer cuidado debía ser preservar bajo cuerda a las gentes comprometidas. Desde el 14 de julio, el *Independiente*, que continuaba siendo el periódico del ministro de la Policía, publicaba una serie de artículos destinados a disculpar o a justificar a los hombres que el 20 de marzo habían aceptado cargos de Bonaparte. El periódico, dirigido por Jay, continuó durante tres semanas esta campaña, hasta el momento en que un artículo en favor de Labédoyére condujo a su supresión. La redacción, enteramente compuesta por amigos personales de Fouché iba, por lo demás, a continuar la lucha en el *Eco de la Tarde*, luego en el *Correo* y, finalmente, en el *Constitucional*.

Al mismo tiempo que trataba de interesar así a la opinión pública sobre la suerte de los que en torno a Luis XVIII llamaban «los grandes culpables», procuraba sustraerlos a la justicia o, para hablar con más exactitud, a los vengadores de la corte, avisándoles bajo cuerda mientras firmaba su proscripción.

En efecto, tuvo que resignarse a proscribir legalmente, aunque no fuese más que para frenar el régimen de arrestos arbitrarios y de ejecuciones populares. Estableciendo oficialmente una lista de «culpables», se debía —siguiendo la expresión misma del duque de Otranto— «quitar todo pretexto al furor reaccionario de hacer justicia por sí mismo». Hay que reconocerlo: Fouché mismo tenía un gran interés personal en hacer publicar sin tardanza y cerrar, de una vez para siempre, la lista de sospechosos de la que le excluía su título de ministro, ya que estaba en situación de no tener más remedio que escoger entre el papel de proscriptor y el de proscrito. Por lo demás, trató de ilusionarse: sostendrá más tarde que no quiso

más que servir a su partido y al país, dentro de la situación existente. Si no hubiese firmado esta orden de 24 de julio, que le sería, con justicia, durante tanto tiempo y tan duramente reprochada, le hubiera sido preciso abandonar el Ministerio. Desde entonces, ¿qué protector hubiese tenido la política de moderación que el sacrificio de una treintena de hombres le permitiría seguidamente defender y quizá hacer prevalecer?

El hecho no deja de ser éste: El ministro jacobino iba a proscribir, mezclados, revolucionarios y bonapartistas, so pretexto de conservar a los dos partidos un protector en el Ministerio. La orden apareció en el *Monitor* el 26 de julio, firmada por el rey, pero refrendada por el duque de Otranto. Se veía allí, juntos a sus colegas de la víspera o de la antevíspera —como Maret, Boulay, Regnault, La Valette, Savary, Defermont y otros— antiguos compañeros de la Convención: Lepelletier, Arnault, Desportes, Gamier de Saintes, Barère —que acababa de ser uno de sus mejores auxiliares—, Réal —su más fiel colaborador durante veinte años—, su íntimo amigo Thibaudeau, y ese Camot, su compañero de lucha de termidor, dos veces colega suyo en el Ministerio y, recientemente, asociado a su Gobierno de diez días. Proscritos por él, estos hombres, en su exilio común y hasta la tumba, debían perseguir al duque de Otranto con su rencor. En vano les repetirá, después de haberlo declarado personalmente, que se ha visto forzado; no quedarán todos tan resignados y tan convencidos como Arnault y Barère. Una última vez, Camot empicotó a Fouché.

*

Si el ministro de la Policía se hubiese mantenido en esta primera tarea, hubiera merecido seguramente los severos juicios que, desde 1815, denunciaron la orden de 24 de julio con la indignación de todas las gentes honradas. Pero estaría mal juzgar el acto al aislarlo de toda una política que se presenta claramente al historiador en esa

época. La orden tenía que permitir al ministro, que se había comprometido a firmarla, luchar con más autoridad contra la violenta reacción que se desencadenaba abajo sin ton ni son. Así, pues, esta política la practicaba incluso en ese momento con una destacada tenacidad.

Podía intentarla con tanta más seguridad cuanto que Luis XVIII parecía realmente dispuesto a aprobar la actitud tomada por su ministro de la Policía. Desde entonces la política de Fouché estaba trazada: consistía, exagerando aún las disposiciones del rey, en oponerla a las de los *ultras* (es Fouché quien creó en esa época el epíteto) y en encontrar desde muy alto frente al país el respeto debido «a la ley *y al rey*». Se vio entonces —idea verdaderamente paradójica— al antiguo revolucionario dar muestras de la lealtad más celosa hacia su señor, el soberano, para combatir a los más ardientes defensores del trono de los Borbones.

En provincias la dificultad con que se tropezaba para contener la reacción era tanto mayor cuanto que, desde hacía quince días, los comisarios extraordinarios le habían dado un carácter oficial. La primera medida que debía adoptarse era despedir a esos *missi dominici* que habían sido nombrados al principio, medida audaz, ya que la mayoría eran los jefes influyentes del partido *ultra*. A decir verdad, parecía poco frenado por esta consideración, evidentemente dispuesto a romper con esta camarilla. El 18 de julio obtenía el inmediato regreso de los malhadados comisarios. Desde entonces los prefectos quedaban como los únicos representantes del Poder de los departamentos; les envió la circular rimbombante del 28 de julio, donde estaba claramente expuesta su idea. *«La voluntad del rey* —se leía allí— *es la de correr un velo sobre los crímenes y las faltas cometidas. Su Majestad ha dejado a la justicia el cuidado de castigar los atentados y las traiciones, y para no dejar que se extienda la sospecha, ha querido designar y limitar el número de acusados*. Hay, por tanto, seguridad para todos. Ningún medio, ningún pretexto de inquietud y de encono se ha dejado a la malevolencia. Todas las existencias están bajo la garantía y la ley, y *bajo la égida del*

monarca, que quiere ser el padre de todos los franceses… *Toda reacción sería un crimen político; sería una subversión de la estabilidad, turbaría el reposo del Estado destruyendo toda confianza…* ¿Quién podría, pues, pensar en venganzas personales en medio de las desgracias públicas? ¿Quién se atrevería a hablar del triunfo de un partido cuando atacan o amenazan a todos los mismos males? No hay más esperanza de salud, no hay ni siquiera verdadero honor fuera de nuestra unión».

A los prefectos del Sur les dirigía sus recriminaciones o sus estímulos: «Lo que ocurre en Nîmes y en algunas ciudades del Sur —escribía— *llena de dolor el alma del rey*, asombra e indigna a los soberanos aliados, atentos a lo que ocurre entre nosotros. La justicia más esclarecida y más moderada está en el trono; Luis XVIII reina, y unos odios que ningún poder y ninguna facción confiesan, quieren colocar su furor en el lugar de las leyes. *Sólo al monarca corresponde el ejercicio de toda la fuerza pública, y unos hombres cuyas pasiones los convocan y juntan, forman en vanos lugares una fuerza ante la cual la de las autoridades es impotente; sus venganzas más atroces las llaman castigos; la anarquía más intolerable —si hay que creerles— es el instrumento necesario del restablecimiento del orden*». Alabando los proyectos por la firmeza de sus medidas, por el contrario, censuraba la conducta de los antiguos comisarios, afirmando la necesidad en tiempo de crisis, *«incluso cuando el Gobierno se permite ir más allá de la ley… no ir demasiado lejos»*. La Policía, según él, debía preceder simplemente a la justicia y abrirle los caminos, ya que súbitamente profesó un inflexible respeto a la libertad individual. Pasando a los excesos de la muchedumbre, el duque de Otranto marcaba las escenas de que Nîmes, Aviñón, Montpellier y Toulouse fueron protagonistas, declarando que, si la efervescencia se disculpa a veces, no puede ser admitida «bajo un príncipe legítimo y constitucional a la vez». «Su Majestad está bastante afirmado sobre el trono *que tiene de sus padres y del amor de la nación* —añadía el ministro— para que todo se doblegue bajo las leyes que sólo él propone o sanciona y sólo sus

ministros ejecutan. Y que no se repita en absoluto *que las máximas no convienen ya en la revolución*. En primer lugar, no hay ninguna revolución: hay un monarca, un Ministerio, ministros responsables, tribunales que cuentan con la confianza del príncipe…» Tras este lenguaje de energía no desprovista de grandeza y, por donde pasaba —decían— el soplo de Manuel, el ministro dirigía a los prefectos sabios consejos y les trazaba una política de moderación, «de esa moderación *que puede ser menos una virtud que una política»;* y de justicia, ya que era sobre ese respeto necesario a la justicia, a la ley y al rey en lo que insistía aún al terminar.

No era sólo el Sur, de Burdeos a Marsella, lo que inquietaba al ministro. El Oeste se sublevaba contra un Ministerio donde estaban «el obispo apóstata y el convencional regicida». Con este pretexto, los chuanes se removían, oprimían a los patriotas, a los funcionarios, a los poseedores de bienes nacionales; por todas partes surgían conflictos. El 3 de septiembre, el ministro de la Policía señalaba en una carta a los prefectos del Oeste los excesos que desde ahora no tenían ninguna excusa. Estaba dispuesto —declaraba— a hacer recompensar a los jefes de la Vendée (¡el procónsul de Nantes de 1793, el hombre de la represión de la Vendée hablaba de hacer recompensar a sus jefes por Luis XVIII!), pero quería que sus soldados permanecieran tranquilos. «¿Algunos centenares de hombres, apretados en algunos pueblos, pueden pensar que estarán constantemente por encima de las leyes, que impondrán a Francia sus prejuicios, sus errores, sus pretensiones, a los que toda Francia combate desde hace veinticinco años y el régimen que nuestras costumbres y las leyes fundamentales prescriben?»

Era hablar con mucha seguridad el verdadero lenguaje de un hombre de Estado. Se volvía a encontrar por todas partes esta firmeza. Los agentes inmediatos de la Policía eran, asimismo, advertidos de que su ministro deseaba verles tomar una actitud muy enérgica contra los excesos de la reacción y de la anarquía: «siendo cada uno de ellos personalmente responsable de los errores que resulten de una falta de celo, de actividad o vigilancia». Pasaba a los

hechos, suprimía en París la circulación del *Censor*, culpable de haber insertado un artículo ultrajante para la Guardia Nacional; suspendía la *Gaceta de Francia*, que pedía, simplemente, que se hiciera pagar una sobretasa de impuesto a los adquirentes de bienes nacionales y, si dejaba zurrar al *Independiente*, lo resucitaba al otro día, quedando en íntimas relaciones con Jay, que en 1816 ya animaba en la redacción del *Continental*, y con Manuel, convertido en redactor de sus circulares.

*

Los *ultras* estaban asombrados de la víbora a la que habían dado calor. En las Tullerías la influencia del duque de Otranto continuaba, no obstante, ejerciéndose sin réplica. La orden de 24 de julio pareció una prueba suficiente de su «devoción». El ministro, además de esto, prestaba otros servicios: era él quien, por mediación del conde Tournon, había obtenido de Davout, con muchas dificultades, el desarme del ejército del Loira. Incluso en tales circunstancias, como hemos visto, supo hacer del respeto al rey la ley suprema de la moderación, y unas lisonjas hábiles salvaban lo que estas instrucciones podían tener de irritante para el partido reaccionario. Además, fingía cierta rudeza y escribía a la marquesa de Custine: «Si satisficiera las pasiones me convertiría en más agradable, tendría el aspecto de entregarme: traicionaría a mi deber, a mi conciencia, a mi nación y a mi rey». Gracias a esas precauciones (esas palabras debían ser repetidas), su favor se mantenía en París durante los meses de julio y agosto de 1815.

Sin duda gracias a su influencia sobre la alta burguesía, el duque de Otranto iba a tener un éxito lisonjero, y también la protección duradera del conde de Artois. El 10 de agosto, el ministro de la Policía fue elegido diputado del Sena en la nueva Cámara. El colegio electoral estaba presidido por el hermano del propio rey; no necesitamos del testimonio de Barras, implícitamente confirmado por

Villèle, para pensar que el conde de Artois debió de guardar en aquella circunstancia, por lo menos una neutralidad benévola. Para Fouché era un éxito tanto más lisonjero cuanto que parecía un acto de deslumbrante reconocimiento por el servicio preferente prestado a la ciudad de París durante la última crisis. Los éxitos electorales del duque de Otranto no debían, por otro lado, detenerse allí; una triple elección le envió al Palacio-Borbón, ya que había sido elegido fuera de París como diputado por el departamento de Seine-et-Marne y, no se sabe por qué, por el de la Corréze. El duque de Otranto optó por el Sena. Por el contrario, veremos que el resto de las elecciones debían ensombrecer de modo especial este triunfo personal, del que Fouché experimentó la más viva satisfacción.

Acababa de gozar una mucho mayor todavía. Poderoso y rico, el duque de Otranto soñaba, sin embargo, con reforzar su situación por el matrimonio. Había mantenido constantes relaciones con los Castellane-Ma-jastres, que había conocido en Aix en 1810. Una hija, Gabriela, tenía entonces veintiséis años, era bonita, pero poco afortunada. El viejo ministro pidió su mano y la obtuvo sin dificultades. Se casó con ella el 1 de agosto de 1815. El antiguo correligionario del *Padre Duchesne* emparentaba así con una familia cuyos antepasados habían reinado en otros tiempos como príncipes soberanos en el valle del Ródano; y, aliados, se decía, de los propios Borbones. El colmo del honor, en el momento en que uno de los hermanos de Luis XVI, después de haber contribuido a hacerle ministro, le hacía proclamar diputado en París; el otro, el propio rey, firmaba el acta matrimonial. Uno piensa que Fouché supo hacer pública esta deslumbrante señal de benevolencia que, aún más que el matrimonio, debía exaltar fuera de todo límite su orgullo y su esperanza. El 1 de agosto el oficioso *Independiente* daba la noticia: «El rey —decía— ha firmado el acta matrimonial del señor duque de Otranto y de la señorita de Caste-llane, de una de las familias más antiguas de Provenza. Se dice que los esposos se conocieron en Aix, donde permaneció el duque durante su proscripción por Bonaparte, y donde ha dejado recuerdos agradables en toda Provenza». Diez

días después del matrimonio el duque de Otranto era enviado a la Cámara mediante una triple elección.

*

El hombre parece estar verdaderamente en el pináculo.

Había tenido éxito en todo. En la época exacta a la que le hemos conducido (agosto de 1815) realizó —con creces— todos los deseos que quizá no había osado formularse nunca en 1792 el modesto director del colegio de Nantes. Desertor de la Iglesia, el clero le honra, mientras él protege a sus miembros, humildes o ilustres, amigo de esos oratorianos que ha abandonado en otros tiempos. Perseguidor de la aristocracia en Nantes y en Nevers, asesino de nobles en Lyón, se ha convertido, sin grandes concesiones, en el favorito, el amigo bien acogido, familiarmente recibido por la aristocracia: confidente de una princesa de Vaudémont, de sangre de los Montmorency, de una marquesa de Custine, una de las mujeres más respetadas de la nobleza francesa. Adversario de Nantes del «negociantismo», comunista precursor, terror de los capitalistas en Moulins, Nevers y Lyón, es ahora su esperanza, su recurso: finalmente, hombres de negocios y hombres de leyes han hecho votar a París por él. De fortuna modesta, arruinado quizá en 1793, es rico en millones (de 15 a 20 en 1815) y uno de los mayores propietarios de bienes del reino, poseyendo un castillo, un hotel, cotos de caza, prados, parques, propiedades; especulador hábil, cotizado en el mercado, aumentaba todos los días su principesca fortuna. Es duque de Otranto, título confirmado por Luis XVIII con todos los de la nobleza imperial y como tal ¡igual en la corte al de un Richelieu o de un Rochefoucauld! Más todavía: esta nobleza de fecha reciente viene a aliarse a otra de más pura ley al casar con una muchacha de linaje que, por añadidura, era joven, amable, buena, y de la que se dice que estaba enamorado. Tiene tres hijos que son su orgullo, una hija preciosa a la que adora. Antiguo ministro de

Napoleón, y no de los menos importantes es, sin embargo, popular en Europa; el jefe del partido *tory* inglés, el noble Wellington, ha hecho entrar a este *jacobino* en el Consejo del rey; pero también Mettemich, el canciller de la contrarrevolución, el príncipe de Hardenberg, el cardenal Consalvi honran con su benevolencia al antiguo procónsul de la «Revolución integral». Elegido diputado por tres departamentos, es, en el momento en que sus antiguos colegas de la Montaña están proscritos, secretario de Estado del Rey Cristianísimo, quien firma su acta matrimonial.

En este momento se exalta su orgullo, se desahoga con sus amigos. «Encuentra usted —escribe a la señora de Custine— que me anticipo en la felicidad. Y yo considero que la he esperado demasiado tiempo». En todo caso, creía poseerla. Crédito y popularidad, poder y fortuna, prestigio fuera, alegrías íntimas en el hogar, todo le permitía enfocar con mirada confiada la carrera que parecía volver a abrirse ante el hombre de Estado rejuvenecido.

Parece verdaderamente que existe en determinadas vidas un punto culminante, tan alto que, desde entonces, el hombre no podría más que decrecer: a veces ocurre, entonces, que las caídas son rápidas y profundas. Fouché había llegado al punto culminante de su existencia y subido tan alto que no podía ya descender sin caer muy bajo. Algunos meses más tarde se le vería derribado por las mismas intrigas de sus aliados de la víspera, desfavorecido por los príncipes, vilipendiado por todos los partidos, proscrito por la Asamblea donde hacía poco le habían enviado por tres colegas, reprobado por los ministros de Europa, expuesto a los violentos rencores de sus antiguos amigos de la Revolución y objeto del desprecio de los hombres de Estado del nuevo régimen errar de ciudad en ciudad, arrastrando un final de existencia bastante desgraciada. Sus enemigos se regocijaban: la justicia —dirán— tuvo su hora y triunfó en unos días sobre una felicidad demasiado insolente.

El extraordinario esfuerzo que había llevado al antiguo jacobino al Consejo del rey bajo el patronazgo paradójico del conde de Artois,

¿podía tener mañana? ¿El duque de Otranto, instalado en el cargo, podía mantenerse allí mucho tiempo, sobre todo adoptando una actitud antirreaccionaria que iba a despertar o sobreexcitar con él el odio de los *ultras?* ¿Hubiesen perseverado los príncipes mucho tiempo con el extraño favor con el que habían protegido al *votante* de enero del 93? Todo ello es bastante poco probable. De hecho no fue de los príncipes, no fue del grupo del conde de Artois, no fue de sus protectores de julio de donde partió el golpe que le atacó al principio y, en el futuro, le arruinó irremediablemente. El golpe fue asestado por las elecciones de agosto de 1815.

Dichas elecciones tuvieron lugar a principio de agosto; debían terminar en esa «Cámara de diputados ultramonárquicos», donde los elementos de la extrema derecha iban a poseer una mayoría tan aplastante y tan exagerada, que los Decazes, los Molé, los Richelieu debían pasar un día a sus ojos por cuasijacobinos. Así, los ministros que en 1815 se encontraron encargados de presidir estas elecciones, representaban, con distintos títulos, la opinión contraria: era el presidente del Consejo, el exobispo Talleyrand; los ministros del Interior y de la Policía, el liberal Pasquier y el jacobino Fouché. ¿Cómo no supieron estos tres hombres de Estado prevenir o debilitar al menos la manifestación electoral de la que debían ser, fatalmente, las víctimas?

Tal despreocupación, extraña en Fouché, venía en gran parte del inmenso desprecio que sentía por el parlamentarismo. Habiendo visto de cerca los pasillos del Palacio-Borbón, pensaba —según decía — que era preciso «burlarse de las Cámaras», miradas por él «como máquinas que se suben o se bajan a voluntad». Se dejaría discurrir a esas gentes, gobernaría sin ellos, y en caso de necesidad, contra ellos.

El resultado del hermoso optimismo fue la elección de dicha Cámara, demasiado violenta en sus odios y demasiado absoluta en sus principios para tolerar un solo día al ministro regicida. Un Barère, un Camot, un La Fayette habían podido dejarse imponer a Luis XVIII

por Fouché; los Corbière, los Lainé y otros iban a rechazar el dejarse imponer a Fouché por Luis XVIII.

En efecto, apenas fue conocido el resultado de las elecciones, se formó una corriente de opinión bastante violenta contra el Ministerio y, personalmente, contra Talleyrand y Fouché. Éste era particularmente atacado en provincias, donde fingían ignorar los servicios que había prestado a París. En la capital misma, las bandas de manifestaciones gritaban «¡Viva el rey! ¡Abajo los ministros!» Así, bastantes importantes personalidades monárquicas, *ultras* o liberales, continuaban muy hostiles al regicida. En vano a finales de julio, la marquesa de Custine trató de conciliar a su viejo amigo con Chateaubriand; éste salió harto de la entrevista —escribía—, de la verbosidad de Fouché y en la peor disposición hacia el hombre, «que no le parecía ni más hábil ni más grande por haber envuelto la cuerda de la horca en el cordón de la Legión de Honor». El autor de *René* se marchó «encogiéndose de hombros ante el crimen». No era el único. Los periodistas monárquicos empezaron con alusiones muy claras a la necesidad de que se marchase el ministro. Los panfletos iban a proli-ferar. El primero apareció a comienzos de septiembre. El folleto era de un tal señor De Degollado, y con el título: «*Del ministerio…*», apuntaba especialmente al ministro de la Policía. Se juzgará sobre el libelo por ciertos pasajes. «El rey —se leía allí—, llamando al Ministerio *al asesino de su hermano y a uno de los restos más repugnantes de nuestra Revolución*, ha creído, sin duda, que esta elección sería agradable a la nación, o al menos no le sería desagradable». Así, pues, la nación vomitó al ministro; la nación no se solidarizaba con el criminal, quería incluso su castigo, a despecho del perdón real. Si había contribuido a la llamada de los Borbones en julio, este hombre había hecho todo por alejarlos en marzo, «habiendo privado de medios de acción para tener el placer de reponerlos mal que bien». Traicionó a Bonaparte, es verdad; pero «ese traidor no puede tener derecho más que al dinero y al desprecio». Y el autor concluía pidiendo «que se librase al país de Talleyrand y de Fouché, de sus astucias y de sus infamias».

Lo peor era que desde agosto corrían rumores respecto que la división reinaba en el seno del Gabinete. A finales de agosto Pasquier y Talleyrand parecían dispuestos a desembarazarse de Fouché, que se había vuelto comprometedor. Pasquier no le perdonaba que por su sola presencia hubiese impedido al duque de Richelieu aceptar una cartera; Talleyrand tenía miedo a la Cámara y quería sacrificar al hombre.

Fouché trataba con gran desdén todas estas hostilidades: las pasiones del partido *ultra* y sus ataques, a su juicio, no valían más que el desprecio. «Según ellos —escribía a la marquesa de Custine —, gobernar es llegar, es abandonarse a sus pasiones y cerrar los ojos al porvenir. Según yo, es reconciliar a todos los partidos, a todas las opiniones con el rey, es disciplinar todas las ambiciones, es someterse a los pies del trono». Multiplica con intención semejantes confidencias ante los monárquicos; afronta los ataques, amenaza casi la fracción adversa y, bruscamente, pasa de la defensiva a la ofensiva. Eso ocurrirá en «el asunto llamado de los Informes».

Estando reunido el Consejo el 12 de agosto, el duque de Otranto sacó de su cartera un gran montón de papeles y pidió permiso para someter a sus colegas un informe que —según decía— iba a mandar al rey. Tal informe era una diatriba contra los aliados y la forma de su odiosa conducta hacia el país ocupado, que —agregaba— comprometía al rey y a la Monarquía. Esto podía sorprender; por el contrario, hasta entonces el ministro de la Policía pareció cultivar con cuidado la amistad de los extranjeros. ¿Quería crearse con esta nueva actitud una de esas popularidades que fuerzan el silencio a los Parlamentos más hostiles? Es verosímil, ya que el informe —se dice — había sido redactado por Manuel, ofrecía un aspecto de violenta indignación y de ironía sangrante, un estilo de tribuno más que de hombre de Estado sereno, que parecía indicar la intención de provocar en el país, realmente exasperado contra la opresión extranjera, una explosión de grandes consecuencias. Era, para Fouché, una nueva plataforma.

El vibrante informe cayó como una bomba en esta reunión de políticos, mal preparados para apreciar el acento que el genio oratorio de Manuel hacía pasar por sus páginas. Talleyrand, Pasquier, Vitrolles acogieron con mucha frialdad la lectura. Esas bellas frases hacían encogerse de hombros a Talleyrand; Vitrolles rechazó su publicación en el *Monitor*. En cuanto al rey, leyó el informe y lo guardó en presencia de él. Pero este informe, en el que Fouché no atacaba más que de pasada al partido *ultra*, sostén de los aliados, fue seguido de otro, no menos vivo, esta vez contra los excesos monárquicos, y donde se zahería sin piedad al partido de extrema derecha entonces triunfante.

Estos informes hubieran pasado, sin duda, desapercibidos. Pero la publicidad, primero clandestina, pública seguidamente, de los dos alegatos, dio una singular gravedad a la intervención del viejo hombre de Estado. Divulgados, hechos públicos, los informes se convertirían en una especie de manifiesto nacional. La publicación debió, evidentemente, de unir contra Fouché todos los odios que le acechaban. Mas esa publicación, si se le daba tiempo a divulgarse, podía valer, por el contrario, al ministro una popularidad que se temía muchísimo.

Así, unos días después de la comunicación al Consejo, copias de los dos informes empezaron a circular clandestinamente; en una semana se habían multiplicado y ya, desbordando París, inundaban las provincias. El tono del escrito era tal, parecía tan extraño por parte del ministro del rey, que al principio se creyó en una burla.

Constituyó una gran conmoción y, en determinados medios, una indignación violenta. Estos informes, tratados de «atroces panfletos» por los monárquicos, fueron adoptados como manifiestos por un partido que se puso a distribuirlos, pese a la oposición de los prefectos: este carácter de oposición tenía que aparecer tanto más cuanto que se nombraban a Fouché colaboradores comprometedores; el grupo liberal, incluso; Jay, Manuel, Benjamín Constant y otros.

Por su parte, los aliados protestaron. Justus Grüner, jefe de la Policía prusiana en París, dirigió el 31 de agosto una carta muy acalorada al duque de Otranto, a quien pedía que desmintiese el alegato, con el fin de oponer este mentís «a los malos efectos que tenía este informe sobre la tranquilidad pública». Fouché contestó en 2 de septiembre. Sin negar la autenticidad del escrito, declaró que habían alterado el texto, que lamentaba la publicación e iba a perseguir a los autores; que siempre había proclamado la magnanimidad de los soberanos aliados, pero que su deber como ministro de la Policía era señalar a su soberano los desórdenes, consecuencias siempre inevitables de la guerra. Esta respuesta cortés, pero firme, fue la que el duque de Otranto opuso desde entonces a todas las reclamaciones; declaraba, además, haber conseguido el efecto deseado, ya que desde hacía algunos días los generales aliados habían parado en todas partes los desórdenes. «Habiendo esperado sublevar contra él a todo el que no fuera francés, no podía asombrarse de esta sublevación». Sin embargo, no vacilaba en atribuir a la malevolencia la divulgación del informe, auténtico y sencillo homenaje al rey —añadía—. Había en cualquier caso, concluía, «cierto valor para atreverse a manifestar sentimientos franceses en presencia de cuatrocientas mil bayonetas».

*

Sin embargo, el incidente pareció decisivo a los enemigos del ministro; «se le tenía agarrado», decían. Era preciso actuar. Ya que, a decir verdad, los aliados, pasada la primera indignación, parecían pasar una esponja por el hecho. Wellington continuaba fiel al duque de Otranto, condenando las intrigas del partido *ultra* contra él, la versatilidad que, habiendo echado a esta gente dos meses antes de rodillas ante él, les alzaba ahora contra el regicida. «Fouché —escribía— se ha portado mal quizá en algunas circunstancias, pero ni

la mitad de mal de lo que se dice y se cree: al contrario, creo que son los cortesanos los que han publicado su último informe al rey». Debía deplorar el probable disfavor del duque de Otranto, como llevando a la disolución de un ministerio «formado con la aprobación de todas las potencias de Europa».

El partido *ultra*, sin embargo, hacía estragos. Desde las elecciones no había más que una voz contra el regicida, que volvía a hacerse «peligroso». Los informes al rey habían consumado la ruptura. El conde de Artois descubría súbitamente que el hombre había levantado el cadalso de su hermano; tal vez hubiera sido más noble haberse acordado cuando el duque de Otranto parecía propenso a ser empleado; pero los príncipes tienen su oportunismo. Tal vez la muy mediocre influencia que tenía el príncipe sobre el rey hubiese sido insuficiente para causar la desgracia de Fouché, si, por otra parte, los miembros de la nueva Cámara, afluyendo a París desde hacía dos semanas, no hubiesen llenado las Tullerías de recriminaciones a su persona, el Palacio-Borbón y los salones de ciertos ministros. Estaba claro que se preparaban a abatir al hombre, y enseguida a Talleyrand y a Pasquier. Los colegios electorales reclamaban en patéticos mensajes el castigo de los «odiosos regicidas». Pero las declaraciones más resonantes eran las de Lainé, diputado de la Gironda, cuyas circunstancias le hacían uno de los hombres más influyentes de la nueva Cámara. Éste, según decían, no podía aceptar ver un solo día en el banco de los ministros del rey al desgraciado lleno de crímenes y de vergüenza; no se admitía ni siquiera la idea de que el hombre de Estado, tan honrado, sin embargo, durante dos meses por la «confianza» del rey y que tres circunscripciones acababan de enviar al Palacio-Borbón, formase parte allí ni siquiera como simple diputado. «¿Cómo pudo asistir —gritaba Chateaubriand— a las discusiones sobre el 21 de enero, expuesto a ser increpado por algún diputado de Lyón y amenazado con el terrible: *¿Tu es ille vir?*» La prensa monárquica seguía a los jefes. Los publicistas blancos cogían la pluma para rechazar el

famoso informe y aplastar con sus ásperas críticas este alegato, ese libelo. Todo el partido cedió desde los primeros días de septiembre.

Así, pues, en la misma época, el duque de Otranto fue decididamente desautorizado por su presidente del Consejo y, secretamente, minado por su más cercano colaborador: el prefecto de la Policía Decazes.

El 2 de septiembre el conde de Castellane señalaba las divisiones del Ministerio. Talleyrand consideró decisivo el incidente del informe y abandonó a Fouché en pleno Consejo. Éste, sin embargo, había visto a la mayoría —el barón Luis, Jaucourt, Gouvion-Saint-Cyr— pronunciarse en su favor. Desde entonces el duque de Otranto quedó en muy malas relaciones con el príncipe Talleyrand. Éste, por su parte, no se había apaciguado; estaba decidido a todo para no aparecer en las Cámaras en compañía del regicida, y se esforzaba en cortar del Ministerio el miembro engangre-nado. Pasquier le seguía e, incluso, le impulsaba. Había aconsejado al rey que despidiese al jacobino y lo había obtenido, así como la designación De Anglés para la cartera de la Policía. «Alabado sea Dios —dijo el rey—, la pobre duquesa (de Angulema) no estará expuesta a volver a encontrar esta odiosa cara». Advertido Fouché, había hecho intervenir a Wellington, quien fue a ver al rey, le convenció de que iba a hacer una tontería, y deshizo la intriga. Luis XVIII cedió y Pasquier tuvo que llevarse, sin firmar, la orden llamando a De Anglés a la Policía General.

*

Fouché, pues, salió todavía vencedor de esta escaramuza; por un instante pudo creer que iba a hacer pagar caro a sus adversarios su abortada tentativa. Había hecho pagar con la cabeza a Robespierre la intención que había tenido el dictador de hacer caer la suya, y tropezar a Bonaparte para no dejarse suprimir por él. ¿Qué pesaban las intrigas de un Talleyrand al lado de esos peligros afrontados y

descartados? De hecho, pareció entonces por un momento más poderoso que nunca; la opinión de la clase media continuaba siéndole claramente favorable. «Espero —escribía el día 7 a la señora de Custine— que todas las intrigas estén deshechas… Heme aquí todavía sobre las olas y en medio de las tempestades…» Triunfaba, trataba con desprecio a sus adversarios, agobiaba con sus sarcasmos al prefecto de la Policía, Decazes, su adversario, y se dirigía directamente al rey, se justificaba de todo reproche. «No he querido intentar nada —escribía el 13 a Luis XVIII— para descartar una desgracia, porque hay momentos de turbación en que atacan tantas pasiones e intereses a un ministro que no puede encontrar un apoyo sino en los intereses todavía mayores que son la regla de sus deberes». No se defendía por haber escrito los informes, teniendo derecho «a expresar al rey sus *opiniones íntimas* y, no debiendo ser juzgado más que por él, de hablar de todos los partidos sin miramientos, demostrarle sus ilusiones presentes y sus antiguos errores, de lanzarse en medio de todas las pasiones con la intención de reprimirlas». Pero le parecía imposible admitir por un solo momento que hubiese tenido parte alguna en la divulgación de esos informes.

Mas Luis XVIII ya no estaba con Fouché. El conde Decazes, que reemplazaba decididamente a Blacas en el favor y, enseguida, en el cariño del rey, quería ser ministro de la Policía y aún más. Era un ambicioso de otro estilo que Fouché, mozo muy apuesto, favorito de las mujeres y de la fortuna. Al éxito le gusta la juventud. Fouché era viejo. El apuesto Elie Decazes, muy joven. En la lucha que se estableció al día siguiente del regreso del rey, debía vencer Decazes. Esta sorda rivalidad había surgido, apenas instalado el nuevo prefecto en la prefectura. Los dos hombres se encontraron de nuevo con un conflicto cuando la orden de 24 de julio; Decazes sospechó que Fouché quiso hacer evadirse a La Valette, dejando la responsabilidad de ello a la prefectura; creyéndose decididamente amenazado en su puesto por la hostilidad de su ministro, empezó a perjudicarle; los conflictos se sucedieron, se agravaron. Así, el joven

hombre de Estado se convertiría todos los días aún más en el favorito del soberano. Le asustó —dicen—, le exasperó contra Fouché; fue en el momento en que éste deseaba un supremo apoyo contra todos en «el corazón del rey», corazón que ya no era para él. La llegada de la duquesa de Angulema, debía servir de pretexto; la hija de Luis XVI había dicho claramente que no recibiría al regicida por muy ministro que fuera. Luis XVIII habló a Vitrolles de sacrificar el ministro a la duquesa. «El despido de Fouché sería un hermoso ramo que ofrecerle». Vitrolles, todavía más hostil a Talleyrand y a Decazes que a Fouché, respondió bruscamente: «¿Dónde iríamos a parar, señor, si la política debiera reducirse a ramos ofrendados a Iris?»

La princesa llegó al día siguiente; se disimuló su presencia al ministro para que no fuese a saludarla, lo que hubiese producido, sin duda, una escena lamentable. Pero esta falsa situación no podía prolongarse. Por lo demás, si Luis XVIII pensaba hacer ministro a Decazes, si los amigos de los príncipes querían evitarle a la hija de Luis XVI el espectáculo del regicida en el Ministerio, Talleyrand, menos sentimental, pensaba en la próxima reunión de las Cámaras y temblaba. La dificultad estaba en alejar a Fouché. Se sabía que era peligroso en sus desgracias y que sus ocios se volverían un mal para quienes se los hacían. No le querían ni en París ni en Ferriéres, detrás de Jay, Manuel, Constant y los otros; no había que dejarle —siguiendo la expresión de Vitrolles— «como una bandera tricolor flotando sobre la plaza de la Bastilla». Talleyrand pensaba mandarle muy lejos, hacer que aceptase la legación de los Estados Unidos. Al día siguiente, en una escena de lo más graciosa, de la que Pasquier y Vitrolles nos han dejado un divertido relato, el presidente del Consejo, que temía por parte de Fouché una clara renuncia y tal vez algún desplante, procedió por vía de insinuación ensalzando por turno las ventajas de la estancia en Washington, el carácter pintoresco de América, «los encantos del río Potomac…, el Merrimac…, el Potomac…». Fouché, viéndole venir, le miró fijamente; le turbó, le hizo titubear y volvió a marcharse como

ministro de la Policía, insensible a los atractivos del país de ultramar y del río Potomac.

Era preciso actuar con energía. La noche misma de esta escena, el 14 de septiembre, Jaucourt recibió para cenar —a petición de Talleyrand— a todos los ministros, salvo al duque de Otranto. El presidente del Consejo hizo saber claramente que el Ministerio estaba perdido, a menos de tener ante la Cámara el apoyo de los duques de Angulema. «Conozco —añadió— un medio de tenerle», dejando adivinar a sus colegas este jeroglífico fácilmente descifrable.

Al día siguiente una orden nombraba al duque de Otranto ministro del rey en Dresde. El ministro de la Policía dirigió inmediatamente a Luis XVIII su carta de dimisión en la que se quejaba, con amargura, de una desgracia mal aceptada, el espíritu recto de un hombre de Estado sometido a pruebas. «… He empleado todos mis esfuerzos en hacer prevalecer la única doctrina que considero propia para reafirmar la autoridad real. El porvenir demostrará si me he equivocado».

Otra carta, dirigida el mismo día a sus colegas, encerraba las mismas recriminaciones: «Abandono Francia, pero su estado no me será nunca extraño. Gemiré sobre los males de mi patria, no pudiendo detener el curso. ¡Que mis últimas miradas lanzadas sobre ella no puedan ver encenderse los primeros fuegos de la guerra civil casi inevitable!»

Con este pronóstico, que se parecía mucho a un deseo, abandonó el hotel de Juigné y se retiró a su casa. Fingiendo en público una gran satisfacción por sus nuevas funciones, y más satisfecho aún, en el fondo, por la caída del Gabinete Talleyrand-Pasquier que se hundía tras él.

En realidad, no podía decidirse a marchar, esperando contra toda esperanza, como en 1810; como en 1810, también, le asustaron. En el momento de tomar la posta para Bruselas, mandaba igualmente a la fiel marquesa de Custine una cartita de despedida donde estallaba el despecho. «He hablado el lenguaje de la razón a unos hombres que no querían escuchar más que el de las pasiones: quizá también

mis ideas eran demasiado amplias para las cabezas en las que yo quería meterlas».

Hacía veintitrés años, casi día a día, que el joven diputado de Nantes había llegado a París, al día siguiente de la proclamación de la República, todavía oscuro y eclipsado, pero lleno de energía, soñando sin duda con otros destinos, con otra fortuna, pero muy lejos de pensar que tantos esfuerzos culminarían —después de haber sido el hombre de todos los regímenes— en abandonar Francia hacia un exilio mal disimulado. Lo peor era que todo no había terminado: detrás de esta huida, rugía el huracán, aumentaba por esta suprema retirada. Dejando el campo libre a sus enemigos, a los amigos les pareció la última traición, la que no podían perdonar las ambiciones y los intereses perjudicados por ella; a todos les parecía el hundimiento final de una inmensa desvergüenza, durante demasiado tiempo feliz, y de la que cada uno se sentía humillado por haber sido su víctima. Fouché no debía volver a ver Francia.

CAPÍTULO XXIV

SUPREMO EXILIO

Últimas ilusiones de Fouché. Sin embargo, es nominalmente amenazado. Reunión de la nueva Cámara. El proyecto de armisticio transformado en proposición de proscripción: el debate en el Palacio-Borbón. Voto de la ley; no exceptúa en absoluto a Fouché de la ley que alcanza a los regicidas. Fouché protesta en vano.—Destituido de sus funciones, difícilmente se decide a abandonar Dresde. Se establece en Praga.—Atacado, protesta otra vez sin cansarse. La violenta diatriba de Chateaubriand le exaspera. Otros panfletos. Para contestar a ellos lanza octavillas en Europa. Amenaza con publicar sus Memorias. Intenta aún congraciarse con todos los partidos.—Abandona Praga para ir a Linz; ligero movimiento de reacción en favor de Fouché; renacen sus ilusiones. El «jamás» del conde de Serre pone fin a ellas. Está destrozado por ese motivo. Se retira a Trieste, donde vuelve a encontrar algunos amigos.—Rápida enfermedad y muerte del duque de Otranto. Una última palabra sobre José Fouché.

El duque de Otranto, ministro de Francia cerca de la corte de Sajonia, ¿creía encaminarse hacia el exilio definitivo en el momento en que, a través de Bélgica, se dirigía a Alemania? Es dudoso. De una parte, podía creer cerrada, por sus cuidados, la lista de proscritos. Por otra parte, llegaba a no perder la esperanza incluso de un regreso al Poder: el rey —pensaba—, cansado de las exigencias de esta Cámara «fantasma», volvería quizá a una política liberal y al ministro que le había encomiado. Las cartas credenciales de las que era portador para el rey de Sajonia salían de las fórmulas vulgares; hacían una alusión halagadora a la «consideración» personal que en otro tiempo (en 1813) mostró este príncipe al duque de Otranto. Así, Fouché había caído y se había levantado tantas veces, que era disculpable buscar motivos de esperanza siempre y a pesar de todo.

Era evidente que se inspiraba en estas consideraciones cuando, desde Bruselas, donde llegó tarde, este singular embajador dirigía al nuevo presidente del Consejo y ministro de Asuntos Extranjeros, duque de Richelieu, cartas en un tono de bastante superioridad, prodigando consejos sobre la resistencia que era preciso oponer a las pretensiones inadmisibles del partido *ultra*. Finalmente, tomó el camino de Dresde, donde no llegó hasta el 28 de octubre.

Aunque su ánimo estuviese pendiente de los asuntos de Francia, fingía tomar muy en serio su misión diplomática.

De hecho, era nula, y Richelieu se veía forzado a buscar mucho para descubrir materia de instrucciones. Después de algunas consideraciones de orden general, no encontraba para ofrecer a la actividad del bullicioso personaje más que la «vigilancia de las sociedades secretas de Alemania», tarea que parecía cuadrar con su genio político. «Señor duque de Otranto —escribía gravemente el presidente del Consejo—: Pondrá su atención sobre estos motivos, de un interés tan grande para la política de Francia, y tan dignos de la sagacidad que le distingue».

*

Esta vez, Fouché debió de quedar convencido de la nulidad de su misión. Por otra parte, no pensaba más que en París: los acontecimientos tomaban allí, en efecto, un giro muy inquietante para él; la Cámara se había reunido e, inmediatamente, en los pasillos resonaron las proposiciones y los proyectos de proscripción. El duque de Otranto, no teniendo ya amigos personales en la Cámara, no tenía más esperanzas que la benevolencia y la rectitud de Richelieu. Le hacía una llamada el 3 de diciembre: «Su Ministerio será honrado y bendecido si consigue usted reconciliar a todos los partidos alrededor del Trono e impedir que ninguno de ellos domine como vencedor. No he tenido otro pensamiento durante mi ministerio…» Tratando por fin de crear entre Richelieu y él una

solidaridad en la misma obra de pacificación, le amenazaba con ser arrastrado por la reacción si la dejaba desencadenarse. «Si el Ministerio actual se deja arrebatar, la influencia terminará por pertenecer a la exageración, los hombres apasionados no sintiendo el alcance de los deseos que forman…»

No era un vano deseo de hacerse valer lo que inspiraba al antiguo ministro estas altivas máximas, era el temor de naufragar sin remedio: se hacía inminente el peligro tan temido desde el 21 de enero de 1793, con tanta frecuencia y a costa de tantos esfuerzos descartado desde hacía veintitrés años.

La Cámara parecía muy decidida a inaugurar sus trabajos con la proscripción de los regicidas. Disfrazada hipócritamente bajo el nombre de *Ley de amnistía*, la medida debía atacar a todos los *votantes* de enero de 1793, exceptuándolos de la amnistía definitiva propuesta muy lealmente por los ministros del rey. Y lo que debía desesperar a Fouché, es que la ley parecía, ante todo, destinada a alcanzarle personalmente. Su nombre, en efecto, había sido inmediatamente lanzado en las discusiones muy apasionadas que levantaba la proscripción. El despecho de haber sido burlado por Fouché en julio, la vergüenza de haberle utilizado y haberle sostenido, uniéndose a indignaciones más antiguas habían agrupado alrededor de Lainé una mayoría, más hostil a Fouché que cualquier otra. Los panfletarios del partido *ultra* le atacaban con rabia. Los famosos *Informes*, comentados, desfigurados, procuraban materia para ampulosidades violentas; dispensaban —se decía— al rey de toda gratitud; a los diputados de todo escrúpulo. Pero ya despertaban en otros panfletos los viejos y terribles recuerdos: el voto de enero de 1793, las hazañas jacobinas de Nevers y Moulins, las descargas de Lyón, «las prisiones de Bonaparte» y los abusos de Poder «del Sejan en este moderno Tiberio».

Se piensa si semejantes disposiciones, pasando de los periódicos del partido al ánimo de los diputados *ultras*, les había permitido agregar el proyecto de la ley registrado por Richelieu, no exceptuando pura y simplemente de la amnistía más que a los

regicidas ya alcanzados por esta orden de 24 de julio que había firmado el mismo duque de Otranto. Este hombre —decían en la Cámara— no podía escapar, ya que «era el más culpable en el pasado, *el más peligroso en el porvenir*». La Comisión, nombrada en noviembre de 1815 para el examen del proyecto ministerial, se mostró inmediatamente resuelta a sustituir con otro proyecto el de Richelieu. Muy lealmente, éste luchaba mostrándose «escandalizado» de ver a Fouché envuelto en la proscripción: «Era —deploraba— una falta de respeto al rey condenar a un hombre llamado por Su Majestad al Ministerio posteriormente a los hechos por los cuales la Comisión pretende exceptuarle del armisticio». El argumento tenía su valor, implicando la lealtad. La Comisión contestó con una declaración de principios: «No podía actuar más que legislativamente, no podía considerar más que los hechos y no los nombres». Luego, dejando de lado este argumento —un tanto hipócrita, puesto que la Comisión, la primera, pronunció el nombre de Fouché—, los comisarios añadían que nadie era menos digno que Fouché de una excepción en la ley de proscripción; «que nuestro deber y nuestra conciencia —decía Villéle— nos mandan igualmente incluirle en el número de los que debían ser castigados; que la consideración de las funciones que el rey le había confiado después de los Cien Días no puede detenernos, ya que no había podido impedir a la opinión general contener el escandaloso Ministerio del que tomaba parte al retirarse precipitadamente, incluso antes de la reunión de las Cámaras».

*

Fouché era mantenido al corriente de todo. Había tenido cuidado de dejar como secretario junto a Richelieu a su comparsa Fabri, como en otro tiempo a Jay cerca de Savary. Y de creer a Pozzo di Borgo, Fabri informaba a Fouché, quien estaba enterado con respeto a las dos corrientes que se pronunciaban paralelamente contra él.

Trataba de pararlas, hacía a Richelieu la apología de su conducta en el verano de 1815, de la política de moderación.

En París, sin embargo, continuaban desencadenándose contra el hombre que presentaba, al parecer, tantas agarraderas, se inventaban calumnias: se decía que en el verano de 1815 había preparado el advenimiento del duque de Orléans. Los panfletos continuaban pululando: se creaba la leyenda del «cura apóstata» y se reemprendían las viejas acusaciones.

Él, desde lejos, continuaba protestando. Ahora era su papel en la Revolución lo que quería justificar: «Sólo el vulgo —escribía el 24 de diciembre a Richelieu— cree que las revoluciones políticas son el resultado de las combinaciones y la obra de los individuos. A los que ellas atacan son con frecuencia a los autores. *Los que parecen dirigirlas no siguen más que los movimientos…* ¿Quién puede erigirse en juez de la conducta de los hombres en medio de nuestras crisis y nuestras tormentas?… Que cada uno quiera en estas circunstancias acordarse de sus faltas y perdonar las de los demás. He aquí el gran medio de reconciliación general… Los que me calumnian hoy deberían, al menos, acordarse de que yo no he dejado nunca de sentir respeto hacia su desgracia, que he defendido con frecuencia sus propiedades, su libertad, algunas veces sus vidas bajo Bonaparte, *que no he revelado en absoluto al rey sus olvidos y sus flaquezas*».

No hubiera sido el hombre de acción y de intrigas que conocemos, si se hubiese contentado con gemir, protestar, pleitear su causa con un estilo sucesivamente lacrimoso y altanero. En la misma época intrigaba por todos los medios ante las potencias, especialmente cerca de Inglaterra y de Prusia, para hacerse sostener en París.

Todo debía resultar inútil. La discusión del proyecto de ley fue aplastante para Fouché. El 27 de diciembre Corbière entregó su informe. El proyecto de ley estaba, naturalmente, concebido en el sentido indicado por la Comisión; el artículo 7 exceptuaba del armisticio «a aquellos regicidas que, con desprecio de una clemencia

casi sin límites, han votado por el Acta adicional o aceptado funciones o empleos del usurpador y que, por eso, se han declarado enemigos incurables de Francia y del Gobierno legítimo». Fue un debate apasionado. La clemencia tuvo sus defensores, pero los violentos reproches de La Bourdonnaye y de Castellane destruían el efecto de estos discursos. En vano se vio en las sesiones del 4 y del 5, a De Serre y Pasquier abogar por «el olvido». El 5, la totalidad del proyecto, comprendido el artículo 7, era votado por una enorme mayoría: 334 votos contra 32.

Richelieu pareció tomar su partido, en razón misma de esta casi unanimidad. Por otra parte, Luis XVIII no había esperado el voto; el 4, firmó la destitución de su ministro en Sajonia. Las cartas de despedida fueron enviadas inmediatamente a Dresde. Los periódicos monárquicos, que hasta entonces daban al antiguo ministro su título de duque, anunciaron con acento triunfal que *«El señor Fouché* había sido destituido de sus funciones y recibido una carta del ministro de Asuntos Extranjeros prohibiéndole volver a Francia».

*

El duque de Otranto recibió el 9, con la noticia del voto que le proscribía, las cartas recredenciales. Indignado por lo que llamaba falta de fe del rey, y sosteniendo que la ley no le podía ser aplicada, aplazó el envío de las cartas recredenciales, y no se decidió a ello hasta el 23. No obstante, parecía dispuesto a usar de su eterna táctica: renunciaba a toda ambición aspirando desde hacía mucho tiempo a ese descanso que le daban y que iba a permitirle consagrarse por entero a los suyos. Una nota, escrita de su puño y letra, publicada en los *Zeitgenossen* a modo de información, decía: «Al señor duque de Otranto parece empezar a gustarle Sajonia… Habla de su disfavor con la misma moderación que de las otras crisis de la Revolución. A veces compara los servicios que los ultramonárquicos creen prestar al rey y a la Monarquía con los que

los ultrarevolucionarios han prestado a la libertad y a la República». Esta última línea parece un poco bufonesca, ya que se trata de un excorreligionario de Hebert y de Chaumette. Pero esta gran serenidad, esta actitud de Sócrates «bebiendo la cicuta», le parecía excelente; trató, a veces en vano, de conservarla a los ojos de sus corresponsales. Leyendo sus cartas a Gaillard quien, como él no lo ignoraba, las comunicaba a las Tullerías; también sus cartas a la señora de Vaudémont, a la señora de Custine, a Richelieu, a Decazes, a Molé, a Metternich, a Wellington, se creía ver acabar uno de esos hombres de Estado, un Hôpital, un Sully, que la conciencia de una vida pública sin tacha convierten en despreocupados hacia los ataques y desdeñosos hacia las calumnias. «No quiero añadir nada a los elementos de desorden que agitan la patria —escribe en febrero de 1816—. Diga que acepto gustoso el descanso a que se me condena. ¿Cómo no iba a parecer agradable el reposo? Que vean lo que cuesta haber servido a mi patria en un momento de crisis».

Sin embargo, a veces descendía de ese cielo sereno para protestar aún contra la aplicación que se le hacía de la ley del 12 de enero: «No puedo imaginarme que la misma mano que ha firmado mi nombramiento para el Ministerio de la Policía y una carta de gratitud por mis servicios pudiese consentir en firmar contra mí una orden de exilio. Esta última firma tendría el aspecto de pertenecer a otro reino».

Al autor de los famosos *Informes* le parecía que los propios Gabinetes europeos tenían voz en ese capítulo, ya que este hombre que se encerraba —según decía— en la educación de sus hijos, llenaba Europa con sus quejas. En su carta a Wellington, carta enorme, que fue entonces publicada, hacía de su conducta una apología más que una justificación, invocando los recuerdos del noble lord que había sabido apreciarle. «Mi vida política ha terminado —concluía— y mi ambición está satisfecha, ya que he adquirido entre los franceses una consideración que seguirá a mi nombre y a mi persona. La justicia y la posteridad decidirán si, en los males que han agobiado mi patria, todos los partidos han tenido

la misma parte y cuál es el que ha contribuido más a ello». Al enviar el 1 de marzo al príncipe de Metternich una copia de esta memoria, la acompañaba de una carta bastante larga, en la cual fingía aún ese tono de moderación serena que debían adormecer las desconfianzas y los oídos: «Yo debía hablar a los hombres: *ellos me prepararon la cicuta;* no ha sido más que por un favor excesivo por lo que han limitado su venganza en el bando de la proscripción. Acepto con gusto el reposo al que me condenan… Voy a aprovechar mi tiempo libre para escribir y hacer viajar a mis hijos. El rey me deja libre, no exceptúa por un tiempo más que Francia, no podía consentir en firmar contra mí una orden de destierro después de las seguridades que me ha dado verbalmente y por escrito». Terminaba pidiendo al canciller una entrevista en Munich, ya que contaba con empezar por allí sus viajes.

La verdad es que no tenía tanta prisa por abandonar Dresde. Es que no tomaba una resolución sobre el exilio. Tenía todavía fe en una revolución, fruto de una reacción que, con esta esperanza, no estaba lejos de desear más violenta aún. «Nacerá, espero, un choque de los debates entre los ultramonárquicos y los ultrarevolucionarios —escribía a Gaillard—, un orden estable en el cual el rey podrá reinar apaciblemente y hacer justicia a todo el mundo».

Cuando escribía a París ponía afectación en separar a Luis XVIII —del que parecía poseer su pensamiento secreto— de su Gobierno y del partido monárquico; alardeaba, pues, de una singular devoción por el rey. Esta nueva tentativa por seducir al rey fracasaba: estaba en manos de Decazes, que detestaba y temía, por encima de todo, a su antecesor. Así, ni un cambio en la opinión, ni revolución política, ni retorno en indulgencia junto al rey, parecían producirse decididamente: era preciso resignarse al exilio. «No tengo problema para encontrar asilo —escribía Fouché el 14 de junio a Gaillard—; seré bien acogido en todas partes». El que más prisa tenía por acogerle era Metternich. Este gran canciller de la Santa Alianza parecía fiarse más de su policía que de la de cualquier otro, para

vigilar estrechamente los restos de la Revolución y del Imperio; había hecho todo por reunir en Austria, no sólo a los príncipes de la casa imperial —Luís, Jerónimo, Elisa, Carolina—, sino también antiguos servidores de Bonaparte: Maret, Savary, Thibaudeau. Al mismo día siguiente de su disfavor el duque de Otranto estuvo expuesto a la solicitud del canciller: se le vería establecerse con gusto en Praga; después de algunas negociaciones, la ciudad fue elegida efectivamente el 17 de abril, como futura residencia.

*

Las cosas estaban en regla. El duque de Otranto se despidió de la corte de Sajonia y abandonó Dresde. El 7 de agosto, Caraman señalaba la llegada a Praga del antiguo ministro y de su familia. El duque de Otranto llegó allí el 4 y se apresuró a informar de ello a Metternich; deseoso siempre de evocar las horas de su grandeza, recordaba al canciller las que había pasado con él en la misma ciudad de Praga, en julio de 1813. Esos recuerdos —decía— no le embriagaban: no deploraba nada, no ambicionaba nada; era el eterno refrán: «El reposo de mi interior es suficiente para mi felicidad», escribía en una carta. Por otra parte, siempre es «el hombre justo» de Horacio. Habla de la «tranquilidad de su conciencia», perdonando a sus enemigos con trémolos en la voz. «Sea elevación del alma, sea el instinto de mi superioridad, sea el recuerdo de la moral oratoriana que es la del Evangelio, no les he achacado nunca más que ofuscación en su celo y gran ignorancia en los asuntos». Es una consigna alrededor suyo: la gobernanta de los hijos del duque hablaba de él como de un noble proscrito, engrandecido por su resignación. «El señor duque vive aquí como en Dresde, prefiriendo el reposo a todas las vanidades de la vida; de él dependería verlo en sociedad, ya que las primeras autoridades le ofrecen muchos cumplidos; pero él prefiere la vida en familia».

Durante todo el otoño de 1816, las cartas dirigidas a Gaillard respiran esta filosofía serena, destinada a conmover o a tranquilizar.

Era inútil. En París seguían muy desconfiados. Verdaderas o falsas, estas bonitas protestas tropezaban con una incredulidad invencible; el recurso había servido con demasiada frecuencia. La carta al duque de Wellington pareció el punto de partida de nuevas intrigas. Su publicación había conmovido a la opinión. Los diferentes partidos levantaron de nuevo la desconfianza que Fouché les producía; los revolucionarios hablaban de la gran traición de junio y de julio de 1815, los bonapartistas de «la infame orden» de 24 de julio; los ultramonárquicos examinaron minuciosamente el recuerdo de los «crímenes». Sin pertenecer a ninguno de estos partidos, los ministros del rey se mostraban asimismo muy desconfiados: Decazes llegaba hasta a denunciar una tentativa de acercamiento al mismo partido *ultra*, mediando una nueva retractación del regicida. «El partido exigía —siguiendo los términos de una carta de Decazes a Metternich— desdecirse y una retractación pública auténtica y formal de sus errores, el compromiso de ser tan jacobino contrarrevolucionario como lo había sido sanguinario en Nevers y en Lyón, a cambio de lo cual le devolverían *ese desgraciado Ministerio de la Policía que tanto echaba de menos*». Menos seguro de lo que aparentaba, el joven ministro de la Policía ponía en guardia al canciller austríaco contra las intrigas del personaje, recordando que éste sería, sin duda, para la potencia que mejor le sirviera, pero que parecía sujetarse más bien a la política prusiana (odiosa a Metternich), representada por Justus Grüner. Para desacreditar más todavía a los ojos del canciller a este político recalcitrante, Decazes escribía también a Metternich que las esperanzas de Fouché eran decididamente vanas, que jamás se le volvería a ver en el Poder en Francia, donde todos los partidos le vilipendiaban. Al Gabinete Richelieu le parecía bien combatir en Viena el efecto que producía allí la imperturbable seguridad alardeada por el duque de Otranto de volver a ser pronto ministro, bajo Luis XVIII, Luis-Felipe de Orléans,

Napoleón II e, incluso, el príncipe Eugenio, hacia el cual se aseguraba que volvería la mirada.

Si es cierto que intrigaba o aspiraba simplemente a entrar en relaciones con el partido *ultra*, el duque de Otranto debió de encontrar especialmente rudo el violento golpe que Chateaubriand acababa de asestarle en su libro *De la Monarquía siguiendo las Leyes Fundamentales*. Fouché aparecía allí literalmente en la picota, su pasaje de los asuntos bajo Luis XVIII duramente calificados y elocuentemente infamada la audacia que le había hecho ofrecerse, en 1815, al hermano de Luis XVI, como consejero y ministro. El duque de Otranto se sintió alcanzado de una manera especialmente más grave que por los mediocres panfletos que se publicaban contra él desde hacía un año; recriminó, se lamentó, trató de denunciar las «palinodias» del autor. «Yo conocía en él una gran ambición —escribía a Metternich—; data de antes del reinado de Luis XVIII, se remonta al origen del Gobierno de Bonaparte. Tenía por él una admiración caballeresca, y trataba de multiplicar sus deberes hacia él». Algunos meses más tarde fingirá perdonar desdeñosamente a su ilustre enemigo: «los poetas teniendo más imaginación que discernimiento y más pasiones que luces»…

Y, sin embargo, en marzo de 1817, pensaba todavía con amargura en «ese maldito libelo».

Para atajar de raíz esos ataques, rechazarlos y prevenir otros, el duque de Otranto se decidió entonces a lanzar a través de Europa la serie de opúsculos cuya composición le ocupará hasta su muerte. Autobiografías condescendientes, anónimas o firmadas con seudónimos, en que el ministro hablaba de sí, a la manera de César, en tercera persona, lo que le permitía otorgarse elogios, ante los cuales, a decir verdad, no retrocedía, incluso cuando firmaba él mismo. Se le ve escolar estudioso, profesor popular, sabio maestro, liberal iluminado, patriota entusiasta, republicano generoso, hombre de Estado de amplias y altas ideas, fiel a los principios inmutables, pacificador de espíritus, moderador de los poderosos, protector de los oprimidos, eterna víctima de los violentos, se llamasen

Robespierre, Bonaparte o Chateaubriand. ¡Un Fouché paradójico! La primera *Noticia sobre el duque de Otranto* estaba compuesta desde enero de 1816. Fouché, escribiendo a Gaillard, confesaba que era el autor. Al mismo tiempo se lanzó la *Correspondencia del duque de Otranto con el duque de…*, nueva edición corregida de la larga carta de Fouché a Wellington, donde aquél se quejaba de verla deformada en todas partes. Pero no son solamente justificaciones y apologías lo que hay allí, destinadas a vengarle y a hacerle valer: quiere hacerse temer, afirma que eso no son más que apuntes de sus famosas *Memorias* —con las que amenaza al mundo político—, llenas de revelaciones molestas para los que, habiéndose mezclado en las crisis políticas de 1789 a 1816, no tienen la fortuna de gustarle. Desde octubre de 1816 anuncia a sus corresponsales como próxima la publicación. Ha encontrado la espada de Democles, dará la impresión continuamente de querer cortar el hilo, y no lo cortará nunca. Deseoso siempre de separar a Luis XVIII del mundo monárquico, declarará, por otra parte, que habiendo servido con fidelidad al rey y guardándole admiración, gratitud y afecto, le dedicará sus *Memorias*, decisión que pasma. ¿Formarán un capítulo los acontecimientos de enero del 93? Tal vez, ya que parece, sobre todo, deseoso de disculparse, verter lágrimas sobre el voto del 17 de enero, darse golpes de pecho; se humilla y se arrepiente. En realidad, esas *Memorias* inquietaban a numerosas personas: el conde Kolovrat, en Praga, hacía vigilar con este motivo al antiguo ministro quien —escribía el 24 de octubre—, «se entregaba desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche a un continuo trabajo de pluma». Se hablaba ya, incluso, del editor: Brockhaus de Leipzig, a quien el secretario del duque, Demarteau, comunicaba por carta el 1 de noviembre, «que las *Memorias* avanzaban». Algunos días después, el mismo Fouché hablaba del envío inminente del manuscrito a Leipzig. Quería asustar, y lo conseguía. Su compañero de exilio, Thibaudeau era el único que veía claro. «En cuanto a las *Memorias* —escribía— se habla algunas veces, pero dudo que hagan aparecer algo tan pronto. Por otro lado, ¿cómo se imprimirían?

Querían estar al plato y a las tajadas y no se meterán con el plato hasta que no lo vean caer al suelo». Era conocer bien a Fouché quien, en efecto, confesó poco más tarde a uno de sus corresponsales que se veía impedido para publicar sus *Memorias*. Sólo en 1819 declaró, por fin, que no las publicaría, contando con dejarlas a sus hijos como justificación de su pasado. En efecto, no aparecerán sino tres años después de su muerte.

Sea como sea, no dando resultado la amenaza, el duque se contentaba con nuevos opúsculos que multiplicaban su fecundidad tan pronto arrogante como lacrimosa. Por lo demás, era este «gran trabajo de pluma» una consecuencia del aburrimiento que le causaba la inactividad a este hombre inquieto, el exilio en esa ciudad desconocida cuya sociedad parecía sentir por él más curiosidad que benevolencia. En las primeras semanas, la visita de Kolovrat parecía —siguiendo la expresión de la duquesa— «haberles puesto en gran olor de santidad en la ciudad». La verdad es que sólo los funcionarios, obedeciendo a una orden de Viena y seducidos por el nuevo huésped le habían acogido muy bien. El ministro de Francia en Viena, Artaud, muy hostil al antiguo ministro, informaba, sin embargo, que «el señor Fouché había conseguido hacerse querer por las autoridades superiores de la ciudad de Praga… Cuando hablamos del señor Fouché —escribía el diplomático— contestaban con términos que demuestran la estima y la consideración». No era así en la sociedad local, aristocrática y «muy pedante». Los exiliados franceses, en fin, se mantenían reservados: las relaciones con ellos resultaban un tanto molestas para el autor de la orden de 24 de julio. La duquesa, por lo demás, una Castellane, veía con bastante malos ojos las relaciones de su marido con los que volvían de la Revolución, «esos Brutos», decía, con desdén. Thibaudeau, fingiendo olvidar los últimos agravios, seguía en el fondo lleno de rencor, de malevolencia burlona.

La situación era falsa: convertía la estancia en Praga odiosa a Fouché. A finales de 1816 manifestó a Metternich la intención de instalarse definitivamente en Austria. Iba a vender sus bienes,

Ferriéres, el hotel de Otranto, que en esa época pensaba ceder al duque de Orléans; anunciaba al canciller que «se asentaba en Austria». «Sin duda —añadía— echo de menos mi patria; pero allí no puede haber tranquilidad para mí».

El despecho del antiguo ministro era grande; todo el mundo le rechazaba; su vanidad sufría, su ambición se alarmaba, el cansancio no estaba lejos. Con una amargura excesiva, algo quebrado en su voz, era como recriminaba contra una invencible y exasperante malevolencia. Monárqui-eos, bonapartistas y jacobinos le atacaban; en París, el partido *ultra*, con el cual había pensado por un momento formar parte, se vengaba de él en esa tentativa abortada; los moderados le desdeñaban; Decazes permanecía tan insensible como el rey a las adulaciones; las potencias le abandonaban; Wellington le ignoraba ahora. Hardenberg no le daba más señales de vida, y Metternich, almibarado y precipitado en determinadas horas, se sustraía en otras, alzando obstáculos a todos sus proyectos de viaje. Se sentía, pues, muy desgraciado, continuamente se entregaba a una justificación exasperada de su conducta anterior; había salvado París, salvado la Revolución, salvado a los Borbones, salvado a Francia, salvado a Europa; y tantos servicios, tantos méritos, tanto talento eran mal conocidos, olvidados, despreciados, «por un viejo error».

El secretario Demarteau se multiplicaba. Escribía bajo la inspección, quizá al dictado de su amo, cartas, artículos de respuesta, atrayendo hacia Fouché, por lo demás, dardos más acerados todavía. Los más extraños seudónimos servían para encubrir las audaces apologías. Fouché ya no se dormía, trabajaba hasta perder el aliento, protestaba, por lo demás, con una sonrisa forzada en los labios, de su desprecio por los bajos ataques. Estaba tomando horror a Praga: «¿En qué quiere usted que me convierta aquí? —declaraba a un agente de Metternich—. La nobleza no quiere verme, y yo no quiero ver a ese bribón de Durbach y a ese jacobino de Thibaudeau».

Desde febrero de 1818 Fouché había solicitado permiso a Metternich para ir a Italia o a Linz. El príncipe pareció favorable a este último cambio de residencia. El 25 de marzo, Fouché anunciaba a Gaillard que debía abandonar la capital de Bohemia.

*

El 23 de abril se iba a Linz con su hijo José y, encantado de la belleza del país, se decidió a fijar allí sus penates. Dio las gracias a Metternich con efusión, asegurando, por lo demás, que en cualquier circunstancia se quedaría fijo en Austria.

No pensaba en nada. Como siempre, pasada la borrasca, volvía a encontrar esa increíble confianza en su fortuna, dispuesto a enfocarla en nuevas esperanzas y, si fuera necesario, nuevas intrigas. De hecho, parecía perfilarse por todas partes una reacción a su favor. En junio de 1818, el ministro ruso Wintsingerod declaraba a la reina Catalina de Westfalia que «Fouché era todavía el hombre más esencial de Europa, y que tarde o temprano se le haría justicia». ¡Qué estímulo para un hombre que en 1816 había escrito: «En los tiempos que vivimos nadie puede prever el destino que le está preparado»! Pero el infatigable intrigante tiene también inteligencia con el partido de izquierdas; permanece en relaciones discretas, pero estrechas, con Manuel, recientemente incorporado al Pa-lacio-Borbón, donde se convierte pronto en uno de los líderes de la extrema izquierda; si no tiene miras políticas, ¿por qué escoge el momento en que el ilustre orador reaparece en escena, para hacerle un rico presente, «débil testimonio de su satisfacción»? Finalmente, envía cartas a todos los ministros: a Richelieu, que después de su reciente retirada queda como jefe de la derecha moderada; a Dessoles, nuevo presidente del Gabinete del que Decazes es el verdadero jefe; a Molé, ministro influyente también, so pretexto de invocar su testimonio sobre los acontecimientos de julio de 1815. Al fin y al cabo, no se contenta con eso. En la misma época entra en

relación con Jerónimo Bonaparte. Es preverlo todo, todo, excepto la desconfianza, desde ahora sin remedio hacia el eterno Proteo. No quiere creer en ello, presintiendo todavía un cambio en el destino, «que bien pudiera burlarse de sus enemigos, pues se burla de todo el mundo».

Con la idea de hacer su última etapa en el exilio, el duque de Otranto se instaló en Linz. Su satisfacción se hacía patente por un deseo inusitado de lujo y de esplendor. En su casa se vive por todo lo alto, se recibe, se dan cenas, se baila. El efecto fue inmediato: la aristocracia de Linz se humanizó más que la de Praga. El duque, después de todo, era rico, generoso, amable, espiritual; su mujer de alcurnia, encantadora; su hija, bonita y fina; sus hijos bien educados, de buena sociedad. Para una ciudad de provincias era muy interesante. Se decía ya que se disponía a hacer otro nuevo papel en Francia. Por el contrario, el embajador francés se asombró de la presteza con que los funcionarios imperiales habían acogido hacía poco en Praga al ministro en desgracia. Los de Linz, así como los oficiales, recibieron la consigna de mantenerse en una gran reserva. La actitud del mundo oficial fue tan fría que el primer impulso de la sociedad local se detuvo. Para la joven duquesa la decepción fue grande, aspirando siempre a ver «personas de alcurnia».

En cuanto al duque, parecía en lo sucesivo insensible a la súbita hostilidad de la ciudad; estaba en plenos sueños, se creía seguro de volver dentro de poco a Francia, establecía ya sus condiciones: «No rechazaré el ir a Ferriéres —escribía—, cultivar el jardín, si se me asegura que no lanzarán allí piedras demasiado gordas». Soñaba con algo mejor todavía. Seldnitsky escribía a Metternich que el duque «soñaba con su vuelta a los quehaceres, ya bajo los Borbones, ya bajo otro régimen». El ministerio Dessoles-Decazes había declarado la guerra a los *ultras*: de eso esperaba mucho. El célebre «Jamás» del conde de Serre había cortado de raíz todas las esperanzas.

La famosa escena que tuvo lugar en la Cámara el 17 de mayo de 1819 se conoció, algunos días después, en Linz, por el *Diario de Frankfurt;* la declaración categórica y tajante de ese guardasellos, un moderado, un liberal, que en otro tiempo había combatido la ley del ostracismo, y que ahora arrojaba a los «regicidas» a un eterno exilio, alcanzaba a Fouché más que a nadie, porque nadie había esperado más que él. Sin embargo, se iba a volver a llamar a algunos convencionales proscritos: el nombre de Fouché no debía ser pronunciado. Pero en el debate que siguió, hubo más que injurias, más que amenazas, más que cóleras: una fría indiferencia. Se habló de Fouché como de un muerto, un personaje político enterrado hacía mucho tiempo y casi olvidado. Pero había previsto todo eso el día en que se conoció la palabra de Serre que le encerraba en el exilio. Muy sombrío, se encerró todo el día en una soledad de la que no salió más que para expresar su cólera en frases violentas, lo que no estaba en sus costumbres. No se calmó sino una semana después. «He recibido bofetadas de todos los partidos a diestro y siniestro —escribía amargamente a Gaillard el 30 de mayo—; vuestros ministros han querido que les tocara a ellos». Su optimismo cayó de repente; las pequeñas contrariedades de la administración austríaca, que había desdeñado al principio, le exasperaban ahora; Linz ofrecía a sus hijos una estancia sin atractivos ni utilidad. No quería dejarse aprisionar allí. Eterno errante, había decidido abandonar la ciudad a la que llegara todavía lleno de confianza, de esperanza. Austria se le hizo odiosa. Había pedido hospitalidad en Baviera; pero el 12 de abril de 1819, el príncipe Eugenio, elegido como intermediario, transmitió al duque de Otranto la negación formal del rey, su padre político. La Santa Alianza, muy desconfiada, juzgaba peligrosa esta aproximación de Fouché con la reina Hortensia, establecida en Augsbourg y, sobre todo, con Beauhamais, que cierto partido se apasionaba en considerar como posible pretendiente al Imperio. Estas razones, que hacían alzarse de hombros a Fouché parecieron, sin embargo, bastante fuertes para que el Gabinete de París se uniese al de Viena para hacer fracasar el proyecto de un nuevo

éxodo. La duplicidad de Metternich aparecía claramente, pero lo que exasperaba al duque era la actitud de los ministros franceses: «No se burle de mí, se lo ruego», escribía a Gaillard, el 13 de junio. Y se quejaba que, de París, donde el señor de Serre le desterraba «para siempre», le habían enviado la autorización para ir donde quisiera, poniendo bajo cuerda obstáculos a su asentamiento. Pensaba ahora en Bruselas. Pero no encontrándose bien de salud, necesitaba otro clima, y pidió permiso para vivir en Trieste. Metternich se lo autorizó, incluso pareció dispuesto a mantener en Viena al viejo hombre de Estado. Pronto a la esperanza, éste quería tener también allí al conde de Gentz, sobre quien fundaba algunos proyectos. Pero la misma prisa que mostraba por aceptar la entrevista pareció poner en guardia a Metternich. Bruscamente el canciller se volvió atrás sobre la invitación. El duque de Otranto quedó profundamente decepcionado, aplastado. «La suerte de un exiliado —escribió— es la de ser objeto de contagio para quien se le acerca». Con este amargo pensamiento salió para Trieste; iba a entrar como proscrito, ulcerado y enfermo, en esta hermosa ciudad que, en 1813, le había recibido como a soberano, con volteo de campanas y música militar.

*

Era la última etapa de esta existencia aventurera. Iba a proporcionar al exiliado su último rayo de sol y esa paz serena que, hasta entonces y a pesar de lo que dijera, había sido extraño a este espíritu inquieto. Allí encontró una sociedad reducida que pareció dispuesta a acogerle con amistad. Cerca de la ciudad residía el exrey de Westfalia, el alegre Jerónimo Bonaparte; vecina también era esa vieja amiga, de los días buenos y malos, ahora condesa de Champignano. El hermano y la hermana de Napoleón debían mucho al duque de Otranto; no parecían guardarle rencor por lo que los Maret y los Savary, más bonapartistas que los Bonaparte, llamaban su última traición. Antes de ir a Trieste, el duque de Otranto había

tomado la precaución de justificarse, ante el rey Jerónimo, de todas las acusaciones que le había cargado el duque de Bassano. Por el contrario, los que rodeaban a los príncipes exiliados parecieron alegrarse mucho con la llegada de la familia de Otranto. «Una joven duquesa, un viejo personaje político serán un gran alivio para nosotros —escribía el ayudante de campo de Jerónimo, el coronel Planat de la Faye—. Estaremos con más frecuencia en su casa que en el Campo Marzo». El cónsul de Francia ya fruncía el ceño. ¿Las relaciones de los príncipes con Fouché quedarían en los límites de la amistad privada? Eterno intrigante, ¿no iba a concebir nuevas esperanzas, crear allí nuevas combinaciones políticas? La Policía de Decazes se inquietaba.

No tenía razón; el viejo hombre de Estado estaba deshecho. Demasiadas idas y venidas, demasiada agitación, demasiados proyectos, intrigas, fracasos y decepciones habían cansado este espíritu, en otro tiempo inaccesible al desánimo; ese cuerpo que siempre había sido frágil, rendido por una vida intensa desde hacía treinta años. Una enorme lasitud, que esta vez no era fingida, se había apoderado del tenaz luchador político. Miraba con melancolía sus cabellos ahora completamente blancos, y era sincero lo que escribía al príncipe Eugenio: «Tengo ahora una edad como para hacerme ermitaño, o al menos para pensar seriamente en lograrme algún crédito en el otro mundo». Al leer esta frase edificante, Beauhamais podía pensar que, siguiendo la frase espiritual más tarde aplicada a Talleyrand, el escurridizo político se aprestaba a jugársela al diablo después de haberlo hecho con los demás. Era una bonita partida. Tal vez pensaba a veces en el seminario de la calle de San Honorato; desde 1816, volvía con frecuencia a sus recuerdos, huellas de un reconocimiento melancólico, sobre sus piadosos sentimientos en el Oratorio de Jesús, y las recriminaciones religiosas se le presentaban en abundancia. Se le vio en San Justo.

En cualquier caso, ninguna vida más edificante, más patriarcal. «No tengo más placeres en la vida —escribía en noviembre de 1819 — que hacerla agradable a mi mujer y a mis hijos». La lectura del

periódico, algunos paseos por los admirables alrededores de la gran ciudad, algunas visitas a los príncipes Bonaparte y, a veces, el teatro, la música —que le gustaba—, las charlas con los hijos, la vida hogareña. Tal era la existencia de este hombre al que veían con curiosidad circular a través de las calles, vestido con sencillez, calzando grandes zapatos y charlando con todos de manera familiar. Por lo demás, espíritu lúcido hasta el final, continuó administrando su inmensa fortuna con perfecta sagacidad, y siguiendo de lejos los acontecimientos políticos. Pero no parecía interesarse ahora en las cosas políticas más que como un viejo capitán resignado al retiro. Guizot, Casimiro Périer, Decazes, Manuel, Villéle, Molé, Broglie son gente joven, otra generación que combate, olvidando a este viejo político de la Revolución y del Imperio: ya no se enfadan con él. A veces, todavía un recuerdo melancólico «Cuando yo era ministro de la Policía… Sí; yo era ministro». Pero quiere hablar sólo de historia, de recuerdos lejanos; interesa entonces a sus auditores, los seduce. Los príncipes terminan por quererle mucho, aunque trataron de enemistarles con él propalando el rumor de que los espiaba por cuenta de Luis XVIII. Es «un hombre excelente y digno», escribía la reina Catalina. Parece que hay gran intimidad entre ellos, en el verano de 1820; de la villa Vicentina, donde reside Elisa. Del Campo Marzo, donde los reyes de Westfalia reciben familiarmente a Fouché, al viejo palacio Vico, donde vive el antiguo ministro, hay un intercambio de cartas llenas de bromas, de buenas palabras, de contrariedades graciosas. Elisa escribe diabluras al duque de Otranto sobre el gran amor que siente por ella; éste se ríe, zarandea con amables bromas al joven matrimonio de Campo Marzo, se burla con motivo de sus amores, convertido en un atardecer en galo y en ridículo. Estas buenas relaciones se extienden a otros príncipes de la casa imperial. El 12 de agosto, la viuda de Murat le escribe desde Frohsdort para «testimoniarle su gratitud por el bien que ha querido hacer por quien ella llora…». «Crea —añadía la ex reina de Nâpoles — que siempre conservaremos el recuerdo, y que me será agradable, en cualquier posición que nos coloque la suerte, recordar

su generosa conducta con el rey». Era, al menos, una voz que se alzaba entre los muertos —la del soldado caído en Pizzo— para dulcificar los últimos días del viejo hombre de Estado al que tanta gente infamaba.

Todo esto creaba alrededor suyo una atmósfera de bienestar, en la que ese hombre, en otro tiempo siempre contraído, tenso para la lucha, la intriga, la distensión, se relajaba con deleite; se encontraba bien en Trieste, donde «el invierno era benigno, el sol vivificante», donde el verano muy cálido era moderado por los baños de mar, si bien esta vez hablaba sinceramente de comprar el palacio Vico, hacer entrar a su hijo mayor en un Banco de Viena, al segundo en el Ejército imperial, al tercero en la Administración, ya que los quiere ocupados. Eran su alegría y su orgullo esos hijos que había seguido tan constantemente, criado, cuidado. Se complace en verlos «buscados y queridos por la sociedad de Trieste». Y como su mujer es encantadora, tiene buenos amigos y un hermoso cielo, se proclama «tan feliz como se puede ser fuera de su país y lejos de sus amigos».

*

La hora del descanso parecía, pues, haber sonado para este hombre inquieto. Tenía entonces sesenta y un años. ¿Podía esperar, incluso en caso de una revolución reaparecer en escena? La monarquía de julio, ¿hubiese buscado para su servicio, después de 1830, como lo hizo con Savary, Maret y Talleyrand a este otro repatriado septuagenario que, por un momento, en 1815, soñó con ser ministro de Luis-Felipe de Orléans? La cuestión no se planteó, José Fouché iba a morir.

Su salud fue siempre precaria. Desde la infancia, como se recordará, debido a su delicada complexión no pudo incorporarse al rudo oficio de la mar; era un milagro, que este hombre, delgado, descamado, con una continua tos nerviosa, hubiera recorrido una

carrera tan larga y tan laboriosa. Su energía natural, su voluntad de llegar y de mantenerse, una naturaleza nerviosa, todo él volcado hacia la lucha, le habían sostenido hasta el año precedente. Pero para estos temperamentos el descanso completo es mortal. El día en que, ante las declaraciones del conde de Serre, Fouché tuvo que renunciar para siempre al Poder, a la vida pública, a la patria; había envejecido súbitamente, se había abatido y roto; era, a los sesenta años un viejo de ochenta, gastado, agotado. Si respiraba con deleite el aire embalsamado y vivificante de esta encantadora costa era porque sentía una necesidad inmensa, esa sed inextinguible, instinto de enfermo que apenas se equivoca. Llegó el invierno de 1820, más frío que el anterior, nevoso y malo. El 15 de diciembre, volviendo de uno de sus paseos solitarios que realizaba desde hacía un año, de cara sin duda a inolvidables recuerdos y extraños pensamientos, se sintió acometido por un dolor agudo en el pecho y se acostó.

A las pocas horas se declaró la pleuresía, que enseguida no dejó esperanzas. Su hijo mayor, el conde Athanase, estaba en Venecia; fue llamado a toda prisa.

La tristeza fue general en la pequeña colonia de exiliados franceses. El coronel Planat de la Faye, fogoso bonapartista que en otro tiempo había anonadado con su rencor y su desprecio al ministro, traidor al Imperio, fue a visitarle sin embargo. Extraña entrevista la de este fanático soldado de Napoleón y el antiguo ministro agonizante. «Fui a verle ayer —escribía el coronel—, 19 de diciembre, y a pesar de sus traiciones, a pesar de su mal comportamiento hacia nosotros…, no pude dejar de emocionarme e, incluso, enternecerme viéndole. Su posición actual y el importante papel que ha desempeñado, ese apellido tan famoso y ese cuerpo descarnado que, dentro de unos días no será más que un cadáver, todo eso me ha revuelto y me ha llenado el alma de tristeza». Cuando el coronel se levantó, el duque le cogió las manos, le agradeció en términos afectuosos el haber venido. «¡Soy tan feliz —dijo— de ver todavía un buen francés!» El soldado, lleno de emoción, se retiró sin decir una palabra. Pero al bajar la escalera del

palacio Vico, su sorpresa —escribirá— fue grande al notarse las lágrimas. ¡Lloraba por Fouché!

Desde el 20 de diciembre el duque hablaba con gran dificultad. Fue el rey Jerónimo quien vino ese día a saludar al moribundo. En la persona de este Bonaparte parecía que era el hombre que en ese momento agonizaba en Santa Elena quien venía a perdonar. Quizá los viejos convencionales hubiesen tenido un perdón menos fácil para este procónsul del 93 que había ayudado a Napoleón a arrebatar un trono y a Luis XVIII a volver a ocuparlo. Algunos meses antes había expirado en la tierra del exilio el ex hermano de Fouché en el Oratorio, su antiguo colega de la Convención, el «rectilíneo» Billaud-Varenne, inconmovible en sus odios, sus principios y sus recuerdos. «Oigo la voz de la posteridad —era su hora postrera, y gritaba este otro regicida— que me acusa de haber tratado demasiado bien la sangre de los tiranos». Fouché moría más burguesamente; era de otra raza revolucionaria.

El conde Athanase llegó el 25; el duque agonizaba. La víspera hizo una seña a su segundo hijo para que abriera su escritorio, sacara los papeles y los quemara. ¿Qué eran esos papeles: cartas, notas, memorias o documentos robados en el Ministerio? En todo caso, eran evidentemente restos comprometedores para él y para otros de su formidable pasado.

El 26 de diciembre de 1820, a las cinco de la madrugada, José Fouché, que había recibido —dicen— los últimos sacramentos de la Iglesia católica expiraba en brazos de los suyos.

El 28, con una espantosa tormenta de nieve, los restos mortales del duque de Otranto se encaminaban hacia lo que se creía debía ser su última morada. En el curso de este trayecto la tormenta fue tal que volcó la carroza fúnebre en la que iba colocado el ataúd. Parecía como si la propia naturaleza negara el último reposo al hombre que en otro tiempo, continuamente, había movido y agitado, desviado tantos huracanes y atravesado tantas tormentas.

En la iglesia de San Justo, la basílica bizantina que domina la vieja ciudad, se celebraron solemnes exequias. Delante del atrio,

sobre esa terraza cubierta de sombra desde donde la vista se extiende sobre el inmenso mar azul, fue descendido a la fosa, seguidamente precintada con plomo, el cuerpo de José Fouché. Allí es donde debían reposar, durante setenta y cinco años, los restos mortales del hombre de Estado. En julio de 1875, el duque de Otranto, su nieto, hará trasladar a Francia las cenizas de su abuelo.

Su familia, impaciente sobre todo por volver a Francia, anunció con bastante frialdad a Gaillard la desgracia que les afligía. Pero en la misma época, la reina Catalina escribía a su cuñado el rey José: «Sin duda está usted informado del fallecimiento del duque de Otranto. Como pasó el último año entre nosotros, quiero decirle sobre ello un par de palabras. Proscrito y, por tanto, desgraciado, le hemos acogido y admitido en nuestra sociedad habitual; nos ha dejado pesarosos. Como hombre privado era imposible aportar mayor amabilidad y una comunicación más segura en las relaciones de sociedad. Asimismo, después de la muerte del duque de Otranto, nos hemos sumido en la soledad más completa». Así, el último lamento lanzado sobre el féretro del hombre de 1815 lo era por una princesa de la Casa Bonaparte, cuñada del gran emperador; el último pensamiento que se otorgaba al convencional regicida venía de una reina, hija y hermana de reyes legítimos.

*

Semejante ejemplo sería quizá suficiente para inspirar a la posteridad un poco de indulgencia hacia el hombre al que así juzgaba, después de haberlo conocido íntimamente. Tal vez la encantadora princesa hubiera refrendado el juicio de Nodier, que habiendo estudiado a lo vivo el carácter de Fouché, escribió: «Estaré de acuerdo en muchas cosas, antes de estarlo en que Fouché ha sido juzgado. La Historia y Dios le juzgarán». Él también contaba sobre la posteridad: «Mi vida política ha terminado y mi ambición está satisfecha, puesto que he adquirido entre los franceses una

consideración que seguirá a mi nombre y mi persona por todas partes. La justicia y la posteridad decidirán, si, en los males que han oprimido a mi patria, todos los partidos han tenido la misma parte, y cuál es el que más ha contribuido a ello».

Sabemos hasta qué punto, insensible a estas llamadas, le fue cruel la Historia.

Acabamos de verle vivir y podemos juzgarle.

Hombre honrado en la vida privada, no lo fue seguramente en su vida política, siendo un espíritu muy cauteloso para un sentido moral demasiado débil… Una crisis sin precedente, que de súbito puso a prueba las conciencias más íntegras y las hizo desviarse, sacó a este pequeño profesor eclesiástico de su clase y de su laboratorio y reveló en él un ambicioso sin fe y sin freno. Se encontró sirviendo, pero finalmente traicionando a todos los partidos; ninguno de ellos se interesó en defender su memoria. A todos, les parecerá menos un «hombre de Estado» que un prodigioso y, puede decirse, genial intrigante: el tipo superior de políticos de su siglo y el más notable.



LOUIS MADELIN (8 de mayo de 1871 - 18 de agoste de 1956). Louis Émile Marie Madelin fue un historiador, diputado y académico francés

Fue un especialista de la Revolución Francesa y del Primer Imperio. Entre sus obras más importantes destacan las biografías de *Fouché*, *Talleyrand* y *Danton*. Autor de una monumental *Historia del Consulado y del Imperio*, tiene también un libro, *Los hombres de la Revolución Francesa* (Javier Vergara Editor, 1989), en el que hace apuntes biográficos de varios destacados protagonistas de ese acontecimiento histórico que cambió el mundo.

Notas

[1] Llamados así por celebrar sus sesiones en un antiguo convento franciscano (Cordelier = franciscano). Eran los Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. (*N. de los E.*) **<<**